

Porque está ahí

Porque está ahí

Pedro Galán

Prólogo de
J. Andrés Luque González



Esta obra está protegida mediante la licencia Creative Commons Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 3.0 España.

Usted es libre de:



copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra.

Bajo las condiciones siguientes:



Reconocimiento — Debe reconocer los créditos de la obra de la manera especificada por el autor o el licenciador (pero no de una manera que sugiera que tiene su apoyo o apoyan el uso que hace de su obra).



No comercial — No puede utilizar esta obra para fines comerciales.



Sin obras derivadas — No se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de esta obra.

Primera edición: febrero de 2011

© Derechos de edición reservados.

Editorial Círculo Rojo.

www.editorialcirculorojo.com

info@editorialcirculorojo.com

Colección Novela

© Pedro Javier Galán García.

www.porqueestaahi.com

info@porqueestaahi.com

Edición: Editorial Círculo Rojo

Cubiertas, diseño de portada e ilustraciones interiores: © Alex Esteve

Maquetado con OpenOffice.org 3.1

ISBN: 978-84-9991-031-4

DEPÓSITO LEGAL:

Todos los derechos reservados.

Editorial Círculo Rojo no tiene por qué estar de acuerdo con las opiniones del autor o con el texto de la publicación.

IMPRESO EN ESPAÑA — UNIÓN EUROPEA

*A mis padres,
dos personas extraordinarias de generosidad ilimitada.*

*A susan,
la primera persona que presintió que algún día escribiría un libro y
a quien hice, hace ya de eso muchos años, la promesa de esta
dedicatoria sin tener la más mínima intención de cumplirla.*



Agradecimientos

Para conseguir dar la vuelta al mundo, escribir un *blog* y publicar un libro contándolo todo se necesita mucha ayuda. Es impensable lograrlo de otra forma.

Debo mi agradecimiento a todas aquellas personas anónimas que me asistieron de forma altruista durante los días que duró mi aventura por el mundo, a las personas que creyeron en mí cuando ni siquiera yo lo hacía, a los amigos que me alentaron cuando lo necesitaba.

Gracias por las muestras de cariño y el interés mostrados durante las semanas que estuve fuera. Gracias a los seguidores del *blog*, esforzados lectores.

Mi agradecimiento, asimismo, a todos los que han colaborado, de una u otra manera, a lograr que cumpla el sueño de publicar un libro, especialmente al grupo de notables que con tanto ahínco dedicaron su tiempo a señalarme errores en los textos.

Extractos

*Rather than love, than money, than faith, than fame, than fairness,
give me truth.*

Henry David Thoreau.

Sin embargo, las sirenas poseen un arma mucho más terrible que el canto: su silencio.

Franz Kafka.

Llamadme Ismael. Hace unos años —no importa cuánto hace exactamente—, teniendo poco o ningún dinero en el bolsillo, y nada en particular que me interesara en tierra, pensé que me iría a navegar un poco por ahí, para ver la parte acuática del mundo. Es un modo que tengo de echar fuera la melancolía y arreglar la circulación. Cada vez que me sorprende poniendo una boca triste; cada vez que en mi alma hay un nuevo noviembre húmedo y lloviznoso; cada vez que me encuentro parándome sin querer ante las tiendas de ataúdes; y, especialmente, cada vez que la hipocondria me domina de tal modo que hace falta un recio principio moral para impedirme salir a la calle con toda deliberación a derribar metódicamente el sombrero a los transeúntes, entonces, entiendo que es más que hora de hacerme a la mar tan pronto como pueda. Es mi sustituto de la pistola y la bala. Catón se arroja sobre su espada, haciendo aspavientos filosóficos; yo me embarco pacífica-

mente. No hay en ello nada sorprendente. Si bien lo miran, no hay nadie que no experimente, en alguna ocasión u otra, y en más o menos grado, sentimientos análogos a los míos respecto del océano.

Herman Melville.

—Tengo mucho miedo, Myrt.

—¿De qué? Cuando te llega la hora, te llega. Y no te van a salvar las lágrimas —se dio cuenta de que su madre empezaba a verter algunas—. Cuando murió Homer gasté todo el miedo que llevaba dentro y todo el dolor también. Si anda alguien por ahí con ganas de cortarme el cuello, le deseo mucha suerte. ¿Qué más da? En la eternidad todo es lo mismo. Porque recuerda esto: si un pájaro llevara la arena, grano a grano, de un lado a otro del océano, cuando la hubiera transportado toda, eso solo sería el principio de la eternidad. De manera que suénate.

Truman Capote.

*Tired of being the reason the road has a shoulder
and it could be argued, why they all return to the order.
Why does it always have to be chaos?
Why does it always have to be wanderlust?
Sensational.
I'm gonna smash your bloody skull.
Because, baby, no, you can't see inside.*

*No, baby, no, you can't see my soul.
Do I disappoint you?*

Rufus Wainwright.

Siempre oí que tu vida entera pasa delante de tus ojos un segundo antes de morir. En primer lugar, ese segundo no es para nada un segundo, se estira para siempre, como un océa-

no de tiempo. Para mí, fue estar echado de espalda en el campamento de *boys scouts*, viendo las estrellas fugaces caer. Y las hojas amarillas de los árboles de arce alineadas en nuestra calle. O las manos de mi abuela, y la forma en que su piel se me parecía al papel. Y la primera vez que vi el nuevo Firebird de mi primo Tony. Y Janie... y Janie. Y Carolyn. Supongo que podría estar cabreado con lo que me pasó, pero cuesta cuando hay tanta belleza en el mundo. A veces siento como si la viera toda a la vez y es demasiado. Mi corazón se llena como un globo que está a punto de estallar... Y entonces recuerdo que tengo que relajarme y no intentar aferrarme a ella, y entonces fluye a través de mí como la lluvia y no puedo dejar de sentir gratitud por cada momento de mi estúpida e insignificante vida... No tienes idea de lo que estoy hablando. Pero no te preocupes... algún día la tendrás.

Alan Ball.

*For what is a man, what has he got?
If not himself, then he has naught.
To say the things he truly feels
and not the words of one who kneels.
The record shows I took the blows
and did it my way!
Yes, it was my way.*

Paul Anka.

Sin patria ni bandera, ahora vivo a mi manera.
Y es que me siento extranjero fuera de tus agujeros.

Robe Iniesta.

Había una vez, en la lejana ciudad de Wirani, un rey que gobernaba a sus súbditos con tanto poder como sabiduría. Y le temían por su poder, y lo amaban por su sabiduría.
Había también en el corazón de esa ciudad un pozo de agua

fresca y cristalina, del que bebían todos los habitantes; incluso el rey y sus cortesanos, pues era el único pozo de la ciudad. Una noche, cuando todo estaba en calma, una bruja entró en la ciudad y vertió siete gotas de un misterioso líquido en el pozo, al tiempo que decía:

—Desde este momento, quien beba de esta agua se volverá loco.

A la mañana siguiente, todos los habitantes del reino, excepto el rey y su gran chambelán, bebieron del pozo y enloquecieron, tal como había predicho la bruja.

Y aquel día, en las callejuelas y en el mercado, la gente no hacía sino cuchichear:

—El rey está loco. Nuestro rey y su gran chambelán perdieron la razón. No podemos permitir que nos gobierne un rey loco; debemos destronarlo.

Aquella noche, el rey ordenó que llenaran con agua del pozo una gran copa de oro. Y cuando se la llevaron, el soberano ávidamente bebió y pasó la copa a su gran chambelán, para que también bebiera.

Y hubo un gran regocijo en la lejana ciudad de Wirani, porque el rey y el gran chambelán habían recobrado la razón.

Yibrán Jalil Yibrán.

Love is bullshit. Emotion is bullshit. I am a rock. A jerk. I'm an uncaring asshole and proud of it.

Chuck Palahniuk.

Es cierto, conozco a tu raza. Está compuesta de borregos. Está gobernada por minorías, y solo muy rara vez, o quizá nunca, por mayorías. Hace caso omiso de sus propios sentimientos y de sus propias creencias y sigue al puñado de personas que mete más ruido. En ocasiones, ese puñado bullicioso tiene razón, y otras veces no la tiene; no importa, la multitud los sigue. La inmensa mayoría de la raza, lo mismo si es salvaje que si es civilizada, es secretamente de buenos sentimientos, y se

resiste a causar dolor, pero no se atreve a manifestarse tal como es si hay delante una minoría agresiva y despiadada. ¡Imagínate! Una persona de buen corazón espía a la otra, y tiene cuidado de que esa otra colabore lealmente en hechos inicuos que los indignan a los dos.

Mark Twain.

¡Avalancha!

Enrique Bunbury.

Querido Jamal:

Alguien a quien conocí escribió que abandonamos nuestros sueños por miedo a poder fracasar o, peor aún, por miedo a poder triunfar. Quiero decirte que, aunque supe muy pronto que tú harías realidad tus sueños, jamás imaginé que yo, una vez más, haría realidad los míos. Las estaciones cambian, jovencito. Y aunque puede que haya esperado hasta el invierno de mi vida para ver las cosas que he visto este pasado año, no cabe duda de que habría esperado demasiado de no haber sido por ti.

William Forrester.

Mike Rich.

Dos almas ¡ay! habitan en mi pecho.

Johan Wolfgang Goethe.

Yo me empecinaba en mi paraíso escogido: un paraíso cuyos cielos tenían el color de las llamas del infierno, pero con todo un paraíso.

Vladimir Nabokov.

Al propio tiempo estaba pensando: lo mismo que yo ahora me visto y salgo a la calle, voy a visitar al profesor y cambio con él galanterías, todo ello realmente sin querer, así hacen, viven y actúan un día y otro, a todas horas, la mayor parte de los hombres; a la fuerza y, en realidad, sin quererlo, hacen visitas, sostienen una conversación, están horas enteras sentados en sus negociados y oficinas, todo a la fuerza, mecánicamente, sin apetecerlo: todo podía ser realizado lo mismo por máquinas o dejar de realizarse. Y esta mecánica eternamente ininterrumpida es lo que les impide, igual que a mí, ejercer la crítica sobre la propia vida, reconocer y sentir su estupidez y ligereza, su insignificancia horrorosamente ridícula, su tristeza y su irremediable vanidad. ¡Oh, y tienen razón, infinita razón, los hombres en vivir así, en jugar sus jueguecitos, en afanarse por esas sus cosas importantes, en lugar de defenderse contra la entristecedora mecánica y mirar desesperados en el vacío, como hago yo, hombre descarriado! Cuando en estas hojas desprecio a veces y hasta ridiculizo a los hombres, ¡no crea por eso nadie que les achaco la culpa, que los acuso, que quisiera hacer responsables a otros de mi propia miseria! ¡Pero yo, que ya he llegado tan allá que estoy al borde de la vida, donde se cae en la oscuridad sin fondo, cometo una injusticia y miento si trato de engañarme a mí mismo y a los demás, de que esta mecánica aún sigue funcionando para mí, como si yo también perteneciera todavía a aquel lindo mundo infantil del eterno Jugueteo!

Hermann Hesse.

Muchos hombres buenos han acabado en el arroyo por culpa de una mujer.

Henry Chinaski.

—La esencia de la vida no es cómica, es trágica. No hay nada intrínsecamente gracioso en los terribles hechos de la existencia.

—Disiento. Los filósofos la llaman absurda porque al final, no te queda más que reír. Las aspiraciones humanas son sumamente risibles e irracionales. Si la realidad básica de nuestro ser fuera trágica mis obras de teatro harían más dinero que las tuyas porque mis historias se colarían más profundamente en el alma humana.

—El hecho de que la tragedia trate sobre la dolorosa esencia de la vida hace que la gente venga a ver mis comedias como forma de escape. La tragedia confronta, la comedia escapa.

Woody Allen.

A love like that was a serious illness, an illness from which you never entirely recover.

Charles Bukowski.

El mañana, el mañana, el mañana
se desliza de día en día con paso mezquino,
hasta la última sílaba del tiempo dado,
y todos nuestros ayeres han alumbrado a los necios
en el camino hacia el polvo de la muerte.
¡Apágate, llama fugaz! La vida
es solo una sombra errante, un burdo actor
que apenas un momento se pavonea y agita
sobre el escenario, y nunca vuelve a ser oído.
Es un cuento contado por un idiota,
lleno de ruido y de furia, y que no significa nada.

William Shakespeare.

—Lo único que importa en la vida —prosiguió el hombre—, es llegar a ser alguien, llegar a tener algo. Quien llega más lejos, quien tiene más que los demás recibe lo demás por añadidura: la amistad, el amor, el honor, etcétera. Tú crees que quieres a tus amigos. Vamos a analizar esto objetivamente.

El hombre gris expulsó unos cuantos anillos de humo. Momo escondió sus pies desnudos debajo de la falda y se arrebujo todo lo que pudo en su gran chaquetón.

—Surge en primer lugar la pregunta siguiente —prosiguió el hombre gris—: ¿de qué les sirve a tus amigos el que tú existas? ¿Les sirve para algo? No. ¿Les ayuda a hacer carrera, a ganar más dinero, a hacer algo en la vida? Decididamente no. ¿Los apoyas en sus esfuerzos por ahorrar tiempo? Al contrario. Los frenas, eres como un cepo en sus pies, arruinas su futuro. Puede que hasta ahora no te hayas dado cuenta de ello, Momo, pero lo cierto es que, por el mero hecho de existir, dañas a tus amigos. En realidad, y sin quererlo, eres su enemiga. ¿Y a eso le llamas tú quererlos?

Momo no sabía qué contestar. Nunca antes había visto las cosas de este modo. Durante un instante tuvo la duda de si no tendría razón el hombre gris.

Michael Ende.

Él quería cruzar los mares y olvidar a su sirena.

Fito Cabrales.

Prólogo

Es tonto extenderse en el prólogo a una historia que se va a contar.

Segundo libro de los Macabeos.

Si en algún momento me hubieran preguntado cuál de mis amigos era más probable que diese la vuelta al mundo solo y con las comodidades que una mochila te puede ofrecer, mi respuesta habría sido rotunda. Hubiera contestado el autor de este libro. La verdad es que fuese cual fuese la pregunta que me hubieran hecho que implicase un desafío, la respuesta hubiera sido la misma y es que se trata de una de esas personas que, a pesar de su sencillez, la ves capaz de todo. Lo cierto es que no deja de sorprender y no sé por qué me sigo sorprendiendo; si lo normal es que sorprenda, ya debería estar acostumbrado. Tras su aparente timidez se halla un gran provocador, osado y en ocasiones me atrevería a decir incluso irreverente. Él no sigue un guion establecido.

Recuerdo cuando fui por primera vez a su casa. Me quedé asombrado con la cantidad de libros que poblaban sus estanterías, pero más me fascinó el hecho de que se los hubiera leído todos. Como bien sabe, los libros tienen entre sus múltiples virtudes la de vestir habitaciones como casi ninguna otra cosa lo hace, a la vez que aportan un aire intelectual, aunque en la mayoría de las ocasiones se quede solo en eso, en aire. En su caso no se trataban de elementos decorativos, todos y cada uno de esos libros habían pasado por sus

manos y ahora forman parte de él. Y no solo esos libros, también otros muchos de la biblioteca del barrio que lo ha visto crecer. Por eso, como no podía ser de otra forma, de todas las posibilidades que una ciudad como Nueva York ofrece a un visitante primerizo, su elección no fue otra que la de visitar la New York Public Library para saborearla, deleitarse de su ambiente, leer entre sus paredes y escribir. En definitiva, hacer un homenaje a todos los autores cuyas obras se encuentran allí y tanto le han hecho disfrutar. Posiblemente piense que es lo menos que puede hacer como muestra de gratitud y reconocimiento hacia ellos, y lo vea como algo normal. Pero la verdad es que es excepcional. No conozco a muchas personas que valoren cada cosa en la medida que sus principios le dictan y actúen en consecuencia con el respeto y la decisión con que lo hace él. Es fiel a sus ideas con pasmosa naturalidad, no concibe que sea de otra forma. Es simplemente auténtico.

En un momento de su vida decidió pasar la frontera de ser solamente un gran lector, quiso cruzar la línea y ponerse en el lado de los creadores. Comenzó a escribir y a alimentar el sueño de publicar un libro algún día. Más tarde llegó el propósito de dejar de ser espectador, de estar sentado en la butaca y se propuso ser actor, guionista y director de la producción más valiosa en la que se podía embarcar: su vida. La unión de estos deseos compuso una fórmula de la que el viaje y este libro son los primeros resultados y seguro que no serán los últimos.

Porque está ahí es un diario de viaje escrito por alguien que decidió ser el protagonista de su propia vida y aceptar el reto de dar la vuelta al mundo solo, para encontrarse con él mismo, ponerse a prueba y crecer. Una excelente forma de estirar las piernas tras el tiempo sentado en la butaca, desde luego. En mi opinión, como en todos los grandes viajes, el verdadero viaje lo hizo en su interior.

El «viaje» es ese planeta casi sin gravedad, sin el rozamiento de nuestros complejos o la presión de nuestros prejuicios sobre nosotros mismos. ¿Es que acaso las camisas de flores, los calcetines con sandalias o los ridículos sombreros que llevamos los turistas no son una muestra de total desinhibición? Estas condiciones son

perfectas para observar otras formas de vivir y de sentir y de esta forma quedarnos con aquello que nos acerca a nuestro ser más auténtico, a nuestra mejor versión.

El hecho de viajar sin compañía, es para muchos un gran handicap, pero también brinda muchas ventajas que él supo valorar y que considero fundamentales para este proyecto. No es un secreto que nuestra forma de actuar se adapta a las personas con las que nos encontramos. Es habitual que inconscientemente intentemos cumplir las expectativas particulares que los otros tienen sobre nosotros y no nos atrevamos a explorar nuevas facetas de nosotros mismos. Además el no tener compañía nos obliga a relacionarnos con otras personas, lo que supone una fuente de aprendizaje añadida. Por otro lado, está la satisfacción de saber que lo hemos conseguido, que hemos sorteado las dificultades, que hemos sabido adaptarnos a las situaciones y lo hemos hecho por nosotros mismos sin apoyo de antemano.

Se imaginará la multitud de experiencias que se pueden acumular en un periplo de dos meses de estas características. Más aún cuando forma parte del reto ir por tierra tomando solo los aviones imprescindibles y con una planificación mínima, lo que supone: buscar dónde pasar la noche, localizar y conseguir transporte, sacar los billetes para el día siguiente, trámites de visados, etc. Estará conmigo en que tal y como está el mundo es toda una aventura no exenta de riesgos. El miedo lógico ante una aventura de tal índole no fue suficiente para impedirle vivir la experiencia, no iba a permitir que le paralizara. Aunque el miedo tirase de él hacia el sofá, no había riesgo de gripe A que le hiciera desistir. Tiene la guerra declarada a la cultura del miedo tan presente en nuestra sociedad.

Las historias que contiene el libro están escritas con sinceridad, sencillez y elegancia. En muchas de las entradas del diario se deja ver el respeto que tiene hacia todas las personas sea cual sea su condición y su deseo de aprender algo de todas ellas.

Su interés en conocer las formas de vida y lo que mueve a las personas que va conociendo a lo largo del viaje muestra, en

definitiva, el deseo de encontrarse consigo mismo. Su capacidad de observación y su criterio nos brindan unos relatos que no se quedan en la superficie, en lo que a primera vista parece evidente, al tiempo que adereza sus experiencias con un sentido del humor fino y muy personal. Sin intención aleccionadora alguna, nos hace reflexionar con él, sin emitir juicios, dejando libre nuestra opinión.

No hay aventura sin dificultades y esta no iba a ser una excepción. No quisiera desvelar ningún suceso del viaje pero le puedo asegurar que en estas páginas no faltan ni acción ni intriga, sin más trama que las vicisitudes reales de aquellos días en los que dio la vuelta al mundo. Este libro tiene la emoción que la propia vida aporta porque todo es real. Es un verdadero reality, pero sin ninguna connotación despectiva, un reality real, sin invitados en plató, sin manipulación y sin más presentador que su propio protagonista.

Sin duda esta es una oportunidad de hacer un viaje alrededor del mundo, compartir una experiencia y un sueño con una persona que luchó hasta conseguirlo, con alguien que ha logrado escapar del fango de los problemas cotidianos en el que estamos todos inmersos y a los que no siempre encontramos la forma de enfrentarnos de manera que nos permitan ser quien realmente somos o queremos ser.

Es cierto que los sucesos se convierten en experiencias gracias al interés que ponemos en ellos, y no hay empresa en la que el autor participe sin poner todo su empeño, creatividad e imaginación. «Si vas a hacer algo, hazlo bien». Este es uno de los consejos que me confesó que su padre le dio cuando empezaba a enfrentarse con la vida y no cabe duda de que lo ha sabido seguir. Como en todo lo que emprende, en este proyecto ha puesto toda su intención y el resultado final no es otro que un excelente trabajo.

Desde mi punto de vista esta obra es fruto de una historia de superación, de saber adaptarse, de buscar la forma de vivir en la que encajamos y en la que encontramos una vida de calidad, una vida que no sea matar el tiempo hasta que el tiempo te mate a ti.

¿Alguna vez ha hecho la lista de cosas que quiere hacer antes

de dejar este mundo? En definitiva ¿cuáles son sus sueños? ¿Cuántos de esos sueños va a dejar sin cumplir? Aunque la aventura haya trascendido a lo esperado, este diario es el resultado de que su autor haya podido cumplir dos sueños de su lista: dar la vuelta al mundo y escribir un libro, y como en su poema Ítaca Kavafis nos decía, en el camino ha realizado otros muchos que ni se imaginaba antes de empezar la aventura.

Disfrute del viaje.

Porque está ahí

A finales de 1923, George Herbert Leigh Mallory estaba de gira por Sudamérica promocionando su tercera expedición con destino al monte Everest. Las dos tentativas anteriores habían terminado en fracaso, pero eso no hizo más que aumentar su obstinación por ser el primer hombre en coronar el gigante. Cuando un periodista le preguntó por qué estaba tan obsesionado en llegar a lo más alto de la montaña, Mallory se limitó a responder: «porque está ahí».

Un año más tarde, el ocho de junio de 1924, salió del campamento C6 con su mochila a la espalda y con la intención de cumplir la promesa que tiempo antes hizo a su mujer: dejar su foto en la cima del mundo.

Jamás se le volvió a ver con vida.

El uno de mayo de 1999, casi setenta y cinco años después de aquello, una expedición encontró su cuerpo en perfecto estado de conservación a quinientos veintidós metros de la cumbre. Tenía rotas la tibia y el fémur de la pierna izquierda. Aún hoy no hay forma de saber si llegó a cumplir su sueño.

Entre las últimas notas que escribió antes de partir del campamento se halló la siguiente:

«La suerte está echada. De nuevo, por última vez, avanzamos por el glaciar de Rongbuk en pos de la victoria o de la derrota final».

Entre las ropas del cadáver de Mallory nunca se encontró la foto de su mujer.

Mis motivos

Todo lo hice por una mujer. Planeé dar la vuelta al mundo para hacer sonreír a una mujer.

Cuando Televisión Española emitió por primera vez *La vuelta al mundo de Willy Fog*, una serie de dibujos animados basada en la obra *La vuelta al mundo en ochenta días* de Julio Verne, yo tenía siete años. Imagino que aquella época se escribió con lápiz en mi cabeza, porque hoy día está tan borrosa y decolorada que apenas recuerdo nada. Sin embargo, hay varias cosas que no se me han borrado: la angustia que sentía cada vez que Willy Fog se encontraba con algún problema que le complicaba el viaje o el momento exacto en que decreté que quería dar la vuelta al mundo. Fue durante el giro definitivo que se produce en el último episodio, cuando los protagonistas descubren que han ganado un día por viajar en el sentido de la rotación de la Tierra.

Con el paso de los años, el sueño de dar la vuelta al mundo, como tantos otros, quedó enterrado, aplastado por la adolescencia y sobre todo por la perversa —y eludible— transición al mundo adulto. Las indeseables comodidades de la vida en pareja me convirtieron en un hombre gris que se olvidó de las absurdas fantasías de un niño.

Tuve que sufrir una tormenta que se llevó mi vida por delante para poder asistir en primera persona a un renacimiento, a un amanecer de sol de ojos marrones cuyos rayos seca-

ron el fondo fangoso del pozo donde me hallaba, donde aceptaba mi destino con sumisión y oscuridad.

Fue un día de verano cuando conocí a C...

Un inocente cruce de miradas provocó esa chispa que reactivó el cadáver en que me había convertido. Pasé, en un instante de tiempo, de la nada al todo, del infierno al cielo, del crujir de dientes al suspiro. Decidí entregarme a ella. Dado que me había acostumbrado a no vivir, me pareció que lo justo era regalarle mi recién estrenada existencia. Me transformé en un autómatas, en una especie de monstruo del Dr. Frankenstein movido únicamente por la esperanza de poder satisfacer todos sus deseos.

Todo lo que hacía tenía como objetivo conseguir que se sintiera bien.

Quería tener un cuerpo perfecto, un alma perfecta. Le entregué mi vida. Renuncié a mí y hubiera renunciado a todo si ella me lo hubiera pedido. Pero todo era insuficiente. Ella nunca me pidió nada; eran mis propios complejos los que se encargaban de que cualquier cosa que pudiera hacer para complacerla me pareciera insignificante.

Fue entonces cuando conocí la historia de Mallory, su obsesión por escalar el monte más alto de la Tierra por el simple motivo de estar ahí y su intención de dejar la foto de su mujer en la cima del mundo. En ese momento decidí que yo coronaría mi particular Everest, que haría eso que nunca me atreví a hacer, que llegaría más lejos de lo que nunca había llegado, que daría el paso que superara la frontera de mis limitaciones. Convertí en obsesión mi sueño de niño: dar la vuelta al mundo. Una pequeñez, quizás, para alguno de ustedes, pero un verdadero jalón para mí.

Desde ese mismo día comencé con impaciencia los preparativos. Quería irme cuanto antes porque el paso de los días y la insatisfacción que me producía mi incapacidad para venerar a C... lo suficiente estaban haciéndome sentir que la perdía poco a poco.

Sin embargo, el día antes de la partida recibí una llamada que lo cambió todo. Era C... Me pidió que buscara mi felicidad dejándola al margen. Después de eso, todo dejó de tener sentido.

Estaba perdido y comencé, cabizbajo, un recorrido de vuelta a la oscuridad de la cual ella misma me rescató. Pensé en anular el viaje, en anularme a mí, pero no podía hacerlo. En vez de eso, modifiqué el objetivo de la aventura: ya no lo haría por impresionar a nadie, lo haría para encontrarme a mí mismo, para recuperar definitivamente a aquel tipo que fui años atrás, independiente y libre, para volver a ser el protagonista de mi propia vida.

El blog

Al tiempo que planeaba el viaje, decidí que escribiría un cuaderno de bitácora que narrara los pasos que fuera dando durante el trayecto. Uno de los motivos que me llevaron a tomar esa decisión fue mi voluntad de conservar notas de los sucesos que acontecieran durante la aventura. El hecho de publicar en un *blog*, un escaparate público, me obligaba a escribir todos los días, a no poder fallar, a ser disciplinado y no dejarme vencer por la desidia (enemiga máxima). Al principio no tenía claro qué tipo de *blog* quería escribir, pero en realidad tampoco necesitaba saberlo. Cada día escribía lo que quería escribir, sin preocuparme de otra cosa que no fuera pulsar teclas. Con el tiempo y el hábito, dejó de ser una obligación para convertirse en una necesidad. Empleé horas y horas en escribir; sacrifiqué descanso y sueño con tal de mantener vivo el *blog*, pero no me importaba.

Por supuesto, las pésimas condiciones en las que escribía hacían que el texto publicado careciera de una mínima calidad. Multitud de faltas de ortografía, errores de expresión y barbaridades de todo tipo eran consecuencias directas de la falta de sueño, del pequeño teclado salido del infierno del or-

denador que usé y de la imposibilidad de corregir nada de lo que escribía porque ni siquiera tenía tiempo de leerlo; me limitaba a mecanografiar.

Todo aquél que ha leído el *blog* tendrá que perdonarme por las atrocidades cometidas. Desde luego, cuentan con mi respeto y admiración.

Curiosamente, lo que empezó como una forma de documentar el viaje se convirtió, casi sin advertirlo, en un punto de apoyo esencial. El *blog* y, sobre todo, los comentarios a los textos que subía, me ayudaron a levantarme en los momentos más duros, me proporcionaron el aliento que me faltaba en las situaciones más adversas y me hicieron reír y llorar de la emoción. Se convirtió en mi conexión con casa.

El libro

Siempre he tenido la esperanza de no morirme sin haber escrito un libro. Pensé que el viaje podría ser un buen detonante, aunque nunca me vi capaz de hacerlo. Sin embargo, conforme pasaban los días y el *blog* se iba llenando de textos, empecé a considerar seriamente la posibilidad de intentarlo.

Antes de que se lleven a engaño, deben saber que no encontrarán literatura en este libro. No encontrarán aquí nada con el más mínimo valor literario, no encontrarán aforismos, ni giros, ni bellos pasajes y descripciones. No encontrarán alegorías, retórica, ironía, metáforas, parábolas ni otras formas no convencionales de jugar con las palabras. Este libro contiene, exclusivamente, una narración de hechos contados en primera persona en el mismo instante en el que fueron vividos.

Después de algunas dudas, he decidido que el contenido del libro será exactamente igual al contenido del *blog* (hechas las correcciones oportunas, por supuesto). No he querido añadir ni quitar nada significativo por no contaminar la esencia del texto original.

Confieso que juego con la ventaja de la absoluta falta de pretensiones con la que afronto la publicación de esta obra. No me importa si está bien escrita o no. A fin de cuentas, solo es una impresión en papel de unos textos que escribí en el transcurso de un viaje que cambió el rumbo de mi existencia. Porque así es, la persona que escribe estas líneas, un año después de regresar de la aventura de su vida, en poco se parece a la persona que planeó hacer un viaje con el único objetivo de hacer sonreír a una mujer.

el viaje



américa



Viernes, 12 de junio de 2009

Exactamente a las seis y media de la mañana suena el despertador. Para entonces ya llevo algunos minutos con la mirada fija en esos enormes números verdes que marcan la hora.

6:24, 6:25, 6:26, 6:27, 6:28, 6:29, 6:30.

Me desperezo durante unos segundos y me pongo en marcha. De fondo, el comentarista de Radio Marca me anuncia que los Lakers y los Magic se van a la prórroga para decidir el resultado del cuarto partido de la final de la NBA.

Anoche no preparé la mochila. En casos como este me gusta dejarlo todo para el final. Lo hago conscientemente, no es cosa de dejadez; es más bien una forma de invitarme a mí mismo a huir de las planificaciones. Me gustaría que me saliera de forma natural, pero como no es así al menos me obligo a ello. A pesar de todo, ya tengo pensado todo lo que llevaré conmigo en los sesenta y cinco días que durará el viaje: unas cuantas camisetas, calcetines, ropa interior, un bañador, una chamarreta, un anorak, unas chanclas y algunas cosas más. No demasiadas. Solo necesito un rato para tenerlo todo listo, enfundarme la gorra y salir a la calle. Hace un buen día para comenzar a dar la vuelta al mundo.

Mi vuelo a Nueva York sale a la una menos diez desde el aeropuerto de Málaga, así que tengo tiempo de coger el coche, ir a casa de mis padres a imprimir todos los documentos relativos a reservas, localizadores y demás papeleo necesario y acercarme a la cafetería de mi hermano a despedirme. Allí me espera mi amigo Miguel Ángel, que se ofreció a llevarme al aeropuerto como hizo un año antes, cuando estuve de viaje por Europa. Estoy tan nervioso que ni siquiera puedo sentarme a desayunar, así que acelero los últimos besos a mis padres y le pido a Miguel Ángel que me saque de allí. Mi madre tiene la cara que tienen las madres cuando están tristes y no

quieren que se les note. Yo debo de tener la cara que tienen los hijos cuando están asustados y no quieren que se les note.

En el aeropuerto me espera Pepe, un amigo de toda la vida. Trabaja allí y siempre que tengo que volar se ofrece a hacer de anfitrión durante las horas que han de pasarse en las terminales antes de tomar el vuelo. Como he llegado pronto, nos vamos a un bar donde tomamos unas cervezas hablando de lo divino y lo humano.

Después del rato de charla, y aún con tiempo de sobra, nos ponemos en la cola de la facturación. Una ventanilla que se cierra hace que nos quedemos los últimos de la fila. Al llegar mi turno, la amabilísima (aunque algo angustiada) señorita me pide los datos de contacto del lugar donde voy a pernoctar en EE.UU.

—No tengo esos datos aquí.

—Pues sin esos datos no embarca.

—Pero si ya rellené todos los formularios necesarios por Internet. ¡Dos veces!

—El ordenador me pide esos datos. No puede pasar sin que los rellene.

—Está bien, me conectaré a Internet a buscarlos.

—No hay tiempo, el mostrador debería haber cerrado hace dos minutos.

—Pero el hecho es que aún está abierto, ¿no es cierto? Deme cinco minutos.

Mierda, no tengo el cable necesario, está en esa mochila precintada que duerme aburrida sobre la cinta transportadora.

—Lo siento señor, tengo que cerrar, no puede usted embarcar.

—Está bien, acabo de recordar la dirección y la persona de contacto. Se llama Jack Torrance, y la dirección es Fake Avenue número 123.

—Necesito un teléfono.

—Claro, apunte: 658839934.

—No tan rápido, ¿puede repetirlo por favor?

—Claro, apunte: 3056693453.

—¿Código postal?

—29001.

Mientras recito la sarta de datos falsos, el gesto de la señorita del mostrador se va torciendo hasta que sus ojos comienzan a echar fuego. Sé que no tengo más remedio que buscar otra alternativa y lo hago. En un instante encuentro la solución perfecta: Teresa.

(*Ring, ring, ring...*)

—Hola, ¿puedes pasarme con Teresa? Oye Teresa, ¿puedes ayudarme? —Claro que puede—. Entra en esta página web. —Suerte que recordaba el nombre del *hostel*, suerte que era fácil de recordar—. En plural. Guay. Busca la dirección por favor. A ver, repite. La tengo. Gracias *apañá*.

Ya está todo.

—¿Puedo pasar ya?

—Adelante, pase, pero deberá darse prisa porque ya han hecho la última llamada.

—Claro, me voy corriendo. Pero antes necesito que haga una cosa más por mí. Sonría por favor. Es usted la mujer más amable y más guapa que he visto en lo que llevamos de año. ¡Exacto, eso es justo lo que quería, gracias!

(*Corre, corre, corre, corre...*)

Dios, la policía. Necesita mi pasaporte.

—Aquí lo tiene. ¿Adónde me dirijo? A Dublín. Bueno en realidad a Nueva York, pero vía Dublín. Quiero decir, haciendo trasbordo en Dublín, en Irlanda.

¿Por qué coño tartamudeo? El policía no sonríe, su bigote blanco no se mueve ni un pelo. Pero ni uno. Lee y lee el pasaporte.

—¿Y qué va a hacer un *perote* tan lejos de su pueblo? —me suelta.

—Santo cielo, ¡nada bueno!
Su bigote se estira.
—Anda, corre que lo pierdes.

(Corre, corre, corre, corre...)

Mierda, mi libro, lo olvidé en el banco. Joder.

Ya estoy sentado y rodeado de pelirrojos. Me relajo y cabeceo adormecido. Rugen los motores, estamos a punto de despegar. Subo el volumen del reproductor de mp3, paso de desconectarlo. Que les den. Elijo a Rufus Wainwright.

*I'm not ready to love until I'm ready to love you the way
you should be loved.*

Respiro. Ya estamos en camino. Ya ha comenzado mi vuelta al mundo. Gracias Pepe por las cervezas. Gracias Teresa por salvar mi viaje. Me encanta que los planes salgan bien.



Mi reino por unas gafas de sol

Conozco al dedillo los síntomas que se derivan de la falta de sueño. Cuando comienzo a tenerlos me siento como en mitad de un *dejà vu* perenne, que no se te escurre. Uno de esos síntomas, quizás el más físico, es el picor de ojos. En este momento me pican tanto que estoy pensando en sacármelos, meterlos debajo de un chorro de agua bien fría y dejarlos en hielo durante unos minutos. Luego echarles un par de cucharadas de aceite de oliva virgen extra, frotarlos con un paño bien limpio y volvérmelos a poner en sus cuencas. Lo haría si pudiera levantarme del asiento, pero la azafata de ojos más claros que jamás haya visto no me lo permite. Estamos pasando por una zona de turbulencias y el avión no deja de dar

tumbos. Antes, una de esas violentas sacudidas ha dado con el culo de una de las azafatas —morena de nariz larga larga—, en el brazo de mi asiento. Milagrosamente he logrado apartar mi mano a tiempo para evitar que quedara aplastada entre las nalgas de la señorita.

—*I'm so sorry sir.*¹

—*It's O.K. It was an accident, don't worry.*²

Otro de los síntomas que suelen acompañar a la falta de sueño es la instalación de una especie de dispositivo de seguridad anti-sueño. Es como si mi cerebro, una vez llegado a un punto de falta de descanso, decidiera que ya no necesita más reposo y se negara a desconectar: ¿querías caldo? pues toma dos tazas. Ese mecanismo se manifiesta de muchas maneras, casi siempre en forma de pesadillas horribles. La última vez consistió en ser atropellado sistemáticamente por un Cadillac blanco cada vez que cerraba los ojos. Así de sencillo, cada vez que empezaba a sumergirme en el deseado sueño, mi cerebro me mandaba un Cadillac blanco a toda velocidad que impactaba directamente en mi cara. Nada podía hacer para evitar que mis sesos terminaran desparramados por el suelo. *Chof.* Podría recordar hasta la matrícula del cabrón asesino.

El mecanismo de hoy es un poco más sofisticado, pero igualmente efectivo: cada vez que empiezo a dormirme noto cómo se me descuelga la cara. El pellejo de mi cara se vuelve terriblemente viscoso y empieza a descolgarse como si fuera Blandi Blub. La nariz se me estira tanto que me llega al pecho, y el labio inferior me chorrea como si fuese una fuente de chocolate. Es extremadamente desagradable, así que inmediatamente doy un respingo y miro a mi alrededor durante unos segundos para descubrir que estoy aquí, en mi sillón verde, rodeado de gente extraña y a unos pocos miles de metros de altitud, volando hacia la ciudad que nunca duerme.

A mi lado duerme un viejo. Lleva todo el viaje bebiendo

¹ Lo siento mucho, señor.

² No se preocupe, ha sido un accidente.

agua. Se acerca el vaso a los labios, pero no lo suficiente como para tocarlos, por lo que tiene que estirarlos como si fuera un oso hormiguero que tratara de sujetar un cigarro en el bigote. Se diría que no tiene dientes. Tiene el pelo blanco y unas gafas que sobresalen dos metros por encima de sus cejas peludas y despeinadas. Viste una camisa azul impecablemente arrugada y unos pantalones negros de rayas grises. Se ha quitado los zapatos y he podido descubrir que lleva los calcetines del revés. Me ha recordado a una película de Sean Connery en la que hacía de una especie de genio de la literatura. Su personaje llevaba los calcetines del revés porque prefería que las costuras quedaran por fuera y de esa forma no le molestaran. No creo que el viejo lo haga por eso. Tampoco creo que sea un genio de la literatura, aunque quién sabe. No es algo que me quite el sueño, desde luego. Está arropado con una manta de viaje de color azul marino en la que hay un nombre bordado, que bien podría ser el suyo o, sencillamente, la marca. «Mathews», eso pone.

Si he tenido que presenciar tantas veces el desagradable espectáculo del viejo besando su vaso de agua ha sido simplemente porque se encuentra justo entre mi sitio y el sitio de una chica a la que me gusta mirar. Me he pasado todo el viaje girando la cabeza para mirarla mientras rellenaba *sudoku*. Hemos coincidido varias veces, pero nunca hemos sonreído ni hecho gesto alguno. Tampoco hemos apartado las miradas. No es guapa, aunque la forma en la que muerde el lápiz y se concentra en su pasatiempo me resulta muy atractiva. Lleva el pelo lacio, raya en medio. Viste una sudadera Adidas de color verde oliva y tiene unos pequeños pendientes de plata con forma de ballenas (o quizás sean delfines). A su lado duerme un gorila con perilla cuyos brazos son tan anchos como mis piernas. A ratos utiliza uno de esos enormes brazos para rodearla por el cuello y apretujarla contra sí mientras ella se queja.

Tengo sueño. Espero poder dormir esta noche. Daría cual-

quier cosa por no haber olvidado mis gafas de sol. Tiene gracia que el reloj del portátil me diga que es medianoche cuando volamos debajo de un cielo de color celeste cielo. Sonrío. Necesito esas gafas.



La ciudad que nunca duerme

El avión llega con una hora de retraso. El papeleo para entrar en EE.UU. es un poco pesado. A mí no me han puesto muchos problemas, más allá de hacerme rellenar por tercera vez un par de formularios. Ya lo hice por Internet, donde decían expresamente que era suficiente, y que ni siquiera necesitaba imprimirlo porque lo tenían todo informatizado. Seguro que, precisamente por eso, ha fallado y me han hecho volver a rellenarlo con papel y bolígrafo. Llevo diez minutos en EE.UU. y ya he visto un montón de tópicos, empezando por el policía gordo, la policía negra borde, el policía que acojona, la policía china con el guante de látex...

No llevar la dirección del *hostel* me ha vuelto a dar problemas. Aunque parezca increíble, después del incidente del mostrador de facturación del aeropuerto de Málaga, no anoté la dirección cuando Teresa me la pasó por teléfono, así que me presento en la aduana sin la dirección de contacto y, lo que es peor, ¡sin saber dónde tengo que ir! He estado sobrevolando el océano durante cien horas y no me he parado a planear ni siquiera qué iba a hacer justo después de aterrizar. Menudo plan. ¿Solución?, preguntar a todo el mundo si tienen conexión a Internet en el móvil, porque de *wifi* nada de nada. Al final he dado con un muchacho, un policía chicano muy enrollado que ha desenfundado su flamante iPhone y me ha sacado del apuro.

No pasará mucho tiempo antes de que vuelva a pifiarla.

Me voy feliz con mi dirección al *fly-train* —el tren que te lleva de las terminales del aeropuerto a una estación con conexión con el metro—, me subo, me bajo, me subo en el metro y cuando me siento cómodamente descubro dos cosas: la primera es que dentro del vagón no hay ningún plano de las paradas y la segunda es que no tengo ni puta idea de la estación en la que tengo que bajarme. ¡Ups! Según recuerdo, Fran —que ha preparado su viaje ¡y el mío! mucho mejor que yo—, me comentó que se tardaba más o menos una hora en llegar desde el aeropuerto a la zona de Central Park. Cuento hasta diez y trato de centrarme. A todo esto, ya son casi las diez, o, lo que es lo mismo, las cuatro de la mañana en España.

Gracias al cielo, el policía *geek* me apuntó, además de la dirección, el teléfono del *hostel*. Justo cuando me dispongo a llamar me asalta la sospecha de que no tengo batería en el móvil. Por suerte, tengo un glorioso palito de carga que me mira con los labios temblorosos a punto de romper a llorar. Bien hecho chaval, con dos cojones ahí; aunque vivas en el culo de la pila sabes perfectamente que eres el palo clave ¡eres el puto *chosen one*! ¡Crack! Debo darme prisa en llamar ahora que el metro aún va por la superficie.

(*Ring, ring, ring...*)

—Buenas. Verá, que voy para allí y no sé llegar.

—*I beg your pardon!?*

(*Tono de batería baja.*)

—Ostras, perdona, me explico. Verás, tengo reserva para esta noche, y no sé cómo llegar. Acabo de aterrizar en el JFK, he cogido el metro, línea A, pero no tengo ni idea de la parada en la que tengo que bajarme.

—116th Street.

3 ¿Perdón?

(Tono de batería baja.)

—No no, si la dirección la tengo apuntada, necesito el nombre de la parada.

—116th Street.

(Tono de batería baja.)

—Er... perdona, pero es que mi inglés es muy malo. ¿Cómo puedo saber qué parada corresponde a esa calle?

—116th Street.

(Tono de batería baja.)

—Vale, es que no tengo ningún plano, entonces no puedo ubicarme. Eso está al norte de Central Park ¿verdad? ¿No hay ninguna parada North Central Park o algo así? No me importa caminar un rato, de verdad.

—116th Street.

(Tono de batería baja.)

—Vale chata. *See u.*

—*Bye sir.*

Cuelgo y se me queda cara de pardillo. Tengo que buscar una solución, pero en cambio me pongo a dar cabezadas. El vagón se ha llenado de gente, casi todos negros. Están todas las caricaturas, como en el aeropuerto. Subo la música y trato de centrarme, pero me cuesta un montón. El metro para cada cinco minutos más o menos, y decido que voy a pararme justo cuando se cumpla una hora desde que me subí al metro. Un buen plan, si es que hubiese tomado la precaución de fijarme en la hora en la que me subí. Ya lo tengo, miraré en el móvil y restaré cinco minutos. Vaya, mi amigo el palo se ha largado, esto no hay quien lo encienda. ¿Cuánto tiempo habrá pasado? Ni puta idea, me he pasado el viaje dando cabezadas. He perdido la noción del tiempo. A mi lado hay una señora de cara encalada y labios arados pintados de rojo bombero. Ni siquie-

ra me he dado cuenta. Me mira y alza las cejas. Sonríe. Sonríe.

Que le den, me bajo en la próxima. Justo en ese momento, la megafonía anuncia que la siguiente parada es 118th Street. Caigo en la cuenta. Estos neoyorkinos son unos genios. Llamen a las paradas de metro con el nombre de la calle en la que está. Menudas figuras. Estoy tentado de bajarme y caminar, aunque finalmente prefiero arriesgarme a esperar a la siguiente. La suerte sonrío a los audaces. Confío en que detrás de esta venga la 116th. Al tiempo que la megafonía anuncia que la siguiente parada es la 135th Street.

Vale, he vuelto a meter la pata, me bajo aquí mismo, buena es. Se abren las puertas y bajamos Mrs. Encalada y yo. El andén esta lleno de gente y hace mucho calor. Salgo y pregunto a un policía por la dirección. La lee y se ríe; pregunta a su colega y ambos se ríen. Señalan una avenida muy ancha, y deduzco que debo ir por allí. No me hablan. *Thanks a lot*. Ando y ando, pero no sé bien dónde voy. Hay gente en la calle, pero no pregunto a nadie. Se supone que si las calles están tan ordenadas como dicen, acabará apareciendo la puta 116th. Me impaciento y pregunto a un hombre mayor, calvo y negro. Es muy amable, aunque habla tan rápido que apenas le entiendo. Por suerte, la costumbre de repetir una y otra vez el camino a algún sitio cuando alguien te pregunta no es exclusiva de España. A la tercera lo pillo. Bajar la avenida y en el tercer cruce girar a la izquierda. Andar durante un buen rato y *voilà*.

—Buena suerte —me dice al tiempo que brilla su dentadura blanca.

Se me erizan los pelos de la nuca por la forma en que lo ha dicho. Esto es Harlem y aquí hay que mamar.

Sigo mi camino y cada vez hay menos movimiento. Se empieza a ver gente de barrio. Grupos de negros sentados en las escaleras de sus edificios. Coches con música rap a todo trapo. Está todo bastante oscuro. Bajo y bajo la calle, busco el número 1916, pero no aparece. Cuando al fin encuentro el 1917, cruzo la calle para comprobar que el número 1916 es una iglesia bap-

tista. Una *funeral church* concretamente. Sin saber bien por qué, pienso en mi buen amigo y singular Gustavo. Le imagino riéndose de mí a limpias carcajadas.

Son casi las doce (hora de la costa este) y según mis notas debería pasar la noche en una iglesia baptista para funerales. Empiezo a desesperarme y tengo principio de hiperventilación. Un momento... ¿según mis notas o según mi cabeza? Reviso el papel donde pone, bien claro, que el *hostel* está en el 1961. ¿El 1961? Vaya, se ve que antes lo leí mal.

Me doy la vuelta, cruzo la calle y desando mis pasos. Al cabo de unos minutos, ante mí se muestra una hermosa fachada iluminada por una celestial luz blanca perfecta y pura. Una «L» de tres metros de alto la preside.

—Bien podría ser así la puerta del cielo —pienso.

Empujo la puerta, y todo cambia. Un ángel de pelo negro y ojos grises me recibe.

—*Check in?*⁴

—*I love you.*⁵



El mayor placer es el descanso

La habitación tiene seis camas, un baño y una cocina inútil porque está prohibido subir comida. Mis compañeros son dos típicos italianos casanovas —con un pésimo gusto para vestir y con gran afición a pasearse marcando paquete con sus *boxers* CK—, un enorme vikingo de pelo corto y larga barba albina que gruñe en vez de hablar y una joven pareja de londinenses, Alex y Christina.

Los ingleses acaban de terminar el instituto y se han rega-

4 ¿Desea alojarse?

5 Te amo.

lado un año sabático antes de empezar sus estudios de arquitectura. Llevan seis meses viajando por el mundo y han visitado todo el sur de Asia, desde La India a las islas filipinas. Alex es capaz de recitarme de memoria todos los sitios que han visitado, pero Christina apenas recuerda unos cuantos, o eso dice con sus gestos. Su última parada es precisamente Nueva York. Christina se jacta de que fue idea suya terminar en Nueva York porque de esa manera puede pasarse tres días yendo de compras. Piensa arrasar la Apple store. Salta a la vista que tienen pasta. La conversación transcurre mientras Alex no deja de jugar al *Mario Kart* en la Nintendo DS.

—¿Quieres jugar una partida? —me dice sin levantar la vista.

—Yo juego a veces en la Wii, pero en DS no controlo. Creo que paso.

—Se pasa el día así —me dice Christina con un suspiro de resignación.

Les cuento mi plan y les pido algún consejo. Alex me sugiere que tenga preparados los visados de todos los países que voy a visitar, sobre todo en Asia. Ambos hablan al mismo tiempo y me cuesta mucho entenderles porque lo hacen muy rápido. Me cuentan que tuvieron que pasar cinco días esperando para el visado de Corea del sur. Yo no llevo visado para Corea del sur porque pienso que no es necesario; quizás sea diferente para ciudadanos españoles que para ciudadanos británicos.

Mientras hablamos, Dolce y Gabbana no dejan de gritar. Ambos son el estereotipo de turista italiano cuyo principal objetivo es follarse a cuantas más mejor. No es un mal objetivo, desde luego. Hace más de media hora que he llegado y aún no han desocupado el baño. Entran y salen sin parar, intercambiándose potingues y ropa. Se están preparando para quemar Nueva York (más tarde, cuando al fin pude entrar en el baño conté hasta seis cuchillas de depilación diferentes y una docena de cremas).

El vikingo no hace nada. Se limita a estar tumbado en la cama y atender la conversación, aunque dudo que se haya enterado de algo. Tiene los ojos inyectados en sangre y su mirada contrasta con su sonrisa. Son como dos piezas de un rompecabezas que, a pesar de no encajar, se han forzado para que queden una junto a la otra. De repente me llega el convencimiento de que el vikingo intentará matarme esa misma noche. Más tarde, ese disparate haría que me despertara sobresaltado cada cinco minutos. Un cerebro cansado tiene esas cosas, al menos mi cerebro cansado. La razón no sirve de mucho en estos casos, solo el descanso vale.

Sábado, 13 de junio de 2009

Me despierto muy temprano; son las seis de la mañana. Por suerte, ahora puedo decir que me equivocaba: el vikingo no intentó matarme, aunque estoy seguro de que se le pasó por la cabeza. Tengo la sensación de no haber dormido casi nada, porque recuerdo todo lo que ha ocurrido durante la noche. Recuerdo oír llegar a Dolce y Gabbana dando gritos, y contar cada una de las veces que entraron al baño antes de irse a la cama. Recuerdo cómo Christina despertaba a Alex para pedirle que bajara a por una botella de agua, que tenía sed, y recuerdo cómo Alex le respondía con amabilidad que si quería agua que moviera su propio culo. También recuerdo sirenas y luces azules y rojas. No pasaban más de diez minutos sin que se oyera algún coche de la policía pasar a toda velocidad. Recuerdo salir por la ventana que queda a la altura de mi cama, y acomodarme en la escalera de incendios a mirar la calle. Recuerdo el calor y las voces negras infestadas de «*fuckings*» y de «*niggers*» que llegaban de abajo. En las escaleras de acceso al portal de al lado están apostados cinco negros que beben de botellas ocultas en bolsas de papel marrón. Tienen un reproductor de CD donde suena música *funk*. Me siento como en una película de Spike Lee.

Me decido a dar una vuelta por el *hostel*. El ambiente es excelente, lleno de gente joven y guapa de todos los países. La recepción hace las veces de sala para *wifi* y desayunos. Un grafiti anuncia que el desayuno es gratis de lunes a viernes. Hoy es sábado, pero el muchacho que hace de recepcionista me ha dicho que no tengo que pagar el café, que invita la casa. A la derecha de la recepción hay montada una sala de juegos. Una mesa de *ping-pong* en la que juegan dos policías, una mesa de billar y algunas mesas con barajas de cartas, *monopolis* y *trivials*. Al fondo de la sala, un sofá de cuero negro

y una estantería con libros. «Coge uno, deja uno». Echo un vistazo para comprobar que casi todos los ejemplares son *best seller* en inglés, nada interesante. Una guía de Nueva York en chino y, finalmente y casi oculta, una obra maestra de la literatura en castellano: *Rayuela* de Julio Cortázar. La cojo inmediatamente. Perdí *El libro de la selva* en el aeropuerto de Málaga y, desde entonces, me encontraba huérfano de lectura. *Rayuela* es perfecta para llenar ese hueco. «Coge uno, deja uno». Esta tarde compraré cualquier libro en cualquier librería y lo dejaré aquí. Me siento en el sofá unos segundos mientras recuerdo la época de la universidad en la que no paraba de leer literatura sudamericana. Leí algunas cosas de Cortázar, sobre todo cuentos, pero por suerte nunca le hiqué el diente a *Rayuela*.

Bajando unas escaleras llego a un semisótano donde se encuentran la cocina y la sala de televisión. La sala de televisión es un cuarto con paredes de espejo que hacen que parezca mucho más grande de lo que en realidad es. El suelo está forrado de alfombras de colores y salteado de cojines y pufs. Tres enormes televisores de plasma centran toda la atención de un par de muchachas que ni siquiera me miran cuando saludo. Afuera, un cartel recuerda que no es la sala de dormir, sino la sala de televisión. Pienso que si alguna vez tuviera que organizar una orgía no dudaría en elegir una habitación como esa: espejos, alfombras, cojines y televisores de plasma; es perfecto.

Aunque a primera vista pueda dar la impresión de caos, la cocina está perfectamente limpia y ordenada. Una enorme estantería con forma de colmena está llena de bolsas y cajas de todos los colores. A su lado, un frigorífico gris de dos puertas en el que no cabe ni un cartón de leche. En una de las puertas, una bolsa llena de etiquetas adhesivas y un cartel que amenaza, en español y en inglés, con que cualquier alimento que no esté etiquetado con el nombre del dueño y la fecha será fulminantemente ajusticiado. En el centro de la cocina, una en-

cimera con dos fregaderos, dos escurrerplatos llenos de cacharros limpios y secos y un microondas. En la esquina un horno y sobre él cuatro fogones de gas. Por su aspecto se diría que hace tiempo que nadie los usa.

Tras el paseo, bajo a la tienda de la esquina a comprar unos cereales y leche para desayunar. Los negros aún siguen bebiendo y paso entre ellos dándome aires de duro. No quiero que piensen (descubran) que soy un europeo de fino culito blanco y manos blandas, así que endurezco el gesto y doy a mis pasos una cadencia que denote seguridad. Quiero dar la impresión de ser capaz de matar a un hombre con mis propias manos. Una vez en la tienda me relajo, charlo un momento con el dependiente —que es mexicano—, agarro mis cereales, leche y algo de fruta y vuelvo al *hostel*. Suerte que la bolsa es negra y no puede verse mi compra. No puedo permitirme que los chicos del barrio sepan que un tipo duro como yo bebe leche caliente por las mañanas.

Después de desayunar subo a la sala *wifi*; quiero revisar el correo y escribir un rato. Aún no son ni las ocho de la mañana, pero ya hay bastante gente. Me dirijo a sentarme en un sitio libre y paso por detrás de una chica que se toma un café mientras consulta un plano de Manhattan. Me excuso al pasar por su espalda y ella piensa que le estoy pidiendo permiso para sentarme a su lado, por lo que empieza a apartar sus cosas de la mesa con la intención de dejarme un hueco. Aprovecho la confusión y me siento junto a ella, cuidando de que parezca que esa había sido mi intención desde el principio. Nos presentamos y damos juntos los primeros pasos que se dan en este tipo de conversaciones. Miriam es alemana y está en Nueva York visitando a unos amigos. Me cuenta que hace siete años, en la zona de fumadores de una estación de tren, conoció a un grupo de estudiantes de Texas, y que desde entonces todos los años viaja al menos una vez a EE.UU.

—Cada año voy a Texas, pero antes aprovecho para visitar alguna otra ciudad. El año pasado fue Las Vegas, y este

año toca Nueva York —me explica con orgullo de quien ha tenido una gran idea que a nadie se le había ocurrido antes.

Yo le cuento que soy de Málaga.

—Yo, como todos los alemanes, veraneaba en Torre del Mar de pequeñita. Me gusta España —me dice.

—A mí también.

—Aunque he de decir que odio a Iberia.

—Yo solo he volado una vez con Iberia y me dieron un bocadillo de queso que estaba muy rico. Incluso me dejaron repetir. Me comí dos estupendos bocadillos de queso mientras volaba a Valencia. Con pan de chapata.

Miriam trabaja en un aeropuerto, y odia a Iberia porque son muy informales. Me cuenta que su compañero de trabajo, cada vez que se las tiene que ver con Iberia, se pone a gritar: «Iberia es una mierda». Esto último lo dice varias veces, en Español y entre carcajadas.

—Vaya, ¿sabes hablar español?

—Solo sé decir «Iberia es una mierda».

Ahora me toca a mi contarle mi historia. Estoy inspirado, así que le suelto el rollo de que quiero ser escritor. Le cuento que estoy cansado de mi rutinario trabajo sentado delante de un ordenador, y que quiero darle un giro a mi existencia, retomar el viejo sueño de ganarme la vida escribiendo. Le digo que quiero hacer un viaje a través de los cinco continentes para acumular las suficientes experiencias como para poder escribir y publicar un libro, esperando que eso pueda cambiar el rumbo de esta vida prestada que llevo.

—Precisamente estaba a punto de escribir unas notas —le digo con cierto desinterés forzado.

—¡Qué mono es tu ordenador!

—Gracias, es perfecto para escribir.

—¿Sabes?, eres distinto al resto de gente que suelo conocer en los viajes. Casi todos viajan para comer, beber y follar, pero tú viajas para escribir.

—Ya, bueno. No todos somos iguales —le digo mientras

me la imagino apoyada boca abajo contra la mesa, arañando la superficie con sus largas uñas de color azul turquesa, al tiempo que yo estoy detrás subiéndole la falda y arrancándole las bragas con la brutalidad de un cromañón sin que ella oponga la más mínima resistencia.

—Vayamos a tomarnos un café con *donuts*, ¿qué dices? Por aquí cerca hay un Dunkin' Donuts —dice mirándome a los ojos.

—Acepto, pero solo si me prometes que vas a proporcionarme una experiencia sobre la que merezca la pena escribir, ya sabes.

Afuera el cielo es blanco.



Ann, Ralph y las demás

Siguiendo las instrucciones de Roberto, el bedel del *hostel*, con quien estuve fumando un pitillo a escondidas, bajo por el bulevar Malcolm X que me lleva directamente al lado norte de Central Park. Es sábado por la mañana, el cielo está blanco y el parque está lleno de deportistas. Viendo a aquella gente de cuerpos perfectos corriendo de aquí para allá, no puede uno por menos que desterrar el mito de que en Estados Unidos la gente está gorda. Aunque probablemente la muestra no sea válida, lo que veo es una prueba irrefutable, desde un punto de vista estadístico, de que los neoyorkinos tienen todos un cuerpo diez.

Pasear por Central Park es agradable aun en un día nublado, así que decido pasar toda la mañana dando vueltas por allí. Corre una brisa fresca que invita a pasear y a disfrutar de unas horas de contemplación. El aire es limpio y huele bien, a verano, a hierba.

Me acomodo en un banco a tomar un poco de agua y a recuperarme de la larga caminata y es entonces cuando me fijo en cuatro mujeres sentadas con gracia sobre una manta; decido acercarme para decirles que juntas forman una postal tan hermosa que no he podido resistirme a declarárselo. Ríen.

—Es muy galante de tu parte.

—Es la pura verdad, lo juro por Dios.

—¿No será que quieres que te invitemos a desayunar un poco de fruta?

—¡Oh Dios!, me han descubierto —les respondo entre risas.

—Anda, siéntate con nosotras.

Lo cierto es que no tengo la menor intención de que me inviten a desayunar, pero me parece una broma amable y no puedo resistirme, así que me siento junto a ellas a comerme una manzana verde. Cuatro señoras y yo sentados sobre una enorme manta blanca a rayas y alrededor de una mesa de pequeñas patas que soporta sin queja el peso de un millón de botellas de agua y un bol lleno de fruta troceada. Empezamos a hablar de Nueva York; les comento que acabo de llegar la noche antes, pero que no consigo quitarme de encima la sensación de que estoy en un lugar conocido.

—Eso es por las películas —dice Rosalind mientras el resto asentimos dándole la razón.

Me cuentan que Nueva York es mucho más de lo que sale en las películas. Como cualquiera que esté orgulloso de pertenecer a un sitio —sentimiento que me cuesta entender pero que respeto profundamente—, las cuatro señoras quieren dar al forastero una buena impresión de su ciudad. Yo me dejo impresionar fácilmente, atendiendo a todo lo que dicen con aire de interés, así que siguen contando y contando cosas interesantísimas.

Les pregunto si suelen ir a Central Park a desayunar fruta y me cuentan que están celebrando un acontecimiento muy especial: el aniversario de la muerte de Ralph, el marido de

Ann.

—Hoy hace ocho años que nos dejó. Antes de morir me hizo jurarle dos cosas: que no lloraría y que no le olvidaría nunca, que se iría más tranquilo sabiendo que iba a seguir acordándome de que él existió, de que pasó conmigo más de treinta años, de que me pidió matrimonio durante un *picnic* en el que olvidamos los bocadillos y solo pudimos comernos el postre, que no era otra cosa que fruta troceada y yogur natural. Y que recordaría todas las veces que me contó que estuvo a punto de no pedirme que me casara con él porque lo tenía todo ensayado y el hecho de que faltaran los bocadillos hacía que tuviera que improvisar, y prefería no improvisar porque Ralph era de esos hombres que abren los regalos sin romper el papel y que nunca se olvidan de tapar el bote de champú cuando se están duchando. Me hizo prometer que nunca olvidaría las palabras exactas que usó en la declaración y yo le hice la promesa, pero solo cumplo la mitad —dice con unos ojos que se han ido cargando de lágrimas hasta no poder más—. Perdóname muchacho; vas a pensar que soy una vieja que solo dice tonterías. Rose, déjame las gafas anda; sí esas, están ahí debajo. Gracias.

—Ojalá hablara mejor inglés, porque entonces diría algo gracioso que te hiciera reír.

Sonríe, aunque es una sonrisa de agradecimiento por el intento. Me pregunta si yo estoy casado y le digo que no, que nunca lo he estado. Entonces quiere saber por qué y le cuento que no lo recuerdo, pero que supongo que habrá sido porque nunca he querido a nadie tanto como para saltarme mis principios (que eso es, que no me he casado por principios), y que no sé bien si eso es bueno o malo, pero que tengo la sospecha de que es malo, aunque solo se trata de una sospecha, y que dependiendo de si llueve o hace sol llego a la conclusión de que lo que quiero es estar solo o que lo que quiero es encontrar a una Julieta por la que poder brindar con un frasquito de veneno.

—¿Y a qué conclusión has llegado hoy?
—Bueno, hoy el cielo está blanco. ¿Nos hacemos una foto?



El alimento del alma de la ciudad

Nunca he ocultado que el verdadero motivo por el cual decidí comenzar el viaje en Nueva York fue el dinero. Volar a esa ciudad es muy barato, probablemente la forma más barata de cruzar el Atlántico. Si el dinero no hubiese sido un problema, seguramente el primer vuelo me hubiera llevado directamente a Canadá, lo más cerca posible de las cataratas del Niágara (donde no estoy seguro de haber podido resistirme a la tentación de lanzarme en un barril de madera río abajo). Así pues, la visita a los Estados Unidos es más bien una cuestión práctica. Lo cierto es que nunca he tenido mucho interés en visitar Nueva York, pero ya que lo había decidido así, tengo la obligación de aprovechar la ocasión para pasear por el lugar que me parece más atractivo: la biblioteca pública.

Antes de llegar a la gran manzana revisé en un mapa el lugar exacto donde se encuentra el edificio. Por lo general, suelo tener el sentido de la orientación bien afilado, pero en el caso de Nueva York no tiene ningún merito. Toda la isla de Manhattan está perfectamente cuadriculada, de manera que señalar cualquier punto del mapa es como jugar a los barquitos. De norte a sur se extienden las avenidas y de oeste a este las calles. Tanto unas como otras carecen de nombre y se identifican por su número: las avenidas empiezan a numerarse de este a oeste y las calles de sur a norte. En definitiva, encontrar cualquier lugar consiste en conocer el cruce de una avenida con una calle (mi *hostel* se encuentra en la 7th Ave con

la 116th Street). Sin embargo, una vez allí me encuentro con el problema de las distancias. Lo que en el mapa parecía una manzana (o una cuadra como dicen aquí), a la hora de la verdad son cinco, separadas por calles tan estrechas que no merecen el honor de salir en el plano. Eso hace que, a la hora de la verdad, las distancias se multipliquen por cinco. Desde luego, eso no supone mayor problema para alguien acostumbrado a patear las calles como yo. Con todo esto, encontrar la biblioteca pública me lleva mi tiempo. El plano que uso para moverme es terriblemente inexacto, aunque eso no debería extrañarme teniendo en cuenta que se trata de un plano de transporte que tiende a simplificar y centrarse en las líneas de autobuses y metro más que en las calles.

Sea como sea, después de preguntar a varios policías de cuyos gestos deduje que ni siquiera sabían que existía una biblioteca pública en Nueva York (de uno llegué a pensar que no sabía lo que era una biblioteca), al final es un amable señor quien me da las indicaciones precisas que me llevan a plantarme delante de la fachada de los leones y las columnas.

La primera impresión es de cierta decepción, puesto que la mitad de la fachada se encuentran cubierta de plásticos por mor de unas obras. Aun así no me preocupo demasiado, porque lo que yo quiero hacer no es admirar la fachada; lo que yo he venido a hacer a la biblioteca pública de Nueva York es sentarme a leer unos párrafos de *Moby Dick* en su idioma original.

Viendo la entrada, todo hace suponer que no voy a poder acceder a la parte útil, a las salas reales de la biblioteca. Temo que solo me dejen hacer un circuito para turistas en el que pueda admirar los bonitos techos y alguna exposición de portadas de periódicos viejos. Todo lo hace sospechar, digo, porque nada más entrar me prohíben usar la cámara de fotos (todo un gesto de desafío directo al turista al uso). A continuación, un portero —que, por el tamaño de su espalda, bien podrían ser tres— revisa los bolsos y mochilas con tanta des-

gana que estoy seguro de que si yo hubiera llevado la mía llena de serpientes venenosas no habría sufrido ni una simple picadura. El caso es que ya estoy dentro y lo primero que hago es desmarcarme del resto de circunstanciales compañeros y lanzarme a buscar la biblioteca dentro de la biblioteca.

Después de un buen rato dando vueltas, yendo en contra de las flechas que tratan de reunir el redil de ovejas, empiezo a sentirme como si estuviera en el laberinto de la biblioteca de *La abadía del crimen* sin la vela. Sin embargo, no desespero y sigo buscando hasta que al fin aparece. A veces los prejuicios hacen que compliques innecesariamente lo fácil, comportamiento muy propio de mujeres y entrenadores de fútbol —del que no quedan libres el resto de especímenes humanos—. El caso es que si hubiera seguido desde el principio con el grupo de gente que entró conmigo, me habría ahorrado un buen paseo y ciertas dosis de ansiedad.

La sala principal está repleta de gente. Se trata de una enorme habitación cuyas paredes se llenan de estanterías que se elevan media docena de metros por encima del suelo. De lado a lado se sitúan, alineadas en dos columnas, unas buenas decenas de mesas de madera, cada una de las cuales está rodeada por exactamente diez sillas. Sobre cada mesa, cinco lámparas de cobre, todas idénticas y que, para mi decepción, no son de cristal verde como esperaba. La sala está muy bien iluminada, por lo que dudo que sean necesarias esas lámparas, aunque cualquiera que haya estudiado sabe agradecer una bonita lámpara cerca de los libros.

Nada más entrar tomo la decisión de pasar allí la tarde, que por mi le pueden ir dando a la Estatua de la Libertad, al Empire State Building, al Soho y a todo lo demás. Busco un sitio, instalo mis cosas y me dispongo inmediatamente para comenzar la búsqueda de la ballena blanca. Después de un buen rato cedo a la evidencia de que jamás lograré dar con ella (¡qué decepción se hubiese llevado Ahab!) y resuelvo ser más práctico y quedarme con otra obra maestra de la literatura

norteamericana que tuvo a bien cruzarse en mi camino: *Las aventuras de Tom Sawyer*, de Mark Twain. Agarro mi libro, y con la ilusión de un niño con móvil nuevo me siento a leer. Aquí estoy yo, sentado en medio de una de las salas de la biblioteca pública de Nueva York leyendo la obra maestra de uno de mis autores americanos favoritos. La vida puede ser maravillosa.

Después de darme el gusto durante unos sabrosos minutos, devuelvo el libro a su sitio con una reverencia y vuelvo a tratar de escribir. Es curioso, pero siempre que leo pierdo las ganas de escribir. Bueno, en realidad no es tan curioso, es más bien una consecuencia lógica. Cuando leo a Twain, o a cualquier otro de tantos genios de la pluma que ha parido la historia, no puedo sorprenderme al descubrir que la aportación a la literatura que yo pudiera hacer sería la equivalente a echar un grano de sal al océano, y aún menos: si se hiciera polvo ese grano la aportación no sería mayor que cualquiera de las motas de ese polvo. A pesar de todo, como quiera que lo que yo voy a escribir no es más que una carta a unos amigos, determino no dejarme intimidar por lo dicho, las circunstancias ni el lugar, y escribo.



Brad

Brad es veterano de la guerra de Vietnam. Hace tres años y medio que duerme en la calle, y sobrevive a base de limosnas. Me cruzo con él cuando me dirijo al norte camino del *hostel* después de haber pasado el día entero visitando la ciudad. Está sentado en el escalón de un portal, rodeado de meadas. Sostiene entre sus manos un cartón en el que, si te acercas lo suficiente, puedes leer:

8 YRS U.S. MARINE
PLEASE HELP
HOMELESS
VIETNAM VETERAN

6

A pesar de todo, Brad no tiene mal aspecto. Viste una chaqueta de chándal gris, cremallera subida hasta el cuello. Pantalones caqui, pelo gris, pronunciadas entradas, ojos de color turquesa, transparentes como una playa de catálogo de agencia de viajes. Apenas aguanta algunos dientes, lo que le proporciona un gesto amable de anciano apacible.

Tengo tiempo de sobra (tengo todo el tiempo del mundo), así que me acerco, le doy un par de dólares que esconde en su puño cerrado y charlo con él un rato. Me habla de sus compañeros muertos en la batalla de *bloody hills*⁷ y me pregunta si la recuerdo, como si pensara que yo debía conocer un hecho así. Para él, la guerra de Vietnam supone el epicentro de su vida y probablemente jamás logrará llegar a entender que todas las vidas que se perdieron en esa cruzada no sirvieron de nada.

Brad me cuenta con desgana la historia de la vez que le dispararon, la historia de los dos tipos a los que mató, lo dura que es la calle —tanto como la guerra— y se queja del gobierno cuando le pregunto si recibe alguna ayuda (sé que no la recibe).

—Son todos unos gilipollas.

—¿A qué te dedicabas antes de alistarte?

—Era guardia de seguridad. Espera, deja que te muestre.

Con un esfuerzo enorme, Brad consigue incorporarse para dejarme ver que mide cerca de dos metros y que se mantiene en forma.

—¿Cómo me ves, chaval?

6 Ocho años en el ejército de Estados Unidos. Por favor ayuda. Vagabundo. Veterano de Vietnam.

7 Colinas sangrientas.

—Estás fantástico.

—Sí señor, lo estoy.

Durante el rato que ha durado nuestra conversación, un par de personas le han dejado unas monedas en el vaso de cartón que usa para recoger limosna. Me despido de él.

—Tengo que irme. Buena suerte.

—Espera, no te vayas aún. ¿De dónde eres?

—De España.

—Gracias —me dice en español.

—*Good luck, man*⁸ —le correspondo en inglés.

8 Buena suerte, tío.

Domingo, 14 de junio de 2009

Me despierto a las cinco menos veinte con *Rayuela* apoyada en el pecho. Es curiosa mi relación con este libro; adoro a Cortázar desde la primera vez que leí algo suyo, allá por los tiempos del instituto y, sin embargo, siempre he tenido miedo de empezar su obra maestra. Y ocurrió que, echando una ojeada al pequeño mueble biblioteca que había en la sala de estar del *hostel*, encontré un ejemplar. Había perdido *El libro de la selva* en el aeropuerto y necesitaba algo que llevarme a la boca, así que decidí cogerlo. Sobre la estantería, un cartel invitaba a intercambiar libros.

Take one, leave one

9

Cogí uno y no dejé ninguno (horas más tarde compré en una librería del centro un ejemplar de *Cinderella*, que dejé en la estantería cumpliendo con ello mi parte del trato).

Anoche traté de leer un poco, pero no conseguí pasar de la segunda palabra. El sábado fue un día duro pateando Nueva York, así que no hubo discusión con la almohada acerca de la necesidad de dormir: ganó el «sí» por unanimidad. Llegué al *hostel* a las diez de la noche —después de dos horas caminando desde la estación de tren del Madison Square Garden—, y no me importó que Dolce y Gabbana estuvieran montando su particular *show* de puesta a punto. Alex y Christina estaban charlando con una nueva pareja que había sustituido al vikingo, lo que supuso un alivio. Saludé por cortesía y sin ganas de hablar.

—¡Eh! ¿Aún estás aquí? Pensé que ya estarías camino de México —dijo Alex abriéndome la puerta de la charla que mantenían los cuatro.

9 Coge uno, deja otro.

—Mi tren sale mañana a las siete —respondí distraído—. Voy a tratar de dormir un rato, porque debo estar en la estación media hora antes y, teniendo en cuenta que tardaré dos horas en llegar, tendré que levantarme a las tres y media de la madrugada —concluí negando cualquier posibilidad de participación en la conversación.

—¿Por qué no te vas en metro? Se coge a dos manzanas de aquí y te deja en la estación en diez minutos.

—Según he leído, el metro comienza a las seis y media, así que no me sirve.

—La línea dos funciona veinticuatro horas al día.

—¡No me digas! Eso sería genial. Podría dormir un rato más y me ahorraría dos horas de camino con ese muerto encima —respondí emocionado mientras señalaba mi enorme mochila.

—Mira, acércate. Disculpad. Es aquí, ¿ves? La 116th con Malcolm X Ave.

Habermé despertado a las cinco menos veinte significa habermé adelantado veinte minutos a la alarma de los dos relojes y el móvil, pero no puedo dormir más. Sé que he hablado en sueños. Me recuerdo vagamente a mí mismo asomado a la litera y preguntando al resto de mochileros si querían venir conmigo a hacer surf. No recuerdo nada más, solo eso.

Preparo la mochila y bajo a desayunar. En media hora estoy en la calle, desierta y oscura, camino de la parada de metro que me indicó Alex. Es una parada estrecha y llena de *graffitis*. Me recuerda a la primera fase del *Renegade*, el legendario videojuego de Spectrum. En media hora más estoy en la estación de tren, rodeado de gente de soñolientas y largas caras. Son las seis de la mañana, así que tengo una hora que ocupo en comprar un bollo de pan italiano, tumbarme en una escalera y escuchar *Rage against the machine*. Por delante, un viaje de tres días que dará con mis huesos en Ciudad de México.

El trayecto hasta la frontera con México está dividido en

tres partes. Después de pelearme durante varios días con el buscador de la página web de Amtrak, la empresa estadounidense de trenes, y hacer lo propio con la ruda y complaciente señorita de la ventanilla de la estación, llegué a la conclusión de que un viaje de tres días cruzando medio país era la única forma de llegar a Matamoros, el pueblo fronterizo donde tomaré el autobús con destino a Ciudad de México.

La primera de esas partes es el trayecto Nueva York-Chicago. Es un viaje a través de seis estados, desde Nueva York hasta Ohio, pasando por Pensilvania, Virginia, West Virginia y Kentucky. Pasaré las siguientes veintiocho horas viajando en un viejo tren por vías secundarias. Si bien la distancia no es demasiado grande, el tren se mueve despacio y realiza muchas paradas. Afortunadamente cuento con una conexión eléctrica, lo que me permite usar el ordenador sin temor a agotar la batería.



Joel, Heraclio y «la blanquita»

Exactamente a las siete menos cinco, con puntualidad suiza, se pone en marcha el viejo cacharro. Estoy prácticamente solo en un vagón en el que caben ciento veinte personas (he contado las butacas mientras esperaba), aunque al cabo de algunas paradas la situación cambia, y en cosa de dos horas ya está lleno.

—¿Esta es la plaza número treinta y cuatro verdad? —me pregunta un tipo.

—Creo que sí.

—¿Te importa apartar tus cosas?

—Claro que no —respondo resignado mientras recojo todas las cosas que, intencionadamente, dejé tiradas por el

asiento—. Adelante, toda tuya.

—Gracias.

Mi nuevo compañero de viaje se llama Joel. Es un hombre de treinta y tantos, de piel morena y gesto amable y tímido.

—¿Hablas español? —me pregunta.

—Yo sí, soy de España. ¿De dónde eres tú?

—Soy de Honduras, pero vivo en EE.UU. desde hace más de diez años.

Charlamos un rato y me cuenta cosas sobre su país. Me dice que a él no le gusta, que no es tan bonito como Costa Rica u otros países del Caribe, que allí solo hay pobreza, aunque vayan muchos gringos a pasar sus vacaciones. Me advierte de que tengo que tener mucho cuidado cuando vaya, sobre todo con los *gangueros*. Me los describe como una especie de banda ultraviolenta.

—La semana pasada pararon un autobús en la carretera y mataron al conductor y a todos los pasajeros. En total veintitrés muertos.

—Vaya —le respondo.

Aun cuando lleva más de diez años viviendo en EE.UU. tiene dificultades para hablar inglés. Lo entiende perfectamente, pero a la hora de hablar le puede la vergüenza. A pesar de eso, hay palabras que solo sabe decir en inglés. Así, me dice que se dedica al *roofing* cuando le pregunto en qué trabaja.

—¿Construyes tejados?

—Nos dedicamos a instalarlos.

Ignorando los consejos de mi amigo Miguel Ángel, que me advirtió —por qué se yo qué motivo relacionado con mi seguridad— que no le dijera a nadie que estaba dando la vuelta al mundo, le cuento lo de mi viaje. Se muestra interesado, así que saco el atlas de bolsillo que llevo conmigo y empiezo a recitarle los países por donde tengo pensado pasar. Le gusta mucho el libro y me pregunta con nerviosismo infantil dónde se encuentra este o aquel país. Me apena comprobar que en

geografía es prácticamente analfabeto cuando me pide que le señale en el mapa «el sitio ese donde están los negritos».

—¿Te refieres a África? Está aquí.

—Sí, eso, África. Es grande.

Sigue preguntándome por países: Rusia, Australia, India, Italia... Yo se los voy enseñando todos. Viendo cómo disfruta con los mapas le regalo el libro, pero no lo acepta. Insisto, pero lo rechaza una y otra vez alegando que yo lo voy a necesitar más que él y que no hay nada más que hablar.

Él me cuenta que va camino de Cincinnati, donde le espera su novia gringa.

—A las gringas les gustan los latinos, primo.

Entre unas cosas y otras nos da la hora de comer. Le ofrezco lo poco que tengo: una lata de *chili with beans*¹⁰ y un pedazo del pan italiano con semillas de sésamo que compré en la estación antes de salir. Él tiene unos trozos de pollo frito que le sobraron de la cena del día anterior. Nos vamos al vagón restaurante, pedimos unas sodas y nos sentamos a comer.

Mientras lo hacemos, vemos a un tipo con aspecto de mexicano, cola de caballo negra, sombrero tejano blanco. Le invitamos a sentarse con nosotros. Se llama Heraclio y, como yo, se dirige a Chicago. Ponemos nuestro almuerzo a su disposición y él hace lo propio con su *cheese burger*¹¹. Hablamos de fútbol, de política, de la corrupción mexicana. Me advierte que tenga cuidado, que el año pasado murieron tres mil personas solo en D.F.¹²

—Vaya.

Después de comer, alguien propone tomarnos una cerveza. Yo pago la primera ronda: tres heladas latas de Budweiser. En un rato nos hemos tomado tres latas cada uno, lo cual anima a mis compañeros de viaje a confesar que son ilegales en Estados Unidos. Heraclio lleva quince años sin papeles, cinco

¹⁰ Chile con alubias.

¹¹ Hamburguesa con queso.

¹² Distrito Federal.

más que Joel. Me cuentan el relato del día en que cruzaron la frontera. En el caso de Heraclio, tuvo que intentarlo hasta cinco veces antes de lograrlo.

—No os imagináis lo que es cruzar Río Bravo cinco veces sin saber nadar. Ese río es muy traicionero; aparenta ser muy tranquilo en la superficie, pero está lleno de corrientes internas. La primera vez casi me lleva río abajo, pero por suerte iba atado a mi compadre, que pudo sujetarme y salvarme la vida. Yo soy de la zona de Chiapas, una de las más pobres de México. Tengo que arriesgar mi vida porque de otra forma no tengo ningún futuro.

En la mesa de al lado hay una chica que nos está mirando desde el principio. Más de una vez he cruzado la mirada con ella y no la ha apartado, como correspondería; antes al contrario la ha aguantado hasta obligarme a que sea yo quien desenchufe la conexión. Después de un rato, esas descaradas miradas se acompañan de sonrisas. Joel se ha dado cuenta de que ella nos miraba desde el principio, y ahora se da cuenta de que yo también la miro a ella.

—La blanquita no te quita ojo desde que llegamos .

Las cervezas van haciendo efecto, y esta última frase la acompaña con una risita nerviosa.

—Anda y dile algo ¿no? —me anima.

—Estoy oxidado Joel, hace tiempo que me limaron las garras y aún no las tengo bien afiladas.

—Esta presa no necesita garras, primo.

Espoleado por las palabras de Joel, agarro la cámara de fotos y me acerco a ella.

—*A picture?*¹³

—*Yeah, of course.*¹⁴

No construyo la frase en inglés correctamente con la intención de que crea que quiero que nos haga una foto, pero cuando se levanta a hacerla le digo que no, que no quiero que

¹³ ¿Una foto?

¹⁴ Sí, por supuesto.

nos haga una foto, que lo que quiero es que se haga una foto con nosotros. Ya no puede negarse (*yeah, of course*).

Para salir en la foto se sienta a mi lado, y noto como se acerca mucho más de lo que sería necesario. El banco de la mesa del vagón restaurante es suficientemente grande como para que quepan tres personas, pero ella se ha arrimado a mí tanto que ha dejado sitio para otras cuatro personas más. Tengo que buscarme una excusa para moverme y separarme unos centímetros. Es guapa, de pelo oscuro y olor a avena. Viste de riguroso blanco. Se llama Liesse.

Después de la foto intentamos mantener una conversación los cuatro, pero tras las presentaciones de rigor, Liesse se vuelve a su sitio con la excusa de que tiene que trabajar. Una cerveza después, me levanto para buscar el atlas que dejé en mi sitio —por el que Heraclio también ha mostrado mucho interés—, y al volver me fijo en la pantalla del ordenador de «la blanquita»: está chateando en Facebook. En un gesto que no tenía previsto, me siento a su lado sin decirle nada. Abro el atlas por la página de Estados Unidos y le pido que me señale por dónde vamos. Dos horas de conversación más tarde nos cierran el vagón restaurante, así que nos vamos cada uno a nuestra butaca. Joel se ofrece, con un guiño descarado, a cambiar el sitio con Liesse. Aceptamos los tres.

—¿Tienes alguna película para ver en el ordenador?
—me pregunta.

—Tengo decenas. Esta tarde he visto *Batman begins*.

Resulta ser una de sus películas preferidas; la ha visto cinco veces y no se cansa nunca. Le hago ver que me parece bien que nos pongamos a verla, pero maldita las ganas que tengo de tragarme «Batman begins» por segunda vez en un día.

La pongo. Nos arrimamos. Nos arropamos con su rebeca. Son las once de la noche, el vagón está en calma, la mitad de la gente duerme. Está oscuro y allí estamos «la blanquita» y yo, pegados y arropados con su rebeca blanca, viendo una película de superhéroes. Hace dos horas no sabía que existía y

ahora estamos viendo una película en el sofá, debajo de una manta, como si fuésemos novios de toda la vida.

—¿Qué coño está pasando? —pienso—. ¿Qué coño hago aquí viendo la puta película por segunda vez? ¿Qué coño hago arropado con el puto calor que hace?

No digo nada; mi apellido me obliga a seguir adelante. Estoy cansado y empiezo a dar cabezadas. Es la gota que colma el vaso. Dar cabezadas en el sofá viendo una película es el símbolo de una vida que llevé y que no quiero que se vuelva a repetir. Es momento de rebelarse. Me separo, salgo de debajo de la rebeca.

—Duerme, estás cansado —me dice mientras me acaricia el rostro con la cara externa de su mano.

Santo cielo. Virgen santísima.

Gracias a Dios termina la película; apago el ordenador y nos ponemos a charlar. La charla sí me gusta. Me joden las circunstancias, pero charlar con ella es estupendo. Es una chica magnífica, encantadora e inocente de la forma más tierna que puedo imaginar. Intercambiamos correos, me firma en el diario del viaje, reabro mi cuenta Facebook por satisfacerla —al tiempo que pienso en las mofas que esto me va a causar por parte de cierto sector de amigos—. Su viaje acabará en unos minutos, en Cincinnati. Nos despedimos con unos besos y me dice que no deje de escribir, que tenga cuidado.

Juro por mi dios que no sé qué me pasó.

En otro tiempo constituían la raza dominante en la Tierra. Se contaban por millones y su irresistible encanto y sofisticación les hacían ser reverenciados como deidades. Ejercían una tiranía basada en el miedo del resto de habitantes del planeta para campar a sus anchas, haciendo y deshaciendo a su antojo. Pero eran otros tiempos.

En la actualidad, después de una revolución silenciosa que fue ganando adeptos de forma lenta y progresiva, los *smokers* han perdido su poder. Se han convertido en parias, en refugiados que vagan mezclados entre el resto de los ciudadanos, buscando siempre a sus semejantes para recordar tiempos mejores. Viven de la caridad de aquellos a quienes oprimían no hace tanto, los cuales, en un gesto de generosidad, les permiten ejercer su actividad en lugares y momento restringidos.

—Señoras y señores, préstenme atención por favor —se oye a través de los gastados altavoces de la megafonía del vagón—. A continuación se efectuará una parada de cinco minutos para *smokers*. Todo aquel que lo desee podrá bajar al andén y situarse en la zona habilitada para fumadores. Por favor, no enciendan sus cigarrillos hasta haberse situado en dicha zona. Les recordamos que deben vigilar sus pertenencias y que Amtrak no se hace responsable de los robos y extravíos que pudieran darse durante la parada. Gracias por su atención.

En cuestión de segundos, el pasillo del vagón se llena de *smokers*. Durante todo el tiempo han permanecido ocultos entre los demás, pero ahora es el momento de dejarse ver. Con el tren todavía en marcha se van acumulando mientras jueguean impacientes con sus cigarrillos apagados.

¹⁵ Los fumadores.

El tren se detiene al fin y los *smokers* van bajando en orden y disponiéndose en perfecta armonía en un pequeño trozo de suelo marcado con líneas amarillas.

Sin embargo, entre ellos se oculta alguien que no pertenece al clan. Se trata de alguien que se ha incorporado a la fila sosegadamente y con las manos vacías. Avanza con ellos a lo largo del pasillo, baja del vagón y se estira. Al llegar a la línea amarilla que delimita el territorio *smoker* se detiene. No tiene intención de cruzar esa frontera. Permanece de pie a escasos centímetros de la raya y observa a los *smokers* mientras encienden sus cigarrillos. Espera paciente a que todos hayan llenado sus pulmones de humo para quitarse la máscara y dar a conocer su verdadera naturaleza. Con un rictus desafiante, el extraño se tumba en el suelo con un gesto mecánico y comienza a hacer ejercicio. Los *smokers* le miran con asombro. Aunque todos han oído hablar de ellos, no es habitual ver a un *abdominator*.

Lunes, 15 de junio de 2009

Dormir en un tren es muy difícil. Lo es incluso en un coche cama. Pasar la noche en un asiento hace que descansar sea casi imposible. A pesar de todo, no puedo quejarme puesto que el tren que me lleva de Nueva York a Chicago cuenta con pares de asientos sin ningún brazo de por medio y con mucho espacio respecto a los asientos de delante. El hecho de que no haya brazos entre los dos asientos es un arma de doble filo: es perfecto si no tienes compañero —puedes usar los dos sillones como si fuera uno—, pero muy jodido si tu compañero es un desconocido. Pasar la noche tan cerca de alguien con quien no tienes ninguna relación sin nada que te separe de él es incómodo de cojones. Por suerte, desde las dos de la mañana, hora en la que Liesse se bajó del tren, he estado solo.

Resulta divertido comprobar cómo el cuerpo es capaz de encontrar las posturas más inverosímiles cuando se trata de intentar dormir. Basta darse un paseo por cualquier vagón de tren a las tres de la mañana para poder admirar un auténtico derroche de creatividad a la hora de lograr encontrar una posición que permita dar una cabezadita. Gentes de todos los tamaños y formas, solos o en grupo, ensayan y ensayan posturas imposibles hasta dar con aquella en la que se consigue un equilibrio perfecto de peso y fuerzas externas. Yo tengo mucha dificultad para encontrar esa posición. Hace un año, durante un viaje de tres semanas en ferrocarril a través de Europa, descubrí la importancia de llevar un cojín o sucedáneo a la hora de descansar en un asiento de tren. En aquellas semanas, después de perder una pequeña almohada que fue mi compañera inseparable durante los primeros días, ideé la forma de fabricarme uno con una vieja chamarreta reversible. El truco consiste en cerrar la cremallera, darle la vuelta a las mangas, de forma que queden por dentro, y enrollarla como

si fuera una alfombra. Para mantenerla enrollada basta con atar un trozo de cuerda de tender la ropa. El resultado es un polifacético cojín, que puede ser más duro o más blando en función de la fuerza con la que se enrolle sobre sí mismo.

Esta noche me ha acompañado mi vieja chamarreta transformada en cojín, aunque lo cierto es que he podido hacer bien poco para conciliar el sueño. Los trenes que estoy tomando para cruzar el país tienen un gran encanto —atraviesan infinidad de pintorescos pueblos—, pero eso mismo se convierte en un problema: se utilizan vías secundarias por las que resulta casi imposible circular sin que los vagones se muevan de un lado a otro como si fueran flanes. Con todo, he logrado dormir unas cuatro horas a intervalos de treinta minutos. Conseguí perfeccionar dos posturas que iba cambiando cada media hora. No es que cronometrara el tiempo que correspondía, es, sencillamente, el tiempo que tardaban mis músculos en entumecerse y reclamar un cambio de posición.

La última vez que me desperté alertado por los calambres de mis dormidas extremidades eran las seis de la mañana. En ese momento decidí que ya era suficiente castigo; me incorporé, fui a asearme un poco —más malabarismos— y volví dispuesto a ordenar un poco los textos y vídeos que circulan de forma anárquica entre la cámara, el portátil y el disco duro.

Un poco más tarde de las nueve y media llegamos a Chicago. Nada más bajar del tren me despido de Heraclio (me pregunta por Joel, aunque no tengo ni idea de cuándo se ha bajado el hondureño), le deseo suerte y me dispongo a tratar de aprovechar las pocas horas que tengo antes de coger el tren con destino a Houston.

En solo unos minutos ya he localizado la puerta de embarque que tendré que usar a las dos menos cuarto, he encontrado los servicios, la salida e incluso tres o cuatro redes inalámbricas gratuitas. Desde luego, la estación de ferrocarril de Chicago es una de las mejor organizadas de todas las que co-

nozco. La salida de la estación es, sin duda, la más impresionante que he vivido nunca. Un grupo de rascacielos, colocados como si formaran el quinteto inicial de un equipo de baloncesto, me da la bienvenida.

Pregunto a un tipo cómo puedo llegar al lago Michigan y me indica que tan solo tengo que bajar por el bulevar Jackson y que iré a parar directamente al lago. Me dice que tardaré unos cuarenta y cinco minutos en llegar, aunque lo cierto es que lograré hacerlo en menos de media hora.

El bulevar Jackson es una de las calles principales del centro de la ciudad y está flanqueada por tantos rascacielos que el sol es incapaz de llegar a las aceras. Las enormes moles de cemento están tan bien alineadas y tienen las fachadas tan cuidadas que por momentos parece que, en vez de estar en una ciudad, he sido disminuido de tamaño y estoy dentro de la maqueta de la propia capital. Es como vivir dentro del SimCity¹⁶. Pero por encima de todos los demás, los edificios de los bancos destacan por su majestuosidad y elegancia. Enormes banderas y columnas colosales adornan a estos gigantes, otorgándoles una capacidad de intimidación que hace que me sienta insignificante como nunca antes lo había hecho.

Paseo encantado por el bulevar cuyas aceras, limpias como espejos, bien podrían servir como pistas de patinaje. Compró unas postales, hago algunas fotos y camino siempre en la dirección donde sé que me espera el impresionante lago. Al plantarse delante de la descomunal balsa de agua, alguien que no sepa que Chicago se encuentra a cientos de kilómetros de la costa podría pensar que se halla ante el océano Atlántico. La línea del horizonte se dibuja entre el cielo y el azul claro de las aguas del lago y decenas de pequeños veleros navegan en un día brillante.

Camino durante un rato por el paseo hasta que, cansado por el peso de las mochilas, decido sentarme en un banco a

¹⁶ Videojuego en el que el jugador debe encargarse de construir y gestionar una ciudad.

leer un rato. Es como estar en la última escena de *Gran Torino*. No me importaría pasar aquí todo el día; no hay casi nadie, lo que confiere a la zona una tranquilidad que es justo lo que necesito en este momento. Necesito paz y descanso. Este sitio es perfecto.

Aunque, como digo, me hubiese quedado un buen rato, decido adelantar la vuelta para aprovechar el tiempo y conectarme un momento a alguna de las redes inalámbricas abiertas que he visto al bajar del tren. Por el camino de vuelta caigo en la cuenta de que no he comido, y que necesito comprar algo que llevarme a la boca por la noche. Me decido por un restaurante chino donde trato en vano de entenderme con la camarera, que habla inglés aún peor que yo (no quiero ni pensar la forma en la que voy a entenderme con una camarera china en Pequín cuando tengo problemas para hacerlo en Chicago). El caso es que, después de mucho bregar, determino que lo mejor es dejar de intentarlo, así que le digo por gestos que decida ella por mí. Eso sí parece entenderlo, porque coge un recipiente de corcho y añade arroz y pollo con champiñones a partes iguales. Corona el plato con un rollito de primavera y lo acompaña todo con un gran vaso de Pepsi lleno de hielo. En total me cobra cinco dólares y pico. Me pongo a comer allí mismo, aunque después de llevar un rato y comprobar que aún me queda más de la mitad para acabar, resuelvo llevarme al tren la comida sobrante. Recojo mis cosas y me dirijo a la estación, aunque justo antes de llegar hago una última parada. El lugar, una especie de jardín donde se dispersan dos docenas de cómodas hamacas. Está lleno de jóvenes que toman el sol mientras almuerzan, escriben, leen o, sencillamente, disfrutan del día sin tener que buscarse una excusa. Como antes, pienso que aquel sería un buen sitio para pasar una tarde descansando pero como antes, la realidad me recuerda que tengo que volver a la estación.

Al fin logro llegar, con una hora de antelación, a la puerta de embarque. Quiero aprovechar para conectarme a Internet,

leer el correo, subir algunos artículos al *blog* y, sobre todo, ir preparando la forma de llegar desde Houston a la frontera con México, de allí a Ciudad de México y finalmente reservar *hostel* en la capital de la república. Cuando más falta me hace, no soy capaz de conectarme a la red porque tengo un montón de problemas con el ordenador. Espero que no sea nada importante.

Sea como sea, voy a llegar a Houston sin saber qué hacer. Tengo dos opciones: quedarme una noche o coger un tren o autobús con dirección a la frontera. No me gusta nada esta situación; me siento indefenso. En Internet tengo gran cantidad de datos con los que cuento (documentación, reservas de avión, horarios...). Si persiste el problema y no puedo usar mi portátil para conectarme a la red puedo tener problemas. Sin ir más lejos, necesito ir consultando mis cuentas bancarias para, en caso de necesidad, ir aumentando la capacidad de la tarjeta de crédito. Preciso una tarde para dedicarla a estos menesteres. Lástima que no pueda usar mi conexión móvil aquí; no depender de redes gratuitas me dejaría mucho más tranquilo.

Después de un rato, en cuanto tengo la oportunidad, me subo al tren con resignación. Tengo que quitarme las zapatillas y ponerme las chanclas porque me ha salido una pequeña herida en la planta del pie izquierdo. Espero que no vaya a más.

Pasadas un par de horas, estoy sentado en mi asiento, escribiendo después de haber dado buena cuenta del resto de la comida china. Tengo los pies descalzos con la esperanza de que la herida se cure por sí sola. No quiero ni pensar en las consecuencias fatales que puede traerme una puta herida en la planta del pie. Pero mejor no adelantar acontecimientos.

Esta noche quiero dormir. Cruzo los dedos para que no se suba nadie y se siente a mi lado, aunque sospecho que no va a haber suerte. El revisor me he hecho quitar la mochila del sillón porque dice que está asignado a alguien. Confío en que

sea una excusa, aunque lo cierto es que sería una gilipollez que le molestase que tenga la mochila en un asiento desocupado. Son las nueve de la noche y me pregunto cuántas paradas quedarán hasta que lleguemos. Creo que voy a ponerme a ver una película. Será *Clerks*.

Vagón restaurante

Si se quiere conocer a gente durante un viaje en tren, se debe ir al vagón restaurante. Durante mi viaje por Europa cogí aproximadamente dos millones de trenes, y ni una sola vez lo hice. Por entonces vivía secuestrado por mi *mp3*, que me gritaba al oído que no necesitaba a nadie más que a él. Esta vez es diferente. Aunque no concibo un viaje sin escuchar música, ahora ya no lo hago veinticuatro horas al día; lo reservo para los momentos más especiales: el momento en que el tren entra en la ciudad y me deja ver el cinturón exterior, lo barrios reales, «la cara b de la opulencia» y durante los paseos sin rumbo y sin noción del tiempo.

Este viaje es diferente, y es que me he convertido en un asiduo a los vagones donde sirven cerveza. En EE.UU. está todo tan organizado que hasta se hacen turnos para usar el vagón restaurante. No puedo imaginarme algo parecido en España, pero aquí la mentalidad es tan diferente en ciertos aspectos, que ya casi no me sorprende de nada.

La cosa va así: al subirte al tren te anuncian las horas durante las cuales permanecerá abierto el restaurante. El tiempo está dividido en tres bloques: desayuno, almuerzo y cena. Media hora antes de cada bloque, se anuncia por los altavoces que se abre el plazo de reserva, momento en el cual la gente empieza a pujar por un sitio. En los pasillos de los vagones se sitúan los revisores, libreta en mano, y van apuntando a la gente según hacen ver que quieren reservar. Se trata de una especie de subasta —un tanto surrealista—, porque mientras se produce, por los altavoces se anima a la gente de una forma que recuerda mucho a un vendedor de turrónes de las ferias de pueblo. No se trata de una voz neutra, como uno espera de los altavoces de un tren, se trata de un auténtico *speaker* que bien podría dedicarse a animar partidos de la NBA.

—Señoras y señores, por favor présteme un poco de atención. A continuación se va a abrir el plazo de reserva del vagón restaurante para el desayuno. ¡Adelante! ¿Quién quiere desayunar? Un buen desayuno es la clave de una buena alimentación. ¡Vamos, vamos, vamos! ¡Desayunen con nosotros! ¡Desayunen! ¡Desayunen! ¡Es hora de despertar y venir al vagón de los desayunos!

Escuchar esto a las seis de la mañana, medio dormido, con la espalda molida por haber pasado toda la noche bailando *break dance* en un asiento de tren, es una experiencia que puede poner a cualquiera al límite de su paciencia, aunque no es tan grave que no pueda solucionarse con un par de auriculares y una canción cualquiera.

Mis visitas al vagón restaurantes son en la hora golfa. La gente canalla y crápula nos reunimos a horas canallas y crápulas —nunca antes de las siete de la tarde— mientras el resto del pasaje descansa tranquilo y ajeno a todo. A esas horas locas el ambiente es mucho más distendido. La gente lee, juega con su ordenador o, sencillamente, charla. Si alguien acude al vagón restaurante es porque se aburre de viajar solo y quiere un poco de conversación. Así fue como conocí a Rachel, Rachel y Rachel, abuela, madre e hija.

Éramos los únicos que quedábamos, y nos sentíamos como los estudiantes que se sientan en la última fila del autobús que les lleva de excursión.

—¿Dónde te diriges? —preguntó la pequeña Rachel, nueve años, ojos clarísimos y pelo liso y rubio.

—Lo siento, no te he entendido. No hablo muy bien inglés; si quieres que te entienda necesito que me hables más despacio —respondí sonriendo.

—Te ha preguntado adónde te diriges —tradujo la vieja Rachel, sesenta años, pelo gris y largo, gafas de grueso cristal.

—Voy a Houston, aunque solo estoy de paso. Pretendo llegar a México mañana.

—¿De dónde eres?

—De España, en Europa.

—¡Vaya! España es un sitio muy bonito. Yo estuve en Barcelona hace muchos años —dijo la vieja Rachel haciendo una pausa justo antes de decir «Barcelona», descubriendo con ello su miedo al ridículo de pronunciar mal el nombre de una ciudad española—. Estuvimos viendo el trabajo de Gaudí. Mi marido era arquitecto.

—Barcelona es una ciudad muy bonita, aunque yo siempre he preferido Madrid. ¿Has estado en Madrid?

—No, nunca.

—¿Eres escritor? —inquirió la pequeña con curiosidad.

—Hoy sí, pero no me dedico a ello. Es solo una afición.

—¿Qué estudias? —quiso saber la vieja Rachel.

—No estudio; trabajo. Me dedico a la informática.

—¿No eres estudiante? ¿Qué edad tienes?

—Pronto cumpliré treinta y cinco.

—Vaya, no te hubiera echado más de veintiséis.

—Ole ahí. Es lo más bonito que me han dicho en lo que va de día. ¡Y son ya más de las ocho!

—Seguro que no —intervino con gracia Rachel, ojos azules, cara clara, grandes tetas, mirada cansada.

Todos reímos. La conversación se alargó hasta las diez, momento en que el *speaker* anunció que era hora de cerrar el vagón y tuvimos que volver a nuestros grises butacas solitarias.

Martes, 16 de junio de 2009

Desperto a las siete de la mañana y me aseo lo mejor que puedo en el minúsculo *restroom* del tren. Necesito más de media hora, pero el resultado es satisfactorio; ahora huelo bien y visto ropa limpia. Mantenerse limpio en el transcurso de un viaje en el que no sabes dónde pasarás la noche no es tan fácil como podría imaginarse, pero el caso es que estoy listo para enfrentarme al primer día realmente incierto de lo que llevo de periplo.

He pasado la noche muy bien. Ya estoy plenamente adaptado al horario norteamericano: almuerzo a las doce, ceno a las siete de la tarde y anoche decidí dormirme a las diez. Como este tren tiene los mismos sillones que aquel que me llevó a Chicago, me ha sido muy fácil acoplarme. Solo he tenido que repetir las mismas posturas. La suerte ha vuelto a dedicarme una sonrisilla y no he tenido compañero de viaje. Esta vez, el tiempo que tardaban mis músculos en quejarse y exigir un nueva posición ha incrementado hasta casi una hora lo que ha hecho que todo fuera mucho más sencillo, permitiéndome pulverizar todos los récords existentes al lograr dormir siete horas. A las cinco me he despertado sobresaltado por un grupo de chavales que acababan de incorporarse al tren. Como estaba a punto de amanecer, me ha parecido un buen momento para despertarme definitivamente. Aun así, me he quedado dormitando un rato más hasta que finalmente he decidido coger el neceser y bajar al baño.

No sé cuántos kilómetros hemos hecho durante la noche, pero creo que no han sido muchos. Recuerdo haber estado parados en una estación al menos un par de horas. Desconozco si esa parada estaba programa o, por el contrario, fue inesperada, en cuyo caso ahora iríamos con retraso. Tengo que preguntar a alguno de los muchos revisores que no dejan de pasar por aquí. A pesar de que el viaje de Chicago a Houston

pasa por cinco estados (Illinois, Indiana, Missouri, Arkansas y Texas) el paisaje no cambia demasiado, al menos a ojos de un europeo.

Sigo preocupado por la imposibilidad de conectarme a Internet y lo que eso puede complicarme el viaje. Más que preocupado por el hecho en sí, estoy preocupado al extrapolar los problemas que estoy teniendo en EE.UU. e imaginar los que puedo tener en otros países donde el acceso a Internet sea, directamente, imposible. En todo caso, sigue siendo una preocupación estimulante. Hasta ahora ha salido todo según lo previsto, es decir, tenía un plan bien definido. A partir de ahora el plan no es más que un borrador de gruesas líneas. Llegaremos a Houston alrededor de las dos de la tarde y a partir de ahí debo encontrar la manera de alcanzar México. No tengo claro a qué pueblo debo dirigirme, aunque recuerdo que Matamoros era una de las posibilidades para cruzar la frontera. Hablando con Heraclio me comentó que desde Houston a la frontera había unas seis horas por carretera. Lo ideal sería encontrar un autobús nocturno, lo que me ahorraría buscar alojamiento, me permitiría pasar el día en la ciudad y, sobre todo, me dejaría en la frontera por la mañana, con todo el día por delante para preparar el siguiente asalto. La hora de llegada a los lugares se ha convertido en algo clave. Nunca le había dado demasiada importancia, pero a raíz de la experiencia de perderse de noche en Harlem, me he dado cuenta de que no tiene nada que ver llegar a un sitio por la mañana temprano que llegar a última hora de la tarde. La capacidad de reacción e improvisación en este último caso se reduce mucho. Por otra parte, esa dificultad añadida afila el ingenio y hace que todo sea mucho más interesante, excitante y divertido.

Pasan los kilómetros y el tren me deja en Longview, Texas. Se trata de un pequeño apeadero como tantos otros que hemos pasado a lo largo de estos dos días de viaje. Allí tomaremos un autobús que nos llevará directamente a Houston

—este traslado por carretera está incluido en el billete de tren que compré en Nueva York—. Hace un día radiante, aunque algo fresco. Desciendo del vagón y estiro las piernas en un corto paseo hasta el aparcamiento donde aguarda el autobús. Subo el primero y me acomodo en la segunda fila. Detrás de mí viene una mujer de aspecto típicamente norteamericano: cuarenta y tantos, rubia, realmente atractiva. Se sienta justo en la fila de delante, me pregunta si soy francés (de alguna manera ha llegado a esa conclusión fijándose en mi mochila), y así iniciamos una conversación banal que cerramos cuando el vehículo se pone en marcha.

En total no vamos más que cinco personas en este autobús. El conductor tiene un gesto que me inspira confianza, cosa que no me suele ocurrir con los conductores en general. Nada más arrancar, la rubia de la primera fila comienza a coquetear con el conductor, que le sigue el juego. Se pasan todo el trayecto tonteando. Incluso llega a parar el autobús en mitad de la autopista para cambiar la película porque la rubia le ha dicho que se está aburriendo.

—Esta película es muy pesada. Me aburro.

Yo ando metido en mis propios pensamientos. Es interesante viajar en autobús porque me permite echar un vistazo al corazón de las ciudades. Por todos sitios hay banderas de EE.UU. y del estado de Texas. Nos desplazamos por una especie de autopista de dos carriles con poco tráfico y pronto entramos en Houston. Al igual que pasó con Chicago, a medida que nos adentramos en las calles llenas de rascacielos tengo la sensación de que no son más que maquetas de tamaño gigantesco.

Después de callejear un buen rato, el autobús nos deja en un descampado junto a una oficina de Amtrak. El conductor me desea que disfrute de mi estancia de Houston estrechándome la mano. No quiero decirle que solo estoy de paso, así que sencillamente respondo que lo haré. Hace un calor de mil demonios. Es como un día de terral malagueño en pleno mes

de julio, así que me apresuro a entrar en la oficina donde se está mucho mejor. Dejo las mochilas en el suelo y me siento unos segundos para tratar de trazar un plan.



La vieja de las latas de refresco

La oficina tiene varios bancos de madera con pinta de ser muy incómodos. Uno de ellos está ocupado por la única persona que parece haber allí. Se trata de una mujer vieja y gorda rodeada de bolsas. Junto a ella se encuentra aparcado un carrito de la compra lleno de latas de refresco. Tiene el pelo horriblemente sucio y gris, las piernas hinchadas y sus descalzos pies están completamente deformados. Aun a varios metros me llega el hedor que despiden.

Tras un instante de duda, me acerco a la ventanilla de atención al cliente y grito preguntando si hay alguien ahí. A mi llamada acude una señora, tan baja que tiene que subirse a una escalera de dos peldaños para llegar a la altura del mostrador. Le explico que estoy buscando la estación de autobuses porque quiero llegar a México. Me recomienda la estación de la empresa Greyhound y me indica cómo llegar.

—Puedes tomar el tranvía. Hay una parada a un par de calles de aquí.

—Creo que iré caminando.

—Hace mucho calor, no deberías ir andando con tanto peso encima.

—No se preocupe, estaré bien.

Le doy las gracias y vuelvo a por las mochilas. En ese momento la vagabunda se dirige a mí:

—Perdone señor, puede llenar esta botella en ese grifo de agua fresca —me pide mientras coge una botella de plástico

de una de sus bolsas.

—Claro, enseguida.

El grifo es un surtidor del que sale un fino chorrito de agua. Tardo un buen rato en llenar la botella, que ha quedado empapada de agua por mor de mi mal pulso. Antes de devolvérsela a la mujer, busco en mi mochila un paquete de pañuelos de papel y los uso para secarla bien. Cuando la tengo lista, se la doy. Ella se queda mirando extrañada.

—El agua es para ti —me dice con un gesto con la mano—. Vas a necesitarla para refrescarte; hace mucho calor y la estación está lejos.

Ha estado oyendo la conversación y ha querido echarme una mano.

—Muchas gracias, es muy amable de su parte.

—Gracias a ti por tomarte la molestia de llenar y secar la botella pensando que era para mí.

Me despido con una sonrisa y con ganas de quedarme a charlar con ella un rato. Me gustaría pedirle que me cuente su vida, que me relate los hechos que la han llevado a estar en esta terminal de Amtrak rodeada de latas de refresco vacías. Siempre he sentido mucha curiosidad por los vagabundos. Siempre me los imagino de niños siendo felices, jugando con amigos, llenos de sueños y ajenos al futuro que les espera. Siempre pienso en que muchos de ellos habrán vestido elegantes trajes blancos en el día de su primera comunión, en que habrán sido protagonistas por un día. Me imagino el transcurso de su vida, la escuela, el primer novio, la primera frustración, los primeros palos. Una decisión mal tomada que hace que todo se complique, un poco de mala suerte en un momento inadecuado, y en un instante están en la calle. Cuando estás en la calle ya no sales. No importa que seas un tipo con talento. No importa nada de tu pasado, si fuiste rico o siempre has sido pobre, si tocaste la cima del mundo o si te arrastrabas por las cloacas. No importa nada de tu pasado. Cuando estás en la calle has perdido todas tus oportunidades.

Nadie va a ayudarte. A veces, ni siquiera tú mismo quieres ayudarte.

Ella responde a mi sonrisa con una sonora carcajada, como si me estuviera leyendo el pensamiento y quisiera demostrarme que, después de todo, está feliz con la vida que le ha tocado. Que, después de todo, quizá no tomó ninguna decisión errónea, que todas fueron acertadas. Su caritativo gesto conmigo y su risa estridente hacen que me ratifique en el convencimiento de que no es necesario seguir un camino trazado para alcanzar la felicidad, que existen mil maneras de hacerlo y que cada uno tiene que atreverse a buscar la suya, por más miedo que esto pueda provocar.



Rumbo al seco sur

Llegar a la estación de autobuses me lleva más de una hora caminando. Las indicaciones de la mujer del mostrador fueron certeras y no tengo problemas para encontrarla. Una vez localizada, vuelvo sobre mis pasos para sentarme en una cafetería a tomarme una cerveza fresca y bien merecida. Tienen red inalámbrica, así que aprovecho para leer el correo y subir algunos textos al *blog* (gracias a Dios he vuelto a poder conectarme). Si la cerveza helada me sienta bien, la lectura de los mensajes recibidos en el *blog* me sienta mucho mejor. Me siento arropado por gente que se encuentra a miles de kilómetros de distancia.

Al cabo de un rato decido volver a la estación. De camino paro en un supermercado para comprar fruta, aunque resulta complicado encontrar algo decente. Debo conformarme con algunas latas. De nuevo en la estación, pregunto cómo podría llegar a Ciudad de México. La chica me plantea un itinerario,

que pasa por San Antonio, Laredo y algunos pueblos más. El autobús sale en cuarenta y cinco minutos, y llegaré a mi destino en unas veinticuatro horas.

Me lo quedo.

Recuerdo que estuve una noche buscando en Internet información sobre ese mismo viaje y después de horas y horas no encontré nada concreto. Está claro que a veces es mejor no molestarse en preparar las cosas y dejar que surjan solas.

En poco tiempo estoy saliendo de Houston, dejando atrás los rascacielos de cartón piedra rumbo al sur.

Al llegar a San Antonio me sorprende al comprobar que la estación es mucho más pequeña de lo que me imaginaba. Tengo que pasar allí dos horas esperando el autobús a Laredo, así que aprovecho para cargar las baterías del portátil, comer algo y hacer un poco de ejercicio. El tiempo pasa rápido y ya estoy en la cola de acceso al autobús, rodeado de tipos de sombreros con enormes alas. A pesar de que San Antonio aún está lejos de la frontera, todo el mundo allí es mexicano; no hay ni un solo gringo. Ya no necesito el inglés, puesto que todo se habla en español. Se nota el aporte de caos que los mexicanos le dan al viaje y, así, la cola no tarda en convertirse en una masa de gente que se queja y que quiere subirse al autobús cueste lo que cueste. Los maleteros están llenos con los equipajes de los pasajeros que vienen en el autobús, así que no caben los petates de los que nos incorporamos ahora. Nos piden que los subamos con nosotros, así que me echo la mochila a la espalda y subo la escalera.

Accedo penosamente al interior —las dos horas han sido largas, porque me he mantenido en una constante tensión durante todo el rato— y me encuentro con un autobús atestado de gente y equipajes. Es justo lo contrario que el primer tren que tomé. Hay mucho ruido, y el pasillo está lleno de gente que no avanza porque no hay sitio para poner los equipajes. Los que están sentados se quejan y los que están de pie también. Yo avanzo y avanzo hasta llegar el fondo del auto-

bús. Allí encuentro un sitio libre, el último. Está ocupado por la maleta de un viejo mexicano de largo bigote y raído jersey rojo oscuro.

—Disculpe señor, le importa si me siento a su lado.

—Como usted guste, joven —me dice con amabilidad.

—Dejo su maleta aquí en el pasillo.

—Como a usted le resulta más cómodo —me responde con más habilidad todavía.

Al fin logro acomodarme. El pasillo está intransitable, lleno de maletas por todos sitios. Comienzo a charlar con mi compañero de viaje mientras arrancamos, pero la cosa se retrasa. Es lógico, porque yo me senté en la última plaza libre y detrás de mí venía más gente. Tenemos *overbooking*.

Dos hombres se han ido al fondo de autobús y se han buscado un sitio de pie. No se quejan y piden al conductor que arranque, que no se preocupe, aunque el conductor se niega. Ya encontrará la manera de solucionarlo, no debemos preocuparnos. Yo asisto al espectáculo con una sonrisa en los labios. Al contrario que la mayoría, no tengo nada de prisa, así que disfruto del caos y pienso en todas las bromas que mis amigos me hicieron antes del viaje al respecto de los autobuses mexicanos.

Finalmente, el gallinero empieza a calmarse. Nadie sabe a ciencia cierta cómo se ha solucionado el problema, pero parece ser que han hecho bajar a los dos chóferes suplentes, que tendrán que buscarse el medio de acudir a los puntos de relevo.

Entretanto, entablo conversación con Duncan, un canadiense que viaja desde Ontario a Ciudad de México para acudir a una boda. Hablamos en español, porque es un gran amante de la cultura mexicana y domina perfectamente el idioma. En un momento me recomienda un montón de sitios a los que ir cuando llegue a la capital. Parece un poco decepcionado cuando le digo que solo estaré uno o dos días a lo sumo.

—Tengo algo de prisa y solo puedo quedarme un par de noches —le explico.

—Todo el mundo tiene prisa siempre —me responde con tono de enfado.

Duncan es un tipo culto, delgado, pelo blanco, pantalón corto y calcetines negros subidos hasta cerca de la rodilla. Trabaja de bibliotecario y le gusta escucharse a sí mismo. Habla y habla sin parar. A pesar de que su charla resulta interesante, tengo unas ganas enormes de mandarle callar. Después de varios intentos, aprovecho un hueco en su exposición para indicarle que voy a dormir un rato, que estoy cansado. La tre-ta funciona y se calla.

El autobús arranca con media hora de retraso. En dos cabezadas estamos en Laredo.



El semáforo

El autobús de Laredo es una vieja chatarra pero por suerte hay mucha menos gente, así que mi mochila tiene espacio de sobra en el maletero. Esta vez ando más despierto y subo rápido al autobús para coger la primera fila. Como me temía, está ocupada por un par de maletas, seguramente del conductor, así que tengo que conformarme con la segunda. Me quito los zapatos, abro la mochila y me hago el dormido. La farsa surte efecto y cuando nos ponemos en marcha ya puedo asegurar que tendré los dos asientos para mi solo, al menos para el trayecto a Matehuala, el más largo de todos.

El autobús sale con más de una hora de retraso. Según el itinerario, debimos haber salido a las once y cincuenta y cinco p.m. (puntualidad mexicana). Es la una y cuarto a.m.

Laredo es un pueblo que tiene una mitad en cada país.

Visto de otra forma, podría decirse que existen dos Laredos: Laredo Texas y Laredo México.

En medio de ambos, la frontera.

Según nos comenta el chófer, a los autobuses nunca los paran, a no ser que sospechen de alguien en particular. Nosotros debemos de llevar algún sospechoso porque, nada más pasar, el semáforo verde que hay situado en la misma frontera se torna rojo. Un soldado con un arma indica al conductor que debe detenerse. El conductor nos advierte de que tengamos preparados los permisos, pero yo no sé nada de permisos. Imagino que la cosa no irá conmigo. No obstante, estoy buscando el pasaporte cuando un policía sube al autobús y pregunta si alguien va a pedir un permiso de inmigración. Nadie responde.

—Abajo todos —grita el policía con voz soberbia—. Agarren todas sus cosas.

Bajamos en orden, aunque se nota el nerviosismo en casi todos los pasajeros. Salta a la vista que son gente humilde, que harán lo que les digan, sea lo que sea. Yo hago exactamente lo mismo que todos los demás, quiero pasar desapercibido. Cogemos el equipaje del maletero del autobús y, siguiendo las indicaciones de un soldado, entramos en una pequeña habitación, una especie de garita minúscula. La mitad del espacio está ocupado por una mesa donde un soldado empuja a expedir permisos siguiendo rigurosamente el orden de llegada. Cuando me toca a mí, me pregunta el porqué de mi viaje a México y mi lugar de origen. Rellena el formulario con letra ilegible y lo sella.

—Van a ser veinte dólares americanos.

Por suerte aún tengo algunos dólares. Ni siquiera he tenido la oportunidad de cambiarlos.

Solucionado el asunto del permiso, nos pasan a una amplia habitación donde hay una cinta de rayos X. Dos soldados, apostados cada uno a un lado nos indican que pongamos el equipaje sobre la cinta. Mientras lo estoy haciendo, se acerca

un policía y comienza a cachearme. Nota debajo de mi camiseta algo extraño, lo que le pone inmediatamente en alerta. Se trata de la pequeña mochila donde guardo la documentación, tarjetas de crédito, libro de vacunas y el resto de papeles importantes. Se ajusta con unas cintas al pecho de forma que queda oculta debajo de la camiseta. Nunca me la quito, ni siquiera para dormir. El policía me pide que me desnude, así que me quito la camiseta. Queda satisfecho.

Me pide que avance mientras señala un semáforo apagado. Hay un botón negro y me hace un gesto para que lo pulse. No le entiendo y le pregunto que qué quiere que haga, que si quiere que pulse el botón. Claro, eso es justo lo que quiere que haga. Aprieto el botón, que hace que se encienda la luz verde del semáforo. Está bien, puedo irme. Buenas noches. (Dos días más tarde, hablando con Igor, me comentaría que ese semáforo se pone verde o rojo de forma aleatoria. Si cuando pulsas el botón se enciende la luz roja, la has cagado. Te hacen sacar todo lo que llevas en la mochila. Si se te ha ocurrido pasar por la puerta de «nada que declarar» y te encuentran cualquier cosa, entonces tienes problemas. Pueden echarte encima toda la mierda que quieran.) Me alegro de que se encendiera la luz verde. Me alegro de que el funcionario haya olvidado sellarme el pasaporte.

Finalmente, salimos a la calle donde tenemos que esperar. Junto a nosotros, en una jaula, permanece tumbado un pastor alemán que nos mira con aburrimiento mientras bosteza y estira sus patas delanteras, cansado ya de ver siempre los mismos gestos de nerviosismo y terror. Acumulamos ya dos horas de retraso cuando nos volvemos a poner en marcha. Me acomodo en mi sillón lo mejor que puedo pensando en que, al lado de esto, la butaca del tren es la suite nupcial de un hotel de cinco estrellas. Por delante, ocho horas de viaje a través del desierto mexicano hasta Matehuala.

Miércoles, 17 de junio de 2009

No sé bien cómo ha sido, pero durante la noche hemos recuperado el tiempo perdido y ya no acumulamos ni un minuto de retraso. He dormido toda la noche casi de un tirón, y es que me las ingenié para tumbarme ocupando tres asientos del autobús. Mis piernas cruzaban el pasillo para apoyarse en la butaca del otro lado, formando una especie de puente de carne y hueso. También ayudaron las tres Biodramina que me tomé justo antes de comenzar el trayecto.

Cuando despierto, estamos a punto de llegar a Matehuala. Se trata de una vieja estación con poco movimiento. Bajo a estirar las piernas y me siento junto a un puesto ambulante de burritos. Son las ocho de la mañana y lo último que necesita mi estómago es un auténtico burrito mexicano, pero eso no impide que lo pida.

Pregunto a la chica si aceptan dólares americanos y me dice que sí, pero que me los compra a diez pesos el dólar (el cambio real es catorce pesos el dólar). Dado que no tengo pesos, me veo obligado a aceptar. También tengo que aceptar que soy un gringo en estas tierras, que mucha gente tratará de aprovecharse de mí lo que pueda. El burrito está realmente sabroso. Me lo como sin pestañear y nada más dar el último bocado se produce un intento de invasión de sentimiento de culpa pero, como estaba preparado para ello, la invasión es firmemente abortada. Mi estómago resiste bien. Volvemos a la carretera.

Las horas pasan lentas entre el calor asfixiante y el quejumbroso ruido del autobús. El paisaje monótono del desierto invita al sueño y el continuo sopor en el que estoy sumido da al viaje un aire de irrealidad. Pierdo la noción del tiempo y no tengo ganas de escribir. Ni siquiera tengo ganas de escuchar música. Solo quiero que vayan pasando los kilómetros y lle-

guemos pronto a la capital. Mi intención es buscar un alojamiento y pasar el resto de la tarde descansando, quizás leyendo o escribiendo.

Sumido en mis pensamientos no me fijo en que el autobús ha reducido la velocidad hasta casi pararse. Descorro las cortinas y puedo ver que hemos parado junto a una venta mexicana. Se trata de una terraza llena de mesas y sillas donde almuerzan un par de docenas de personas. Es un lugar muy pintoresco y colorido, presidido por una gran barbacoa donde un cocinero asa trozos de pollo embadurnados en una salsa naranja que les confiere un aspecto irresistible. Junto a él, dos muchachas de rasgos indios se afanan en cocinar tortitas de maíz. De una gran palangana azul sacan un trozo de masa, le dan forma esférica con unos movimientos de mano mecánicos, y lo aplastan con una prensa de madera. El resultado es una tortita pegajosa que ponen inmediatamente a dorar en la plancha. Sobre una encimera, cinco o seis cuencos llenos de diferentes rellenos para las tortitas: arroz, pollo, ensalada, picadillos, queso.

Hay moscas por todos lados.

De las columnas que sujetan el toldo que cubre la terraza cuelgan decenas de cráneos de vacas de largos cuernos, dando al lugar un aspecto de autenticidad irrefutable.

Una señora no ha dejado de ofrecirme comida desde que pisé el suelo de tierra del local. Me indica dónde está el baño, dando por hecho que necesito usarlo, aunque no es así. No obstante me acerco con la intención de lavarme las manos, pero descubro que el escusado es en realidad una pestilente letrina. Ríe al ver que, a pesar de todo, mantienen la diferencia entre el escusado masculino y el femenino. Decido no lavarme las manos porque lo único que hay es una palangana llena de agua sucia.

Vuelvo al lugar donde las muchachas preparan las tortitas y les pregunto si tienen quesadillas. Por supuesto que las tienen, qué tontería. Siempre me ha gustado mucho la comi-

da mexicana, especialmente las quesadillas. Me recuerdan los años más felices de mi vida.

Sin tiempo a darme cuenta tengo delante un plato de corcho con una quesadilla recién hecha. A pesar de que el queso caliente me quema el paladar, la devoro en pocos bocados.

Me he sentado a la mesa con Duncan, que se ha pedido unas fajitas y me pide que le acompañe, que en otro tiempo habría dado cuenta de todas ellas, pero que ahora su estómago no se lo permitiría. Lo hago encantado porque la quesadilla no ha hecho otra cosa que despertarme el hambre. Pasamos media hora comiendo y charlando. Tiene una conversación agradable cuando consigue moderar sus insaciables ganas de hablar sin parar.

Antes de volver al autobús me doy un paseo por entre las tiendas de alrededor, donde se muestran piezas de cerámica con aspecto de haber sido hechas por las manos expertas de alguien dos siglos atrás. Tomo un zumo de naranja recién exprimido y no me resisto a la tentación de un enorme vaso de fresas con nata y canela. Seguramente no debería tomar nata de una venta en mitad del desierto de México.

El autobús continúa su camino, pero a medida que avanzamos ya puede verse un cambio en el paisaje. El desierto ha quedado atrás dejando sitio a un decorado de polígonos industriales y fábricas de chimeneas humeantes. Estamos cerca de la estación de San Luis de Potosí, donde haremos una parada. Esta vez ni siquiera me bajo del autobús; no tengo ganas de estirar las piernas. Vuelvo a tener hambre, quiero que nos vayamos. Salimos. Dos horas más y volvemos a parar, estamos en Querétaro. Por fortuna, la siguiente parada es Ciudad de México.

Ciudad de México tiene veinticinco millones de habitantes. Es una de las más grande del mundo, así que uno puede hacerse una idea de la extensión que puede tener. O quizás no se pueda. Desde que empezaron a verse las primeras chabolas del cinturón exterior de la ciudad hasta llegar al centro ha

pasado más de una hora de autopista.

Cualquier aspecto de cualquier ciudad se multiplica por mil en Ciudad de México. Las favelas se extienden por las faldas de las montañas que rodean la ciudad. La autopista tiene cada vez más coches y pronto podré comprobar si la leyenda sobre el caos circulatorio es cierta. La autopista tiene seis carriles tan estrechos que cuando nos adelanta un camión podría tocarlo con mi mano.

Al final de una recta observo como el carril derecho está ocupado por media docena de grandes camiones detenidos. A medida que nos acercamos se pueden ver a varias mujeres que suben y bajan de los camiones. Son putas. Un sector del carril derecho de la autopista de entrada a Ciudad de México por el norte se usa para que los camioneros vayan de putas.

Me llaman la atención que los carteles de los negocios se hacen usando pintura directamente sobre la pared. Prescinden de neones o carteles luminosos. Algunos de ellos son auténticas obras de arte, aunque la mayoría sean cochambrosos mensajes desconchados. Días más tarde, alguien me los definirá como «contaminación visual».



Bienvenido a Ciudad de México

Llegamos al fin a la gigantesca estación del norte. Bajo el primero del autobús y voy directo a por mi mochila. Estoy como loco por salir de allí y llegar al centro, conseguir una cama y dormir.

Tengo que pelearme con el conductor porque se mueve tan lento que creo que va a provocar que pierda los papeles. Me alegro de no tener un bate de *baseball* cerca. Con toda la calma del mundo, comprueba que la etiqueta del equipaje

coincide con la del billete que le he dado. No queda satisfecho y me pide una muestra de saliva para hacer un análisis de ADN. No puedo evitar meterle prisa y se enfada. Me disculpo, me cuelgo mi mochila y me largo tratando de pensar en otro cosa.

Tras una breve parada en la oficina de información turística —donde un espíritu celeste me cuenta algunas de las cosas que debo saber de la ciudad— decido sacar el billete de autobús a Guatemala —mi próximo destino— para, de esa forma, poder desentenderme del asunto. Mientras espero en la cola, saco la cámara de vídeo para grabar algunas tomas de la estación.

—¿Qué está haciendo con esa cámara, señor? Aquí no se puede grabar.

—Lo siento mucho, no sabía nada —me disculpo mientras la apago y la guardo.

No me ha oído porque antes de que empezara a hablar ya estaba dando aviso por el *walkie talkie*. Cuando termina de dar el chivatazo se larga sin mirarme siquiera. En unos segundos, dos policías vestidos de negro se acercan. Uno de ellos debe de medir casi dos metros y el otro apenas supera el metro y medio. Me recuerdan al dúo Sacapuntas, y pienso que sus compañeros de la comisaría deben de llevar años mofándose sin piedad.

—¿Qué estaba haciendo, señor? —me pregunta el Pulga.

—Me estaba grabando. Estoy haciendo un documental —respondo mientras pienso la forma en la que torturaría hasta morir a la maldita hija de puta chivata que les ha avisado sin siquiera darme la posibilidad de explicarme.

—¿Tiene usted permiso?

—Acabo de llegar, no sabía que hacía falta permiso. En cuanto me lo ha pedido la señorita, he dejado de grabar inmediatamente.

—Aquí no se puede grabar sin permiso.

—Lo siento, no sabía nada.

Se van sin decir nada, aunque ni siquiera tengo tiempo de tomar aire cuando vuelven.

—¿Me enseña lo que ha grabado, señor? —inquiére el Pulga. El Linterna ni siquiera me mira; se limita a ejercer un descomunal poder de intimidación.

—Claro. Han sido solo unos segundos, mire.

—¿Lo borra por favor? —me ordena sin mirar.

—Ahora mismo.

No tengo ni puta idea de cómo se borra un vídeo. La cámara la compré unas semanas antes y las pocas veces que he borrado lo he hecho conectando el aparato al ordenador. Navego por los menús buscando la opción de borrar. Me tiemblan las piernas y creo que balbuceo al tratar de explicarle que estoy haciendo un viaje y que estoy grabando en todos los sitios donde voy y algunas gilipolleces más. Noto cómo el Pulga empieza a ponerse nervioso. Mira alternativamente a la cámara y a mí. No hay más que ver su cara para saber que no ha manejado una cámara digital en su vida y que se encuentra casi tan incómodo como yo. Decido aprovechar esa circunstancia para tirarme un farol.

—Ya están borrados todos los vídeos—le digo resoplando—. Estas cámaras modernas son cada vez más complicadas—añado mientras pienso que no debí haber añadido nada.

—Está bien señor. No vuelva a grabar sin permiso.

—No lo haré.

Se van.

Creo que la cabeza me va a estallar. Mientras estaba con el dúo Sacapuntas la gente se ha ido colando, y ahora tengo tres personas delante. Me gustaría quitarlas de ahí a guantazos. Estoy seguro de que la cabeza me va a estallar.

Después de cinco minutos ya solo me queda una persona a la que están a punto de terminar de atender. Justo cuando llega mi turno oigo una voz en mi espalda que casi hace que me dé un infarto.

—Disculpe señor, necesito que me diga su nombre.

Esta vez está solo el Pulga, que me mira fijamente. Está nervioso, como yo.

—Pedro —respondo.

Pasan dos segundos de silencio durante los cuales me digo a mí mismo que soy gilipollas, que si me ha preguntado el nombre es porque quería saber mis datos, y voy yo y le digo que me llamo Pedro. ¡Hay que ser estúpido! ¡Pedro! ¿Pensabas que quería saber tu nombre para ser colegas? La has cagado pero bien, chaval. ¿Se puede ser más mentecato?

—Está bien, señor.

Se va. El Pulga, que no anda sobrado de luces, se ha largado. Esta vez no me atrevo a respirar y le sigo con la mirada. Se encuentra con el Linterna, cruzan un par de palabras y se marchan. Se piran, se pierden, se abren, se quitan del medio, se largan.

Es mi turno. Saco mi billete y huyo literalmente de la estación. En la puerta hay una boca de metro en la que me introduzco bajando las escaleras sin tocarlas. El espíritu celeste me ha señalado las paradas donde tengo que bajarme, así que voy directo a la taquilla, saco mi boleto (aun con los nervios tengo tiempo para sorprenderme de que solo valga dos pesos, unos once céntimos de euro al cambio) y vuelo por los pasillos. Las señalizaciones están tan claras que me muevo tan rápido como el nativo más experto. Por aquí, por allí, bajo escaleras, tuerzo, giro, avanzo y llego al andén. El tren llega enseguida y me abre sus brazos. Entro.

El metro de Ciudad de México es un hormiguero. Las estaciones son enormes y los vagones están atestados de gente. No pasa un minuto sin que entre al vagón algún vendedor de discos de música o un pedigüeño. Como en cualquier gran ciudad, son ignorados sin ningún pudor.

El corazón me late muy rápido, en parte por el miedo a la policía y en parte por la carrera que me he dado con una mochila de una tonelada sobre mi espalda. Me busco un rincón, me descuelgo la mochila (que pongo entre mis piernas) y

arrugo la cara para asegurarme de que no la tengo de pardi-
llo.

Alguien me toca por la espalda con el dedo. Es como si hubiera hecho doble clic en mi hombro. Me giro y veo a un niño de pelo negro que, sin decir nada, me señala el reloj.

—Son las siete y media —le respondo con más educación de la que hubiese querido.

—Deme el reloj, jefe —me dice en un tono que hace que me cueste distinguir si me lo está pidiendo o me lo está exigiendo.

—No puedo, lo necesito para saber la hora.

—Démelo pues.

—No puedo.

Es mi última palabra. Giro la cabeza y le doy la espalda.

—Veremos —oigo muy cerca de mi oreja.

Trato de disimular el escalofrío que siento y no hago nada. Le ignoro completamente. La mezcla de miedo, enfado y cansancio hacen que piense: «a tomar por culo, que le den».

Al fin llegamos a mi parada, en la que me bajo rápidamente, sin siquiera colgarme la mochila a la espalda. Me paro en el andén, que está lleno de gente, y espero a que la masa empiece a subir las escaleras para comprobar si el niño me sigue. No lo hace, claro, aunque durante el resto del día tendré la absurda sensación de estar siendo vigilado.

Salgo a la superficie y me encuentro con un día gris en una enorme plaza. A un lado está la catedral y al otro el Palacio Nacional. Está llena de gente que se mueve sin parar; todo es muy ruidoso. Me paso una hora dando vueltas buscando un sitio donde dormir. Pregunto en algunos hoteles, pero basta con que alguien me abra la puerta de entrada y me dé las buenas tardes para que lo descarte.

Al final logro dar con lo que busco: un sitio de mochileros. El ambiente es joven y sano, tienen Internet, desayuno y cena incluidos y solo cuesta unos nueve euros al cambio. El problema es que solo pueden darme una noche y yo necesito dos.

Pero eso ahora da igual, necesito descansar. Unos minutos de papeleo, subo mis cosas a la habitación y subo a la azotea a cenar.



Hoy le brindo a mi dolor

La azotea del edificio tiene un chiringuito con una gran terraza. Tiene vistas a la Plaza de la Constitución y la catedral, que luce preciosa iluminada en la oscuridad. Mientras pico algo típico mexicano conozco a Igor, Alejandro y Carlos.

Igor es un chico de mi quinta, vasco, despierto, inquieto. Tiene un bonito proyecto de viaje por Centroamérica. Espera que dure unos cuatro meses, aunque no tiene fecha de caducidad. Vive una situación que le permite poder alargar la aventura si quiere. Bastan unos minutos de charla para darme cuenta de que se trata de alguien que tiene una forma de pensar muy cercana a la mía. Creo que los motivos que nos impulsan a viajar son básicamente los mismos.

Después de la cena tengo que ir a buscar un sitio donde dormir mañana, pero al cabo de un par de horas vuelvo a la azotea. Los chicos están en una mesa bebiendo. Me alegro de verles y no me ha dado tiempo a sentarme cuando Alejandro ya me ha puesto un tequila. Tienen al menos dos botellas, unos cuantos vasos y un cuenco lleno de cubitos de hielo.

—¿Cómo te gusta el tequila?

—Me da igual, como lo estéis tomando vosotros.

—Te preparo dos, por si acaso.

—Genial.

Por un lado me llena un chupito de tequila añejo y por otro me prepara una copa con tequila blanco, agua con gas y un chorrito de refresco de limón. Me explica que la única ma-

nera de evitar la resaca al día siguiente es no mezclar el tequila con bebidas dulces.

—El tequila te lo tomas solo o, como mucho, lo mezclas con agua y limón. Nada de colas, naranjas ni chingadas.

Alejandro es un joven de la zona de Chiapas, al sur del país. Según mis cálculos, sus hombros medirán, más o menos, lo mismo que la distancia que he recorrido en los últimos tres días. Tiene la cabeza rapada al cero, los brazos de He-Man y una sonrisa de dientes claros y brillantes. Se dedica a trabajar como guardia de seguridad y su sueño es llegar a ser policía federal. Durante toda la noche está pendiente de que a nadie le falte bebida. Si tu vaso empieza a quedarse vacío, Álex te lo rellena y brinda contigo.

La juerga continúa, tequila tras tequila, conversación tras conversación. Hablamos de Chiapas, de España, de viajes, de mujeres. Durante toda la noche va y viene gente que se sienta con nosotros: Jonathan, un inglés pureta con la riñonera llena de libretas con notas del libro que quiere escribir; Daniel, el australiano; My, la sueca de belleza espectacular; un grupo de chicas de Guadalajara, guapas y tímidas. Todos bebemos, brindamos, nos reímos, nos hacemos fotos, intercambiamos correos y promesas de visitas en el futuro. La noche es perfecta y cualquiera que llega es calurosamente invitado a la mesa.

Bebo hasta emborracharme y caigo en la cuenta de que al final no he descansado. Después de un viaje de tres días no hay nada como una juerga de tequilas en una azotea del distrito federal de Ciudad de México, rodeado de desconocidos con los que te sientes conectado de alguna forma.

La noche avanza y la gente se retira. El toque de queda del *hostel* es a las dos de la mañana pero hace ya un buen rato que hemos pasado esa hora. Al final quedamos Igor, Álex y yo. Apuramos las botellas y tranquilizamos al personal de seguridad que viene a echarnos.

—Ya nos vamos, jefe.

Son más de las tres de la mañana y estoy borracho de te-

quila, de gente, de sensaciones, de cansancio. Se me ha pasado el miedo; la policía mexicana y el chorizo del metro me suenan tan lejanos como el día de mi primera comunión.

Bajo a la habitación, escalo la litera y doy una patada a las sábanas que se encuentran perfectamente dobladas al pie de la cama. Caigo redondo. Es la primera noche en meses en que mi último pensamiento antes de dormir no tiene que ver con ella. *I'm coming home.*

Jueves, 18 de junio de 2009

La risa estridente de Adriana me despierta por la mañana. Tengo un descomunal dolor de cabeza y me cuesta un buen rato ser capaz de saber dónde estoy. Son las ocho en punto de la mañana, y por la ventana de la habitación entra la clara luz del día y el ruido de una amalgama de conversaciones matinales. Abajo, en el bar, la gente hace ya tiempo que está desayunando. Recuerdo que la noche antes había quedado con Adriana en ir con ella y las demás chicas a una excursión que organizaba el *hostel*.

Me visto dispuesto a bajar a decirle que no iré. Mientras bajo, con los ojos aún cerrados y sin siquiera haberme lavado la cara, me cruzo con Igor. Tiene un aspecto horrible.

—Anoche, cuando nos fuimos a la cama, Álex bajó a por unas cervezas y estuvimos bebiendo otro buen rato en la habitación —me dice con voz ronca.

—Joder tío, yo no puedo tirar de mi alma, estoy molido.

Bajamos y le digo a Adriana que no iré con ellos. Reacciona como si ni siquiera supiera que habíamos quedado y me siento ridículo durante unos instantes, aunque inmediatamente lo olvido. Tengo un hambre voraz, así que sugiero que nos sentemos a desayunar. Me tomo cuatro tazones de cereales con leche, dos tazones de sandía con yogur y un par de tostadas con mermelada de fresa.

Durante el desayuno, Igor me comenta su intención de hacer una excursión a la ciudad de Teotihuacán. Teme no poder hacerla, puesto que le han dicho que se necesita un mínimo de cinco personas y hasta ahora solo él se ha apuntado. Mientras le escucho, me doy cuenta de que yo aún no tengo planes para ese día. El día anterior pasó todo tan rápido que no he tenido ni un minuto para preparar mi visita a una de las ciudades que más ganas tenía de ver.

En principio me muestro un poco reacio a la excursión,

pero cambio de opinión y decido apuntarme, aunque aún debemos esperar a que se complete el grupo. Mientras tanto, subo a la habitación a asearme un poco.

Zaly es una mexicana de piel morena y ojos oscuros. Tan alta como yo, tan delgada como yo, de pelo larguísimo y ondulado. Tiene voz de chicle de fresa y una seductora sonrisa que nos regala a cada momento. Zaly será nuestra guía. El grupo de turistas lo componemos finalmente Igor y yo. En otras circunstancias, la excursión se habría suspendido, pero la situación económica es grave y hace ya varios días que Zaly no logra formar un grupo mínimo para salir, así que decide seguir adelante aunque ello le suponga perder dinero.

—Aunque hoy haya perdido dinero, al menos la gente puede ver que las excursiones siguen vivas. Además, espero que ustedes lo hayan pasado bien y lo cuenten a sus amigos —nos confesaría Zaly al final del día.

Me pongo la gorra de turista, dejo la mochila y los prejuicios en la consigna del *hostel* y nos ponemos en marcha. Nos moveremos en un *minibus* que conduce Rodolfo, un mexicano serio, callado y cortés.

La primera parada es en la plaza de las Tres Culturas. Zaly nos ilustra con una interesantísima charla sobre la cultura prehispánica en su país. No hay más que verla para darse cuenta de que disfruta mucho de su trabajo. Visitamos ruinas, santuarios, iglesias y talleres con la banda sonora de Zaly pronunciando imposibles nombres de dioses.

El almuerzo consiste en una degustación de productos típicos de la zona, incluyendo algunos chupitos de diferentes tipos de tequila. Igor se saca de la chistera una bandeja de jamón de bellota de su tierra que comparte con Zaly y conmigo. Es la primera vez que Zaly prueba el jamón, por lo que casi podría decirse que asistimos a una ceremonia religiosa, a un bautismo.

La última parte de la excursión es la visita a las pirámides de la ciudad de Teotihuacán. Nos hacemos unas fotos, subi-

mos a las pirámides de la Luna y el Sol y esquivamos a decenas de vendedores ambulantes. Fijamos una hora y un lugar de encuentro para tomar el *minibus* de vuelta a la ciudad.



Alfredo no es analfabeto

Igor y yo llegamos pronto y nos sentamos a esperar. Media docena de vendedores tratan de ganarse la vida con pequeñas figuras de obsidiana y otras piezas de artesanía local.

—¿No quieren una figura? Es bien bonita y muy barata.

—No gracias.

—¿Son españoles? Si son españoles se las dejo más baratas.

—No gracias.

—Te cambio tu reloj por esta figura —me dice señalándome.

—No puedo; necesito el reloj para saber la hora.

—¿Y por tus zapatos? —pregunta a Igor.

—¿Y cómo se supone que me vuelvo? ¿Descalzo?

Las ofertas de trueque las hace un vendedor alto, de pelo gris, grandes y peludas patillas, camisa blanca y gesto de embustero. Tiene un palillo en la boca que no deja de mover de un lado a otro con habilidad. Incluso consigue dejarlo pegado a su labio inferior mientras habla para rescatarlo después con un rápido movimiento de la lengua.

—¿No les gustan estas figuras para sus casas? —insiste un joven.

—No se trata de eso. Son muy bonitas, pero no podemos comprar nada porque acabamos de empezar el viaje y no podemos cargar con el peso durante los meses que nos quedan.

—Siempre dicen lo mismo; si no es porque es el principio

del viaje es porque es el final de viaje, pero el caso es que nunca compran —se queja el joven.

El resto de vendedores se ha dado por vencido y se alejan en busca de nuevos turistas a quienes ofrecer sus preciosos artículos. El joven se queda. Se llama Alfredo y trata de ganarse la vida y mantener a su familia vendiendo artículos de artesanía desde hace años. Vive malos tiempos.

—Antes yo vivía bien de la venta. Tengo mujer e hijo, y de aquí sacaba lo suficiente para mantenerlos bien. Incluso a veces podía permitirme algunos pequeños caprichos, como dejar de trabajar un día para ir a pasear. Una vez incluso fuimos al cine.

Siento un puñetazo en la boca del estómago.

—Seguramente para ustedes eso sea normal, pero aquí no. Y menos ahora. Ahora no conseguimos vender casi nada. Yo hace cuatro días que no vendo ni una sola pieza. Si no vendo, no puedo comer. La culpa la tienen los talleres de alrededor. Son todos del mismo dueño. Eso es un monopolio ¿no? —pregunta inseguro y algo aturrullado.

—Sí.

—¿Venís con guía?

—Sí, hemos quedado aquí con ella.

—Seguro que os ha llevado a un taller. Se ponen de acuerdo para llevar a los turistas allí. Luego se llevan una comisión de lo que venden. Cuando llegan aquí, la mayoría ya ha comprado.

—Pero eso es algo normal ¿no?

—A nosotros nos está dejando sin trabajo. Van diciendo por ahí que los vendedores ambulantes les vamos a engañar o les vamos a robar. Los asustan y nosotros no podemos hacer nada, no podemos defendernos. Sobre todo con los extranjeros. Yo soy analfabeto, no sé idiomas. Ninguno de nosotros sabe idiomas, entonces ¿cómo se supone que podemos defendernos? ¿Cómo podemos explicarle a un turista extranjero que lo que le han dicho de nosotros es mentira? No podemos,

no tenemos forma de defendernos de sus calumnias.

—A nosotros no nos han dicho nada de que nos fuesen a robar.

—Puede que no, pero siempre lo hacen.

—Imagino que también habréis notado el asunto de la epidemia de gripe ¿no?

—La gripe es un engaño. Yo no conozco a nadie que haya enfermado, ni conozco a nadie que conozca a alguien que haya enfermado. En las noticias hablan mucho de la enfermedad, pero aún no ha salido nadie que esté enfermo. Con lo fácil que sería irse un día a un hospital y decir: estos son fulano y mengano y tienen la fiebre porcina. Es todo mentira, es solo una forma de asustar a la gente.

—Pero ¿a quién puede beneficiar ese engaño? Imagino que estará perjudicando mucho a todo México.

—A los vendedores de mascarillas —dice entre risas el tipo del palillo, que hace un rato se ha incorporado a la conversación.

—Miren —continúa Alfredo—, yo soy analfabeto. Todos estos también lo son. En México hay muy poca gente que estudie, la mayoría no sabemos nada. Si el gobierno se inventa una cosa así, en los noticieros no se habla de otro asunto, pero mientras tanto pueden hacer cosas sin que la gente se fije. Resulta que durante estos meses se va aprobar una ley que permite la posesión de droga siempre que sea en una cantidad pequeña, para consumo propio.

—Pero aquí en México es ilegal la posesión.

—Hasta ahora era así, pero la ley ya está lista. Ha sido aprobada por el parlamento y la cámara. Solo hace falta la firma del presidente. De eso no se ha hablado nada. Se aprovechan de que el pueblo no sabe nada.

—No creo que seas analfabeto. Tú mismo demuestras que te has dado cuenta, que no te has asustado, que no te han engañado.

—Pero no puedo hacer nada. Solo soy un pobre diablo.

—Me parece que lo que dices es muy interesante. Me gustaría grabarlo con la cámara, ¿te parece bien?

Alfredo activa todas las alarmas. Da un paso atrás y hace amago de irse a vender. Vuelvo a guardar la cámara en la mochila.

—Mejor seguir así ¿no? —me pide tímidamente.

—Por supuesto.

La conversación sigue durante un rato más hasta que llega Zaly. Nos levantamos y nos disponemos a irnos. Alfredo se aleja sin decir nada.

—¡Eh! —le grito—. ¿Cómo te llamas, amigo?

—Alfredo —responde dándose la vuelta.

—Mucho gusto de poder estrechar la mano de una persona como tú —le digo mientras me acerco y le tiendo mi mano.

Alfredo no responde. Baja la mirada y aprieta mi mano con fuerza. Me gusta que lo haga porque no puedo soportar a los hombres de manos blandas.

De regreso al *hostel* podemos comprobar cómo está el tráfico de una ciudad de veinticinco millones de habitantes en hora punta. Como cada tarde, llueve. Pasamos todo el atasco charlando Igor, Zaly y yo. Rodolfo permanece en silencio. Tocamos temas de conversación totalmente ajenos al trabajo de Zaly como guía y tengo la sensación de que está a gusto. Yo estoy encantado con ella, con su simpatía, su voz, sus vastos conocimientos de la historia de su país, con su pasión por lo que hace.

—¿Sabéis que desde la ciudad se pueden ver las pirámides?

—¿A cuántos kilómetros están?

—A cuarenta y ocho. Solo hay un par de días al año que pueden verse, porque tienen que darse una serie de circunstancias. En primer lugar, solo se puede hacer desde la torre Iberoamericana, una de las más altas de la ciudad. Luego tiene que ser un día claro y por último ha de ser en Semana San-

ta. La ciudad se queda medio vacía en Semana Santa, así que el nivel de contaminación baja lo suficiente como para que se puedan ver. Hay que usar un telescopio, por supuesto, pero yo tuve la oportunidad de verlas un día. Fue durante el amanecer.

Llegamos al *hostel* y nos despedimos. Me alegro mucho de haber ido a la excursión.

—Ha sido un bonito día. Me alegro de haber ido y haber conocido un poco más de la historia de tu país.

—La cultura prehispánica es muy bonita. El resto es otro cantar.

—También me gusta haber conocido a una bonita persona. Con otro guía, la excursión no hubiese sido tan divertida.

Zaly ríe.

Es hora de cambiar de *hostel*. Suerte que ayer tuve la prudencia de reservar en uno que está a solo unas manzanas de aquí, porque estoy tan cansado que no podría ponerme a dar vueltas en busca de un lugar donde dormir. Agarro mi mochila, camino durante unos minutos, me registro y me voy directamente a la habitación.

Apenas he comido nada en todo el día (me mantengo gracias a los cereales del desayuno), pero no tengo hambre. Tampoco tengo sueño a pesar del cansancio, así que cojo el ordenador y me busco un sitio donde ponerme a escribir un rato. Un rato que me lleva hasta bien entrada la madrugada.

Viernes, 19 de junio de 2009

Mi cerebro se activa a las seis de la mañana. No me permite dormir ni un minuto más. Ni siquiera hago el intento de estirar un poco las horas de sueño y salto de la litera. Una ducha rápida y bajo a la cocina del *hostel* con el ordenador debajo del brazo. Ocupo el mismo sitio en que estuve escribiendo la noche anterior hasta casi las dos; lo elijo por ser el único sitio en todo el *hostel* donde puedo estar sentado escribiendo con un enchufe a mano. Saco mi libro de notas y me pongo a leerlas y a recordar los instantes que he inmortalizado con decenas de temblorosos garabatos.

Estoy solo, por supuesto. La lluvia azota el cristal y ya a esa hora empieza a hacer el suficiente calor como para provocar que mi frente se siembre de perlas de sudor. Escribo sin parar. Tengo tantas cosas que decir que el teclado del ordenador se convierte en mi enemigo por no permitirme teclear tan rápido como necesitaría. Como siempre, acabo rindiéndome y dejando libres algunas historias. Tengo intención de seguir escribiendo hasta las ocho, momento en que comienzan a servir el desayuno. Luego desayunaré fuerte, cogeré la mochila y me largaré a patear la ciudad durante toda la mañana.

A eso de las siete y media llega la cocinera. Carga una enorme pila de cartones de huevos. En cuestión de minutos tiene en el fuego dos sartenes, una con *bacon* y otra con el revuelto de un centenar de huevos. El olor del *bacon* y los huevos despierta mi apetito; anoche no cené. La cocinera se llama Rosa.

—Rosa, eso huele muy bien. No sé si voy a poder esperar a las ocho para empezar a desayunar.

—Puedes ir comiendo fruta fresca mientras termina de hacerse.

—¿Todas las mañanas cocinas tantos huevos?

—Siempre ponemos dos huevos por cada uno de ustedes.

—Pues yo hoy pienso comerme seis, así que habrá dos que no los van a probar —bromeo.

Vuelvo a mi sitio con un plato colmado de sandía fresca y sigo escribiendo.

—¿No has dormido en toda la noche? —dice una voz a mi espalda.

Me giro y veo a una chica joven, pelo largo y enredado, cara limpiísima y ojos pegados por el sueño.

—Anoche, cuando me fui a la cama, estabas exactamente en la misma posición que ahora —añade.

—Bueno, he dormido un par de horas —le respondo sonriendo.

Al principio no caigo en la cuenta, pero luego recuerdo que la noche antes había en la cocina una chica leyendo. No la he reconocido porque usaba gafas de pasta negra para leer.

—¿Eres español?

—Sí, soy de Málaga. ¿De dónde eres tú?

—Soy de Inglaterra, de un pueblo cerca de Londres.

—Hablas muy bien español.

—Estuve un año trabajando en Zaragoza, luego seis meses en Bolivia y ahora llevo otros seis meses aquí en México, aunque estoy pensando en irme a Perú por una temporada. Y tú ¿qué haces en la ciudad?

—Estoy de vacaciones.

La conversación se trivializa hasta que me animo a preguntarle.

—¿Cómo decide alguien llevar esa vida? Es decir, ¿en qué momento tienes la certeza de que quieres dejar tu país e irte a buscarte la vida por el mundo? ¿Qué se necesita?

—No sé si te entiendo. Yo siempre tuve el sueño de aprender idiomas, así que me busqué un trabajo en España y allí estuve durante el tiempo necesario para aprenderlo. Luego me salió la oportunidad de viajar a América y me vine. Nada más.

—Ni siquiera has tenido que tomar una decisión porque ni siquiera te has enfrentado a un dilema. Es extraordinario. Yo hace tiempo que busco acumular el valor suficiente para dar el paso de cambiar de vida, pero no lo consigo.

—No sé, me imagino que será cuestión de saber lo que quieres.

—¿Cómo te llamas?

—Mary.

—Yo soy Pedro.

—Encantada. Oye, tengo que irme.

Mientras hablábamos, un chico cargado de bolsos y mochilas, con una guitarra cruzada a la espalda se nos ha acercado y, con un gesto casi imperceptible, le ha indicado a Mary que tienen que irse.

—Que tengas suerte, Pedro.

—Lo mismo, Mary. *Ciao*.

La conversación se ha desarrollado de pie, frente a la tostadora, y ha durado lo que han tardado en tostarse las dos rebanadas de pan de Mary y las dos mías. Las agarro, las cubro de mermelada de fresa y vuelvo a mi sitio. Estoy tratando de digerir las palabras de Mary cuando se planta delante de mí un chico alto, de pelo rubio y barba descuidada. Lleva un plato con huevos en una mano y un vaso de café en la otra.

—¿Te importa si me siento aquí contigo?

—Al contrario, adelante.

La mañana ha ido avanzando y cada vez hay más movimiento en la cocina. Compartimos el desayuno. Se llama Nico y es francés. Vive en México desde hace unos ocho meses, pero no consigue encontrar trabajo estable. Se dedica a la construcción. Según me dice, su sueño es irse a Colombia; le gustaría vivir en la selva, pero no está seguro de estar preparado.

—Vivir en la selva es duro —acordamos.

Mientras nos tomamos el café, se nos une Roberto, un italiano del norte, de cerca de los Alpes. La historia de Roberto

es diferente a las que he oído esta mañana. Él está en México por una mujer. Lleva cinco meses buscando trabajo, pero lo tiene muy complicado porque no tiene papeles. Para conseguirlos necesita que alguien le haga un precontrato y esperar a que la burocracia decida expedirle el permiso. Será entonces cuando pueda trabajar.

—Ninguna empresa hace eso. Si quieres contratar a alguien, no puedes estar esperando a que inmigración te dé un permiso. Puede tardar meses, incluso años. Es una locura —se queja Roberto—. Pronto se me acaba el permiso de turista y no sé qué hacer.

Roberto es cocinero y se interesa por las posibilidades que tendría en España. También fantasea con montar por su cuenta un restaurante italiano en México. Nos intercambiamos los correos electrónicos y nos deseamos suerte.

Ya son casi las diez y sigo sentado delante del ordenador. A ratos escribo y a ratos me desconecto y me pongo a darle vueltas a las historias de estas personas que no hacen más que dejar en evidencia mi cobardía al enfrentarme a la vida. Trato de reflexionar sobre esto cuando me interrumpe la caricia de un hilillo de voz rubio.

—¡Eh!

—¡Eh! ¡Qué tal! Al final encontraste *hostel* ¿no? —me intereso.

—Sí; quería pedirte disculpas por lo de anoche. Estaba un poco confusa con tanta gente, tanto ruido, y los nervios de no tener dónde dormir y todo eso —dice la chica rubia.

—No te preocupes, te entiendo perfectamente.

La noche antes, mientras estaba con Igor en la recepción de su *hostel*, la vi entrar. Enseguida me fijé en ella por su pelo rubio, su cara de perdida, su mochilita azul y su forma de andar. Se fue directa al mostrador a preguntar por un sitio donde pasar la noche. Yo ya sabía que no tenían ni una cama libre, porque yo mismo tuve que cambiarme de *hostel* ese mismo día, así que me levanté y la abordé cuando salía.

—¿Si necesitas un sitio donde pasar la noche puedo ayudarte?

Me miró con cara de miedo, me hizo un gesto con la mano para que la dejara en paz y aceleró el paso. A la mañana siguiente tuvo el bonito gesto de disculparse.

—Siéntate, desayunemos juntos —le digo señalando una silla vacía.

—¿Tú no has desayunado ya? —me pregunta mirando los restos de comida que hay sobre la mesa.

—Suelo desayunar varias veces —respondo con una sonrisa.

Bastan unas cuantas frases para que ambos nos demos cuenta de que hemos conectado. Se llamaba Lena, alemana de Hamburgo, muy rubia y muy atractiva. Joven, despierta, risa fácil y graciosa, mirada de cristal azul. La conversación fluye sola, mitad en inglés mitad en español —Lena tiene algunos amigos españoles, e incluso estuvo una vez en la Semana Santa de Málaga; me gustó la forma en la que suena la palabra «trono» al salir de sus labios—.

—Lena, ¿qué crees que tiene que ocurrir para que alguien se decida a cambiar de vida?

—No lo sé, imagino que tiene que darse cuenta de que su vida no le gusta. ¿Es que no te gusta la tuya?

—No lo sé; en parte sí, me gusta mucho, pero hay una parte que no me encaja y no sé si aguantarme o rebelarme.

—No creo que pueda ayudarte. Yo estoy contenta con mi vida.

—Ya sé que no puedes ayudarme, solo me desahogo contigo. Es que esta mañana he conocido a gente a la que le ha resultado muy fácil llevar una vida con la que yo suelo fantasear. Pero en fin —doy por finalizada la conversación.

Intercambio de correos electrónicos y direcciones. Proyectos de viajes juntos. Le prometo el primer ejemplar del libro, le prometo visitarla en Hamburgo, me promete visitarme en Málaga. Un tierno abrazo, un tierno beso.

Son casi las once y después de tantos desayunos con diamantes apenas tengo ganas de salir a visitar la ciudad.



Glen, el hijo hippie

—*How do you say snake in Spanish?*¹⁷ —grita un viejo de largo pelo blanco.

Levanto la vista para ver si me está preguntando a mí y me repite la pregunta.

—¿Cómo tú dices *snake*?

—Culebra.

—¿Culebrrá?

—Culééééebra.

—Culééééébrra.

—Eso es.

—Culééééébrra. Gracias amigo.

Decido salir, así que comienzo a recoger mis cosas al tiempo que el viejo greñudo llega a la cocina con varias bolsas de tomates, cebollas y otras verduras. Me acerco.

—¿Vas a cocinar una culebra? —le digo sonriente.

—¡No! —me responde riendo.

Se llama Glen, es de Estados Unidos y *hippie*. Me cuenta que lo es desde 1969, cuando tenía quince años. Desde entonces ha vivido de acuerdo al espíritu del movimiento *hippie*. Me cuenta que su filosofía de vida es: «si respetas a la Tierra, la Tierra te respetará a ti».

—Yo siempre la he respetado, así que ella me trata bien —añade.

La conversación es muy interesante. Además, Glen habla despacio y con una pronunciación excelente, lo cual hace que

¹⁷ ¿Cómo se dice serpiente en español?

capte toda mi atención. Le escucho boquiabierto decir que jamás ha tenido una tarjeta de crédito y que, de hecho, no tiene cuenta de banco. Me cuenta que siempre fue la oveja negra de su familia, que nunca le entendieron, que siempre se rigieron por los convencionalismos y que nunca pudieron superar tener un hijo *hippie*.

—Ahora están todos muertos. Yo soy el único miembro de mi familia, estoy solo. La realidad es que siempre he estado solo, pero eso no quiere decir que no les eche de menos. Eran mi familia y les quería —comenta sin perder la sonrisa de la boca.

Estamos casi una hora charlando, aunque la mayor parte del tiempo es Glen quien habla. Me cuenta todos los sitios en los que ha estado, me retrata de forma certera la sociedad norteamericana en la actualidad o, sencillamente, me da la receta de las ancas de rana que probó en India una vez. Es un tipo realmente interesante. Antes de despedirme de él me pide que respete a la Tierra.

—Mucha gente está viva, pero es como si no lo estuviera. Están aquí en la Tierra pensando en que cuando mueran irán al cielo y no se dan cuenta de que el cielo es esto, que ya están en el cielo.

Bajo a la calle con la moral tocada y con la intención de dar un paseo. En recepción me dicen que Igor ha dejado un recado para mí, que me espera en su *hostel*. Me acerco, le encuentro.

Propone que nos demos una vuelta en bici por la ciudad, cosa que me parece una excelente idea para terminar mis dos días de turista en México. Agarramos las bicis y pasamos el resto de la mañana jugándonos la vida en las carreteras de una de las ciudades con mayor caos circulatorio del mundo. A las dos volvemos porque el autobús que me llevará a Tapachula, en la frontera con Guatemala, sale a las tres y media.

Nos despedimos con un abrazo y me lanzo a la locura del

metro atestado de gente. Ni siquiera tengo tiempo de comer, pero consigo llegar a la estación con un par de minutos de adelanto. Aun así tengo que esperar media hora porque el autobús va con retraso. La espera se me hace larga; el andén huele a estiércol y tengo ganas de vomitar.

Antes de subir al autobús soy sometido a un cacheo por parte de una policía baja, gorda y borde. No sé para qué lo hacen; llevo una pequeña mochila pegada al pecho, debajo de la camiseta, llevo una cámara de fotos en un bolsillo, una cámara de vídeo en otro, un aparato repelente de mosquitos del tamaño de un mechero en otro bolsillo en la pernera del pantalón; llevo una libreta de notas en la otra pernera. Llevo a la espalda una mochila en la que cabría un F-16 y llevo colgada del pecho otra mochila de mano. Me cachea y me dice que muy bien, que pase.

Subo al bus. Me acomodo y me pongo a leer mientras ponen una película cuyas voces recuerdan a Scoobie Doo. Por delante, dieciocho horas hasta llegar a Tapachula, en el estado de Chiapas, pueblo fronterizo con Guatemala y mi próximo destino.

Sábado, 20 de junio de 2009

A pesar de ser un autobús cómodo, no pego ojo en toda la noche. Tampoco tengo ganas de escribir, ni de leer, ni de escuchar música. Me limito a cerrar los ojos y a dejar pasar las horas en un pesado dormir que me hace perder la noción del tiempo. A medida que avanza la noche empiezo a sentir las primeras molestias estomacales. Era previsible que llegara este momento, sobre todo teniendo en cuenta que no me he cortado ni un pelo a la hora de comer o beber. Tengo que pasar por el baño del autobús un par de veces, pero confío en que no irá a más. Pasa la noche y ese amanecer que no llega; la niebla y la lluvia oscurecen el día. Tendré que ir acostumbrándome a las eternas lluvias tropicales.

El paisaje de la parte sur de México es radicalmente diferente al de la parte norte. Mientras allí viajábamos por autopistas de rectas kilométricas y rodeados de cactus, piedras y polvo, ahora el autobús avanza por una estrecha y serpenteante carretera, rodeada de espesa vegetación y salpicada de poblados de chabolas, vacas pastando, hombres trabajando el campo y gente seria, siempre seria. No he visto ni una sonrisa desde que entramos en Chiapas. Es como si el cielo aquí pesara más y tuviera que se soportado por los hombros desnudos y exhaustos de los hombres que aquí nacieron.

Antes de llegar a Tapachula, el ejército hace detenerse al autobús y durante diez minutos revisan el maletero. Son tres hombres armados con fusiles. Mientras uno de ellos habla con el conductor, los otros dos se dedican a ir revisando el equipaje. Debe de tratarse de un registro rutinario, porque no parece que estén inspeccionando las maletas. Ni siquiera las han abierto, se han conformado con echar un vistazo. Pasado el trago, llegamos a nuestro destino.

Como cualquier lugar fronterizo, Tapachula es un pueblo

con mucha actividad, lleno de vida y de gente. Nada más bajar una azafata anuncia que está a punto de salir un autobús con destino a Ciudad de Guatemala. Acuerdo el precio con ella y le pido cinco minutos para asearme un poco.

—No se preocupe señor, aún tenemos tiempo de sobra. Le esperaremos.

Debo acostumbrarme a que por estas tierras los horarios no tienen mucho sentido. El autobús saldrá cuando tenga que salir, sin necesidad de encorsetarse en un horario implacable y mezquino.

En la sala de espera conozco a Dada, un budista japonés que se dedica a la meditación. Se trata de un anciano flaco y bajo, con una larga barba y pelo gris. Recuerda al maestro de las antiguas películas de kárate que solían poner en el cine de Álora. Huele mal, aunque imagino que mi olor no debe de ser mucho más agradable. Hace años que viaja por el mundo llevando su mensaje de meditación a todos los rincones. Como yo, viene de México y se dirige a Guatemala, donde debe encontrarse con un amigo. Allí pasará unos meses.

Me han sobrado algunos pesos mexicanos después de pagar el billete (para lo que he tenido que sacar dinero del cajero) y me ofrezco para invitar a Dada a algo de comer o a un café.

—No puedo, hoy es día de ayuno.

—¿Ni siquiera agua?

—Nada. Son solo cuatro días al mes. Ayuda a la meditación.

—Te acompaño entonces. Hoy ayuno yo también. Antes solía hacerlo, pero no me dedicaba a meditar.

Dada ríe. Empezamos a hablar de Japón. Le cuento que si todo va bien aterrizaré allí a mediados de julio. Me da una lista de sitios que debo visitar, pero le advierto de que no voy a estar mucho tiempo. Aun así, insiste en decirme lugares interesantes. Incluso me apunta en mi libreta de notas sus nombres en alfabeto japonés. También me apunta algunas frases

que pueden serme de mucha utilidad: «gracias», «por favor», «¿dónde está la estación de autobuses?». Subimos juntos al autobús.



Un ejército de desheredados

Las azafatas nos explican que, en breve, llegaremos a la frontera con Guatemala y nos advierten de que cada uno de nosotros tendrá que tramitar la documentación de la aduana por su cuenta. La cosa va así: el autobús nos deja en la parte norte de la frontera, aún en México, y nos espera en la parte sur, ya en Guatemala. La gestión del papeleo es cosa nuestra. Pone especial énfasis en que solo esperará veinticinco minutos.

—Si alguno de ustedes sufre un retraso por algún problema administrativo, lamentablemente no podremos esperarle —advierte la azafata sin cambiar el gesto.

Le traduzco al inglés a Dada lo que nos han contado. Chapurra algo de español, pero no lo suficiente para entender lo que estaba diciendo la muchacha.

El autobús se detiene al fin, abriéndonos las puertas del infierno del tercer mundo.

Nada más cruzar el umbral, la confusión.

Decenas de personas nos rodean y nos hablan sin parar. Lo hacen muy rápido y casi a gritos, repitiendo las mismas frases ininteligibles una y otra vez. Algunos se atreven a hacerlo en inglés. Dada y yo avanzamos con paso firme. Le propongo que no se separe de mí y que vigile bien el pasaporte.

—Si perdemos el pasaporte tendremos problemas, Dada.

—Sí, problemas grandes —responde asintiendo con la sonrisa que nunca pierde.

A pesar del caos, se diría que existe cierta organización entre la masa de gente que nos rodea. Una especie de ejército donde cada uno desempeña un papel y cuya jerarquía va en función de la edad. Así, niños de rostros apagados suplican por una moneda. Son la mayoría y son los que más se acercan, llegando a perder el miedo a tirarte de la camisa para que les hagas caso. Yo no saco las manos de los bolsillos, donde protejo los pocos billetes que llevo encima. El resto de cosas valiosas ya han debido de cruzar la frontera en el autobús. El pasaporte va seguro en la bolsa que llevo pegada al pecho debajo de la camiseta.

En el siguiente nivel de jerarquía se encuentran los adolescentes y muchachos que se ofrecen a ayudarte a gestionar el papeleo. Te indican, sin que les preguntes, el camino que debes tomar. Se ponen delante de nosotros y no dejan de hacernos gestos para que les sigamos. Dada y yo avanzamos por inercia, sin saber bien dónde vamos, pero esperando encontrar una indicación, un cartel. Yo voy delante; el resto de pasajeros del autobús se ha perdido entre la muchedumbre.

Finalmente, los generales de este ejército de desheredados lo forman hombres que sostienen fajos de billetes y que se ofrecen para cambiar pesos mexicanos por quetzales guatemaltecos. No dejan de decir cifras en una especie de regateo sin respuesta. Yo permanezco en silencio y trato de dar imagen de seguridad avanzando con paso lento. Intento no mirar a los lados para dar a entender que conozco el camino. Decido que no hablaré o lo haré en inglés, pensando que eso puede serme de ayuda a la hora de soportar el asedio.

Al fin llegamos a la primera oficina, la mexicana. Entramos y guardamos cola. La tropa espera fuera, como vampiros que no han sido invitados a entrar en casa. En pocos minutos hemos resuelto el trámite, que consiste en entregar el permiso que nos dieron a la entrada de país. Hago de intérprete a Dada mientras veo cómo el funcionario mexicano imprime un sello en mi pasaporte.

Salimos y de nuevo nos encontramos rodeados. Ni uno solo de los peones ceja en su empeño, no pueden permitírselo si quieren ganarse una moneda con la que poder comer. Cruzamos el puente que hace de línea de separación entre los dos países y llegamos al lado guatemalteco. En esta ocasión no hay oficina en la que podamos protegernos, puesto que la ventanilla de la aduana da directamente a la calle. Entrego mi pasaporte.

—Son veinte quetzales o dos dólares americanos, señor.

No tengo quetzales, lo único que tengo son euros, algunas monedas mexicanas y un billete de diez dólares que conservo desde el primer día. Le entrego el billete.

—Aquí tiene.

—Lo siento señor, pero no puedo darle cambio, necesito que me dé la cantidad exacta.

Los generales aprovechan la ocasión para lanzar una última ofensiva, pero he construido una armadura blindada que hace que los ignore sin pararme a pensar que realmente pueden serme de ayuda. Estoy totalmente confundido, y pienso en qué ocurriría si no pudiera pasar a Guatemala ni volver a México.

Después de unos segundos en blanco, me doy la vuelta en un gesto con el que trato de buscar inspiración y veo la fea cara de Dada sonriendo.

—Dada, ¿tienes cambio?

—¿Qué necesitas?

—Hay que pagar dos dólares, pero no tienen cambio de diez.

—No es problema —dice mientras saca dos dólares de su riñonera.

—Pero ¿tienes más para ti?

—Sí, tengo más.

—En cuanto lleguemos a la ciudad te los devuelvo ¿vale?

—No es problema.

Pagamos las tasas, nos sellan los pasaportes y seguimos

nuestro camino buscando el autobús. Me maldigo por no haber memorizado la matrícula o, al menos, algún rasgo que haga que pueda distinguirlo, aunque eso no va a ser un problema puesto que solo hay un autobús esperando. El acoso por parte del ejército sigue hasta la misma puerta, pero se desvanece como por arte de magia en el justo momento en que pisamos la escalera de acceso.

Me siento en mi plaza y me asomo a la ventana con la cabeza apoyada en el cristal mientras pienso en todo lo que ha pasado. Poco a poco voy desmontando la coraza que he construido para la batalla que acaba de terminar; me relajo y reflexiono. Sigo teniendo las monedas mexicanas en el bolsillo y me pregunto por qué no las he repartido entre los niños. En total no suman más de tres miserables euros al cambio. Supongo que no dar monedas formaba parte del mecanismo de defensa que se activó en el momento en que me sentí asediado por tanta gente y ruido.

Trato de excusarme a mí mismo pensando que si no repartí el dinero fue porque eso podría haber sido interpretado como una muestra de debilidad, como enseñar una hebra tirando de la cual se desharía una prenda. Definitivamente, si quiero mantener el jersey bien tejido, he de tener cuidado con las hebras sueltas.

Pasan unos minutos. Puedo ver como un hombre escuálido, negro y seco, con un esfuerzo titánico, carga a sus hombros un bulto de veinte sillas de colores apiladas las unas sobre las otras. Dos taxistas pelean a gritos por un sitio en la cola, una furgoneta de turistas cruza con cinco niños colgados de las ventanillas y otros tantos corriendo alrededor. Puedo ver a los cambiadores agitando sus fajos de billetes para llamar la atención de los visitantes. Puedo ver a la policía y al ejército, armados hasta los dientes, patrullando en *jeeps* desartados. Puedo ver niños vendiendo cinturones, vendiendo helados. Veo perros flacos por todos sitios.

Sentencio que no tengo excusa para no haberle dado las

monedas a los niños, así que bajo del autobús y busco con la mirada, pero ningún niño se acerca a los aparcamientos donde me encuentro. Me adentro en la zona de guerra hasta llegar a la altura de dos niños a quienes llamo.

—Toma —le digo a uno de ellos mientras le enseño la moneda.

El niño la agarra y sale corriendo dando saltos. El otro le sigue sin darme tiempo siguiera de decirle que tengo otra para él. Le doy un grito que es ignorado. Decido acabar cuanto antes, porque todo esto está empezando a afectarme demasiado, así que me adentro más, hasta que vuelvo a estar rodeado de niños. Le doy el resto de monedas a uno de ellos, mientras les digo a los demás que el dinero es para todos, que se lo repartan como quieran. El niño que tiene las monedas da un empujón al primero que le pide su parte y sale corriendo. El resto salen corriendo en su persecución. Creo que he metido al chaval en problemas. Es la ley de la selva.

Vuelvo al autobús a petición de la azafata, que me dice que no es seguro. Al cabo de media hora volvemos a ponernos en carretera. Mientras ponen una película, me acomodo en mi sitio y dormito escuchando música. Hace frío, el aire acondicionado del autobús está demasiado alto.



Vino el miedo

Pasado el trago de la frontera, y sintiéndome un poco más miserable que un rato antes, el resto del camino transcurre con tranquilidad hasta entrar en la ciudad. Después de unos segundos de paisaje industrial, el autobús se adentra en las calles de Ciudad de Guatemala; son estrechas y llenas de autobuses, lo que hace que apenas podamos avanzar. Cada cruce

de calles es un pequeño caos donde nadie parece hacer caso al semáforo. Las aceras están llenas de quioscos y vendedores ambulantes de todo tipo de frutas y comida. Aun desde el autobús puedo apreciar los olores a frito y al maíz de las tortas. Las tiendas están todas abiertas y hay un continuo hormigueo de gente; la mayoría de los negocios son talleres de reparación de pinchazos y llantas atestados de viejos neumáticos. A pesar de estar abiertos, todos los locales sin excepción están enrejados de arriba a abajo. La gente tiene que arreglárselas para comprar a través de los barrotes. Trato de grabar con la cámara, pero solo recibo miradas de desaprobación de los guardias de seguridad que se apostan en las puertas. Son pocos los negocios que no cuentan con alguien armado esperando en la entrada. Las terrazas de los edificios están rodeadas por alambre de espino; la percepción de inseguridad es total, jamás había sentido un miedo parecido. En conjunto, la calle ofrece un aspecto que no debe de diferir mucho de un campo de refugiados.

Estoy pensando en qué haría si el autobús me dejara en alguna de estas calles cuando la azafata anuncia por los altavoces que estamos llegando al destino, que tengamos cuidado de no dejarnos nada porque, según advierte, la empresa no se responsabiliza de las pérdidas. Yo he perdido mi repelente de mosquitos; antes he oído que algo ha caído al suelo en uno de los muchos vaivenes del autobús, pero ni me he molestado en ir a buscarlo, hay demasiada gente. De todas formas, nunca confié en su eficacia.

Unos minutos después del anuncio de la azafata, el autobús me deja en tierra. Es un solar embarrado y lleno de charcos que tiene una pequeña puerta de acceso a una terminal de autobuses. Me acerco a recoger mi maleta. A diferencia de como funciona en España, en los países centroamericanos no te dejan coger tu maleta del autobús, tienes que pedírsela a la persona encargada.

—La mochila azul es mía —le pido.

—La contraseña por favor —me responde y espera.
—No conozco ninguna contraseña.
—Sin la contraseña no puedo darle su mochila, señor.
—¿Está de broma? No me han dicho ninguna contraseña
—respondo tratando de disimular mi nerviosismo.
—¿Tiene usted su boleto? —me dice con resignación.
—Sí, aquí lo tiene.
—Pues aquí tiene usted la contraseña, señor —me responde con aire paternalista mientras me muestra un recibo que hay grapado al billete de autobús.
—¡Ah!, no sabía que eso era la contraseña, perdone.
—¿Pues qué va a ser entonces, señor? —me dice finalmente con tono *están-locos-estos-romanos*.

Dada ha estado todo el tiempo a mi lado, así que me imita y le entrega su billete. Recogemos nuestros bártulos y entramos en la estación. Cuatro taxistas se ofrecen para llevarnos mientras me acerco al mostrador a preguntar por el autobús que debo tomar para ir a San Salvador (acabo de llegar y ya tengo que estar pensando en mi próximo destino). El señor que atiende en el mostrador me dice que ya es tarde, que solo hay un viaje al día, a las cuatro de la tarde. Tarda nueve horas en llegar y cuesta doscientos veinte quetzales.

Solo me queda buscar un sitio donde pasar la noche. Me dice que lo mejor que puedo hacer es irme al centro, donde hay otra terminal de autobuses dentro de la cual hay un hotel.

—Desde allí salen autobuses cada hora, y además son más baratos. Estos son de lujo y por eso cuestan el doble. Con lo que va a costarte comprar acá el boleto, puedes pagarte un taxi a la estación, la noche de hotel y aún te queda para comprar el boleto allá.

Agradezco los consejos del señor, que debe de haberme visto pinta de no tener un chavo. Le explico a Dada mis planes y le pregunto por los suyos. Ha quedado en llamar a un amigo para que venga a recogerle, pero no sabe desde donde hacer-

lo. Vuelvo a hacerle de intérprete. Conseguimos algunas monedas y nos dirigimos al teléfono público que hay en la calle.

Al cabo de una hora llega un muchacho joven y oscuro con un viejo Ford familiar. Conoció a Dada a través de la meditación budista, y se presenta a mí como Yuktatman, su nombre espiritual (más tarde me confesaría que su nombre terrenal es Julio). Se ofrece a llevarme a la estación, porque ir en taxi no es seguro. Se disculpa por no poder ofrecerme alojamiento, pero es que no tiene sitio, ni siquiera para Dada, que no se va a quedar con él, sino con un amigo común.

—No te preocupes. Con que me lleves a la estación tengo más que suficiente. Me quedaré en el hotel.

Por el camino charlamos de la situación actual de Guatemala, el nivel de pobreza, la corrupción de los diferentes gobiernos, el potencial de una región rica en petróleo, uranio, fruta... La conversación es agradable. Dada calla. En diez minutos estamos en la estación. Hemos recorrido calles por las que no me hubiese atrevido a caminar solo y me alegro de la suerte que he tenido al conocer a Dada y Julio.

La terminal donde me bajo está llena de antiguos autobuses escolares norteamericanos decorados como arco iris de colores estridentes. Nos despedimos y me voy directo a la recepción del hotel, donde consigo rápidamente una habitación.

Estoy deseando descansar, pero antes aprovecho que tengo tiempo para poner en orden mi mochila y lavar la ropa. Compruebo que la habitación no tiene agua caliente, así que me doy una gloriosa ducha de agua fría. Hace un calor asfixiante y una humedad del noventa por ciento. Tal es así que al salir de la ducha me encuentro más mojado que cuando estaba dentro. Me visto y decido salir a dar un paseo, pero antes vacío todos los bolsillos; no llevo absolutamente nada, ni siquiera el pasaporte, que dejo escondido bajo las sábanas de la cama.

Bajo las escaleras y me dispongo a salir a la calle cuando

la recepcionista, una guapa muchacha aunque con buena parte del rostro desfigurado por una quemadura, me dice que no puedo salir, que no es seguro. No es un consejo, es una orden. No puedo salir del hotel solo, debo quedarme dentro, es por mi propia seguridad. Le explico que no llevo nada de valor y que solo quiero dar una vuelta por los alrededores, comprar algo de comer.

—No es seguro señor. Nadie sabe si lleva algo de valor o no. Si alguien decide atracarle, puede que sea peor no llevar nada.

Ignoro la orden y salgo, tratando de tranquilizarla con ese aire mío de invulnerabilidad. El paseo no dura mucho porque no consigo quitarme de encima la sensación de inseguridad. Estoy cagado de miedo, nunca lo estuve tanto.

De vuelta a la habitación, me tumbo en la cama aún vestido. De vez en cuando se oye el atronador ruido de un avión al pasar, por lo que deduzco que estoy cerca de un aeropuerto. De fondo se oye música de verbena, y es que es sábado por la noche.

—Si pensáis que vais a impedirme dormir con esos ruiditos, estáis muy equivocados. Ni una bomba de hidrógeno podrá alterar mi descanso —pienso de forma absurda mientras me quedo dormido.

Domingo, 21 de junio de 2009

El autobús hacia San Salvador sale cada hora, lo que me deja mucha flexibilidad de horarios. Decido que salir a las diez de la mañana es una buena opción, así que pongo el despertador a las ocho (la chica de la recepción me ha advertido de que el autobús puede salir antes si al conductor le parece bien). No me importa, porque a las seis y pico de la mañana ya está toda la habitación iluminada. El sol entra por la ventana que hay junto a mi cama y por el pequeño tragaluz del techo del baño. Es domingo por la mañana y pienso que probablemente esté penado por la ley levantarse a esa hora pero, haciendo uso de mi audacia, me levanto. Si me apuro podré subirme al bus de las siete y media. Estoy seguro de que algunos de mis amigos aún estarán dormidos en España, y eso que allí es siete horas más tarde.

Antes de vestirme salgo a recoger la ropa que lavé anoche. No me sorprende nada descubrir que está tan mojada como cuando la saqué del lavabo; la humedad es terrible. No me queda más remedio que recogerla y meterla en una bolsa de plástico. Ya veré qué hago con ella. Recojo el resto de la habitación y bajo. En la recepción, la misma chica de anoche se ofrece para cuidarme el equipaje mientras doy un paseo. Vuelve a advertirme del peligro, aunque con poca fe. Creo que pasa de mí.

—No debería pasear solo, señor. No es seguro, pueden asaltarle —me dice con resignación.

—No llevaré nada encima, no te preocupes.

—Como usted guste —responde mecánicamente mientras sigue leyendo su revista.

No son ni las siete de la mañana de un domingo y la calle está llena de gente. Es una especie de mercadillo callejero —más tarde me dirían que no es así, que esa actividad es la del día a día—, donde compro una enorme pieza de pan, algo

de beber y un poco de fruta con los pocos quetzales que llevo encima. La fruta es extraordinariamente barata y puedo comprar media docena de plátanos por un quetzal —unos doce céntimos de euro al cambio—. A pesar de que las calles son las mismas de ayer por la tarde, hoy me encuentro más seguro. Probablemente influya el hecho de que no llevo encima más que unas cuantas monedas. A pesar de ello no quiero alejarme mucho de la estación, entre otras cosas porque salimos a las siete y media.

En la sala de espera conozco a Daniel, un gringo que está en Guatemala ayudando a la gente más pobre. Vive en Los Angeles, pero pasa la mitad del año en Centroamérica. Su forma de hablar español me recuerda a una imitación de los Morancos. Tiene una cara risueña y despistada. Me he acercado a él porque hace que me sienta más seguro. A nuestro lado se ha sentado un tipo muy alto y serio. Lleva una gorra negra con el símbolo de Nike, una camiseta blanca y un collar de cuero del que cuelga una piedra tallada. Todo ello le da un aspecto peligroso. Nos mira y escucha sin molestarse en disimularlo. Me hace sentir incómodo.

El autobús llega a la estación. Es muy diferente al que me trajo de Tapachula. Se trata de un sucio autobús lleno de asientos desgastados y sin numerar —no tardaré en descubrir una encantadora gotera sobre mi asiento—. Encuentro este tipo de autobús mucho más auténtico y me siento más cerca de la gente. Casi todo el mundo va cargado con grandes bultos que el conductor se encarga de ir colocando lo mejor que puede en las tripas del autobús. Cuando estoy subiendo los escalones, noto que alguien me tira de la camiseta.

—¿Es esto suyo, señor? —me dice con voz ronca.

Es el tipo de la gorra. En su mano derecha lleva mi reproductor de *mp3*.

—Sí, es mío, muchas gracias —le respondo asombrado.

—Se le cayó al suelo ahorita mismo.

Una vez más, la gente me da una lección. Nunca habría

apostado a que nadie de por aquí tuviera un gesto similar, y menos el tipo de la gorra. Antes al contrario, en el rato que he estado les he prejuzgado y les he declarado culpables de robo, asalto, asesinato, secuestro y tantas otras cosas. Todos culpables, sin excepción. Ahora, el simple gesto de humildad y honradez del muchacho de la gorra me pone en mi sitio.

Me avergüenzo.

Más tarde, después de estar medio viaje dándole vueltas, me acercaría a su sitio y trataría de regalarle el *mp3*, encontrándome con su rechazo.

—Yo no quiero eso para nada, no sabría utilizarlo —me dice casi riendo.

No insisto, pero quiero demostrarle mi agradecimiento. Le ofrezco algo de comer; le muestro todo lo que tengo.

—Acepta al menos esto.

—Gracias señor, pero ya tengo comida.

—De acuerdo —digo resignado y con la sensación de haberle faltado al respeto.

Al fin me siento en el primer lugar que encuentro libre, pero antes me encargo de tender la ropa húmeda aprovechando la cuerda que sujeta las cortinas de la ventanilla y la bandeja donde se apoya la pantalla de televisión.

—¿Y no nos van a poner ninguna película ni nada? —dice una voz a mi espalda—. ¿Para qué son los televisores pues? —añade entre risas.

—Para que los gringos tiendan sus calzones —responde otra voz antes de estallar en carcajadas.

Es ese precisamente uno de los aspectos por los que prefiero viajar en autobuses más humildes en lugar de hacerlo en primera clase: la gente charla, se comunica, se relaciona, se ríe. No resulta complicado entablar una conversación con tres mujeres que se sientan justo detrás de mí. Me paso medio viaje de rodillas en mi sillón mirando hacia atrás (gracias Biodramina). Dos de ellas son hermanas de sorprendente parecido, pelo pintado de rubio yema de huevo y dientes de oro

abollados.

Entre charla y charla llegamos a la frontera y se me pone la piel de gallina. Sin embargo, esta frontera no tiene nada que ver con la que separa México de Guatemala. Es todo mucho más tranquilo, si bien el acoso de los cambiadores de divisa con sus fajos de dólares no tiene nada que envidiar a aquel. El trámite de la parte de Guatemala es rápido y el de la parte de El Salvador aún más. Para entrar al país ni siquiera tenemos que bajarnos del autobús. Una enfermera con mascarilla me pide el pasaporte, me hace una encuesta acerca de la influenza y finalmente me da unos consejos de forma mecánica. Tras ella, un policía de aduanas armado vuelve a pedirme la documentación. Todo pasa rápido.

En el mismo momento en que la enfermera y el policía bajan del autobús, el conductor da un silbido al que acuden cinco o seis mujeres. Son vendedoras ambulantes que suben al autobús con palanganas llenas de comida y bebida. Se pasean pasillo arriba y abajo recitando la carta con gracia y alegría. Por un momento aquello parece un mercadillo. Me sienta bien, en Guatemala vi pocas risas. Compró una quesadilla a una niña que me cuenta que bajan desde el pueblo a la frontera dos veces al día, y que son ellas mismas quienes cocinan lo que después venden. Me ofrezco a grabarla y acepta encantada. Le hago ver que no es normal que alguien se deje grabar, que por lo general la gente es bastante reacia a las cámaras de vídeo y fotos.

—Eso es porque la gente teme por sus hijos. Creen que los extranjeros vienen al país para llevarse a sus hijos, por eso no les gustan que hagan fotos —me dice con seguridad.

—Vaya, no tenía ni idea —respondo boquiabierto. El miedo entre el turista del primer mundo y el nativo de Centroamérica es recíproco.

Entretanto, el autobús continúa su marcha subiendo penosamente la montaña mientras arrecia la lluvia. Minutos después, parará para dejar bajar a las vendedoras que se des-

piden de todos dándonos las gracias. Continúo la charla con las hermanas teñidas. Una de ellas se queja de que con el cambio de moneda está la vida mucho más cara.

—Antes, cuando teníamos colones, todo era más barato. Desde que entró el dólar americano hace unos años, todo ha subido. Ahora cualquier cosa vale un dólar, es como si no hubiera nada más pequeño que un dólar. ¿Cuánto te ha costado eso? —pregunta señalando mi quesadilla.

—Un dólar.

—¿Ves lo que digo? Antes, con colones, costaba la mitad —afirma enseñándome el diente de oro en una sonrisa de satisfacción.

—En España pasó lo mismo con la entrada del euro. De repente todo empezó a costar un euro.

—A nosotros nos dijeron que con el dólar viviríamos mejor, pero está claro que solo ha beneficiado a los ricos.

—Exacto.

—Mi hermano ha tenido que emigrar para buscarse la vida, porque aquí no podía más. Fíjate que tuvo que dar al banco su casa para que le dieran dinero para el viaje a Estados Unidos. Y todo para nada, porque a los pocos días de estar allá le detuvieron. Ahora está en la cárcel. Yo he tenido que pagar al banco el triple de lo que le dieron para no perder la casa.

Mientras dice esto, se asoma a la ventana para descubrir que se ha pasado de parada. Se levanta como si tuviera un muelle en el culo y empieza a gritarle al conductor.

—¡Pare, pare! Me he pasado mi parada. ¡Ay, santo cielo! Otra vez igual. ¿Por qué no me ha avisado? Tanto platicar que he olvidado mi parada, y mi hijo me está esperando allá. Ahora tendré que tomar otro autobús de vuelta.

—Lo siento, es culpa mía, te he entretenido —le digo.

—¿Cómo va a ser culpa suya, señor? —me responde mientras me mira con extrañeza en la cara, como si tratara de descubrir si le estoy tomando el pelo.

La entrada a San Salvador es radicalmente diferente a lo que me esperaba. Después de entrar en Ciudad de México y Ciudad de Guatemala, esperaba un sitio parecido, sin embargo, me sorprende al comprobar que San Salvador cuenta con grandes avenidas, con preciosas medianas decoradas con plantas. En los minutos que tarda en autobús en llegar a la parada, y mientras callejea buscando la estación, puedo ver un enorme centro comercial, una universidad, bonitas plazas, varios locales McDonald's y hasta un Pizza Hut.

Al fin se detiene el autobús y bajo entre el murmullo de dos viejas que se santiguan y dan gracias a su dios por haber permitido que llegaran sanas y salvas. El apeadero es un sitio limpio y silencioso presidido por un ambigú. Dos guardias de seguridad están viendo un partido de fútbol y un cartel me hace sonreír.

INTERNET INALÁMBRICA

La búsqueda de *hostel* a través de Internet es en vano. No hay mucha información de sitios en San Salvador, y en los pocos locales que encuentro no se puede hacer reserva *on line*. Me rindo y decido hacerlo preguntando. Después de un buen rato encuentro a un limpiabotas que se ofrece a llevarme a un *hostal*. Prefiero los *hostels* porque son lugares mucho más interesantes para conocer gente, pero dadas las circunstancias no puedo exigir nada más. Se está haciendo tarde y me gustaría aprovechar lo que queda de día para darme un paseo.

La habitación es pequeña, pero más que suficiente. Un baño minúsculo con una ducha de un solo grifo me anuncia que aquí tampoco tienen agua caliente. Hago la mitad de la colada que me quedaba por hacer y tiendo la ropa frente al ventilador. Descanso unos minutos y decido que es buen momento para hablar con mi familia. Hace ya diez días que salí de casa y aún no tienen noticias mías. No es nada raro, y dudo que ninguno de ellos se haya extrañado de que no haya dado señales de vida. Son las cinco de la tarde y en España serán las

doce o una de la noche, ya no estoy seguro con tanto cambio horario.

Después de un buen rato de videoconferencia, una ducha y comer algo del pan que compré en Guatemala, son casi las siete. Está a punto de anochecer cuando me dispongo a salir. El recepcionista del hostel ya ha cerrado los postigos, la puerta y una reja interior. Se asusta cuando le digo que voy a salir a dar una vuelta. Si la chica de Guatemala me lo desaconsejó, el viejo recepcionista directamente se niega a dejarme salir.

—No voy a dejarle salir, señor. Es peligroso para usted —me dice con risa cariñosa.

—Solo voy a dar un paseo, no me alejaré demasiado.

—No es una buena hora para pasear. Hoy es domingo y las calles están solas. No es seguro.

—Pero desde el autobús no parecía peligroso. Guatemala me pareció mucho más peligroso.

—Nunca he estado en Guatemala señor, pero le aseguro que lo que usted ha visto desde el autobús no es la realidad.

Me dejo convencer y me quedo en la recepción con él. Se alegra de mi decisión y me invita a sentarme en la trastienda. Está viendo un partido de fútbol. Me siento, me ofrece una cerveza y nos ponemos a charlar de fútbol. Hablamos de «mágico» González y le digo que me gustaría hacerme unas fotos en el estadio que lleva su nombre.

—Mañana puede hacerlas; un lunes por la mañana es seguro.

—Salgo para Honduras a las cinco y media de la mañana —le respondo.

—Pues entonces tendrá que verlo desde el autobús.

Después de un rato decido irme a mi habitación. Trato de dormir un poco, pero el zumbido del ventilador que seca la ropa no me lo permite. Necesitaría estar mucho más cansado para poder quedarme dormido con ese ruido del demonio. He puesto el despertador a las cuatro y media de la mañana. En otro sitio, ni me hubiera molestado en buscar habitación, sen-

cillamente me hubiera quedado a dormir en la estación. Pero no estoy en otro sitio, estoy en San Salvador.

Lunes, 22 de junio de 2009

El sonido del ventilador no me ha dejado pegar ojo, pero no podía permitirme el lujo de pararlo porque necesito secar la ropa. Meter ropa húmeda en una mochila es firmar su sentencia de muerte. Recojo, me visto y salgo camino de la estación. Son las cinco de la mañana y me encuentro las puertas de la estación cerradas. Tras el susto inicial y dar un pequeño rodeo, logro acceder por un sitio diferente al que usé para salir el día anterior, una puerta de atrás.

La compañía de autobuses se llama King Quality y, al parecer, es una de las mejores de toda Centroamérica. Primera clase, usada por la flor y nata del lugar. Desde un punto de vista frío y objetivo, es mucho mejor que las líneas que he estado tomando hasta ahora, pero no tiene ni de lejos el encanto de los viejos autobuses en los que me he movido. King Quality no está al alcance de la mayoría de la gente corriente, lo que hace que me esté moviendo en una atmósfera impregnada de cierto elitismo: jerséis Tommy Hilfiger, bellas azafatas de largo pelo, apuestos azafatos engominados y atentos, gente leyendo en silencio, hilo musical, mucho espacio, buen olor, aperitivos, asientos con revistas de edición propia, aire acondicionado con filtros en las rejillas, cojines, mantas, toldos para acceder al autobús, puntualidad, caras gris cenicienta. Como dice su eslogan: «la excelencia real del avión terrestre». Personalmente, prefiero los autobuses corrientes, con sus ruidos, con su mal olor, con su desorganización, su gente conversadora, sus retrasos, sus vendedores ambulantes. Sin embargo, no tengo muchas opciones; cada empresa tiene su propia terminal de carga, y me resulta muy complicado llegar a una ciudad desconocida, buscar la empresa alternativa a King Quality, encontrar su terminal, llegar hasta ella y sacar el billete. Sería gastar demasiado tiempo, y me veo obligado a

ser práctico. Como dice mi amigo Sergio: si el tiempo es oro, yo soy pobre.

La terminal de King Quality en San Salvador está en una zona muy occidentalizada, rodeada de un gran centro comercial y su feliz familia de franquicias. Paso lista y están todas excepto Starbucks. Viendo esto, no tengo claro si El Salvador está más desarrollada que Guatemala o es al contrario.

Mientras subo al bus, cuento mentalmente las veces que me piden el pasaporte; cinco en total. Desde la chica de la ventanilla de billetes hasta el mozo que carga con los equipaje.

El viaje transcurre tranquilo hasta llegar al país vecino. Esta frontera es la más tranquila de todas las que he cruzado hasta ahora. Ni siquiera tenemos que bajarnos del autobús, son los funcionarios los que suben. En primer lugar, un enfermera enmascarada me pregunta si voy a extender la epidemia de influenza que está acabando con el mundo. Más tarde, la policía antinarcóticos. Son dos hombres altos, negros, con gorra y gafas de sol. Comienzan a pedir documentación, cada uno desde un extremo del autobús. Yo estoy sentado en la parte media, así que cuando llega mi turno soy atendido por los dos. No dicen ni una palabra, ni siquiera tienen que pedirme el pasaporte porque ya hace rato que lo tengo en la mano. Se manejan con movimientos tan lentos y calmados que dan la sensación de ser ficticios. Una especie de sobreactuación del papel de *The quiet man*¹⁸. Pienso que si llevara algo de droga encima no podría soportar los nervios de estar delante de semejantes sujetos que se toman su trabajo con tanta calma. Quizás lo hacen precisamente por eso.

Durante todo el viaje me he estado fijando en una chica que se sienta junto a la ventanilla contraria a la mía. Ha pasado la primera mitad del trayecto buscando, entre quejas sor-das, una postura que le permitiera dormir un rato. Es nativa, sus rasgos la delatan, aunque su forma de vestir indica que

¹⁸ El hombre tranquilo.

pertenece a la clase acomodada. Menuda, morena, *sexy*, seductora, joven, amable, despierta, alegre, vivaracha, voz lubricada. Lleva el pelo recogido en una improvisada trenza que le cae por encima de su hombro izquierdo.

Me presento preguntándole si es de Tegucigalpa, el destino del viaje, y si es tan amable de echarme una mano, que ando algo perdido. Lo es. Se llama Michelle.

Salvamos charlando el resto del trayecto. Pasamos de los casi mecánicos temas de conversación entre un forastero y una nativa, a temas propios de colegas de siempre, para acabar contándonos la forma en la que conocimos a nuestros amores y la forma en la que los perdimos. Mientras hablamos, no deja de gesticular con las manos, con la cara, con su cuerpo. Sus movimientos, involuntarios, resultan tremendamente seductores. La forma en la que se lleva la cara externa de la mano a la boca para disimular un bostezo tiene tanta carga sensual que resulta casi obscena. Estoy encantado con ella y, por lo que a mí respecta, el autobús podría seguir hasta llegar al último callejón de la última lengua de tierra del sur de Chile. Es estudiante de arquitectura y tiene veintitrés años. Parece algo decepcionada cuando me pide que calcule su edad y doy en el clavo.

—Nadie piensa que tengo esa edad. La gente me echa dieciocho como mucho —me dice mientras se arrepiente de haberme dicho que ella me echaba a mi veintiséis.

—No los aparentas, desde luego. Yo he dicho veintitrés por decir algo.

Llegamos a la estación y Michelle me acompaña a la terminal para tratar de ayudarme a encontrar el autobús que debe llevarme a Nicaragua. Me recomienda unas comidas que no puedo dejar de tomar, me enseña algo de jerga local, me regala un billete del país y me pide que tenga cuidado. Antes, durante los primeros minutos de nuestra larga conversación me advirtió de que debía tener cuidado porque Tegucigalpa puede ser peligrosa para alguien extranjero. Ahora, después

de varias horas de charla, no me lo advierte, me lo ruega. Y lo hace de una manera que me conmueve.

—No te preocupes, estaré bien.

—Está bueno. Te guía una buena estrella.

Nos despedimos con un abrazo flaco.

Después de mucho preguntar y dar algunas vueltas, llego a la conclusión de que lo mejor es llegar al centro de la ciudad —la terminal está muy alejada—, encontrar alojamiento y pasar la tarde paseando. El bus con destino a Managua sale a las cinco de la mañana del día siguiente.

Para llegar al centro, la forma más barata es mediante un colectivo. Se trata, en pocas palabras, de un taxi compartido. Existen unas paradas —hay una justo frente a la estación— donde la gente se va subiendo. Cuando se completan todas las plazas, el taxista sigue una ruta fija. Por supuesto tiene parada en el centro. Durante el trayecto, mis tres improvisados compañeros pagan al conductor sin abrir la boca. Pregunto al señor que se sienta mi lado —y que ha acomodado su codo en mis riñones— por el precio y me responde que un dólar. Imi-to a mis colegas y le acerco el dólar sin decir ni pío. Me sorprendo cuando veo que el conductor se gira y me devuelve cambio en moneda local. Ni siquiera lo cuento.

La zona centro y alrededores está atestada de gente. Vuelvo a tener la impresión de estar en un gran mercadillo, donde las calles de la ciudad son los pasillos llenos de puestos a uno y otro lado. Me apeo en la plaza de la catedral, probablemente el lugar más concurrido de la ciudad. Se sitúa a las puertas de la catedral y está abarrotada de hombres adultos de caras largas, probablemente desempleados. Un pastor lee la biblia en voz alta ante la desatenta apatía de la gente. Una fila de dos docenas de limpiabotas en perfecta formación trabajan a destajo. El día es soleado y fresco. Noto mis sentidos tan agudizados como lo estarían si me hubiese picado una araña radiactiva. Noto los olores de los puestos ambulantes de comida, el sonido de vida de la plaza, el frescor húmedo

del día, el colorido de las casas, los coches, la gente. Por un instante me siento como si se me hubieran pasado los efectos de una anestesia que me duraba ya toda la vida, me siento como se sentiría alguien que nunca ha probado nada dulce y lame por primera vez un helado de chicle. Trato de alargar cuanto puedo este instante de fugaz euforia, pero poco tarda en desvanecerse, como un *orgasmo-de-entre-semana*.

El siguiente punto del plan pasa por encontrar dónde pasar la noche (es un decir; el autobús sale a las cinco, así que tendré que levantarme a las tres y media como muy tarde). Después de dar algunas vueltas y preguntar en un par de sitios, me decido por un cochambroso hotel, a doce pavos la noche. Es algo caro tratándose de Tegucigalpa, pero no quiero perder más tiempo. Además, el recepcionista me cae bien. Se llama Franklin y se ha quedado prendado de mi pasaporte.

—En España tienen calidad hasta los pasaportes. Acá son más malos.

No tiene cambio, así que quedo en pagarle más tarde. No hay problema, está encantado. Me vuelvo al centro, cambio dinero —para lo cual tengo que cumplir más trámites que para solicitar una beca— y entro en la catedral. Lo cierto es que no es más que una iglesia de barrio en la que no deja de entrar y salir gente. Hay misa y prefiero quedarme fuera para no molestar. Me pongo a charlar con un tipo que está en la puerta y saluda a todo el mundo que pasa. Se dedica a vender periódicos y boletos de una especie de lotería. Tengo curiosidad pero no le pregunto porque tengo la sensación de que lo hace de extranjis.

Cuando me dice que se llama Franklin me pregunto para mí cuáles son las probabilidades de que conozcas el mismo día a dos personas que se llamen Franklin. La conversación gira en torno a mi viaje. Pregunta sediento por cada uno de los pasos que he dado y que me quedan por dar hasta llegar a España. Me pide que le repita una y otra vez cuántos estados he cruzado en Estados Unidos y cómo son las americanas.

Terminamos hablando de España, de la paella y de la tortilla. Todo el que pasa saluda a Franklin, y Franklin anuncia que soy español a todo el que pasa.

—Oye Pedro, dime una cosa —dice con solemnidad mientras se sujeta el mentón con los dedos—. ¿Es cierto eso que dicen sobre que en España todos los pueblos, por pequeños que sean, tienen buenas condiciones?

—¿A qué te refieres con buenas condiciones? —me intereso.

—Me refiero a si tienen agua corriente, electricidad, calles asfaltadas. Ese tipo de cosas.

—Sí, es cierto. Cualquier pueblo de España tiene de todo.

—Es increíble —dice casi en un suspiro de admiración.

Durante la conversación, se ha acercado una vieja decrepita, arrugada y encogida vendiendo collares adornados con cruces de madera. Insiste tanto que tengo que comprarle uno que guardo mecánicamente en el bolsillo.

—No te lo guardes, tienes que ponértelo. Te protegerá.

Le hago caso y me lo pongo. Lo llevaré puesto hasta Japón.

En pocos minutos, Franklin vuelve a pedirme que le cuente mi viaje, así que me invento alguna excusa para largarme. Paso el resto de la tarde paseando, admirando las tiendas enrejadas y vigiladas por hombres armados y detectores de metales. Entro en un restaurante típico, me tomo una cerveza del lugar y tomo algunas fotos. Me pierdo. Pasan las horas y cuando empieza a oscurecer, la gente comienza a recogerse poco a poco. Vuelvo a la plaza de la catedral, lugar que me sirve de referencia para alcanzar el hotel. Franklin sigue allí, así que me acerco a despedirme —la forma en que me fui antes me ha dejado mal sabor— y a comprarle un periódico. Rezará por mí, pedirá a su dios que me ayude en mi viaje. Le doy un abrazo.

Llego al hotel, liquido mis cuentas con Franklin y charlamos un rato de fútbol. Enseguida montamos una tertulia de

cinco personas en la recepción del hotel donde se habla de fútbol exclusivamente. Se está jugando la copa confederaciones y todos van con la selección española. España es la madre patria.

Subo a la habitación, cansado y con la intención de dormir algo. Una hora de ejercicio, una ducha fría —ni me he molestado en preguntar si tienen agua caliente— y a la cama. Son las diez de la noche. Dentro de unas horas continuará mi viaje, pero ahora solo quiero sumergirme en un merecido sueño. Es imposible: el sonido del televisor de la recepción llega demasiado claramente. Están dando las noticias. Alguien ha muerto víctima de la influenza.

Martes, 23 de junio de 2009

Una vez más me despierto antes de que suene el despertador. Los gemidos de una pareja follando atraviesan las paredes de la habitación. Son las tres de la mañana, tengo tiempo, así que decido esperar a que ella se corra, quiero escucharla. No conozco un sonido más bello que el que sale de la garganta de una mujer teniendo un orgasmo; acaso Mozart.

Cuando termina de gritar, me levanto y recojo la habitación cuidando de no olvidar nada. Como siempre que me alojo en un hotel, dejo abiertos los cajones para evitar la tentación de meter cosas que sin duda dejaría olvidadas. A las cuatro en punto bajo las escaleras que me llevan a la recepción. Demis, el recepcionista nocturno, duerme en un sofá, pero se levanta de un salto al oírme bajar.

—Demis, me tengo que ir ya. Salgo a la calle a pedir un taxi.

—Está bueno. Yo me quedaré aquí vigilando por si le pasa algo.

—De acuerdo. Te dejo aquí las maletas, luego las recojo.

—Está bueno.

Mientras hablamos, ha abierto las dos rejas que dan acceso a la calle. Salgo y ando unos pasos hasta llegar a la avenida principal, desierta y vagamente iluminada por unas tristes farolas que se encienden y apagan a su antojo. Un perro, tumbado en medio de la calle, me mira con desdén. Solo pasan unos minutos y algunos coches hasta que consigo parar un taxi.

—Buenas noches.

—Buenas noches, señor.

—Necesito que me lleve a la terminal de autobuses de King Quality. ¿Sabe dónde es?

—Sí, no hay problema.

—¿Cuánto? —pregunto con tono firme.

—Cien lempiras.

—Solo tengo sesenta —le respondo.

—Bueno, vale —me dice sin tener que pensárselo demasiado.

—También le daré treinta céntimos de dólar.

—Las chapas no valen acá.

En cualquier, caso cerramos el trato y le pido que me espere mientras voy a recoger mis mochilas. El taxista me sigue sin que le diga nada y me espera en la puerta. Demis sigue vigilando.

—Bueno Demis, encantado de conocerte.

—Tanto gusto, señor. A la orden.

—Me lo he pasado muy bien aquí.

—Gracias señor —me dice con una sonrisa de satisfacción—. Voy a darle mi teléfono por si me quiere llamar. Podemos ser amigos.

—Claro, apúntalo.

En un instante ha agarrado un trozo de papel y ha apuntado su nombre, apellidos, teléfonos y un inocente «¡arriba España!».

—Aquí tiene, señor. Y viva el Real Madrid.

—¡Hala Madrid!

En los pocos pocos minutos que dura la carrera —las calles de Tegucigalpa, como las de cualquier ciudad, están desiertas a las cuatro y pico de la mañana— charlamos amigablemente. El taxista se llama Juan y es un hombre mayor. Lleva treinta y cinco años trabajando con su taxi aunque, según me cuenta, aún le queda mucho para la jubilación. Le pregunto sobre la seguridad en su trabajo.

—Está bien feo —me dice serio.

—Imagino que tiene que ser muy peligroso.

—Aquí te pueden matar para quitarte el dinero, o simplemente para no pagarte.

—¿A usted le ha pasado algo alguna vez?

—No, gracias a Dios.

—Y esto... ¿ha sido siempre así?

—No. Con el gobierno militar era más seguro, pero desde que está el gobierno civil es mucho más peligroso. Con el gobierno militar todo el mundo tenía trabajo, pero ahora hay mucha gente parada.

Llegamos a la estación, me baja las mochilas y se despide. Antes de eso, agradece el dólar americano que le doy de propina. La terminal está desierta y oscura. Cuando mis ojos se acostumbran a la penumbra, puedo distinguir al fondo la figura de un guardia de seguridad con una escopeta de cañones recortados colgada del hombro. Me acerco a él y charlamos durante un rato. Tiene cara de cansado, y me comenta que trabaja en turnos de veinticuatro horas, días alternos, y que ya lleva casi veintidós horas, así que casi ha terminado por hoy. Se marcha a las siete.

Entretanto, han abierto el mostrador de venta de billetes, así que me acerco y compro mi boleto. Por suerte, llevo dólares en metálico encima, porque no me permiten pagar con tarjeta. En unos minutos estoy subido al autobús y tengo montado mi campamento base. Por delante, ocho horas de carretera de montaña.

Tengo hambre, así que agradezco el aperitivo que nos dan en el autobús. Consiste en un trocito de tortilla con media rebanada de pan de molde, un poco de crema de frijoles con un par de totopos y dos rodajas de plátano frito. Por supuesto, esto no hace más que despertarme el apetito. He vuelto a ser descuidado con la comida y me limito a picotear a cualquier hora cualquier cosa en cualquier sitio y de cualquier forma. Espero que no me pase factura con el paso de las semanas, aún me queda mucho viaje hasta llegar a España. Trato de engatusar a la azafata para conseguir otra de esas bandejas de aperitivos, pero no funciona. Es seria, es borde, es guapísima.

El paisaje de montañas que me acompaña desde hace días se aprecia hoy con mayor claridad que nunca. No llueve y ni

siquiera hay niebla. Es perfecto. Colinas y colinas amontonadas unas sobre otras, llenas de pinos y todo tipo de vegetación. Valles, ríos y arroyos. Algún poblado, alguna huerta, gente trabajando la tierra, vacas, caballos.



Rob, el irlandés

Paramos en una venta. Debemos hacer un trasbordo, porque el autobús en el que vamos se dirige a San Salvador. Solo nos bajamos dos personas: un muchacho joven y rapado y yo. Le pregunto si es de Managua y me dice que sí, pero solo lo hace porque no me ha entendido. No tardo en darme cuenta que es extranjero. Se llama Rob, irlandés, y lleva siete meses viajando por Centroamérica a base de *couch surfing*, que consiste en alojarte en casas de particulares. La cosa es sencilla: te das de alta en la página ofreciendo tu casa para que alguien pueda pasar algunas noches. Eso te da derecho a quedarte, a su vez, en las casas del resto de registrados. Mi colega Hugo fue el primero que me habló de esta movida. Rob me cuenta que está bien, porque la gente viene a recogerte a la estación e incluso te hacen de guía. Yo pienso que es un buen sistema, pero incompatible con mi viaje, cuyo espíritu es no saber dónde voy a pasar la siguiente noche. Le pregunto si tiene alojamiento en Managua y me dice que no. Es mal conversador y me doy cuenta que quiere que le deje en paz, así que me callo. Aun así, me acerca una guía Lonely Planet de Centroamérica y me dice que ahí puedo buscar alojamiento. Lo dice en un español rústico, pero suficiente.

Tomo algunas notas interesantes. La guía es muy completa, y me pregunto cómo no se me ocurrió a mí comprar una. Tengo que recordarme a mí mismo que parte del encanto de

mi viaje es tener que buscarme la vida sobre la marcha, y que una guía Lonely Planet no encaja, a no ser que sea usada de forma circunstancial a raíz de un encuentro casual con un irlandés.

El viaje continúa en el nuevo autobús, que viene lleno de gente. Ignoro lo que me dice la azafata y paso del sitio que me corresponde. Busco uno en el que no tenga compañero y no tardo en encontrarlo en la última fila. Aquí estaré bien, creo que a partir de ahora siempre me sentaré en la última fila.

En poco tiempo llegamos a la frontera. Esto empieza a tener cierto grado de rutina. En esta ocasión, parte de las gestiones las hará la gente del autobús. Me piden el pasaporte y que rellene dos formularios. Me piden ocho dólares. A pesar de eso, debemos bajar y dar de nuevo todos los datos a un par de enfermeras gordas y con máscaras. Nos registran superficialmente el equipaje —si algún día encuentran algo será de pura casualidad— y nos hacen esperar. Mientras lo hacemos, se me acerca un niño. Lleva un balón en la mano y se pone a mi lado sin decir nada. Le ofrezco una galleta de las que acabo de comprar. Le acerco la bolsa y mete las dos manos para cogerlas casi todas. Me deja dos y se lo agradezco con una sonrisa de burla; luego me alejo. No quiero darle la espalda porque no me fío ni un pelo y no quiero hablar con él por miedo a parecer sospechoso. Es una especie de guerra fría. Es duro. En estos países están especialmente sensibilizados con la pederastia y el secuestro de niños. Los europeos somos sospechosos.

Me pierdo un rato. Hace calor.

Estamos en Nicaragua. Para la gente de mi generación, los nacidos en los setenta, Nicaragua es sinónimo de guerra. Hemos crecido escuchando en los informativos las guerras de Centroamérica.

El paisaje no cambia demasiado, aunque incorpora chabolas que se funden con los árboles y se ocultan entre la vegetación. Solo los multicolores tendedores llaman la atención del

viajero de paso. No hay pueblos en el camino, solo chabolas salpicadas por las colinas y animales flacos y llenos de costillas. La carretera ondulada y la velocidad justa del autobús hace que tenga la sensación de ir navegando por un océano verde. El sueño llama a mi puerta, pero paso de abrir. No quiero perderme esto, no puedo dejar de mirar por la ventana. Tengo la impresión de que no voy a ser capaz de asimilar todo lo que me está pasando y creo que necesito un par de sentidos más. Sí señor, necesito siete sentidos. Eso es.

En el autobús ponen una película *gore*. Sangre, dientes rotos y gritos. La han puesto con subtítulos para sordos, y me pregunto qué pensará un sordo cuando lee un subtítulo que le dice que la protagonista está susurrando, que el teléfono está sonando o que rechinan las ruedas de un coche. Imagino que pensará lo mismo que un ciego cuando le dicen que el cielo es azul, o rojo o qué más da, qué coño le importa. La gente duerme hastiada y yo no puedo pensar con claridad, hace demasiado calor y aquí atrás no llega el aire acondicionado. Puto King Quality.

Managua nos recibe con mucho calor y con negros vendiendo bolsas de fruta troceada en la mediana de la carretera de entrada a la ciudad. Según pude comprobar en un plano de la guía que me prestó Rob, cerca de la terminal donde nos apeamos hay varias casas de huéspedes. Por suerte, también está cerca la terminal de otra empresa de autobuses, así que tendré la oportunidad de cambiar. Al salir a la calle me encuentro a Rob. Lleva la mochila colgada y la guía Lonely Planet en la mano, así que no tardan en acercarse taxistas ofreciendo sus servicios. Yo también me acerco.

—¡Eh!, quieres que busquemos juntos un sitio donde dormir.

—Claro. Tengo aquí varios apuntados —responde serio pero amable.

—Yo les puedo llevar a un sitio bien bonito —dice un negro de barba descuidada, piel brillante, camiseta de tiras ama-

rilla y gorra roja—. Es por aquí amigos. ¿Hablan inglés? ¿Hablan español? Yo soy profesor y os puedo dar una lección gratis. Yo soy de por aquí cerca.

Habla sin parar, alternativamente en inglés y español y no deja de moverse mientras Rob y yo tratamos de orientarnos con el plano, ignorándole. Da vueltas a nuestro alrededor y ha conseguido quitarse a todos los taxistas de encima. Somos suyos.

—¿Qué quieres hacer? —me pregunta Rob.

—Parece un buen tipo, me fío de él. ¿Le dejamos que nos guíe? —propongo.

—Está bien. Amigo, llévamos a un sitio donde dormir. Barato.

—Claro señor, seguro. George Lewis les llevará al mejor sitio de toda la ciudad. Un sitio barato. Por aquí. Un sitio limpio y de confianza, no hay problema. Me llamo como el boxeador, pero no soy el mismo.

Habla y habla y no deja de reír. Es como si pensara que si deja de hablar dejaremos de seguirle y nos largaremos. Usa su pico de oro para no darnos opción a cambiar de idea. Las calles por las que nos lleva tienen poco movimiento. Algún taxi que otro, pero nadie anda fuera a estas horas. El calor pega fuerte y la gente se refugia a la sombra de los árboles que flanquean las aceras, tumbados en hamacas, abanicándose y bebiendo en sus jardines. Se respira ambiente puramente caribeño. Colores, calor, humedad, negros, abanicos. Parece un anuncio de Coca-cola.

Al fin llegamos al sitio, que no se diferencia mucho de las casas por las que hemos estado pasando. Nos recibe una mulata alta y gorda, cara rechoncha y delantal mojado. Nos invita a pasar y nos enseña las habitaciones que tiene libres. Nos decidimos por compartir una habitación con dos camas. Quince dólares. Dejamos las cosas y salimos donde nos espera Lewis. Un par de pavos de propina le convierten en el hombre más feliz de Centroamérica. Se ve a la legua que es un autén-

tico buscavidas que sería capaz de vendernos por una botella de ron, pero me sigue pareciendo buen tipo. Simpático, risueño y que se toma la vida con filosofía. Encaja perfectamente en el marco; es un auténtico caribeño.

Rob y yo vamos a comer algo. No hemos probado bocado desde el aperitivo del autobús y son casi las cuatro. Cerca hay varios sitios y nos decidimos por uno cualquiera. La zona es preciosa, por primera vez estoy en un sitio en el que no me importaría quedarme a vivir. Me gusta el ambiente, me recuerda a la calle donde vivo en Benalmádena. Durante la comida descubro que, después de todo, Rob no es tan mal conversador. Está aprendiendo español, pero se queja de que practica poco porque todo el mundo habla inglés.

—Si quieres podemos hablar en español, no me importa —le digo en inglés.

—Da igual, no tengo ganas.

—Así no vas a aprender nunca —le recrimino entre risas.

—Ya, pero es que la gente me habla en inglés, yo no tengo culpa. Incluso tú sigues hablando inglés —se queja.

Durante el resto del día intentaré que hable español, pero no conseguiré que diga más de dos frases seguidas.

—Mi única oportunidad es ir a un lugar donde la gente hable español pero nadie sepa inglés —sentencia.

—Complicado.

Rob es ingeniero informático. Tiene veintiséis años y hace casi tres que se largó a ver mundo. Hace meses que no habla con sus padres ni con su novia.

—No tengo claro que sigamos juntos después de este tiempo. Ella fue uno de los motivos por los que me largué. Es unos años mayor que yo y quería casarse, tener casa, formar una familia, ya sabes. Decidí que yo no quería eso. Además, estaba harto de mi trabajo de mierda, de cobrar ochocientos euros y de mi jefe. Un buen día les dije a todos que me iba.

—¿Y tus padres? ¿Qué te dicen?

—Mi padre solo me dio un consejo antes de salir: «no te

emborraches demasiado».

—Me parece un consejo cojonudo.

—Lo es.

Visitamos algunos de los puntos principales de la ciudad acompañados de Howard, un taxista que nos hace de guía por tres dólares.

—Rob, en todo este tiempo ¿has tenido algún problema?

—Solo una vez, en Cuba. Fue una estupidez. Estaba completamente borracho y me metí solo por una zona peligrosa. Me atracaron cuatro tipos, aunque no pasó nada. Solo perdí unos cien pavos. No me hicieron daño. Otra vez estuve tres semanas enfermo por comer fruta sin lavar. Nada más.

—Centroamérica no es tan peligrosa como dicen —respondo a modo de resumen.

Mientras paseamos, llegamos al parque central de Managua. Hay organizada una especie de verbena de barrio en honor al presidente que viene a dar un mitin. Hay todo tipo de puestos ambulantes de comida y chucherías. La policía está por todos sitios, lo que hace que pueda hacer fotos sin tener que tomar excesivas precauciones. Damos unas vueltas y comemos algo.

—Yo no me comería esos mangos. La mujer que los pela y trocea no se lava mucho las manos, la he estado observando —me advierte Rob.

—A la mierda. Tengo ganas de fruta, no la pruebo desde que salí de España —le respondo sonriendo—. Mi madre siempre me inculcó la costumbre de escuchar los consejos de la gente pero luego hacer lo que me salga de las narices.

Tengo en la mano dos bolsitas llenas de mango troceado y me dispongo a hincarles el diente cuando una niña menudísima de sucia cara de ángel me pide un «cachitito». Le doy una bolsa que empieza a comerse de inmediato. Yo doy cuenta de la mía para descubrir que me la han colado, y me ha metido dos enormes huesos de mango que han llenado media bolsa. Mientras busco donde tirarlos, vuelvo a ver a la niña que me

vuelve a pedir.

—Ya no queda, esto solo son huesos que voy a tirar. ¿Sabes dónde está la basura? —le pregunto en cuclillas para ponerme a la altura de su mirada.

Sin decir nada y con expresión de enfado, me quita la bolsa de las manos y comienza a mordisquear uno de los huesos.

—Esto no es basura, señor. Es comida —dice mientras se da la vuelta y se pierde entre la muchedumbre con los graciosos andares de una princesita de cara sucia.



El diablo es Dios borracho

—*Let's drink rum!*¹⁹

—*Amen.*

Yo estoy sentado en el ordenador de la casa de huéspedes escribiendo algunos correos y he respondido a la proposición de Rob sin siquiera levantar la mirada. Cuatro palabras han sido suficientes para planear una salida y solo tenemos que cruzar la calle para ejecutarla. Acaba de empezar a diluviar después de diez minutos de relámpagos ininterrumpidos, así que aprovecho para darme una ducha tropical vestido en mitad de la calle. Siempre quise hacer algo así.

Estamos sentados en una mesa de un garito, mitad discoteca mitad chiringuito de verano. Tiene una terraza cubierta por un toldo lleno de goteras que aguanta milagrosamente las arremetidas de la tormenta tropical.

—No queremos nada de comer, no se moleste. Solo queremos beber.

Pedimos al camarero que nos recomiende un ron. «Flor de caña», gran reserva, envejecido de forma natural durante

¹⁹ ¡Vámonos a beber ron!

siete años. Cien córdobas, incluye la liga. Rob y yo ni siquiera tenemos que mirarnos para saber que estamos de acuerdo. Traiga una de esas botellas.

En un minuto tenemos sobre la mesa una pequeña botella de medio litro, una botella de Coca-cola, un cuenquito de sal, una bandeja con trocitos de limón, una cubitera llena de hielo, dos vasos de chupito y dos vasos grandes. Nos servimos la primera copa y brindamos por Nicaragua.

El local está casi vacío. Solo hay ocupada otra mesa, donde dos tipos beben cerveza a litros. Tienen toda la mesa llena de botellas vacías, pero no parecen borrachos. De fondo, música pachanguera demasiado alta. Desde la barra se proyectan sobre la pared videoclips donde tremendas mulatas mueven el culo de forma imposible. Dos camareras de cansadas caras nos atienden con mucha amabilidad. Pedimos unos nachos con queso para acompañar a nuestra flor de caña y la charla fluye sola. Rob me cuenta infinidad de anécdotas que ha vivido durante su aventura por Centroamérica. México, Guatemala, Honduras, Colombia...

—¿Cuánto tiempo estarás en Nicaragua?

—No lo sé. Por lo pronto voy a pasar una semana en Managua, y luego ya veré. Nunca sé cuánto tiempo voy a quedarme en un sitio. Tu viaje es una puta locura —me dice con tono algo paternalista.

—Cada día estoy más convencido de que así es —respondo mientras apuro la segunda o quizás la tercera copa.

—No creo que te dé tiempo a llegar a Montevideo el siete de julio. La parte de Bolivia es muy jodida. Las carreteras son malas, mucha montaña y los autobuses no circulan de noche por miedo a los secuestros. Creo que vas a tener que tomar algún avión.

—Espero que no. Ya veremos. Lo que está claro es que tengo que estar el día siete en Montevideo, porque debo coger allí el avión que me lleve a Nueva Zelanda.

—¿Has decidido ya cómo pasarás el tapón de Darién?

—No lo sé. Sigo pensando que me gustaría hacerlo por tierra. Dicen que hay gente que lo ha pasado en todoterreno o en moto.

—Olvídate de eso tío. Es muy peligroso. Toma un avión de Ciudad de Panamá a Bogotá.

—Paso de aviones. En todo caso tomo el barco hasta Cartagena; pero bueno, ya veré una vez esté allí.

Mientras charlamos, en la mesa de al lado se ha sentado un muchacho que se aloja en la misma pensión que nosotros. Le pregunto si está solo y le pido que nos acompañe. Lo hace encantando. Se llama Henry, es noruego y negro. Se parece al negro de *CSI Las Vegas*. Cuando se lo comento no sabe de qué le hablo, pero Rob sí y se ríe a carcajadas. Ya casi hemos apurado la botella de ron y preguntamos a Henry si quiere acompañarnos.

—No tomo —responde en español.

Rob y yo decidimos que tenemos tiempo para tomarnos otra botellita antes de que cierren el garito a medianoche, así que se la pedimos a la sacrificada camarera. Mientras seguimos bebiendo, Henry ha pedido algo de comer y nos cuenta su historia. Viene de Colombia. Ha pasado un año en Medellín tratando de aprender a hablar español pero, al igual que Rob, siempre acaba hablando en inglés. Ahora se dirige a Ciudad de México por tiempo indefinido. Mientras Rob le habla de su experiencia de cuatro meses por el país, desconecto de la conversación —me cuesta entenderles cuando hablan entre ellos— y solo pienso en que envidio a estos tíos.

Los veo como auténticos viajeros, mientras yo me veo como una farsa. Ellos han tenido el valor de dar el paso que yo no me atrevo a dar. Ahora ya voy con el pie cambiado. Para mí, este viaje es un recreo que terminará cuando me vuelva a sentar delante del monitor a las siete y media de la mañana del día diecisiete de agosto. Ellos ni siquiera saben dónde estarán dentro de un mes.

El ron está empezando a afectarme, aunque no me doy

cuenta hasta que me levanto para ir al baño. El dueño del garito, un tipo engominado vestido de blanco, se interesa por nosotros.

—¿Lo están pasando bien los señores? ¿Necesitan algo más? Si desean algo estaremos encantados de atenderles.

Por un momento pienso que nos está ofreciendo droga o putas. O ambas cosas.

—Todo perfecto, gracias —respondo en nombre de todos—. Estamos recibiendo un trato realmente excelente. Inmejorable.

Queda satisfecho. Remarco las palabras y exagero; adorno las frases en exceso porque, por alguna razón, pienso que es apropiado en este lugar. A estas alturas ya estoy bastante borracho y creo que es la primera vez que me siento como un cliente VIP. Estoy acostumbrado a que traten así a mi padre, pero desde luego no a mí.

Acabamos con la segunda botella unos minutos después de la medianoche y pedimos la cuenta para alivio de las camareras, que hace tiempo que nos matan a base de miradas. Con diez dólares cada uno es suficiente para cubrir la cuenta y dejar una buena propina. Cuando nos vamos, ponen una canción de Isabel Pantoja.

—¿Lo oyes? Es una cantante española muy famosa —le digo a Rob.

—*Pretty shit!*²⁰ —responde.

Ha dejado de llover. Llegamos a la pensión, donde nos reciben con el cariño con el que recibe una mujer a su marido que vuelve borracho de una parranda. Yo trato de parecer sereno y empleo la misma táctica de frases exageradas y recargadas que usé con el dueño del garito.

—Buenas noches señora. ¿Sería tan amable de darnos la llave de nuestra habitación? Nos gustaría retirarnos a descansar porque mañana nos espera un día duro.

Son poco más de las doce, pero la señora tiene cara de lle-

²⁰ ¡Menuda mierda!

var mucho tiempo durmiendo. Nos da la llave sin abrir la boca ni los ojos.

—Muy amable señora. Con todo respeto, nos retiramos. Permiso.

Llegamos a la habitación y nos tiramos vestidos sobre nuestras respectivas camas.

—Mañana no te vayas sin avisarme —me pide Rob en algo parecido al español.

Ni siquiera tengo tiempo de responder antes de oírle roncar como un borracho.

Miércoles, 24 de junio de 2009

—Rob? *Gotta go*²¹ —susurro en la oscuridad de la habitación.

—*Still drunk?*²² —responde Rob dormido.

—*Yeah man. I am.*²³

—*Take care, boy.*²⁴

—*I will.*²⁵ Buena suerte amigo.

—*Mucha cuidado.*

—Se dice «mucho cuidado».

—*Fucking Spanish!*²⁶

—*Keep sleeping. The key is on my bed.*²⁷ Hasta la vista... y no te emborraches demasiado.

—*Fuck you!*²⁸

Son las cinco y pico de la mañana. Acabo de levantarme y ni siquiera me he lavado la cara por no molestar a Rob, que duerme la mona. Después de despedirme de él me dirijo por las desiertas calles hacia el terminal de Ticabús, una de las empresas que hace el trayecto Managua-San José de Costa Rica. A pesar de la hora que es, ya casi es de día, y desde luego hace calor.

La terminal de Ticabús está mucho más animada de lo que esperaba. Taxistas esperando en la puerta, una cola para sacar los billetes e incluso está abierta la tienda de *souvenirs*. Trato de comprar una postal, pero ni siquiera saben lo que es. No es la primera vez que me ocurre.

Tengo tiempo de sobra, así que aprovecho la red inalám-

21 ¿Rob? Tengo que irme.

22 ¿Sigues borracho?

23 Ya te digo tío.

24 Cuídate chaval.

25 Lo haré.

26 ¡Puto español!

27 Sigue durmiendo. Te dejo la llave encima de mi cama.

28 ¡Que te den!

brica para conectarme, revisar el correo y saludar a algún colega por el Google Talk. Me he sentado cerca de la puerta porque quiero subir pronto al autobús; se supone que irá lleno y yo tengo un asiento de pasillo. Tengo que conseguir la ventanilla como sea. Tengo mucha sed y me palpan las sienes. Es la factura por los excesos de ayer.

La resaca no me impide disfrutar del mejor momento del día: cuando arranca el autobús y me siento a mirar por la ventanilla —que he logrado usurpar a su verdadero dueño— mientras escucho música. Es un momento de euforia en el que pienso que todo va a salir bien y que se extiende durante exactamente trece minutos y diez segundos, la duración de *Anochece*, el temazo de Nach.

Mientras salimos de la ciudad, veo muchísima gente en las calles. Son las seis de la mañana, pero las paradas de autobús están llenas y los ciclistas circulan ordenadamente por las aceras. Pienso en los motivos que pueden llevar a la pobreza a un país con tantos recursos naturales, como pasa con Guatemala y el resto de países hermanos. Termina la canción y vuelven la resaca y las dudas.

En mis conversaciones con Rob he llegado a la conclusión de que tal vez debería cambiar de táctica y dejar de visitar las capitales de los países. En la mayoría de las ocasiones, los lugares más bonitos están fuera de la capital. Sin ir más lejos, todo el mundo coincide en que San José no es un sitio bonito para visitar. Las capitales, además, suelen ser lugares más peligrosos e inseguros. Por otra parte, el problema es que la mayoría de las empresas de autobús operan principalmente entre capitales, por lo que me resulta más sencillo encontrar enlaces. Quizá cambie más adelante, pero hoy no quiero tomar ninguna decisión. Solo quiero que se me pase el mareo y las ganas de vomitar.

Tengo hambre, pero si pruebo cualquier cosa voy a estar vomitando lo que resta de día. El tipo de al lado, un negro de enormes manos callosas, lee la biblia. El sol me da directa-

mente en los ojos. El autobús no deja de dar tumbos y delante de mí se ha sentado una familia de tres generaciones de pijos a los que estaría encantado de enviar, con un lacito, al séptimo anillo del infierno de Dante.

Las horas se arrastran con capas de plomo.

Llegamos a la frontera con Costa Rica. El personal del autobús nos ha pedido nuestros pasaportes, un par de formularios y cinco pavos. Eso debería agilizar el penoso trámite. Nos hacen bajar del autobús y cuando cruzo el umbral de la puerta casi sufro un desmayo. A duras penas consigo contener las náuseas y por un momento pienso que lo mejor sería dejar de resistirse y permitir que la naturaleza siga su curso.

Vomitarme hará libre.

Aun así aguanto. Debo de tener un aspecto horrible y no tengo ganas de oír a nadie. Si por mí fuera, haría el resto del viaje metido dentro del maletero. Oscuridad y silencio es justo lo que necesito.

Cambio de idea en cuanto la veo. No es guapa, pero no puedo dejar de mirarla. Noto que tiene algo que la diferencia del resto de la gente que se mueve alrededor. Creo que es su serenidad en medio de la locura de la frontera. Está sentada en unas escaleras mientras come una chocolatina. Me acerco sin saber muy bien lo que quiero decirle. Me siento ligeramente intimidado por su presencia; hace mucho tiempo que no me ocurre nada parecido.

—Perdona, ¿te importa hacerme una foto?

—No claro. ¿Vas a hacer una foto aquí? La frontera con Costa Rica no es precisamente el lugar más bonito de mi país.

—Bueno, me gusta hacerme fotos allá donde voy. No tienen que ser sitios bonitos necesariamente.

—Claro. ¿Qué prefieres que salga de fondo, el remolque oxidado o el aquel edificio en ruinas? —responde con sarcasmo.

Me ofrece chocolate y comenzamos a charlar de Nicaragua, su país. No miento cuando le digo que el sitio que más

me ha gustado hasta ahora es Managua, aunque apunto que tampoco tengo muchos elementos de juicio por la rapidez con la que me muevo. Habla despacio, eligiendo bien las palabras. En unos minutos ya soy capaz de diferenciar hasta tres formas que usa para decir las cosas: sarcástica, burlona y seria.

Me gustan sus réplicas. Son buenas y ágiles. Consigue tener siempre la última palabra, aunque el duelo dialéctico lo empiece yo, aunque sea yo quien lleve la iniciativa; siempre es ella quien le pone el lazo. No hablo con gente así muy a menudo, y trato de exprimir al máximo el rato que tendremos en la frontera. Cada vez que nos movemos para ir de una ventanilla a otra, o a la sala de maletas o a la cafetería o al autobús lo hacemos por separado. No vamos juntos. Me gusta porque eso provoca encuentros supuestamente casuales que comenzamos con alguna frase ingeniosa.

Lleva una camiseta verde, lo que hace que me resulte fácil localizarla entre la gente sin que note que la busco con la mirada. Nos reímos juntos leyendo los carteles de advertencia que explican los síntomas de la influenza porcina.

—Se han contado setenta casos de fiebre en Ciudad de México. Setenta casos en una población de veinticinco millones, y quieren alarmarnos con eso —me dice indignada.

—Seguro que hay cincuenta causas que han provocado más muertes en este tiempo.

—Las liposucciones, por ejemplo —dice usando su tono burlón.

—En ese caso estaríamos hablando de una buena noticia ¿no?

—Seguro que sí para sus maridos, pero no para sus amantes.

Se llama Eli y no tiene amante.

Antes, mientras hablábamos, ha venido un vendedor ambulante y, con la intención de venderme unos pendientes, me ha preguntado si tenía novia.

—¿Novia yo? ¿Me ha visto usted? ¿Quién iba a quererme

a mí?

—Y usted, señorita... ¿tiene novio?

—Yo me encuentro exactamente en el mismo caso que el señor —responde con una sonrisa un poco forzada.

—¿Qué señor? —le digo bromeando.

—Uno que había aquí antes y que se fue justo en el momento en que me dijiste que eras español.

Cualquier otra se hubiera limitado a reírse de mi payasada, pero ella siempre tiene la última puya. Me gusta.

Mientras hablamos de conspiraciones, del gran hermano de Orwell o de los intereses ocultos de los corruptos gobiernos de Centroamérica, las colas se eternizan. Si estoy hablando con ella, no me importa esperar, pero en los ratos en los que nos separamos mi cabeza y mi seca lengua se encargan de interpretarme a dueto la canción de la resaca. Estamos a pleno sol de medio día, el aire corre caliente, el bochorno no permite que deje de sudar y empapa mi camiseta.

Llevo encima las dos mochilas que me abrazan en cálida orgía. Permanecemos cerca del autobús que no deja de escupir humo caliente y blanco. Siento que puedo desmayarme en cualquier momento. Tengo las rodillas de un burro falso y casi no siento los pies. Pienso en que sería buena idea quitarme las zapatillas y ponerme las chanclas, pero solo de pensar el esfuerzo que requiere hacer eso, lo descarto sin titubear. No quiero hacer nada, solo esperar y nada más.

La sala donde deben registrarnos las maletas me recuerda a una de esas prisiones moras que salen en las películas americanas. Luz pegajosa, paredes de suciedad eterna, funcionarios gordos y de húmedas axilas, gente abanicándose, niños llorando, viejas quejándose. Cada dos por tres alguien nos pide el pasaporte. Ya he perdido la cuenta de las veces que lo he tenido que dar. También he perdido la cuenta de los formularios que he rellenado.

Trato de permanecer alejado del resto de la gente porque necesito aire, así que cuando llega mi turno de revisión ya no

queda nadie detrás de mí. El funcionario me dice que adelante, que puedo largarme. Creo que él tiene las mismas ganas que yo de estar ahí. Ha debido de verme cara de legal, porque me sonrío mientras me indica que me vaya de una vez. Creo que quiere disfrutar de unos minutos de tranquilidad antes de la llegada del siguiente autobús. Quizás incluso tenga tiempo de fumarse un cigarro.

Nos largamos camino de San José. En el autobús se está fresco; ha estado más de dos horas con el motor en marcha para mantenerse así. Dudo si sentarme junto a Eli, pero decido que no es buena idea. Me siento junto a mi ventanilla robada y me sumerjo en un sopor blando y viscoso. Trato de dormir y lo consigo a ratos. Comienza a llover a mares y lo sigue haciendo cuando llegamos a San José (aún seguirá lloviendo cuando tome el autobús con destino a Panamá unas horas más tarde).

Mi estancia en San José dura exactamente seis horas, que es el tiempo que pasa desde que llega el autobús de Managua hasta que parte el de Ciudad de Panamá. En todo ese tiempo no deja de diluviar en ningún momento, aunque no es esa la razón por la cual no me quedo más rato en Costa Rica. La razón es que no tengo tiempo. No sé cómo he hecho los cálculos para llegar a Montevideo el día siete de julio, pero en todo caso voy mal de tiempo. Recorrer Centroamérica es lento y pesado. Son muchos países pequeños, por lo que no se recorren largas distancias pero se gastan días. Un vistazo al calendario es suficiente para ver que tengo que aumentar el ritmo o no llegaré.

La primera víctima de todo esto es San José. Nada más llegar a la terminal, antes incluso de recoger la mochila, me voy directo a la ventanilla de *tickets*. El vendedor no me hace caso, está comentando algo con uno de los chóferes del autobús que me acaba de dejar. Me acerco lo suficiente para oírles y compruebo que el tema de la conversación es una altísima y morena chica, quince centímetros de tacón, ochenta centíme-

tros de pelo, camisa ceñida, falda por las rodillas, último asiento de la fila derecha del autobús, ventanilla.

Resulta ser *Miss Honduras*, y la expectación que ha levantado en el personal de Ticabús no tiene precedente conocido. Les interrumpo con un gruñido y consigo mantener la atención del taquillero el tiempo justo para que me informe de los horarios de las salidas con destino a Ciudad de Panamá. El siguiente sale a las once de la noche. Son cinco horas de espera que emplearé en comer malamente, leer malamente y soñar malamente.

Jueves, 25 de junio de 2009

—Despierte señor, tienen que bajar del autobús. No olviden llevar todas sus pertenencias —dice una voz que me sueña a ultratumba.

Hemos llegado al paso fronterizo entre Costa Rica y Panamá. Son las cinco menos cuarto de la mañana, lo cual quiere decir que he pasado durmiendo las casi seis horas del viaje. Necesito mucho cansancio acumulado para conseguir dormir seis horas en un autobús en el que viaje con compañera. Ni siquiera me desperté cuando el autobús redujo su marcha hasta pararse. Todo el mundo está confuso y algunos aún siguen durmiendo.

Bajamos en silencio cargando con nuestras mochilas y seguimos un camino que no se sabe bien quien marca; somos como ovejitas dormidas. En unos minutos ya hemos formado una cola de bostezos y desperezos. Alguien asegura que las taquillas de la aduana no las abren hasta las seis, así que tenemos por delante una larga hora para disfrutar del bonito paisaje de camiones aparcados, sucias casetas, barro y perros. Panamá exige que cada cual gestione su pase de forma individual, por lo que la empresa de autobuses no puede ayudarnos en esta ocasión.

Mientras espero le doy vueltas al asunto del cruce de la frontera de Panamá con Colombia: el tapón de Darién. Alcanzar Colombia por tierra es casi imposible, puesto que es necesario cruzar la selva. Por si fuera poco, esa zona está controlada por las guerrillas colombianas, por lo que la policía no puede garantizar la seguridad. Las otras opciones son cruzar directamente en avión hasta Bogotá o cruzar en barca a través del mar Caribe.

Sigo sin tener clara la estrategia a seguir y entretanto el tiempo pasa. Creo que confío demasiado en mi capacidad de improvisación. También estoy pensando en reducir gastos. No

llevo un control muy exhaustivo —de hecho no llevo ningún control—, pero creo que estoy gastando demasiado. Solo llevo veinticinco dólares americanos en el bolsillo y no hace tanto que saqué trescientos del cajero.

El autobús tiene más europeos que de costumbre. Hay dos puretas alemanes de pelo largo y canoso y un grupito de cinco o seis mochileros jóvenes. No parece que viajen juntos, creo que solo están juntos circunstancialmente. Probablemente yo debería estar ahí con ellos, pero hoy no tengo ganas de entablar ninguna conversación, así que sigo sentado en el suelo haciendo un nudo con las piernas y escuchando música. Aun así, me fijo en ellos.

Uno de los del grupo ha sacado de la mochila la guía *Lonely Planet* de Centroamérica, la misma que tenía Rob. Quizá puedan serme de ayuda para cruzar la frontera. Me acerco y le pregunto si me la presta durante unos minutos, explicándole lo que quiero hacer. El tipo me cuenta que ellos —se refiere a él mismo y a un amigo— piensan coger un avión, que es la forma más sencilla y cara. Yo le respondo que no tengo claro lo que haré. Es entonces cuando me comenta que una de las chicas del grupo, que viaja sola, está más o menos en la misma situación que yo. Le doy las gracias y me acerco a ella.

—Hola. ¿Vas a Ciudad de Panamá?

—Sí, pero solo estoy de paso. Tengo pensado ir a Lima para quedarme allí un par de meses.

Se llama Valérie, es suiza, tiene veintidós años. Es atractiva, habla cien idiomas y estudia medicina. Ha pasado el último año en Managua haciendo prácticas. Me cuenta que se decidió por la medicina porque tiene claro que quiere conocer el mundo, no quiere quedarse toda la vida en el mismo sitio.

—Todo el mundo necesita un médico. En cualquier parte del mundo, donde quiera que vaya, van a necesitar un médico, así que ejerceré una profesión que me permitirá ir donde quiera y pagarme la estancia trabajando. Mi sueño es poder aprender y practicar algún día la medicina tradicional china.

Es fascinante —me cuenta con la cara iluminada de ilusión.

—Es admirable que con veintidós años tengas tan claro lo que quieres hacer. Yo a esa edad no tenía ni idea. Fue tanto así que dejé pasar los años sin decidir qué tipo de vida quería hacer. Cuando tú no tomas esas decisiones, alguien las toma por ti. Al final llega un día en que te preguntas si la vida que llevas la has elegido tú o no y lo que es peor, te planteas la pregunta de si es la vida que quieres llevar o no.

—¿A qué te dedicas?

—Soy ingeniero informático. Como tú dices, en todos sitios se necesita un médico pero... ¿quién necesita a un ingeniero informático?

Reímos.

Después de hablar de los planes de vida a largo plazo, tratamos de concretar un poco más. Valérie me comenta la idea que tiene para cruzar la frontera y me cuenta exactamente una de las opciones que yo mismo manejaba. Ella, como yo, no está interesada en quedarse en Panamá ni en Colombia. Lo único que quiere es llegar a Ecuador. Le propongo que pasemos esta pequeña aventura juntos y me responde que estará encantada.

—Yo también.

El plan viene a ser más o menos el siguiente. Llegamos a Ciudad de Panamá y buscamos la forma de llegar a un pequeño pueblecito que hay cerca de la frontera llamado Puerto Obaldía. Ahí debemos tomar una lancha que nos cruce la frontera y posteriormente un barco que nos lleve a Cartagena, en Colombia. De Cartagena ya podremos tomar un autobús a Bogotá y en Bogotá otro autobús a Lima. Ella se queda allí y yo sigo al sur. Suena bien, aunque ninguno de los dos tenemos claro si funcionará.

Para empezar, no sabemos llegar a Puerto Obaldía. La noche antes estuve buscando algo de información y no encontré ningún autobús que llegara. El pueblo está situado en una zona de muy difícil acceso, rodeado por el mar y la jungla. La

forma más fácil es tomar un avión; por lo visto son bastante baratos, aunque no sabemos la frecuencia con la que salen los vuelos. A partir de ahí, buscar los barcos es pura improvisación.

Mientras hacemos estos planes hemos resuelto la primera parte del papeleo del cruce de la frontera. La parte de Costa Rica no supone ningún impedimento, cruzamos la frontera a pie y llegamos a la ventanilla de Panamá. El funcionario no tiene un buen día.

—Necesito que me enseñe su boleto de vuelta y seiscientos dólares.

—No tengo boleto de vuelta, solo estaré en Panamá de paso hacia Colombia.

—Pues entonces debe enseñarme la reserva del avión a Colombia.

—No tengo ninguna reserva, aún no sé cómo iré a Colombia.

—Pues si no tiene eso no puede pasar, señor.

Trato de razonar con él un rato más, pero la gente de la cola empieza a impacientarse y lo dejo. Le cuento todo a Valérie y le pido su opinión. Ella no sabe qué hacer.

—Ven, busquemos a los tipos de Ticabús, seguro que tienen que conocer una forma de hacerlo.

Encontramos al chófer del autobús y le contamos la situación. Me dice que lo único que se lo ocurre es vendernos un billete de vuelta. Sería pagar treinta y cinco dólares por un billete que nunca usaremos. No nos gusta la idea, claro. Nos dice que podemos pagar el billete y posteriormente, al llegar a Panamá, devolverlo en las oficinas de Ticabús. Nos reembolsarían el cincuenta por ciento del valor del billete. Siguen siendo dieciocho dólares. Estamos un buen rato explicándole que no necesitamos el billete y que no tenemos dinero y cien cosas más. La mayor parte del tiempo hablo yo puesto que a Valérie, a pesar de hablar correctamente español, le cuesta un poco entender el acento panameño del conductor. Des-

pués de mucho insistir, el tipo de Ticabús cambia de opinión y decide ayudarnos.

—¿Ven a ese hombre de la camisa naranja? Es el jefe de aquí y es amigo mío —nos dice con susurros de espía.

Le llama discretamente y le habla con tanto disimulo que podría pensarse que están planeando matar al presidente. Le cuenta nuestra situación. El hombre de la camisa naranja asiente y nos pregunta. Volvemos a contarle la película, pero no parece quedar totalmente satisfecho. Se debate en un *quiero-pero-no-puedo*. Nos pide los pasaportes —todo el mundo quiere ver mi pasaporte— y nos pide que le enseñemos quinientos dólares. Afortunadamente le sirven las tarjetas de crédito. Tiene nuestros pasaportes en la mano y se da golpecitos en la barbilla con ellos mientras piensa qué hacer. El aire de misterio y clandestinidad me pone nervioso. Por un momento pienso que está esperando un soborno y le pregunto a Valérie en silencio:

—¿Crees que está esperando una propina?

—No lo sé.

Yo dudo, pero decido no hacer nada. Tratar de sobornar a un funcionario de aduanas tiene que ser un delito grave y paso de arriesgarme por ahorrarme veinte dólares. Finalmente, acepta. Le pasa nuestros pasaportes al chico de la ventanilla y le dice algo al oído. El chico asiente, los sella y nos los devuelve. Ya son nuestros.

—Creo que lo hemos hecho muy bien —me dice Valérie.

—Estoy de acuerdo. Yo creo no lo hubiéramos conseguido si no es por ti.

—¿Por qué lo dices? ¿Porque soy una chica o algo así? —me recrimina algo ofendida.

—No, no es eso. Lo que quiero decir es que si yo hubiese estado solo, probablemente hubiera pagado los treinta y cinco pavos. Pero al tener a alguien a mi lado, intento buscar otra solución, no sé. En parte por mí y en parte por la otra persona. No sé.

—Sí, creo que te entiendo —me sonrío mientras desaparece de su cara el leve gesto de enfado.

Buscamos al tipo de Ticabús que nos presentó al jefe de la camisa naranja y le damos las gracias.

—Señor, muchas gracias por su ayuda.

—¿Han conseguido sellar sus pasaportes?

—Sí, y ha sido gracias a su ayuda.

—No es justo que tengan que comprar un boleto de regreso si no piensan regresar.

—Es cierto, no es justo, pero eso no parecía importarle demasiado al señor de la ventanilla. Gracias de nuevo.

—A la orden.

—¿Cómo se llama? —le pregunto mientras le ofrezco mi mano.

—Rogelio Romero para servirle —responde dándome un apretón.

—Pedro Galán. Encantado de conocerle.

Ya solo nos queda que nos registren las maletas. Nos llevan a una habitación redonda de paredes amarillentas que algún día fueron blancas y llena de gente cansada. La atmósfera está cargada y dos ventiladores tratan en vano de refrescar el ambiente. Le digo a Valérie que nos hagamos los remolones y esperemos al final. Eso hacemos y funciona. Cuando nos toca el turno, el funcionario ya se ha hartado de revisar maletas y mochilas y nos dice que adelante, que todo está bien. Le sonrío a Valérie y ella me responde con un guiño. Subimos al bus; Valérie se va a su sitio y yo al mío. Me doy cuenta de que he perdido la vieja chamarreta que me hacía de cojín. La echaré mucho en falta. Ya estamos en Panamá.

Aún debemos cruzar medio país para llegar a la capital, Ciudad de Panamá. No tardaremos mucho puesto que son buenas carreteras, anchas y rectas. Puedo permitirme dar unas cabezadas mientras oigo música, aunque en una de estas noto que el autobús se para en una cuneta. El azafato nos comenta que es una avería sin importancia, que se soluciona en

media hora.

Aprovechamos para bajar a estirar las piernas y a charlar con él. Nos cuenta que hace mucho que se dedica a esta profesión y calculamos la cantidad de kilómetros que tiene que hacer al cabo del año. Es joven y se interesa por nuestros viajes. Es agradable hablar con él.

No tardamos en volver a estar en marcha. El paisaje es el mismo desde que entramos en Nicaragua: colinas llenas de vegetación espectacular. Llegamos a Ciudad de Panamá a las seis de la tarde. Estamos en una enorme estación de autobuses llena de tiendas. No tiene nada que ver con los apeaderos por los que me he estado moviendo en los últimos días. Tomamos un taxi al aeropuerto —acordando antes el precio— porque nos han dicho que es la mejor forma de llegar allí.

La chica de la ventanilla nos informa de que el aeropuerto de Puerto Obaldía está en obras y que, por lo tanto, los vuelos están suspendidos indefinidamente. La única opción que tenemos es tomar un avión a Tubualá, un pueblo vecino, y llegar hasta Puerto Obaldía en lancha. El siguiente vuelo a Tubualá saldrá al día siguiente por la mañana, a las diez. No tenemos muchas opciones, así que sacamos los billetes.

En la ventanilla de información nos ayudan a buscar un *hostel* donde pasar la noche. Encontramos uno que está cerca del aeropuerto y no es demasiado caro, así que nos lo quedamos.

El taxi nos deja en una zona residencial. Filas de enormes casas con jardín dibujan calles anchas y semidesiertas. Es un sitio tranquilo. Nos alojamos en un dormitorio de siete camas, aunque estamos solos Valérie y yo. Tiene aire acondicionado y ducha, que es justo lo que necesito.

Me aseo un poco y salgo a dar un paseo por el *hostel*. En la parte de atrás de la casa descubro un bonito jardín con vallas de cañas de bambú y sombra de grandes árboles. Hay una zona techada que cubre una cocina y una terraza con algunas mesas y sillas. Hay un fútbol y unos bancos de piedra. El lu-

gar es precioso y fresco. Como siempre, lamento no tener más tiempo para quedarme a disfrutarlo.

En la terraza está sentada Valérie con una Pepsi en la mano y charlando con otros huéspedes. Me presento y ellos hacen lo propio. Son Gabriela y Mane, una pareja de brasileños (espectacular ella) y Cameron, un rubio americano con pinta de surfista.

Les invito a una cerveza y me uno a la charla. Los tres están haciendo un viaje en velero a lo largo de toda América, desde México. Cameron es el capitán del barco. Llevan siete meses y aún no saben ni cuándo ni dónde terminarán. Por lo pronto, su siguiente punto será Perú, hasta donde bajarán por la costa del Pacífico. Llevan ya una semana en Panamá y se les ve con ganas de volver a echarse a la mar. Basta hablar con ellos para saber que son gente de dinero. La conversación gira en torno a todos los viajes que han hecho unos y otros. Cameron, como capitán de barco, ha viajado por todo el mundo y escuchándole hablar me siento muy pequeño. Me preguntan sobre mi viaje y reímos al coincidir en reconocer que es una locura.

—¡Pero tío! Quieres hacer el viaje en veinte días menos que Phileas Fogg. ¿Cómo va a ser eso? —me dice Mane entre risas.

—Por lo pronto, mi objetivo es llegar a Montevideo el día siete de julio, no miro más allá.

—¿Has cruzado alguna vez el ecuador? —me pregunta Cameron.

—Nunca.

—Entre los marineros hay una vieja costumbre —nos explica—. Cuando uno cruza el ecuador por primera vez tiene que raparse la cabeza o ponerse un pendiente.

—Vaya, suena bien —respondo.

Se va haciendo tarde y empezamos a pensar en la cena. Valérie propone ir al supermercado y preparar algo de pasta y yo estoy de acuerdo. Los marineros prefieren pedir pizza,

así que cenan mientras ella y yo estamos cocinando. Nada espectacular, tan solo un par de ensaladas de lechuga, tomate y cebolla y unos espaguetis con salsa de tomate y atún. Hacemos suficiente comida como para cenar y guardar algo para comer al día siguiente. Cocina Valérie y yo hago de pinche.

Cenamos y seguimos charlando y tomando cervezas. El jardín es un sitio muy agradable y tranquilo. Siguen las anécdotas entre el sonido de los grillos. Mane, que ha pasado todo el tiempo conectado a Internet con su portátil nos anuncia que ha muerto Michael Jackson.

—*Michael Jackson is dead, man!*²⁹ —repite una y otra vez-. *I can't believe it, man!*³⁰

Pienso que, en adelante, recordaré que el día en que murió Michael Jackson yo estaba tomando unas cervezas en Panamá con una suiza, dos brasileños y un estadounidense mientras guardaba armas para cruzar la frontera con Colombia.

Valérie se marcha a la cama, pero yo no puedo dormir. Me quedo un rato más pensando en el día siguiente y escribiendo para tratar de calmarme. Son cerca de las tres cuando me meto en la cama.

29 ¡Michael Jackson ha muerto, tío!

30 ¡No me lo puedo creer, tío!

Viernes, 26 de junio de 2009

Las cinco y media de la mañana y ya estoy vestido. Estoy demasiado excitado como para poder pegar ojo. Antes de salir del dormitorio miro a Valérie. Está dormida, envuelta en el edredón. Fuera hace calor, pero el aire acondicionado hace que la habitación semivacía sea un congelador. Incluso yo he dormido parte de mi corta noche arropado con una sábana. Puse el despertador a las seis y media, así que tengo una hora por delante antes de que Valérie se despierte.

En la recepción del *hostel* hay un ordenador con conexión a Internet, por lo que decido emplear todo el tiempo en leer correos y en charlar con los amigos del trabajo. Intentamos hacer una conferencia de vídeo, pero la conexión es pésima y no logramos ver más que algunas imágenes sueltas, aunque suficientes para descubrir que casi todos se han puesto delante del ordenador para charlar conmigo. Ha sido una sorpresa tal que han conseguido emocionarme. Agradezco que la comunicación no pueda establecerse; eso me ahorrará la vergüenza de que me vean emocionado. Hablamos unos minutos y cuando terminamos tengo la moral por las nubes.

Ya son las seis y media, así que entro a despertar a Valérie. Me la encuentro vestida y con la mochila lista.

—¿Desayunamos y repasamos el plan para hoy?

—Claro.

Vamos juntos a la cocina exterior donde dos parejas toman un café en silencio. Todo está en calma; huele a huevos revueltos, a zumo de papaya y a cereales. Huele a tierra mojada. Huele a temprano.

Nos sentamos a desayunar y en un par de minutos se incorpora Cameron. Mane y Gabriela no han madrugado tanto como nosotros. Pasamos el rato hablando de los planes que tenemos cada uno de nosotros para las próximas semanas y

nos deseamos suerte. Cameron llevará a los brasileños hasta Perú, donde quizás puedan encontrarse con Valérie. Ya quedarán, están en contacto.

Es hora de irse y salimos. Allí nos cruzamos con Mane y Gabriela, así que tenemos el tiempo justo para hacernos una foto. El taxi solo necesita diez minutos para hacer un recorrido para el que habíamos calculado más de una hora, así que llegamos al aeropuerto con mucho adelanto.

—Bien, repasemos el plan una vez más, Valérie.

—Veamos. A las diez y diez sale el avión con destino a Tubualá. Allí debemos tomar una barca hasta Puerto Obaldía, donde nos sellarán la salida de Panamá. El siguiente punto es Capurganá, donde también deberemos llegar en barca. Este pueblo ya está al otro lado de la frontera, en territorio colombiano, y será allí donde deberemos tramitar la entrada al país. Finalmente, tomaremos un barco que nos llevará a Turbo y desde allí un autobús a Medellín.

Todo el plan lo hemos ido construyendo a base de preguntar a unos y a otros.

—¿A qué hora sale el último bus de Turbo a Medellín?

—A las once de la noche, creo.

—Entonces debemos llegar a Turbo antes de esa hora, ¿verdad?

—Yes. Yo creo que todo va a salir bien.

Valérie seguirá repitiendo esa frase a lo largo de todo el día. Cada vez que cubrimos uno de los trayectos y alcanzamos uno de los *checkpoints*, Valérie levanta su mano y me dice: «*give me five*, Pedro»³¹. Yo respondo chocando mi mano contra la suya tan alto como podemos. Seguro que todo va a salir bien. Es encantadora.

Estamos en una pequeña y fresca sala de espera esperando un vuelo que se retrasa. A través de los cristales podemos ver varios aviones de hélices. Los hay de dos tamaños y, según nos han comentado, el nuestro es uno de los pequeños; es casi

³¹ Choca esos cinco, Pedro.

una avioneta, lo cual no resulta muy tranquilizador.

Subimos acompañados de tres pasajeros y dos pilotos. El avión es pequeño y viejo. Dentro, dos filas de asientos desgastados y al fondo la puerta que da acceso a la cabina de pilotaje. La puerta está abierta, atascada por una bolsa de plástico de la que sobresalen dos bocadillos y algunos dulces. Valérie se acomoda y yo me acerco a los pilotos para charlar con ellos. Tienen buen humor y eso me da seguridad.

El vuelo transcurre sin más incidentes que la espectacular vista que tenemos durante todo el camino. Es un avión de poco peso, así que cuando entra en una nube se tambalea. Eso no parece importar lo más mínimo a los pilotos, así que no veo por qué debería importarme a mí. No ha pasado ni una hora cuando empiezo a notar que perdemos altura. Me asomo a la cabina de mando y puedo ver al fondo la pista de aterrizaje. No es más que un corto tramo de asfalto sobre una planicie verde yerba.

El aterrizaje es perfecto. Junto a la pista, la terminal consiste en una especie de toldo hecho con ramas de palmeras que se sujetan por cuatro troncos que hacen las veces de columnas. Bajo este toldo, varios militares negros armados hasta los dientes y una familia de indígenas. El avión ni siquiera tiene tiempo de detenerse cuando ya hay dos hombres descargando las maletas. Se han subido al aparato en marcha, han abierto el maletero y van lanzando el equipaje al suelo. Cuando nos abren las puertas para salir, nuestras mochilas nos esperan esparcidas por el suelo; los mismos hombres-mono que se subieron a vaciarlos se encargan ahora de llenar los maleteros con los fardos de los pasajeros que tomarán el vuelo de vuelta a Ciudad de Panamá.

La situación es desconcertante. Estoy rodeado de gente que se mueve a toda prisa, militares con caras de pocos amigos y fusiles listos para ser usados. De banda sonora tenemos el ruido de los motores del avión y de decorado de fondo, un pequeño embarcadero, un par de lanchas y el mar perfecto.

Valérie, que está tan perdida como yo, me mira buscando algo de cordura, pero solo recibe a cambio un gesto de desconcierto.

—Es su primera vez, ¿verdad? —nos pregunta un hombre que permanece sentado en uno de los bancos de madera que hay bajo el chambao.

—Es la primera vez que venimos. Estamos de paso —respondo.

—Yo la primera vez estaba como ustedes, pero no se preocupen, enseguida sale el avión y se calma todo. ¿Adónde se dirigen?

—Queremos llegar a Turbo y de allí tomar un bus a Medellín.

—Yo también voy a Turbo. Si quieren podemos ir juntos —nos dice con voz tranquila—. Me llamo Roberto, a su orden.

Roberto nos explica los pasos que debemos dar, que coinciden exactamente con los que planeamos esta mañana. Mientras hablamos, un hombre delgado, ennegrecido y mella-do a quien casi no se le entiende hablando ha empezado a co-ger nuestras mochilas y a cargarlas en una vieja barca de ma-dera. Cuando termina, las envuelve con unos plásticos que ata con unas cuerdas.



Una travesía por el Caribe

Nos explica que él nos llevará a Puerto Obaldía y nos esperará a que terminemos los trámites del visado. Luego nos llevará a Capurganá, donde nos dejará. A todos nos parece bien. En total somos seis pasajeros: Petra, una colombiana de cincuenta y tantos que tiene mucha prisa porque se dirige al

entierro de su hermana; Miguel, colombiano de cuarenta y tantos, risueño, negro y calvo que vuelve a casa con su familia; Bibiana, una mulata de Carpuganá que no deja de hablar y que estaba en Panamá por trabajo. El singular sexteto lo completamos Roberto, Valérie y yo.

Nos ponemos los chalecos salvavidas y tratamos de acomodarnos en la barca sentados sobre unas tablas de madera. Yo estoy tan emocionado, tan lleno de sensaciones, que me entretengo haciendo algunas fotos y tengo que conformarme con el peor sitio —aún hoy, días después, y mientras escribo estas líneas, siento dolor en el coxis—, pero eso no lo sabré hasta que no nos pongamos en marcha. El viejo trasto está equipado con un motor de hélices que hace que alcance una velocidad muy superior a la que se le podría suponer. Todo el peso está concentrado en la popa, por lo que la proa se levanta y apunta al cielo.

Cuando alcanzamos la velocidad de crucero, la barca va dando saltos de ola en ola y, con cada salto, me llevo un golpe en el culo. Acumulo suficientes golpes como para poder enterrar las pirámides de Teotihuacán. El aire nos azota la cara y el agua salada del mar nos refresca. El entorno es mágico: vamos en una vieja barca surcando el mar Caribe en un territorio casi virgen en el que la presencia humana se limita a las canoas de los indígenas. En el horizonte, islas desiertas y recortadas llenas de vegetación salvaje. Me giro hacia atrás buscando la mirada cómplice de Valérie y la encuentro.

El trayecto nos lleva cerca de cuarenta minutos, pero a mí se me ha hecho muy corto. Me sentía como si estuviera en un parque de atracciones, subido a una atracción que acabara de comenzar. Los golpes en el culo no me importan; no puedo dejar de sonreír y cerrar los ojos con la idea de que así podré grabar estos momentos en mi cabeza para poder recordarlos con posterioridad. El ataque lo hacemos en un destartado embarcadero donde nos recibe una pareja de militares.

Puerto Obaldía es una especie de cuartel militar donde un

puñado de casas forman la única calle. El silencio es absoluto y hace un calor de mil demonios. El agua de mar que nos refrescaba la cara durante el trayecto en panga se ha evaporado y nos ha dejado rostros ásperos y llenos de sal.

Nos apeamos de la barca y nos dirigimos a solucionar el papeleo cuanto antes; todos tenemos prisa. Aún no lo sabemos, pero a partir del momento en que llegamos a Tubualá, el concepto del tiempo ha dejado de existir. Las vidas de las gentes que habitan en estos lugares no transcurren, simplemente están; son. Flotan en el aire ajenos al paso de las horas. Nada ocurre nunca y ningún factor externo puede cambiar esto. Llegar a Puerto Obaldía con prisa es tan inútil como tratar de atravesar la Gran Muralla china ayudados por una cucharilla de café.

Dos militares, encargados de tomar nota de nuestra entrada y sellarnos los pasaportes respectivamente, nos advierten con sus maneras pausadas que no conviene resistirse. Anotan nuestros datos en una hoja de papel con tanta parsimonia que por un momento pienso que lo que ocurre es que no saben escribir. Una raya horizontal, trazada con pulso firme y lento te indica que ha terminado contigo, y que pase el siguiente. Hasta las aspas llenas de mugre del ventilador han decidido que no tienen prisa por dar vueltas; la oficina es un horno donde se cocina, a fuego lento y húmedo, un enorme pastel de paciencia.

Cuando volvemos a la barca son más de las dos. Yo llevo encima algunas manzanas que compramos la noche anterior y las ofrezco por cortesía. Para mi sorpresa, todos aceptan y en un momento me quedo sin mi tesoro de fruta, pero no me importa. Estoy eufórico y no puedo explicarme el motivo que ha provocado que no me haya mareado en la barca. Cualquiera que me conozca sabe que ni siquiera puedo acercarme a un barco sin ponerme amarillo, aunque no siempre fue así. Todo viene de aquella vez que acompañé a mi padre a Ceuta. Era domingo y tomamos un barco desde Algeciras. El viaje fue ho-

rrible. Recuerdo perfectamente estar sentado en una sala y notar cómo el barco se movía para aquí y para allá. Recuerdo que la radio estaba puesta y que cantaban un gol del Cádiz en el Bernabéu. El partido quedó empate a uno. Era el primer partido de la segunda época de Leo Benhacker como entrenador del Real Madrid. Es curioso el funcionamiento del cerebro para los recuerdos. Puedo acordarme de los detalles que ocurrieron cuando tenía dieciséis años —lo sé porque me molestó mucho que se suspendiera el trayecto de vuelta y como consecuencia de ello tener que faltar a clase con Carmen López, mi profesora de literatura en segundo de bachillerato, morbo máximo— y no puedo acordarme del nombre de aquella chica. De aquella chica recuerdo su olor.



Quiero morirme aquí (pero no ahora)

El trayecto entre Puerto Obaldía y Capurganá es corto y solo nos lleva unos minutos. Ya de lejos puedo observar que Capurganá es el sitio donde quiero morir.

El embarcadero no difiere mucho de los de Tubualá o Puerto Obaldía. Saltamos de la barca a la plataforma de maderas y recogemos nuestras bolsas. Manuel, el flaco y mellado capitán, se despide de nosotros mientras da la vuelta con su panga. A partir de ahora debemos sellar nuestros pasaportes y encontrar a quien quiera llevarnos a Turbo. Alguien dice que la última barca con destino Turbo ha salido ya y que hasta mañana a primera hora no se podrá hacer nada. Si se confirmara, truncaría todos los planes que tenemos en conjunto Valérie y yo. Nos retrasaría casi un día, y a estas alturas yo no puedo permitírmelo si quiero estar el día siete de julio en Montevideo para subirme a mi avión. Según nuestros planes,

debemos llegar a Turbo esta misma noche y allí tomar el autobús a Medellín para estar en la ciudad colombiana a las seis de la mañana. Si hoy no podemos llegar a Turbo, mañana a las seis de la mañana estaremos aún en Capurganá.

Sea como sea, debemos pasar el trámite de la aduana, así que nos dirigimos a las oficinas del DAS³². Seguimos a un muchacho muy moreno, atlético, brazos depilados, enormes gafas de sol y gorra blanca calada. Alguien le ha pedido que nos guíe hasta las oficinas y lo hace con paso calmo. Viste bien, y no tiene el aspecto de ser alguien que al final del camino vaya a pedirnos una propina. Me pregunto quién es mientras me acerco a hablar con él.

—Hola, me llamo Pedro —me presento.

—Yo soy Fausto, para servirle —me responde con voz profunda y palabras separadas y arrastradas.

—¿Eres de aquí?

—No, pero vengo todos los años por vacaciones.

—¿Ahora es verano aquí verdad?

—Aquí siempre es verano, nunca es invierno —me responde algo ausente.

En Capurganá nunca es invierno.

Mientras hablamos vamos andando por una estrecha calle empedrada. A un lado, el mar se pega con la tierra en pequeñas playitas de chinos. El agua es de color esmeralda y pueden distinguirse las algas del fondo. Al otro lado de la calle, pequeñas y silenciosas casas blancas de marcos azules. La calle está desierta y solo se oye la voz hipnótica de Fausto hablándonos del lugar. El calor húmedo sigue abrazado a nuestras espaldas; avanzamos arrastrando los pies. Nadie se queja.

Cuando llegamos a la oficina de inmigración nos encontramos con que está cerrada. Un burro espera en la puerta. Son algo más de las dos de la tarde y temo que ya no abran hasta el día siguiente, pero es algo que cada vez me preocupa menos. Uruguay queda lejos y tengo poco tiempo, sí, pero el

³² Departamento Administrativo de Seguridad.

lugar tiene algo que hace que los problemas con las prisas parezcan evaporarse al sol caribeño.

Mientras, sigo admirando el paisaje de playas donde nadan niños, selva a lo lejos, la montaña, sol, gentes y casas claras. Roberto ha llamado por teléfono al funcionario que debe encargarse de nuestros papeles. Según nos cuenta, le ha dicho que viene de camino, que a qué tanta prisa, que la oficina no abre hasta las dos.

—Es que hace ya un buen rato que dieron las dos —se queja Roberto, que no se deja seducir por el espíritu de Capurganá.

Finalmente nos anuncia que tardará unos quince minutos. Automáticamente multiplico por dos esa cifra; creo que el resto han hecho lo mismo, excepto Valérie, que como suiza jamás será capaz de alcanzar a comprender el sentido del tiempo que tienen en el Caribe.

Decido que esperaré dándome un baño y animo al resto a hacer lo mismo. Nadie se atreve, pero yo estoy dispuesto de todas formas. Empiezo a desnudarme, pero antes pregunto si alguien se va a sentir ofendido si me quito los pantalones. Mi pregunta lo único que hace es provocar risas que interpreto como un permiso para hacerlo. Me desnudo por completo y me meto en el agua sin pensarlo. El fondo está lleno de piedras resbaladizas, así que tengo que nadar por más que la profundidad no llegue ni a medio metro. El agua está tan caliente como la atmósfera que lo envuelve todo. Durante un rato sigo chapoteando hasta perder la noción del tiempo. Me siento en un anuncio de piña colada.

Alguien me despierta del sueño avisándome de que ya llegó el comisionado de la aduana. Le veo llegar señalando hacia donde yo estoy y refunfuñando. Más tarde, alguien me diría las palabras exactas que pronunció y que yo no pude entender desde mi posición:

—Como al *encuerao* ese se le ocurra entrar así a mi oficina, le meto en el calabozo.

Por fortuna, tuve la ocurrencia de vestirme antes de presentarme ante él. Tengo tiempo de sobra, porque somos seis visados y cada uno requiere su buen rato. Mientras espero, ya vestido, Fausto me sigue contando las maravillas de Capurganá.

—Yo aquí hago un poco de todo, pero sobre todo lo que hago es olvidarme de todo. Aquí el tiempo no tiene sentido. Todos los días son iguales; no se distingue entre lunes y domingo, ni agosto y diciembre. Entrar aquí es como bajarte del mundo. Unos días me voy con la bicicleta, otros juego al Frisbee, otros nado, agarro un *kayak*, hago submarinismo, me voy a la montaña a caminar, o me siento a ver cómo amanece y cómo atardece.

Capurganá no es un sitio virgen, pero es lo suficientemente desconocido como para que no tengas la sensación de estar haciendo turismo. En el tiempo en que estuvimos no nos cruzamos con ningún turista. De haberlos, están tan integrados con los nativos que yo fui incapaz de distinguirlos.

—¿Hay muchos turistas?

—No hay muchos, pero sí viene a veces gente de todo el mundo, sobre todo de Australia y Estados Unidos. También vienen españoles, pero no demasiados.

El camino de regreso al embarcadero lo hacemos por otra calle.

—Os voy a llevar por otro camino que da a parar al mismo sitio —nos dice Fausto.

Capurganá no tiene más que unas pocas calles en las que sería imposible perderse. Fausto nos lleva por la «calle comercial». Es la calle principal de la villa y tiene un par de bares, unas cuantas tiendas de llamativos escaparates y una iglesia color de rosa. La calle está semidesierta; un par de carretas tiradas por burros se cruzan saludándose en silencio.

—Aquí no hay motocicletas ni coches ni nada de motor. Es todo natural —nos explica Fausto.

Cuando llegamos al embarcadero, alguien nos dice que

van a flotar una panga para nosotros. Nos costará un poco más, pero todos estamos de acuerdo en que queremos salir ese día. «Malditas prisas», pienso.

—Gracias a Dios. Desde que murió mi hermana he estado pidiendo a Dios que este viaje saliera bien para que me diera tiempo de llegar a su entierro y al final parece que voy a poder. Gracias a Dios —solloza Petra entre lágrimas.

Mientras lo preparan todo, Fausto nos invita a sentarnos en un restaurante que está justo al lado —todo está justo al lado en Capurganá— y a probar la sopa de pescado con leche de coco. Nos sentamos Fausto, Valérie y yo y la disfrutamos al cobijo de una sombrilla mientras oímos el mar, las cigarras y la voz baja de revoluciones de Fausto que sigue contando maravillas del lugar.

—Me quedaría aquí a vivir para siempre. Dejaría mi trabajo y me dedicaría a vender libros. ¿Conoces a alguien que viniera de vacaciones y se quedara para siempre? —pregunto a Fausto.

—Sí, un francés que anda por ahí. Está jubilado y tiene negocios. Vino un día invitado por un amigo y dijo que se quedaba. Se consiguió una casa y una mujer y desde entonces siempre está por aquí.

—¿Cuánto cuesta una casa normal por aquí? Ni buena ni mala, una normal, para mí por ejemplo.

—Unos cuarenta millones.

—¡Joder! ¡Como en España! —bromeo.

—«Joder», me gusta esa palabra —me responde sonriendo con picardía.

—¿Cuánto es eso en dólares?

—Unos veinte mil, al cambio actual.

—Unos dieciocho mil euros entonces. Diez veces menos de lo que me costó mi piso.

Aún seguimos charlando cuando nos llaman para embarcar. En todo el tiempo no he podido dejar de mirar el mar, las playas.

—Quiero morirme aquí —pienso en voz alta.

—Pero no ahora, jefe —me responde Fausto riendo.

Subimos a la nueva panga y salimos despidiéndonos de nuestro nuevo amigo.

—Ya tienen mi correo electrónico y mi celular. No dejen de escribirme.

—Lo haremos Fausto. Adiós.

Mi «adiós» no ha podido oírlo, porque la panga ya peina las crestas de las olas rumbo a Turbo.



Rumbo a Turbo

La panga que nos saca de Capurganá es más grande que la que nos trajo. Agradezco las viejas colchonetas que se usan como cojines como si fueran almohadas de plumas; mi mal-trecho culo es quien lo agradece. Nos sentamos en tres filas de dos en el centro de la embarcación. Cada fila está pensada para seis personas, así que quedo lejos del borde exterior, donde me hubiera gustado estar para poder meter la mano en el agua.

Valérie empieza a dormitar, como nos advirtió Fausto que ocurriría después de comernos la sopa de pescado con leche de coco. Se tumba en la colchoneta mientras le sujeto los pies. Aprovecho para poner un poco de música, lo que añade aún mayor dosis de irrealidad a todo lo que me está ocurriendo. Hace un día magnífico y estoy cruzando la frontera de Panamá con Colombia en una pequeña lancha a través del mar Caribe.

El capitán de la panga reduce la marcha y nos dice que tiene que hacer una parada para echar combustible. Hace un rato que navegamos a pocos metros de la costa, donde la ve-

getación ocupa hasta el último centímetro de tierra. No hay playas, solo hay selva.

Viramos a estribor y entramos en una pequeña cala. Al fondo pueden verse varias cabañas de madera ocultas entre los árboles y una playa de arenas blancas. A medida que nos acercamos podemos apreciar el sonido de unos timbales. Un grupo de jóvenes hacen un corro en el que tocan tambores, cantan y bailan. Es una especie de terraza que da a parar directamente a la playa. En las verdes aguas, varios niños juegan.

Atracamos y nos bajamos para estirar las piernas mientras se llena el depósito. Avanzamos a través de las tablas del embarcadero, que dan a parar a la arena y de ahí a un camino que sube una colina. Está marcado con piedras en el suelo y rodeado de palmeras y árboles frutales. Todo el suelo es césped, que junto a la sombra proyectada por toda la vegetación, hace que se esté fresquito allí. Entre las cabañas, que ya tenemos a tiro de piedra, una red de voleibol desgastada por el uso, unos columpios y unos bancos de madera. De fondo, el eco de los timbales.

Me acuerdo de mi amigo Sergio pensando en las hermosas fotografías que podría hacer en este lugar irreal, y sonrío al pensar en las fotos que me regalaron Iria y él para que las llevara conmigo en esta locura de viaje. Les echo de menos un montón.

El lugar se llama Triganá y hace que Valérie y yo nos miremos boquiabiertos.

—*It's so cool!*³³ ¿Cómo dices esto en español? —me pregunta.

—Está *to perita* en *verdad* —le respondo.

—¿*Toperita*? —dice a duras penas frunciendo el ceño en un gesto de desconfianza.

Río a carcajadas.

La visita es corta y tenemos que seguir. La lancha se pone

33 ¡Qué chulo!

en marcha y en cuestión de media hora avistamos Turbo. Se trata de una ciudad más grande, con un puerto mucho más movido. Después de pasar un breve control del ejército colombiano, arribamos al puerto comercial de Turbo. Nuevamente, Valérie y yo no podemos evitar mirarnos con las caras de asombro.

—*To perita* —le digo.

—*To perita* —responde.

Turbo no tiene nada que ver con lo que hemos visto hasta ahora, es todo lo contrario. El primer pensamiento que me viene a la cabeza al ver el puerto es que estoy en el puerto de Génova de los dibujos animados de Marco. El segundo, es que estoy en el puerto de El Cairo de los años cuarenta y que soy Indiana Jones buscando alguna joya arqueológica.

Antes de salir de la panga ya podemos ver una fila de puestos ambulantes que flanquean la calle llena de gente. El murmullo llega aunque aún no hayamos atracado y el motor siga en marcha.

Al fin llegamos, bajamos y recogemos nuestros bártulos. Salimos a la calle principal siguiendo a Roberto, que nos pide que no nos separemos de él. Estamos en medio de un hervidero de gente. Una calle llena de tiendas y puestos a uno y otro lado, llena de peatones que suben y bajan, de tipos en bicicleta, motos, coches, camiones, autobuses, caballos y cualquier otro medio que cualquiera pudiera imaginar.

A simple vista todo parece caótico, nadie respeta normas de tráfico, y así la gente anda por medio de la calzada, las motos andan por las aceras y nadie cede el paso en los cruces; sencillamente hacen sonar el claxon y esquivan cualquier obstáculo. A simple vista, digo, todo parece caótico pero la realidad es que funciona.

El paseo es de solo cinco minutos, pero suficiente para que vuelva a zambullirme en esa burbuja de irrealidad que tanto visito en los últimos días. Llegamos al terminal de la empresa de autobuses que nos llevará a Medellín. Durante

todo el camino nos han venido acosando dos niños que se empeñan en buscarnos sitio donde dormir, taxi o cualquier servicio que necesitemos —o no— y que les reporte una propina. Roberto nos ayuda a regatear el precio del billete, puesto que no tenemos pesos suficientes y no aceptan dólares ni tarjetas de crédito. El trato se cierra con una propina al niño que ha intermediado a nuestro favor.

Son las seis de la tarde pero hemos elegido el autobús de las diez de la noche. No queremos llegar a Medellín antes de que amanezca. Las cuatro horas de espera las empleamos en comer algo, revisar el correo y charlar con José, un empleado de la empresa de autobuses que nos ha permitido usar su oficina para descansar.

Mientras estoy escribiendo un correo, Valérie me dice que va a salir a dar una vuelta y que regresará en quince minutos. Es curioso, pero me preocupa que lo haga. Hace dos días no sabía ni que existía y hoy me preocupo porque sale sola a dar una vuelta. Es absurdo, entre otras cosas porque lleva sola en Nicaragua más de un año, pero es así. Cuando vuelve siento alivio. Se planta delante de mí.

—Ten —dice mientras me da un lápiz.

Ese mismo día he perdido mi lápiz y apenas he podido tomar notas. Ella sabe que lo he perdido porque le he pedido prestado su bolígrafo un par de veces.

—Creo que si has empezado las notas con lápiz, deberías seguir escribiéndolas con lápiz ¿no crees?—me dice con una sonrisa.

Agradezco el detalle. Lo agradezco mucho. Hace tiempo que nadie se porta así conmigo y es muy agradable sentirse mimado.

Hemos conseguido cruzar la frontera evitando el tapón de Darién.

—¡Give me five³⁴, rojita! —grito levantando mi mano al cielo.

³⁴ ¡Choca esos cinco!

En este momento no somos conscientes, pero estamos a punto de subirnos a *le bus de la mort*³⁵.



Le bus de la mort

Esperamos a que el autobús arranque con destino a Medellín y Valérie se acomoda en su asiento. Nos sentamos juntos, pero acordamos que yo me cambiaré de sitio si encuentro otra plaza vacía, de forma que ambos tengamos más espacio para descansar. Mientras la gente va llenando poco a poco el autobús, me pongo a pensar en el cúmulo de casualidades que se han tenido que producir para que yo esté ahora y aquí en Turbo con ella; desde luego, de haber estado solo, la aventura del Darién hubiese sido totalmente diferente, e incluso pongo en duda que lo hubiese conseguido sin ella.

Cuando finalmente partimos, el autobús tiene varios sitios libres en la parte de atrás, así que agarro mi ordenador y me traslado.

—Te dejo sola, Valérie. Me voy allí atrás a escribir un rato. Descansa.

—*Merci* —me dice medio dormida.

A veces, sin darse cuenta, Valérie me habla en francés. Más tarde me confesaría que le cuesta hablar en inglés o español cuando está muy cansada, y esta aventura ha sido larga e intensa. El *hostel* de Panamá y el desayuno con Cameron quedan lejísimos. Han sido muchas horas de ajeteo continuo, de incertidumbre y de borrachera de sensaciones. Ambos tenemos la piel quemada por el sol caribeño. No podemos más.

El autobús parece cómodo, y el hecho de que haya sitios libres hace presagiar un viaje confortable en el que poder re-

35 El autobús de la muerte.

cuperar fuerzas para lo que tenemos por delante. Sin embargo, no tardaremos mucho tiempo en darnos cuenta de que se trata de una ilusión. Solo se necesitan diez minutos de camino, unos cuantos kilómetros, para darnos cuenta de que el tramo que une Turbo con Medellín es una carretera al infierno.

El camino atraviesa el eje cafetero, en la cordillera central de los Andes colombianos, por lo que se trata de una travesía serpenteante y estrecha. El piso está en un pésimo estado, lleno de boquetes y zanjas que el conductor trata de evitar invadiendo el carril contrario. Continuamente puedo ver desprendimientos de tierra sobre el carril derecho, el cual, al carecer de arcén, se ve expuesto al resultado de la erosión de la lluvia en las paredes horadadas de la montaña. También es habitual ver caídas algunas ramas de los muchísimos árboles que rodean el camino, que parece un araño a la montaña.

El conductor, un tipo menudo de fino bigote con el que hemos estado charlando antes de salir, es un piloto experimentado, así que no tiene ningún problema en ir a mucha más velocidad de la que, dadas las circunstancias, sería conveniente. Fuerza el motor del autobús al máximo en las continuas subidas y bajadas, apurando las curvas hasta el último instante, volando por encima de los baches y adelantando a camiones sin pensarlo dos veces.

Llueve a mares y los continuos relámpagos hacen que pueda admirar las espectaculares vistas de las montañas colombianas. Pienso en los escaladores que dio al ciclismo este país en los ochenta y noventa.

Desde luego, me resulta imposible usar el ordenador. Ni siquiera puedo mantenerlo sobre mis rodillas porque a cada bache, a cada tumbo, a cada curva sale disparado buscando el techo del autobús.

La noche transcurre y no pierdo la esperanza de que sea algo temporal, de que las montañas solo supongan la primera parte del viaje, pero no es así. Estoy sentado en la última fila

del autobús, junto al pestilente baño que no deja de ser visitado por una chica. Hasta ocho ocasiones he podido contarle. Ahora entiendo por qué el conductor nos repartió pequeñas bolsitas de papel al subirnos. Entonces me extrañó porque era la primera vez que lo veía desde que empezó mi aventura, pero ahora queda aclarado.

No consigo dormir. Desde hace dos días tengo los tobillos tremendamente inflamados y me arden. Valérie me explica que es acumulación de líquidos en los vasos linfáticos.

—Ocurre cuando pasas mucho tiempo sentado, sin ejercitar los gemelos. La gravedad hace que los líquidos se queden en los pies. La solución es ponerlos en alto o andar.

Apoyo los pies en la cabecera del asiento de delante, pero la postura es incómoda. No obstante, sigo así porque me preocupa que la hinchazón pueda traerme problemas, y aún tenemos muchas horas por delante. Quiero solucionar la cuestión cuanto antes, aunque sea a costa de mi sueño.

Tengo frío. Desde que llegué a Centroamérica he podido comprobar que el aire acondicionado de los autobuses siempre está demasiado alto. En las líneas de lujo incluso reparten mantas. Yo he perdido mi vieja chamarreta, compañera de viajes. La dejé olvidada en una de las muchas fronteras que he cruzado y solo llevo encima una camiseta. Empiezo a tiritar, mientras sigo en la incómoda posición y el autobús sigue dando tumbos de un lado a otro.

Por el pasillo, varias botellas van y vienen totalmente fuera de control. Algunos pasajeros viven su particular odisea para alcanzar el baño. El conductor hace sonar el claxon continuamente, dando a entender que no tiene intención de apartarse si se viera en una situación comprometida. En el techo lleva unas cegadoras luces blancas e intermitentes (de esas que se usan en las discotecas) que le sirven para ser fácilmente reconocido. Las usa cuando está adelantando para avisar que ha invadido el carril contrario. Yo no sé qué hacer para entrar en calor. En un intento desesperado, enciendo las

luces de lectura de los asientos de alrededor pero, lógicamente, eso no sirve de nada.

Pienso en ir a sentarme con Valérie, que duerme calentita debajo de su saco de dormir, pero decido no molestarla; necesita descansar. Me pongo de pie en el pasillo, agarrado con ambas manos a las barras que hay a lo largo del portaequipajes para poder mantener mínimamente la verticalidad, cosa que consigo a duras penas. Doy saltitos con los que espero empezar a ganar algo de calor, pero no tardo en darme cuenta —bastan un par de golpes en la cabeza— de que es demasiado peligroso.

Necesito ir a baño, pero en estas circunstancias es impensable mantenerse de pie sujetándose con una sola mano, y ni se me ocurre sentarme en la taza del váter, no tengo vacunas suficientes. La música pachanguera de fondo no deja de sonar y está cada vez más alta, lo que añade aún más delirio a la situación. Me encuentro totalmente desbordado y vuelvo a sentarme a pedir que se acabe el viaje cuando antes.

Después de ocho horas, al fin entramos en Medellín. Son las seis de la mañana y todo ha pasado. Doy gracias a Dios por el atasco de entrada a la ciudad, que obliga al conductor a levantar el pie del acelerador. Está nublado y estoy molido, pero estamos donde planeamos hace ahora un siglo.

—Lo logramos, Valérie.

—Hemos sobrevivido a *le bus de la mort*. Si no te mata de mareo, te mata de sueño y, si no, te mata de un golpe cuando estás en el baño —me responde Valérie.

—*Give me five!*

Sábado, 27 de junio de 2009

Medellín me recuerda a Málaga. El autobús nos deja en la terminal del norte, aunque el conductor nos dice que si queremos ir a Ecuador —nuestro próximo destino—, deberemos tomar el autobús de la empresa Bolivariano, que tiene sus instalaciones en la terminal del sur.

Son las seis y pico de la mañana, pero la ciudad ya funciona a plena actividad. Preguntamos en información y nos indican dónde debemos tomar el autobús urbano que nos lleva a la terminal del sur. Por el camino pasamos por lugares muy parecidos a calles de Málaga: la avenida de Juan XXIII, la calle de la Unión, la carretera de Cádiz...

La terminal del sur está integrada en un gran centro comercial con cines, franquicias y muchos sitios donde comer basura. Es sábado por la mañana, poco a poco va llegando gente y hay mucho personal de seguridad.

Valérie idea una forma de tratar de dormir un poco. Me dice que podemos sentarnos en el suelo con las mochilas, dejándonos ver y esperando que no nos echen. Si lo conseguimos, después de un rato podemos ir acomodándonos más y más hasta lograr dar una cabezadita.

El intento se traduce en un rotundo fracaso. El primer amago de echarnos a dormir es abortado con mucha educación y una invitación a que nos sentemos en una mesa donde podremos disfrutar de un enchufe eléctrico y una *wifi*.

Nos mudamos, revisamos el correo y probamos el plato típico de Colombia: la arepa. Aprovecho para intentar enviar una postal a España pero en la oficina me dicen que tardará entre veinticinco y cuarenta días en llegar, así que lo olvido. Estamos esperando a que abran los bancos para cambiar dinero e irnos al centro a dar un paseo.

Al centro volvemos a ir en el autobús urbano, que nos

deja en una calle llena de comercios y de actividad. Esto ya no se parece en nada a Málaga. Las aceras están llenas de puestos callejeros. La gran mayoría vende fruta muy barata y los dependientes gritan sus precios en dura competencia. Compramos toda la fruta que podemos. Hace calor y la fruta nos refresca e hidrata: piña, sandía, guayabas, plátanos. Tenemos hambre y poco dinero, así que apuro los plátanos hasta comerme el culo.

Me gustan estos puestos callejeros porque no están pensados para turistas, sino para la propia gente de la ciudad. El tráfico, como va siendo habitual en las ciudades sudamericanas, tiene un punto de caos. Apenas hay coches particulares; la mayoría son autobuses urbanos, taxis y muchas motos. Las tiendas anuncian sus ofertas por megafonías que se solapan unas a otras.

Vamos buscando el parque Berrio, el lugar que nos ha recomendado la chica de información. Esperamos encontrarnos un bonito parque con césped y fresca sombra de árboles donde poder dar una cabezada, pero nos llevamos una decepción cuando vemos que el parque Berrio es una sencilla plaza con suelo de piedra y unos pocos y enjutos árboles rociados.

Nos sentamos a oír a un grupo de músicos que tocan canciones autóctonas cuando se nos acerca un hombre bajo, de camisa azul y cara maltratada por la vida. Su pelo está increíblemente peinado, aunque sucio. Huele bien y habla muy rápido, tanto que Valérie no puede entenderle y no tarda en pasar de él. Yo le escucho. Me habla de todos los problemas que tiene Colombia, que no son muy diferentes de los problemas que tienen el resto de países de Centroamérica o del resto del mundo. Me habla de la incultura, me cuenta que en su país no hay dinero pero florecen los lugares de apuestas, que a sus paisanos les gusta demasiado beber, y como prueba tengo que solo en su barrio hay veinticuatro asociaciones de alcohólicos anónimos. Me habla de la herencia que dejó Colón, de los horrores de la iglesia católica. Me dice que está dis-

puesto a inmolarse si se lleva por delante a unos cuantos y que no cree en el islam, aunque lo conoce.

Me dice esto y cien cosas más que no tengo tiempo de digerir. No me deja hablar porque creo que todo lo que dice lo tiene memorizado. Lo dice con pasión, pero no me oye y se molesta cada vez que trato de intervenir. Creo que solo quiere impresionarme. Al final me rindo y hago lo que quiere que haga: escuchar y asombrarme de lo que dice.

Cuando termina nos estrecha la mano y desaparece entre la gente mirando para los lados con desconfianza, como el que piensa que le siguen. Se llama Jorge. Me pregunto por qué me busca siempre este tipo de gente. Me gusta que así sea, porque yo también les busco a ellos.

Continuamos el paseo entre vendedores de avena, mujeres de caderas imposibles, conductores de autobús dementes, niños adictos al pegamento y mucha policía.

Hay una cosa que me llama mucho la atención y que decidimos investigar. Se trata de gente, en su mayoría jóvenes, que llevan un peto negro en el que puede leerse:

MINUTO CELULAR A 200\$

Están por todos lados, de pie, inmóviles y mirando aquí y allá. No tratan de venderte nada.

Seguimos con la curiosidad hasta que vemos a alguien que se acerca a uno de ellos y descubrimos que se trata de cabinas de teléfono humanas. La chica del peto le presta un teléfono móvil —debidamente asegurado con un cable que lo une a su dueña— al señor que se ha acercado. Este marca y habla. Durante la conversación telefónica, la chica del peto trata de darse la vuelta de forma discreta para que el hablante pueda mantener cierta sensación de intimidad. Resulta divertido ver por la plaza a las parejas unidas por un cable y un contrato de diez centavos de dólar el minuto.

Estamos cansados. El día anterior fue un día durísimo, no solo por la duración del viaje, sino por el estrés y el sol.

Valérie es de tez blanca y sufrió demasiado los rigores del sol caribeño, así que tiene la piel enrojecida. Eso le ha provocado una pequeña bajada de tensión que la deja casi sin fuerzas. Preocupado, sugiero que volvamos a la estación donde aprovechamos los últimos minutos para comer algo, beber mucho y, sobre todo, resguardarnos del tremendo calor. En nuestra mesa se está fresco y podemos disfrutar de un rato de compañía y charla con dos mochileras alemanas con las que compartiremos camino.

Subimos al fin al bus. Ni siquiera hemos arrancado cuando Valérie ya se ha dormido. Cuando nos ponemos en movimiento busco un asiento libre y me cambio de sitio para que ella esté más cómoda. Después de cinco minutos, descubro con horror que el autobús comienza a subir la carretera del infierno que nos trajo de Turbo. Sé que no voy a conseguir dormir, pero no estoy preparado para ello.

El viaje avanza y la noche es aún peor que la anterior. Tengo un sitio al final del autobús, cerca de los servicios, y puedo comprobar cómo la gente no para de acudir a vomitar. El ambiente se vuelve casi irrespirable, añadiendo aún más leña al fuego del averno sobre ruedas en el que voy subido. No puedo creerlo. Consulto el atlas. El camino hasta la frontera con Ecuador se dibuja sobre el macizo central de Colombia. Mañana será otro día.

Domingo, 28 de junio de 2009

Amanece. He conseguido dormir un poco, o al menos eso creo. Solo tengo vagos recuerdos de la noche anterior. Recuerdo haber pasado por un pueblo amarillo lleno de borrachos que gritaban. Recuerdo gentes sentadas en los arcenes de la carretera, recuerdo viejas vendiendo maíz.

La luz hace que me escuezan los ojos y me obliga a arrugar la cara. El decorado ha cambiado con respecto a los últimos días de viaje: se ha acabado la vegetación, se ha acabado la jungla. El autobús sigue avanzando por carreteras estrechas y onduladas, pero a los lados aparecen colinas cubiertas de alfombras verdes. Apenas hay árboles y el tablero verde está salpicado de granjas de vacas, huertos y cerdos. Me recuerda a Suiza; Valérie está de acuerdo.

La carretera sube y sube; buscamos Ipiales, última ciudad de Colombia antes de la frontera con Ecuador. El autobús casi no puede con sus sesenta almas y necesita desconectar el aire acondicionado para tratar de subir las empinadas cuestas. Hace calor.

Ipiales no está lejos de Medellín, pero el trayecto es largo por mor de las asiduas paradas que se ve obligado a hacer el autobús para recoger nuevos pasajeros.

Mateos es un ex-militar que se ha sentado a mi lado. Es temprano y seguramente habrá tenido una buena noche porque tiene ganas de hablar. No le importa que tenga los auriculares puestos y la gorra calada hasta las cejas, Mateos quiere saber de dónde soy. Obligado por el buen trato que he recibido en este continente desde que vine, me deshago de la música y la gorra negra y le doy palique. Tiene mucho interés en España. Se apresura a decir que estuvo en Madrid y en esa otra otra ciudad que tiene playa, Barcelona. Estuvo en misión de la ONU en Israel y paró de paso en España. Parece querer

impresionarme, pero no tengo cuerpo para nada. Respondo como un autómatas de sonrisa forzada. Me pregunta por «la rubita», a la que relaciona conmigo a pesar de estar sentada una fila por delante. Veo la oportunidad de quitármelo de encima y echárselo a Valérie (sé que no está bien, pero estoy desesperado). No funciona y vuelve a la carga.

El autobús se avería y doy gracias a Dios. Se ha detenido en mitad de una cuesta y el conductor ha tenido que parar el motor. Por más que intenta arrancarlo, no puede. Bajo de un salto y respiro aire puro. Estoy rodeado de campo y fuera hace fresco, pero no quiero volver al autobús; quiero quedarme allí fuera, viendo vacas y respirando aire fresco. No quiero tener que respirar el ambiente viciado y el pestilente olor a vómitos del autobús, no quiero volver a escuchar la voz de Mateos.

—¡Amigo! —me grita el conductor—. ¿Sube o nos vamos sin usted?

Arrastro los pies hasta mi asiento y sonrío a Mateos. Por fortuna, la buena estrella que me vaticinó Michelle vuelve a funcionar y Mateos no tarda en bajarse. Me estrecha la mano con energía y se presenta; me desea suerte. Se baja. Adiós.

El asiento de Mateos lo ocupa Juliana, una flaquita. Tiene doce años y carita de viva. Pecas, ojos miel y dos pendientes de ositos. Tiene el gesto serio y desconfiado, pero da gusto oírla hablar.

—Ese señor hablaba mucho ¿verdad?

—Muchísimo —le respondo con una sonrisa natural.

—A mí no me gusta mucho hablar así que si quieres puedo callarme, no me importa.

—Hablemos, pero poco. ¿Te parece bien?

Juliana asiente. No volvemos a decir nada en un rato, pero noto que me mira con ganas de iniciar una conversación. También noto que se ha fijado en mi mochila, cuyos parches le han llamado mucho la atención. No digo nada, le dejo a ella

la iniciativa.

—¿Dónde vas? —dice al fin.

—A Ipiates.

—Yo también. ¿Vas a cruzar a Ecuador?

—Sí. ¿Y tú? —le pregunto dándole libertad para entrar hasta la cocina.

—Yo voy a reunirme con mi familia. Viajo con mi mamita y mi hermanita. Allí me espera mi otro papito. Yo tengo dos papás ¿sabes? Uno en Colombia y otro en Ecuador. He pasado quince días con el de Colombia, pero ahora voy a Ecuador. Mi papito de Colombia ha tenido que firmarme un permiso para salir del país porque sin ese permiso no podría irme. Tengo muchas ganas de llegar porque allí tengo a mi abuelita, a dos primitos y a uno en camino. Solo estaré dos semanas, porque ya pronto empiezo el colegio de nuevo. Este año solo he tenido un mes de vacaciones porque mi mamá dice que tiene que trabajar y no puede cuidar de mí, así que tengo que volver a la escuela antes.

Recibo toda esta información llena de diminutivos (que no resultan empalagosos de boca de Juliana) con interés. El tono de voz en el que habla es como un masaje con aceites aromáticos. Habla tan bajo que me cuesta escucharla, pero ha logrado captar mi atención. Me explica todo su plan de viaje y cuando llegamos a Ipiates se despide, pero me asegura que volveremos a vernos.

—Seguro que volveremos a vernos, ya verás.

—Seguro.

Ipiates, como los últimos pueblos que hemos cruzado, se dedica a la ganadería y la agricultura, aunque ser la última ciudad antes de la frontera le permite incorporar ciertos servicios propios de turistas, como taxis, colectivos y algo de venta ambulante. Hace fresco. Según me ha comentado Juliana, desde Ipiates al puesto fronterizo hay tan solo unos minutos pero el camino no se puede hacer andando, es necesario tomar un taxi. Lo más barato es compartir un colectivo, que

no es más que un *minibus* que el conductor va llenando hasta completar. Solo nos cuesta algunos centavos y allí nos encontramos con las dos alemanas de Medellín.

El fresco de la montaña nos ha venido bien a todos, así que iniciamos una conversación trivial. Valérie y yo tenemos más experiencia y, aunque es la primera vez en Ipiales, nos movemos bien. Llevamos la iniciativa en la gestión del papeleo del lado de Colombia. Una vez obtenido el sello colombiano, cruzamos a pie un puente que nos deja en territorio ecuatoriano. Empleamos el poco dinero colombiano que nos ha sobrado en comprar bombones y golosinas, alegrándole con ello el día a la pobre vieja que las vende, que incluso se pone nerviosa al ver que los extranjeros van a dejarle unos cuantos dólares.

Repartimos las chucherías entre las agradecidas alemanas y la familia de Juliana, a quien volvemos a encontrar en la aduana ecuatoriana. Me sonrío desde el fondo de la cola.

Una hora de espera rellenando formularios y soportando con paciencia la parsimonia de los funcionarios y tenemos todos los papeles en regla. El autobús que nos debe llevar a la capital sale de Tulcán, un pueblo cercano, pero de nuevo debemos tomar un taxi. Sandra y Carmen, las alemanas, deciden quedarse en la frontera, así que seguimos Valérie y yo solos. Con ella he mejorado mi técnica de acordar los precios de los taxis antes de usarlos y a regatear. Consigo un buen trato y damos con un taxista honrado.

Tulcán es un pueblo que se encuentra a más de tres mil metros de altitud. El taxista es simpático y nos deja en la terminal de autobuses, donde sacamos el boleto. Tenemos aún una hora por delante y estamos hambrientos. Decidimos buscar un supermercado y en unos instantes montamos un *picnic* en un parque cercano. Compramos pan, pasteles, dulces, atún, champiñones y cien cosas más. Valérie aporta su navaja suiza y montamos unos bocatas espectaculares. Me gusta la cara que pone cuando le ofrezco algo de comer —algo que in-

tuyo que le va a gustar— y acepta.

—¿Quieres una magdalena?

—Creo que sí —dice después de un segundo que ha empleado en subir las cejas y abrir mucho sus ojos claros.

Hace un rato que ando enredando con la lengua en mi muela. Antes me he comido un guayabo demasiado verde y creo que me he hecho daño. Me duele y tengo la impresión de que se me ha caído un viejo empaste.

—Estos empastes suelen durar unos veinte años —dijo el dentista mientras me enjuagaba la boca.

—Muy bien —respondí despreocupado.

Han pasado diecinueve años y aquí estoy, en la frontera de Colombia con Ecuador con un empaste caducado y un dolor de dos pares de cojones que trato de disimular para no preocupar a Valérie.

El autobús parte con una hora de retraso porque el conductor decide esperar a que se llene. Imagino que el beneficio es mayor y nadie se queja si no se cumplen los horarios. La última en subir es Juliana, cuya cara se ilumina cuando ve que queda libre el asiento que hay junto a Valérie. Ambas están encantadas y yo me paso medio viaje vuelto de espaldas charlando con las dos y compartiendo dulces y fruta. Somos una pequeña familia circunstancial.

El autobús se adentra en Ecuador con paso titubeante. No pasan diez minutos sin que paremos, bien sea para recoger a pasajeros o para subir —y luego bajar— a vendedores ambulantes que nos ofrecen desde caramelos a colecciones de películas infantiles en DVD.

Nunca dejamos la carretera de montaña y del aire acondicionado ya no queda ni rastro. Afortunadamente, las ventanillas del autobús se pueden abrir, y es gracias a estas rendijas clandestinas que logramos sobrevivir.

Por el asiento que queda libre a mi lado desfila un ejército de personajes, que concluye con Hilda, una vieja que vende flores y que rezará por mí, porque todos debemos creer en Je-

sús, que es quien nos cuida. Porque si no nos cuida Jesús, entonces ¿quién? Cada vez que dice esto pienso en Zaly y en las historias que nos contaba sobre la evangelización de los conquistadores de América.

La última parte del trayecto la hago pegado al cristal. Desde hace un buen rato no dejamos de subir y subir por los Andes, así que hemos llegado a una altura desde la que se pueden admirar unas vistas magníficas. Hondos valles, altas montañas y la carretera llena de coches que se mueven uniformemente como hormiguitas. Está anocheciendo y se nota que entramos en una gran ciudad porque a estas alturas ya conozco de memoria el decorado de un extrarradio.

Quito me parece enorme; tiene millón y medio de habitantes repartidos por miles de casas que se aguantan con uñas y dientes, enganchadas a las faldas de las montañas que rodean la ciudad. Es como una manta de *picnic* que levantásemos del suelo tirando de las cuatro esquinas. En el centro del valle, la terminal de autobuses.

—Valérie, acabo de darme cuenta de que no he tomado biodraminas para este viaje.

—¿Cómo estás?

—Estoy bien, no me he mareado.

—En este viaje que estamos haciendo podemos permitirnos no comer y no dormir, pero no podemos permitirnos marearnos y vomitar. Es algo que, sencillamente, no nos podemos permitir; sería el fin.



Los caminos del sol

La primera sensación que tengo cuando piso Quito es un intenso y dulzón hedor a orina. No hay más que echar un vis-

tazo para darse cuenta de que los alrededores de la terminal de autobuses (y la propia terminal como descubriremos más adelante) son zona de guerra. Hilda ya me había advertido de que lo primero que tendría que hacer es subirme a un taxi y pedirle que me llevara a la zona del casco histórico, pero Valérie y yo preferimos quedarnos en cualquier sitio cerca de la estación. Mi intención es salir mañana temprano, así que quiero algo ágil, una cama de usar y tirar.

Pregunto a un policía por un lugar donde pasar la noche y me comenta que cruzando la calle está el hostel «Los caminos del sol» (cuando oigo el nombre se me viene la cabeza «sendero luminoso») y trato de ubicarlo en un país centroamericano sin conseguirlo).

—Pide que te alojen en el segundo piso —me dice a modo de posdata—. Es más seguro.

Yo asiento mientras trato de imaginar de qué forma puede ser insegura la primera planta de un hostel, aunque decido que no quiero hacerme ninguna idea. Valérie ha ido por las mochilas y cuando vuelve le cuento lo del hostel. Le parece bien y nos encaminamos allí. Las vueltas que tenemos que dar para cruzar la calle dicen mucho sobre la caótica organización de la terminal, pero al final logramos plantarnos en la puerta (antes tenemos que pasar por encima de un grupo de yonquis que fuman heroína en el camino que lleva a la recepción).

—¿De dónde eres rubita? —trata de decir uno con voz gangosa.

—De Suiza —responde Valérie sin mirarle siquiera.

—Hola guapa, yo me llamo Mono —añade de forma cortés.

Como la mayoría de los garitos que visité en Centroamérica, el hostel nos recibe con una reja y un candado. Llamamos al timbre —que activa una horrible música que me joderá cien veces durante la noche— al que acude una vieja vestida de negro que nos invita a pasar. Del hedor de la orina hemos

pasado a un intenso olor a humedad. No es solo un pestilente olor, es algo más. La humedad se percibe con los cinco sentidos. No es la humedad de un país tropical, es la humedad de las mazmorras de un castillo medieval.

Regateamos el precio y una chica con aspecto de chico y cara de ningún amigo nos conduce de mala gana a nuestras habitaciones. Están en el segundo piso.

Mientras nos movemos por los pasillos buscando nuestros números me cruzo con al menos dos «travelos», aunque sospecho que son más. Mi habitación es la D₃, puerta de reja de hierro fundido y cristal de colores que se intuyen debajo de la capa de tierra. La cerradura está oxidada, pero con maña se abre sin problemas. Al abrir, dejo salir una bolsa de aire corrupto y nauseabundo que me estalla en la cara y casi hace que vomite. Tengo que toser para evitarlo. Entro y me encuentro en el que sin duda es el peor lugar en que he dormido o dormiré en mi vida. Escojan cualquier chabola, caseta de perro, gallinero, corral o pocilga del mundo y les aseguro que no será peor que el sitio que tenía ante mis taponadas narices.

Ante mí, una celda de cuatro paredes desiguales y llenas de mugre. Cuatro esquinas decoradas con hermosas telarañas blancas, tejidas con paciencia de semanas. Un suelo negro y pegajoso donde ni siquiera me planteo apoyar la mochila, que ha estado tirada por todos los suelos de América. En el centro del cuadro, una cama medio hundida y dura como una tabla de madera, cubierta por una manta llena de polvo que baja dos tonos el verde que algún día tuvo. En la cabecera, una minúscula almohada llena de suciedad que me hace jurar por Dios que no apoyaría la cabeza ni por todo el oro de los mayas. El baño es indescriptible y parece el decorado de una película de terror.

He quedado con Valérie en que nos daríamos una ducha rápida y bajaríamos a enviar unos correos, así que lo dejo todo de cualquier forma y me meto en la ducha, cuidando de

que ninguna parte de mi cuerpo entre en contacto con nada de esa habitación. La ducha es una tubería suspendida de la pared y, a pesar de haber dos grifos, uno azul y otro rojo con la letra C pintada con *spray*, el agua sale muy fría.

—El grifo azul es la fría, y el grifo de la C es fría de cojones —pienso mientras me castañetea los dientes.

Mientras me estoy vistiendo, llega Valérie, que no puede creer que pueda existir una habitación peor que la suya. La ducha le ha sentado bien, tiene el pelo mojado y está muy guapa. Está realmente radiante.

—Yo pienso dormir en mi saco. Ni loca tocaría esas sábanas.

Bajamos a un locutorio que hemos visto mientras buscábamos el hostel, revisamos nuestros correos y pagamos a un niño con bigote de pelusa a quien pedimos que nos recomiende un lugar para comer.

—Por aquí hay muchos sitios —nos dice con cierto desdén.

Tiene razón, y encontramos al menos cinco sitios donde poder sentarnos a cenar algo. Son casi las nueve, por lo que hace ya tres horas que es de noche. Antes de comer, le pido a Valérie que vayamos a solucionar mi billete a Lima del día siguiente y accede encantada. Bajamos a la zona de ventanillas de la terminal de Cumandá y me encuentro ante un espectáculo que no había visto en mi vida. Decenas de hombres, niños y viejos cantan nombres de ciudades. Son los puntos de destino más comunes y aquellos que están en las rutas de mayor número de empresas. Es una especie de mercado en el que, en vez de cantar el precio del pescado, se cantan nombres de pueblos.

—¡Lago, Lago, Boca, Lago! —grita uno arrastrando la última letra.

—¡Puerto de Quito, los Bancos, Santo Domingo, los Bancos, los Bancos! —grita otro.

—¡San Lorenzo, Esmeralda, Esmeralda, Esmeralda, San

Lorenzo, Esmeralda! —grita un tercero.

—¡Agüitas aromáticas, chocolate, café, café, café! —chilla una mujer.

Nuevamente nos zambullinos en un universo de desconcierto donde nos encontramos rodeados de cien subastadores que no dejan de gritar, vendedores ambulantes de productos absurdos, puestos de venta de todo y todo mezclado con la gente que avanza arriba y abajo con sus enormes bolsos auestas. Tratamos de aislarnos de esta demencial situación y buscamos la ventanilla de Panamericana, la empresa que alguien nos ha recomendado. Pregunto por la hora de salida y me dicen que a las seis de la mañana del día siguiente. Eso significa que no pasaré en Quito más de unas horas en un mugriento hostel. Por algún motivo no saco el billete y le digo a Valérie que vayamos a cenar.

El lugar donde cenamos es un local amplio y desierto. Un letrero, que debió ser luminoso en algún momento, nos enseña la carta, compuesta principalmente por platos combinados y hamburguesas. No ha hecho falta más que detenernos delante de la puerta a leer el menú para que el camarero se haya levantado como un resorte y se encuentre frente a nosotros invitándonos a entrar. Habla tan rápido que apenas le entiendo, así que estoy seguro de que Valérie no lo hace. El camarero es un tipo gordo y bajo, de pelo grasiento y camisa blanca llena de lamparones que hacen juego con el resto del local.

—Después del hostel y del local de Internet, ahora no vamos a cambiar de estilo ¿no? —me dice Valérie.

—Por mí vale —le respondo.

Nos pedimos el combo especial del local, entre otras cosas porque cualquier intento de pedir otra cosa ha fracasado. Tratamos de hacerle entender al camarero que no queremos la Coca-cola que incluye el plato, que preferimos un zumo natural y que pagaremos lo que haga falta, pero no hay quien lo mueva de su sitio: el combo incluye una Coca-cola o un agua aromática y eso es lo que hay. Nos decidimos por las aguas

aromáticas, para descubrir con sorpresa que no son más que infusiones que acabará tomándose Valérie.

Comemos poco porque nos da asco. Encontramos el pie de un gallo en el caldo —con lo que bromearemos el resto del tiempo que estaremos en Quito— y no acabamos de atrevernos con la ensalada. Entretanto, las calles se han ido quedando vacías, así que nos largamos al hostal.

De camino, pasamos por delante de una parada de taxis y al verlos se me ocurre preguntar a uno de ellos si conoce algún autobús que vaya directo de Quito a Lima. El de Panamericana solo me deja en la frontera con Perú, donde tendría que buscarme la vida. Me cuenta que hay una empresa, Orteño, que hace enlaces directos, pero que no opera desde Cumandá, que tiene su propia terminal al norte de la ciudad. Según nos dice, tiene salidas a las cuatro de la mañana.

Aprovechando que no he sacado el billete aún, decido cambiar de planes y coger el Orteño. Según mis cálculos, será suficiente con levantarme a las tres, bajar y coger un taxi que me lleve a la terminal de Orteño y de ahí directo a Lima. Me despido de Valérie con mucha pena y un abrazo largo y estrecho. Nos deseamos suerte y juramos que volveremos a vernos.

Preparo mis cosas para el día siguiente y me meto en la cama vestido, sin siquiera quitarme las zapatillas. Antes he forrado la almohada con una camiseta sucia para poder usarla. Solo espero que no haya pulgas o chinches.



Noche de perros

Las tres están a la vuelta de la esquina, y no necesito el despertador para ponerme en pie. Me levanto de un salto y salgo sin lavarme la cara. Bajo y despierto a la casera para

que me abra la reja. Llego a la parada y pido que me lleven al terminal de Orteño. Tres taxistas empiezan a discutir sobre el sitio donde está esa terminal y ninguno parece tenerlo claro. Se gritan entre ellos y cada uno me dice que no haga caso a los demás, que es él quien sabrá llevarme. Al final me decido por uno, el que más insiste, aunque me arrepiento nada más subirme al coche.

El taxista es un tipo con aspecto de cama sin hacer, con los ojos casi cerrados y ojeras que le cubren toda la cara. Tiene restos de espuma blanca en la comisura de los labios y apesta a alcohol. Arrastra las palabras de tal manera que no consigo entender ni la mitad de lo que dice. Al minuto de salir me queda claro que no tiene ni puta idea de dónde está la terminal de Orteño. Son más de las tres y media y las calles están desiertas. Se salta todos los semáforos y da algunas vueltas antes de llevarme a una calle y detener el taxi en una parada de autobús urbano.

—Aquí es —me dice.

—Aquí no hay nada —respondo espantado.

—Aquí es, jefe. Usted quería venir a Orteño y aquí es.

—Pero si aquí no hay nada —vuelvo a responder, aunque ya sé que no servirá de nada con el borracho—. Ni autobús, ni sitio donde comprar el billete, ni gente ni nada.

Él se ha bajado del taxi y pretende que haga lo mismo, pero me niego, por supuesto. No pienso quedarme allí solo y así se lo hago saber. Después de tratar de razonar con él y de pedirle que busquemos la forma de preguntar a alguien que sepa llegar al lugar, me rindo ante la evidencia: me ha engañado. Le pido que me lleve de vuelta al hostel, pero me dice que eso me costará cinco dólares más (el billete de ida lo acordamos en cuatro después de mucho regatear). Volvemos a regatear, aunque ahora él tiene la sartén por el mango y no se baja del burro. Yo empiezo a desesperarme. La falta de sueño me impide pensar con claridad y el miedo y el mosqueo hacen que pierda los papeles y empiece a maldecir.

—¡Joder, joder, joder! ¡Vaya mierda!

—No es mi culpa, jefe. Si quiere volver eso ya es otra carrera —dice con tono vencedor.

En el tiempo que llevamos allí no ha pasado ni un solo coche y hace frío. En un impulso, agarro mis mochilas y salgo del taxi. Estoy hasta los huevos del puto borracho que me ha engañado y trata de sacarme más pasta. Le digo que se largue, que me volveré al hostel yo solo. No es una maniobra de regateo, es un puro impulso inconsciente, pero funciona y me propone llevarme de vuelta por un dólar más.

—En total serán cinco —me propone.

—Venga, pero lléveme a Cumandá, que voy a tomar el autobús de las seis— acepto.

En tres minutos estamos en la terminal, lo cual me confirma que antes hemos dado algunas vueltas buscando el sitio. Las taquillas están cerradas y la estación está llena de yonquis, putas, vagabundos helados envueltos en mantas, ojos pegados, bostezos, manos en los bolsillos y bebés empaquetados a las espaldas de sus madres. Ya a esas horas hay tipos cantando destinos. No puedo creer lo que me está pasando. Sigo sin poder trazar un plan con claridad y voy dando tumbos en base a impulsos. Quizás es que me haya acostumbrado a hacer las cosas consultándolas con Valérie o quizás haya sido solo un poco de mala suerte. El caso es que allí estoy, a las cuatro y media de la madrugada, en la estación de autobuses de Quito, Ecuador, muerto de sueño y con algo de frío esperando un autobús que aún tardará en llegar más de una hora.

Un nuevo impulso me hace volver al hostel. Está a tan solo dos minutos caminando y pienso que aún puedo arañar una hora de sueño. Ejecuto el nuevo plan, lo que me permite dormir una hora y vuelvo a la estación, que ya empieza a ser un hormiguero. Trato de sacar el billete pero la señora me dice que ya está todo vendido, aunque puede darme plaza en el siguiente viaje, una hora más tarde. No puedo creer lo que

oigo y le explico que el día anterior me dijeron que solo había un autobús, a las seis de la mañana. La señora me responde que no, que hay uno cada hora. Definitivamente, necesito dormir, así que vuelvo al hostel pensando en que le den por culo a todo Ecuador y a su puta madre. La casera se muestra simpática y comprensiva a pesar de la noche que le estoy dando.

—Debería usted descansar, señor. No tiene buen aspecto —me comenta al entrar.

—Lo sé, hace tres días que no duermo bien y no doy ni un paso sin equivocarme. Me voy a la cama. Por favor, dígle a la señorita que viene conmigo que venga a mi habitación cuando se despierte. Gracias.

Cuando me vuelvo a meter en la cama son las cinco y cuando me despierta el ruido de un hostel de mala muerte son las ocho. Esas tres horas me han despejado, así que hago un plan sin levantarme. Según lo que me han comentado, el viaje a Lima consta de dos partes: de Quito a la frontera —a un pueblo llamado Huaquillas— y desde allí hasta Lima. El primer viaje tarda doce horas, y el segundo veinticuatro. Con esto, me parece buena idea tomar un autobús a las ocho de la tarde en Quito que me deje en la frontera a las ocho de la mañana del día siguiente. Allí, tomar el de Lima, con lo que estaría en mi destino el miércoles por la mañana temprano, lo que me daría tiempo para buscar otro autobús o, al menos, un sitio donde dormir. Además, eso me permitiría pasar toda la mañana en Quito con Valérie.

Me parece un buen plan y me levanto dispuesto a ponerlo en práctica. En la recepción me dicen que la señorita ha dejado recado de que la espere.

—Le dimos su mensaje, pero nos contestó que no quería despertarle, que necesita usted descansar —me explica con ternura la casera.

Imagino que Valérie estará en el locutorio, revisando su correo, así que me dirijo allí y me alegro mucho de ver, desde

la calle, su perfil leyendo de la pantalla con atención.

Lunes, 29 de junio de 2009

Solo con ver de nuevo la sonrisa de Valérie y su esbelto cuello, decido que ha merecido la pena la noche de perros que he pasado. Lleva ya un buen rato en el locutorio tratando de quedar con unos amigos, así que cuando yo llego ya está terminando. Trazamos un plan para pasar el día, donde lo primero de todo es sacar mi billete. Lo hacemos y nos vamos al centro a pasear. Solo llevamos unas horas, pero ya nos movemos como peces en el agua por las peligrosas calles de los alrededores de la terminal de autobuses; el centro no está lejos.

Es temprano y me siento bien. Las calles del centro histórico son mucho más seguras, bonitas y, desde luego, huelen mejor. Tomamos unos zumos y unos pasteles de chocolate, nos sentamos en un parque, hacemos unas fotos, esquivamos algunos limpiabotas y acabamos por llegar a la oficina de turismo. La chica que nos atiende es realmente guapa. Nos proporciona un mapa y nos recomienda algunos sitios para ir. También se encarga de señalar una parte del mapa y dibujar una enorme equis.

—Por esta zona no debéis ir nunca, que no hay gente buena —nos advierte.

—Justamente ahí es donde tenemos el hotel —respondemos entre risas.

Tenemos poco tiempo, así que vamos descartando destinos y ordenando las cosas que no nos queremos perder. El primer sitio donde queremos ir es a la ciudad de la mitad del mundo para hacernos una foto en la raya que separa el hemisferio norte del hemisferio sur. Para ir hasta allí debemos coger el trolebús. Es una especie de cruce entre un metro y un autobús. El funcionamiento es exactamente igual al de un metro pero, sin embargo, los vehículos son autobuses normales que van por las calles como cualquier otro. Los conductores

van cantando las paradas a pulmón y el resultado es perfecto. Durante todo el día lo estaremos usando y nunca tendremos ningún problema. Me encantan las ciudades en las que el transporte público funciona tan bien y te facilita tanto la vida.

En la última parada del trolebús debemos bajarnos para tomar un autobús de línea normal que tiene como última parada «la mitad del mundo». Este autobús me resulta un tanto curioso. En primer lugar, nadie paga al entrar. El conductor nos invita a que entremos y tomemos asiento y nos insiste en que no nos preocupemos por el dinero. Más tarde, un tipo flacucho con la camisa abierta —lo suficiente para enseñar su pecho—, pasará por los asientos cobrando a cada uno lo suyo. Lleva un fajo de billetes en una mano y una pila de monedas en la otra y es capaz de mantener la verticalidad en el autobús a pesar de los muchos tumbos que va dando.

Cada vez que llega una parada, el conductor se pone a cantarla usando un tono muy parecido al que usaban los vendedores de boletos del terminal. Al mismo tiempo, el cobrador del pecho descubierto se asoma a la puerta —sacando medio cuerpo— y grita a la calle el destino del autobús.

—¡La mitad del mundo, la mitad del mundo! —grita a la gente.

La puerta siempre permanece abierta, lo que hace que la gente se suba y baje en marcha, y permitiendo al cobrador sacar su cuerpo y ponerse a gritar siempre que quiera. Pienso para mí que, a pesar de no ser un sistema muy ortodoxo, lo cierto es que funciona.

En poco menos de una hora hemos llegado al norte, donde se encuentra la ciudad del fin del mundo. Quito es una ciudad alargada, y casi la hemos cruzado de punta a punta entre el trolebús y el autobús, pero al final estamos donde queríamos. El lugar no es nada del otro mundo, y nos sorprende la ausencia de turistas extranjeros. El recinto se encuentra casi desierto y las pocas personas con las que nos cruzamos tienen

aspecto de ecuatorianas. Estamos a dos mil cuatrocientos metros de altitud y creo que es eso lo que me ha provocado el dolor de cabeza que me persigue desde hace un rato.

Tengo un neceser lleno de pastillas, cremas y otros ungüentos; tengo vendas y hasta condones, pero no tengo un maldito comprimido de paracetamol. Damos unas vueltas, hacemos unas fotos, compramos unas postales y nos volvemos al centro tomando de nuevo el fantástico transporte urbano.

Estamos buscando asiento en el trolebús cuando se nos acercan dos niñas pequeñas que parecen hermanas. Van vestidas con andrajos y tienen las caritas sucias y los pelos enredados. Cada una de ellas tiene una bolsa de caramelos que venden a cinco centavos. Nadie les hace caso y yo me pregunto qué nivel de dureza debe tener un corazón para ignorar a dos niñas que venden caramelitos. Solo de imaginar a la pequeña María, la hija de mi gran amigo Sergio, vendiendo caramelitos en un metro se me cae el alma a los pies.

En todo Centroamérica, y ahora en el sur, es bastante habitual encontrar a niños vendiendo cosas absurdas o limpiando botas, pero la mayoría de las veces no me afecta tanto como me afectaron las dos hermanitas vendiendo golosinas. Me pregunto por qué ocurre así, por qué a veces soy capaz de ignorarlos y otras no. Me pregunto, además, cuál es la situación que prefiero. Sea como sea, mi obligación, como la de ellos y la de cualquiera, es seguir adelante. *The show must go on.*³⁶

Después de las dudas, hago lo necesario para pasar el trago, y a otra cosa mariposa: les compro unos cuantos caramelos y les regalo uno a cada una. Me aseguro de abrir el envoltorio para obligarlas a comérselo y que no los vuelvan a revender. Aceptan los caramelos pero ni siquiera sonrían o muestran el más mínimo gesto de agradecimiento. Tan solo agarran el caramelo y se largan sin mirarme. El resto del trayecto lo haremos en silencio.

³⁶ El espectáculo debe continuar.

El día transcurre y seguimos visitando sitios y comiendo en los baratísimos puestos de fruta. Conocemos a unas australianas con las que compartimos taxi, hablamos con la gente del lugar, subimos al mirador y pateamos el centro de la ciudad. Tenemos pendiente buscar *hostel* a Valérie, que se quedará en Quito al menos unos días más y, por supuesto, no tiene la más mínima intención de seguir en los caminos del sol. Ha buscado por Internet uno que parece *cool*, como le gusta decir, pero debemos encontrarlo y comprobar si tienen alguna cama libre.



Dos promesas

Pero antes, en una de las calles más comerciales del centro, nos topamos con un local que se dedica a vender pendientes y hacer tatuajes. Entramos para preguntar cuánto tiempo se necesita para poner un pendiente y me dicen que es inmediato, que solo son dos minutos. Decido ponérmelo para cumplir con la tradición de los marineros que cruzan por primera vez el ecuador. Según Cameron, el capitán del velero que conocimos en Panamá, aquel marinero que cruza el ecuador por primera vez tiene dos opciones: ponerse un pendiente o raparse la cabeza. Me gusta más la primera opción, así que le digo al tipo que adelante.

—¿Qué oreja prefiere?

—No sé, me da igual —respondo—. ¿Cuál prefieres tú, Valérie?

—No sé.

—Yo lo tengo en el izquierdo —me dice el muchacho que se va a encargar de la operación.

—Vale, pues el izquierdo entonces —respondo mientras

trato de recordar algo que me dijo una vez mi tía Ana acerca de que los hombres con pendiente en la oreja derecha son maricones; aunque quizás fuera la izquierda.

(¡Clac!)

El muchacho ha accionado una especie de pistola cargada con un pendiente que yo mismo he elegido, y listo. No he sangrado nada, no me ha dolido y no se me ha hinchado. Me recomienda que me lo lave con asiduidad y que lo mueva de vez en cuando, al menos durante cinco días. Luego ya podré ponerme el que quiera. Calculo inconscientemente dónde estaré yo dentro de cinco días, pero no llego a ninguna conclusión. Salgo del lugar y me doy cuenta de que ni siquiera me he mirado a un espejo. Aún pasarían algunas horas antes de que me llevara la sorpresa de verme con un pendiente en la oreja.

—Busquemos tu *hostel*.

—Si no quieres, no es necesario, ya lo buscaré yo cuando tú te vayas.

—De eso nada; prefiero irme dejándote instalada. No me gusta que te quedes sola en nuestro pútrido *hostal*.

Vamos a recoger nuestras mochilas, que durante todo el día han tenido la amabilidad de guardarnos en los caminos del sol y, mapa en mano, nos encaminamos a buscar The Secret Garden³⁷, el *hostel* que Valérie ha encontrado por Internet. Después de un rato en trolebús y otro tanto pateando empinadas calles de barrio con olor a pan, a fruta fresca y a incienso, llegamos al sitio.

Es realmente *cool*. Está decorado con un estilo *hippie* muy divertido. Es limpio y fresco. Tenemos que subir tres pisos por estrechas escaleras para llegar a la azotea, que es donde tienen la recepción. Allí tienen una terraza donde varios mochileros toman copas escuchando música *reggae*. Las vistas de la ciudad son magníficas. El sitio es perfecto, aunque tiene el inconveniente de no contar con ninguna cama libre.

37 El jardín secreto.

Me alegro entonces de haber venido a acompañar a Valérie, porque si hay que buscar donde pasar la noche, siempre viene bien algo de compañía. La chica del *hostel* nos recomienda un *hostal* que hay cruzando la calle. Si bien no es tan alegre como el primero, también está muy bien. Tiene una habitación individual, tiene Internet, sala de televisión, buen ambiente, es limpio y, lo que es más importante, tiene cocina.

—No puedes irte sin cumplir tu promesa —me dice con tono gracioso.

Le prometí que le haría una tortilla de patatas y es el momento perfecto para cumplir mi palabra. Son más de las cuatro de la tarde y aún no hemos almorzado. Mi autobús sale a las ocho, así que tenemos tiempo de sobra, y el barrio está lleno de tiendas de comestibles.

—Te vas a enterar, colega —le digo.

Bajamos y hacemos la compra en un *santiamén*: una patata enorme, tres cebollas, cuatro huevos, una botella de aceite y una bolsita de sal. La cocina está situada en la azotea del edificio, que tiene tan buenas vistas como las de The Secret Garden, aunque sin música *reggae*.

Cocino la tortilla y me sale rica, aunque se me pega un poco por culpa de la sartén vieja y abollada. Disfrutamos de un último ratito juntos sentados a la mesa, en una azotea de Quito con excelentes vistas, comiendo una sabrosa tortilla de patatas con unos plátanos de postre. Me va a dar mucha pena tener que despedirme, pero no me queda otro remedio, así que decido adelantarle e irme un rato antes para evitar la noche.

Los días que he pasado al lado de Valérie han sido los mejores del viaje, y así se lo digo. Creo que los planes de quedar en el futuro, en la pequeña Europa, que se recorre en un día, son ciertos, no son dichos por decir. Creo que volveré a verla pero, por si acaso me llevo un último beso.

El camino de vuelta a la estación lo hago sin problemas, y en media hora ya estoy de vuelta en el nauseabundo infra-

mundo de la terminal de autobuses. Antes, me he pasado por el hostel para recoger mi mochila. En agradecimiento al trato recibido, le digo a la chica que le regalo uno de los escudos de la mochila.

—Son ciudades que he visitado. Escoge el que más te guste —le digo.

—Este —me responde señalando el escudo de Praga.

Lo arranco de un tirón y se lo pongo en la mano. Creo que le ha hecho ilusión.

Llego con casi dos horas de adelanto, pero no me importa porque las puedo dedicar a leer o escuchar música. Pago veinte centavos de impuestos para poder acceder a la zona de andenes y allí me busco acomodo en un banco. Se supone que esta zona está limitada a gente que ya tiene su billete, pero sigue llena de tipos cantando destinos, vendedores y yonquis.

Me fijo en uno de ellos por tener un aspecto singular. Es pequeño y encorvado, lleva una chaqueta que le queda tan grande que las manos no le asoman por las mangas. Arrastra los bajos del pantalón y lleva los brazos colgando de los hombros. Da la impresión de que es un hombre que ha sido reducido dentro de la ropa. Tiene un bigote largo, que sobrepasa un poco la comisura de sus labios y su labio inferior se sitúa por encima del superior, confiriéndole un gesto de hombre peligroso. Sin embargo, por su forma de andar arrastrando los pies, puede verse que es un pobre diablo.

Susurra los nombres de los destinos con la misma fe que un ateo, y pienso que seguramente viviera otros tiempos, y que seguramente a veces se preguntará cómo llegó hasta donde está ahora.

Aprovecho el rato que me queda para hacer balance de la situación del viaje. Aunque las cuentas que hicimos Valérie y yo parece que cuadran, no las tengo todas conmigo. Sobre todo me preocupa el viaje entre Lima y Santiago de Chile. No tengo claro que ese viaje pueda hacerse en tan solo dos días y más allá de eso, temo que me fallen los enlaces. Hasta ahora

he tenido mucha suerte y siempre he tomado el autobús adecuado en el momento adecuado. Incluso hoy, con lo que ha llovido, voy a coger el autobús que más me interesaba, que es el que viaja de noche.

Lo que no tiene marcha atrás es la renuncia a visitar Bolivia, un lugar que tenía mucho interés en ver. También tendré que renunciar al Machu Picchu y al lago Titicaca. Ni siquiera sé cuánto tiempo podré pasar en Lima. No quiero sacrificar tiempo de estancia en la Córdoba argentina con mis tíos, porque creo que merecen al menos una visita de dos días.

Hace ya un buen rato que es noche cerrada. Sigo esperando mientras contemplo el caos de autobuses que tratan de salir del terminal a costa de los demás. Son los propios vendedores de destinos los que organizan y desorganizan el tráfico.

Es la ley de la jungla.

Acudo a la ventanilla para preguntar si saldremos a tiempo y me encuentro ante el mismísimo Michael Jackson en persona. No puedo ocultar mi cara de sorpresa y posterior vergüenza. Lleva un gorro negro por debajo del cual sobresale un mechón de pelo que le cae por la frente y por encima de unas enormes gafas de espejo. Tiene la cara blanca a base de maquillaje y un esparadrapo le sujeta la nariz para mantenerla respingona y afilada. Tiene los labios pintados. Es el puto Michael Jackson de cuerpo presente. Ni siquiera puedo preguntarle nada; sencillamente me vuelvo a mi sitio.

Al poco tiempo llega el autobús y me incorporo a los pasajeros que ya había. Desde que decidí viajar en clase económica me encuentro con auténticos engendros de autobuses. Este es uno de ellos. No tiene aire acondicionado y los asientos son tan estrechos que apenas me cabe el portátil sobre las rodillas. Me siento junto a la ventanilla y, a mi lado, hace lo propio un tipo con bigote. Cruzando el pasillo están su mujer y su hijo. Viajan a ver a su madre, según me cuenta. Mientras charlamos y un vendedor ambulante trata de hacernos creer que necesitamos un DVD con el *reggaetón* del chavo del ocho,

llega una señora que quiere ocupar el asiento del señor del bigote. Utiliza ademanes un tanto bruscos para hacerle ver que ese sitio le corresponde a ella, que tiene el boleto para demostrarlo. El pobre diablo no sabe qué hacer. Le ofrece el asiento que le corresponde a él, el número cuatro, pero ella se niega: quiere su sitio. Intercedo ofreciéndole el mío y, tras pensarlo como si la vida le fuera en la decisión, acepta. Me largo al asiento número cuatro, en la primera fila. Delante de mí, un cristal opaco está pegado a mis rodillas. A mi izquierda, dos monjas. A mi derecha, una monja. En el horizonte, doce horas de curvas.

—Hoy por ti, mañana por mí —pienso mientras busco acomodo.

Martes, 30 de junio de 2009

El día empieza a aclararse, dejándome ver, a través del trocito de ventanilla que tengo a mi derecha, un océano de bananeros. El sur de Ecuador abastece de plátanos a todo el mundo, y en cualquier mercado puedes encontrar tantos puestos de vendedores que el precio es irrisorio. Hace ya días que me alimento casi exclusivamente a base de plátanos. Bastan cincuenta centavos para comprar una docena, con la que tengo comida asegurada para dos o tres días. El resto de fruta no siempre es barata. De hecho, los cítricos o las manzanas pueden llegar a ser muy caras.

Si todo va bien, a las ocho llegaré a Huaquillas, y a partir de entonces tendré unas tres horas para cruzar la frontera. En el local donde me puse el pendiente estuvimos hablando con un tipo que nos explicó todos los pasos que tendría que dar. Según nos contó, él suele hacer ese trayecto, y me aconsejó todo lo que debo saber. Espero que salga bien.

Son las ocho y el autobús se detiene en mitad de la autovía. El conductor empieza a gritar que es la parada de inmigración de Huaquillas; nos mete prisa para que bajemos. Salgo del autobús como un amante que abandona la habitación de su querida cuando llega el marido: medio aturdido, con las zapatillas en una mano y mis bolsas y abrigo en la otra. Cuando estoy fuera, puedo ver como alguien saca mi mochila del maletero y la tira a la cuneta junto a otras. En cuestión de segundos, el autobús ya ha arrancado. Prácticamente nos hemos bajado en marcha. Estoy acompañado de tres mochileros americanos con los que he intentado en vano establecer contacto. No se han mostrado muy receptivos; han pasado de mí; paso de ellos.

Lo primero que tengo que hacer es cruzar la autovía, puesto que la caseta de inmigración de Ecuador está en el lado contrario. Afortunadamente no hay mucho tráfico, pero

yo voy muy cargado y no puedo fiarme. Junto a nosotros ya tenemos a varios tipejos ofreciendo sus servicios de taxi o de lo que sea con tal de sacarte unos pavos. Los ignoro sistemáticamente y llego a la ventanilla. Detrás del cristal, un funcionario con cara de pánfilo escribe un SMS con su móvil. Me ha extendido su mano para que le dé el pasaporte, pero ni siquiera me mira, sigue pendiente de su teléfono. Desde mi posición no alcanzo a ponerle el pasaporte en la mano, así que la sigue agitando en el aire un buen rato.

Me muerdo la lengua.

Tengo prisa por quitarme los trámites de encima y llegar hasta la terminal de autobuses, quizá con un par de horas antes de que comience el viaje y así tener tiempo de escribir algo o, con suerte, poder conectarme a Internet.

El funcionario comienza a teclear en su ordenador y al cabo de unos instantes me dice algo que no entiendo. Está detrás de un cristal blindado que tiene una ventana del tamaño de una pelota de tenis, habla con mucho cuajo y sin mirarme y afuera hay mucho ruido de coches. Me repite lo que quiera que dijera, pero lo vuelve a decir sin levantar su puta cara de cuajado y no me entero de nada.

—Necesito que me hable más alto y más claro, señor. No le puedo escuchar porque hay mucho ruido —le digo en el tono en que se le habla a un niño de tres años.

—Le digo que este sello de entrada a Ecuador es falso —me dice mirándome al fin.

—¿Falso? —respondo esperando que no confundiera el hecho de no entenderle antes con nervios—. No puede ser, yo mismo vi cómo lo ponían.

—¿Cuánto le han cobrado por este sello? —me pregunta haciendo oídos sordos a lo que le acabo de contar.

—Nada, no me han cobrado nada.

—Hágase a un lado, por favor —me dice con el puto móvil en la mano de nuevo.

«Maldito gilipollas de los cojones», pienso mientras me

echo a un lado para dejar pasar a los americanos. «Si de verdad piensas que es falso, suelta el puto móvil y sal a detenerme, gilipollas».

Cuando termina con el tercer americano, me pide de nuevo el pasaporte y comienza a comparar los sellos. Por algún motivo, llega a la conclusión de que el mío es falso. Por cojones es falso. Me da los dos pasaportes, mientras el americano nos mira con cara de sorpresa.

—Compárelos y dígame usted mismo las diferencias —me dice el cabrón.

Los comparo y la única diferencia que aprecio es el tamaño de la letra. El sello no es más que un texto estampado con una impresora matricial, como las que usan los bancos para las libretas de ahorro. Basta que se mueva un poco el papel durante la impresión para que la letra salga alargada o achataada. Por supuesto, no voy a intentar que el garrulo que tengo enfrente comprenda esto.

—Yo no veo ninguna diferencia, son iguales —le digo convencido.

El americano está desconcertado. Sus dos colegas le están esperando en el taxi y él está ahí, viendo como un nota está comparando su pasaporte con el suyo. Trato de explicarle lo que pasa, pero eso a él le da igual, claro. Al final le doy su pasaporte y le digo que se puede ir. ¡Se lo digo yo! El gilipollas sigue jugando con su móvil de los cojones. Me siento como en una película de García Berlanga y no sé qué hacer.

—Sus datos no aparecen en el ordenador, señor —me dice al fin.

—Puede ser algún problema informático, suele ocurrir, se lo digo yo que me dedico a eso —improvisado como un imbécil.

Lo que más me jode es que no hace nada. Si de verdad piensa que soy un ilegal o algo así, ¡qué coño hace!

—¿Puedo hablar con su jefe? —me sale de la boca sin siquiera pensarlo.

—Claro señor, como quiera.

En unos segundos sale de la caseta un policía gordo y con cara de buena gente. Le explico lo mejor que puedo toda la situación y le doy un par de formas de comprobar que mi entrada al país fue legal. Me escucha con atención y me dice que pase a una sala. Allí me hace esperar mientras entra en la caseta de Mr. SMS. Después de una espera interminable de varios minutos, el jefe me devuelve el pasaporte y me pide que vuelva a la ventanilla. Eso hago.

—¿Me deja su pasaporte, por favor? —me dice el pánfilo como si fuera la primera vez que me viera.

—Claro, aquí tiene —le respondo siguiéndole el juego.

—Está bien, puede pasar —me suelta.

—¿Algún problema? —digo sin tener que decir.

—Antes no me aparecía en el ordenador. Alguien introdujo mal su nombre, y puso «Glán» en vez de «Galán». ¡Cómo quieren que encuentre su nombre si no lo teclean bien! Así no se puede trabajar.

Se me ocurren simultáneamente varias formas de sodomizarle hasta morir. Se me llena la boca de respuestas, pero me las trago todas. Creo que hoy no voy a necesitar almorzar. Ni cenar.

—Gracias señor.

—Gracias señor.

Me cuelgo la mochila y me largo de allí con un mosqueo de dos pares de narices. El policía gordo me vuelve a llamar.

—¿Ves a aquél hombre del sombrero? Se encarga de los taxis. Pídeselo a él, no le hagas caso a aquellos hombres. Son malos, son ladrones y te engañarán —me advierte mientras señala a un grupo de hombres que charla con los americanos.

—Le agradezco su ayuda, es usted muy amable.

El hombre del sombrero me consigue un taxi a quien pido que me lleve al puesto de inmigración de Perú. Me dice que solo me puede llevar hasta el puente que hace de frontera entre los dos países, que no le permiten seguir más allá. Le entiendo y acepto.

El viaje solo dura unos minutos por autovía hasta llegar a escasos doscientos metros del puente fronterizo.

—Debo dejarle aquí, señor. El puente está al final de esta calle.

Delante de mi se extiende una larga calle flanqueada por puestos de venta de fruta. El piso es tierra y barro, por lo que el taxi no puede llevarme más lejos. Está llena de gente haciendo compras y trapicheando. Siento un escalofrío al pensar que tengo que quedarme allí solo y caminar durante un buen rato hasta llegar a cruzar el puente. Me he visto en situaciones parecidas en lo que llevo de viaje, pero hoy tengo miedo. Quizás influya el hecho de que me haya acostumbrado a viajar con Valérie.

—Una vez cruce el puente, deberá tomar una moto-taxi que le lleve hasta el puesto fronterizo de la entrada a Perú —me dice el taxista cuando ya me he bajado del vehículo—. Suerte amigo.



Once fronteras

Respiro hondo, escondo la cámara de vídeo y cruzo la calle sin levantar la vista, y quitándome de encima a todos los buscavidas que tratan de darme por mi blanquito culo. Estoy hasta los cojones de tener que regatear cada puto taxi, cada cambio de moneda o cada botellín de agua. Estoy hasta los cojones de que traten de engañarme, tengo un mal día. El Sr. Puto SMS me ha jodido el día. Guardo la cortesía en el bolsillo de los dos candados y me trago la llave. Que os den a todos.

No tardo en encontrar una moto-taxi. Por una vez, el taxista es simpático y no trata de engañarme; me pide dos soles, que es exactamente lo que me dijo el policía que me pedirían.

Aún no tengo soles, así que le ofrezco un dólar —casi tres soles— que acepta. El trayecto es divertido; son unos cinco minutos por una carretera por donde solo permiten circular a moto-taxis. Son ciclomotores que tiran de una pequeña cabina con un asiento para tres plazas. En Perú están por todas partes.

La gestión del papeleo en el lado de Perú es sencilla, aunque me atienda una señorita a un móvil pegada, un móvil superlativo, que hace que me aparezca el tic del ojo. Cambio algo de dinero y ya casi estoy. Solo me queda encontrar un colectivo que me lleve a Tumbes. Según salgo de las oficinas de inmigración, me asalta otro tipejo que trata de asustarme con una huelga de transportistas.

—Las carreteras están cortadas, yo te puedo llevar si quieres, no cojas un taxi porque no te dejarán pasar —me dice insistente—. Cinco dólares.

Ni siquiera lo sabe, pero está usando el terror para tratar de lograr su miserable objetivo, y eso tiene un nombre: terrorismo. Me da asco, auténtico asco y tengo ganas de sacarle los dientes con unos alicates y hacérselos tragar uno a uno. Por suerte para todos, me limito a ignorarle y a no decir absolutamente nada. Ni esta boca es mía. Me acerco al único taxista que veo y le pido que me lleve a Tumbes.

—Cuatro dólares.

—No pienso darle más de uno cincuenta.

—Por ese dinero tendrás que esperar a que venga más gente, no puedo llevarte solo.

—Me parece bien.

Esto es un regateo formal. Él tiene sus razones para pedir más y yo las mías para pagar menos. Llegamos a un acuerdo. Después de diez minutos, y justo cuando empiezo a ponerme nervioso, aparece mi taxista —que se había ido a buscar clientes— con dos hombres y una mujer. Nos subimos en el taxi; tengo que andarme listo para que uno de los hombres no me quite el asiento de delante. Tiene que ser la mujer la que

le pida que se siente detrás, con ella. Resulta que dos de ellos son policías y el tercer hombre es un delincuente a quien llevan detenido a los juzgados. El hijo de puta quería sentarse delante y dejarme a mí y la muchacha solos con el preso en el asiento de atrás. Malditos ineptos.

Creo que hoy me molesta todo.

Arrancamos. Es un trayecto de veinte minutos hasta la terminal de autobuses de Flores, el transporte más barato que he podido encontrar. Cuando ya casi estamos llegando nos encontramos la carretera cortada por un piquete. La huelga de transportistas va en serio y no nos dejan pasar. El taxista trata de negociar con la turba, pero es gracias al policía que podemos cruzar.

—Somos de la policía. Llevamos a un preso a los juzgados. Debemos pasar.

Tengo suerte de compartir el taxi con ellos. Tengo suerte de llegar a la terminal con una hora de adelanto.

La terminal es realmente cutre, pero me da igual. El billete me cuesta veinte soles, la mitad que con una empresa de más nivel. Le pregunto a la muchacha si me permite usar un enchufe para cargar el ordenador y me mira con cara de mala hostia para decirme que no, que «no está autorizada» a hacer «eso».

—De Internet ni hablamos ¿no? —le suelto en un tono borde del que no me arrepiento.

La hora de espera la dedico a dar un paseo por un mercadillo de fruta que hay próximo. He dejado las maletas a cargo de los americanos, que llegaron unos minutos después que yo. Después de todo, no les atracaron, y es que todos los caminos conducen a Roma. Compró más plátanos, algunas chucherías y me siento a dejar pasar el tiempo. Definitivamente he dejado de leer *Rayuela*. Una sola línea más y no vuelvo a escribir en todo lo que me queda de viaje. Maldito genio.

El autobús es el peor que he probado hasta el momento. Los asientos son tan estrechos que no puedo estirar las pier-

nas, es imposible. Por su puesto, no lleva aire acondicionado, aunque nos apañamos bien con las ventanillas abiertas. Hará cien paradas a lo largo del camino, una en cada uno de los pueblos o aldeas que nos vamos encontrando. Esto, en mi caso, es una ventaja porque me permite ver pueblos y gentes que de otra manera sería imposible. Cada parada es algo nuevo que ver, desde una vendedora de cocos a un perro tumbado al sol «lamiéndose la breva». Hace mucho calor y estoy deseando que arranque para notar el fresco de la ventanilla abierta. Los americanos deciden tomar el autobús de las tres. A pesar de salir cuatro horas más tarde que el mío, llega al mismo tiempo porque no hace paradas. Eso explica que el conductor se extrañara cuando intenté subirme al autobús.

—Creo que el suyo sale a las tres, señor.

—No, me dijeron a las once.

—Déjeme ver su boleto, por favor.

—Claro.

—Está bien, pase —me dice definitivamente con cara de extrañado.

Creo que piensa que vengo con los americanos. Incluso entre mochileros hay clases. Soy el único forastero en el autobús. Arrancamos al fin, pero antes el encargado de la seguridad se ha subido al vehículo con una Sony Handycam y nos ha grabado las caras uno por uno. Imagino que serán medidas de seguridad del país, porque al día siguiente, en el autobús que me sacará de Lima, me ocurrirá lo mismo.

El paisaje ya no tiene nada que ver con el que teníamos en Colombia y Ecuador. Ahora es mucho más árido y marrón. Apenas se aprecian árboles. Tras unos minutos, aparece de golpe el glorioso Pacífico. Después de no sé cuántos días, al fin tomamos una carretera que se pega a la costa, aunque solo disfrutaré de las vistas de playas de arenas blancas y palmeras durante unos minutos antes de que el autobús inicie una subida que le llevará al larguísimo desierto costero del Perú, que nos acompañará hasta Lima.

Nunca en mi vida he visto tanta pobreza. Centenares de chabolas y casas construidas con cañas se alinean a la carretera, única señal de vida en kilómetros a la redonda. En ocasiones pueden verse algunos secos huertos, intentos vanos de sacar algo de provecho de una tierra totalmente estéril. La mayor parte del tiempo, solo escombros, casuchas, basura y gentes apagadas. Huele a pobreza.

La carretera discurre recta, por lo que el viaje es cómodo a pesar de las estrecheces. Este autobús tiene la política de no permitir subir a los vendedores ambulantes, así que estos tienen que aprovechar para, en los pasos de peaje, mientras el autobús reduce la marcha, ofrecer sus productos colgados en palos que suben hasta la altura de la ventanilla. Es un espectáculo esperpéntico. Un puñado de niños y algunas viejas corren junto al autobús con cañas de cuyo extremo cuelgan bolsas con plátano frito, manzanas o bebidas de naranja. Algunos pasajeros compran con la mayor naturalidad, pero yo me he quedado tan asombrado que no reacciono. Imagino que la economía de esta zona está marcada por el paso del peaje. Dentro de la más absoluta miseria, los habitantes de esta parte tienen suerte de poder acceder a unos soles a costa de viajeros sedientos o hambrientos. Cuando vives en el desierto, cualquier brizna de hierba puede arreglarte el día.

El desierto se hará cada vez más árido hasta convertirse en una enorme playa viuda de un mar azul.

Miércoles, 1 de julio de 2009

Me he despertado cada hora, más o menos. Eso significa que he dormido, claro. Mal, pero he dormido, entre otras cosas para no tener que soportar —al menos no conscientemente—, el hedor que sale del baño. A medida que han ido pasando las horas, el olor se ha ido instalando en el ambiente y de madrugada ya era casi inaguantable. La llegada está prevista para las seis, así que cuando me despierto a las seis y cuarto ya no quiero volver a dormirme. Me plancho un poco, me cepillo los dientes, bebo algo y ya estoy listo.

Me asomo a la ventana y veo una ciudad que madruga. Las calles están llenas de coches que pitan sin parar. Tengo la impresión de que usan el claxon en vez del intermitente. La mayoría de los coches son de transporte público, sobre todo pequeñas furgonetas con tres o cuatro filas de asientos o taxis colectivos. La competencia es brutal. A diferencia de la mayoría de las ciudades, donde el transporte urbano es cosa del propio ayuntamiento, aquí parece que está liberalizado. Los conductores de los *minibuses* no dejan de gritar los destinos, tratando de llamar la atención de los peatones que esperan en las paradas. Algunos incluso tienen el destino escrito en cartulinas de colores que agitan sacando por la ventana. Eso sí, no dejan de pitar. Eso nunca.

Grabo algunos vídeos de las afueras, algunas fotos y enseguida estamos en la terminal de Flores, la empresa del autobús. Si quiero estar el día siete en Montevideo para tomar mi avión a Nueva Zelanda, no puedo entretenerme, así que después de asearme un poco en el servicio público, me dirijo a preguntar los horarios, que no acaban de convencerme. O salgo inmediatamente —en dos horas— o tengo que esperarme a bien entrada la tarde.

—¿Algún sitio donde pueda conectarme a Internet? —le

pregunto a la señorita.

—¿Cómo? —responde con la nariz arrugada.

—¿Internet? —resumo.

—Aquí no tenemos, pero ahí enfrente, en Civa, tienen.

Cruzo la calle y entro en Civa, que resulta ser la terminal de autobuses de la empresa de la competencia. Tienen *wifi* y enchufes. Perfecto; tenía todas las baterías secas. Ya que estoy aquí, pregunto los horarios. Tienen una salida perfecta, a la una y media. Son las siete de la mañana, así que tengo tiempo de subir algunas entradas al *blog*, responder algunos correos y darme un paseo por Lima. Saliendo a la una y media estaré en la frontera con Chile a eso de las nueve de la mañana del día siguiente, con tiempo suficiente para cruzar la frontera y tomar otro autobús que me deje en Santiago. El billete me cuesta algo más caro, porque la empresa tiene más caché, pero no me importa.

Compro mi billete y me lo guardo en el pecho; me pongo a revisar el *blog* y veo que las entradas que estaban programadas no se han publicado. Algo ha ocurrido. Las publico manualmente y subo algunas más. Para cubrirme las espaldas con posibles problemas en el futuro, doy a mi buen amigo Cayetano permisos para que pueda administrar y encargarse de publicarlas manualmente si fuera necesario. Me quedo más tranquilo; para mí es importante publicar el *blog*. Escribir es una parte trascendental en mi viaje.

Dejo las mochilas en consigna y me voy a pasear tranquilamente. Sin los bultos no tengo pinta de turista. Está claro que mi careto da el cante de forastero, pero no es lo mismo eso que turista. Pregunto a un policía y me recomienda un parque cercano, el parque de la Exposición. No es gran cosa, pero es bonito. Es miércoles por la mañana, así que está bastante tranquilo. Creo que es justo lo que necesitaba, un parque, fresco —hace un día primaveral perfecto—, una sombra, un trocito de césped. Lo recorro en un breve paseo de media hora y me busco un buen sitio donde descansar. Sí, me paso

horas sentado, hasta el punto de tener los tobillos totalmente deformados, pero necesito descansar. Necesito poner los pies en alto y desconectar. Sobre todo necesito desconectar, y eso hago. Alejo cualquier pensamiento. No hago ninguna excepción; absolutamente ninguna.

Mi letargo dura un par de horas y solo ha sido interrumpido por un niño de un par de años que tiene mucho interés en enseñarme el caracol que ha encontrado. Habla mucho, pero no le entiendo absolutamente nada, es como si hablara japonés. Tiene rasgos orientales y seguro que habla japonés. Me recuerda por eso al pequeño Miguel, el hijo de mi amiga Teresa. No me molesta en absoluto, al contrario.

—¿Tú le entiendes? —le pregunto a la chica que está con el niño.

—Yo no —me responde con risa tímida.

El *peque* sigue y sigue hasta hacer que no pueda parar de reír. Creo que se ha enfadado.

Me levanto y doy unas vueltas por la ciudad, por las calles llenas de gente y de tráfico, de vendedores, de tipos reparando publicidad, de pedigüeños, de listos, de policías, de colegialas, de figuras y de caras chinas. Compró algo para comer, unas latas de atún, un poco de pan y algo de fruta. Quiero comprar una postal, pero me es imposible encontrarla. Cada vez que pregunto por una tarjeta postal me ponen caras raras. Debería buscar el nombre con que las conocen aquí, pero hoy ya no tengo tiempo.

Vuelvo a la terminal con media hora de margen, así que me siento y me pongo a charlar con un viejo, Heraldito, cara dura como cuero, sombrero, rebeca a pesar del calor, bastón y sonrisa sana. Vamos a hacer el mismo viaje hasta Santiago.

Se trata de una conexión parecida a la que había entre Ecuador y Perú, es decir, primero tenemos que ir al último pueblo del país, en este caso Tacna. Una vez allí, tomar algún transporte a la frontera, arreglar papeles, y de ahí otro transporte a Arica, el primer pueblo de Chile, donde podremos to-

mar un autobús hasta Santiago. Siempre viene bien ir con alguien, te da seguridad, por no hablar de que compartir transporte siempre sale más barato.

Mientras charlamos escucho mi nombre por megafonía. Ni siquiera sé cómo lo he oído —por norma general suelo ignorar las megafonías del mundo—. Quizás mi cerebro siempre ha estado ahí atento, de guardia, y nunca lo he sabido. Acudo a la ventanilla de información y me dicen que van a cambiarme de autobús, que van a pasarme a primera clase. Vaya, suena bien. Mi autobús se ha cancelado y por eso tienen que reubicarme. El problema es que ese autobús sale una hora más tarde, aunque llega a la misma hora, a costa de no hacer paradas. Eso ya me hace menos gracia, porque en las paradas está la esencia de lo que busco: la gente corriente; pero da igual, no es que se hayan secado los océanos ni nada de eso. Me piden que pase a la sala de espera VIP, que pasará a recogerme un taxi que me llevará a la terminal de la que sale mi nuevo bus. Sala de espera VIP: tele de plasma, sofá de piel, Pavarotti en el hilo musical, ratas con corbatas, niños con caras limpias, silencio. No tengo que esperar mucho hasta que llega el taxi. Somos cuatro pasajeros. Le doy palique al conductor, interesándome por la huelga de transportes que hubo el día anterior.

—¿Qué tal la huelga?

—Yo no me puedo permitir hacer huelga, así que trabajé. Llevé a gente a sitios donde nadie quería ir; incluso me apedrearon el coche. Mire —me dice señalando la marca de un golpe en el parabrisas—. Fue un buen día, hice un buen dinero, yo tengo muchos gastos.

—¿Por qué es la huelga? —pregunto.

—Porque quieren subir las papeletas. Como si no estuvieran ya bastante altas; quieren subirlas más.

—¿Qué son las papeletas? —pregunto ignorante.

—Las multas de tráfico. Quieren subirlas para poder poner papeletas de trescientos dólares. Todo eso para robar,

porque son todos unos ladrones.

—Hombre, todos no —interrumpe una mujer.

Es inútil, el taxista se ha calentado y ya no le pararía ni Dios.

—Todos los políticos de este país vienen a robar —afirma rotundo mientras enfatiza la frase con un movimiento de la mano que imita coger algo y guardarlo en el bolsillo de la camisa—. Desde Alan García, en su primer mandato, que se llevó todo el oro del país y le dejó con una deuda de *no-sé-cuántos* millones de dólares, todo el que ha venido detrás ha venido a robar.

Mientras habla, va subiendo el tono cada vez más, al tiempo que conduce como un demente. No deja de pitar y no deja de recibir pitidos. Interrumpe su discurso de vez en cuando para insultar a quien se tercie.

—Esta obra debería haber estado terminada hace dos años, pero la empresa que la empezó se quitó de en medio después de llevarse el dinero. ¡Quita de ahí! ¿Qué quieres? Paso todos los días por aquí y ese muro no cambia desde hace un mes. Nos roban en nuestra cara.

—Pero... ¿Alan García? ¿No fue reelegido años después? —pregunto con miedo a meter la pata.

—Eso es por la ignorancia. En Perú todos somos unos ignorantes —dice con tono resignado.

—Hombre, todos no —interrumpe la misma mujer que antes.

—¡Todos, señora! ¡Todos!

Se llama Luis Alberto y se despacha a gusto durante el resto de viaje, mientras los demás cruzamos los dedos para no tener un accidente.

—Así que multas de trescientos dólares ¿Cuánto gana un taxista al mes en Lima?

—Hombre, depende del día y de la época del año, pero como media unos sesenta soles en una jornada normal.

—Eso son veinte dólares, o sea, unos seiscientos dólares

al mes ¿no?.

—Eso si no se descansa nunca. Si se descansa un día a la semana, se queda en quinientos. Y luego están los gastos. Yo tengo nueve soles fijos todos los días, entre desayuno, agua, caramelos y lavar el coche, porque lo lavo todos los días. No me dirán ustedes que no está limpio —nos reta mientras nos muestra su salpicadero impoluto—. Lo peor de todo es que los guardias urbanos aquí van a comisión, así que no paran de poner multas. Las peores son, y perdone señora, las mujeres.

Llegamos a la terminal y enseguida nos subimos al autobús. Nunca había visto un autobús parecido. Tiene dos plantas y la de abajo es la verdadera primera clase. Los asientos son mucho más anchos de lo normal, hasta el punto de que solo hay tres filas en vez de cuatro. Son auténticos sillones relax, tan separados del de delante que puedes estar tumbado sin problema. Auténticos ciento ochenta grados, según venden. Solo cuatro filas de asientos, doce sillones en total. Más tele de plasma, más Pavarotti, más ratas con corbata, botón rojo para llamar a la azafata, auténtico bombón, tacones, escote, sombra de ojos. Creo que los tres que venimos en el taxi damos un poco el cante: Heraldito, su mujer y yo. Tres vacíos en zona VIP. Como cada vez que empiezo un viaje, me quito los zapatos.

—¿Nos dejarán quitarnos los zapatos? —me pregunta la mujer de Heraldito tímidamente.

—Claro. Yo ya me los he quitado —le respondo invitándola a hacer lo mismo.

—Es que me duelen un poco, y el viaje es tan largo... —se justifica buscando un último empujón.

—Claro mujer, usted quíteselos —me reafirmo.

—Yo me los voy a quitar.

—Diga usted que sí. Va a Santiago ¿verdad? Creo que vamos a hacer el viaje juntos.

—Muy bien.

Arrancamos.

En un enorme panel ponen la velocidad que llevamos. No pasaremos de noventa km/h. En la tele de plasma, otra vez el pobre Benjamin Button. Incluso eso se nota en esta línea de lujo; mientras que las otras ponen películas tailandesas de artes marciales descargadas de Internet, aquí ponen éxitos de Hollywood en DVD, en versión original y con subtítulos en castellano. Ha oscurecido pronto y no puedo ver el paisaje. Al menos nos han dado de cenar un poco de arroz con pollo y unas patatas. Gelatina con frutas de postre. Aprovecho la comodidad de los sillones VIP para dormir temprano.

Bruscos movimientos del autobús me despiertan en mitad de la noche. No sé qué hora es, pero calculo que deben de ser las dos o las tres. Los movimientos se deben a las cerradas curvas de la carretera. Puedo advertir, por el panel de la velocidad, que vamos muy despacio, así que deduzco que estamos subiendo una carretera de montaña. Mis queridos Andes. Empieza a hacer frío y tengo que arroparme con la pequeña manta naranja que encontré sobre el sillón cuando me subí al autobús. Poco después tendré que ponerme la sudadera. El frío es cada vez más intenso, estamos llegando al invierno austral.

Jueves, 2 de julio de 2009

Me despiertan las ganas de mear y el frío. Son las seis y media de la mañana y los cristales del autobús están totalmente empañados. Los froto un poco con los puños de mi sudadera, lo justo para hacer en el vaho un agujerito por el cual puedo apreciar una oscura mañana de cielo blanco. Circulamos por una carretera estrecha que se adentra en el desierto rodeada de dunas de veinte metros y salpicadas de blancas manchas de escarcha. Tengo los pies helados. La pequeña manta apenas llega a cubrirme desde la cintura a las rodillas, aunque se agradece cualquier cosa que aporte calor. Me cuesta teclear porque tengo los dedos entumecidos por el frío. No dejo de pensar en un tazón de chocolate calentito; es justo lo que necesito. Agarraría la taza envolviéndola con mis manos hasta notarlas ardiendo y luego lo bebería a pequeños y ruidosos sorbos para notar sembrarse en mi estómago semillas de calor. Estoy en un autobús VIP y confío en que alguien haya pensado en eso.

Cuando salí de Lima hacía calor, pero ahora estamos unos mil kilómetros más al sur, además de haber subido considerablemente la altitud. Ayer estuve hablando con mi madre que me dijo que mi tío Paquito le había comentado que en Córdoba hacía mucho frío. Afortunadamente traigo la ropa de abrigo que me prestó mi amigo Miguel Ángel. Hasta el día de hoy ha sido una carga inútil que ocupaba media mochila, pero ahora me alegro mucho de haberla traído conmigo. El frío es uno de los peores enemigos de un mochilero si no está bien preparado. Con calor, cualquier sitio es bueno para pasar la noche, pero con frío la cosa cambia. Estoy impaciente por llegar a Tacna y salir cuanto antes a Santiago. Una vez allí, en cuanto encuentre enlace con Córdoba, llamaré a mi familia que me vendrá a recoger a la estación. Pero por ahora seguiré disfrutando del espectáculo que me ofrece mi empañada ven-

tanilla.

El desayuno consiste en un sándwich de jamón y queso, un pastelito de crema y un té. No hay chocolate, pero no está mal teniendo en cuenta que está incluido en el pasaje. El decorado de la ventana no cambia; dunas y dunas son suficientes para tenerme hipnotizado. Creo que podría pasarme días mirándolas y escuchando música, pero mi compañera de asiento me pide que eche las cortinas, que le molesta el sol del amanecer. La cierro y paso el resto del viaje viendo la película que han puesto. Se trata de una de mis series favoritas, del siglo pasado: *The Storyteller*³⁸. Ponen *Cenicienta*.

Llegamos a Tacna sin novedad, a excepción de que el sol ha derretido cualquier atisbo de frío. Hablo con Herald para mantenernos juntos durante el paso de la frontera. Hay dos mujeres que también van para Arica, así que somos cuatro. Recogemos nuestras maletas y entramos en la terminal. Como era previsible, nos asaltan un montón de vendedores de transporte para Arica, la ciudad hermana al otro lado de la frontera. Yo dejo la iniciativa a Herald, que hace el viaje regularmente y ya debe de sabérselas todas.

Acuerda con uno de los vendedores un colectivo que nos llevará a la frontera, esperará que resolvamos el papeleo y finalmente nos llevará a la estación de Arica. Todo bien. Me relajo y me confío, cosa de la que me arrepentiré en unos minutos. Le pago mis quince soles al vendedor, más uno por no sé qué impuesto y relleno unos formularios. La sala está llena de gente, y aun rellenando los formularios hay vendedores que me ofrecen un colectivo. Todo es confuso, nadie me ha dado ni un recibo y solo me dicen que espere sentado. He perdido de vista a Herald y siento que me han engañado. La muela me duele mucho. Un dolor sordo que no me abandona y que se rebela con punzadas de vez en cuando, como diciendo «aquí estoy yo». He dado dieciséis soles a un tipo y no tengo ni un recibo. Herald y las dos mujeres han desaparecido y

³⁸ El cuentacuentos.

solo sé que un fulano me ha dicho que le espere sentado.

Pasan diez minutos y no sé qué hacer, ni siquiera recuerdo la cara de la persona que me dijo que esperara. Era tan común que podría ser cualquiera de los presentes. Pregunto en el mostrador donde rellené el formulario y me dicen que las personas que venían conmigo se han marchado, que necesitaban tres para completar un colectivo y que me han dejado fuera.

Por la cara.

No debí dejar la iniciativa a nadie, debí haberme buscado la vida solo. Aquí se matan por conseguir a gente para completar los colectivos. De no haber dado el dinero, podría subirme al que quisiera, incluso podría regatear porque estoy en posición ventajosa.

No creo que Heraldo me haya engañado, sencillamente se habrá dejado llevar por lo que le decía el vendedor y ha pasado de mí. Heraldo es un viejo de campo, estoy seguro de que sin maldad alguna. Es de esas personas que asiente mientras le estás hablando aunque no se esté enterando de nada. Creo que es eso lo que ha ocurrido: no se ha enterado de que éramos cuatro los que íbamos a tomar el colectivo. Ha pasado y punto, se ha subido al colectivo al que le han dicho que se suba y en paz. Horas más tarde, cuando coincidiera con él en la estación, me preguntaría por las otras mujeres.

—Hola Pedro, ¿al final han pasado las otras mujeres?

—Sí —le responderé tratando de ver si se está quedando conmigo.

Sea como sea, allí sigo esperando con cara de tonto. Me jode la situación, no tanto por el dinero, sino porque he bajado la guardia y no me lo puedo permitir. Puede que aquí no haya pasado nada, pero no puedo dejar que me manipulen estos buscavidas, tengo que ser yo quien lleve la iniciativa siempre. Hasta ahora ha sido así y ha funcionado.

En estas estoy cuando llega el chófer que me dijo que me esperara y me dice que adelante, que vayamos al colectivo.

Salimos por una puerta a un aparcamiento al aire libre lleno de coches. Nos dirigimos a un enorme y viejo Ford Taurus y dejo mis cosas en el maletero. Vuelve a pedirme que espere. Esta vez tengo la precaución de hacerle una foto para no volver a olvidar su común cara. Otra media hora esperando a que el tipo consiga tres personas más que completen el coche. Ya estoy más tranquilo porque tengo mis cosas en el maletero del coche, pero teniendo en cuenta la feroz competencia, no sé cuánto tardará en completar el viaje. La terminal es exclusivamente de colectivos. Decenas de coches están esperando a que sus vendedores les consigan grupos de cuatro personas a los que llevar a cruzar la frontera.

Por fortuna, no pasa mucho tiempo más antes de que lleguen mis compañeros de viaje. Es una familia boliviana, joven, con dos niños pequeños. Guardan sus cosas en el maletero y vemos cómo el chófer se vuelve a largar.

—¿Dónde va ahora? —me pregunta.

—Imagino que irá a buscar al cuarto pasajero —le respondo.

—Pero si yo ya pago tres boletos. Uno por mí, otro por mi mujer y otro por los dos niños.

—Es un listo.

Cinco minutos después vuelve con una mujer gorda, de aspecto chileno, así que ya estamos todos. Ella se sienta delante, conmigo; la familia boliviana al completo se sienta detrás. En total vamos siete personas en el coche.

Nos vemos obligados a empujar para arrancar el Ford Taurus porque no tiene batería, aunque el chófer nos asegura que hoy mismo va a ir a cambiarla. Durante el camino charlamos con el conductor que, después de todo, parece buena persona. No creo que haya actuado de mala fe, no creo que me haya engañado —desde luego no más que cualquier comercial de una empresa de telefonía móvil española—. Sencillamente se busca la vida como puede, y si puede ganarse unos soles extra, estupendo. No me importa que me haya he-

cho esperar casi una hora, tengo tiempo y voy cómodo con la compañía que me ha tocado. Creo que al resto tampoco le importa.

La llegada al puesto fronterizo de salida de Perú me confirma que el conductor, Esteban, no es mala gente. Se encarga de rellenar los formularios de la pareja y los niños —creo que no saben escribir—; se muestra muy atento en todo momento a las colas para evitar que nadie se nos adelante; nos lleva de una ventanilla a otra con diligencia y en pocos minutos hemos terminado los trámites y vamos camino de Arica. Tacna y Arica están separados por unos cuarenta kilómetros y la frontera está justo en medio. Ambos pueblos están enterrados en mitad del desierto de Atacama, aunque Arica cuenta con la ventaja de estar junto al Pacífico, por lo que se trata de un lugar mucho más turístico.

Cuando llegamos a la terminal nos despedimos cariñosamente. Durante el camino he repartido algunas empanadas —siempre llevo comida encima porque los viajes son largos— y eso ha hecho que se rompiera el hielo. Hemos comido juntos y hemos charlado de Arica. Freddy, el padre de familia boliviano, me recomienda que contrate un taxi que me haga una gira por el pueblo, que es muy bonito. Le respondo que no tengo tiempo y me asegura que es una pena y que tengo que volver. Le prometo que lo haré. De la terminal de colectivos a la terminal de autobuses hay solo dos minutos andando. El día es realmente brillante y se nota que el peligro por estas zonas no tiene nada que ver con el de Centroamérica.

La terminal de autobuses es un sitio espacioso y bien iluminado, donde casi todas las agencias ofrecen los mismos destinos. Por la forma alargada y estrecha de Chile, todos los autobuses salen necesariamente hacia el sur, hacia Santiago, y por tanto la competencia entre agencias se centra en ofrecer servicios adicionales: autobuses más cómodos, horarios más flexibles, comida y cena a bordo, precios más ajustados... Después de preguntar en más de diez agencias, me quedo con

la que mejor oferta tiene: veinticuatro mil pesos incluyendo desayuno, almuerzo y cena. El viaje es de veintiocho horas. Consigo embaucar a la chica que me vende el billete para que no venda el asiento de mi lado. El rollito *soy-un-español-aventurero* funciona.

—Le pondré una equis al asiento de al lado para que nadie lo elija y solo lo venderé si es el último, aunque no creo que se llene —me dice encantada.

—Gracias *salá* —le respondo con una sonrisa real mientras le doy un bombón que aún conservo de Ecuador.

Tengo tres horas antes de que salga el autobús, pero alguien me dice que tengo que cambiar la hora, así que el tiempo se queda reducido a dos. Busco un enchufe donde cargar las baterías y me siento en un banco. Hay suerte y se pilla una *wifi* abierta. A mi lado, una negra muy atractiva.

—Oye, ¿puedo enchufar mi cargador? —me pregunta—. No me había fijado en ese enchufe hasta que tú has llegado.

—Claro, no te preocupes. Tengo un multiplicador y se pueden enchufar hasta tres cosas al mismo tiempo. Yo solo necesito dos, para el ordenador y para el cargador de la cámara de vídeo —le respondo mientras pienso que ya cargaré la cámara de fotos más adelante.

Junto a la negra, una mulata de cara simpática. Se llaman Angie y Sylbie. La una es de Ecuador y la otra de Perú. Angie es una auténtica sudamericana caliente. Es la caricatura de una cubana. Ante mis modales tímidos y corteses, ella trata de vacilarme a base de insinuaciones. Cree que me avergonzará, pero le sigo el juego y empezamos a tontear de forma cada vez más explícita. Comenzamos a hablar de novios, para pasar a la función del bello púbico en el sexo oral o la forma en que el pendiente en la lengua puede mejorar una felación. Tiene una risa estridente y algo ordinaria. Tiene más carne en los labios que arena tiene el desierto de ahí fuera.

—Esta noche voy a quemar Chile. Voy a tener muchos novios. Bailaré con ellos y al que me guste le daré un besito.

Luego pasaré a otro y así estaré toda la noche.

No deja de insinuarse, aunque lo único que busca es escandalizarme. Por supuesto, no lo consigue.

—¿Te gustan las negras?

—Prefiero las japonesas.

—¿Has estado alguna vez con una negra? —me pregunta mordiéndose el labio.

—No —le miento.

—El día que pruebes una te vas a acordar de mí —me augura con picardía.

—Lo haré, aunque espero no gritar tu nombre.

—¿Y alguna japonesa?

—Aún no, pero es cuestión de tiempo. Dentro de dos semanas estaré en Japón.

—Las japonesas son muy flacas, niño, mejor las negras.

—Me gusta oír cómo gritan.

—¡Míralo! ¡Estás muy seguro de que vas a hacer que griten!

—Sería la primera que no gritara —le suelto con cara de *atrévete-a-dar-un-paso-adelante-y-liamos-la-de-Dios*.

No da el paso, se raja. Me alegro de que lo haga, porque creo que el juego ya ha llegado a su final. Es suficiente. He de irme.

—He de irme, mi autobús sale en quince minutos —anuncio.

—Gracias Pedro, no sé cómo pagarte que me dejaras revisar mi correo y que compartieras tu lata de atún.

—Bastarán dos besos, uno en cada mejilla; así se hace en España.

(*Muac, muac.*)

—Aunque bien pensado, en Francia dan tres —digo bromeando mientras me cuelgo la mochila.

—Tú lo que quieres es el tercero —responde.

(Muac, muac, mmmmmuuuuuuuuuaaaaaaaaaaaaaaacccccccccccccc.)

Su saliva sabe a atún.

El autobús arranca y no tengo compañero. Angie me ha advertido de que en Santiago están a cero grados. Cuando baje de aquí ya será invierno, así que he subido el anorak. Ya es jueves por la tarde y no tengo claro que consiga llegar a Montevideo el martes porque las comunicaciones de Santiago con Córdoba y Buenos Aires no son buenas. Me da igual, apoyo la cabeza en el cristal y, mientras escucho mi canción, me quedo mirando los valles de dunas hasta que anochece. El cielo es rojo y vuelvo a pensar en Sergio y en sus fotos. Me apetece escribir.

A las diez de la noche nos sirven la cena. Tal y como prometían en los enormes carteles que exhibían en la terminal de Arica, es comida caliente, nada de *snacks*. Pollo asado con patatas fritas y arroz cocido. No está mal y es suficiente en todo caso. He vuelto a confundirme y he comprado una botella de agua con gas. No falla; cada vez que voy a un país donde venden agua con gas, ahí estoy yo para comprar una. La agito y abro el tapón con la idea de que se pierda el gas, pero no hay nada que hacer; habrá que bebérsela, no tengo más.

Todo invita a dormir. Afuera hace frío, no hay más que tocar el cristal con la frente para saberlo. Dentro han puesto la calefacción y se está bien. Antes, cuando hemos parado en la aduana donde han revisado las maletas —la mía no, como de costumbre—, he aprovechado para coger la camiseta interior y me la he puesto. En las pantallas del autobús, desde que salimos, una orgía de puñetazos y tiros protagonizada por el Steven Seagal de papada y camisa por fuera —aun así da buena cuenta de chinos fibrosos y flexibles como juncos—. En la negrura de la noche pueden distinguirse pueblos, grupos de luces incrustados en los Andes. Esa misma negrura de afuera me permite verme reflejado en el cristal como si se tratara de un espejo; tengo un aspecto horrible, por supuesto. Todo invita a dormir.

Viernes, 3 de julio de 2009

El cambio de hora y el hecho de que estemos más al sur hace que el amanecer llegue tarde. Son algo más de las seis y paso de seguir durmiendo, ya he tenido bastante. Enderezo los sillones, guardo los bártulos que uso para dormir y me siento junto a mi ventana. El cielo está completamente negro y lleno de estrellas. Creo que nunca he visto un cielo tan estrellado, ni siquiera el toscano. Me acuerdo de mi amigo Fali, exiliado en Italia por amor; me gustaría tenerle sentado a mi lado ayudándome a distinguir entre la Estrella Polar y Marte.

Los minutos pasan y todo va cambiando de color casi imperceptiblemente. Me he quitado los zapatos y he apoyado mis pies sobre la rejilla de la calefacción. Casi quema, pero me gusta la sensación. Las estrellas y Marte se van quitando de en medio cuando notan que se acerca el Sol. El cielo se va aclarando. De negro a azul, de azul a rojo, de rojo a naranja y de naranja a blanco puro. El perfil de las cientos de montañas que forman los Andes se dibuja cada vez más claramente. El Sol debe de estar a punto de aparecer, pero aguanta un poco más. Es un amante caprichoso que retrasa con maldad el orgasmo de su pareja y el suyo propio, un instante más, hasta lograr hacerla enfadar de pura rabia.

Ahí está, un orgasmo naranja se eleva por encima de las voluptuosas colinas redondeadas, senos chilenos, mientras en mi cabeza suena *Wish you were here*³⁹ de Pink Floyd. Todo se baña de colores rojizos. El valle por el que avanza el autobús, desierto lleno de piedras y tierra roja; estoy en Marte. Las cunetas están llenas de tumbas y santuarios: Rosario, Javi, Jorge, Manuel, Pedro, Iván, César, María, te amaré siempre. Cruzamos nubes.

39 Ojalá estuvieras aquí.

El día se hace largo. El viaje va a tomar casi treinta horas y apenas hemos parado dos veces para estirar las piernas. Comemos en marcha y ya he perdido la cuenta de las películas que han puesto, todas malas. El paisaje apenas cambia a mi izquierda, al este. Al oeste a veces se asoma a saludarnos el majestuoso Pacífico. Nos acompaña durante algunos kilómetros, como dándome ánimos y aliento para que no desfallezca y se vuelve a alejar, escondiéndose detrás de un biombo de montañas peladas, secas, áridas, viejas y mudas. Tengo hambre y lo poco que ponen no me da ni para empezar. La bolsa de comida que suelo llevar para emergencias solo tiene una lata de atún y un paquete de pasta china que me dejó Valérie.

—Lleva siempre contigo uno de estos paquetes. Basta llenar una taza con agua caliente, sumergirlos unos minutos y tendrás un nutritivo plato que te sacará de más de un apuro —me dice con maneras maternas—. No te subas al transiberiano sin haberte comprado una taza. Cada mañana llegarán al vagón y repartirán agua caliente. Cada uno debe llevar un recipiente donde guardarla, y si no tienes taza, no tienes nada. Aprenderás que esa ración de agua caliente es uno de los bienes más preciados del viaje. Con él tomarás té, pasta, te calentarás. Es muy importante. ¿Sabes?, de todo tu viaje, lo que más envidia es el transiberiano. Me encantaría volver a hacerlo.

—Algún día lo haremos juntos —digo mientras pienso en una amiga que odia la expresión «algún día».

He tenido que robar un par de paquetes de galletas de la caja de provisiones que guarda el conductor del autobús en el portamaletas que hay encima de mí.

Durante todo el día he tenido molestias en la oreja. Creo que es el momento de quitarme el pendiente provisional que me pusieron hace unos días —es demasiado esfuerzo tratar de saber cuándo fue exactamente— y ponerme uno definitivo. He seguido los consejos que me dio el tipo: lo he lavado asiduamente y lo he movido para evitar que se crearan posti-

llas. No sé si sabré ponerme un pendiente, nunca lo he hecho. Eso me recuerda la primera vez que tuve que enfrentarme a quitar un sujetador. Lo hice bien; creo que ella no notó que era la primera vez, y eso que lo hice con una mano y sin mirar —me negaba a mirar otra cosa que no fuesen tus ojos, ¿lo recuerdas?—. Lo hice por pura intuición.

Creo que necesito un tiempo muerto, necesito que cese la lluvia de emociones que me produce viajar a mil por hora. Es tanto que no tengo tiempo de escribirlo todo; ni siquiera tengo tiempo de recordar las caras de las gentes con las que me he cruzado, o situar los cielos en los países donde los vi. Creo que necesito una parada; dos días en una habitación sin ventanas y en silencio. Necesito que la curva de excitación baje un poco y se estabilice dentro de unos márgenes que no resulten tan agotadores como en los que está ahora mismo. O quizás lo único que necesite sea darme un paseo, que el aire invernal de Chile me refresque la cara, las orejas y las ideas. Quizás solo necesite dormir en una cama. La última vez fue en Panamá y solo logré hacerlo durante unas horas. Quizás solo necesite una ducha, o mejor un baño caliente y sin hora de caducidad. No necesito espuma, solo agua tan caliente que se me ponga la piel de gallina cuando meta el pie. Un baño solo, hace mucho tiempo que no tomo un baño solo.

El mismo sol que apareció, tímido y perezoso, a mi izquierda tras las montañas hace unas horas, empieza a esconderse ahora, remolón, a mi derecha, en el dormido Pacífico, manchando de naranja las nubes que se acercan a ver cómo se baña el astro. En Chile siempre se viaja al sur o al norte, nunca al este o al oeste. Hace ya casi treinta horas que empezamos a *surfear* sobre la cresta de los Andes chilenos y debemos de estar a punto de llegar

En el autobús he conocido a Claudio. Creo que ni él ni yo tenemos muchas ganas de charlar, pero aun así lo hemos hecho. Me ha pedido fuego para encenderse un canuto, pero le he dicho que no fumo. A pesar de ello, creo que sería bueno

llevar encima un mechero. Espero comprar uno en el primer mercadillo que pueda, junto al pendiente y a la taza. Claudio se ha apresurado a decirme que no fuma, que solo fuma canutos de marihuana que él mismo cultiva en casa.

—Todo natural.

Es como si se avergonzara de que pudiera pensar que fuma tabaco, pero no de que fuma maría. Tiene aspecto de fumador de maría, desde luego. Lleva una sudadera de cuadros con el gorro puesto, unos pantalones anchos y varias rastas le caen por el pecho. Apenas puedo verle la cara porque no se ha quitado el gorro en todo el viaje y el autobús está en penumbra cuando charlamos. Es un comerciante que se dedica a trapichear con ropa de segunda mano. La importa de Estados Unidos aprovechando que los países vecinos no permiten la entrada de ropa de segunda mano o defectuosa. Vive en Arica, el pueblo al norte que linda con Perú. Allí recibe la mercancía todos los primeros de mes y desde allí baja hasta Santiago. En Santiago tiene un puesto en un mercadillo que deja a cargo de un colega. Me asegura que el margen de beneficio es muy alto, en torno al mil por ciento. La ropa que recibe es casi regalada y los precios en Santiago de Chile no son bajos. Importa todo tipo de marcas, no le dice que no a nada, aunque en el futuro le gustaría especializarse en ropa rollo *skate*. Él patina y sueña con poder ir algún día a Barcelona, donde dice que hay una zona de patinadores de la que se habla en todo el mundo.

—Me encantaría poder ir algún día allí a patinar. Tiene que ser increíble.

Yo no tengo muchas ganas de contarle nada de mí, así que voy aportando lo mínimo necesario para que la conversación continúe. Prefiero oírle hablar de Arica, su ciudad. Me habla de Isla Alacrán, un sitio surfista conocido en la zona.

—Cameron Díaz estuvo allí una vez haciendo surf.

Mi desgana hace que la conversación se apague como una vela a la que le falta el oxígeno, pero no voy a hacer nada por

evitarlo. A lo más que llego es a pedirle ayuda para tomar el autobús a Córdoba desde Santiago. Es una locura, el ritmo que llevo va a acabar conmigo. Menos mal que el día siete ya está ahí, para bien o para mal. Me dice que tendré que cambiarme de terminal de autobuses, porque nosotros llegamos a la que lleva los trayectos nacionales y yo debo ir la de los trayectos internacionales. Se ofrece a ayudarme, porque su colega va a recogerle a la estación, aunque luego duda que quepa en el coche: lleva varios fardos de ropa y estará justa la cosa.

—¿Tienes mucho equipaje? —me pregunta.

—No te preocupes, en Santiago hay metro. Habiendo metro no tengo problema.

—El metro no es muy seguro en la noche.

—No te preocupes, sabré moverme bien, ya verás. Solo quiero cambiar de terminal.

Me advierte de que de la frontera entre Chile y Argentina cierra a veces por el mal tiempo. Estuvo mirando la previsión y anunciaban sol para hoy viernes, pero lluvia para mañana sábado. Yo no sé ni a qué hora sale el autobús, ni siquiera sé lo que tarda, aunque tengo la esperanza de poder cogerlo esta misma noche para así poder viajar durante la madrugada. Se supone que llegaremos a Santiago a las ocho de la noche, así que no tengo mucho margen de maniobra, pero no puedo permitirme pasar una noche entera en Chile, porque entonces no voy a tener tiempo ni de saludar a mi familia. Como siempre, lo dejaré a la improvisación y a mi buena estrella; seguro que todo sale bien.



La frialdad y la calidez

Llegamos a la terminal a las nueve en punto. Ayudo a

Claudio con sus fardos, que maneja con destreza con la ayuda de su monopatín. Nos despedimos con un «tal vez volvamos a vernos», deseándonos suerte. Me ha indicado cómo llegar a la terminal internacional y no parece demasiado difícil. Las calles están animadas a pesar de la hora y el mucho frío con el que me ha recibido Santiago. Tengo aproximadamente cuarenta y cinco minutos para cruzar unas cuantas manzanas, buscar la ventanilla adecuada y subirme al bus. Tiempo de sobra, si no fuera porque se han suspendido todas las salidas nocturnas hacia Argentina. De esto me informa un tipejo con aspecto de actor porno de los ochenta.

—El puesto fronterizo entre Santiago y Mendoza está cerrado por mal tiempo. Se han suspendido todos los autobuses —me dice con cara de *quiero-largarme-a-mi-casa*.

No me resigno y pregunto en varias ventanillas más —hay más de veinte empresas que hacen el trayecto— obteniendo la mismas respuestas de los mismos actores porno con las mismas ganas de irse a casa. Está bien, necesito unos minutos. Son las diez de la noche, estoy en la estación de autobuses de Santiago de Chile y necesito pasar la noche para tomar el primer autobús de la mañana, que sale a las ocho y media. Mi primera idea es buscarme un hueco en algún cajero, así que pregunto a un guardia de seguridad si durante la noche se cierra la estación.

—Cerramos a las once, señor —responde con mirada gélida, como la noche.

Creo que me ha calado, así que pregunto a otras dos personas que me confirman la hora de cierre. Estupendo. Descarto la opción de dormir en la calle porque hace realmente frío y no quiero pensar cómo estará la noche a las cuatro de la madrugada. No quiero despertarme como Jack Torrance en el laberinto del hotel Overlook. La única opción que me queda es la más lógica: buscar dónde dormir. No puedo dejar de pensar en el retraso que va a ocasionarme todo esto y en que las opciones de perder el avión son cada vez más serias.

Recuerdo que cuando Valérie y yo hicimos un calendario, optimista, contaba con dos días de margen para llegar a Córdoba con tiempo de estar un día con mi familia. Esos dos días ya se han esfumado, se han encargado los retrasos en los autobuses, los trámites fronterizos y la puta nieve de los Andes. Ahora estoy justo. Pero no quiero pensar en eso ahora, no sirve de nada. Estoy cansado y apenas puedo pensar, así que trato de centrarme en encontrar un lugar donde pasar la noche. Como suele ocurrir, la zona que rodea el terminal de la estación es de lo peor de la ciudad. Eso significa que debe de ser barato. Salgo a las calles mal iluminadas de la parte de atrás, con las mochilas colgadas, y doy unas vueltas. A simple vista he podido encontrar tres carteles luminosos de hoteles, pero sigo buscando. Necesito algo menos luminoso, con menos aires. Solo tengo cinco mil pesos, diez dólares y unas monedas en el bolsillo.

Me decido por el hotel Oceanía. Calle oscura, rejas en la puerta, camellos en los alrededores, nombre sugerente, suite económica. Me piden nueve mil pesos por pasar la noche, pero regateo hasta dejarlo en siete mil. Aun así, no tengo suficiente.

—¿Puedo pagarte con tarjeta? —le pregunto con poca fe.

—No.

—Solo tengo cinco mil pesos, ¿puedo darte el resto en dólares? Te daré cuatro.

Es un buen trato para ella, le estoy vendiendo dólares a quinientos pesos cuando en realidad están a quinientos ochenta.

—Solo pesos —me espeta inflexible.

—Está bien. ¿Conoce algún sitio donde pueda cambiar? —le pregunto tratando de parecer desesperado para que cambie de opinión.

—En la estación pueden cambiarte, pero cierran a las diez —responde mirando su reloj que marca, como el mío, las diez y diez.

—Voy a intentarlo. Ahora vuelvo.

Cruzo un par de calles, sigo con las mochilas a cuestas, pero ni siquiera me doy cuenta de ello. Pregunto a un par de personas que me van guiando hasta la persiana bajada del local de cambio de moneda. Bajada, pero no completamente. Cincuenta centímetros la separan del suelo, cincuenta centímetros de esperanza. Dentro hay luz. Golpeo la chapa.

—¿Hola? —grito con timidez.

—Está cerrado señor —responde una voz desde dentro.

—Por favor, necesito cambiar unos pesos para pagar un hotel donde pasar la noche.

Le cuento todo esto porque creo que toda esa información puede jugar en mi favor, pero no sirve de nada.

—Lo siento señor, la caja está cerrada.

—Por favor —pido.

—Lo siento, no podemos hacer nada.

—Por favor —ruego.

—Lo siento señor.

—Por favor —suplico.

La conversación se cierra con el ruido de la persiana al bajarse por completo. Tengo cero centímetros de esperanza ahora.

—¿A qué hora abren mañana? —grito sin timidez.

—A las diez de la mañana.

Vuelvo al hotel, donde trato de razonar con la chica de la recepción, pero es imposible, no hay forma. Necesito esos dos mil pesos. Le ofrezco pagarle al día siguiente, cuando abran la casa de cambios. Eso significa, en la práctica, no poder tomar el primer autobús de la mañana. La idea no me gusta, pero no me quedan muchas opciones ya. De todas formas da igual, la chica quiere que le pague por adelantado o me vaya. Empieza a impacientarse, así que salgo del local y pregunto en otros dos hoteles, todos más caros. Mi olfato me guió directamente al más barato. Ofrezco cinco mil pesos porque me dejen quedarme en la recepción, en un sillón o donde sea, pero nadie

accede. No puedo creerlo. Estoy en la calle, son las diez y media y el frío aprieta. Vuelvo al primer hotel, no sé muy bien por qué; probablemente porque me encuentre más cómodo en un sitio que ya conozco. Creo que lo tengo.

—Hola —digo con voz ronca y cara de chungo.

—¿Sí? —responde el camello como si con él no fuera la cosa.

—Necesito cambiar dólares por pesos.

—La casa de cambios está cruzando la calle.

—Está cerrada, y los necesito ya, no tengo donde quedarme a dormir —le explico con la sensación de que, al contrario que la otra vez, esta información va a jugar en mi contra.

—¿Cuánto necesitas?

—Diez dólares americanos.

—No tengo tanto, lo siento.

—¿Cuánto tienes?

—Puedo darte tres mil pesos.

—Pero no tengo cambio de dólares, solo tengo un billete de diez.

—Pues te daré tres mil por esos diez.

En un banco me darían casi el doble. Él lo sabe, yo lo sé, pero no voy a tomarme la molestia de quejarme. Los tipos duros como yo no se quejan, ni aun cuando les están engañando.

—Trato hecho —le digo sin cambiar el gesto.

La habitación es la más pequeña que haya visto en mi vida. Es como la habitación de Harry Potter. Se encuentra debajo de una escalera, y no es más que una caja con paredes de madera donde cabe exactamente una cama estrecha. La cabecera está apoyada en una pared y el pie en otra, no hay ni un centímetro de margen. En uno de los laterales hay un hueco de unos treinta centímetros hasta la pared —menos de dos cuartas, como me encargaría de comprobar luego, entre risas—, que es lo mínimo necesario para que la puerta pueda abrirse de forma que quepa una persona —flaca, eso sí—. No puedo entrar con la mochila a cuestas, no cabe. Tengo que va-

ciarla para conseguir que entre. Es lo más parecido a una tumba que he visto nunca. Ni siquiera puedo ver el suelo. Las sábanas huelen a rancio y están amarillentas, no sé si por la suciedad o por el desgaste, pero me da igual. El baño es compartido y ni siquiera quiero ir a mirarlo.

Faltan unos minutos para las once y decido volver a la estación para buscar una *wifi* y descargar el correo. Tengo un hilo de batería pero lo suficiente para descargar la correspondencia. Me he fijado en varios puestos de artesanía y bisutería y creo que es el momento perfecto de buscar un pendiente que sustituya al terapéutico que llevo desde hace días. Después de dar algunas vueltas, no encuentro ningún sitio fiable. Sé que me mienten cuando me dicen que los pendientes que me ofrecen son de plata. Al final, tengo suerte y encuentro una joyería, donde negocio el precio de un pendiente de plata.

—Son dos mil pesos —me dice el amable joyero.

—Solo necesito uno, ¿puede vendérmelo suelto?

—Lo siento señor, se venden juntos.

—No tengo más que mil pesos.

—Espere un segundo, creo que tengo dos sin pareja por aquí. Aquí están. Le dejo uno de los dos en mil pesos.

—¿Esto es un corazón? Mejor me quedo con el otro.

—Está bien, como quiera. Son mil pesos.

—Una cosa más —añado antes de darle la pasta—. Jamás he usado un pendiente. Quiero quitarme el que llevo y ponerme este, pero no sé cómo se hace. ¿Sería tan amable de ayudarme?

—Yo te ayudaré —dice una chica que ha salido de la trastienda.

—Estupendo.

—Espera, voy a lavarme las manos.

Tras unos minutos, aparece con las manos limpias y fro-tándose los dedos con un algodón empapado en alcohol. Empieza a sacarme el pendiente terapéutico que se resiste. Nece-

sita varios minutos tirando hasta que lo logra. Duele. Ahora intenta poner el nuevo, pero no puede. Entra una parte, pero no sale por el otro lado de la oreja. Busca y rebusca, pero no puede. Empiezo a marearme, empiezan a sudarme las manos, empiezo a pesar más de la cuenta, el color se me cae al suelo, se me hunden los ojos en la cara, me desmayo, pero es solo un segundo.

Me despierto sentado en una silla, me abanican y me dan agua aunque no tengo sed. Se llaman David y Denisse y son dos cielos que compensan toda la mierda de gente de la ciudad que he conocido hasta ahora. Me gusta que sea así, no quiero llevarme una mala impresión de una ciudad. Charlamos un rato grande, mientras recupero las fuerzas. Nos caemos bien y nos despedimos hasta otra. Denisse me regala un llavero para que recuerde Chile. Yo no tengo nada que regalar —dejé todo en el hotel— así que a la mañana siguiente les dejaría por debajo de la puerta una postal con unas líneas de agradecimiento. El pendiente está en un sobre de papel.

Vuelvo al hotel. Pongo los aparatos a cargar y me pongo a leer los correos tranquilamente. Uno de ellos eclipsa al resto. Viene de la agencia de viajes y me dice que mi vuelo a Nueva Zelanda se ha suspendido. No quiero seguir leyendo, ya solo quiero descansar y que amanezca.

Me quedo dormido escuchando *¿Dónde estás corazón?*, el programa de chismes de Antena 3, en la tele de la recepción, que está separada de mi nicho por una pared de madera de cinco milímetros de grosor. Es medianoche.

Sábado, 4 de julio de 2009

He puesto el despertador a las siete para darme una ducha, recoger todo y estar en la estación a las ocho, con tiempo de comprar el billete y tomarme un café, pero a las cinco ya estoy en pie; no puedo dormir más. La recepcionista me alegra la mañana diciéndome que la estación abre a las seis, así que tendré un par de horas para conectarme a Internet y enfrentarme al tema del vuelo suspendido.

Acudo temblando de miedo y frío al baño. Estamos a menos de cero grados y no quiero ni pensar en la posibilidad de que no tengan agua caliente. Me asomo a la ducha y veo dos grifos, aunque después de la última vez, no me fío.

Abro uno.

Fría.

Espero.

Fría.

Abro otro.

Fría.

Espero.

Fría.

Hace casi una semana que no me ducho; necesito esa ducha, por el amor de mi dios.

Dentro del cuartucho que hace de baño hay un pequeño ventanuco por el que me asomo y a través del cual veo un calentador de gas apagado. Una llama de esperanza se enciende dentro de mí, dándome un poco del calor que necesito. Busco a la recepcionista para pedirle que lo encienda, pero no aparece por ningún lado. Estoy desnudo, pelado de frío y voy descalzo por el hotel buscando a la señorita nocturna. En estas condiciones, no pasa mucho tiempo antes de que me canse de perseguirla y decida encender yo mismo el termo.

Vuelvo volando a la ducha donde compruebo inexpresivo

cómo cae un hilillo de agua caliente. Se necesitaría una década para llenar un dedal con semejante caudal de agua. En todo caso, es suficiente para darme un homenaje de media hora. Necesito enjabonarme tres veces la cabeza y otras tantas el resto del cuerpo.

No tengo ropa limpia, así que tengo que volver a ponerme los mismos calzoncillos y calcetines que he llevado los dos días anteriores. La camiseta la llevo desde hace cuatro días. El pantalón, desde hace tres semanas.

La mañana hiela. La terminal de autobuses ha abierto hace unos minutos, pero ya está llena de gente con maletas y todo tipo de bártulos. Busco el teléfono de la agencia y les llamo.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarle?

—Soy Pedro y este es mi problema.

—Efectivamente, Aerolíneas Argentinas ha cancelado el vuelo Buenos Aires-Auckland, que era parte del vuelo que usted tiene contratado. Tiene dos opciones: le devolvemos el dinero de su reserva o toma otro vuelo.

—Señorita, necesito tomar el avión. Dos días después, tomo el vuelo Auckland-Sidney; y dos días más tarde el Sidney-Tokio. Como comprenderá, si pierdo uno de ellos, pierdo los demás.

—Le entiendo señor, deje que mire las alternativas.

(Diez minutos de música a ochenta céntimos el minuto.)

—Disculpe la espera. Hay un vuelo el día siguiente, el ocho de julio a las seis de la tarde. Mismo itinerario. Le envío los detalles por correo electrónico. ¿Desea que le gestionemos el cambio?

—Sí, por favor —suspiro.

Tendría que revisar los horarios, pero creo que saliendo el miércoles ocho a las seis de la tarde llego a tiempo de coger el vuelo de Nueva Zelanda a Australia. Por supuesto, ya me han jodido mi par de días en el paraíso oceánico. Gracias Ae-

rolíneas Argentinas.

Me confunde el hecho de volar hacia el oeste; creo que pierdo un día, pero no lo tengo nada claro. Ya lo pensaré, ahora no tengo la capacidad de concentración necesaria para estas cosas. Por lo pronto me conformo con tener un vuelo a una hora concreta de un día concreto.

—Está bien, ya está dada la orden —oigo a través del auricular—. El departamento de cambios no trabaja el fin de semana, así que ya se encargarán el próximo lunes.

—Pero no debería haber problemas ¿no? Quiero decir que el billete está pagado y, si tienen plazas, la cosa está hecha ¿verdad?

—De eso se encarga el departamento de cambios, que no trabaja hasta el lunes.

—Pero... es que ahora es sábado por la mañana. En estos dos días podrían agotarse las plazas. ¿Puedo ponerme en contacto con Aerolíneas Argentinas yo directamente?

—Lo siento señor, hasta el lunes no podemos hacer nada.

—Sí pueden; pueden dejar que yo haga las gestiones. Ustedes ya han cobrado su comisión, no me importa, pero necesito ese vuelo.

—No puedo ayudarle.

—Puede ayudarme pasándome con alguien que sea... no sé cómo decirle esto sin ofenderle... que sea más humana. Que no se ciña tanto a los procedimientos, que sepa buscar una solución excepcional a un caso excepcional.

—Lo siento señor, no puedo hacer nada más.

—No se enfade, no es personal. Es solo que me parece que estoy hablando con un autómatas; necesito que alguien me diga que no me preocupe, solo eso.

—Le enviaremos un correo electrónico para confirmarle si el cambio se pudo hacer o no. Le llegará el lunes por la tarde.

—Por favor, llamen a mi móvil o envíen un SMS; no tengo garantías de tener acceso a Internet en los próximos días.

—No podemos hacer eso señor.

—¿No pueden llamarme? ¿No pueden enviarme un SMS?

—Lo siento señor.

—Entiendo, está fuera del procedimiento ¿no?

—Somos una empresa de reserva de vuelos *on line*. Trabajamos a través de Internet.

—Pero ahora estamos hablando por teléfono, ¿no es cierto? Quiero decir... tienen teléfono ¿verdad? Da igual, olvídelo. Esperaré su correo —respondo resignado a no tener otra opción que esperar.

Me tomo unos minutos de reflexión y finalmente decido actuar como si tuviera confirmado el vuelo para el miércoles ocho a las seis de la tarde. Enfocándolo así, se trata de una buena noticia: tengo un día más para intentar llegar a Montevideo, y un día más para estar con mi familia argentina. Eso contando con que con este nuevo vuelo me dé tiempo a coger el avión a Sidney.

Mi buena estrella se encargará de todo.

Mientras hago todas estas cuentas mentales, estoy revisando el correo. Todo pierde importancia de golpe cuando leo el mensaje de un amigo que me dice que está orgulloso de mí. Todo pierde trascendencia cuando leo el mensaje de otro amigo que me dice que me quiere. Ninguno de los dos está borracho.

—Malditos cabrones, malditos hijos de puta —murmullo con los ojos de cristal.



Insisto

Tengo que centrarme en el próximo objetivo: sacar el billete de autobús a Mendoza, el primer pueblo al otro lado de

la frontera, el primero de Argentina. Cruzo los dedos para que acepten tarjetas de crédito y funciona. Tengo mi billete y media hora de margen. Reviso mentalmente la lista de cosas que tengo que hacer y no encuentro nada. No puede ser, tiene que haber un error. No puede ser que cuente con media hora de margen para hacer lo que quiera y relajarme en este viaje de locura.

—Tranquilízate chaval, sube al autobús y ponte algo de música ambiental, relájate un rato —me digo a mi mismo tratando de calmarme.

Le doy la mochila al mozo que se encarga de acomodarlas en el maletero, que me pide la voluntad. Después de tres semanas cogiendo autobuses, es el primero que hace algo así. Recuerdo que me quedan dos monedas en el bolsillo y se las doy.

—Siento no poder darte más. No sé cuánto dinero llevas encima, pero te aseguro que tienes más que yo. Me quedo a cero —le digo con guasa.

—Español ¿no?

Subo al autobús, me voy directo a la última fila, me quito los zapatos, me ajusto los auriculares y me pongo la canción. *Alea jacta est.*⁴⁰

Empieza a aclarar el día, pero se muestra nublado, blanco y gris. Salimos de la ciudad y encaramos una empinada cuesta que nos anuncia el comienzo de la subida. Debemos cruzar los Andes de un lado a otro, de oeste a este, y no tardan en mostrarse desafiantes, con sus cimas plateadas por las nieves del tiempo. La carretera es estrecha y se agarra a la montaña con las uñas. A un lado, barrancos. Las vistas son espectaculares y me niego a hacer cualquier cosa que no sea mirar y escuchar música. Tengo ganas de escribir, y lo hago mentalmente, pero nada va a despegarme del cristal. No señor. Vivo uno de esos momentos de euforia que suelen nacer con el día. Me subiría al techo del autobús para *surfear* por los Andes. Nunca bebo

⁴⁰ La suerte está echada.

café, pero daría cualquier cosa por tomarme uno bien caliente. Dentro del autobús no hace frío y sin embargo tengo las manos entumecidas. Me busco la vida y me hago con un vaso de corcho con el que acudo al termo de café y que lleno hasta el borde. Está rico, me cae bien. Ya estoy listo para empezar a escribir.

No llevo ni media hora escribiendo cuando noto que el autobús se para. El conductor nos anuncia con aspereza que la frontera está cortada.

—Tienen nieve y niebla allá arriba, nadie puede pasar —anuncia con voz firme—. Por ahora nos paramos a esperar. Puede ser una hora, dos o tres, no se sabe. Solo nos moveremos cuando tengamos el permiso de la policía para subir o cuando me ordenen volver. Por ahora no puedo decirles nada más.

—¿Podemos salir? Me gustaría tomar unas fotos.

—No. Quédense en el autobús.

Un buen rato más tarde, hartos de esperar, salimos. Hace fresco pero merece la pena: el lugar es precioso. Estamos rodeados de montañas blancas y la nieve, sucia, llega hasta los márgenes de la carretera vacía. Me uno a un grupo de pasajeros que hacen un corro y cuentan hasta qué punto es una putada que no nos dejen pasar.

—A mí me caduca hoy el visado de turista, mirad —nos dice Javier, madrileño, mientras nos enseña el sello de su pasaporte.

—A mí me espera mi novia al otro lado de la frontera —nos dice Marco, chileno con cara de chileno.

—A nosotros nos estropea el sábado, pero nada más —dicen Benjamín y Thea, pareja de rubios franceses.

—Yo tengo que coger un vuelo en Montevideo dentro de tres días —digo cuando es mi turno.

Todos coincidimos en que el más jodido es Marco.

—Las consecuencias de no llegar a tiempo a ver a tu novia son mucho peores que cualquiera de las de los demás. Ni

la suma de todas podrían hacerle sombra —dice alguien con guasa.

Javier es ingeniero de minas. Probó suerte en Australia, pero la falta de acuerdos de este país con España lo hace demasiado complicado. Ha probado en Chile, el segundo país más minero del mundo. Lleva exactamente seis meses buscando trabajo, pero aún no ha encontrado nada. Cada tres meses tiene que salir del país y volver a entrar con pase de turista. Hoy le toca renovación, pero lo va a tener complicado como siga así. Está tranquilo porque le han dicho que pueden hacerle un justificante que le sirva de prórroga por algunos días.

—Según me dicen, en España no está la cosa como para volver a por trabajo. Por el contrario, dentro de la crisis mundial, Chile está bastante bien. Aquí hay trabajo de sobra, así que creo que aguantaré algunos meses más —resume Javier.

Aprovechando la necesidad de salir del país para renovar el visado, los franceses y Javier iban a pasar el fin de semana en Mendoza.

La historia de Marco es diferente, no vienen juntos. Marco debería haber estado en Mendoza ayer, en eso quedó con su novia. Ella vive en el norte de Argentina y él en el sur de Chile, así que quedan en Mendoza por ser una ciudad que está bien comunicada y junto a la frontera. Si no está ahora allí con ella es porque ayer salió a tomar unas cervezas con los amigos.

—Me liaron. Yo solo iba a tomarme un vino, pero empezamos a beber y acabé sin poder tenerme en pie. Llevo toda la mañana bebiendo líquido, pero no hay forma de quitarse este dolor de cabeza —se justifica.

—Subirse a un autobús con resaca es lo peor del mundo —le advierto.

—Ya lo sé. Ni siquiera sé qué hago aquí. Debí coger un avión. Todo el mundo me dice que coja un avión, que por cincuenta dólares estoy en Mendoza en un rato, pero yo he pre-

ferido venir en autobús, y ahora mira.

—Vas a tener que aguantar un montón de *te-lo-dije* —le digo con cariño.

Definitivamente, el más perjudicado por el corte de la frontera es Marco.

Pasan las horas y nadie sabe nada. Pregunto a la policía chilena, pregunto a los contados camioneros que llegan de la parte Argentina, pero nada hay claro. La frontera está abierta, pero el tiempo no es bueno. Ni Argentina ni Chile quieren cargar con la responsabilidad de una posible desgracia, así que no dejan pasar a nadie. Según me cuentan los conductores de los muchos autobuses que se van acumulando y con quienes hablo, en estas fechas es lo normal. Unas veces les mandan volver y otras les dejan pasar, no se sabe, no hay patrón.

Mientras esperamos, seguimos charlando sobre comida chilena, sobre todo marisco. Al menos estamos de buen humor. Mi viaje se ha empezado a torcer en el momento más delicado, pero no me preocupa. Al contrario, me produce cierta excitación la posibilidad de que dé un giro inesperado, o que al menos corra el riesgo de darlo.

—¿Dónde te quedas a dormir en Santiago? —se interesa Javier.

—Llegué anoche, así que me busqué un garito de mala muerte donde he pasado la noche. Si no podemos pasar, tendré que buscar algo para esta noche.

—Te quedas en mi casa. Bueno, es compartida, pero hay muy buen rollo. Hay gente de todos los países, gente interesante; seguro que te podemos buscar un colchón y acoplarte en cualquier sitio.

—Eso sería genial. Lo mejor del viaje es conocer gente.

—Pues hecho. Y esta tarde nos vamos a dar una gira culinaria por Santiago. Vas a probar todo lo típico, que no te puedes ir sin haber catado un curanto.

—¿Qué es eso?

—Ya lo verás, pero en resumen es marisco cocido en vino blanco. Para chuparse los dedos.

—Genial.

Me siento culpable porque mi familia me espera, pero el plan que se presenta si no se abre la frontera no está nada mal.

Tres horas más tarde nos dicen que tenemos que darnos la vuelta.

Bajamos la misma carretera estrecha que hemos subido poco antes, ahora con las cunetas sembradas de coches y camiones. Llegamos a la estación donde nos sellan el billete para poder volver a usarlo otro día.

Yo aún no he pensado en lo que voy a hacer, no tengo ni un minuto para reflexionar. Marco va a intentar tomar un avión para cruzar y el resto tomamos un metro a casa de Javier. Es una casa enorme, de dos plantas, situada en uno de los barrios más antiguos de Santiago. El acceso se hace por una puertecita estrecha y tímida. Unas escaleras de madera que se quejan al sentirnos pasar y un ecléctico laberinto de pasillos llenos de adornos imposibles. Javier me explica que son dos casas juntas, y que en total viven allí unas dieciocho personas. Todo es de madera vieja; todo es viejo.

Después de saludar a las muchas personas con las que nos cruzamos, llegamos a un salón que da acceso a las habitaciones. Es un sitio espacioso, rodeado de puertas y presidido por una oxidada estufa de gas.

—No tenemos calefacción. La estufa es lo más parecido, así que se convierte en el centro de reunión —me comenta Javier.

Varios sofás rodean una mesa baja hecha con un tablón y varios ladrillos como patas. Una pareja juega a las cartas y nos saluda al vernos llegar. A excepción de la casera, que también vive allí, son todos jóvenes. La mayoría estudiantes. La casa es vieja, ruidosa, algo raída, oscura, húmeda y fría, pero está viva. Muy viva. La veo como una especie de casa *okupa* a

doscientos dólares el mes. Tertulia de té, póquer y fotos para planear el resto de la tarde.



La Piojera, un terremoto y la chica del sofá

Entre charlas y risas, la noche se nos echa encima, así que empezamos por ir a comer algo. Eligen un lugar realmente autóctono, un local de barrio y comida grasienta donde los franceses, Javier y yo damos buena cuenta de una chorrillana para cuatro (un plato lleno de patatas, salchichas, cebolla y huevos, todo frito y todo mezclado en una fuente de la que pinchamos todos). Son cerca de las ocho de la tarde y es un buen momento para ir a tomar una copa, aunque antes nos pasamos por la plaza de Armas —uno de los puntos más típicos de la ciudad— a hacer algo de turismo. Unas fotos, unos vídeos y un paseo por los alrededores para acabar en la Piojera.

La Piojera es un local que mantiene el espíritu del Santiago de hace cincuenta años, de antes de la globalización y la modernidad. Se accede a través de una gran puerta de madera que te lleva a un pasillo, un patio interior y una gran sala sembrada de mesas. Está lleno hasta la bandera. El ambiente me recuerda a los bares por donde Marco se buscaba la vida con la familia Peppino. Una nube de humo lo recubre todo y la música que sale de una bandurria y las gargantas de un puñado de borrachos me da la bienvenida.

Casi todo el mundo es joven, incluyendo a los camareros, que se afanan detrás de una atestada barra de madera. Al fondo de la sala, una escalera de cuatro peldaños y una puertecita dan acceso a otra sala de paredes pintarrajeadas. Las mesas se encuentran apiladas en una esquina, junto a taburetes os-

curos y pegajosos, sillas y bancas. Se diría que alguien las ha puesto ahí para quemar a una bruja. Nos instalamos en una mesa que hemos logrado extraer de la montaña de madera. Vamos a pedir.

—Aquí lo normal es pedir un terremoto y luego un maremoto. Después de eso, sea lo que sea lo que te tomes, acabarás tirado en el suelo. Al día siguiente no recordarás nada —me advierte Javier.

—Seamos ortodoxos, bebamos un terremoto —respondo consecuente.

Un gesto de Javier y el camarero ya está preparando cuatro terremotos. Agarra un gran vaso donde pone dos bolas de helado de piña, rellena con una bebida casera de color marrón que guarda en unas garrafas de cristal y pone la guinda de un chorrito de licor. (Más tarde comprobaría que el maremoto es lo mismo, con la diferencia del chorrito de licor, menta en este caso.) La pajilla que añade a la bebida es clave a la hora de ir disolviendo la bola de helado. Con paciencia, se mezcla y mezcla hasta que queda una bebida blanca, uniforme, riquísima y altamente alcohólica. Mientras bebemos terremotos y maremotos, la mesa ha ido llenándose de gente que no conozco. Más compañeros de piso de Javier, algunos amigos de estos, novias y un par de busconas que se han acercado a la luz de un guiño de Javier, atractivo, ligón, golfo de noche.

Empiezo a estar borracho, al punto que le sigo el grotesco juego de tonto a Estela, que así se llama. La facilidad con que se ríe de mis imbecilidades y las insinuaciones tan poco sutiles que utiliza hace que pierda interés al instante. Es muy atractiva. Morena, delgada, de estrechas caderas, culo brasileño y vientre duro y llano que exhibe y que baja y baja hasta superar sin pudor los límites de su rasurado pubis. Tiene una camiseta estrecha con el molde de sus pezones y un cuello largo. Un pelo negro recogido y unas cejas como bigotes de Dalí. Su sonrisa es agradable, no así su voz.

—Me pone cachonda tu acento español —me dice al oído empañándose la oreja con su aliento a terremoto.

Alguien ha decidido que es el momento de irse. Levantarme hace que tome verdadera conciencia del estado en que me encuentro: totalmente borracho. Tengo la tentación de ponerme a analizar la situación: el viaje, la suspensión del vuelo, la necesidad de cruzar a Argentina, la visita a mis tíos y todo lo demás, pero no me dejo; paso. Cuando salimos de la Piojera somos un grupo de más de diez personas que caminan por la calle no se sabe muy bien hacia donde. Yo, desde luego, no sé nada. Mientras camino, me entretengo hablando con unos y otros, tratando de evitar a Estela, que ya susurra al oído de otro, un tipo rubio cuyo acento francés estoy seguro de que la pone cachonda. Alguien me pide algo de dinero para comprar algunas bebidas; nos dirigimos a una fiesta.

Tenemos que subir tres pisos por una oxidada escalera para llegar al apartamento donde se celebra la fiesta. Nos recibe una muchacha rubia de gafas de pasta que se limita a abrir la puerta y dejarnos pasar. El piso es pequeño y oscuro y está lleno de humo, gente, sudor, alcohol y música. Estoy a gusto, con el punto de borrachera que hace que todo el mundo sea maravilloso. En mi mano pronto aparece un vaso lleno de alguna bebida típica *santiagueña* que alguien ha decidido que debo probar. La fiesta es estupenda y me paseo por las habitaciones llenas de ambiente y gente fumando y bebiendo. Me encuentro con todo tipo de fauna urbana, aunque toda la gente tiene en común el puntito de buen rollo *neohippie*. Es agradable charlar con unos y otros, preguntarles sobre su país de origen, sobre el motivo que les ha llevado a Chile, a Santiago, a esa fiesta. Es agradable intercambiar direcciones de correo electrónico, abrazos y besos con gente *flipada* y rara. El grupo es tan heterogéneo que no encuentro a nadie que conozca a más de dos o tres personas. Casi todos somos desconocidos allí, aunque unidos por tres o cuatro grados de separación.

Estela está cada vez más borracha.

Pasan las horas y sigo poniendo a prueba mi tolerancia al alcohol. No dejo de beber, de comer canapés y patatas fritas y de charlar con unos y con otros. La puerta del piso se abre cada dos por tres para dejar pasar a nuevos grupos de desconocidos que portan bolsas con bebidas y que me saludan como si me conocieran de toda la vida. Nunca he estado en una fiesta así, con gente así, tan llena de acentos, tan llena de excesos, que me hiciera sentir así, que me hiciera hacer las cosas que hago.

Pero con todo, más allá de las cosas que hiciera o dejara de hacer en esa fiesta, lo que la convierte en realmente especial es la chica del sofá.

«Podría dibujar su cara, creo que es la única cara del mundo que podría dibujar». Eso fue lo que pensé cuando la vi allí sentada, en medio del sofá. Mira a la gente como si buscara algo en cada uno de ellos. Basta verla para darse cuenta de que es diferente al resto, aunque no necesita resplandecer para destacar en la oscuridad humeante y cargada de la fiesta. Basta su gesto de serenidad, de *todo-va-bien*. A diferencia de con toda la gente con la que he hablado hasta el momento, con ella me corto y preparo algo que decir, algo elaborado, directo, poco pretencioso, que suena a sincero, a interés.

—Hola —digo.

Así nace una conversación que vive a lo largo de toda la noche, a lo largo de pasillos, habitaciones y sofás, que se alimenta de cosas que nunca debí decirle —pero que volvería a confesarle—, de cosas que nunca debió decirme; una conversación que se fragmenta por mor de fugas escurridizas y juguetonas, de desaires interesados, de desinterés fingido, pero que se yergue firme, sujeta con las cuerdas del intenso magnetismo de su gesto perfecto. Todas las conversaciones que he tenido hasta ese momento me parecen ahora banales y torpes. Todas las conversaciones que tengo en los ratos en los que nos separamos —para dejar claro nuestro interés mutuo

e inconfesable— son vacías, insípidas, mojadas e inservibles. Hablar con la chica del sofá es enfrentarse a la certeza de que cualquier cosa que diga encierra un misterio que quiero develar, que quiero conocer por encima de todo.

Me gusta bucear en sus frases para tratar de encontrar su verdadero sentido más allá de la suma de las palabras. Me gusta descubrir que tengo la capacidad de dejar de ser un borracho eufórico en los ratos en que la tengo frente a mí, o a mi lado; me gusta convertirme en un tipo sereno que escucha ópera de sus labios.

—Eres muy tierno —me dice.

—Eso es porque estoy borracho —le respondo esperando que no me crea.

—No te creo.

No quiero dejar de hablar con ella nunca, así que le pido su dirección de correo. Si no lo he hecho antes ha sido porque me gusta la sensación que me empapa cuando ella se pierde entre la gente y pienso que quizás sea esa la última vez que la vea. Apunto su dirección de correo electrónico en la última página de mi libreta de notas, apartada de todas las demás que he ido apuntando a lo largo del viaje. No parece gustarle que lo haga.

—¿Por qué me pones al final? ¿Qué significa?

Creo que finge, creo que le ha gustado que le haya dado un trato especial.

—Pedro... ¿cómo me llamo? —me espeta.

—No lo recuerdo —confieso.

Pienso en soltarle un discurso acerca de que el hecho de no recordar su nombre no significa nada en absoluto y que no es más que una tontería, pero enseguida entiendo que no es necesario, que eso habría que haberlo hecho con cualquier otra, pero no con ella. Está claro que esas mierdas no son necesarias aquí.

—Sabías que no iba a acordarme, por eso lo has preguntado ¿verdad? —le digo sonriendo—. ¿Cómo te llamas?

—No te lo voy a decir —me responde.

—Puedo descubrir tu nombre en un momento si quiero. He visto a gente que te conoce, podría preguntarles.

—Yo no te lo voy a volver a decir, tendrás que descubrirlo.

A ratos necesito alejarme de ella porque necesito guardar en algún sitio todo esto que me está ocurriendo. Necesito escribirlo, así que cojo mi libreta y el lápiz que me regaló Valérie y me bajo a la escalera helada, por donde desfilan todo tipo de personajes de colores.

—¡Viva la inspiración! —grita un borracho que me ve escribiendo.

La gente va abandonando la fiesta; van saliendo de la casa abrigados. Algunos a quienes ni siquiera reconozco me desean suerte en mi viaje y me dan besos a los que respondo con gusto. Son casi las siete de la mañana y la casa es un reducto de borrachos que fuman marihuana. Una pareja baila al ritmo de Manu Chao. La chica del sofá se arroja con su bufanda roja; se larga acompañada de un tipo alto y rubio que apenas se mantiene en pie. Pienso en proponerle una foto juntos, pero me parece ordinario pedirle a ella una cosa así.

Nos despedimos con un abrazo puro.

Me encuentro con Javier y las dos chicas de la Piojera. Estela está aún más borracha que la última vez y gruñe ofuscada. Se queja por qué sé yo. Discute con Javier, así que acabamos por irnos a casa los cuatro en un paseo helado de diez minutos. Cuando llegamos e improvisamos una cama amontonando unos colchones en la habitación de Javier, lo único que quiero es un tiempo muerto. Necesito sentarme a pensar un rato. Va todo demasiado rápido. Durante las últimas veinticuatro horas me han pasado tantas cosas que me ha sido imposible digerirlas. Estoy borracho y muy cansado, aturdido por el alcohol y la falta de sueño. Huelo a rayos, mi ropa huele a rayos, mi pelo huele a rayos, la boca me sabe a rayos. No tengo ganas de follarme a Estela, como correspondería.

Antes de eso tengo una cosa que hacer. Enciendo el ordenador, me conecto y encuentro el nombre de la chica del sofá con una simple búsqueda en Google. Ahora ya puedo sentarme a pensar en la manera de salir del país.

Lo mejor de la fiesta

Lo mejor de la fiesta vino al final, cuando me cambió un beso por un abrazo caliente y blandito como un globo lleno de aliento.
Sé tu nombre.

Domingo, 5 de julio de 2009

Tengo dos opciones para salir de Santiago. La primera pasa por cruzar los dedos y esperar que remita el temporal y los autobuses puedan cruzar el paso los Libertadores para llegar a la ciudad de Mendoza, en Argentina. La segunda es coger un avión que me lleve directamente a Uruguay. Durante la tarde de ayer, Javier estuvo buscando y encontró un vuelo que salía a las tres de la tarde. No sé cómo agradecerle todo lo que está haciendo por mí.

La ejecución de la primera opción comienza por llamar a la terminal de autobuses. El tipo me dice que no saben si el paso está cerrado, pero que en cualquier caso ellos tienen órdenes de salir.

—Estupendo, lo último que necesito ahora es esa incertidumbre —murmuro al teléfono—. ¿No puede darme la certeza de que pasaremos? Es importante para mí. Necesito una certeza —le suplico.

—Solo puedo decirle eso, señor —responde frío y con ganas de colgar.

Son las siete y pico de la mañana y el primer autobús sale a las siete y media. El segundo a las ocho y media. Tengo que decidirme. Si me subo al autobús y el paso está cerrado, la habré cagado; no tendré tiempo de coger el avión. Por otro lado, la opción de coger el avión implica renunciar a ir a Córdoba a visitar a mi familia, puesto que me llevaría directamente a Montevideo. Desde luego no estoy en las mejores condiciones para tomar una decisión importante.

Miro a mi alrededor tratando de buscar ayuda y solo encuentro a Carlos, «el Picasso del siglo XXI», tirado en el sofá fumando un cigarro. Trabaja por las noches, pero tiene problemas para dormir por el cansancio, así que suele quedarse a ver la tele un rato antes de irse a la cama. En la tele ponen *Enemigo a las puertas* y Ed Harris prepara su fusil de largo al-

cance. Pienso en la batalla de Stalingrado y la decisión se toma sola: iré en autobús.

Tengo que despertar a Javier para recoger mis cosas. Le anuncio que me largo en autobús y me pregunta si estoy seguro. Le respondo que sí y entonces me anima, me dice que todo saldrá bien, pero que si saliera mal solo tengo que volver a la casa y ya buscaríamos la forma de solucionarlo. Me vuelve a dar su número de teléfono, me prepara una bolsa con fruta, me da indicaciones de cómo llegar al metro, incluso me da dinero suelto para el billete. Me acompaña a la puerta a pesar de estar tiritando de frío. Acabo de interrumpir a este hombre mientras estaba en su habitación con dos mujeres; le saco de la cama semidesnudo mientras estamos a cero grados y todo lo que obtengo de él son atenciones y más atenciones. Me ha preparado una bolsa con fruta para el viaje, por el amor de Dios.

—Lo de la fruta son cosas de mi madre, que ha acabado por inculcármelo —me dice con los ojos pegados.

Con un abrazo y un beso trato de hacerle ver todo mi agradecimiento, pero estoy seguro de que no soy capaz, cómo iba a serlo. Salgo y encuentro la parada de metro. Es domingo y no abren hasta las ocho, así que tengo diez minutos de espera. En la puerta aguardan unas veinte personas, casi todas comiendo las tortillitas fritas que vende un puesto ambulante cercano.

Tengo ganas de vomitar.

Mientras espero me doy cuenta de que no tengo ni idea de la parada a la que tengo que ir. La inexistencia de una mínima organización en mi forma de comportarme hace que me base en objetivos a corto plazo sin mirar más allá. El último objetivo era llegar a la parada de metro y aquí estoy, pero ahora necesito el siguiente. Pregunto a un tipo, que trata de explicarme sin éxito: no le entiendo una palabra. Habla demasiado rápido y se explica como el puto culo. ¿Acaso no ve que soy español y estoy más perdido que un pulpo en un garaje?

Por fortuna, hay una chica que sí lo ha visto y se ofrece a ayudarme.

—Yo me bajo una parada después de la tuya. Vente conmigo y te indico. Es fácil, solo hay que hacer un trasbordo y nada más —me tranquiliza.

—Gracias. ¿Crees que puedo llegar con tiempo de tomar el bus de las ocho y media? —le pregunto.

—Solo tardaremos quince minutos.

Tengo suerte y el guardia de seguridad abre las puertas cuando aún faltan cinco minutos para las ocho. Salgo corriendo hacia la taquilla porque no quiero hacer que se retrase la chica amable, que no necesita perder el tiempo comprando el billete porque usa un bono.

—Un boleto, por favor —le pido al taquillero.

—La taquilla no abre hasta las ocho, señor. Faltan tres minutos.

Miro mi reloj que marca las ocho y dos minutos. Mi reloj anda cinco minutos adelantado. Me quedo callado y mirándolo. El taquillero está sentado frente a mí y me mira. No hago nada, no hace nada. La chica amable espera y detrás de mí se ha formado una pequeña cola de gente silenciosa. Pasan tres minutos de silencio.

—¿Qué desea señor? —pregunta el taquillero.

—Un boleto, por favor. Aquí tiene. Gracias.

El traslado dura, como predijo la chica amable, quince minutos. Durante ese tiempo nos hemos hecho tan amigos que ella me ha regalado sus guantes en previsión de que pueda quedarme atrapado en las nieves de los Andes. Yo no tengo regalos para corresponderle, así que le escribo una postal que le pido que no lea hasta que no llegue a casa.

Necesito otros quince minutos para encontrar el autobús, pero logro subirme justo a las ocho y media.

El olor a ambientador me está provocando náuseas y estoy convencido de que no voy a poder aguantar mucho tiempo sin vomitar, sobre todo teniendo en cuenta que por delan-

te tengo una carretera de montaña llena de curvas. Este sería un buen momento para poner en orden las ideas, para trazar un plan y anotar todo aquello que no puedo olvidar hacer, pero lo único que me pide el cuerpo es reclinar el asiento y poner la canción. Pienso en la chica del sofá. Anoche hablamos de tantas cosas que hoy no puedo creer que hablásemos de tantas cosas.

Alguien me despierta para ofrecirme un café. Mientras me lo tomo compruebo que solo han pasado cinco minutos desde que salimos. Está calentito y dulce. Estoy seguro de que mi buena estrella hará que pasemos. En dos horas llegamos a la oficina de la policía en la que quedamos atascados el día anterior.

Pasaremos.

Somos el único autobús y las cunetas están llenas de camiones.

Pasaremos.

Paramos y pasan los minutos.

Pasaremos.

Nadie se baja del autobús y espero que en cualquier momento suba alguien y nos diga que debemos darnos la vuelta.

Pasaremos.

Subo el volumen del *mp3* y me hundo en el sillón, no quiero saber nada.

Pasaremos.

Pasamos.

Detrás de una colina que superamos con facilidad, la cordillera de los Andes. Una carretera zigzaguea como una costura con revueltas numeradas y se pierde en la niebla que cubre la cumbre. La fila de camiones va desde la cima del paso hasta nosotros. Kilómetros de carretera llenos de camiones de colores. Por suerte, alguien hace una indicación al conductor y este empieza a adelantarlos a todos. Pasamos por delante de tantos vehículos que pienso que si tuviésemos que esperarlos a todos hubiésemos llegado a la frontera coincidiendo

con la llegada del hombre a Marte.

Después de flotar sobre las nieves del paso los Libertadores presenciando unos paisajes de dibujos animados, llegamos a la frontera. Mi pasaporte se ha roto. Las tapas de han despegado del resto de hojas y el funcionario de Chile no quiere dejarme salir.

—Un documento deja de ser oficial si está roto —me explica.

Trato de convencerlo y accede a hablar con la parte de Argentina.

—Si a ellos les parece bien dejarte entrar, nosotros te dejamos salir.

Todo va bien. Puedo pasar, pero antes revisan mi maleta bolsillo a bolsillo. Incluso me abren la bolsa de la ropa sucia y revisan calcetín a calcetín. Yo he bajado del autobús en manga corta y me estoy helando, así que no paro de dar saltitos como un yonqui con mono mientras tres tipos con mascarilla revuelven mis calzoncillos usados. Terminamos al fin y todos suben al autobús mientras yo trato de ordenar mi mochila lo mejor que puedo. Llevamos un ligero retraso, pero la carretera de la parte de Argentina es más benévola, así que recuperamos terreno y conseguimos llegar a Mendoza a las tres y media. Allí no tengo nada que hacer más que sacar un billete para Córdoba lo antes posible. El primer autobús es a las seis y media, así que tengo algunas horas para tratar de descansar.

Mientras pierdo el tiempo de la mejor manera que puedo, descubro que en Argentina tienen una hora más, así que en realidad he llegado a las cuatro y media: solo tengo dos horas y no tres. He tenido suerte de oír a alguien preguntar la hora.

El autobús de Córdoba es viejo y yo tengo el peor asiento. Lo he elegido con toda la intención. Junto al mío está el segundo peor asiento, así que será el último en ser asignado. Si el autobús no se llena, disfrutaré de dos asientos para dormir. Si se llena, sufriré el asiento más estrecho de todos. Confío en

mi suerte y me favorece a medias. Logro dormir hasta las cinco de la mañana, momento en que un militar me despierta para reclamarme su sitio. No está mal, he dormido un par de horas en total.

A las siete y diez, diez minutos después de lo previsto y con cincuenta horas de déficit de sueño, llego a Córdoba, Argentina.

Lunes, 6 de julio de 2009

Por primera vez en todo el viaje hay alguien que me espera en la estación. A los pies de la escalera me encuentro con mi tío Paquito, hermano de mi madre, y con Nati, su mujer. Es la segunda vez que los veo en mi vida. La primera fue en España, unos diez años atrás. A pesar de ello, no tenemos ningún problema para reconocernos. Diez años no son nada.

La vergüenza de llevar días sin ducharme y cambiarme de ropa y de oler mal desaparece en el instante en que me reciben con un abrazo sincero. Aún es de noche y lo seguirá siendo un rato más. Tomamos un taxi y vamos directos a su casa, donde puedo tomar una ducha, cambiarme de ropa y desayunar mucho y bien. Paquito me recomienda dormir unas horas para descansar, pero me niego a hacerlo. Estaré poco tiempo y no puedo andar perdiéndolo en siestas.

Durante el desayuno se han ido despertando mis primos, que se han ido incorporando a la mesa. Rocío, Belén y Adrián (a Eduardo le conocería más tarde). Termino y nos ponemos en marcha, tenemos muchas cosas que ver.

Bajamos para encontrarnos con Rojo, un amigo de la familia, taxista retirado, pelo blanco y largo, raya en medio, bien cuidado, gafas sin montura. Nos espera apoyado en un coche amarillo, su viejo taxi, con el que nos moveremos durante todo el día.

—¿Le estás haciendo una foto a mi coche? —me pregunta sorprendido.

—Sí, es que me gusta mucho —le respondo sin saber si he metido la pata.

—Está bien, pero has de saber que este coche no se lava desde el diez de octubre de 2007.

Intuyo que es la fecha de su último día de taxista.

Lo primero que hacemos es resolver temas triviales, como

confirmar mi vuelo —que definitivamente es para el miércoles por la tarde—, llevar la ropa a la lavandería y comprar mi billete a Montevideo. Durante todo el trayecto Paquito no deja de contarme cosas sobre la ciudad. Se convierte en un guía excelente, lleno de conocimientos, lleno de cultura. Me bastaron dos días a su lado para llegar a la conclusión de que Paquito es sabio. Domina cualquier tema y su memoria privilegiada le permite absorber todo lo que vive o lee, le permite clasificar los conocimientos e indizarlos por fechas, personas, lugares. Me habla de las calles de Málaga que visitó hace una década, situándolas con exactitud. Siempre sonrío mientras habla y la mayoría de los comentarios, sean de la índole que sean, los acaba con una coletilla jocosa. Tiene un aspecto sencillo, pelo negro con trazas grises, barba descuidada, camisa de cuadros con el último botón desabrochado, pantalones oscuros y zapatillas de deporte. Salta a la vista que su aspecto no le preocupa lo más mínimo.

—Mi madre me compraba la ropa por kilos.

Mientras visitamos la que fue casa de su padre, mi abuelo, me cuenta historias de la familia; historias que no conocía, historias que, por mi forma de ser, despegada, siempre me han resultado lejanas y ajenas.

Visitamos el cementerio Parque de la Paz, un sitio que hace honor a su nombre, donde se encuentra enterrado mi abuelo junto con parte de su familia.

La mañana avanza y debemos volver a casa donde nos esperan para comer un asado. Antes, una parada obligada en un bar para tomar unas cervezas. Me lamento de que no tengan Quilmes y tengo que conformarme con una Schneider. En Argentina es habitual servir botellas de un litro, así que nos bebemos dos botellas mientras miramos el reloj conscientes de que llegaremos tarde y de que las chicas se enfadarán.

—Les diremos que hemos estado en misa —sugiere Paquito con picardía.

—No hay duda de que nos creerán.

Del asado se encargará Paquito. Nada más llegar a casa mete fuego a una pila de carbón, ignorando las advertencias de Rojo sobre si la cantidad es suficiente o no.

—Lo peor que le puede pasar a un asado es quedarse corto de brasas.

Una bandeja llena de enormes trozos de carne de diferentes tipos, coronadas por dos ristras de chorizos, espera pacientemente junto al fuego. Mientras tanto, las chicas han montado una larga mesa que se presenta llena de bebidas y platos entrantes. Estamos en el patio de la casa, debajo de un toldo de tela que refresca la sala. Las paredes son blancas y están llenas de maceteros sin macetas. Por encima de nuestras cabezas, cuerdas de tender pellizcadas por decenas de pinzas de la ropa. La carne es excelente, lo que me obliga a comer como un cerdo, sin medida. Lo pruebo todo y repito. Bebo cerveza (Quilmes, ahora sí) y me siento tan bien que no quiero que acabe. Tengo sentados delante de mí a toda mi familia argentina y a Rojo, y la conversación y las risas abundan. Me alegro mucho de haber venido y doy gracias a la buena estrella que está dirigiendo este viaje perfecto.

Estamos en Argentina y la sobremesa se alarga hasta las diez de la noche. Paquito y Rojo llevan el peso de la conversación. El uno sigue contando cosas de la historia de Argentina, dando fechas, lugares y nombres con exactitud, y el otro le replica cada vez que tiene oportunidad, tomando la palabra y usándola con frases largas, lentas y bien construidas, llenas de semántica. Ha pasado apenas un día, pero ya me he familiarizado con el tono y la jerga argentinas.

Tomamos hierba de mate y me cuentan la liturgia que rodea al asunto. Todos compartimos el mismo mate, que es el recipiente donde se mezcla la yerba con el agua, y la misma bombilla, el tubo por donde se chupa la infusión. Bebemos por turnos que se establecen según la posición en la mesa, siguiendo el sentido contrario a las agujas del reloj. Rocío se encarga de cebar. Cada vez que uno ha bebido unos cuantos

sorbos, devuelve el mate a la cebadora, que se encarga de añadir un poco de yerba, un chorrito de agua caliente de un termo y algo de azúcar al gusto. El mate ya cebado se pasa al siguiente. A alguien se le ocurre remover la hierba con el agua y Rojo, un purista del mate, se queja.

—¡Por qué movés el mate! ¡No hay que mover el mate, limitate a chupar! —se lamenta con buen humor.

Varias rondas son suficientes para mí. No estoy acostumbrado a un sabor tan amargo y pedirles que usen azúcar es casi firmar mi sentencia de muerte, así que me retiro. Durante ese día y el siguiente me fijaría en hasta qué punto el mate es una costumbre arraigada en el país. Cualquier lugar es adecuado para tomar mate: la oficina de correos, el museo nacional, la tienda de la esquina, las terrazas de los bares; gente por las calles con su termo de agua caliente, carteles en el autobús prohibiendo tomar mate por el riesgo de quemar al compañero de asiento...

—Dice la tradición que el mate frío significa desamor. Si sirves a alguien un mate frío le estás diciendo que ya no le quieres —me cuenta Paquito—. Hace poco un tipo mató a su mujer porque le sirvió un mate frío. La mató a golpes.

El almuerzo termina definitivamente con una copa de fernet. Se trata de un licor italiano muy amargo, poco conocido pero muy extendido en Córdoba. Es la bebida preferida de Paquito.

—Aquí en Córdoba se consume el setenta por ciento de la producción de fernet de todo el país.

Servimos varias copas de fernet con hielo y brindamos. Es una bebida agridulce de casi cincuenta grados que no tarda en hacerme efecto.

—Cuando estuve en España, solo encontré un sitio donde me sirvieran fernet. Pregunté en todas las ciudades que visité, pero solo hubo un camarero que me lo trajo sin inmutarse. Fue en Campanillas —relata Paquito.

El fernet despierta las ganas de cantar de Paquito y Rojo,

así que a Nati le parece el momento perfecto de retirarse a empezar a servir la cena. Tiene preparadas dos bandejas de auténticas empanadas argentinas, lo que sigue obligándome a no dejar de comer y beber sin importarme nada. Tengo que aprovechar los buenos momentos del viaje, porque no se sabe cuándo llegarán los malos, los bajones.

Después de cenar, Paquito y yo nos vamos al salón. Me invita a echar un vistazo a su biblioteca y me pide una y otra vez que me lleve los libros que quiera. Hablamos de literatura, de autores americanos, de filosofía, recitamos algunos poemas y entre una cosa y otra sigue dando muestras de su vasta cultura en todos los aspectos, sigue recitando fechas, nombres, lugares. Llega a enfadarse por no recordar un nombre y deja de hablarme para emplear toda su concentración en tratar de hallar ese dato dentro del archivo de su cabeza. No para hasta lograrlo.

—Tomás Borges, se llamaba Tomás Borges. Como te decía, era ministro de Nicaragua, muy amigo de Julio Cortázar. Siempre tuvo la pena de llegar dos horas tarde al entierro del escritor. Ya ves, todo un ministro, con aviones a su disposición, y no fue capaz de llegar a tiempo al entierro de su amigo. Son cosas que pasan.

Hablar con Paquito es tener la sensación de que cuando uno vive, lo que está haciendo en realidad es perdiéndose mucho. Es exactamente la misma sensación que tengo día a día a medida que viajo, la sensación de que todo es tan grande, de que por mucho que avance no voy a disfrutar más que de un porcentaje mínimo. Puede llegar a ser frustrante si le das vueltas, así que lo mejor es evitar pensar en eso. Después de mucho discutir, y negarme en vano, acepto llevarme varios de los libros que me ofrece, incluyendo uno del cual es autor. Harán conmigo el resto del viaje.

Cuando dejamos de hablar, me doy cuenta de que no puedo más. Después de una semana durmiendo de cualquier manera en autobuses y tugurios, voy a tener el gusto de disfrutar

de una cama blanda, limpia, seductora y segura solo para mí. La quiero ahora. Me tumbo, me arropo y descubro hasta qué punto necesitaba ese descanso. Ni siquiera tengo tiempo de escuchar los primeros acordes de *Waiting*.

Martes, 7 de julio de 2009

Me despierta el olor a café y lo primero que hago es mirar el reloj. Son las diez de la mañana, una hora perfecta para despertarse. He dormido bien, pero al mismo tiempo he conseguido no levantarme demasiado tarde (no está bien si eres un invitado). Nati me recibe en la cocina con los buenos días y me cuenta que he hablado en sueños. No me extraña; a saber las que he armado en autobuses o habitaciones de mala muerte sin que nadie me haya dicho nada. Vuelvo a darme un atracón desayunando y, tras una ducha sin chanclas, nos vamos a hacer turismo al centro de Córdoba. Paquito no tiene coche, así que tomamos el autobús. La expedición la formamos Paquito, Adrián, Eduardo y yo.

El centro de Córdoba no tiene nada que ver con el barrio por el que nos hemos movido hasta el momento. El centro ya indica que se trata de una ciudad grande, llena de tráfico, de tiendas y de gente abrigada. Paramos a tomar algo en una agradable cafetería. Paquito no me permite pagar nada y no deja de prestarme atenciones. Sigue contándome todo tipo de anécdotas, historias, leyendas y datos.

—Suelo decirles a mis alumnos de sociología que la percepción de la información no te garantiza la obtención de la verdad. Si yo me siento en esta mesa y veo que, día tras día, un tipo gordo se pide un café con sacarina y un tipo flaco se lo pide con azúcar, puedo llegar a la conclusión errónea de que la sacarina engorda más que el azúcar —me explica.

—Cierto.

—Por eso, yo siempre digo a mis alumnas que si algún día ven a su marido agarrado del brazo de otra, no se precipiten en sus conclusiones, porque la observación del hecho no te garantiza el conocimiento de la verdad —concluye con sorna.

Después del café, damos un paseo por la zona de la cate-

dral, calles llenas de mercadillos y galerías comerciales. Cuando decidimos que tenemos hambre nos vamos a una *empanadería* que conoce Paquito. Se trata de una especie de bar de tapas de barrio, con ambiente universitario, que llama la atención por tener las paredes llenas de papeles con frases o mensajes. Los hay de todo tipo y nadie sabe muy bien el origen. La comunidad universitaria que forma la clientela del local se encarga de mantener vivas las paredes forradas de ideas. Comemos locro, una especie de estofado parecido a los callos españoles. Regamos con una botella de cerveza y otra de vino tinto, de la Rioja argentina. Durante toda la comida, Paquito ha seguido haciendo gala de sus atenciones y de su generosidad. Si tuviera que elegir una palabra que definiera a este buen hombre, elegiría generosidad. Conmigo y con cualquiera que se cruce en su camino, desde un tipo que pide limosna a un niño que vende periódicos.

—Si fuese yo quien manejara la plata en casa en vez de mi mujer, el sueldo del mes no me duraba ni una semana —me dice con risa satisfecha.

El tiempo se nos ha echado encima y debemos volver. Tengo que preparar la mochila, despedirme y salir hacia la estación así que, para evitar problemas, Paquito decide que volvamos en taxi. Ya en la casa, me despido de Adrián y Eduardo. Paquito y las chicas quieren venir a la estación a decirme adiós, aunque para ello haya que tomar dos taxis. Llegamos con quince minutos de adelanto por lo que tenemos tiempo de despedirnos tranquilamente. Paquito aprovecha esos últimos minutos para hacer una fotocopia del manuscrito en el que está trabajando, regalo que acepto con mucho gusto y aun con honor.

Muchos abrazos y besos, muchos buenos deseos y planes de visitas futuras y me subo al autobús.

Salimos.

El paisaje es bonito, aunque solo tendré un par de horas antes de que anochezca. Largas rectas, llanos infinitos y mu-

chas vacas que con el atardecer se tumbarán a dormir el sueño de los justos. Voy camino de Montevideo con la sensación de estar mucho más cerca de mi familia que dos días atrás. Me gustan los García.

Miércoles, 8 de julio de 2009

Desperto de frío. Me asomo a la ventana buscando una referencia de la hora que puede ser y lo único que puedo ver es el cristal empañado. Es de noche, eso sí. Son las siete de la mañana. Las vacas siguen dormidas, aunque imagino que no tardarán en despertar. Bajo al piso inferior del autobús y me sirvo yo mismo el café («Sirvase usted mismo», reza el cartel). El autobús es muy cómodo y eso me ha permitido dormir de un tirón. No sé hasta qué hora estuve escribiendo anoche, pero fue hasta muy tarde, quizás las cuatro. Según se aclara el día, puedo comprobar que el paisaje sigue siendo argentino: sigue habiendo eternos llanos que desaparecen por la curvatura de la Tierra. Sigue habiendo vacas, ya despiertas y cabizbajas, sigue habiendo charcas y granjas de caballos, y pequeños bosques de quita y pon. El autobús sigue circulando por larguísimas rectas que hacen que sea fácil dormir y muy fácil mear.

Después del café me he tomado un par de manzanas, con lo que he acabado con la reserva que me traje de Córdoba. La fruta me dura horas; no puedo resistir las ganas de comérmela sabiendo que la tengo a mano y paso hambre. Las galletas del desayuno las he tirado. Después de los excesos en Córdoba, he decidido retomar la senda de la comida sana, al menos dentro de lo posible. Se acabaron los dulces a todas horas, ahora me centraré en fruta, verdura, pescado y algo de carne. También quiero empezar a regular los horarios, no puedo andar comiendo cada vez que tengo oportunidad.

Llegamos a la terminal de autobuses a las diez y cuarto. Como me adelantó el tipo del autobús, llegamos con casi dos horas de retraso, pero no me preocupa, tengo tiempo de sobra. Cambio dinero y me aseo un poco en los mejores servicios que he visto en mi vida. Junto al bote de jabón hay otro bote de crema hidratante para las manos. Me gusta este sitio.

Hay un tipo que está pendiente de ti y que te pasa una toalla cuando te estás lavando las manos. No te espera en la puerta, te la acerca y espera a que termines para quedarse con ella.

—Aquí tiene una toalla, amigo.

—Gracias. Tenga.

—No aceptamos propinas, amigo.

—Vaya, lo siento.

—No hay de qué, amigo.

—Gracias, hasta luego.

—Suerte, amigo.

Lo siguiente es acercarse a una oficina de información para saber cómo llegar al centro y luego al aeropuerto. Todo es sencillo; para el centro no tengo más que tomar un autobús que para en la puerta de la terminal y para ir al aeropuerto debo ir a la terminal que hay junto al Río de la Plata, a quince minutos caminando desde el centro. Tengo mi mapa en el bolsillo y unas preciosas horas por delante. Ya estoy lo suficientemente despierto e informado como para trazar un plan para el día de hoy. Es miércoles, ocho de julio y tengo que tomar el vuelo que cruza el Río de la Plata, de Montevideo a Buenos Aires, a las seis, así que tendré que estar en el aeropuerto unas tres horas antes; no seamos apretados, pongamos a las tres y media. Una vez llegue a Buenos Aires, a eso de las siete, empezará mi carrera por la ciudad. Aterrizaré en el aeropuerto Jorge Newbery, pero mi avión a Nueva Zelanda sale desde el aeropuerto internacional Ezeiza. Solo tengo tres horas para ir de uno a otro porque el vuelo a Auckland sale a las diez. Siempre con prisa, así es mi viaje.

El día es jodidamente frío y ligeramente nublado, pero no hay riesgo de que llueva. El tráfico es horrible, lo que hace que el autobús llegue al centro a mediodía. Paso las siguientes horas caminando por el centro histórico, empezando en la plaza de la Independencia para ir bajando por las calles peatonales que la rodean. No es la ciudad más bonita del mundo y llega a resultar algo fría, más allá de la temperatura inver-

nal. Tiene cierto aire de falsa y me recuerda a Bratislava. Compró unas postales y hojeó unos libros de segunda mano en el puestecillo de un viejo con el que charló durante un buen rato.

No tengo ganas de problemas, así que cuando dan las dos y media, decido ponerme en marcha hacia el aeropuerto. Antes paro en una tienda de barrio y compro manzanas, mandarinas y un par de bocadillos de jamón york. Pregunto sobre cómo llegar a la terminal de autobuses y me indican un camino que no es directo pero es seguro. Montevideo no es una excepción y los alrededores de la estación de autobuses son zona *apache*. Con mis mochilas y mi bolsa de víveres me encamino por las calles que me han recomendado en la tienda.

—Buenas tardes señor. ¿Sería tan amable de decirme cómo se llama esta calle? —pregunto a un tipo que amarra su bicicleta a una farola.

—Calle Rubinos. ¿Dónde vas? —me pregunta sin darme tiempo a darle las gracias.

—A la terminal de autobuses. Según me han dicho tengo que seguir por aquí hasta cruzarme con la calle Orfeón y torcer a la izquierda.

—Ese camino es más largo, mejor te puedes ir por aquí y por acá —me dice.

—¿Por aquí?

—Sí, sales directo a la estación.

—Gracias.

—No, por favor.

Decido hacer caso al tipo de la bicicleta y me meto por la calle que me ha dicho. No tardo en arrepentirme. Las dos aceras están ocupadas por sendos grupos de yonquis metiéndose *farla* y jaco. Ya no puedo darme la vuelta; «ni se te ocurra darte la vuelta», me dice una voz en la cabeza. «La has cagado metiéndote aquí, pero ya tienes que apechugar». Me lanzo directamente a la carretera, aprovechando que hay poco tráfico —aunque suficiente para no poder separarme demasiado de

la acera.

—¿Podemos ayudarte? —oigo a mi lado, adonde no he querido mirar para evitar problemas.

—No, gracias —digo mientras pienso que no deben darse las gracias en estas situaciones. Hubiera bastado un «no» o un «paso».

—¿Dónde vas, jefe?

—Voy a la estación.

—Te puedo acompañar si quieres.

—No hace falta, gracias —le digo mientras me vuelvo hacia la voz.

Casi me caigo de espaldas cuando veo que no hay un tipo, sino dos. Uno de ellos, el que habla, está subido a la espalda del otro. Viendo las esmirriadas piernas del primero, deduzco que tiene algún problema y que probablemente ande en silla de ruedas. El otro se limita a llevarle a cuestas sin decir nada. La stampa es realmente surrealista: un tipo con otro colgado como si fuera una mochila. El paralítico se aferra al cuello de su caballo con ambas manos y me habla por encima del hombro de este. La imagen, tan grotesca, me trae a la memoria *Basket case*, una vieja y extraña película que iba de dos hermanos siameses. En un cálculo rápido, decido que el paralítico pesará al menos sesenta kilos y mi mochila apenas llega a veinte, así que aprieto el paso con la intención de dejarles atrás, de hacerles abandonar por agotamiento, como hacía Indurain con los italianos subiendo el *col du Tourmalet*. Funciona, y sus frases, cada vez menos sutiles y más amenazantes, van quedando atrás. Llego a avergonzarme un poco de aprovecharme de esa forma de su desgracia, pero qué coño, el colega quiere mi pasta. Que se joda. Solo espero que no lo pague con su mula, me cae bien porque no habla.

Llego a la estación a tiempo de tomar un autobús que estaba a punto de salir. Salen cada hora, así que si no llego a tomar ese, hubiese tenido problemas. Pensaba que iba con tiempo de sobra, pero no era así. En el momento en que uno de-

pende de terceros nunca se puede confiar. Quizás lo aprenda algún día antes de terminar el viaje. Sea como sea, por suerte o por buena planificación, llego al aeropuerto y facturo la mochila con tiempo de sentarme a comer un poco. La chica de Pluna, la compañía con la que hago el primer vuelo me ha dicho que, al tener que cambiar de aeropuerto en Buenos Aires, me tengo que hacer cargo yo mismo de la mochila, es decir, a todos los efectos son dos vuelos independientes. Eso quiere decir que tendré que volver a facturar el equipaje en Ezeiza, o lo que es lo mismo, que deberé estar al menos un par de horas antes. Mis tres horas para cruzar Buenos Aires se han reducido a una. Tengo una puta hora para cruzar una ciudad de tres millones de habitantes. Ni se me ocurre la posibilidad de que alguien más haga ese mismo trayecto, así que lo único que puedo hacer es lamentarme y acordarme de la familia de quien impuso la norma que prohíbe tomar directamente el segundo vuelo desde Buenos Aires.

—Para mí sería más cómodo tomar el vuelo directamente en Buenos Aires, así tendría tiempo de llegar sin agobios —trato de explicar a la señorita de la agencia.

—Lo siento señor, eso no es posible. Tiene que tomar el vuelo en Montevideo —concluye la señorita.

Por fortuna, todo marcha sobre ruedas. El vuelo sale con puntualidad suiza y el buen tiempo hace que incluso lleguemos con un par de minutos de adelanto.



En Buenos Aires brilla el sol

Es increíble la cantidad de gente que tiene que revisar mi pasaporte antes de poder pisar suelo argentino. Todos quieren ver mi careto. Con la paciencia de un monje meditador he

conseguido salir del laberinto de pasillos y ya estoy buscando medio de cambiar de aeropuerto. En el autobús que nos ha llevado de la terminal al aparato he conocido a un chico argentino que me ha dicho que hay una línea de autobuses, Manuel Tienda León, que une ambos aeropuertos. Echo un vistazo y encuentro fácilmente su taquilla gracias a un enorme luminoso de color blanco.

—Buenas tardes. Necesito ir al aeropuerto Ezeiza, es urgente.

—Acaba de salir uno hace un minuto, deberá esperar al siguiente, dentro de una hora.

—¿Una hora? —pregunto revisando el reloj para comprobar que son las siete y un minuto. Tengo que estar allí dentro de una hora. ¿Cuánto dura el trayecto?

—Unos ochenta minutos.

—¡No me diga eso! ¡Voy a perder el vuelo! ¡No puedo creerlo! ¿Tienen alguna otra forma de llegar?

—Podemos ofrecerle un viaje exprés.

—¿Cuándo sale?

—Ahora mismo, si así lo desea.

—¿Cuánto tarda?

—Unos cuarenta minutos.

—Perfecto, me lo quedo. ¿Cuánto va a costarme?

—Ciento cuarenta y un pesos.

—No sé ni en que país estoy. ¿Puede traducírmelo a dólares americanos?

—Treinta y siete dólares.

—¡Treinta y siete pavos! Madre mía. No me haga caso... ¿puedo pagar con tarjeta?

—Por supuesto. Espere un segundo, enseguida vienen a recogerle.

Un puto minuto va a costarme treinta y siete dólares. Mientras espero, repaso el tiempo que ha pasado desde que aterricé hasta que llegué al mostrador de Manuel Tienda León y trato de acortar el trayecto en un minuto. Ya lo tengo, la pa-

yasada de sacar la lengua me ha costado treinta y siete pavos. Al aterrizar, nos han hecho ponernos en cola e ir pasando uno a uno para hacernos una foto, imagino que por temas de seguridad. Cuando ha sido mi turno no he podido evitar la tentación de sacar la lengua, así que el policía encargado se ha enfadado, me ha reñido como si fuera un niño y me dejado para el último. Yo estaba tan cansado que ni siquiera le he escuchado. He esperado mi turno, he vuelto a posar con mi lengua escondida y en paz. Ahí tengo el minuto.

La llegada de un tipo vestido con pulcritud, de riguroso negro, chaqueta, corbata y chaleco, interrumpe mis pensamientos.

—Cuando desee el señor. Su coche está listo —me dice con voz de melocotón.

—Vámonos, que tengo mucha prisa.

Me conduce a la calle, hacia un coche negro, de lunas tintadas. Brilla como si lo acabaran de encerar. La tapicería es de piel y huele de maravilla. Tengo la impresión de que he contratado un servicio de lujo. Joder, voy en un coche negro con chófer trajeado de arriba a abajo. Soy un tipo importante.

—¿Cuánto tardaremos en llegar? —pregunto nervioso.

—En condiciones normales no serían más de cuarenta minutos, pero hoy no es un día normal. Mañana es nueve de julio, el día de la independencia de Argentina, y el viernes es puente, así que hay mucho tráfico y más teniendo en cuenta que es hora punta.

Tiene puesta en la radio una emisora que cada diez minutos informa sobre el estado del tráfico. Justo cuando salimos enumera una infinita lista de accesos que están colapsados. Más que la sección de tráfico, parece la sección de necrológicas.

—Pues vaya, resulta que la autopista por donde tenía pensado ir está colapsada. Tendré que cambiar la ruta. Creo que lo mejor es cruzar por el centro. Así al menos tendremos posibilidad de cambiar de ruta si fuera necesario. Si nos mete-

mos en la autopista y nos encontramos con un tapón, no podremos hacer nada.

—Me pongo en sus manos. Lo único que le pido es que me ayude a no perder el vuelo, es importante. Sale a las diez, así que debería llegar a las ocho.

—Va a estar justo, pero lo intentaremos.

Con la charla que hemos tenido, creo que he conseguido que Armando se implique. Cada diez minutos, la radio informa sobre las cada vez más colapsadas carreteras de salida de Buenos Aires y Armando me cuenta cómo afecta eso a nuestro camino. Al caos propio de la tarde que precede a un puente se han unido un accidente y una manifestación de la hinchada de Huracán, un equipo de fútbol, hartos ya de malos arbitrajes.

—Esto es increíble. ¡No me diga que puedo llegar a perder el vuelo por culpa de una manifestación de la hinchada de Huracán! —digo sin salir de mi asombro pero sin poder evitar una risa sincera.

—Señor, debería haber visto usted los últimos arbitrajes —me responde Armando con impavidez exquisita.

Avanzamos muy lentamente por las anchas calles bonaerenses, llenas de coches, de cruces y de semáforos. El tiempo pasa y no me atrevo a preguntar cuánto nos queda. Ya son más de las ocho cuando nos incorporamos, por fin, a la autopista.

—El accidente y la manifestación han quedado atrás, ya podemos incorporarnos a la autopista —me explica Armando.

—Menos mal que usted lleva puesta esa emisora, porque si no ahora mismo estaríamos metidos en una ratonera.

—Una ratonera de dieciocho kilómetros de retención —añade satisfecho de haberla sabido evitar.

En la autopista, Armando se afloja el nudo de la corbata.

—Si a usted le parece bien, aquí podría arriesgar un poco más. Entiéndame; cuando digo arriesgar, me refiero sencillamente a hacer cosas que no están del todo bien, pero que no

pasa nada por una vez.

—Me pongo en tus manos Armando. Como dicen en mi país: «dale caña Torete».

—Creo que le entiendo, señor.

Armando es tan flemático como Anthony Hopkins en *Lo que queda del día*, pero sabe conducir, y sabe acelerar. Adelanta a todo coche que se le pone por delante, por la derecha, por la izquierda o por encima. Con cada uno de esos adelantamientos «arriesgados», se disculpa. Yo le animo a seguir. Son las ocho y media y aún no hemos llegado. Empiezo a plantearme seriamente la posibilidad de perder el vuelo. Hasta ahora había estado convencido de llegar, e incluso me divertía todo el asunto de la conducción arriesgada de Armando, pero ahora no lo veo nada claro. Los vuelos internacionales tienen mucho papeleo, y más aún con el asunto de la influenza.

—No creo que lleguemos, Armando.

—Seguro que sí, señor, yo soy positivo. ¿Vuela en Aerolíneas Argentinas verdad?

—Sí.

—Si fuera otra compañía, una europea, le digo yo que no le dejaban subirse al avión a esta hora, pero tratándose de Aerolíneas, estoy seguro de que sí. Ellos funcionan de otra forma, no son tan estrictos.

—Ojalá sea así.

Tratando de buscar un consuelo, vuelvo a repasar las últimas horas y me alegro de haber sacado la lengua. Si no la llevo a sacar y no llego a perder el minuto, ahora mismo estaría en un autobús, probablemente encerrado en un atasco de dieciocho kilómetros y maldiciendo mi suerte. Mi lengua es otra prueba de mi buena estrella. Creo que estoy agotando todo el buen karma acumulado a lo largo de siglos y siglos de reencarnaciones.

—Ya llegamos, señor. En cuanto pare el vehículo, agarre las mochilas y entre por esa puerta. Siga adelante y los tres primeros mostradores que va a encontrar son de Aerolíneas

Argentinas.

—Deséame suerte, Armando.

—Mucha suerte, y buen viaje —me dice con una sonrisa.

—Gracias por todo —le digo apretándole la mano.

Sus explicaciones han sido precisas y en diez segundos estoy frente a una señorita de Aerolíneas Argentinas. Me señala el mostrador donde tengo que ir. Las piernas se me aflojan como a un burrito falso cuando veo que no hay nadie allí. Aporroeo el mostrador y aparece una chica.

—Hola, ¿se hace aquí la facturación del vuelo a Auckland? —pregunto con cara de agobiado y fingiendo que me falta el aire.

—Hemos cerrado la facturación hace unos minutos —me responde con tono de disculpa sincero.

Ese tono era todo lo que necesitaba. Tengo delante de mí a Coral, una chica atractiva, como todas las de Aerolíneas Argentinas. No me importa su atractivo, solo me interesa la forma en la que me ha dicho que han cerrado la facturación. Sé que no estoy delante de una fría azafata de gran ciudad, estoy delante de una chica sensible, al menos lo suficiente.

—No me digas eso por favor, no me digas que no ha servido de nada todo lo que he hecho —me lamento como un cachorro.

—Le convocamos tres horas antes, señor, y faltan menos de noventa minutos para despegar. De veras lo siento.

—Por favor, necesito facturar esta mochila. Estoy en mitad de un viaje; aún me quedan muchos kilómetros que hacer y llevo aquí cosas que necesito.

Le cuento la película del español aventurero que ha cruzado las Américas con un mensaje de paz y buen rollo, acompañado únicamente de su mochila. Estoy sembrado. Le hablo de lo bien que me ha tratado todo el mundo en América del sur, de que me he prometido a mí mismo volver. Le hablo del *blog* y del cachondeo del que voy a ser víctima por todo el mundo. Le lloro por los treinta y siete pavos que he tenido

que pagar, le cuento la historia del atasco del siglo, de los adelantamientos de Armando. Le lleno las orejas de caramelos de *Winnie the Pooh* y cede como un delicado candado de diario de primera comunión en manos de Arsenio Lupin.

—Voy a intentarlo, no se mueva de aquí —me dice con una gloriosa sonrisa que la convierte en la mujer de mis sueños.

Dos horas después, tras pasar por cien controles aduaneros y médicos, después de haber rellenado medio millón de formularios, me encuentro sentado en mi asiento, rodeado de gilipollas con máscaras de cirujano. Me coloco los auriculares metiendo el cable por mi espalda, me calo el gorro de lana hasta que me cubre las orejas y me apoyo en el respaldo del asiento para ocultar cualquier pista. No estoy dispuesto a despegar si no es escuchando a Extremoduro, me da igual lo que diga el comandante Castillo.

*Se acabó; el odio me arrolló la razón,
de mi época estoy comprometido.
Y el amor, se fue volando por el balcón
adonde no tuviera enemigos.*

*Y ahora estoy en guerra contra mi alrededor,
no me hace falta ningún motivo.
Y es que soy maestro de la contradicción
y experto de romper lo prohibido.*

Mientras suena Extremoduro pienso en lo que he hecho: he cruzado América de norte a sur en tres semanas y media. He cruzado cien fronteras, he tomado mil autobuses, barcas, aviones, motos, taxis, colectivos. He caminado, madrugado, trasnochado, me he emborrachado. Me he saltado comidas, me han engañado, he recibido la ayuda de la gente adecuada en el momento adecuado, y cada uno de los pasos que he dado en estos días, adelante o en falso, ha sido necesario para poder llegar justo a tiempo a tomar un avión cuya fecha decidí

meses antes en Málaga en mitad de una madrugada, tirando un dado, y que el destino se encargó de rectificar para que pudiera lograrlo.

*Sin patria ni bandera, ahora vivo a mi manera.
Y es que me siento extranjero fuera de tus agujeros.
Miente el carné de identidad: tu culo es mi localidad.
Miente el destino para hacer que no te vuelva a ver.*

*¡Miente! Si dice «no», me miente,
si dice «sí», me miente
y si calla también miente.*

*Dice que yo ya no te espero.
¡Un cabrón embustero!
¡Tu corazón te miente!*

Mañana, nueve de julio, día de la independencia de Argentina, será un día extraño en mi vida. Será tan extraño que ni siquiera existirá. He tomado un vuelo en Buenos Aires el día ocho de julio que, después de trece horas de vuelo, aterrizará el día diez en Auckland, Nueva Zelanda, Oceanía.

*Viento, devuélveme el momento,
quiero pasar las horas nadando mar adentro.*

*Y qué voy a hacer, si vivo a cada hora
esclavo de la intensidad;
vivo de la necesidad.*

Hace ya horas que sobrevolamos el Pacífico y aquí todo el mundo duerme. El único rayo de luz artificial del avión ilumina mi teclado y mis manos de uñas sucias.

*Y rebusco en la memoria el rincón donde perdí la razón,
y la encuentro donde se me perdió cuando dijiste que no.*

*¡Ay del desánimo!, que no puede conmigo.
¡Ay del destino!, que no juegue conmigo.
Hay un brillo mágico que alumbra mi camino.*

Después de arder, el fuego ya es solo humo.

Jueves, 9 de julio de 2009

Este jueves de julio pasará a la historia de mi vida como el día que nunca llegué a vivir. Crucé la línea internacional del tiempo en un vuelo de oeste a este. Partí el día ocho de julio y, después de solo trece horas de viaje, llegué el día diez.

Este viaje mío tiene de todo, incluso viajes en el tiempo.

oceanía



Viernes, 10 de julio de 2009

La noche se hace eterna, como tantas veces ha deseado y desea mi buen amigo Gustavo. Cuando se supone que tendrían que ser las ocho de la mañana, hemos de adelantar el reloj hasta que marca la medianoche de nuevo, así que vuelta a empezar. A pesar de no tener compañero, no he conseguido dormir mucho, y lo cierto es que me hubiera venido bien acumular horas de sueño porque no parece que vaya a gozar de muchas en los días siguientes. Desde luego, se me podrá acusar de cualquier cosa, pero nunca de no exprimir el tiempo al máximo, aunque exprimir las horas es exprimirme a mí.

Tomamos tierra al ritmo de *So close to heaven*, de The waterboys. Estoy destrozado; el vuelo ha resultado demolidor. El aeropuerto que nos recibe es un sitio cuidado y desierto. Son las tres de la mañana aquí, así que solo el mínimo personal de guardia nos atiende. Es agradable caminar por estos pasillos bien decorados y ambientados con sonidos de fauna autóctona. Las paredes están repletas de información turística en todos los idiomas. Me llama especialmente la atención la cantidad de advertencias acerca de la obligación de declarar cualquier producto biológico que se lleve encima, desde una mascota a una simple manzana o pieza de artesanía de madera.

Nueva Zelanda es una isla que vive apartada del resto del mundo, por lo que cualquier factor externo puede modificar gravemente su delicado ecosistema. Son muy estrictos en los controles; no quieren que entre nada que no deba, y es que el mayor encanto de Nueva Zelanda es la naturaleza. El resto del papeleo no difiere mucho de otras fronteras y en cuestión de una hora ya tengo mi mochila y estoy dispuesto a asearme.

Mientras busco el neceser descubro que me han robado. Los candados que compré no han servido de nada y no han

supuesto ningún problema para alguien que ha conseguido abrirlos, tomar lo que ha querido y volver a cerrarlos. He perdido el móvil, el *mp3* y una pequeña colección billetes representativos de cada uno de los países en los que he estado. El *mp3* solo cuesta dinero, no me importa. La colección de billetes no era para mí, era para mi buen colega Juan Alfonso, así que lo siento mucho por él, aunque no dejan de ser recuperables (quizás en otro viaje). El móvil se lo pueden meter por el culo, no lo quiero. Lo único que quiero son los mensajes que guardaba y que he perdido para siempre. Un indigesto plato de realidad servido de madrugada.

Una vez aseado y oliendo a Floyd, lo siguiente es conseguir pasta. Decido cambiar cincuenta dólares, que estimo serán suficientes para pasar el día. Entre comisiones y un cambio bastante ajustado, el tipo me da cuarenta dólares neozelandeses. Que una botella de agua pequeña cueste cuatro dólares me sirve de advertencia de que Nueva Zelanda es un sitio caro; se acabaron las repúblicas bananeras en las que pasaba el día con seis euros, ya estoy en el primer mundo. Solo necesito unos minutos para gastar la mitad del presupuesto, y es que el billete de autobús de ida y vuelta que me lleva al centro cuesta veinte dólares, y eso después de aplicar el descuento para mochileros.

Con las ansias de conocer la ciudad, he tomado el primer autobús y me ha dejado en el centro a las seis de la mañana. Está oscuro, desierto y hace un frío terrible (no lo sé con exactitud, pero estoy seguro de que estamos por debajo de cero). Yo sigo con las chancas que me puse para el vuelo, así que busco algún refugio donde poder cambiarme (a lo largo del día me arrepentiré de haber salido tan temprano del aeropuerto). Encuentro una cafetería con *wifi* gratis donde el tipo me permite enchufar mis baterías. Para hacerlo, tengo que pelar los hilos de un cable porque no tengo el adaptador para poder usar el enchufe de Oceanía. Comprarlos acabaría con mi pírrico presupuesto. El sitio tiene un ambiente muy agrada-

ble, con música *chill-out*, la calefacción a tope y un par de tertulias de sofá.

La calle comienza a animarse a partir de las ocho. Sigue haciendo el mismo e intenso frío, aunque ya no es de noche. La cafetería está bastante ambientada de gente que entra y sale; casi todo el mundo lleva prisas y toman el café en vasos de papel sin sentarse siquiera. Espero que esta costumbre tan norteamericana nunca llegue a España (lo hará). Yo ya me he cambiado: tengo las zapatillas, la camiseta interior y el gorro, así que salgo a dar una vuelta para hacer tiempo hasta que abran la oficina de información turística. Estoy en la calle Queen, una de las más céntricas y comerciales de Auckland, y son las ocho de la mañana de un viernes cualquiera de invierno, así que el único turista soy yo. El resto son hombres grises que van a trabajar con caras de frío y sueño. Me sorprende ver la cantidad de personas con rasgos orientales que hay. Muchos de los negocios y galerías que forman parte del paisaje tienen sus carteles en lenguaje oriental, vaya usted a saber cuál. Hoy me gusta la idea de que no haya muchos turistas en la ciudad; creo que tengo empacho de conocer gente y hoy no quiero saber nada de nadie.

En la oficina de turismo me atiende una chica de Chile que me habla en español. Lo cierto es que apenas he notado el cambio de idioma, y ha sido ella la que me ha pedido que pasemos del inglés. Me recomienda unos cuantos sitios, suficientes para un día que voy a estar. Lo primero que tengo que comprar es un bono de transportes que me dura todo el día. Me sirve para autobuses, trenes y *ferries*. Vuelan trece pavos, más otros tres de postales. No son ni las diez y solo tengo cuatro dólares neozelandeses en el bolsillo. Aun así, creo que será suficiente para llegar a Australia, basta con no comer ni beber en todo el día.

El primer punto que visito es Devonport, una especie de pueblo pequeñito al que se llega cruzando la bahía en *ferry*. El trayecto dura exactamente once minutos, tal y como me dijo

el vendedor de billetes. La puntualidad se lleva a rajatabla en esta ciudad, desde los autobuses a los *ferries*, pasando por las agencias de información al turista y otros negocios de atención al público. Todo es puntual en Auckland.

He pasado todo el trayecto en la cubierta superior. A pesar del frío, no puedo resistirme a las vistas que pueden disfrutarse desde aquí. El sol ha salido y hace mucho más soportables las bajas temperaturas. Devonport es como un pueblo de película, como el barrio de *Mujeres desesperadas*. Todo es repelentemente perfecto: las calles están más limpias que en Suiza, el único ruido que suena es el cantar de los pájaros, las casas parecen decorados de cine, los niños juegan en los parques y los coches paran en los pasos de peatones (gracias al cielo, porque el hecho de que circulen por la izquierda ha podido costarme la vida un par de veces mientras cruzaba la calle).

Callejeo un buen rato, buscando siempre la acera soleada. Es un sitio turístico, lleno de preciosas tiendas de regalos de agradable olor y ambiente. A pesar de ir con los auriculares, la gente se muestra muy amable conmigo y me dan la bienvenida al lugar, esperando que tenga un buen día. Igualmente. Lo más destacado de Devonport, además del pueblo en sí, lleno de casas victorianas de finales del siglo XVIII, es la vista que puede apreciarse desde lo alto del monte Victoria, así que me encamino hacia allá. No dejo de hacer fotos y tomar vídeos, porque cada rincón de este maldito pueblo me parece perfecto. Incluso paro en la biblioteca pública para perderme un rato entre sus estanterías y de paso imprimir el visado necesario para entrar en Australia, cuyo PDF llevaba en el *pendrive*. Tengo todo el tiempo del mundo y un *jetlag* que te cagas.

El monte Victoria resulta ser una pequeña colina a la que se sube por unas empinadas calles que la van rodeando como si fuera un sacacorchos. Cargo con las dos mochilas, que han aumentado considerablemente de peso después de incorporar

los libros que tomé de Córdoba, así que cuando llego arriba estoy ahogado y busco asiento. Desde luego, merece la pena porque las vistas desde aquí arriba son capaces de quitarte el aliento (a aquel que consiga llegar con algo de aire en los pulmones). A un lado se aprecia un perfecto *skyline* de Auckland, donde destaca la Sky tower. A otro lado, las casas de Monopoly dibujando las calles de Devonport. El resto es océano Pacífico, lleno islotes y blancos barquitos. La sensación de grandeza es muy intensa, y casi se diría que es lo único que debe sentirse allí.

En la cima del monte he coincidido con tres turistas más: dos maduritas canadienses con pinta de lesbianas, Elizabeth y Cinthia y un joven alemán, Jürguen. Nos contamos nuestras historias mientras nos hacemos algunas fotos. Entre la subida y la emoción de estar allí moviéndose de un lado a otro, el frío es historia y me sobra hasta el gorro. No será más que un espejismo, por supuesto. La sensación de que en Auckland y alrededores hay tantas cosas que ver que no me va a dar tiempo hace que baje pronto de la montaña, lo que es un gran error. Después de hoy aprenderé que no se puede pretender emplear todas las horas del día en ver cosas nuevas, es demasiado, no es asimilable. Acaba uno por emborracharse de sensaciones, provocando que se mezclen y confundan. Eso por no hablar del cansancio del vuelo, el cambio de horario y las cuatro semanas pateando América. Sea como sea, bajo en busca de mi siguiente objetivo: Takapuna.

Para llegar a Takapuna es necesario coger un autobús. La parada está justo enfrente del embarcadero donde me ha dejado el *ferry* y en tan solo cuarenta minutos he llegado al centro. Para entonces son las tres de la tarde y el hambre empieza a apretar. Lo único que he tomado en todo el día ha sido el desayuno del avión, hace más de doce horas. Eso, unido al lastre de las mochilas y a la larga caminata, ha hecho que haya tenido problemas para mantenerme despierto. Por consejo de una amable señora, me he sentado en el lado derecho del au-

tobús, donde me ha prometido que podré gozar de unas vistas excelentes. Así es. Takapuna es un pueblo muy parecido a Devonport, con la diferencia de que cuenta con unas bonitas playas que bien podrían ser gaditanas, llenas de gente haciendo deporte a pesar del frío (se ha nublando y, en consecuencia, se ha terminado el calor confortable que estaba dando el sol durante todo el día). Paso un buen rato paseando y admirando el Pacífico, aunque sin atreverme a darme un baño como tenía previsto antes de llegar. Me alegra tener un día tranquilo, sin sobresaltos. Un larguísimo día que debería haber terminado cuando aún son las cinco de la tarde.

Vuelvo a Devonport en el mismo autobús, aunque esta vez no puedo evitar dormirme y darme algunos cabezazos contra el cristal. En Devonport encuentro una frutería regentada por un chino que tiene unos precios realmente bajos; lo suficientemente bajos como para poder seguir estirando aquellos lejanísimos cuarenta dólares con los que empecé el día hace un siglo. Compró un kilo de manzanas y otro de zanahorias. Serán mi almuerzo y mi cena.

Con la mochila con dos kilos más, y arrastrando los pies de forma penosa, regreso a Auckland donde quiero pasar el resto de la tarde. Antes, vuelvo a la oficina de turismo con la única intención de sentarme un rato en un sitio cómodo y caliente. Creo que no puedo más y pienso seriamente en volver al aeropuerto a tumbarme en un banco unas horas. El último *shuttle* sale de Auckland a las nueve de la noche y apenas son las seis. Ha anochecido y la ciudad parece muy animada, llena de luces y gente que cruza los semáforos en marabunta. Me doy un paseo por la calle comercial, mirando escaparates y rascacielos, evitando las empinadas cuestas que tiene la ciudad; estoy realmente bajo mínimos de fuerza. Solo pienso en que mañana, nada más llegar a Sidney voy a buscar un *hostel* donde pasar durmiendo todo el día. En Australia estaré dos días completos, y ya tenía previsto usarlos para hacer una pausa en mitad del camino. Llevo aproximadamente la mitad

de días del total del viaje y estoy exactamente en la mitad física del trayecto: Auckland y alrededores constituyen las antípodas de Málaga. Estoy en el punto del planeta más alejado de casa y de ella.

A las ocho, después de haberme permitido el lujo de bailar un rato con un grupo *hare krisna* con el que me he cruzado, decido volver a la parada donde me dejó, catorce horas antes, el *shuttle*. Hace más frío que esta mañana y por primera vez en todo el viaje necesito hacer uso del anorak. Es sorprendente ver a gente en chanclas y bermudas. Pienso que Cayetano estaría a gusto aquí.

El autobús tarda casi una hora en dejarme en la terminal. Me arrastro hacia los paneles para comprobar que en la lista de vuelos hay un salto entre las once de la noche y las siete de la mañana del día siguiente. Mi vuelo sale, teóricamente, a las cinco y media, así que empiezo a preocuparme. Pregunto y me dicen que no pueden ayudarme, pero que el aeropuerto cierra a medianoche y vuelve a abrir a las seis. No puedo creer lo que oigo. ¿Qué pasa con mi vuelo? Lo cierto es que es el vuelo en el que menos interés he mostrado. El hecho de ser un vuelo corto y frecuente ha hecho que no me preocupe en absoluto, pero llega el día de tomarlo y ahora todo son dudas. Reviso el papel que imprimí en San José con todos los horarios, y veo que no dice nada del número de vuelo. Tan solo la compañía aérea y la hora: las seis menos diez. Debo de tener una cara de agobio importante, tirado allí en mitad de la terminal sin saber qué hacer, derrotado, porque se acerca una mujer a ofrecerme ayuda.

—¿Necesitas ayuda? —me pregunta la vieja.

—No encuentro mi vuelo en el panel —le digo sin esperanza de que pueda ayudarme.

—¿Qué vuelo es?

—No sé el número.

—¿Adónde vuelas?

—A Sidney.

—Esta es la terminal doméstica, solo para vuelos nacionales. Para vuelos internacionales debes cambiar de terminal.

—¡Joder! Eso lo explica todo. ¿Cómo puedo llegar a la otra terminal?

—Puedes tomar un autobús que va y viene continuamente. Pasa cada diez minutos y es gratuito. La otra terminal está ahí al lado.

—Gracias señora, ha sido muy amable.

Definitivamente no se puede ir por la vida sin dormir y sin comer. Queda uno expuesto a cometer errores tontos que pueden joderle. Intentaré que eso cambie a partir de ahora. Llego a la terminal internacional, localizo mi vuelo y me tumbo en uno de los sillones de la sala de espera. Elijo la zona de llegadas, donde cada vez que hay movimiento es de abrazos de alegría. He dormido a intervalos de cuarenta y cinco minutos, despertándome aterrado cada vez, como me suele ocurrir cuando estoy demasiado cansado o duermo en un sitio público: hoy se dan los dos factores, así que el terror ha sido doble. He vuelto a perder el lápiz, así que me he visto obligado a robar un bolígrafo (mi último dólar lo gasté en un Chupa Chups). He buscado en cada uno de las decenas de mostradores de facturación desiertos hasta que he encontrado uno que he guardado en mi bolsillo. Espero que sea el último de este viaje, ya está bien de perder.

En contra de lo que pensaba, el avión que me cruzará la acera hasta Sidney es enorme. Está lleno de equipos de *softball*, con sus chándals de colores, que irán a alguna competición internacional. La compañía es chilena, así que imagino que lo de Sidney será solo un trasbordo de un trayecto mayor, probablemente hasta América del sur. El avión cuenta con todo tipo de detalles, pero para este viaje no hacen falta alforjas. Espero aprovecharme y que repartan algo de desayunar. Sigo hambriento.

Sábado, 11 de julio de 2009

Vuelo hacia Australia en un Airbus 340 lleno de gente. Voy cómodo. A mi derecha, con la cara pegada a la ventanilla, la boca abierta y la baba colgando del labio está Johnny, un nota a quien he conocido en la cola de la facturación. Tiene el pelo largo (la azafata le confundió con una mujer cuando estaba de espaldas), perilla descuidada, pendientes en las cejas, tatuaje en el cuello, pantalón corto colgando del culo y zapatillas negras. Apenas hemos hablado, pero se nota que tiene una resaca importante. No deja de quejarse por todo; le molesta hasta la almohada que nos dan dado. Desde que se ha sentado no ha parado de beber. Cada vez que pasa una azafata le pide un vaso de agua por favor y, mientras se lo bebe, le hace un gesto para que espere y le llene otro más, si es tan amable. No tiene problemas en eructar ruidosamente después de beber o de estirarse con un sonoro y contagioso bostezo. No ha querido desayunar y se ha enrollado conmigo pasándome su bocata en agradecimiento por el préstamo de un bolígrafo robado que le he hecho en varias ocasiones (en los aeropuertos se rellenan muchos formularios, necesitas un bolígrafo).

Viaja solo con un portátil y una pequeña mochila. Además de comer algo (el bocadillo de un avión no es gran cosa), he visto un par de películas aprovechando que el avión contaba con un sistema de entretenimiento personal (cada pasajero tiene su propio monitor y puede poner lo que quiera). He visto dos peliculones: *Diario de un escándalo* con una genial Judi Dench y *El club de la lucha*, todo un clásico.

Cuando aterrizamos en Australia, después de más de tres horas (pensaba que Australia y Nueva Zelanda estaban más cerca, pero las distancias en el Pacífico engañan) estoy tan animado que tengo la tentación de no irme al *hostel*, de no dormir. Tengo que obligarme a hacerlo porque este estado de

ánimo es un tanto ficticio, porque dentro de poco volveré a estar cansado y porque si no lo hago no tardaré en arrepentirme. Es como poner a cargar un móvil descargado y empezar a usarlo después de tenerlo enchufado solo dos minutos; se cortará en la primera llamada.

El aeropuerto de Sidney es parecido al de Auckland, muy limpio y organizado. Son igual de cuidadosos con la entrada de elementos biológicos externos, hasta el punto que a la chica de delante le están revisando las suelas de las botas como a un jugador de fútbol, por si tiene restos de barro con entes vivos. A mí me hacen esperar hasta que termino de comerme la zanahoria que tengo entre manos. Son solo cinco minutos y continúo. A una funcionaria no le acaba de gustar que solo tenga pensado estar un día y me pide que pase a su despacho. Tiene gafas de pasta y por un instante me la imagino de rodillas delante de mí. En el despacho me entrevista sobre mi viaje. Respondo con tranquilidad a todas sus dudas y queda satisfecha; creo que le he caído bien.

Ya estoy dentro.

A partir de ahí, la rutina de cada día. Cambio dinero (esta vez cambio cien dólares americanos) y me dispongo a buscar cama para esta noche. Como ocurría en Nueva Zelanda, no hay *wifi* gratis. Todas son de pago, así que no me queda más remedio que buscar un método alternativo para buscar *hostel* (preguntar de puerta en puerta). Pregunto a una vieja cómo llegar al centro y me manda a la ventanilla de información turística. Por casualidad me topo con un panel lleno de luces y colores donde se anuncian gran cantidad de hoteles y *hostels*. El aeropuerto proporciona un servicio gratuito de llamadas, así que después de todo no voy a tener que ir puerta a puerta, sino teléfono a teléfono. Una buena oportunidad de volver a poner en práctica el inglés que había desactivado últimamente. Hago unas diez llamadas hasta que me decido por uno en concreto, principalmente porque me recogen en el aeropuerto y me llevan al *hostel*. Es justo lo que necesito, porque no

tengo cuerpo para ponerme a buscar el metro, el bus o lo que sea con la mochila a cuestas.

El sistema de recogida de pasajeros para llevarlos a los *hostels* funciona de una forma muy sencilla. Hay varios *minibuses* que se van llenando poco a poco, según el *hostel* que cada uno haya elegido y en función de si conviene o no a la ruta. En mi *minibus* nos juntamos un conductor indio que no tiene ni idea de conducir —y del que sospecho que no tiene claro dónde está mi *hostel*—, una china de mediana edad (en Sidney hay aún más orientales que en Auckland), una alemana pureta con pinta de moderna, una mochilera pija —que me miraba por encima del hombro y que confirmó serlo cuando se bajó en el hotel Sheraton—, una parejita empalagosa (yo te quiero más; no, yo te quiero más) y un par de japoneses, uno con pinta de ejecutivo y otro con pinta de artista. El grupo lo completo yo. El indio va conduciendo a tirones y va dejando a cada uno en su sitio. Desde hoteles de cuatro estrellas a antros que ni siquiera abren la puerta. A mí me deja el último, pero al menos estaba equivocado con respecto a los conocimientos del conductor.

El sitio se llama Sydney Central Backpacker y no está mal. No es el de Nueva York, pero hay buen ambiente. Mientras hago el *check in* me fijo en que por la noche se celebra una barbacoa en la azotea. Por cinco dólares, una cerveza fresca y toda la carne que quieras. Empieza a las seis de la tarde y es que cada vez cenan antes estos forasteros. Más tarde, entrada y barra libre en un club donde celebran un homenaje a Michael Jackson. Para mí es perfecto porque tengo pensado acostarme inmediatamente para despertarme a eso de las cuatro. Me servirá de almuerzo y de cena al mismo tiempo, lo pasaré bien, practicaré el inglés. El *hostel* no tiene sala social, así que servirá la azotea para conocer gente. El día amenaza lluvia, espero que no se concrete.

Solucionado el papeleo, me subo a mi habitación. Lo primero que pienso al entrar es que algún espía ha estado bus-

cando un *microfilm* oculto en algún fondo de cajón falso. Hay ropa por todos lados, camisetas colgadas de las camas, en el suelo, encima de mochilas y cajas. Lo mismo ocurre con libros, aparatos electrónicos y cables. Es un perfecto caos que tengo que desordenar para buscar donde dormir. Después de desenterrar mi cama de ropa sucia, me desnudo y me acuesto sin sábanas. Con el paso del tiempo he ido perdiendo escrúpulos y miedo a que me roben, así que me quedo dormido como un bebé. En la habitación duermen dos personas más.

Me despierta el ruido de un secador. Abro los ojos y lo primero que veo es una enorme pareja de tetas a una canadiense pegadas. Dos tetas superlativas, dos tetas sayón y escriba. Están tan cerca que tan solo tendría que alargar mi mano para poder tocarlas y sentir el glorioso tacto de ese par de melones de pelo de melocotón. El pelo se lo está secando otra canadiense desnuda frente al espejo. Miro el reloj y, a pesar de lo tentador de la situación (no se ve uno en muchas como esta), lo que necesito es seguir durmiendo y no babear detrás de un culo. Consigo llegar hasta las tres de la tarde. Me ducho, me visto y bajo a dar un paseo para hacer tiempo hasta las seis. Un paseo muy *light*, en chanclas y sin mochilas, solo un par de horas tomando el fresco y mirando una ciudad que me recuerda a Auckland en su parte comercial.

Mientras paseo me acuerdo de un asunto que debí resolver hace tiempo pero que he ido dejando como un capullo: el Japan Rail Pass. Es un billete único que te permite tomar, durante una semana, todos los trenes japoneses que necesites. También permite coger *ferries* y algunos autobuses. Cuesta unos doscientos cincuenta euros, que viene a ser lo que cuesta el billete de Tokio a la costa oeste, donde se toma el *ferry* a Corea del sur. El problema de este billete es que no se puede comprar dentro de Japón, solo lo venden fuera del país. Consulto la web y encuentro varios puntos de venta en Sidney, pero a esta hora ya están todos cerrados. Mañana es domingo y mi avión a Tokio sale el lunes a las siete de la mañana. Salvo

milagro, no tendré forma de comprarlo. Soy un capullo incapaz de preparar nada. Me gusta.

Le pido ayuda a la chica de recepción, Ivonne, que se vuelca conmigo. Llama a todos los números de teléfono de agencias de viajes que venden el Japan Rail Pass pero nadie contesta. Busca la forma de hacerlo *on line*, pero no es posible, se necesita el recibo de papel, aunque no sea propio de un país tan avanzado tecnológicamente como Japón. Lo máximo que ha conseguido es encontrar un sitio donde se solicita *on line*, pero que luego envía el papel físicamente. Ese papel es necesario para canjearlo en Japón por el billete. No tengo tiempo para envíos. No es un problema grande, pero sí va a suponerme un gasto extra, unos quinientos pavos según mis primeros cálculos. Con el billete, además de tener cubierto el trayecto hacia Corea, también tenía la posibilidad de hacer un poco de turismo por el norte de la isla. Con *Shinkansen*⁴¹, en dos horas puedes llegar muy lejos. Otra vez será, aunque no pierdo la esperanza de hallar alguna agencia autorizada abierta mañana domingo. Ivonne sigue buscando una solución aun cuando yo ya me he rendido. También me ha invitado, con una sonrisa tímida, a conectarme gratis a la *wifi*, ahorrándome algunos dólares.

—Muchas gracias por todo, me estás ayudando mucho —le digo.

—No es nada.

—¿Te gustan los bombones? —le pregunto sabiendo la respuesta.

—Claro.

Mañana le compraré una caja como agradecimiento.

La barbacoa es genial. A pesar de la hora, ya hace tiempo que es de noche. El cielo se ha aclarado y hace frío, pero se está bien al calor de las estufas que hay desperdigadas entre las mesas de madera. Engullo como una bestia, no dejo nada sin probar y repito. Pan, ensalada, pasta, todas las salsas, sal-

⁴¹ Tren de alta velocidad japonés.

chichas, hamburguesas, pollo, maíz, champiñones, patatas fritas, cerveza y mucha fruta. Un gran menú para la cena de un mochilero exhausto y hambriento. Haciéndome el despistado me siento en una mesa llena de chicas, aunque pronto descubro que he patinado. Son todas muy guapas y arregladas, pero son francesas y no tienen ni idea de inglés —y menos de español— así que después de unos escarceos iniciales, desisto y me limito a sonreír y masticar. Cuando terminamos de cenar, alterno con el resto de gente que ya se ha levantado de las mesas. De una vieja radio sale música de Michael Jackson, y es que luego es el homenaje en el club The Gaff.

A las nueve ya está todo el mundo medio ciego. Yo no he tomado más que un par de botellines de cerveza, así que estoy bien. La gente empieza a irse y yo bajo a tratar de conectarme un rato. Cuando paso por la recepción oigo a Ivonne peleándose con alguien por el tema de mi pase de tren.

—No puedo creer que a estas alturas tengan que mandar el *ticket* por correo ordinario. ¿No pueden usar el fax o el correo electrónico?

Su tono es de enfado. No puedo oír la respuesta del otro lado del teléfono, pero qué más da. Lo que he oído me conmueve, así que me quedo con ella un rato buscando más soluciones, *googleando* y haciendo algunas llamadas, agudizando el ingenio. La gente empieza a salir camino del club, vestidos con camisas blancas, calcetines a juego y sombreros negros. Paso del club. Prefiero quedarme con Ivonne charlando un rato y así descanso. Las resacas me duran cada vez más tiempo y no está bien irse de parranda mientras la recepcionista del *hostel* donde te alojas se preocupa por buscar la forma de que puedas conseguir un pase de tren japonés. Eso y que las francesitas no me han dado bola.

Después de un par de horas, Ivonne termina su turno. Me dice que mañana continuaremos buscando, que no me preocupe, que encontraremos la forma. Mañana será complicado, porque quiero aprovechar para patear la ciudad y buscar un

canguro con el que hacerme una foto, pero no obstante habrá que intentarlo. Mi avión sale el lunes temprano, así que haré noche en el aeropuerto (no hay transporte barato hasta allí durante la madrugada). El último tren sale a las diez de la noche, lo que hará que llegue a las once y me toque esperar hasta las cuatro que empiece la facturación. Pero todo eso será mañana. Hoy es sábado, casi medianoche y me llega el sonido de la música de la fiesta que están haciendo en la azotea. Creo que subiré a tomar la penúltima.

Después de un rato, vuelvo a la habitación con cinco cervezas más, la barriga de un pez globo y la sensación de que debería empezar a controlar lo que bebo. Abro y me encuentro la pocilga vacía, y me alegro porque eso me permite preparar las sábanas, desnudarme tranquilamente con la luz encendida y dejar listas mis cosas para salir volando mañana temprano. Pongo la alarma del reloj a las siete y media, aunque no tengo mucha fe en que el tímido sonido que sale de mi viejo Casio vaya a conseguir despertarme llegado el caso (probablemente me despierte antes de forma natural). Me meto en la cama con los auriculares puestos y me duermo sorprendentemente pronto si se tiene en cuenta la madre siesta que me he dado un rato antes.

Me despierto sobresaltado por un ruido. Es la puerta que se ha abierto; la luz del pasillo me ha dado directamente en la cara. Una de mis compañeras de dormitorio ha entrado. No puedo verle la cara, pero su silueta se dibuja sobre el trozo de puerta abierta. Distingo con claridad su graciosa cola de caballo y una minifalda.

—Hi.

—Hi.

Detrás de ella, un tipo flaco entra de puntillas y cierra tras de sí. Hablan en susurros y comienzan a desnudarse en silencio absoluto. No es habitual este respeto en los *hostels* en los que he pasado noches, y me gusta. Ya estoy despierto y será difícil que vuelva a dormirme (o eso creo), pero eso ellos

no lo saben y en consecuencia actúan con delicadeza. Se meten en la cama juntos y me pregunto si van a follar. Ella no tarda en responderme con un gemido al que siguen más. Se comunican con «mmhs» y son tan silenciosos que no despertarían ni a una mosca. El problema es que yo estoy despierto y desvelado. Creo que no voy a poder darme el atracón de sueño que tenía pensado. Me pongo los auriculares, pero se han acabado las pilas. Antes me dormí sin parar la música y se agotó la energía (no puedo olvidar comprar pilas, no quiero ni imaginarme un vuelo de ocho horas a Japón sin Triana).

Uno tras otro van cayendo los orgasmos. Según mis cuentas, él consigue correrse siete veces y ella solo dos. El tipo es rápido para irse, pero igualmente rápido para recuperarse; todo un *crack*. Le cuento hasta cinco *sorries*, pero sigue y sigue hasta conseguir hacer que ella rompa el voto de silencio que han adoptado de forma voluntaria con un dramático gemido ahogado. Follan sin parar durante más de tres horas. Solo se detienen un par de veces para que ella tome aliento, porque el tipo es una auténtica máquina con el depósito lleno, engrasada y perfecta. En esas pausas susurran «iloveyou» y se ríen de forma nerviosa. No oigo ni un solo beso. No entraba entre mis planes pasar la noche contando los orgasmos de un nota, aunque puestos a elegir me quedo con esto antes que con el negro de doscientos kilos que durmió encima de mi cama en Amsterdam y que no paró de tirarse pedos en toda la noche. Hago un amago de levantarme, vestirme y subir a la azotea a escribir un rato (¡viva la inspiración!), pero paso, tengo que intentar dormir como sea.

La salvación viene de la mano de mi otra compañera de dormitorio, la canadiense de enormes pechos. Con esos argumentos no tiene problemas para venir acompañada, claro. No quiero ni imaginarme lo que podría ocurrir si ellos también vienen con ganas de entrar en calor. Desde luego, no son tan cuidadosos. Miss Canadá trae agarrada por el cuello una botella de champán y bebe a sorbos largos mientras sus risas cor-

tan el rollo de la pareja susurros. Se desnudan y se suben al catre que hay encima de los amantes tímidos. Empiezan a suspirar. No puedo creerlo. Tengo frente a mí una litera con cuatro amantes; seis metros cúbicos de sexo de sábado por la noche con sabor a champán. Me visto y me largo preguntándome hasta dónde podría haber llegado el tipo flaco. Su récord debe de ser estratosférico.

Domingo, 12 de julio de 2009

Cuando bajo a la cocina aún es demasiado temprano, así que no se ha servido el desayuno. Un chico con gorra y camiseta de manga corta tres tallas por debajo de la suya barre, con poco arte, la cocina y alrededores. Las sillas están recogidas sobre las mesas. Bajo una de las sillas, la de un extremo de la mesa, y me siento a escribir, pero antes me hago rápidamente un café solo con poco azúcar. Me parece mentira estar tomando café durante el viaje; café solo. Espero que no me agarre con las uñas de la adicción.

El desayuno comienza a las siete y media por lo que todavía faltan algunos minutos, sin contar con el retraso que lleva el chico de la gorra, que aún tiene que fregar, sacar la basura y espabilar. Aun así, ya hay una pareja que se está preparando un desayuno a base de salchichas y huevos fritos. De la sartén sale un olor que despertaría a un muerto. Ella es oriental, como tantísimas otras que circulan por Sidney. Él parece de aquí.

Dan las ocho y ya está todo preparado. Tengo pensado desayunar como si no hubiera mañana, así que agarro un plato hondo y lo lleno hasta arriba de cereales, leche y miel. Cojo cuatro tostadas y las unto de mermelada de distintos sabores. Para beber, leche fresca. Acabo pronto por pura ansiedad; tengo muchas ganas de salir a caminar.

El día ha nacido nublado. Chispea, pero la temperatura es buena. No es para ir en manga corta, pero se puede pasear sin necesidad de coger el abrigo. Esta vez he dejado la mochila grande en la recepción del *hostel*, así que solo voy con la pequeña, mucho más liviana, a la que he incorporado el impermeable. Salgo en dirección contraria al paseo que hice el día anterior. He preguntado a Ivonne cómo llegar al Teatro de la Ópera y al centro, y todo está cerca. De camino al teatro me

doy de lleno con lo que en el mapa se muestra como una mancha verde: es el Real Jardín Botánico de la ciudad, que me recibe con un cartel que hace que sonría:

BIENVENIDOS A LOS REALES JARDINES BOTÁNICOS.
POR FAVOR, PISE LA HIERBA.
TAMBIÉN LE INVITAMOS A QUE HUELA LAS ROSAS,
ABRACE A LOS ÁRBOLES, HABLE A LOS PÁJAROS
Y MERIENDE EN EL CÉSPED.

Se trata de un sitio tan tranquilo que se oyen caer las hojas secas. Cuando llego está casi desierto. Lo estaría completamente si no fuera por una pareja que pasea con su hijo y un par de corredores haciendo un poco de ejercicio. El verles corriendo levanta en mí una envidia intensa y me apunto verbalmente que tengo que dedicar un poco de tiempo a correr y hacer ejercicio. El hecho de que no tenga asegurada una ducha al final del día ha hecho que haya dejado de hacer cualquier actividad física que no fuera estrictamente necesaria. El paseo es agradable, y no me importa que se haya puesto a llover en serio. El impermeable me protege perfectamente y siempre me ha gustado la lluvia.

Durante todo el camino he ido acompañado de aves de largo cuello y pico, gaviotas con calcetines naranja y loros descoloridos de crestas amarillas. Se nota que están acostumbrados al trato con humanos, porque no se cortan un pelo.

El teatro no es el más bonito del mundo, pero se trata de una foto obligada cuando se está en Sidney. Me hago otra en el puente del puerto y sigo mi camino hacia el centro. Mientras paseo por mercadillos y tiendas de recuerdos, decido que es un buen momento para dedicar un último esfuerzo a conseguir el Japan Rail Pass. Durante el desayuno he hecho una lista de todas las agencias de Sidney que tienen autorización para venderlo. En total tengo unos veinte nombres con sus números de teléfono. Mi idea es ir a una agencia de información turística y pedirle a alguien que haga las llamadas por

mí, así que eso hago. El problema es que la oficina que he elegido es muy céntrica y por tanto tiene mucho movimiento. La chica del mostrador me entiende y trata de ayudarme, pero no puede dedicarme tanto tiempo. Al segundo intento, desisto. Lo comprendo y le digo que no se preocupe. Al menos he descartado las dos primeras agencias.

El plan B consiste en llamar yo mismo, así que cambio cinco dólares en monedas de cincuenta centavos (el mínimo que acepta un teléfono público) y me dispongo a llamar. Las tres primeras llamadas son agua, pero con la cuarta doy en el clavo: he encontrado una agencia abierta el domingo. Anoto la dirección que me dicta el señor del otro lado del teléfono y con ella me voy de vuelta a la oficina de información para que me explique dónde está (en el peor de los casos, si fuese complicado tengo pensado tomar un taxi). No es necesario ni llegar a la oficina, porque antes de dar dos pasos me doy cuenta de que el teléfono público desde el que he llamado está en la misma calle que la agencia, aunque unos cuatrocientos números por detrás. Vuelvo a tener suerte.

La calle en cuestión es George Street, una de las arterias principales del centro. Una ancha avenida repleta de locales y galerías comerciales a uno y otro lado. Es mediodía y el tipo de la agencia me ha dicho que cierran a las cuatro de la tarde, así que tengo todo el tiempo del mundo para ir paseando, admirando los preciosos y enormes edificios que hacen de la calle un lugar sombrío y frío (tanto que tengo que echar mano del gorro de lana para descubrir que lo he perdido. Otra víctima de mi despiste, que empieza a ser preocupante) a pesar de que ha salido el sol y el cielo es azul intenso. Camino despacio, oyendo música (en Centroamérica eché de menos estos paseos que no podía permitirme por la necesidad de estar alerta con los cinco sentidos) y tomando fotos. He comprado pilas suficientes para cubrir al menos un par de semanas, así que voy totalmente relajado. Hacía días que no me encontraba tan bien.

La agencia de viajes se encuentra en una de las muchas galerías comerciales. En concreto en las galerías Victoria, situadas frente al lujosísimo edificio del mismo nombre. Casi sin darme cuenta he entrado en una zona en la que la mayoría de la gente tiene aspecto oriental, aunque no se trata de un barrio chino al uso, más bien se trata de una ambientación japonesa. La galería tiene un par de restaurantes japoneses y alguna tienda de recuerdos y artesanía de la isla. La agencia, forrada de pósters y banderas, está especializada en el mundo japonés. Me atiende Yoshiro, cuya descripción valdría para el noventa por ciento de los habitantes de Asia oriental.

Recuerda mi llamada de teléfono, así que no hace falta que le explique nada; enseguida se pone a rellenar los formularios y en unos instantes tengo la invitación en mi bolsillo. Esa invitación deberé hacerla efectiva, para obtener el pase definitivo, en alguna de las muchas oficinas de la empresa de trenes nipona que hay repartidas por todo Japón. Sin ir más lejos, me explica que hay una en el propio aeropuerto Narita, destino del vuelo que debo tomar.

Sigo dándole vueltas a la pérdida del gorro de lana. Más que el frío, para mí es importante porque me permite llevar los auriculares disimulados durante el despegue y aterrizaje del avión. La ansiedad me puede si no escucho música y aún me quedan dos vuelos que tomar.

Cuando salgo de las galerías Victoria son más de las dos de la tarde y el desayuno, por muy copioso que haya sido, no da para más. Necesito comer algo. Tengo unos cuarenta y cinco dólares, de los cuales aparto quince para el *shuttle* que me llevará desde el *hostel* al aeropuerto. Con treinta dólares australianos tengo dos opciones: comer en un restaurante o ir a un supermercado y comprar comida para el almuerzo y la cena. Con suerte, algo de fruta para el vuelo. Me decido por la segunda opción cuando paso por la puerta de un enorme supermercado. Es una especie de Día a la japonesa (estoy rodeado de tanto japonés, que me he acostumbrado y casi olvido

que estoy en Australia). Tiene productos a precios baratos, así que puedo permitirme comprar algunas cosas básicas. Recuerdo el consejo de Valérie acerca de los fideos chinos:

—Te sacan de cualquier apuro. Solo tienes que añadir agua caliente y en dos minutos tienes un estupendo plato de pasta.

Compro tres de estos paquetes y algunas cosas más. El olor a pollo asado me ha despertado el apetito, así que me siento en un banco en la puerta del supermercado y me dispongo a comer. Un vagabundo, que pide a todo el que entra o sale del supermercado, me dice algo ininteligible que traduzco por mi cuenta. Le doy una de las monedas que me ha devuelto la chica de la caja. El vagabundo, tal y como recibe la moneda, la añade al pequeño montoncito que lleva en la otra mano al tiempo que las cuenta. Decide que tiene suficientes y entra en el supermercado. En un minuto ha salido con una lata de cerveza en la mano.

—¿Quieres comer algo? —le pregunto cuando retoma su tarea pedigüeña.

—Sí —responde con desconfianza.

—Tengo pollo, una ensalada de pasta, una lata de estofado de ternera y algo de fruta. Ven, siéntate aquí conmigo.

—Yo tengo una cerveza —me dice con un gesto sin necesidad de abrir la boca.

La comida no dura más que unos minutos, pero creo que hemos quedado satisfechos por ahora. Mientras dábamos cuenta de mi compra, han caído en la gorrilla suficientes monedas como para comprar otra lata de cerveza.

—¿Por qué no esperas un poco más y compras una botella más grande? —le pregunto tratando de optimizar sus recursos, vaya usted a saber por qué.

—Si tengo suficiente para una lata, compro una lata, siempre lo he hecho así.

La historia de John Doe es una de tantas. Un accidente laboral le hace perder dos dedos. La falta de seguro hace que no

tenga derecho a nada y que vaya directamente a la calle. De ahí a pedir en la puerta de un supermercado solo van unos cuantos meses. Cuando estás en ese punto, nadie va a sacarte.

Aunque cada una de estas historias que escucho de boca de los propios protagonistas es única, todas tienen en común una cosa: los protagonistas no nacieron siendo vagabundos y ni siquiera se lo buscaron. Sencillamente, son víctimas de un golpe de la vida, de un *jack* directo al mentón que les deja aturridos durante unos instantes, breves pero suficientes para que la vida tenga tiempo de armar el brazo y liquidarles con un gancho de izquierdas. Directo a la lona, cuenta de diez y *knock-out*. El *knock-out* impregna la mirada de estos hombres.

Me despido de John, dándole un sorbo a su cerveza y dejándole un par de latas de estofado que, bien pensado, iban a resultar demasiado pesadas para la caminata que aún me queda por delante. Nos estrechamos la mano y nos deseamos suerte.



La inhumanidad es perenne

En la acera de enfrente hay una concentración. Mientras comíamos, me he fijado en que iba acercándose gente con pancartas y banderas australianas y otras que parecen turcas (aunque de color celeste). Cruzo la calle y me acerco a interesarme. La concentración se desarrolla en completo silencio. Hombres, mujeres y niños se manifiestan con absoluto respeto. Mantienen sus mensajes en alto, con cierto orgullo y miradas nobles. Algunos de ellos se dedican a repartir folletos, dando la gracias a cada persona que decide cogerlos.

—¿Qué hacéis aquí? ¿Qué pedís? —le pregunto a un cha-

val que reparte papeles.

—Pedimos ayuda. Somos un pueblo sometido por China y queremos que alguien nos oiga —me responde.

Le invito a que me siga contando; su relato me pone los pelos de punta. Se trata del pueblo uigur, del Turkestán, una región al oeste de China. El pasado nueve de julio, mientras se manifestaban pacíficamente, fueron brutalmente atacados por la policía y el ejército chino, con el resultado de cientos de muertos y miles de heridos y detenidos. Recuerdo que cuando estuve en México, Zaly nos contó la matanza de la plaza de las Tres Culturas, donde la policía mexicana mató a decenas de estudiantes que protestaban por la política económica del gobierno. Era el año 1968, meses antes de la celebración de los juegos olímpicos en la ciudad, así que el gobierno no se podía permitir un escándalo. Se citaron a los estudiantes en la plaza y allí fueron masacrados, uno a uno, sin que hubiera ni un solo testigo. Se cubrió todo con un manto de silencio. Recuerdo que entonces me pareció increíble que en el siglo XX pudieran hacerse estas cosas. Cuando termino de escuchar al muchacho uigur, tengo que pedirle que me repita la fecha de la manifestación salvajemente reprimida. Nueve de julio de 2009, hace solo un par de días, el día de la independencia argentina, el día que no viví.

—Nuestro caso es parecido al del Tíbet, pero ellos cuentan con la ventaja de que tienen al Dalai Lama y eso les posibilita ser escuchados por la comunidad internacional.

—Hoy en día, si no sales en las noticias no existes. No importa la cantidad de muertos que pueda haber. ¿Cuántos asesinatos habrá al día sin que sepamos nada? Dios mío, todo es una locura.

—Nosotros estamos empezando a salir en las noticias. El otro día salimos en la BBC, creo que empiezan a escucharnos.

—Espero que tengáis suerte y se haga justicia, aunque no será fácil.

—Gracias, no podremos hacerlo sin ayuda, por eso te pe-

dimos la tuya.

—¿Y qué puedo hacer yo? —le pregunto escéptico.

—Ayudarnos a que se conozca nuestro caso. Tú mismo lo has dicho, mientras no se conozca, no existimos.

Me da uno de los folletos que reparte y le prometo que haré lo que pueda, aunque ya sé que será muy poco. En realidad sé que no pasarán muchos días antes de que me olvide del nombre de los uigur. Mi corazón occidental está demasiado bien protegido como para dejarse influir por casos como este. Nada, por brutal e injusto que sea, puede llegar a conmoverme de verdad, a hacer que cambie mi forma de actuar, a agarrarme por la pechera, agitarme y sacarme de la vida que me ha tocado y que ni sueño con poder cambiar, sencillamente por el hecho de no estar dispuesto a pagar el precio que tendría que pagar. Nada hará que deje de mirar para otro lado. Ni los cientos de asesinados de forma injusta, ni las caras de los hijos de esos muertos, con sus pancartas, sus ojos apagados y sus gestos clementes. Es realmente jodido llegar a esta horrible conclusión, pero a veces me gusta pensar que al menos esta consciencia de ser un animal inmovible, movido solo por la necesidad de satisfacer mis propios caprichos sin pensar en nadie más, es una especie de pequeño castigo, un azote con una regla en la palma de las manos, un «niño malo, eso no se hace». Y entonces me alegro de ser consciente de mi propia inhumanidad.

Me largo de allí con la sensación de ser cómplice de una matanza que ni siquiera conocía. No me gusta sentirme así, pero sé que se pasará. Solo necesito caminar y escuchar música, escuchar algo que me recuerde mi puta vida y que me devuelva a ese estado de tristeza que a veces echo de menos, que me haga pensar en mí, en mi pequeño universo desgraciado. *Creep* servirá. *Creep* y caminar con las manos en los bolsillos durante una hora. Tengo hasta dos amagos de accidente al cruzar calles. Malditos australianos circulando por la izquierda. Pienso que no debo de ser el único que anda despis-

tado, porque empiezo a fijarme en que en el suelo, en los sitios donde se cruza la calle, hay carteles que te indican dónde tienes que mirar. No me había fijado hasta ahora; he necesitado un par de sustos para darme cuenta. Tiene gracia que sea una gilipollez así la que me suba el ánimo. Eso, y que estoy extrañamente predispuesto a no dejarme llevar por la autocompasión. Prometí a una amiga que dejaría de hacerlo y las promesas deben cumplirse.

El callejeo me ha sacado de la calle principal y me ha llevado a una zona aún más oscura, donde los negocios tienen rejas y los tipos tienen la voz áspera y ronca. Creo que estoy detrás de la fachada. Es una zona con muchos negocios y carteles en caracteres orientales. Esto sí se parece a un barrio chino. Casi no se ven rostros caucásicos aunque, curiosamente, no me siento extranjero. Voy mirando los escaparates de *sex shops* y locales de *striptease* de neones poco sutiles. Entro en algunas tiendas *underground* de compra-venta de música, cómics y libros. Me gusta la zona. Estoy seguro de que no seremos muchos los turistas que circulamos por ese barrio y es eso lo que más me gusta, ver lo que una ciudad ofrece a sus ciudadanos, y no a sus visitantes. Prefiero los locales de putas a las tiendas que venden *boomerangs* y carteras de piel de canguro. Prefiero ver a un vagabundo borracho tirado en la acera que a un payaso vendiendo globos con forma de bicicleta; prefiero la mirada huraña del dependiente de una tienda de comestibles a la sonrisa exagerada de la azafata que me ofrece la cena en el avión.

El paseo por la zona no dura mucho y pronto vuelvo a estar en la senda de las calles céntricas y transitadas. Entro en una tienda de cómics que inmediatamente me recuerda a mi colega Francis. Solo pensar en él hace que me ponga de buen humor y que vaya soltando toda la mierda que tengo en la cabeza. Creo que debería hacerle caso a mi amigo Sergio y dejar de complicar la vida cuando se puede hacer que todo sea mucho más fácil.

La tarde se va y tengo que volver al *hostel*. No quiero que se acabe este paseo que empezó muy temprano, con el estómago lleno por un exagerado desayuno. Los últimos minutos los dedico a hacer el payaso en la *Apple store*, con su *buenrrollismo* y su elitismo jactancioso. Volviendo a casa, de forma casi accidental me topo con Hyde park, la catedral de Santa María, el museo de la ciudad y tantas otras cosas que me dicen que un paseo por Sidney no es nada. Me ha gustado esta ciudad. Tiene ese punto cosmopolita de gran ciudad y se adivina que detrás de la cortina hay mucho que ver. Quizá vuelva en otra ocasión.

Llego al *hostel* justo a tiempo de perder el *shuttle*, pero no me preocupa porque aún tienen que pasar tres más, uno cada media hora. Tengo tiempo de sobra para darle a Ivonne la caja de bombones rellenos de nueces de macadamia que le he comprado como muestra de agradecimiento. Tenemos tiempo de comérmolos, de charlar un rato acerca de la ciudad, de obligarme a prometer que voy a volver. También tengo tiempo de subir a la pocilga a recoger la toalla que había olvidado y de la que me he acordado al lavarme la cara en el baño. Debajo de la toalla, mezclado entre todo tipo de ropa que no puedo distinguir por estar a oscuras (no quiero despertar a un tipo que ronca en la cama de al lado), mi gorro de lana. Después de todo, parece que podré despegar de Sidney oyendo música. En ese momento decido que será *Fade to black* de Dire Straits.

Desembarco en el aeropuerto y me acomodo alrededor de un enchufe. Ni me molesto en buscar *wifi*, aquí todas son de pago. Tiene gracia que una estación de autobuses de San Salvador ofrezca *wifi* gratis y el aeropuerto internacional de una gran ciudad te pida la tarjeta de crédito. No me apetece nada escribir, pero trato de obligarme para que me ayude a pasar las diez horas de espera que tengo por delante; no sirve de nada, claro. Tampoco tengo ganas de hablar con nadie, así que me pongo los auriculares y dejo que salte el

salvapantallas.

Me despierta un tipo calvo con pinta de boxeador diciendo que la zona de partidas se cierra a las once y que tengo que largarme de allí a la voz de ya. La única opción que me ofrece, para no dejarme en la calle helada es llevarme al culo del aeropuerto, a una zona de refugiados donde unos cuantos tratan de pasar la noche, forzando sus cuerpos para adaptarse a los incómodos sillones para mendigar una cabezada. Nos han cerrado las salidas con rejas automáticas, nos han bajado las luces y nos han mandado callar. Todos juntos formamos un pequeño ejército de vagabundos a tiempo parcial.

Horas más tarde, el sonido de las rejas al abrirse me sobresalta. Ni he intentado dormir. Cualquier intento hubiese resultado inútil. Los asientos son demasiado incómodos y yo estoy relativamente descansado. Quizá después de tres días sin dormir hubiese conseguido arañar algunas horas de sueño pero, diablos, anoche dormí en una mullida cama. Recojo mis cosas y me voy directo a la zona de facturación. Quiero quitarme la mochila de encima lo antes posible y luego quizás buscar un punto de acceso a Internet.

Mi vuelo no figura en el panel. Reviso una y otra vez, pero no aparece. El aeropuerto es increíblemente amplio, pero no hay ni rastro de alguien a quien poder preguntar. Son las cuatro de la mañana. Reviso el papel impreso con los datos de mi vuelo y me pregunto si estará actualizado. Desde que reservé el vuelo, hace meses, me han cambiado el itinerario al menos dos veces, y ahora dudo de si el papel impreso será el definitivo o no. Lo reviso con detalle y descubro el problema. Si bien el destino final del vuelo es Tokio, antes hay prevista una escala en Cairns, una ciudad australiana. En consecuencia, el primer vuelo ha de tomarse desde la terminal doméstica y no desde la terminal internacional. Llevo horas esperando en la terminal equivocada.

Me pongo muy nervioso, porque no tengo idea de cómo ir a la terminal doméstica. Corro por las desiertas salas buscan-

do a alguien que pueda echarme una mano, no importa cómo. Al fin encuentro un mostrador donde están facturando. La cola es infinita, pero no puedo permitirme esperar. Asalto a la chica que atiende.

—Perdona la interrupción, solo quiero hacerte una pregunta. ¿Cómo puedo llegar a la terminal doméstica?

—Tienes que ir aquí y allá y encontrarás una parada de autobús que te lleva directamente.

—Gracias.

Sigo sus indicaciones y encuentro la parada, aunque me topo con dos problemas. El primero es que cuesta cinco dólares y yo no tengo ni un céntimo. El segundo problema es que el primer autobús de la mañana pasa a las seis y media, y mi vuelo sale a las siete. Empiezo a desesperarme. La calle está tan desierta como el aeropuerto. Ni siquiera hay taxis. Suelto las mochilas, con las que he cargado todo el tiempo sin darme cuenta de su peso y me siento en el suelo. Estoy helado, porque ni siquiera he tenido tiempo de abrigarme. Necesito pensar; o eso creo, porque lo que en realidad necesito es el taxi que acaba de aparecer como por milagro. Ha dejado a un pasajero y se larga, pero no voy a permitirlo. Me planto en mitad de la carretera con los brazos abiertos (luego pensaría que quizá me excediera con el teatro, y que un simple gesto con la mano hubiese valido, pero en ese momento tenía claro que ese taxi solo se iría por encima de mi cadáver atropellado). Trato de contarle mi problema, pero estoy tan nervioso que mi inglés es ininteligible. Al final lo logro y cuando me está diciendo que suba le confieso que no tengo dinero.

—Solo tengo dólares americanos. ¿Los aceptaría?

El taxista se lo piensa.

—No sé cuánto es la tarifa en dólares americanos —me dice.

—Dígamelo en dólares australianos y yo le hago la conversión, si se fía de mí. No le engañaré.

El taxista se lo sigue pensando.

—Sube amigo, no hay problema.

No ha terminado la frase y ya estoy dentro, con las mochilas en el maletero. En cinco minutos estamos en la terminal doméstica.

—Dígame cuánto es —le pido temiendo que quiera aprovecharse de la situación y engañarme.

—Nada, no te preocupes. Me pillaba de paso.

—No, no puedo aceptarlo —le respondo avergonzado de lo que acabo de pensar.

—En serio amigo, no te preocupes.

—Bueno, acepte al menos cinco dólares como recuerdo —le pido sonriendo.

—Está bien —acepta entre risas.

—Es usted una buena persona. Me gustaría tener mejor nivel de inglés para decirle todo lo que me gustaría.

—No es necesario, no ha sido nada.

—¿Cómo te llamas?

—Elvis.

—Yo soy Pedro.

—¿Eres español?

—Sí.

—Yo soy portugués.

—Vaya, un vecino. ¿Qué haces en la otra punta del mundo?

—Mi mujer y mis hijos son australianos.

—Te deseo lo mejor, Elvis. *Muito obrigado*⁴².

—Suerte con el vuelo, y relájate, ya has llegado.

Mientras facturo, la chica del mostrador, borde de nivel A, me advierte de algo que me ocurrirá en Cairns. Habla tan rápido que apenas lo entiendo. Toma aire cuando le pido que me repita; me perdona la vida pero repite. Creo entender que me dice que cuando lleguemos a Cairns deberé recoger la maleta y pasar por inmigración. Creo que ha dicho algo más, pero no me atrevo a volver a preguntarle. Tendré dos horas

⁴² Muchas gracias.

para hacer todo el papeleo de inmigración y trasladarme de la terminal doméstica, en la que aterrizamos, a la internacional, desde donde partimos. Una oportunidad perfecta para poner a prueba, una vez más, a mi buena estrella.

Lunes, 13 de julio de 2009

El avión que hace la primera escala del viaje a Tokio no me gusta. No me gusta que me haya tocado ventanilla ni que a mi izquierda tenga sentadas a dos personas más. Me estoy meando pero no quiero despertarlas. Desde luego, sin despertarlas me resulta imposible salir, así que me agunto. Tampoco me gusta que hayamos salido con retraso, porque eso me quita tiempo para hacer el cambio de terminal.

El día es realmente claro. En Sidney estaba algo nublado, pero en unos minutos se ha aclarado y puede apreciarse el vasto territorio australiano. El sol pega fuerte y puedo irme despidiendo del invierno. En un panel que había en la sala de espera para embarcar anuncian que en Tokio están a treinta y tres grados. Mi paso por el hemisferio sur está a punto de concluir y apenas he necesitado la ropa de invierno. Tengo ganas de verano. Anoche, en el rato que pude dedicar a navegar por Internet, traté de hacer un itinerario para mi estancia en Japón. Aún no tengo decidido cuántos días me quedaré, así que por ahora me he limitado a reservar *hostel* en la capital. El aterrizaje está previsto para las siete de la tarde. Si tenemos en cuenta el papeleo de inmigración, la confusión inicial que estoy seguro que sufriré, el canje del Japan Rail Pass y la hora que tarda el tren en llevarme del aeropuerto a la ciudad, se tiene que llegaré bastante tarde, así que mejor contar con un cuartel general.

Los *hostels* en Japón son caros —el mío me ha costado veintitrés euros—. Tiene la ventaja de ser céntrico, estar cerca de una estación de tren —en la que me apearé cuando venga del aeropuerto— y sobre todo que incluye desayuno. Como siempre en estos casos, mi intención es desayunar hasta decir basta y aguantar con el desayuno la mayor parte del día.

El comandante avisa de que va a iniciar la maniobra de

aterrizaje, así que eso que veo por la ventanilla debe de ser Cairns. No parece que sea una ciudad muy grande pero, desde luego, desde aquí arriba, el entorno donde se encuentra ubicada es magnífico. Una fina línea amarilla de playa marca el contorno de la costa, separando el verde océano de la verde y montañosa tierra. Puedo ver el puerto deportivo y la nube de barquitos blancos revoloteando alrededor. Mientras admiro las vistas me despisto y no me acuerdo de ponerme los auriculares (no me acordaría hasta haber tomado tierra). Parece que también estoy perdiendo el miedo a los aterrizajes.

Todo va según lo previsto y, en cuanto el aparato se detiene, aun antes de que las azafatas nos den permiso, ya me he levantado y tengo mis cosas en la mano. Hemos aterrizado con media hora de retraso con lo que solo tengo una hora y media para recoger mi mochila, cambiar de terminal y volver a facturarla. Pregunto a mis compañeros de asiento si se dirigen a Tokio pero no hay suerte. Lo haré solo.

Cuando abren las puertas salgo enseguida. Corro por los pasillos que llevan a la sala de recogida de equipajes, adelantando a viejas, niños y gente sin prisa. Mientras lo hago pienso que probablemente no sirva para nada, que los chicos que se encargan de recoger el equipaje se lo tomarán con calma y que lo único que conseguiré llegando el primero a la cinta de recogidas es tener que esperar más, pero no puedo hacer otra cosa, es lo que me demanda el cuerpo. Cuando llego a la sala la cinta aún no ha comenzado a moverse, aunque lo hará inmediatamente. Me voy directamente a la boca por donde van saliendo las maletas y me pongo a vigilar. Me queda poco más de una hora para que salga el vuelo y, aunque estoy convencido de que no van a despegar sin mí y que habrá mucha más gente en mi situación, sigo nervioso.

Después de veinte minutos y de haber visto pasar una raqueta de tenis al menos cinco veces, deduzco que han perdido mi mochila. Es como si estuviera presagiando que algo iba a ocurrir, como si tuviera un mal presentimiento. Llegar a esa

conclusión no hace que baje la guardia, por supuesto. La raqueta pasará aún dos veces más antes de que aparezca mi mochila. La agarro y me la cuelgo en un solo gesto, salgo por la puerta y echo a correr. Pregunto por la terminal internacional al primer tipo que veo, mientras pienso que ya podría haber preguntado antes, cuando esperaba. Las noticias son buenas: está a cinco minutos andando. Me señala el camino, que está ocupado por una fila de pasajeros que avanzan pesadamente cargados de maletas. Ya podría relajarme pero no lo hago hasta que llego al mostrador de facturación y me encuentro una cola. Falta media hora para que salga el vuelo, así que ya vamos con retraso. Llega mi turno.

—Me muestra su pasaporte, ¿por favor? —me dice la rubia.

—Claro, aquí tiene.

—¿Tiene su itinerario de vuelo?

—Aquí tiene.

—Necesito su reserva de vuelo de salida de Japón.

—¿Cómo dice?

—Necesito un papel con los datos del vuelo de vuelta.

—No tengo vuelo de vuelta, solo ida.

—En inmigración le van a pedir información sobre el vuelo que le saque del país.

—No saldré volando, tengo pensado salir en *ferry*.

—Pues la reserva del *ferry* entonces.

—No tengo esa reserva, ni siquiera tengo decidido el día que saldré.

—Espere aquí.

La rubia consulta con su guapísima y estiradísima jefa, que le responde de mala gana.

—Lo siento señor, no puede embarcar sin ese documento. Le ruego que me espere ahí —dice señalando un asiento de la sala de espera—. Enseguida estoy con usted.

Me voy donde me indica sin decir nada. Una parte de mi cerebro trata de asimilar la información mientras la otra ya

está trabajando en la forma de solucionar el problema. Estoy aturdido y, una vez más, haber pasado una noche sin dormir no me ayuda. Si lo que necesita es un papel con una reserva, no tendría más que conectarme a Internet y buscar alguna de las empresas de *ferry* que hacen el recorrido entre Japón y Corea.

Le propongo a la señorita un trato: si me proporciona Internet, tendrá su papel en diez minutos (antes he comprobado que no existe ninguna *wifi* gratis). La chica me responde que espere allí. Está agobiada con el retraso que ya acumula el vuelo y lo último que quiere es a un tipo dando por culo. Tendré que buscarme la vida. Salgo corriendo escaleras arriba con el ordenador encendido buscando el milagro de una *wifi* abierta y gratis. No lo encuentro, aunque doy por casualidad con una cafetería que tiene varios ordenadores para conectarse a Internet. Solo tengo tres dólares y la hora cuesta diez.

—¿Cuánto tiempo puedo estar con tres dólares?

—Diez minutos.

Tengo diez minutos para conseguir ese papel y cuento con un viejo ordenador con un teclado destrozado y una conexión de mierda. Aun así, encuentro una empresa que opera *on line* y hago la reserva. Elijo cualquier día como salida, introduzco los datos de mi tarjeta (ya veré luego cómo anulo el pago) y lo tengo. El navegador me muestra la confirmación de la reserva. Me quedan tres minutos para imprimirla cuando descubro que no tiene impresora. Tengo que copiar esa página al *pendrive* y quizás puedan imprimirla en el mostrador de facturación. Queda un minuto cuando alguien me llama por detrás.

—Disculpe señor. ¿Son suyas las cosas que hay abajo?

—Un segundo, por favor —respondo sin mirar siquiera.

—No puede dejar sus cosas abajo, señor —me dice la misma voz, pero esta vez siento cómo me agarra el hombro con fuerza.

Me doy la vuelta y compruebo que es la policía.

—Solo necesito unos segundos, necesito copiar una cosa, es importante.

—Acompáñeme, por favor —me dice mientras me levanta literalmente del brazo.

Quedan veinte segundos y, mientras me alejo del ordenador, puedo ver cómo Windows reconoce mi *pendrive* y cómo la pantalla se apaga cuando la cuenta llega a cero.

Cuando comprueba que no opongo resistencia, el policía afloja la garra con la que me sujeta y finalmente me suelta. Me explica que no puede haber equipajes sin vigilancia en el aeropuerto, y le entiendo. Además de la posibilidad de que me lo roben, está la paranoia terrorista. Cuando llegamos al sitio donde dejé mis mochilas, el policía me da los buenos días y se marcha. Al menos no me ha echado un sermón.

La cola de mis compañeros de viaje se reduce ya a un par de chinos. En dos minutos está liquidada y es entonces cuando la rubia se acerca a mí.

—Disculpe la espera, señor. No ha sido posible embarcarlo en este vuelo, las normas de inmigración japonesas son muy estrictas. Le he reservado plaza para mañana, en un vuelo que sale un poco más tarde y que llega a Tokio a las ocho de la tarde. Por supuesto, esto no le supone ningún coste adicional.

—OK —respondo sin saber muy bien qué decir.

—Le veo mañana.

Necesito sentarme a asimilar lo que ha pasado y las posibles consecuencias. La rabia, que pronto deriva en furia asesina, no me ayuda. Tengo ganas de ponerme a gritar y de putear a la rubia, a su jefa y al presidente de Australia, pero soy lo suficientemente racional como para saber que yo soy tan culpable de la situación como el que más y en el fondo sé que todo esto no va a suponer ningún problema, que no es más que un ligero retraso y que al fin y al cabo solo son unas vacaciones. De la furia paso a la frustración y de ahí a la resigna-

ción cuando compruebo que el aeropuerto se ha quedado completamente desierto. Hay que ponerse en marcha.

Salgo a la calle y me encuentro con un día magnífico. A pesar de estar en invierno, el clima del norte de Australia es excelente en estas fechas. Luce un sol brillante y la temperatura es muy agradable. Los pajarillos cantan y las nubes hacen tiempo que se levantaron.

El aeropuerto es pequeño y con poco movimiento, tanto que no hay nadie en la calle; ni un miserable taxista. Por fortuna, en Cairns tienen el mismo sistema de búsqueda de alojamiento que tenían en Sidney, así que con un par de llamadas ya tengo a un tipo recogién dome en el aeropuerto. Este ha venido expresamente a por mí. Se llama Bob y tiene pinta de surfista. No suele venir personalmente a recoger a la gente, de eso se encarga el *shuttle* que tienen contratado; lo ha hecho porque se ha puesto en mi lugar y entiende que ando algo perdido. Es un favor personal.

Aunque Bob no ha sabido decirme cuántos habitantes tiene, Cairns parece una ciudad pequeña. Las calles recuerdan a las calles del Paper boy, el viejo juego de ordenador. Largas filas de pequeñas casas, idénticas entre sí, rodeadas de árboles y plantas y con el buzón en la puerta. Apenas hay coches en la carretera, así que llegamos en menos de diez minutos.

El lugar es una especie de conjunto residencial pequeño. Tiene una entrada que deriva en un patio interior, lleno de flores y plantas, rodeado por casas de dos pisos con terrazas de madera pintadas de azul. En el patio, una barbacoa y algunas mesas de *picnic* al abrigo de enormes sombrillas. En la calle hace calor, pero dentro del patio se está fresco. La sombra de las casas y la vegetación hace que sea un sitio muy agradable. Creo que he acertado eligiendo.

Después de instalarme, lo primero que hago es pedirle a Bob que me ayude a salir de allí. Necesito una conexión a Internet y una impresora. No hay problema. En unos minutos tengo mi reserva de *ferry* impresa. La rubia ya tiene su papeli-

to. Son las dos de la tarde y ya tengo los deberes hechos, así que solo me queda relajarme.

—Creo que te vendrá bien relajarte, Pedro —me dice Bob, que no necesita conocerme para notar que estoy exhausto.

—No lo sabes tú bien. Voy a ponerme el bañador y a probar esa piscina que he visto al entrar.

En la parte frontal de la casa hay una pequeña piscina de piedra, adornada con enormes rocas y plantas emulando una piscina natural. Está rodeada de hamacas, sillas y mesas, y desde que entré estoy deseando probarla. El agua está helada, pero no importa, tengo muchas ganas de darme ese baño y tumbarme al sol, aunque sea por unos minutos. No creo que me desintegre si estoy unos minutos al sol, solo hasta secarme.

Empiezo a quedarme dormido y es entonces cuando recuerdo que la noche anterior no pegué ojo. Dios, esto es perfecto. Solo oigo pájaros cantar, el sol me calienta la cara y he logrado poner mi cerebro en modo hibernación. Voy a pegarme una siesta como nunca se vio otra, una siesta a la australiana. Va por ti, rubia.

Casi dos horas después me despierto sin saber dónde coño estoy. Una ducha, me arreglo y me voy a pasear. El *hostel* está a cinco minutos del paseo marítimo. Cuando llego me sorprendo al comprobar que no hay playa. En vez de eso, me encuentro con una ciénaga, una llanura de tierra negra, que se adentra unos cincuenta metros en el océano, repleta de todo tipo de fauna. Mi baño en el Pacífico vuelve a quedar pospuesto.

El paseo es realmente hermoso. El suelo es de madera y está rodeado de césped y vegetación. Mientras camino, me cruzo con gente jugando al *beach volley*, gente corriendo, pistas de *skate*, *bikers*, *rollers*, tipos tirándose *frisbees*, tipos pasándose una pelota de fútbol australiano, dando patadas a una bolsita de agua, tomando el sol, leyendo, jugando con el perro; me siento como si estuviera dentro del *California Games*,

como si estuviera en un anuncio del ministerio de turismo australiano. Todo el mundo es guapo, está moreno y viste poca ropa. Al final del paseo, una enorme piscina rodeada de césped y arena de playa hace las veces de mar a tres metros del océano. Estoy en la zona más turística, rodeado de tiendas, cervcerías, *pubs* y discotecas. Creo que Cairns sería un buen sitio para unas vacaciones de sol y juerga.

He pasado una tarde agradable y el mosqueo de no poder subir al avión queda atrás. Decido volver cuando llevo un buen rato arrastrando los pies de cansancio y he tropezado varias veces con las grietas del asfalto. Antes de irme saco algo de dinero del cajero para pagar el autobús de vuelta al aeropuerto y comprar algo de comida en el supermercado. En el *hostel* me han dado un *ticket* que vale por una cena en un *steaks & ribs* que tiene muy buena pinta, pero hay demasiada gente y no tengo ganas de esperar. Me vuelvo al *hostel* y ceno fruta. Son las siete de la tarde y ya estoy metido en la cama, medio muerto. Steve, uno de mis compañeros de habitación, no puede creerlo.

—Pensé que los españoles os acostabais después de medianoche —me suelta el cachondo.

—Estoy muerto, tío.

Steve es de Londres, pero su madre vive en Torre Vieja. Él lleva seis meses viajando por Australia. Pongo el despertador a las ocho y media, aunque ni yo me creo que vaya a necesitarlo. El *shuttle* que me lleva al aeropuerto pasará a recogerme a las once y cuarto, así que tengo todo el tiempo del mundo para descansar. Pongo los ventiladores del techo y abro las ventanas, permitiendo que la brisa mueva las cortinas. Fuera no hay ni un solo ruido, el silencio es total. Hago las cuentas de cabeza, pero creo que el día de hoy es exactamente el ecuador de mi viaje, contando con volver a España un día antes de incorporarme al trabajo. «Hace un siglo que estaba en Nueva York» es mi último pensamiento antes de caer dormido mientras Steve toca la guitarra y un tipo rubio con la cara

llena de pendientes hojea una revista porno tirado en su cama.

lejano oriente



Martes, 14 de julio de 2009

A las cinco y media de la madrugada estoy harto de dar vueltas en la cama. Media hora de intentar dormirse es suficiente. No es que tenga insomnio ni nada de eso, es que anoche me acosté a las siete, así que a las cinco ya había dormido diez horas, lo mismo que en la última semana. Cuando me acosté, había un tipo tocando la guitarra y otro viendo una revista porno. Ahora hay tres tipos dormidos. Ha tenido que haber movimiento en las últimas horas en esta habitación, pero yo no me he enterado de nada. Yo, que me despertaba con el aleteo de una mosca, durmiendo en una habitación compartida sin enterarme de nada.

El cuarto no está a oscuras porque entra la luz de las farolas de la calle. Eso me facilita levantarme y vestirme. Lo tengo todo desordenado. No sé cómo lo logré, pero tengo la mochila vacía y su contenido está desperdigado por los alrededores de mi cama. Incluso la pequeña mochila que me prestó Eva, en la que guardo toda la documentación y que no me quitaba ni para dormir hace unas semanas, está por ahí tirada. Creo que me estoy contagiando del resto de mochileros, que suelen ser desordenados y confiados. Ojalá lo lograra; me restaría estrés.

Aún es temprano y no quiero despertar a nadie, así que prefiero no ducharme. Agarro el ordenador y me voy a la cocina. Pongo a calentar agua en el termo eléctrico para hacerme un té y me siento a escribir. A pesar de la hora tengo hambre, así que me pongo a comer lo único que tengo: manzanas y Weetabix. El resto de la mañana sigo con mi plan relax y me limito a leer, revisar el correo, chatear un rato y sentarme en el patio a buscar parecidos a las nubes que pasan. A las once y cuarto, con la puntualidad suiza propia de los australianos, llega el *shuttle*. Tiene una lista de pasajeros y me pregunta el nombre para tacharme. El camino que nos lleva al aeropuerto es aún más corto que el camino que me trajo de él, así que a

las once y media estoy en la terminal. Una larga cola de japoneses me da la bienvenida. El vuelo debe salir dentro de dos horas, así que no me preocupa que haya cola, es normal. Mientras espero conozco a dos israelíes de nombres ininteligibles. Tiene gracia, porque ellos se extrañan de que yo me llame Pedro.

—¿Pedro?

—Sí. Pe, e, de, erre, o. Pedro. Es un nombre muy común en España.

—Pedro. Suena a español —piensa en voz alta.

—Será por Almodóvar —le respondo.

—No tienes cara de español —me dice uno de ellos.

Los dos colegas están pasando unos meses en Australia y se han animado a hacer una excursión a Japón. Estarán una semana por allí, pero ni siquiera tienen donde quedarse. Me preguntan y les doy los datos del *hostel* que reservé para el día anterior. Durante la mañana envié un correo para avisar de que llegaría un día tarde, pero cuando me vine no me habían respondido, así que no cuento con que haya una cama para mí. Les cuento que el sitio tiene una buena puntuación en la web donde lo reservé, que tienen Internet gratis y que incluye desayuno. También cuenta con la ventaja de estar cerca de una estación de tren a la que se puede llegar directamente desde el aeropuerto. Es caro con respecto a Australia, prácticamente el doble, pero es que Tokio es así. El más barato costaba dieciséis euros y este cuesta veintiuno, pero incluye desayuno. Cinco euros por el desayuno que pienso darme me parece muy barato. Creo que les veré por allí.

Iba a proponerles que fuésemos juntos, pero he recordado que cuando llegue al aeropuerto yo tengo que gestionar mi billete de tren. Es un tema que me preocupa porque el aterrizaje está previsto para las ocho de la tarde. Si sumamos una hora por retrasos, recogida de la mochila y papeleo de inmigración nos dan las nueve, y me extraña que a esa hora siga abierta la oficina de la Japan Railways. Si no está abierta voy a

tener que pagar al menos treinta euros por el tren que me lleva a la ciudad, cuando tengo un bono con el que me saldría gratis.

Conforme se acerca mi turno de facturar me voy poniendo nervioso. No tengo claro por qué, pero es así. No había estado tan nervioso en una cola desde que esperaba para subir al Dragon Khan, en Port Aventura. Me alegro de que sea mi último avión, porque estoy cansado ya de detectores de metales, máquinas de rayos X y de pasar controles uno tras otro.

El siguiente soy yo.

Busco a la rubia con la mirada pero no está. Tampoco su jefa. La chica que me ha tocado es guapa, aunque debería resignarse al hecho de que ya no tiene quince años. El exceso de maquillaje no le favorece y, en definitiva, no logra su objetivo, que no es otro que ocultar las patas de gallo. Tengo tiempo de examinar su cara con tranquilidad mientras introduce mis datos en el ordenador. Desde que pegué el pasaporte con cola de carpintero, no pasa por la máquina que debe leer los datos del chip, así que tienen que terminar por introducirlos a mano. Seguro que esto va a acabar dándome algún problema en alguna frontera. La de Japón es una buena candidata, ya veremos. Todo va bien, aunque despacio. Todo en orden. Tengo media hora en la zona comercial del aeropuerto que aprovecho para comprar algunas cosas.

Mi compañera de viaje es una japonesa. Tiene unos labios enormes, pelo japonés y ojos japoneses. No habla inglés, así que cualquier intento de comunicación se limita a asentir con la cabeza y sonreír. Con gestos le he cedido mi asiento de ventanilla, pensando que le sería más cómodo dormir con la cabeza apoyada en las paredes del avión, pero no ha querido. El viaje es de unas siete horas, así que me doy un paseo por los pasillos del avión. La mayoría de los pasajeros son japoneses y el repertorio de *gadgets* con los que pasan el tiempo es infinito. Casi me da vergüenza sacar el ordenador o la cámara de fotos. No digamos la de vídeo. La teoría de la relatividad de

Albert Einstein explicada con un sencillo ejemplo: en Centroamérica era el puto amo con mi súper cámara de vídeo y en Japón, con esa misma cámara, seré un coleccionista de antigüedades.

Aprovecho el tiempo para intentar trazar un plan de viaje para lo que me queda, pero es inútil. Pueden ocurrir tantas cosas en un mes que me parece una tontería pensar en lo que haré dentro de tres semanas. Ni siquiera tengo pensado cuántos días me quedará en Japón. Por lo pronto, mañana pasaré el día en Tokio, pero no sé si dormiré o tomaré un tren al norte. Quizá esta noche, en el *hostel*, pueda organizarme un poco. Vale que no quiera hacer planes para dentro de tres semanas, pero no estaría mal saber dónde dormir mañana, aunque sea la ciudad.

La única azafata del avión es japonesa. Creo que si tuviera que elegir a una mujer que representara las cosas que me gustan de las japonesas, la elegiría a ella. Tiene un cuello largo y delgado y una cara tan pequeña y sonriente que resulta imposible imaginársela enfadada o seria. Lleva el pelo recogida en un coco sobre la coronilla y es fascinante la forma en la que camina por los pasillos del avión. Busco un par de excusas para hablar con ella, e incluso consigo que me hable en japonés cuando le pregunto cómo se dice «muchas gracias». Lo sé de sobra, pero me gusta oírsele decir.

Después de todo, consigo charlar un rato con mi compañera, Sho. Resulta que en la universidad estudió español y, aunque no lo habla muy bien, es suficiente para que me recomiende un par de sitios donde ir y un par de cosas que comer. La conversación, aunque poco fluida, es agradable y hace más cortas las horas hasta que aterrizamos. La gestión del papeleo en Narita, el aeropuerto donde llegamos, está tan bien organizada que no tardo más que unos minutos. Una docena de japoneses se encargan de ir equilibrando las colas de forma que nunca tengas más de dos personas delante de ti. Van añadiendo y quitando cintas sobre la marcha a un ritmo de locura, así

que me limito a seguir las instrucciones que me dan y antes de que cante un gallo ya he cruzado. Ningún problema.

La estación de tren está conectada directamente con el aeropuerto mediante unas escaleras mecánicas. Conforme las bajo encuentro la oficina de venta de *tickets* de la Japan Railways y un cajero, así que resuelvo otros dos detalles. Ya tengo el billete único de tren, treinta mil yenes en el bolsillo y la dirección del *hostel* donde pasar la noche.

En contra de lo que pensaba, las indicaciones del aeropuerto y estación de trenes son muy claras. Todos los nombres de las estaciones están en alfabeto japonés y occidental. Está todo muy bien organizado, aunque al principio me cuesta entender el mecanismo. Sea como sea, no tardo en llegar a la estación de referencia de la dirección del *hostel*. He tenido que hacer dos trasbordos en los que no he perdido más de dos minutos. Los trenes a esta hora de la noche (son casi las diez), están llenos de hombres de cierta edad, de pantalones negros, camisas blancas y maletines, caras de cansado, que vuelven a casa después de estar todo el día trabajando. Me recuerdan todos al padre de Shin-chan.

Salir de la estación y enfrentarme directamente a una calle japonesa es uno de los momentos más impactantes de todo el viaje. Es de noche y la calle está llena de neones de colores. Están por todos sitios, a pesar de que estoy en un barrio normal de la capital, a un par de paradas de tren del centro. Ando algo perdido, porque no entiendo el sistema con el que se tratan las direcciones en Japón. Un chaval, que debe de haberme visto algo despistado, me pregunta si puede ayudarme. Es amanerado y cecea.

—¡Eh tío! Estás buscando el *hostel* Anne, ¿verdad? —adivina.

—Sí.

—Mira, ¿ves aquel cartel naranja, al fondo de la calle? Tienes que entrar por la calle que hay antes, a la derecha. Sigue recto y te lo encontrarás de cara.

—Gracias. Apunté la dirección tal cual estaba en la web, pero no sé qué significa.

—Es fácil. Lo primero, Yanagibashi, es el nombre de la zona. Normalmente una zona es un conjunto de unas treinta o cuarenta manzanas, aunque hay algunas mayores. El veintuno es el número de la manzana dentro de esta zona, y el catorce es la puerta dentro de la manzana. ¿Ves?, es sencillo.

—Ahora sí. Oye, por cierto... ¿cómo sabías que buscaba el *hostel* Anne?

—Europeo y con mochila en este barrio... buscas el *hostel* Anne.

—Gracias por todo.

—Es un placer. Ten cuidado tío.

Tengo que subir cuatro pisos con dos mochilas llenas de plomo para llegar a la recepción del *hostel*. Por suerte, el tipo sabe hablar inglés, al menos lo suficiente para que me entienda cuando le explico todo lo de la reserva para el día anterior, la pérdida del avión y el resto. También sabe expresarse lo mínimo para hacerme ver que si quiero quedarme voy a tener que pagar dos noches: la anterior y esta. Se le ha ido la olla. ¿En serio pretende que pague la noche de ayer? Ni de coña. Me dice que como no les avisé, la cama quedó libre y quieren cobrar eso. Me largo de allí indignado. No vuelvo a reservar, que le den al colega.

Dejarme llevar por el calentón y la indignación ha conseguido que me vea en la puta calle japonesa, a casi las once de la noche, cansado de cargar con el equipaje y sin saber muy bien qué hacer. Echo de menos los paneles de hoteles de los aeropuertos australianos. Lo mejor que se me ocurre es volver a la estación para preguntar por algún tren nocturno, pero cuando me dirijo allí me pierdo y eso me lleva a encontrar un *hostel*. Solo espero que tengan camas libres y las tienen, aunque la broma me cuesta tres mil seiscientos yenes, casi treinta euros, y ni siquiera incluyen desayuno. Dadas las circunstancias, no puedo quejarme y aflojo la pasta. A lo largo

del día siguiente comprobaría que el *hostel* es lo único caro de Tokio, y que no es cierto todo lo que se dice sobre los precios de esta ciudad. Sin ir más lejos, las ciudades australianas son más caras que Tokio, y casi diría que las capitales del cono suramericano también lo son.

El *hostel* cuenta con todos los servicios que se esperan de él y me alegra que tenga un toque costumbrista japonés. Para empezar, he tenido que quitarme las chanclas y ponerme unas zapatillas para poder entrar y moverme por allí. Las habitaciones están ambientadas con biombos de papel y las mesas bajas y altas se alternan en la sala social. Como en la mayoría de las ocasiones, me jode estar tan poco tiempo en el *hostel*. Siempre llego tarde y me voy temprano, y así me resulta imposible acomodarme mínimamente. Están a punto de cerrar la cocina, pero tengo tiempo de prepararme algo: caliento unas alubias que compré en Uruguay y acompaño con un poco de pasta de Nueva Zelanda y fruta australiana. Una cerveza japonesa completa el menú de locura y tres continentes.

Aprovecho que tienen una buena conexión de Internet para poner al día el *blog*, subiendo algunos vídeos y fotos. Cuando quiero darme cuenta son las tres de la mañana; decido largarme a dormir, pero antes me paso por el baño donde me lavo las manos con espuma de afeitar. Las cosas de no tener ni puta idea de japonés. Mañana va a ser un buen día.

Miércoles, 15 de julio de 2009

Después de irme a la cama tan tarde, mi cuerpo se niega a despertarse antes de las siete. A esa hora la luz ya entra por todas las ventanas y la habitación está tan iluminada que puedo recoger mis cosas con facilidad. Tengo que darme una ducha porque el calor y la humedad, ya a estas horas, son insoportables. Bajo con un poco de cargo de conciencia por despertarme tan tarde y desaprovechar un par de horas de luz, pero no tardo en convencerme de que descansar es algo necesario sobre lo que no se admite ninguna discusión. Por fortuna, me permiten dejar la mochila grande en el *hostel* mientras voy a dar una vuelta a la ciudad. A estas alturas ya no puedo cargar con ella durante todo el día. El aumento de peso que sufrió en Córdoba, donde no pude decir que no a los libros que me regaló Paquito, junto con el descenso de mis energías hace que levantar la mochila y echármela sobre los hombros sea una tarea cada vez más complicada.

Tengo hambre, así que la primera parada que hago cuando salgo del *hostel* es en un supermercado, donde compro un litro de zumo de naranja exprimida y un par de plátanos. Aún tengo los Weetabix que compré en Australia; me siento en un escalón a comer y ver pasar a la gente. Sigo fascinado con la calle, con sus coloridos carteles en caracteres orientales y con las japonesas. Cuando llego a la estación es hora punta. En vez del caos que esperaba encontrarme, me hallo ante una perfecta organización digna de una coreografía de *Fama*. Los pasajeros esperan ordenadamente la llegada del tren, la salida de la gente que se apea y solo entonces comienzan a entrar rápidamente y en silencio. La operación dura segundos, al cabo de los cuales el tren vuelve a estar en marcha. Aun cuando parece que la gente no va a caber en el vagón, caben. En los casos más apurados, cuando hay gente fuera y las puertas

van a cerrarse, unos operarios de blancos guantes ayudan empujando para hacer sitio. Nadie dice nada, todo se hace en silencio.

Como es habitual, cuando llego a la estación me dirijo a una oficina de turismo, donde siempre pido consejo y un mapa. Ante la falta de tiempo, la chica me ha recomendado el palacio Imperial, así que hacia allí me dirijo. Está accesible andando desde la estación, por eso he elegido ese destino en primer lugar, aunque el calor hace que parezca que está más lejos. El paseo ha sido en vano, o casi. El acceso al palacio está restringido y es necesaria una invitación para entrar. Al menos eso le entiendo al policía que trata de explicarme que tengo que largarme de allí, que tengo que conformarme con quedarme en los jardines de alrededor. Eso hago, pero al poco tiempo ya me he aburrido y estoy buscando nuevo destino en la guía que me dieron en la oficina de información al turista.

Los jardines están muy bien, pero cuando llego a una ciudad lo que me gusta ver son sus calles. Busco en la guía algún sitio bonito para callejear y me dejo llevar por el instinto a la hora de elegir. Pillo un metro y me planto allí en un rato. Son calles estrechas y llenas de tiendas. Por fortuna, a diferencia de lo que ocurría en los alrededores del palacio Imperial, allí no encuentro turistas. Pocos carteles traducidos al inglés y poca gente que habla el idioma, así que resulta complicado entenderse para preguntar cuánto vale esto o aquello. Sin embargo, es mejor así, le hace sentir a uno que esta conociendo el verdadero Tokio, los barrios donde la gente normal compra las lechugas para hacer sus ensaladas. El ruidoso gentío me lleva de un lado a otro hasta perderme. No quiero salir de allí porque me siento deslumbrado por todo lo que veo y oigo. Una locura de callejeo en que veo tantas cosas nuevas para mí que podría llenar un libro de sensaciones.

A medio día empiezo a tener hambre y decido comer en alguno de los muchos restaurantes que hay repartidos por las estrechas calles. No son restaurantes para turistas y, de entre

todos, elijo uno que tiene aspecto de ser un comedor de menú para trabajadores. La carta se encuentra totalmente escrita en japonés y la camarera no tiene ni idea de inglés, así que me veo obligado a pedir al azar. El eventual menú consiste en una ensalada, una sopa de pasta con pescado —que acaso sea aleta de tiburón— y un bol de arroz con algo que parecen tacos de pollo pero que resulta ser gelatinoso. Tofu quízás. El postre, que ha elegido la camarera, consiste en una especie de flan con sabor a fresas. Para beber no me ha dado opción: me ha puesto un vaso de té frío que me rellena cada vez que baja de la mitad. El calor es insoportable y los ventiladores del local, aunque ayudan, no tienen mucho que hacer.

Después de comer me quedo un rato más callejeando. Compró otro pendiente (una pareja esta vez) y sigo paseando. Debo de llamar la atención entre tanto japonés, porque uno de ellos, cámara en mano, me pide que pose para una foto. Lo hago preguntándome para qué coño querrá el colega una foto mía, pero decido no seguir pensando en ello. Para la tarde he planeado acercarme a la zona del templo Sensoji, uno de los más antiguos de la ciudad. El metro me deja a solo unas manzanas, y cuando salgo a la superficie me llevo dos decepciones: la primera es que todo está lleno de turistas, aunque eso ya debí imaginarlo, y la segunda es que el templo está cubierto porque lo están reformando. Todo ello hace que esté por allí poco tiempo, aunque también influye mi cansancio.

Una merienda de cereales con zumo de manzana me da las fuerzas necesarias para completar la tercera fase, la de la zona de marcha. Ya ha anochecido y los letreros de neón brillan en el negro cielo. Todo está lleno de gente. El distrito Roponggi es el preferido de los visitantes no japoneses que viven en Tokio, así que por allí pueden verse caras blancas de ojos redondos. A pesar de no ser más de las siete, la gente ya llena los elegantes restaurantes. Visten sus mejores galas y sus mejores maquillajes. Me encantaría quedarme allí: cenar en algún restaurante caro y luego pasar la noche en algún

club o karaoke viendo cómo se las gastan los japoneses de juerga, pero tengo que volver a por la mochila. Además, no estoy arreglado para una ocasión así. Después de estar pateando la ciudad durante todo el día bajo un sol de justicia, necesito dos duchas.

La vuelta es sencilla. Ya soy capaz de moverme tranquilamente tanto por el metro como por las estaciones de cercanías de Tokio. Soy uno más que espera el tren en la fila correspondiente y que se hace sitio a base de empujones sin hablar. Si tuviera una consola portátil o un móvil, nadie podría distinguirme del resto de pasajeros. Es curioso, pero las calles que me llevan al *hostel*, las mismas que recorrí cuando llegué la noche anterior, han perdido su magia. Después de todo un día paseando por Tokio y viendo carteles con caracteres japoneses, estos han dejado de interesarme. Unos días más y acabo vistiendo pantalón negro, camisa blanca y jugando en el metro al *Mario Kart* en una Nintendo DS.

Una vez en el *hostel*, aprovecho que llevo una hora de adelanto para cenar algo de pasta y fruta y darme una ducha de agua fría que me quite la sensación pegajosa que tengo. Me despido de los franceses que conocí el día antes y llego a la estación de Tokio en unos minutos, media hora antes de que salga el autobús. Mientras espero, pienso en lo absurdo de tomar un autobús para ir a Kioto, teniendo un bono que me permite usar el Shinkansen, el tren bala, uno de los trenes más veloces del mundo. Cambio un viaje en tren de dos horas por uno de ocho en autobús. El motivo es sencillo: viajar en autobús durante la noche me permite tener un sitio para dormir y me ahorra el tiempo, el esfuerzo y el dinero de tener que buscar un *hostel* en Kioto para una noche.

Sentado ya en el banco en el que espero, empiezo a dar cabezadas, así que en cuanto subo al autobús me quedo dormido. El sillón es confortable y no tengo compañero. Nos han dado una manta, una almohada y unas zapatillas de papel para que podamos quitarnos los zapatos sin problema. Todo

parece indicar que el viaje va a ser cómodo. Demasiado tranquilo en realidad, pienso mientras me estoy durmiendo. Creo que echo de menos un poco de acción y emoción. Los días de turismo se me hacen largos y algo monótonos. Creo que el cuerpo me pide kilómetros, fronteras y búsqueda de soluciones a problemas desconocidos. Por suerte ya vuelvo a estar en la carretera. Tokio es una ciudad fascinante y tiene tanto que ver que estar un día es lo mismo que no estar, pero lo que realmente quiero es continuar con mi viaje alrededor del mundo.

Jueves, 16 de julio de 2009

¿Quién decide qué hora es en Japón? No tengo ni idea, pero deberían hacerle tragar un manojo de anzuelos y luego obligarle a sacárselos tirando de los hilos. Son las cuatro de la mañana y está amaneciendo. El autobús ya está iluminado, aunque nadie parece haberse dado cuenta excepto yo. No puedo seguir durmiendo pero tampoco tengo ganas de hacer otra cosa, así que me quedo sentado esperando que pase el tiempo. El paisaje es verde y la carretera es buena.

Dos horas más tarde llegamos a Kioto, que nos recibe con frialdad. Son las seis en punto y las calles están desiertas. La estación de autobuses, que comparte edificio con la de ferrocarriles, es realmente impresionante. De todas las estaciones en las que he estado, ninguna me ha causado ese efecto, ni siquiera la central de Berlín. Es un edificio altísimo, moderno y muerto. Todo, a excepción de la oficina de venta de *tickets*, está cerrado, incluyendo la oficina de turismo, que es lo que me interesa en este momento. A falta de poder hacer otra cosa, me acerco a reservar los billetes a Hiroshima y Hakata, los próximos destinos en mi viaje hacia el oeste de la isla, donde tomaré el *ferry* a Corea del sur. Detrás del mostrador, un muchacho joven, casi un niño, me espera haciéndome una reverencia. Apenas habla inglés, pero logramos entendernos con ayuda de señas y un mapa. Después de todo, tenemos todo el tiempo del mundo. Estaré toda la mañana en Kioto, el medio día en Hiroshima y llegaré a Hakata a las siete de la tarde, con tiempo de tomar el *ferry* de las ocho que, según he leído en algunos foros, es el último del día. No tengo tiempo que perder, así que decido prescindir de la oficina de turismo porque no abre hasta dentro de dos horas. Dejo la mochila en una de las taquillas de la estación y me dispongo a pasear por la ciudad.

Como el resto de grandes ciudades que he visitado, Kioto está llena de rascacielos. Si la estación es magnífica, el resto de edificios que la rodean no desentonan. Me dejo llevar por el instinto y paseo por una calle ancha que estoy seguro que me llevará a algún lugar de mi interés. Hace muchísimo calor y aún no han dado las nueve de la mañana. Son las consecuencias de que amanezca a las cuatro. En el corto trayecto que hago antes de encontrar un viejo templo me ha parado la policía secreta dos veces. Me han enseñado las placas y me han pedido muy amablemente que les muestre el pasaporte, cosa que he hecho con mucho gusto. Tiene gracia, pero ambos han coincidido en escandalizarse cuando me he levantado la camiseta para llegar a la mochila interior donde guardo lo papeles importantes. Uno de ellos ha llegado a taparme con un periódico que llevaba en la mano. No hay quien entienda a estos tipos.

El templo se llama Higasi Honganji y solo puedo verlo a medias. Hay una gran parte tapada con una lona; deduzco que está siendo restaurado. Se trata de un templo construido en madera en el siglo VII después de Cristo. No le viene mal un poco de reforma.

—*Hi, do you know the name of this temple?*⁴³ —pregunto a una chica que a todas luces no es japonesa.

—*Wait a second*⁴⁴ —me responde.

Le dice algo al chico con quien va y este empieza a buscar el nombre en una mapa que guarda en su bolsillo. No he entendido lo que ha dicho, pero por el acento deduzco que son italianos.

—*¿Italianos?* —pregunto para llenar el tiempo que tarda el chico en encontrar el nombre del lugar.

—No, *Spanish*.

—¡Vaya! Yo soy de Málaga.

Me alegra mucho encontrar a gente española y volver a

⁴³ Hola, ¿sabes cómo se llama este templo?

⁴⁴ Espera un segundo.

escuchar el acento. Son un grupo de tres chicos (Ramón, Albert y Francesc) y dos chicas (Carmen y Laia). Charlamos durante un ratito, donde comentamos nuestros viajes y donde me recomiendan un par de sitios a los que puedo ir en las pocas horas que me quedan. Es una charla breve pero muy agradable. La mayoría son de Barcelona, aunque también hay alguno de Madrid. Me despido hasta otra y me voy en busca del primer destino que me ha recomendado mi particular oficina de información turística: el jardín Shosei-en.

El jardín Shosei-en es el primer sitio donde tengo que pagar para entrar. Son tan solo trescientos yenes y por fortuna esta vez saqué dinero de sobra en el cajero. Aún me queda mucho por gastar. El sitio es muy bonito, pero no me aporta nada, ningún rincón que lo haga realmente diferente al resto. A la salida, después de unas horas, sí que descubro un sitio ciertamente especial. En una de las calles de la zona por las que me he perdido caminando, encuentro lo que parece ser una guardería tradicional japonesa. Es un pequeño patio cubierto donde se está fresquito. Está lleno de estatuas, velas y ramos de flores en lo que parecen ser ofrendas religiosas. Entro y empiezo a curiosear. Me meto por donde me dice el sentido común que no debería entrar, pero el poder de atracción es superior. El sitio tiene algo que da miedo, mucho miedo. Aunque afuera el calor y la humedad son casi insoportables, dentro no solo se está fresco sino que, a medida que entro, llego incluso a notar frío. Me siento como si estuviera en una película de miedo y estuvieran a punto de liquidarme. Soy el típico personaje que se está metiendo donde no debe y que lo acabará pagando caro. Sigo allí unos minutos hasta que un ruido me sobresalta. Es una especie de zumbido cuyo volumen va en aumento. Me parece que es un buen momento para largarme; los fantasmas de los niños que debe de haber enterados por allí están a punto de salir al recreo, así que salgo por patas. Tengo que hacer uso de todo mi sentido común para no echar a correr, aunque sí que acelero el paso. En la

puerta hay un cartel explicando qué es ese lugar, pero paso de leerlo. Prefiero buscar información en Internet cuando vuelva a casa.

A pesar del calor, estoy encantado paseando por estas calles de barrio, viendo cómo los vecinos friegan a las puertas de sus casas o riegan sus macetas. Todos me miran con cara de extrañeza, pero ninguno me dice nada ni me devuelve un gesto arisco, todo lo contrario. Saludo a todos con una leve inclinación de la cabeza y el saludo me es devuelto con una sonrisa. Doy tantas vueltas que acabo perdiendo la noción del tiempo. No sé dónde estoy, pero es fácil orientarse cuando todas las calles son rectas, así que no me resulta complicado volver a encontrar la avenida principal que da directamente a la estación. Falta una hora para que salga mi tren y al paso que llevo no voy a tardar mucho menos de eso, así que inicio mi regreso. Según me contaron los españoles, Kioto está celebrando su fiesta local. Son tres días y el centro se ha preparado a conciencia para ello. Es una lástima que tenga que irme, me hubiera gustado quedarme a verlo. Seguro que se trata de una de esas fiestas orientales de las películas, con dragones y fuegos artificiales. Sin embargo, no puedo permitirme perder otro día en Japón.



Al culo de Japón en Shinkansen

Llego a la estación con quince minutos de margen y con la ilusión de poder probar, por fin, el famoso Shinkansen, el tren bala japonés. Tiene sus propios andenes en la estación, así que no tengo más que seguir los carteles para llegar a donde tengo que tomarlo yo. Durante el tiempo que estoy allí esperando, pasan unos cuatro trenes y cada uno de ellos ha lle-

gado exactamente a la hora que estaba prevista. No se han retrasado ni un minuto y de paso han parado exactamente donde dicen las marcas que deberían parar. En puntualidad, los japoneses no tienen nada que envidiar a los suizos.

Las dos horas del viaje no me saben a nada. Aparte de la velocidad que alcanza, la principal característica del Shinkansen es que apenas te das cuenta de que estás viajando en tren, lo cual puede resultar un tanto decepcionante para alguien a quien le encanta viajar en tren.

Llegamos a Hirosima a la hora prevista, por supuesto. Lo primero que hago es buscar la oficina de información turística —que empieza a ser el último reducto donde poder comunicarme en inglés— y pregunto por la catedral de la bomba atómica, la A-bomb Dome. Para llegar allí solo tengo que tomar un tranvía en la puerta de la estación, así que en cuestión de media hora ya estoy allí. Hace tiempo que tenía ganas de visitar este lugar y ahora ya estoy aquí. Tengo poco tiempo para pasear por el resto de la ciudad por lo que me veo obligado a renunciar a lo demás y quedarme allí sentado en el suelo, mirando ese recuerdo vivo de lo que un país civilizado es capaz de hacer. Aun sentado en el suelo y con un calor que hace que no deje de sudar, me vence el sueño y durante unos minutos duermo. Me despiertan unos escolares que corren a mi alrededor haciéndome burlas. Pensarán que soy un vagabundo (y algo de eso soy, ciertamente).

Creo que tengo tiempo de sobra para volver, aunque el tranvía resulta tan imprevisible que no puedo fiarme. Finalmente consigo llegar por los pelos a costa de casi mearme encima.

Ya estoy dentro del tren y en dirección a Hakata. Este segundo viaje es aún más corto que el anterior y seguramente el último que haga en Japón. Una lástima teniendo en cuenta que tengo el pase válido para cinco días más, tiempo más que suficiente para haber explorado toda la isla de un extremo a otro, de una gran ciudad a un pueblo del este. Quizás en otra

ocasión.

Cuando llego a Hakata presiento que no voy a poder tomar el *ferry* y me voy haciendo el cuerpo. No tengo claro por qué tengo ese presentimiento; quizás sea el caos de la estación, tan diferente de la estación de Tokio, o las obras o el ruido. Quizás sea solo una impresión, aunque no tardaré en descubrir que el último *ferry* salió hace una hora, y que el próximo sale a las ocho y media de la mañana del día siguiente. Para comprar el billete tengo dos opciones: hacerlo directamente en el puerto o hacerlo por teléfono. Las taquillas están cerradas a esta hora y prefiero no arriesgarme a comprarlo mañana por la mañana, así que decido llamar. Me bastan diez segundos de conversación para darme cuenta de que es imposible, que el inglés que hablan al otro lado del hilo no es suficiente. Si lo intento, lo mejor que puede pasarme es que me venda un billete para sabe Dios qué día o qué hora. La tercera solución que se me ocurre es recurrir a la chica de información turística, para ver si quiere hacerme las gestiones. Ella no puede, pero me indica que justo al lado, dentro de la propia estación, hay una agencia de viajes que puede ayudarme. Así es, por doscientos cincuenta yenes (menos de dos euros) me hacen toda la gestión y me cuentan todo el proceso que debo seguir: llegar una hora antes para el *check in*, pagar un impuesto en una de las máquinas, rellenar un par de formularios, etc. Me alegro de haber recurrido a ellos, de otra forma tenía muchas posibilidades de haberme quedado en tierra.

Con el billete en el bolsillo y el calor adherido al cuerpo de forma permanente y ante lo que nada pueden hacer los ventiladores de agua pulverizada de la estación de Hakata, solo me queda buscar donde pasar la noche. En la oficina de información turística solo pueden ayudarme con hoteles, demasiado caros para mi bolsillo, así que tendré que buscarme la vida por mi cuenta, aunque eso no debería ser ningún problema. Pregunto por un McDonald's (da igual el idioma que hables, la gente te entiende si preguntas por un McDonald's)

y me voy allí a conectarme a su *wifi*. El año pasado conocí en un tren a Tanja, una danesa que decía que los McDonald's son los baños públicos del mundo. Ahora también son los puntos de acceso a Internet del mundo.

Estoy dentro de un centro comercial, sentado en el pasillo más cercano al McDonald's, donde he visto un enchufe necesario porque apenas tengo batería. Cuando ya casi estoy listo y voy a empezar a recoger, un policía japonés me dice que no puedo usar el enchufe y amenaza con detenerme. Todo lo dice en japonés, pero se hace entender bastante bien con señas, sobre todo con esa de cruzar los dos brazos a la altura de las muñecas con los puños cerrados, haciendo ver que puede ponerme unas esposas. Por fortuna, tengo batería para unos quince minutos, tiempo de sobra para encontrar un *hostel* y anotar la dirección, aunque no para hacer la reserva. Busco el *hostel* más barato de la ciudad y tengo la suerte de que solo está a unos diez minutos caminando desde la estación. Además, las indicaciones para llegar son tan precisas (ahora que entiendo como funcionan estas cosas en Japón) que llego en un abrir y cerrar de ojos. Durante el trayecto descubro que Hakata no es una pequeña ciudad costera, como imaginaba. Los magníficos edificios, las anchas calles y la cantidad de coches circulando lo desmienten.

Mientras entro, cansadísimo de estar todo el día con las mochilas a cuestas y después de un paseo de quince minutos, caigo en la cuenta de que ni siquiera he comprobado la disponibilidad de camas. No quiero ni pensar que no tuvieran sitio para mí. El chico que atiende en la recepción habla bien inglés, así que nos entendemos sin problemas. Tienen camas libres, pero solo de habitaciones individuales. Son un poco más caras, pero me viene bien, así puedo ordenar la mochila con tranquilidad. Además, la habitación tiene aire acondicionado, lo cual me vendrá muy bien para dormir; la humedad en Hakata es terrible. Por una vez, tengo tiempo para descansar. Tengo toda la tarde por delante. Las pocas ganas que tenía de

salir de marcha me las quita el recepcionista cuando me dice que para ir a la zona de copas tengo que tomar un metro, lo cual me complica mucho la vida para volver de madrugada. Me quito las chanclas, me calzo uno de los muchos pares de zapatillas que el *hostel* pone en la recepción a disposición de los huéspedes y decido relajarme, ducharme, cenar algo (tengo hambre veinticuatro horas al día) y acostarme temprano.

Justo antes de irme a la cama tengo la posibilidad de probar uno de los famosos inodoros japoneses con control remoto. Por el bien de todos, no voy a entrar en detalles, pero puedo asegurar que, a poco que tenga una posibilidad, me comprare uno de ellos.

Cansadísimo y con la cara de tonto que se me ha quedado después de hablar con los amigos de Málaga, me meto en el sobre a dormir el sueño de los justos. He puesto el reloj a las seis porque a las siete tengo que estar en la parada de autobús que me llevará a la terminal del puerto internacional de Hakata, en pleno culo de Japón.

Viernes, 17 de julio de 2009

Me despierta la última pareja de *bips* del reloj despertador. Las diecinueve anteriores fueron gloriosamente ignoradas. Es como si mi cerebro se hubiera rebelado contra mí y hubiera tomado las riendas para obligarme a dormir el máximo tiempo posible. He descansado bien; imagino que el hecho de tener una habitación para mí solo ha influido y es que, a pesar de ser cada vez más confiado y menos paranoico, inconscientemente sigo vigilando mis cosas con el rabillo del ojo mientras duermo. Esta mañana tengo tiempo de sobra porque ayer por la tarde lo dejé todo cerrado. Conozco la ubicación exacta del autobús que me llevará al puerto, conozco el camino hasta la estación de tren, conozco incluso el tiempo que tardaré en recorrerlo.

Cuando salgo del *hostel* me encuentro con que la recepción está cerrada y no abrirá hasta dos horas después. Perfecto, acabo de perder el dinero de la fianza. Otra consecuencia de mi falta de previsión, que por supuesto no me quita el sueño. Llego a la parada del autobús y descubro que, después de todo, no lo tenía todo tan controlado. La misma parada se usa para al menos diez autobuses, de los cuales solo soy capaz de conocer el número, porque el origen y el destino están escritos en japonés. No es ningún problema importante porque tengo la intención de parar a todos los autobuses que pasen y preguntar al conductor si es la línea que lleva al puerto.

Mientras espero y pregunto me fijo en una pareja de japoneses que esta sentada en la parada. Él lleva un gorro para la nieve (yo estoy sudando como un jugador de *squash*) y una ropa de colores estridentes combinados de forma imposible. Ella tiene una larga cabellera negra debajo de una gorra amarilla. Llevan unas mochilas que parecen muy pesadas. Son Mako y Takeo.

—*Speak English?* —les pregunto.

—A *little* —responden al unísono.

—¿Estáis esperando el autobús del puerto?

—Sí, pero el primero no pasa hasta las siete, aún faltan unos minutos.

—Yo también voy para allá, tengo que tomar un *ferry* a Busán, Corea.

—Nosotros también vamos a tomarlo.

—¿Os importa si vamos juntos? No quiero perderme.

—Claro, no hay problema.

A las siete y un minuto aparece el autobús de la línea ochenta y ocho y subimos. Yo me quedo el último para imitarles en todo lo que hagan. Desconozco si el billete se paga al entrar, como en España, o si hay que comprarlo en algún sitio, como en Italia; o sabe Dios qué han podido idear estos japoneses. Según parece, lo único que hay que hacer es recoger un *ticket* de una máquina, sin soltar un solo céntimo de yen.

—Hola, tienes que coger un billete de esta máquina —me dice la chica que estaba detrás de mí en la cola.

—Sí, gracias, ya lo tengo —le respondo con agradecimiento—. Gracias por la ayuda.

—¡Ah! Lo siento.

Mientras el autobús va dejando atrás paradas, me fijo en un panel luminoso que tengo justo enfrente. Es una matriz con treinta y dos casillas numeradas. En cada casilla se muestra una cifra. Pregunto a Mako por el panel y me explica que la cifra es el precio del billete. Dependiendo de la parada donde te subas y la parada donde te bajes, pagas más o menos. Se paga al bajar. En definitiva, se trata de una especie de taxímetro múltiple, que va aumentando el precio a medida que van pasando las paradas. Nosotros nos subimos en la parada doce, así que cuando llegamos al puerto debemos pagar doscientos veinte yenes, como marca la casilla doce.

La terminal está atestada, así que tenemos tiempo de improvisar un pequeño *picnic* entre los tres. Es agradable desayunar con gente, aunque sea sentado en el suelo de una ter-

minal de barco. Se dirigen a Corea a pasar unos días de vacaciones. Han quedado en la estación de tren con unos amigos así que, además de tomar el autobús y el *ferry*, podremos hacer juntos el camino entre el puerto de destino y la estación de tren, donde yo encaminaré mis pasos hacia Seúl. Mako lo tiene todo previsto, incluyendo un mapa de Busán. Tres horas de navegación por el mar del Japón son suficientes para cruzar el estrecho de Corea. Esta vez no he corrido riesgos y me he tomado cuatro pastillas contra el mareo y un café para contrarrestar los efectos somníferos, aunque ha servido de bien poco. Lo único que he conseguido ha sido un estado de somnolencia que no me ha permitido ni escribir ni dormir. Gajes del oficio. Durante el trayecto han puesto una película de samuráis; imagino que es el equivalente a poner películas de Manolo Escobar en el *ferry* a Ceuta.



Busán

Una vez en Busán empezamos a tratar de interpretar el mapa. Ir con ellos me da mucha seguridad porque sé que cuento con alguien que conoce el idioma. Sin embargo, esa sensación de seguridad es ficticia en este caso porque, a pesar de tener los ojos rasgados, ni Mako ni Takeo tienen ni puta idea de coreano. Para ellos también es la primera vez en el *ferry*, así que en realidad estamos los tres igual. Cuando salimos de la terminal de llegada se unen a la curiosa expedición Henrick y Amy, una pareja de suecos altos, rubios y guapos. Ya somos cinco perdidos a la búsqueda de la estación de tren de Busán.

Supuestamente, la estación está a diez minutos de la terminal del puerto, pero después de media hora aún no hemos

avanzado nada. Nos da igual porque lo estamos pasando bien. Yo me desentiendo totalmente de la responsabilidad de llevar el grupo y me pongo a charlar con mis paisanos europeos. Mako y Takeo discuten con discreción, pero al final consiguen llevarnos a la tierra prometida, donde nos despedimos.

Durante el camino me he dado cuenta de que Busán es una ciudad grande (más tarde descubriría que es de las más importantes del país), así que la comunicación con Seúl es muy fluida. Salen trenes cada pocos minutos, con lo que puedo permitirme elegir el horario que mejor me viene. Subiré al KTX, el tren de alta velocidad coreano. En menos de tres horas estoy en Seúl. El plan es exactamente el mismo que el día anterior: tratar de tomar un *ferry* lo antes posible, esta vez a China. En la oficina de información al viajero me topo con una mujer extraordinariamente amable que resuelve todas mis dudas. Desde Seúl salen *ferries* a diferentes ciudades de China. El que mejor me viene sale mañana sábado a las ocho de la tarde y me dejará en Weihai, una ciudad cercana a Pequín —o al menos eso parecía en el mapa, aunque más tarde descubriré que está a más de mil kilómetros—. Además de informarme, Igeko, que así se llama la chica, se encarga de llamar a la empresa del *ferry* para obtener todos los detalles. Al final, el plan que me elabora es el siguiente:

Tomar el *ferry* desde Incheon (puerto de Seúl) a Weihai (en China) a las ocho de la tarde de mañana. Debo estar allí tres horas antes. Para llegar, debo tomar la línea uno del metro y bajarme en la última parada, lo que supone una hora de viaje. Una vez en la última parada, debo tomar un taxi que me lleve a la terminal internacional, la número dos. Remarca varias veces que ha de ser la número dos. El *ferry* tarda quince horas en llegar a China, así que estaré allí por la mañana. Va a costarme once mil won, más impuestos y tasas portuarias. No necesito reservar *ticket*, hay plazas de sobra. En definitiva, tengo todo lo que resta de tarde y la mañana siguiente para visitar Seúl, pero antes debo terminar de hacer los deberes y

buscar sitio donde dormir. La estación cuenta con *wifi* gratis, así que reservo y listo. El lugar está cerca de un parada de metro, con lo que no tendré problemas en llegar. Todo va como la seda, mal asunto.



Corea es gentil después de todo

Cuando salgo de la boca de metro, me encuentro con el diluvio universal. Debe de haber empezado de pronto, porque la gente corre como loca por la calle tratando de buscar refugio. Yo me armo con mi chubasquero y me encamino a la dirección del *hostel*. En teoría no puedo equivocarme porque está a solo dos minutos de la parada. Aun así, ha pasado una hora y no he dado con el sitio. En todo ese tiempo no ha dejado de llover, así que ya estoy empapado de rodillas para abajo, incluyendo mis desnudos pies. El chubasquero se ha rajado al tratar de ponérmelo por encima de la mochila y el agua entra por el cuello y resbala por mi espalda. No puedo entenderlo, miro y remiro el mapa y no logro entenderlo. Estoy en la calle, en el número, pero allí no hay más que un portal de un edificio de apartamentos. Tengo un humor de perros y empiezo a desesperarme. ¿Dónde coño está el puto *hostel* de los cojones? Mientras escupo sapos y culebras se ha acercado un chico coreano.

—¿Puedo ayudarte? —me pregunta en inglés—. Te he visto pasar varias veces calle arriba y calle abajo y he deducido que te has perdido.

—Estoy muy perdido —le respondo en un suspiro—. El problema es que la dirección que tengo es exactamente esta.

—Déjame ver.

Coincidimos en que el lugar se corresponde con el mapa.

—¿Tienes algún número de teléfono?

—Sí, tengo estos dos.

—Llamemos.

No hay suerte, ninguno de los dos responde. Empiezo a pensar que me han engañado, pero no tiene ningún sentido. Solo he tenido que pagar un adelanto del diez por ciento del precio de la noche. Menos de un euro. Seguimos dando vueltas a la manzana en busca de una pista.

—Eres muy amable, pero no te preocupes. Seguro que tienes cosas que hacer —le digo tratando de liberarle.

—No te preocupes, he quedado aquí cerca con mi mujer. La llamo y le digo que venga aquí.

En la dirección hay algo que no cuadra, el número. El 1301 es demasiado grande para una calle que apenas tiene cincuenta metros. A Yong se le ocurre la idea de entrar en el portal y echar un vistazo a los buzones. Ahí lo tenemos. El 1301 es el número de un apartamento. Planta 13, puerta 1. Subimos y, al final de un largo pasillo, nos encontramos con una puerta blindada de la que cuelga un póster que promociona el turismo en Corea. Debe de ser aquí. Llamamos pero nadie responde. ¿Qué clase de *hostel* he reservado? Yong sigue insistiendo en llamar por teléfono a pesar de que le digo que no se preocupe y que se largue con su mujer, que lo mejor que hago es reservar otro *hostel*, y que bastante me ha ayudado ya, que me basta con encontrar un sitio donde conectarme a Internet y en media hora tengo *hostel* nuevo, que gracias. No me hace caso y sigue llamando. Al final su cabezonería da frutos; responden al teléfono y me lo pasa.

—Hola, ¿es el *hostel* Sky dorm backpackers? —pregunto temiendo que me respondan que me he equivocado.

—Sí.

—Verás, es que estoy en la puerta, y no sé si me he equivocado o qué, pero aquí no hay nadie.

—Es que estoy fuera en este momento. ¿Eres Pedro?

—Sí, acabo de hacer la reserva hace una hora.

—Pero no te esperaba hasta el martes que viene. La reserva es para el día veintiuno de julio.

—No me digas. Es un error, debo de haberme equivocado al ponerla. Solo voy a estar esta noche.

—No te preocupes. Me has pillado cenando, pero estoy allí en media hora.

—Gracias.

Le explico la confusión a Yong y le digo que ya está todo solucionado. Aun así, se niega a irse antes de que llegue el tipo del *hostel*. Entretanto, ha llegado su mujer, que también espera. Esperamos los tres mientras charlamos de España, toros, flamenco y olé. El tipo aparece, así que Yong ya se queda más tranquilo y se va. Antes, me da su tarjeta y unas monedas por si las necesito para llamarle por teléfono si me hiciera falta. De nada me sirve tratar de no aceptarlas, porque Yong es cabezón de cojones.

—No sé cómo agradeceréte. No esperaba que nadie pudiera hacer esto por mí.

—Te he visto un poco perdido, empapado y he pensado que podía echarte una mano, solo es eso.

—Muchas gracias. Desde este momento estáis invitados a venir a España cuando queráis. Contad con un sitio donde quedaros.

La suerte me vuelve a sonreír.

El tipo del *hostel* me pide perdón por el retraso y entramos. Estamos en un apartamento pequeño pero muy bien decorado. En vez de paredes tiene cristaleras que proporcionan una vistas espectaculares de la ciudad; no en vano estamos en el piso trece. Es un sitio realmente encantador. El suelo es de madera y solo lo pisamos cuando nos hemos quitado los zapatos. Tiene una pequeña cocina, tres literas de colores, unas cuantas sillas y una mesa. Un baño con ducha y encima de este una especie de desván, que no tendrá de alto más de un metro, y al que se accede por una escalera enmoquetada. No es un *hostel*, es un apartamento compartido. Me gusta la idea,

es un cambio. Nada más entrar me he enamorado de las vistas. Seúl por la noche tiene un colorido digno de verse y desde esa altura se ve mucho. El tipo me explica que él vive ahí y que ahora mismo se alojan dos personas más. En total somos cuatro. Me pide que me acomode, me da la clave para abrir la puerta blindada y me ruega que le disculpe, pues se marcha a terminar de cenar.

Una vez instalado y seco, aprovecho para bajar a buscar algo de comer. Ha dejado de llover y pasear es agradable. Tengo intención de ir a un supermercado, pero no puedo resistir la tentación de meterme por una oscura calle al final de la cual de vislumbra un poco de luz roja. Callejeo un poco y doy a parar a un mercado callejero. A pesar de la hora, aún hay muchos puestos funcionando (más tarde descubriría que en Corea se sigue un horario más parecido al español que al resto de países asiáticos), sobre todo de fruta, verduras y pescado. El suelo está sembrado de charcos de agua sucia y huele a tierra mojada y a pescado. Recorro de arriba a abajo los puestos y compro unas manzanas y unos melocotones. Cada vez es más complicado comunicarse ya que cada vez encuentro a menos gente que hable inglés. Para saber lo que tengo que pagar tengo que pedir que escriban la cifra en un papel.

Cuando me vuelvo al apartamento, me fijo en una señora que está cocinando pescado a la plancha en una especie de merendero de callejón. Junto a ella, varias personas sentadas alrededor de unas pequeñas mesas comen platos que parecen exquisitos. La mujer se afana en cocinar pescado, carne y verduras a las que añade todo tipo de salsas. Me acerco y le digo con un gesto que tengo hambre y que me gustaría comer. La mujer ríe y me invita a que me siente entre los hombres que tiene frente a ella. Ellos me dejan un hueco entre risas. En un instante ya tengo delante un plato con pescado y un vaso con una bebida que tiene aspecto de leche. Todos ríen y me invitan a que coma.

—Nunca me he comido una sardina con palillos —me

quejo entre risas.

De entre todos ellos, solo uno sabe algo de inglés, aunque demasiado poco como para mantener una conversación. A lo más que llegamos es a intercambiar algunas palabras sueltas, celebrando con risas cuando uno ha logrado entender al otro. Aun así, seguimos hablando, yo a ellos en español y ellos a mí en coreano, y tan felices.

Después de un buen rato, unas botellas de la bebida lechosa y varios intentos de despedida, les anuncio que debo irme. Intento pagar, pero no consienten ni que me meta las manos en los bolsillos. Estoy invitado a todo. Me despido con todo tipo de reverencias y con la satisfacción de haber cenado (no sé bien qué) con buena gente.

Cuando vuelvo al apartamento ya están allí mis dos compañeros. Ella se llama Johana y es holandesa. Debe de medir dos metros, es joven y está cuajada. Él se llama David, tiene los rizos de Bisbal, la cara llena de granos y maneras afrancesadas. Habla cuatro idiomas, aunque lo hace silbando como una serpiente. David está a punto de arreglarse para salir de marcha. Ha quedado con unos amigos y me invita a que vaya con ellos. En principio le digo que no porque ya tenía planeado escribir un rato e irme a la cama temprano, pero luego cambio de idea. Al viajar solo, vivir la noche de las ciudades es una de las cosas que menos hago. No puedo desaprovechar la oportunidad de ver el Seúl golfo. Me doy una ducha y me voy con él.

Ha sido un día largo y será una larga noche.

Sábado, 18 de julio de 2009

El metro de Seúl es radicalmente opuesto al de Tokio. A un occidental como yo le resulta complicado distinguir entre la cultura de Corea y la de Japón porque tiende uno a pensar en la cultura oriental como en un todo. Sin embargo, resulta evidente que no es así. El comportamiento en el metro es solo un ejemplo que ilustra las enormes diferencias entre Tokio y Seúl. Todo lo que en la capital japonesa era orden y concierto se convierte aquí en puro caos. La impresión que me llevé cuando entré en la primera estación de metro de Seúl es que era un estorbo en aquella colmena, que mi presencia alteraba una especie de equilibrio caótico que hacía que todo funcionara bien. En solo unos minutos sufrí, literalmente, tres atropellos por ninguno de los cuales recibí el más mínimo gesto de disculpa. A lo largo del día acabaría acostumbrándome a eso y a que la gente en Seúl no pide paso, sencillamente lo toma. Si para ello tiene que apartarte con el brazo, lo hará. Al principio pensé que no decían nada por culpa de la barrera del idioma, pero el tiempo me demostró que es pura cultura, que entre ellos tampoco se piden permiso. Creo que en su vocabulario no existen expresiones como «¿me permite un momento?» o «disculpe». He estado en muchos metros diferentes de muchos países y culturas diferentes, pero en ninguno me he sentido tan ignorado como en el de Seúl.

El refinado mecanismo japonés para optimizar las subidas y bajadas de los vagones se torna aquí alegre anarquía. Si estás dentro, tendrás que ganarte a codazos el derecho a salir. Si no andas despierto, la masa que demanda entrar no te permitirá poner un pie en el andén. El problema se multiplica si llevas una enorme mochila colgada de la espalda. (Creo que no hay ni un solo coreano del sur que no se haya tropezado con ella.) Con todo, en tan solo un día y medio me integré de

tal forma que dejé de pedir permiso, perdón y de dar las gracias.

El sábado por la mañana, a las seis en punto, estoy duchado, vestido, conectado al ordenador del apartamento preparando los detalles de China y el transiberiano y admirando las vistas de un Seúl que se empieza a despertar. Los siguientes días van a ser claves para comprobar si me dará tiempo a terminar mi recorrido antes del diecisiete de agosto, fecha en la que volveré a incorporarme a la fila. Por el momento, tengo todo atado para llegar a China, a Weihai, aunque temo que puedan ponerme pegase en la entrada del país por el hecho de no tener ningún billete de vuelta. Después de China, mi próximo destino es Moscú, ciudad que espero alcanzar tras cruzar Asia en tren, en el transiberiano.

La información que he encontrado acerca del billete del legendario tren es bastante confusa, así que me resigno a la idea que tenía desde el principio: comprar el billete en la propia estación. Lo cierto es que el hecho de no tener el visado para cruzar Mongolia hace que comprar el billete con una fecha de salida sea muy arriesgado. Cualquier retraso en la concesión del permiso mongol puede hacerme perder el tren. Además del billete del transiberiano y el visado mongol, necesito reservar un *hostel* para pasar al menos una noche, saber la forma de llegar a la Gran Muralla (visita obligada) y, antes de todo, conocer los detalles del trayecto entre Weihai (la ciudad donde atraca el *ferry*) y Pequín. Esos son los obstáculos a los que me tendré que enfrentar en los próximos días. En el momento en que me suba al tren tendré por delante seis días de viaje, sin posibilidad de conectarme a Internet y sin otra cosa que hacer que relajarme y disfrutar.

Todo el mundo duerme mientras desayuno al tiempo que voy buscando información hasta aburrirme. No tengo nada claro y, como siempre, prefiero dejarlo para más tarde. Cuando llegue a Weihai, Dios proveerá. El único plan que tengo es para esa misma mañana. He estado revisando unos folletos y

me he decidido por el distrito Euljiro, una zona de un radio de tres paradas de metro que incluye el Namsangol Hanok, un pueblo tradicional coreano, la catedral católica de Myeongdong y el mercado de Namdaemun. Tengo especial interés en este último. Con un poco de suerte, quizás tenga tiempo de poder acercarme al estadio olímpico. No tengo ganas de ver templos, ya tuve bastantes en Kioto.

El Namsangol Hanok resulta bastante decepcionante; es sábado por la mañana y hay más turistas de los que me hubiera gustado, la mayoría coreanos o al menos orientales. Solo me he cruzado con una pareja de occidentales a los que he saludado con una sonrisa. A pesar de todo, ya que estoy allí aprovecho para sentarme un rato en un banco a mirar y dejar pasar el tiempo. Creo que no hacía algo así desde Perú, y resulta relajante la sensación de no tener nada que hacer. Es sábado por la mañana y por tanto suena Molotov en mi *mp3*. Mi momento de relax dura lo que duran un par de canciones. El cielo ha pasado de blanco a gris y se sigue oscureciendo por momentos. Tengo que ponerme en marcha antes de que rompa a llover.

El mercado está a unos veinte minutos andando, parte de los cuales los hago por debajo de la superficie, cruzando el centro comercial subterráneo de Hoehyeon, un lugar lleno de tiendas de música de segunda mano, vinilos, sellos de coleccionista y rarezas. Curioseo un poco y aprovecho para comprar algunas postales. Cuando salgo a la superficie llueve a mares, aunque por suerte estoy justo al comienzo del mercado de Namdaemun. La lluvia no parece importarle a nadie porque el lugar está lleno de gente que se mueve arriba y abajo, con paraguas, impermeables o bolsas de plástico en la cabeza. Una vez más, me resulta impactante el ruido. Desde que llegué a Seúl tengo la sensación de que alguien debería bajar el volumen de esta ciudad.

Me coloco mi impermeable de la mejor manera que puedo y me zambullo en la corriente de gente haciendo uso de los

codos. Ya conozco las reglas del juego y estoy preparado para enfrentarme a la turba.

El día gris y oscuro hace que destaquen los neones y carteles luminosos de las calles. La penumbra le da un encanto especial al lugar, que recuerda a películas y a persecuciones que acaban con carros de fruta por lo suelos. Me muevo entre puestos ambulantes de ropa, de bisutería, verduras, carne, dulces y humeantes *chambaos* donde la gente hace cola para obtener un plato de Dios sabe qué. Eso me recuerda la hora y me pone alerta. No me queda mucho tiempo antes de tener que ponerme en marcha. Aún tengo que volver al apartamento a por la mochila y llegar al puerto a tiempo de tomar el *fer-ry*. Pero todavía puedo seguir paseando por el mercado y empaparme de sus colores, olores y sabores. La lluvia ha aflojado y eso me permite librarme del incómodo impermeable, aun a costa de mojarme con la fina ducha que continuará durante todo el día. Quitarme el chubasquero también me proporciona un poco de discreción que no tenía con la enorme capa de color rojo.

El paseo me ha llevado a una calle formada por puestos de comida. El olor es agradable, aunque no soy capaz de distinguir nada conocido. Ni mirando soy capaz de saber lo que ofrecen. La mayoría de la gente se muestra molesta cuando trato de grabar con la cámara o hacerles una foto. Son poco sociables estos coreanos.

Decido comer en uno de los puestos que dispone de un comedor donde poder sentarse. La muchacha es simpática y trata de hacerle entender con gestos que quiero comer, pero que no tengo ni idea de qué. Creo que me ha entendido, porque me está señalando un plato a modo de recomendación. Me siento y me pongo en sus manos. En unos minutos tengo delante media docena de platos, una botella de agua y unos palillos metálicos. A excepción de un huevo, no soy capaz de distinguir nada de lo que veo y se supone que voy a comerme. Me pregunto si estaré comiendo perro mientras echo de me-

nos una barra de pan para mojar y un cortado con leche fría y sacarina para cerrar mi última comida en el país.

Termino de comer y tengo la lengua dormida de tantas especias. Creo que mi estómago se está acostumbrando a la comida oriental, pero mi lengua se resiste. Desde que llegué a Japón, la base de mi comida la forman los *noodles*, unos vasos que contienen pasta seca y unos sobres de especias. Basta añadir agua caliente y esperar unos minutos para tener listo el plato. Todo el mundo come *noodles* aquí. Tomarme un par de platos cada día ha conseguido que adquiriera una hasta entonces desconocida habilidad para manejar los palillos. Creo que sería capaz de cazar una mosca al vuelo si me lo propusiera.

Son las tres de la tarde, por lo que ya es hora de volver al apartamento. Allí me despido de David, que acaba de despertarse y está pagando los excesos de anoche.

—Suerte en tu viaje —me dice con voz bífida.

Para llegar a la línea uno necesito hacer dos trasbordos, lo que me retrasa un poco. Cuando al fin me subo al tren compruebo que faltan veintinueve paradas hasta llegar a la última, que es donde debo bajarme. Empiezo a ponerme nervioso, pero trato de no pensar en ello. Busco un sitio para sentarme y me pongo a observar a la gente. Frente a mí, una chica permanece de pie junto a una enorme maleta y me pregunto si ella también irá al puerto. Pienso en preguntarle, pero no lo hago. He recibido ya demasiados gestos de desaire cuando he tratado de hablar con la gente de esta ciudad. La mayoría ni siquiera permiten que me acerque y mucho menos que les haga una pregunta. Ni se te ocurra intentar pedirles que te hagan una foto porque podrían partirte la cara. Las paradas se suceden y voy con un poco de retraso, pero no me preocupa. Estoy seguro de que no pasará nada si llego con dos horas de antelación en vez de con tres.

Tan solo nos quedan cuatro paradas para llegar y el vagón se ha quedado casi desierto. Es curiosa la forma en que la gen-

te se va recolocando a medida que se van quedando asientos libres. Es como si nadie quisiera estar sentado junto a nadie, de forma que, en cuanto tienen una oportunidad, se cambian de sitio para dejar un espacio por medio. La chica de la maleta lleva un rato sentada a mi lado (solo un asiento nos separa), así que al final decido preguntarle. Apenas habla inglés, aunque es suficiente para decirme que sí, que ella también va al puerto a tomar un *ferry* para China. Trato de hacerle entender que me gustaría que fuésemos juntos, que me serviría de mucha ayuda. Tengo que recurrir a hacer dibujos en mi libreta, pero me entiende y está de acuerdo. Compartiremos el taxi cuando lleguemos a la estación. Se llama Ennmee, es coreana y me alegro mucho de haberme decidido a preguntarle, porque cuando llegamos a la penúltima parada, me dice que debemos bajarnos. Por algún motivo que no recuerdo —probablemente porque así me lo dijera la chica de información al viajero— yo tenía la intención de bajarme en la última. Por los pelos.

Subimos al taxi y Ennmee se encarga de todo. Habla con el taxista en un tono que podría confundirse con una discusión. Estoy acostumbrado a ver cine coreano y sé que el tono suele ser un poco agresivo a oídos de un europeo, pero juraría que están discutiendo. Me preocupo y le pregunto si todo va bien. Todo va bien. En solo unos minutos estamos en la terminal de puerto, donde saco mi billete. El barco se ha retrasado y saldrá finalmente a las diez de la noche y no son ni las cinco. Para variar, tengo tiempo de sobra.



I am sad but I am laughing

La terminal está llena de gente, de maletas, de cajas y de

aburrimiento. Hay gente tirada por el suelo, durmiendo sobre su equipaje, hay gente jugando a las cartas, niños corriendo, mujeres charlando a gritos y esa sensación de caos que me acompaña desde que pisé suelo coreano. La enorme sala es un gallinero, lleno de gente sencilla, comerciantes y familias enteras. Nunca he estado en Algeciras a principios del verano, pero imagino que debe de ser algo muy parecido a esto. Me encargo de buscar unos asientos y nos acomodamos a esperar. Ennmee no toma el mismo *ferry* que yo porque ella va a otra ciudad, pero también tiene que esperar un rato. A falta de poder comunicarnos hablando (ella conoce tres palabras en inglés y yo otras tres y ni siquiera son las mismas), lo hacemos a base de gestos amables. Ella me trae un café, yo le invito a unas chokolatinas. Yo le enseño algunos vídeos que he tomado y ella hace lo propio con su cámara de fotos.

Tengo suerte y encuentro una *wifi* abierta en la sala de espera. Por algún motivo siento la necesidad de llamar a casa. Es la primera vez que me pasa desde que empecé el viaje; hace semanas que no hablo con nadie. Uso Skype para llamar a Málaga y me alegro cuando en mis auriculares suena la voz tomada de Tania, mi cuñada *superfashion*. En unos minutos mi hermano enciende su ordenador y montamos una videoconferencia que me proporciona un chute de optimismo. Cuando terminamos, Ennmee me dice que tiene que irse, así que nos despedimos hasta la próxima. Le muestro todo mi agradecimiento en todos los idiomas que conozco.

En cuanto la pierdo de vista me inunda una increíble sensación de soledad y desamparo. Es muy curioso, pero cada vez que me despido de alguien con quien he compartido un buen rato, me invade esa sensación. Me pasó con Valérie, con Javier y ahora con Ennmee. Hace una hora ni la conocía y ahora creo que si no es por ella, no estaría aquí ahora mismo. Es una sensación curiosa que me lleva a una serie de reflexiones de garrafón acerca de las casualidades que van marcando el destino de un hombre. ¿Dónde estaría ahora si llego a perder el

vuelo de Buenos Aires? ¿Y si llego a tomar el de Cairns a la primera? ¿Dónde estaría si no hubiese hablado con Ennmee y me hubiese bajado en la parada equivocada? La mayor parte del viaje lo he hecho solo, buscándome la vida por mi cuenta, pero solo pienso en las personas que me han ayudado y tengo dudas que pueda lograr llegar a Málaga el día diecisiete. Me doy cuenta de que estoy expuesto a un millón de circunstancias que pueden hacer que fracase en mi intento. El chute de moral de la videoconferencia se convierte en bajón.

Por megafonía empiezan a anunciar algo que debe de ser importante, porque la gente ha comenzado a levantarse y a recoger sus maletas. Lo que hasta ahora era un sitio ruidoso, un gallinero, se convierte en un auténtico infierno de gente que grita y se empuja, que pierde los papeles por obtener un mejor sitio en una cola que comienza a formarse de manera desordenada. Me pone muy nervioso toda la situación porque soy consciente de que la barrera del idioma va a ser un duro obstáculo en las próximas semanas: China, Mongolia, Rusia y Ucrania son zona roja.

Me pregunto que estará diciendo el tipo de la megafonía.

Trato de apartarme, porque estoy hasta los cojones de que me empujen sin pudor. Me sitúo en una esquina, junto a una chica a quien pregunto si esa cola se corresponde con el *ferry* a Weihai de las diez (la pregunta consiste en mostrarle mi *ticket*). Me confirma que sí y añade que ella también va a tomarlo, así que decido quedarme a su lado discretamente a comprobar cómo la gente se amontona alrededor del mostrador de facturación. Me preocupa que crezca esta semilla de necesidad de ayuda que acabo de descubrir, esta inapropiada sensación de inseguridad, así que decido no establecer ningún vínculo con la chica (he estado tentado de preguntarle por la forma de llegar desde el puerto de Weihai a la estación de tren).

En un intento algo desesperado, me pongo los auriculares y de pronto toda la situación caótica se torna en casi cómica.

Alanis Morissette me dice que todo irá bien.

*I'm broke but I'm happy.
I'm poor but I'm kind.
I'm sane but I'm overwhelmed.
I'm lost but I'm hopeful.
I feel drunk but I'm sober.
I'm tired but I'm working.
I'm here but I'm really gone.
I'm wrong and I'm sorry.
I'm green but I'm wise.
I'm shy but I'm friendly.
I'm sad but I'm laughing.
I'm brave but I'm chicken shit.
What it all comes down to?
Is that everything is gonna be fine, fine, fine.⁴⁵*

Creo que he superado mi primera crisis importante.

El ferry al que estoy a punto de subir es un enorme barco bautizado como Golden Bridge II. Nunca me he subido a un barco como este, así que todo me parece nuevo. Tiene una recepción como la de un hotel donde desembocan cuatro pasillos que dan acceso a los camarotes y zonas comunes. Yo voy en el camarote trescientos uno, junto con otras cincuenta personas que han decidido comprar el billete más barato. Mi cama consiste en una pequeña litera con forma de nicho y protegida con una cortinilla azul. Me tumbo a probarla y pienso en Edgar Allan Poe y en su miedo obsesivo a ser enterrado vivo. En otras circunstancias no creo que hubiera logrado dormir, pero el cansancio acumulado ya me ha demostra-

⁴⁵ Estoy arruinada pero soy feliz. Soy pobre pero amable. No estoy loca pero ando agobiada. Estoy perdida pero tengo esperanza. Me siento borracha pero estoy sobria. Estoy cansada pero sigo trabajando. Estoy aquí pero estoy muy lejos. Estoy equivocada y lo siento. Soy ingenua pero sabia. Soy tímida pero simpática. Estoy triste pero me río. Soy valiente pero estoy cargada de miedo. ¿A qué se reduce todo? A que todo va a salir bien, bien, bien.

do en muchas ocasiones que puede con cualquier remilgo que pueda tener. Además, en la recepción tenían una cesta llena de pastillas para el mareo y me he tomado un puñado de ellas. En unas horas estaré *knock-out*.

Mientras sigue entrando gente, me doy una vuelta por la cubierta y las zonas comunes. Tienen sala de karaoke, sala de ordenadores, sala de televisión, un comedor, un par de tiendas.

—Si el barco fuese español tendría al menos un bar —pienso.

Todo está vacío, porque todo el mundo está tratando de acomodarse en sus nichos. Me siento a escribir en la esquina del comedor, junto al único enchufe que he sido capaz de encontrar. Cenaré un *noodle* en compañía de un montón de chinos desconocidos que me miran a mí y a mi ordenador con cara de curiosidad y sin ningún pudor. Dentro de quince horas arribaremos a Weihai, República Popular China.

Domingo, 19 de julio de 2009

En el nicho se duerme francamente bien. Bajo la apariencia de un blando colchón se escondía una tabla de madera levemente acolchada, pero se duerme bien. El atracón de pastillas hizo efecto y caí redondo. Me he despertado a las cuatro y he estado una hora más durmiendo. A las cinco me he levantado y me he llevado la sorpresa de no ser el único que andaba despierto a esas horas. Doy un paseo por la cubierta para que el fresco aire del mar Amarillo me termine de despertar. Hace viento y cuesta mantenerse en pie sin agarrarse a la baranda del barco. Un par de chinos hacen ejercicios de estiramiento en una especie de improvisado *tai chi*. El cielo está nublado pero no parece que vaya a llover y me alegro. La lluvia lo complica todo y para los próximos dos días lo último que necesito son complicaciones.

Mientras busco un sitio donde poder asearme descubro que el barco está provisto de una sauna al estilo oriental. Consiste en una gran bañera alicatada, rodeada de varios grifos y duchas. Dentro del agua y en los bordes de la bañera hay repartidos pequeños taburetes. Un par de chinos están sentados, frotándose la espalda mutuamente por turnos. La atmósfera está empapada en vapor y huele bien, huele a jabón. Me desnudo, agarro un taburete y me meto en la bañera. El agua está realmente caliente, pero puedo resistirlo. Se está bien aquí, metido en agua caliente, oliendo a jabón y admirando el mar a través de un gran ventanal. El *ferry* no es precisamente un crucero de luna de miel, pero no está mal. Desde luego, está mucho mejor equipado de lo que pensaba. Me quedo en el agua por lo menos media hora antes de decidir salir y darme una ducha. En ese tiempo han llegado un par de chinos más.

—*Big!*⁴⁶ —me dice un viejo chino señalándome la polla.

No puedo evitar una carcajada, a la que el chino responde con otra.

—*No big. Standard!*⁴⁷ —respondo sin poder dejar de reír.

—*Big!* —insiste.

El resto de viejos chinos se interesan por nuestro particular debate y se unen a mirarme la polla con interés. Esto empieza a resultar un tanto surrealista.

—*No big! European standard! You small!*⁴⁸ —contraataco señalando su pequeña y arrugada polla.

—*Small!* —grita dándome la razón—. *Big!* —insiste señalando la mía.

Todos reímos. Es divertido, pero ya paso. Quiero largarme a tomar mi ducha.

—*Nacho Vidal big! Me standard! You small!*⁴⁹ —concluyo.

Son las siete y pico de la mañana y el barco ya se encuentra bastante ambientado, lo suficiente para volver a ser un gallinero. Regreso a mi sitio en el comedor, junto al enchufe, y desayuno un café y unas galletas. Definitivamente me he aficionado al café por las mañanas. Nos quedan unas tres horas para llegar a puerto, tiempo que dedico a escribir y hacer algunas fotos en cubierta. Allí conozco a Douglas y Milla. Él es de Nueva Zelanda, un tipo alto con el pelo largo y ciertos rasgos orientales. Lleva una camiseta raída y unos pantalones cortos. Ella es inglesa, de Londres, rubia, delgada, atractiva. Viste vaqueros y camiseta. Lleva el pelo recogido con una cinta.

—¿A qué parte de China vais? —les pregunto, dando por hecho que no se quedarán en Weihai.

—A Shangai. ¿Y tú?

—Yo tenía Shangai en mi agenda, pero no me va a dar

46 ¡Grande!

47 Grande no. Normal.

48 ¡Grande no! ¡Tamaño normal en Europa! ¡La tuya pequeña!

49 ¡Grande la de Nacho Vidal! ¡La mía normal! ¡La tuya pequeña!

tiempo a ir. Me voy directo a Pequín.

—¿También ibas a ver el eclipse?

—¿Eclipse?

—Sí, nosotros vamos a Shangai a ver el eclipse total que habrá el martes que viene. Teníamos pensado quedarnos en Japón, en las islas del sur, pero está todo completo, no hay ni una cama libre.

—¿Vais a Shangai exclusivamente a ver el eclipse? ¡Que guay!

—Bueno, no tendremos muchas más oportunidades de presenciar un eclipse total de Sol.

—Genial. ¿Cómo tenéis previsto llegar hasta allí?

—En tren.

—Yo voy a Pequín en tren. Si os parece podemos ir juntos hasta la estación.

—Claro.

El barco atraca al fin y salimos. El temido mostrador de inmigración nos espera. Temido porque no tengo billete de salida de China y presiento que va a pasarme lo mismo que con Japón. Camilla trata de tranquilizarme.

—Tú tienes un visado ¿no?

—Sí. Lo saqué hace meses, antes de empezar el viaje.

—Pues entonces no tienes de qué preocuparte. Si tienes un visado es que tienes permiso para entrar el país, no te lo pueden impedir.

Entramos. Pasamos el control sanitario. Ya estamos en China.

Nos aguarda una sala atestada de gente esperando la llegada de sus familiares. Apenas podemos pasar. Me siento como un futbolista cuando vuelve a su ciudad después de haber ganado la copa de Europa. La gente nos mira con descaro, nos escruta sin pestañear y apenas se mueve para dejar pasar. Tengo que ayudarme con las manos para ir apartando a la muchedumbre. Es demencial, parecen zombis esperando carne fresca. Salimos a la calle y la cosa sigue igual. Hay tanta

gente esperando que no caben en la sala, así que están fuera, mirándonos igualmente. (La sensación de ser observado seguirá conmigo muchos más días.) Cuando logramos desembarazarnos de tanta gente y encontramos un hueco, nos paramos a pensar un plan de acción. Ninguno de nosotros tiene nada; ni un mapa ni una ligera idea de dónde está la estación de tren. En Weihai el inglés ha desaparecido por completo. Solo hay que fijarse en los letreros de los negocios para darse cuenta de que aquí solo se habla chino. No hay rastro de ninguna oficina de información turística, ni nada que pudiera sernos de ayuda.

Al final entramos en un local que parece una agencia de viajes o algo así. Es difícil de saber porque el cartel está en chino, pero hay pósters que parecen promocionar lugares exóticos. En la oficina solo hay dos chicas y ninguna de las dos habla inglés. Douglas tiene alguna idea de chino, o al menos es capaz de leer y escribir algunos símbolos, así que consigue hacer saber a una de las chicas que buscamos la estación de tren. Mientras tanto, mediante gestos, he pedido permiso para usar el ordenador y me he conectado a Internet. Poco puedo hacer puesto que el teclado está configurado en chino y cada vez que pulso cualquier tecla me aparece un símbolo extraño.

La chica nos dice que la mejor manera de ir es mediante taxi, pero ahora tenemos otro problema: ninguno de los tres lleva encima ni un yuan. Necesitamos cambiar o sacar dinero de un cajero. Nos cuesta otro rato, pero Douglas logra acordarse del símbolo que representa a un banco. La chica lo entiende, pero no es capaz de explicarnos cómo llegar a uno. Habla un momento con la otra chica, que parece ser su jefa, y nos dice que la sigamos, que nos lleva a un banco que hay cercano.

En el banco conseguimos pasta (después de que la muchacha que me tocó tardara una hora en cambiarme cuatro peerras coreanas que llevaba) y un taxi. La chica se encarga de

hablar con el taxista para explicarle que debe llevarnos a la estación de tren. Le damos las gracias como podemos, pero me jode no llevar un Chupa Chups que poder regalarle en señal de agradecimiento. Me avergüenza no saber siquiera decir gracias en chino.

El taxista tarda veinte minutos en llegar a la estación. Es la primera vez que hago el recorrido, por supuesto, pero viéndole conducir deduzco que, en condiciones normales, debería haber tardado el doble. Un auténtico colgado que no conoce el significado de un paso de peatones y para el que un semáforo en rojo significa acelerar. El precio lo acordamos antes de salir; son veinte yuans.

Vamos directos a las taquillas. Tanto ellos como yo queremos salir cuanto antes para llegar cuanto antes. Milla y Doug encuentran una combinación a partir de las dos y yo a partir de las dos y media. Sin embargo, yo no puedo sacar el billete porque no me dejan pagar con tarjeta de crédito.

—*Only cash*⁵⁰ —me dice la china.

Creo que son las únicas palabras que sabe decir en inglés. Doy algunas vueltas por la estación buscando un cajero hasta que encuentro uno fuera. Está rodeado de chinos con pinta chunguísima, pero paso. Si he sobrevivido a Centroamérica estos niñatos no van a asustarme ahora. Saco la pasta y vuelvo a la taquilla. Por el camino, mi cerebro empieza a procesar toda la información que ha recogido mientras daba las vueltas buscando el cajero. Solo he visto autobuses, decenas de viejos y decrépitos autobuses de asientos de madera. Pregunto a los chicos.

—¿Vuestra intención es ir a Shangai en tren o en autobús?

—En tren.

—El billete que habéis sacado es de tren o de autobús.

—De tren.

—¿Estáis seguros?

⁵⁰ Solo en metálico.

—Ahora no.

—Es que creo que esto es una estación de autobuses.

—No jodas.

—Creo que sí, no veo más que autobuses.

Hacemos algunas averiguaciones y descubrimos que estamos en la estación de autobuses.

La estación de tren está a unos quinientos metros calle arriba. Me siento con suerte por haberme visto obligado a ir al cajero. Eso me ha ahorrado sacar el billete de autobús. De nuevo, un hecho que en principio parece negativo, deriva en uno positivo.

Los chicos no saben qué hacer porque están seguros de que no les van a devolver el dinero. Ponte tú a discutir con unos chinos en chino, es una locura. Deciden viajar en autobús —lo cierto es que la decisión se le puede atribuir al taxista, que decidió llevarnos a la estación de autobuses—.

Yo me acerco a la estación de tren para sacar mi billete. Allí me dicen que solo salen dos trenes al día: a las nueve de la mañana y a las nueve de la noche. El viaje dura dieciocho horas, así que me dejará en la estación a las tres de la mañana, una hora perfectamente inaceptable. Todo esto lo sé gracias a un chico que me hace de traductor, porque la chica de la taquilla no se entera de nada (y yo menos). Una cosa es no saber el idioma y otra distinta es no saber lo que te están preguntando cuando te enseñan un dibujo de un tren junto a un reloj. Si trabajas vendiendo billetes de tren, deberías saber deducir lo que significa un tren junto al cual hay un reloj.

Al final me lo pienso mejor y me decido por el autobús. No sé a qué hora llega pero sí sé que salen autobuses a Pekín cada cincuenta minutos. Descubro que tardan doce horas en llegar, así que hago mis cuentas y me decanto por el de las seis.

Con los billetes en la mano, vamos a almorzar. Entramos en un supermercado y pedimos algo en un restaurante que hay dentro. Descubrimos lo bajos que son los precios en China

y la enorme diferencia con otros países. Por un euro he almorzado un plato de pasta con carne, pan de gambas, dos bollos de arroz y una especie de torta rellena de carne con verdura. El botellín de agua me cuesta quince céntimos. Acabamos llenos, hartos de comer.

—Ahora lo que pega es una siesta —digo.

—¡Oh, siesta! —responde Milla—. Me gusta la siesta.

Milla trabajó durante un año en un bar de Sevilla, así que no solo habla español, sino que también sabe disfrutar de una buena siesta.

Tenemos tiempo de sobra para dar un paseo. Doug propone buscar el océano para echar un vistazo y el resto estamos de acuerdo. Por una vez me viene bien dejarme llevar, no tener que tomar las decisiones que, por triviales que sean, acaban cansando. Empezamos a vagabundear por las enormes calles de la ciudad, que no nos llevan a ningún sitio.

Al final damos con lo que parece una casa de masajes. Entramos a preguntar y nos sorprendemos de los bajos precios. Un masaje en los pies de una hora de duración nos sale por tres euros. Después de las palizas de Japón, Corea y lo que llevamos de China, un masaje en los pies tiene que ser algo muy parecido al cielo. Estamos de acuerdo en que la hora que nos queda no puede estar mejor empleada que recibiendo uno de esos masajes.

Entramos.

Ellos dos van a una habitación y yo a otra. Es una pequeña salita, bien iluminada y fresca gracias al ventilador que cuelga en la cabecera de la cama y a la corriente de aire que entra por la ventana. Por todas las paredes y el techo hay manchas de sangre consecuencia de haber matado a los mosquitos cuando ya era demasiado tarde. A juzgar por el tamaño de las manchas, los mosquitos de por aquí tienen que ser XXL.

Nunca en mi vida he recibido un masaje profesional, así que no sé muy bien qué hacer. Me siento como un cura en una güisquería. La chica me pide con gestos que me quite los

pantalones —y yo que pensaba que era un masaje en los pies—. Sale de la habitación y vuelve con unos pantalones de pijama cortados a la altura de la rodilla. Me los pongo y me tumbo en la cama siguiendo sus indicaciones. Empieza por lavarme los pies con delicadeza, frotando con la energía justa para que no sienta cosquillas. Pese a todo, no consigo relajarme y la chica se enfada conmigo.

—Relaja las piernas —parece querer decirme con el gesto de su cara.

—Vale, vale, ya lo intento, no te enfades.

Comienza el masaje y me siento como un gato al que rascan la barriga. Roza con sus movimientos mi umbral del dolor, pero no lo supera en ningún momento. Es agradable sentir cómo te estiran uno a uno los dedos de los pies. Va pasando el tiempo y consigo relajarme hasta tal punto que me quedo dormido. Son solo unos minutos, como comprobé al despertarme. Durante el sueño ha ocurrido algo: tengo una enorme erección. Tengo la polla tan dura que creo que soportaría el peso de la masajista sin perder un solo grado de inclinación. No ha sido algo consciente, ha sido consecuencia de haber perdido el control momentáneamente cuando me he dormido.

—*Big!* —pienso de forma absurda aún medio dormido.

Trato de disimular cruzando las manos sobre el pijama, aunque me imagino que mientras dormía ya habré dado el canto suficientemente. Por fortuna, pasa rápido.

Después del masaje —que me ha dejado completamente relajado— la guinda la ponen ofreciéndome un plato de sandía fresca. Cuando salimos, estamos todos encantados.

—Camilla, después de todo hemos encontrado algo mejor que la siesta ¿no?

—¡Guau! y por menos de tres libras.

—Por ese precio en Londres no te ponen ni la sandía —apunta Doug.

Comentamos los detalles del masaje mientras volvemos a

la estación. El autobús de ellos sale en poco tiempo. A mí me quedarán un par de horas en la sala de espera, que está dividida en dos: para viajes de larga distancia y para viajes de corta distancia.

—Un viaje de mil kilómetros en China ¿se supone que es corta distancia o larga distancia? —pregunto de coña.

Nos intercambiamos nombres y apellidos con la promesa de buscarnos en Facebook y nos despedimos hasta otra.

En el rato que tengo antes de irme doy una vuelta, cambiando el camino que hemos hecho anteriormente. Encuentro un mercadillo y decido emplear todo el tiempo en pasear, aunque no tengo la intención de comprar nada. Hay aquí especias, hierbas aromáticas, carnes y pescados frescos, carne seca, pescado seco, mariscos, verduras y fruta. Hay aquí fruta seca, cien tipos de arroz, gelatinas e infusiones, harinas, setas y legumbres, pastas, dulces, golosinas, aceites, vinagres. Hay aquí pasas y huevos, tofu y conservas, bebidas, embutidos, cereales, galletas, chocolates y bombones, mieles, mermeladas, libros, maletas, pilas, zapatos, camisetas y paraguas, jabones, cremas, mosquiteras grandes y pequeñas, flotadores de bonitos colores, sartenes y woks, juguetes, ventiladores, paraguas y patines, fregonas y cubos, cepillos de dientes y del pelo. También hay aquí parches, esponjas, peluches, cuchillos y tablas para cortar. Hay tazas, platos, jamones y frutos secos.

Vuelvo a la estación y, tras unos minutos en la sala de espera, empezamos a subir. Viendo los autobuses que hay por aquí, tendré suerte si me toca un asiento que no sea de madera. La flota de autobuses chinos parece sacada de un desguace de los ochenta. Los autobuses de Sudamérica sí que eran buenos.

Conforme me acerco puedo comprobar que el autobús no tiene asientos, solo tiene camas. Tres filas de literas de dos pisos que dejan un estrecho pasillo entre ellas. Una vez más, mi arrogancia occidental me ha dejado con el culo al aire. Mientras estoy en la fila veo como la chica que hará de azafata del

viaje reparte unas bolsas. En principio supongo que serán para el mareo, así que me espero un viaje movido. Teniendo en cuenta que reparte dos bolsas a cada pasajero, espero un viaje muy movido. Cuando estoy lo suficientemente cerca, veo que las bolsas no son para el mareo, sino para cubrir los zapatos. Nadie puede subir al autobús si no se ha puesto previamente las bolsas en los zapatos. Los autobuses en China tienen más medidas higiénicas que algunos quirófanos en España.

La cama es pequeña pero cómoda. Tenía pensado pasar unas horas escribiendo, pero no puedo incorporarme para hacerlo. A los pies de mi cama, elevada un metro por encima del colchón, está la pantalla de televisión donde proyectan una película. Si me incorporo no podrán ver más que mi desbordada cabeza, así que permanezco discretamente tumbado. Ponen la rareza de *Starship troopers*, con el gran Michael Ironside haciendo de manco. Me coloco los auriculares de mi *mp3*, selecciono a Mozart y dejo que el cansancio y las pastillas vengan en mi rescate. Aquí están.

Lunes, 20 de julio de 2009

A las cuatro de la mañana ya estoy despierto y aprovecho que todo el mundo duerme para ponerme a escribir un rato. No hay mucho sitio y la postura es incómoda, por lo que no tardo en aburrirme y volver a tenderme a oír música. Está lloviendo a mares, lo que hace que el autobús se mueva despacio.

Llegamos a Pequín cuando todavía es de noche, media hora antes de lo previsto. La estación aún está cerrada, aunque hay mucha gente esperando en la puerta. Al bajar del autobús sufro el acoso de gente que me ofrece todo tipo de medios de transporte. Estoy acostumbrado a ellos, pero estos son realmente insistentes. Recojo mi mochila y me dirijo a la puerta. Allí conozco a Karen. Lleva una mochila enorme sobre su espalda y tiene los hombros y brazos visiblemente quemados por el sol. Es curioso que cuando te encuentras fuera de casa, en un país tan lejano y diferente como China, te alegres de ver a cualquier persona con rasgos occidentales. Si además lleva una mochila en la espalda, es casi como encontrarse a un viejo amigo.

Karen trabaja dando clases en una universidad de Seúl. Lleva allí dos años y hasta hoy no había estado en Pequín. Va a pasar un par de semanas de vacaciones en la ciudad.

—Hablo coreano, pero nada de chino, estoy igual que tú —responde a mi pregunta.

—En España, cuando no se entiende algo se dice que sueña a chino, así que te puedes hacer una idea.

La estación abre sus puertas a las seis en punto de la mañana y no tarda más que unos minutos en llenarse de gente y de vida. Es una pequeña estación al sur de la ciudad que se encuentra en un pésimo estado de conservación. Los baños están encharcados y el hedor nos llega desde que han abierto las puertas. Necesito asearme un poco, pero no estoy seguro

de que sea buena idea. Me conformo con lavarme las manos y la cara. Está todo tan inundado que no tengo donde apoyar las cosas, así que paso. Además, la humedad es terrible. Tengo el pelo completamente mojado y la ropa pegada al cuerpo. La mochila está empapada y las gotas de sudor que resbalan por mi frente acaban cayendo al suelo. Karen ha entrado al baño con unas preciosas gafas cuadradas de pasta azul y vuelve con unas insípidas lentillas.

Nuestro objetivo común es llegar a una estación de metro y, a partir de ahí, separarnos. Ella buscará la estación central de autobuses y yo la estación de tren. La chica de información nos ha dicho que no queda lejos, así que nos ponemos en marcha. Andamos despacio porque tanto ella como yo llevamos mucho peso encima y el calor nos está absorbiendo las fuerzas. Las calles están muy activas. Cientos de coches y bicicletas pasan arriba y abajo. A nadie parece afectarle el calor.

Necesitamos casi una hora para llegar a la estación de metro, que se encuentra llena de gente. Mi parada, la estación de tren, pertenece a la misma línea de la parada que hemos abordado, así que solo tengo que bajarme unos minutos después de haber subido. Me despido de Karen deseándole un buen viaje y me voy directamente al mostrador de información.

Lo atiende una señora mayor, por lo que temo que no sepa inglés, y no me equivoco. Aun así, trato sin éxito de que me diga con quién puedo hablar. Otra señora, de aproximadamente la misma edad pero que habla algo de inglés, trata de ayudarme. Me cuesta entender lo que dice porque habla demasiado rápido. Le pido que me repita más lentamente, pero lo hace exactamente a la misma velocidad. Me dice algo de un hotel, de una tienda. Lo que sí le entiendo es que en esa estación no venden el billete que yo busco, que no es otro que el transiberiano hasta Moscú.

—Los billetes internacionales los venden en el CITS⁵¹

⁵¹ *China International Travel Service* (servicio de viajes internacionales de

—me dice—. Puedes encontrar una oficina en el hotel Beijing International. Para ir a Moscú también necesitarás el visado de Mongolia, porque el tren atraviesa el país. La embajada no está lejos del hotel, puedes ir andando.

Ya tengo algo por donde empezar. En primer lugar me gustaría ir a la embajada para saber cuándo pueden tener listo mi visado y, posteriormente, comprar el billete de tren. Sea como sea, es demasiado temprano para ambas cosas, así que me centro en buscar el hotel. El mejor sitio que se me ocurre para preguntar es otro hotel porque me asegura encontrar a alguien que hable inglés.

—Hola. Estoy buscando una oficina del CITS. Me han dicho que había una en este hotel —le miento con picardía.

—No, aquí no es. Es en el hotel Beijing International. Está aquí ¿ves? —me responde señalando un plano que ha sacado de un cajón—. Sólo tiene que ir por esa calle, cruzar la avenida principal (es un subterráneo) y ya está. Pregunte allí.

—Gracias. ¿Puedo llevarme el plano?

—Claro, no hay problema. Bienvenido a Pequín.

A pesar de que en el plano parece que está cerca, tardo casi media hora. Son solo un par de manzanas, pero los edificios en Pequín son monstruosos. Todo es enorme en este país. Las calles tienen el ancho de estadios de fútbol y se tumban durante kilómetros. La calle principal tiene seis carriles en cada sentido. Está flanqueada por docenas de rascacielos que compiten en espectacularidad.

En el hotel me informan de que faltan casi dos horas para que abran la oficina del CITS y que la embajada de Mongolia abre aún más tarde. Es un hotel de lujo, donde chinos trajeados y con ridículos sombreros me abren la puerta para que pase. Decido irme a la primera planta de la recepción y esperar allí. Se está fresco, cómodo y tienen *wifi*. Me conecto para tratar de trazar el camino hasta la embajada y situar el *hostel* que tengo reservado. Tengo el plano que me dio la chica del

China).

hotel, el Google, direcciones y números de teléfono, pero me cuesta mucho orientarme. Que los nombres de los lugares estén en chino no ayuda, desde luego. Después de un buen rato, tengo los puntos localizados y las rutas dibujadas. Los puntos más importantes están relativamente cerca: estación de tren, oficina del CITS, embajada de Mongolia y *hostel*. La oficina está a punto de abrir, así que espero mientras termino de asearme. Esto ya es otra cosa: estoy en los baños de un hotel de cinco estrellas.

Comprar el billete para Moscú es simple. Lo venden directamente allí. No necesito reserva, solo soltar la pasta (en metálico, eso sí) y elegir el día. Salen trenes los miércoles y los sábados. Hoy es lunes, así que el miércoles está bien. Sale a las ocho menos cuarto de la mañana. Perfecto. Tengo dos días por delante para disfrutar de Pequín antes de tomar el tren. Durante semanas he buscado información en Internet acerca del billete del transiberiano. Todo ese tiempo y esas búsquedas no han servido de nada porque ni siquiera llegué a descubrir cuánto iba a costarme. La mayoría de las cosas que encontré eran agencias intermediarias que subían los precios hasta casi doblarlos (en algunos casos hasta triplicarlos por incorporar noches de hotel y otras actividades). Como tantas otras veces, la excesiva preparación no da más que dolores de cabeza. Lo más sencillo ha sido ir directamente a una oficina de ventas y preguntar. Ya tengo el trayecto, los lugares y horarios de las diferentes paradas, el precio y, en definitiva, todo lo que necesito. Decido no comprar el billete hasta asegurarme de que voy a tener el visado a tiempo, así que el siguiente punto es la embajada de Mongolia.

La delegación mongol está a media hora del hotel y ha resultado sorprendentemente fácil encontrarla. Todas las embajadas se encuentran en la misma zona. Es una especie de barrio residencial decorado con alambres de espino. Una pequeña cola me indica desde lejos el sitio al que tengo que ir. El trámite es sencillo: no hay más que rellenar un formulario,

entregar una foto y el pasaporte. En el mismo momento deciden si te conceden el visado. Si es así, te dan una carta de pago con la que hay que ir al banco e ingresar el dinero correspondiente. En mi caso, al ser de urgencia, son unos trescientos cincuenta yuans. Mi visado estará listo para mañana martes a partir de las cuatro de la tarde. Perfecto. El banco donde hay que hacer el ingreso también está cerca, así que en media hora más ya tengo resueltos todos los trámites y no me queda más que esperar. He aprovechado para sacar el dinero del billete de tren y me dirijo a la oficina del CITS.

—Deme el billete más barato que tenga para ir a Moscú pasado mañana —le pido al chico.

—¿Prefiere la litera superior o inferior?

—Inferior.

Tengo mi resguardo del banco, mi billete de tren y todo el cansancio del mundo. Quiero irme al *hostel* a regalarme un par de horas en la cama, en el bar o donde sea, pero quiero descansar. La caminata hasta allí se alarga más de lo previsto. El plano vuelve a engañarme y multiplica por cinco mis previsiones de tiempo. Tardo más de dos horas en llegar y dos horas con dos mochilas a cuestas, un día caluroso y húmedo de Pequín, son muy duras. Me arden los pies a pesar de llevar chanclas. Pese a todo, no puedo dejar de admirar los edificios que me voy encontrando. Cada uno es mejor que el anterior y cada cinco minutos me paro a hacer algunas fotos. Al fin llego a la recepción del *hostel*.



Solo quiero descansar

Por una vez tengo cerrada mi reserva e incluso he adelantado algo de dinero para que no haya dudas. No quiero ni una

sorpresa, solo quiero sentarme un rato y, por qué no, tomar-me una cerveza helada. El sitio me gusta, tiene una cafetería muy bien decorada y provista de varios sofás que están pidiéndome a gritos que me siente. Es casi la una de la tarde, así que el sitio está lleno de gente comiendo.

—Hola, tengo una reserva a nombre de Pedro. Creo que son dos noches —le digo a la recepcionista mientras me desembarazo de las mochilas y respiro tranquilo.

—Déjeme ver. Sí, aquí lo tengo. Para hoy y mañana ¿verdad?

—Exacto.

—¿Me deja su pasaporte, por favor?

El corazón me da un vuelco.

—No lo llevo encima. Acabo de dejarlo en la embajada de Mongolia. Puedo darle el documento de identificación de mi país —le cuento, aunque por la expresión de su cara sé que no sirve de nada.

—Lo siento señor, necesito el pasaporte.

—Pues no lo tengo.

—Sin el pasaporte no puedo admitirle.

La mañana había ido demasiado bien. La cosa se empieza a complicar.

—¿Qué alternativas tenemos? —le pregunto con poca esperanza.

—Bueno, me valdría una fotocopia. ¿Tiene una?

—No tengo fotocopia, pero tengo el documento escaneado en el ordenador. Te lo puedo dejar y lo imprimes ¿te parece?

—Aquí no tengo impresora.

—¿Algún sitio donde pueda imprimirlo?

—Aquí cerca hay un café donde tienen Internet. Solo tienes que bajar la calle y girar a la derecha en el primer cruce.

—Estupendo. Ahora vuelvo entonces.

Por un momento me he visto buscando *hostel*, pero parece que todo se arregla. Doy gracias al cielo por la idea de escane-

ar los documentos antes de comenzar el viaje. Una hora después, estoy de vuelta en la recepción (el concepto «cerca» es muy relativo y en Pequín es ciertamente diferente a cualquier otro sitio).

—Aquí tienes —le digo mientras me dejo caer en el taburete sin poder tenerme en pie.

—Veamos. Necesito otra hoja. Aquí tengo la hoja con sus datos y la hoja del visado. Necesito la hoja con el sello de entrada al país.

—¿Cómo dice?

—El visado es válido durante treinta días a partir de la fecha de entrada. Necesito conocer la fecha de entrada para ver si está dentro del plazo.

—Llegué ayer.

—Estoy segura de eso, pero necesito la fotocopia de esa página.

—No la tengo. Los documentos los escaneé mientras estaba en España. Por entonces, obviamente, no tenía el sello de entrada a China.

—Sin ese documento no puedo dejar que se aloje.

Estoy tan cansado que no tengo fuerzas ni para enfadarme, aunque me gustaría hacerlo. Barajo las diferentes opciones, pero no puedo pensar con tranquilidad. Necesito una hora de descanso que no puedo concederme. Lo haré cuando encuentre alojamiento.

—No tendré el pasaporte hasta mañana por la tarde, así que necesito un sitio donde alojarme esta noche. Mañana me quedaré aquí. Espero no perder el dinero de la reserva.

—No se preocupe por eso, le respetaremos el dinero de la reserva. Respecto a lo de pasar la noche en otro sitio, aquí cerca hay otro *hostel*, pero no creo que le dejen alojarse sin el pasaporte. Las autoridades Chinas son muy estrictas en este tema.

—No me queda más remedio que intentarlo —le respondo, ahora sí, con cierto enfado—. ¿Dónde queda?

—Está aquí cerca.

—Ya.

Otra media hora de caminata al sol y estoy en el *hostel*. Ni siquiera quieren hablar conmigo cuando les digo que no tengo pasaporte. Ni embajada de Mongolia ni leches, lárgate de aquí, indocumentado. Vuelvo a mi *hostel*, donde he dejado las mochilas. Ya son las cuatro de la tarde. Ni siquiera he desayunado y apenas me he hidratado.

—¿En serio no hay ningún sitio donde pueda alojarme sin el sello de entrada?

—Me temo que no va a encontrar ninguno.

—Eso significa que voy a tener que dormir en la calle esta noche.

La chica me mira sin responder.

—¿No podría quedarme aquí, en la recepción? Está abierta veinticuatro horas ¿no?

—Durante el día puede quedarse todo el tiempo que quiera, pero durante la noche no.

—¿Dónde puedo ir?! —respondo subiendo el tono sin querer.

—Aquí cerca hay un McDonald's que no cierra. Quizás pueda quedarse allí.

Estoy tan agotado que pasar una noche en el McDonald's me parece una idea estupenda. Me la quedo. Voy a inspeccionar el terreno y, de nuevo, el «aquí cerca» se convierte en una caminata de treinta minutos de ida y treinta de vuelta. Ahora sí es el momento de sentarme un rato a descansar. Según mi plan, a estas horas debería estar listo para salir a dar una vuelta por Pequín, después de haber dormido un par de horas, comido y dado una buena ducha, pero estoy sudando como nunca antes lo he hecho, sin haber probado bocado y exhausto. Me siento en uno de los sofás del bar y me pido una cerveza china. Antes de que el camarero me la traiga ya estoy dormido.

Me despierto al cabo de unos minutos con una idea en la

cabeza. Han bastado unos instantes de relajación para que mi cerebro haya recargado las pilas y haya vuelto a funcionar haciendo otra cosa que no sea ordenar moverse a mis pies. Llamo a la embajada de Mongolia usando el Skype. La navaja de Occam.

—Hola. Verá, tengo un problema y necesito que me pres-ten mi visado durante un par de horas.

Le explico con detalle mi problema a tres sujetos diferentes con la sospecha de que los dos primeros no entendieron ni una palabra. El tercero es el jefe de visados y me dice que no puede dejarme el pasaporte. Si lo quiero, puedo recogerlo, pero entonces no tendré el visado mañana. Me dejo derrotar por esa frase y me quedo callado. Había puesto todas mis esperanzas en esa idea que tuve mientras dormía, pero no voy a poder ponerla en práctica.

—Podemos hacer una cosa. Dile a la chica de la recepción que puede llamarme y le confirmo que tengo tu pasaporte y que el sello indica que entraste en China ayer. Quizás con eso y una fotocopia sea suficiente.

—¿Puede hacerme una fotocopia? —le pregunto ignorando la opción de que Miss Intachable se salte el procedimiento para hacer la llamada.

—Sí, por eso no hay problema. Puedes pasarte a recogerla cuando quieras. Estamos hasta las seis.

—Estupendo, estaré allí en veinte minutos.

No me queda otra opción. Eso de poder recogerlo cuando quieras suena a broma, porque falta media hora para que den las seis. Hablo con la chica de la recepción para que me confirme que le basta con la fotocopia de la página del sello. Tengo luz verde. Sólo tengo que llegar a la embajada en veinticinco minutos y estaré salvado.

Llego en veinte minutos, pero a costa de alcanzar el límite de mis fuerzas y de destrozarme los dedos de los pies con las chanclas. Un hombre con una barriga desproporcionada me abre la puerta y me reconoce enseguida.

—Tú eres el español ¿verdad?

—Sí.

—Aquí tienes tus copias.

—Necesito otra más, la de la página del sello de entrada.

—Vaya, pues tendrás que esperarte. La chica que hace las fotocopias ha salido. Volverá en media hora. Siéntate, pareces cansado.

La media hora se duplica, pero una hora después tengo mi fotocopia.

Lo logré.

Por supuesto, decido anular el paseo por Pequín de esta tarde. He determinado darme un homenaje, por lo que me dirijo directamente a un Pizza Hut que he visto en una de mis caminatas. Pido una pizza de piña, cebolla, pollo y salsa barbacoa de tamaño grande, suficiente para seis personas. Quiero la masa cuyo borde está relleno de salchichas y queso. Paso otra media hora esperando, pero cuando la huelo llegar sé que ha merecido la pena. La he pedido para llevar porque quiero registrarme en el *hostel* cuando antes (la sombra de la duda todavía circula por mi cabeza). Me encamino hacia allí. Solo cuarenta minutos me separan de una enorme pizza y un glorioso descanso, aunque no pasan más de dos antes de que vuelvan a cambiar mis planes. En la puerta del restaurante espera un viejo vagabundo. La cara de desesperación con la que me pide un trozo de pizza hace que no pueda hacer otra cosa que entregarle la bolsa. La recibe con júbilo y palabras de agradecimiento. Me imagino que, para llegar a la situación en la que se encuentra, sus últimos sabe Dios cuántos años han sido una especie de repetición de un mal día, uno detrás de otro y cada uno peor que el anterior. En mi agotamiento mental y físico me imagino cómo sería tener que vivir este día una y otra vez y siento un escalofrío que me pone la piel de gallina.

Antes de darle la bolsa, no obstante, me quedo con un trozo. No pienso quedarme con las ganas de darle un bocado a

esa pizza, creo que me la merezco. Me doy la vuelta despidiéndome del viejo y, antes de que pueda pensar siquiera en llevarme la pizza a la boca, me encuentro a un niño sin camiseta delante de mí. Tendrá unos cinco años y no es la primera vez que lo veo. Me he cruzado con él varias veces a lo largo del día (he hecho cien veces el mismo camino) y cada vez que he pasado a su lado me ha pedido dinero enseñándome un vaso de plástico vacío. Señala mi pizza. Le ofrezco dinero, pero no quiere aceptarlo. No quiere mi maldito dinero, lo que quiere es comer. Ese gesto tan sincero, tan animal, no admite otra respuesta que no sea darle el trozo. Antes de hacerlo estoy tentado de darle un bocado al pico de la porción, pero eso sería una falta de respecto inaceptable.

Libre ya de tentaciones, de mochilas y preocupaciones, vuelo hacia el *hostel*. Pienso en tomar el metro, pero no me atrevo. En Tokio, la policía me paró hasta tres veces en el metro. Si me paran aquí y no tengo pasaporte (probablemente no sería capaz de explicarles mis motivos), tendré serios problemas. Es curiosa la forma en la que un problema puede afectarte o no dependiendo de lo consciente que eres de que lo tienes. Llevo toda la mañana paseando sin pasaporte y no me ha supuesto la más mínima preocupación, pero ahora que tengo conciencia de que soy un indocumentado en un país extranjero, no soy capaz de entrar en el metro por miedo a problemas. Es este el principio por el que se registrá mi vida en adelante: muchos de los problemas que tenemos desaparecen cuando pierdes la noción de tenerlos.

Finalmente llego al *hostel*. Allí consigo ser aceptado de una vez e inmediatamente subo a mi habitación. Tengo la marca de las chanclas tatuada en la planta del pie. Ya que voy a pasar dos noches en el mismo lugar, puedo darme el lujo de desempaquetar la mochila y airearla un poco, aunque quizás lo haga más tarde, ahora no es el momento. Lo único que quiero ahora es tumbarme en la cama y dormir unas horas, nada más. Meto la mochila en la taquilla y me desnudo. Tengo

los pantalones llenos de cosas: la cámara de fotos, la de vídeo, el dinero, el mp3... así que los guardo directamente en la taquilla, no tengo cuerpo para ordenar nada. Me quito el reloj, los colgantes, todo aquello que no cumpla una función que me ayude a dormir, todo a la taquilla. Me quedo semidesnudo, vestido solo con los calzoncillos y me meto, al fin, en la cama. No pasa ni un segundo cuando caigo en la cuenta de que la llave que abre el candado con el que he bloqueado la puerta de la taquilla está dentro, junto a mis pantalones, mi mochila y el resto de mis cosas. Estupendo.

En la habitación solo hay una chica con la que apenas he intercambiado el saludo. Es china y no sabe inglés, así que ni he intentado comunicarme con ella. Trato de olvidar el asunto de la llave y dejarlo para más tarde, pero es imposible, no puedo dejar de darle vueltas. Al cabo de un buen rato alguien más entra en el dormitorio. Es una chica alta y extremadamente delgada y pija. Viste vaqueros desgastados y camiseta. Es muy atractiva y salta a la vista que lo sabe.

—Hola. ¿De dónde eres? —me pregunta—. Yo soy de América —añade sin darme tiempo a responder.

—¿De qué país? —le respondo un poco borde, sabiendo perfectamente que se refiere a Estados Unidos.

—De Estados Unidos —me asegura sin haber captado mi tono borde.

—Necesito tu ayuda —le pido—. Tengo todas mis cosas en esa taquilla y la llave del candado está dentro.

—¿Y cómo puedo ayudarte? —se adelanta.

—¿Puedes bajar a la recepción a avisar? Yo no tengo ropa que ponerme.

—¡Estas desnudo! —dice mientras se ríe. Debe de tener mucha gracia—. ¡Qué guay!

Paris Hilton es siniestra al lado de esta tipa.

—¿Lo harás?

—Claro, no te preocupes.

Baja y vuelve a subir al cabo de unos instantes. Me cuenta

que la gente de la recepción está muy ocupada y no han podido atenderla, pero que irá más tarde. Se ha tomado la molestia de decidir por mí que no tengo prisa, que no voy a ir a ningún sitio. Se cambia de ropa allí mismo (tanga con los colores brasileños), poniéndose un bonito y corto vestido que ha recogido del suelo, y se larga. Ha venido a recogerla un tipo enorme, con pinta de portero de club exclusivo de Nueva York, con un traje impecable, un peinado impecable, maneras de galán de película y que además domina el chino. Ha intercambiado algunas palabras con nuestra compañera y se han largado. Yo no existo, claro; estoy desnudo en la cama.

Las horas siguen pasando y yo no consigo pegar ojo. Quiero resolver el asunto por mi cuenta; no creo que sea buena idea dejarlo en manos de Barbie y Ken. Decido bajar a la recepción. Son las cuatro de la mañana y la china ya se ha despertado y está leyendo en la cama. Tengo dos opciones: bajar en calzoncillos o buscar algo que ponerme entre las ropas de la pija, que inundan el suelo. En circunstancias normales, en España, no me hubiera importado bajar en calzoncillos porque nadie se hubiera escandalizado más de la cuenta, pero estamos en China. No conozco esta cultura y no quiero arriesgarme a ofender la moral del lugar, así que prefiero vestirme con ropa de mujer (!). Prefiero que me tomen por un excéntrico o un trucha antes que por un perverso o algo así. Las mentes chinas son un misterio.

Lo mejor que encuentro son los vaqueros que vestía la pija hace un rato y una camiseta de tirantes. El pantalón no me abrocha, pero al menos me ha entrado el culo (no está mal si se tiene en cuenta que debe de ser una talla treinta). La camiseta es estrecha, pero mi pecho también lo es. Hace semanas que perdí la poca masa muscular que había acumulado como una hormiguita después de seis meses de gimnasio. Mi aspecto debe de ser patético, así que prefiero no mirarme al espejo. Antes de bajar, me lo pienso una vez más, pero no tengo muchas más opciones. Además, tampoco es para tanto. A la

hora que es no habrá nadie abajo, aparte del recepcionista. Abro la puerta y me lanzo por el pasillo desierto. Llego al mostrador y me encuentro a Michael, el recepcionista que tiene el turno de noche ese día. Me alegro de que sea un chico porque así tengo más posibilidades de que sepa manejarse con herramientas. Discute con tres chicas de aspecto hindú. Hablan en chino, así que no me entero de nada, pero el problema parece ser económico. Los cuatro me ignoran completamente; después de diez minutos empiezo a impacientarme. Tengo ganas de callarlos a todos y decirles que tengo un problema urgente, que yo pago lo que sea, pero que dejen de discutir. Pasa otro rato y finalmente las hindúes se largan.

—¿Puedo ayudarte?

—Sí, por favor. Necesito que me abras la taquilla. He dejado las llaves del candado dentro.

—El candado es tuyo o nuestro.

—Mío.

—Tendré que romperlo.

—No hay problema. ¿Puedes hacerlo ahora?

—¿Hay alguien más en la habitación?

—Sí, una chica, pero está despierta.

—Vamos.

Sube armado con un destornillador y me pregunto si será suficiente. El candado es uno de los que compré para usar en los bolsillos de la mochila, así que no es gran cosa. Mediante un habilidoso gesto de palanca, el candado está roto.

—Muchas gracias, te debo la vida.

—No hay de qué.

Son más de las cuatro de la mañana cuando finalmente doy el día por terminado. Todo está bien ahora, todo ha salido bien después de todo, aunque he tardado un poco más de la cuenta. No me importa. Aún tengo una hora antes de que amanezca y ni la luz que usa la china para leer ni todas las luces del mundo podrán impedir que la pase durmiendo. Pero antes voy a quitarme la ropa que llevo puesta, que parezco

una pija.

Martes, 21 de julio de 2009

Desperto, me ducho, me visto de hombre y bajo. Son las seis de la mañana y me parece pronto para irme al centro de Pequín a ejercer de turista. El restaurante del *hostel* está cerrado y lo estará hasta las ocho, así que voy al Seven Eleven de la esquina y compro algunas cosas para desayunar. Un sándwich vegetal, un café soluble, una botella de yogur líquido y algunas galletas. Por el camino he encontrado un puesto de venta ambulante donde cocinan unas tortitas de harina y huevo a la que añaden una especie de mermelada de verduras. Tienen una pinta estupenda y yo tengo hambre.

—Deme dos.

Están calentitas, acaban de sacarlas de la plancha. No puedo esperar los dos minutos de camino que me separan del *hostel* y les hincó el diente. Están realmente sabrosas, aunque un segundo bocado y mi boca empieza a quejarse. Tiene muchas especias. Un tercer bocado y mi boca me arde, necesito agua. No puedo creer que los chinos puedan comer esto por la mañana, es aún peor que el burrito que desayuné en México, allá por el siglo pasado. Acabo con la primera y ataco a la segunda. Están demasiado ricas como para andar quejándose de que pica. Llego al *hostel* y me siento en el ordenador con la intención de terminar de desayunar mientras subo algunos textos al *blog*. Algo va mal, no consigo conectarme al escritorio de administración. De hecho, no puedo acceder al *blog*, ni siquiera puedo acceder a Blogger, la página que lo aloja. Una investigación de treinta segundos en Google me confirma lo que sospechaba: en China están censurados los *blogs*. En pleno siglo XXI, este pueblo no puede conocer las opiniones que tiene la gente ahí fuera. Al menos no oficialmente, porque con una segunda búsqueda en Internet encuentro varias formas de saltarse esa restricción. Hago algunas pruebas, pero me

cuesta mucho manejarme con un teclado y un sistema operativo en chino. Fracaso. Lo dejaré para esta noche, ahora quiero ir a ver la Ciudad Púrpura Prohibida y la Gran Muralla.

A falta de una oficina de turismo (ayer no vi ninguna por más que estuve pendiente), el tablón de anuncios del *hostel* suele ser una buena referencia de los sitios que hay que visitar. Tienen mapas con algunos puntos destacados, un plano de metro y una lista de las correspondencias de las paradas con los sitios a visitar. Les hago fotos y ya tengo todo lo necesario para echar el día. Me voy directo a la parada de la plaza de Tian'anmen. Está justo al lado de la Ciudad Púrpura Prohibida. Estos dos puntos son, junto con la Gran Muralla, los sitios que no puedo dejar de ver. Tengo especial interés en estar en esa plaza, donde se produjo la mayor demostración de cojones de la que haya tenido noticia en mi vida: un tipo armado con una bolsa de plástico es capaz de detener a la fila de tanques que encabezan la brutal represión del ejército chino a las protestas estudiantiles. La historia ni siquiera conoce su nombre (se le recuerda como *tank man*) ni lo que fue de él, aunque lo segundo es fácil de imaginar.

Salgo de la boca de metro y me encuentro en una calle ancha y atestada de gente. Es una calle comercial, llena de tiendas y turistas. Mientras trato de orientarme con el mapa, escucho que alguien me habla en inglés.

—Hola, ¿de dónde eres? —pregunta un muchacho de unos quince años.

—Hola. Soy de España —respondo.

El muchacho está acompañado de una niña que no tendrá más de diez años. Ambos hablan inglés correctamente y aprovecho para preguntarles su opinión sobre los sitios a los que podría ir en un solo día.

—¿Cómo puedo ir a la muralla? —les pregunto.

—A la muralla es difícil. Está a dos horas de aquí y normalmente se va allí en viajes organizados a los que hay que apuntarse el día antes; salen temprano.

—Vaya, no sabía nada. De todas formas, ayer no estaba yo para apuntarme a excursiones.

—Si quieres podemos intentarlo. Conozco un hotel que organiza excursiones. Ven, acompáñame.

Mi sentido arácnido me avisa de que estamos ante un posible peligro. No obstante, les sigo. Son calles con mucha gente, así que por ahora no hay problema. Seguimos hablando mientras avanzamos por calles cada vez más alejadas del centro. Aun así, sigue habiendo gente, lo cual me da seguridad. Llegamos al sitio, que no es más que una minúscula sala que apesta a humedad y donde hay un mostrador atendido por una chica. Hablan en chino. Después de intercambiar algunas frases, el chico me confirma que es imposible apuntarse a una de las excursiones el mismo día. La única opción que me queda es ir por mi cuenta, pero eso supondría perder todo el día. Tengo que elegir entre ir a la Gran Muralla china o quedarme y visitar la Ciudad Púrpura Prohibida, la plaza de *tank man* y el resto de palacios, jardines, edificios y parques. Es una putada, porque prometí a mi gran amigo Sergio que le llevaría una piedra de la muralla. Después de pensarlo unos minutos, decido quedarme. *Bye bye Great Wall*, me quedo en la *city*.

Le doy las gracias al chaval, pero le digo que me largo y eso no parece haberle sentado bien. Trata de no aparentarlo, pero un gesto involuntario le ha delatado. Habla con la niña en chino y trata de retenerme.

—Ven con nosotros, te vamos a enseñar un cosa muy bonita. Hoy es día festivo en Pequín y se organizan fiestas en los colegios. ¿Quieres venir a la fiesta de nuestro colegio? —pregunta algo nervioso.

—Creo que no. Me largo.

—Ven con nosotros, está aquí al lado.

Comienzan a andar y les sigo, pero sencillamente porque estamos desandando las calles que nos llevaron a la agencia que organizaba excursiones. Al fin se paran delante de la entrada a una galería. Dentro está tan oscuro que no se ve nada.

—Es aquí —me dice el chico, que pensaba que había decidido acompañarles.

—Lo siento, tengo prisa. He de irme.

—No te vayas. Entra. Ven con nosotros.

—No entraría ahí contigo ni harto de vino, chaval —pienso mientras le sonrío y me disculpo a base de inclinaciones de cabeza.

Su gesto es de decepción. Creo que está intentando engañarme, pero realmente la apariencia no es esa (como debe ser si quiere engañarme). Su cara inspira confianza y se ha mostrado muy educado en todo momento. La niña que le acompaña es una ricura. Llego a dudar; quizás no me quieran timar. Por un momento pienso que no tiene por qué ocurrir nada y casi me dejo llevar por mi espíritu aventurero. Pero está oscuro ahí dentro. Paso, me largo.

—*Xie xie, zai jian.*⁵²

Vuelvo a las calles anchas flanqueadas por enormes edificios y llenas de gente. Durante el día de ayer, en la calle y sobre todo en el metro, no pude quitarme de encima la sensación de que la gente me miraba. Ahora, mientras, ando por estas calles llenas de turistas, la sensación es aún mayor. De hecho, no se trata ya de una sensación, es un hecho que la gente se queda mirándome. No tienen el menor pudor en clavar-me la mirada directamente. Algunos incluso me escanean de arriba a abajo. Al principio resulta realmente molesto que un tipo que se cruza contigo te mire fijamente de la cabeza a los pies, como lo haría un niño de dos años, pero después de un par de horas me acostumbro. Estoy en un país con una cultura totalmente diferente. Aquí, mirar a alguien fijamente no es un gesto de mala educación, no es un gesto de agresividad como en Europa. Es simple curiosidad de ver a un tipo blanco y barbudo que se pasea con una mochila a la espalda. Decido no enfadarme y responder a esas miradas con una sonrisa y una reverencia. Me pasaré el resto del día haciendo reveren-

⁵² Gracias, adiós.

cias.

Los alrededores de la Ciudad Púrpura Prohibida están a tope. Hace un día extremadamente caluroso y húmedo. El sol pega fuerte, aunque oculto tras un cielo blanquecino. Avanzo hacia la entrada acompañado de cientos de turistas armados con sombrillas con las que tratan de protegerse del sol, cuidando mucho su amarilla piel. Durante el día de ayer me fijé en que casi todas las chicas que se mueven en bici, para impedir que el sol queme sus brazos, llevan unos guantes que les llegan hasta casi los hombros. Algunas llevan incluso una especie de visera, similar a las que usan los soldados, para proteger sus caras.

No esperaba que hubiera tanta gente (un pensamiento un poco ingenuo). Al fin y al cabo estoy en una de las ciudades más pobladas del mundo. Tampoco esperaba que la gran mayoría de turistas fuera oriental. Por supuesto, desconozco si son chinos, coreanos, japoneses, mongoles o vietnamitas. La acumulación de gente hace que me sienta como una estrella del *rock*. Todo el mundo se queda mirándome y yo les saludo al modo en que lo hacen los famosos. Algunos se lanzan y me piden hacerse fotos conmigo, a lo que accedo encantado. Es divertido.

Recorro la ciudad como un turista más. Hay chinos por todos sitios. Gente tirada por el suelo tratando de recuperar fuerzas, decenas de excursiones, rebaños humanos que siguen la sombrilla del color de los pañuelos que llevan en el cuello. Todo esto acaba con todo el encanto del lugar que, si bien es bonito, no me aporta gran cosa. El hecho de que sea festivo no ayuda. Tampoco lo hacen los andamios que cubren algunas de las fachadas. Apuesto que cualquier otro día habría menos masificación. No obstante, hago el recorrido completo.

Mi siguiente punto de visita será el parque Beihai, que se encuentra justo al lado de la Ciudad Púrpura Prohibida. Es media mañana y empiezan a dolerme los pies, así que un pa-

seo por el parque y un rato de relax sentado en un banco a la sombra me vendrán bien. Quizás una siesta de unos minutos. El lugar es ciertamente hermoso, lleno de verde, edificios típicos chinos, riachuelos y estanques llenos de flores, escaleras en piedra y mucha gente. Como todo en Pequín, es colosal y no tardo en perderme. Debí haber hecho una foto al plano que había al entrar pero, ya puestos, me dejo llevar y paseo sin tener rumbo fijo. Me siento aquí y allá, hago fotos, tomo algún vídeo, cruzo algunas palabras con quien puede responderme en inglés... Sigo siendo famoso y poso con gusto ante mi legión de fans.

Es hora de ir a la plaza de Tian'anmen, aunque tardo casi una hora en encontrar la salida del parque. Estoy cansado y quiero ir antes de que el agotamiento me quite las ganas. Como en todos los alrededores, hay mucha gente, aunque ya va siendo tarde y eso favorece a que las excursiones estén terminando. La plaza es más grande de lo que pueda parecer a simple vista. Si echando un vistazo parece enorme, basta caminar un rato para darse cuenta de que tiene unas dimensiones que harían aconsejable una nueva línea de metro solo para poder recorrerla. Lo cierto es que no tiene demasiado que ver y me quedo con las sensaciones de imaginar la revuelta estudiantil. Estoy seguro de que esa plaza tiene mucha más historia, pero mi interés se centra en la matanza.

Aún me queda un ratito antes de que abran la ventanilla de la embajada mongol, donde tengo que recoger mi pasaporte visado, así que decido coger un metro para ir al Templo del Cielo aunque apenas me siento los pies. Quizás sea el hecho de que esté tan cansado lo que hace que resulte realmente decepcionante. Es necesario pagar la entrada a un recinto que recuerda más a un parque de atracciones que a un monumento de hace cinco siglos. Además de la entrada inicial, cada una de las partes que componen el complejo tiene su propia taquilla donde hay que retratarse. El precio es lo de menos (ninguna de las entradas supera el par de euros), sobre todo para un

europeo, pero me siento engañado y no me gusta. No me gusta el ambiente de tiendas de recuerdos, vendedores ambulantes de paipays y sombreros chinos. No me gusta la sobreexplotación del lugar que, a pesar de no conocer, supongo mucho más bonito e interesante de lo que se muestra en estas circunstancias. Creo que la culpa de todo la tiene el día festivo.

Es hora de volver, recoger mi pasaporte y pasar el resto de la tarde en el *hostel* preparando algunas cosas para el viaje a Moscú, escribiendo un rato o, sencillamente, tomando una cerveza y algo para picar. Ya está bien de hacer turismo.

Llego a la embajada de Mongolia andando. Estoy empapado en sudor pegajoso y el cielo sigue blanco. Tengo la impresión de estar dentro de una de esas bolas de cristal en las que nieva si las agitas, aunque en vez de nieve lo que cae en la bola de Pequín es bochorno y humedad. Por una vez, no hay ningún problema con el pasaporte y ya lo tengo de nuevo en mi pecho. Aprovechando que está cerca, voy al CITS para preguntar cuándo llega el tren a Moscú. Allí me informan de que la llegada está prevista para el lunes a medio día.

Llego al fin al *hostel*, donde me doy cuenta de que he perdido la tarjeta de la habitación. Veamos, tengo en el bolsillo una tarjeta de metro, lo cual debería ser imposible. Para salir de la parada es necesario meter la tarjeta en la máquina que se encarga de abrir el tornio. Si no devuelves la tarjeta, no se abre el tornio y por tanto no puedes salir. Tener la tarjeta del metro en el bolsillo no puede significar otra cosa: he metido la tarjeta de la habitación en la máquina del tornio de salida. Lo mejor de todo es que ha funcionado. Estupendo, seguro que esta gente me multa por eso. Treinta yuanes, nada menos. El metro vale dos. No voy a preocuparme por haber perdido tres euros, así que me voy al bar, me quito las chanclas y me pido una cerveza fresquita. Enchufo el ordenador y, aunque tengo decidido ponerme a escribir, resuelvo hacer unas llamadas con Skype. Me animo y paso a las videoconferencias.

Mi amigo Javi, a quien veo cabeza abajo por algún problema con la configuración, me alegra la tarde. Los saludos de sus peques también. Como guinda, media hora de charla con los amigos del trabajo. Están todos y hacen que olvide que estoy cansado, que no siento los pies, que me muero de sueño y que aún me quedan por delante cuatro semanas de viaje, incluyendo la zona árabe y el norte de África, probablemente la parte más difícil de la aventura. He perdido las ganas de escribir y tampoco me apetece hablar con nadie para no quitarme el buen sabor de boca de las videoconferencias, así que me siento en el sofá del restaurante a ver pasar a la gente y a escuchar música. Se está bien y dejo pasar algunas horas.

Son más de las once de la noche y creo que es buen momento para subir a preparar la mochila. Saldré temprano y no quiero molestar a mis compañeros de habitación recogiendo mis cosas por la mañana. En unos minutos lo tengo todo empaquetado, incluyendo la ropa que acabo de recoger de la lavandería. No tengo sueño, así que vuelvo a bajar para buscar información sobre los trenes de Moscú a Kiev (pensando ya en el siguiente paso). Me alegra ver que existe una buena comunicación y que salen trenes a todas horas, incluyendo uno a media noche que llega a Kiev por la mañana temprano. Quizás tome ese, aunque por si acaso reservo una noche de *hostel*. Creo que puede merecer la pena pasar un día entero en Moscú. De todas formas, si al final decido irme el mismo día, no pierdo gran cosa porque la reserva se hace pagando menos de un euro. Por otro lado, tener una dirección donde pasar la noche puede ayudarme en la aduana. Creo que estoy listo para irme a la cama. Mañana será un bonito día. Si todo va bien, me subiré al mítico tren transiberiano y disfrutaré de un hermoso viaje de seis días por la estepa siberiana. Una ducha y a la cama.

Miércoles, 22 de julio de 2009

Cuando suena la alarma del reloj hace ya tiempo que la estoy esperando despierto. De hecho, no he dormido ni un solo minuto; estoy demasiado nervioso y me aterra la posibilidad de quedarme dormido y llegar a perder el tren. Es absurdo porque nunca me ha ocurrido nada igual, pero no me fío. Es curioso, pero si trato de ponerme a escribir, enseguida me puede el cansancio y me invade el sueño, pero si trato de dar una cabezada de unas horas, es imposible. Creo que mi cuerpo me está diciendo que no haga nada, que me limite a prepararme para el viaje, que espere despierto sin que nada pueda despistarme y que él se encargará de todo lo demás.

Mis compañeros de habitación van llegando. En la cama de al lado, un joven chino lleva toda la tarde con su portátil. Desde que he llegado no le he visto cambiar de posición. No tengo ni idea de lo que está leyendo, pero debe de ser interesante si es capaz de tenerte horas sin modificar la postura. En la litera que tengo encima se han acostado la americana y otra chica. Están viendo una película en el ordenador. Estoy arropado porque tenemos puesto el aire acondicionado a tope. Las luces están apagadas, aunque las pantallas de los ordenadores iluminan lo suficiente como para poder ver las bragas de la americana colgadas desordenadamente al pie de mi cama.

Las horas pasan y sigo sin hacer nada más que mirar las manchas de la tabla que hace de somier y que tengo a dos cuartas de mis narices. Ni siquiera tengo ganas de escuchar música y mucho menos de leer. Me echaría un Tetris si pudiera. Debí haberme instalado algunos juegos en el ordenador, una buena partida de Tetris o Sokoban me vendrían bien, me distraerían.

Por fin, recojo mis cosas y bajo a la recepción. Son poco

más de las cuatro de la mañana y quiero aprovechar un par de horas para tratar de saltarme la prohibición china y acceder al *blog* para colgar algunas entradas. Lo consigo, pero va tan lento que solo tengo tiempo de terminar una antes de que se me eche la hora encima. Tengo que estar en la estación a las siete por lo que quiero salir del *hostel* a las seis. Una hora es tiempo de sobra para llegar a la estación que está solo a tres paradas de metro (aunque la parada más cercana al *hostel* está a veinte minutos caminando).

Salgo a la calle y me recibe el mismo calor húmedo que me recibió hace ahora cuarenta y ocho horas. Vuelvo a tener las mochilas colgadas y no tardo en ponerme a sudar. Paso por delante del puesto de tortitas donde desayuné ayer y el chino me saluda de forma efusiva. Dos noches durmiendo en el mismo lugar y ya conozco al vecindario.

—Colega, tómate algo ¿no? —me dice con gestos.

—Qué va tío, paso. Voy a tirarle ya para la estación, que no quiero llegar tarde y todavía me queda un rato de callejeo por tu pueblo.

—Venga ya hijo, no seas mala pipa. Una tortita rápida, cojones.

—Ojú, no sé. Muy temprano ¿no?

—Anda ya, qué va a ser temprano. Venga, ¿cómo la quieres? ¿Le pongo una *mijilla* de miel?

—Venga anda, ponme un par de ellas, pero no me echas de miel, que está demasiado empalagosa y es muy temprano. Bueno anda sí, échale un poco.

—¡Claro hombre! Esto es lo mejor que te puedes tomar por la mañana, te da energía. Mano de santo, te lo digo yo que soy tu colega.

—Menos guasa, chino.

—Toma campeón. Son cuatro yuanes.

—Ayer me cobraste tres.

—Es por la miel, campeón.

—No tienes cara tú ni nada.

—No seas encogido, coño. Que para ti eso no son dineros.
Estírate
—Toma anda.



El insólito transiberiano

Llego a la estación y ni siquiera tengo que preguntar, porque enseguida encuentro mi tren en el panel, el K₃. Tengo tiempo de tomarme un café de supermercado mientras me conecto a Internet para enviar un par de correos antes de embarcar. Muy probablemente no tenga acceso a la red en los próximos seis días.

Para embarcar pasamos por varias puertas y un largo pasillo que desemboca en un túnel que cruzamos a oscuras. Al final del túnel, a la izquierda, una escalera que baja a los andenes. Allí esperan varios trenes, pero enseguida encuentro el mío. Su color verde oscuro, sus líneas amarillas y sus símbolos cirílicos lo delatan. He visto tantas fotos de este tren que podría reconocerlo entre un millón.

En cada puerta de cada vagón espera un revisor que, serio pero amable, me ayuda a encontrar mi compartimento. He comprado un billete de tercera clase, el más barato, pero el sitio no está mal. El verano pasado dormí en trenes cama mucho peores (recuerdo con especial horror el tren de Berlín a Amsterdam). Solo hay cuatro camas. Las dos de abajo, una de las cuales es la mía, hacen de asientos y las de arriba están plegadas. El vagón es alto, lo que hace que pueda estar sentado aun cuando las camas de arriba estén abiertas. Hace calor, en Pekín siempre hace calor. Un ventilador colgado de la pared tendrá que ser suficiente por ahora, aunque por suerte las ventanas pueden abrirse un buen trozo. Cuando estemos en

marcha se aireará el habitáculo, cuyo ambiente está ciertamente cargado. La iluminación artificial se limita a una de las dos barras fluorescentes de la lámpara del techo. Sobre las cabezeras de las camas, unos pequeños focos que no funcionan.

Entre las camas, pegada a la ventana, una mesa se mantiene firme a la pared. Está cubierta por un mantel blanco, arrugado y llenos de manchas amarillentas que debió de vivir tiempos mejores. Tiene los bordes algo deshilachados y da la impresión de que podría romperse con solo hacer un pequeño esfuerzo con los dedos. Debajo de la mesa, un viejo y abollado termo de agua vacío soportará malamente los traqueteos del tren refugiado en un aro metálico conectado a una base pesada mediante cuatro finas barras de hierro. Tendrá una capacidad de unos cuatro litros y creo que es al termo al que se refería Valérie cuando me hablaba de que cada mañana reponían agua caliente. La tapa, que debía servir de vaso, ha sido usada como cenicero y tiene negras quemaduras de cigarros pasados. Bajo las literas inferiores, unos cajones hacen de maleteros, y sobre las superiores, un pequeño compartimento a modo de desván. La ventana cuenta con una raída persiana de color gris que podrá usarse cuando pegue el sol de Siberia y la parte inferior de los cristales está cubierta por un fino visillo que hace juego con el mantel. El hueco del suelo que queda entre las dos camas inferiores está cubierto por una gruesa alfombra del mismo azul de la tapicería de los catres y respaldos. Es demasiado grande para el poco espacio, así que queda arrugada en los extremos, creando una especie de cordillera con aspecto de haber vivido muchos y crudos inviernos. En la parte interior de la puerta corredera que da acceso al pasillo, un espejo.

Cuando el tren arranca, estoy solo en el compartimento, así que dejo mis cosas desparramadas por ahí. Paso las primeras horas de viaje asomado a la ventana del pasillo, sacando la cabeza y notando el aire fresco en la cara. Esto no se puede hacer en los modernos trenes de la Europa *primermundista*.

Otro ejemplo de que la modernización acaba por joder más cosas de las que soluciona. En el pasillo conozco a Paul un tipo flaco y moreno, ecologista convencido, inglés de origen danés.

—Oye, ¿a ti te han dado *tickets* de comida? —me pregunta en inglés.

—Sí, me han dado uno para comer y otro para cenar.

—Aquí dice que la comida se sirve de doce a una y media, y es la una y cuarto. ¿No piensas ir a comer?

—He perdido la noción del tiempo. La verdad es que no tengo ni idea de dónde está el restaurante. ¿Quieres que vayamos juntos?

—Claro. Espera.

Entra en el compartimento que está a mi lado y sale con una chica, su novia. Se llama Helen y es australiana, risueña, de bonita sonrisa. Tiene cara de abuela y de no haber roto un plato en su vida. Los tres nos dirigimos al último vagón, donde suponemos que se encuentra el restaurante. No nos equivocamos. Se trata de un pequeño vagón, con ocho mesas llenas de gente. Dos camareros se afanan en servir la comida a la clientela, aunque la mayoría de ellos ya han terminado y se encuentran tomando una copa de sobremesa. Cuando llegamos no hay sitio para sentarse, pero una pareja se levanta al vernos.

—Nosotros ya hemos terminado —nos dicen.

—Gracias.

La comida consiste en una ensalada de col y lechuga, un bol de arroz y un par de albóndigas. Paul y Helen son vegetarianos, así que sustituyen la carne por un plato de huevo revuelto con tomate. Comemos bien, es agradable estar allí. Cada vez que lo pienso, me emociono. ¡Estoy almorzando en el transiberiano! Todo me parece especial allí, desde los manteles a las flores de plástico que adornan las mesas. Tomamos una cerveza china y charlamos un buen rato. Se nos une una pareja de irlandeses que come en la mesa de lado. Lo cierto es

que en el vagón no hay más que occidentales.

Cuando terminamos, nos vamos al compartimento de Helen y Paul. Ellos también están solos, así que podemos usarlo a nuestro antojo. Me enseñan a jugar a las cartas, a un juego que resulta ser el chinchón. Ríen cuando les digo el nombre que usamos en España y piensan, con razón, que parece un nombre chino. Pasamos la tarde jugando, tomando cervezas y picoteando. Yo no he subido nada de comida al tren y, por el contrario, ellos tienen de todo un poco. Antes de llegar a Pequín estuvieron en el sur de Asia: Malasia, Vietnam, Laos... y tienen mucha fruta fresca de allí. Ellos se dirigen a Ulán Bator, la capital de Mongolia.

Anochece. Han pasado ya más de doce horas desde que empezó el viaje y ni siquiera me he enterado. Después de tantos días de estrés, subirme a este tren ha resultado una liberación. No tengo que preocuparme de buscar autobuses, trenes o *ferries*. No tengo la incertidumbre de dónde pasaré la noche o de si necesito un visado para cruzar una frontera.

Subir al transiberiano es como tener unas vacaciones dentro de las vacaciones.

Me limito a disfrutar de cada momento, a respirar la atmósfera del tren y a ver el paisaje discontinuo de túneles y montañas rocosas.

Después de una parada de veinte minutos que hicimos a medio día, la siguiente es Erlian, el último pueblo de China antes de la frontera con Mongolia. Nos han repartido los formularios de rigor y cuando llegamos empezamos con los trámites. Van subiendo al tren, uno por uno, los diferentes funcionarios que nos van pidiendo los papeles. Uno de ellos no parece estar muy conforme con el mío. Creo que piensa que el de la foto no soy yo, y no le culpo. Tengo la barba muy poblada y el pelo se me ha rizado por la humedad y por no usar acondicionador después de lavármelo con jabón.

Mientras esperamos a que nos devuelvan los pasaportes, bajo del tren. En la estación hay un supermercado que viene

bien para hacer algunas compras. Mucha fruta, yogur, pasta, café y algunas conservas. La chica de la caja hace las cuentas de cabeza. Va cogiendo las cosas de mi cesta y poniéndolas en bolsas mientras murmura lo que supongo serán los precios y la suma total. Ninguno de los productos que he comprado tiene el precio, así que he de suponer que los conoce todos de memoria. Eso, o que se está quedando conmigo.

Cuando salgo del supermercado, el tren no está. Por fortuna, antes de que se me salga el corazón por la boca, encuentro a un grupo de gente que también hace el viaje y les pregunto. Me cuentan que el ancho de las vías cambia en Mongolia, así que tienen que adaptar las ruedas del tren. Tardarán un par de horas.

Esperamos sentados en los bancos del andén, pero hace fresco. Yo he bajado con manga corta y bañador, así que tengo que ponerme a andar para entrar en calor. Me pongo un poco de música y me doy algunas carreritas hasta que el tren vuelve a recogernos. Para entonces, el andén está lleno de gente que porta grandes maletas y cajas atadas con cuerdas. En un instante, el tren se encuentra abarrotado. No se puede andar por sus estrechos pasillos, así que dejo mis bolsas en el compartimento y vuelvo a bajar para dejar espacio a mis nuevos compañeros de viaje: un chaval chino, adicto a su iPhone y dos mochileras francesas. Una vez se han instalado, subo y coloco mi compra en el arcón que hay debajo de mi catre. Mientras lo hago empiezo a pensar que he comprado demasiado, aunque me justifico a mí mismo diciéndome que aún me quedan muchos días de viaje y me vendrá bien para volver a ganar algo del peso que he perdido, o al menos recuperar las fuerzas al cien por cien para el tramo final del trayecto.

La siguiente parada es el primer pueblo de Mongolia, así que volvemos a sufrir el papeleo. Las francesas tienen problemas. Al parecer les falta uno de los sellos de China, lo que motiva que tengan que vestirse y bajar del tren a toda prisa.

Apenas les dan tiempo a ponerse unos pantalones y se ven obligadas a salir con los zapatos en la mano. El policía mongol me mira una y otra vez, comparándome con la foto del pasaporte, y no se convence. Tiene un ojo un poco trabado, así que no puedo evitar empezar a reírme pensando en la situación. Se ofusca y dice algo en mongol, pero nada puede evitar ya mi risa tonta. Más me gustaría a mí. Llama a uno de los compañeros que revisa pasaportes en otros compartimentos y se repite la historia. Miran alternativamente mi foto y a mí, y niegan con la cabeza. Tienen que pasar hasta cinco personas por la misma situación hasta que una policía se acerca tanto a mí que podría contar los pelos que tengo en las cejas. Me señala la nariz y dice algo. Los demás, que presencian la escena, parecen convencidos. Creo que me han reconocido por la ligera torcedura de mi tabique nasal. La situación es realmente cómica, aunque el único que ríe soy yo. Ni aun cuando se convencen de que el pasaporte es mío se permiten una mínima sonrisa, sencillamente me lo devuelven con gesto serio.

Entretanto, las francesas han vuelto. Me explican aliviadas que, por fortuna, el problema se ha podido resolver con una llamada telefónica. Con todo el lío nos han dado las dos de la mañana y el sueño aparece de forma inevitable. Antes de irme a la cama, hablo con el encargado de nuestro vagón para ver si puede conseguirme un enchufe donde cargar el portátil. A lo largo del tren hay enchufes, pero son de cuarenta y ocho voltios, un voltaje insuficiente. Antes, mientras iba camino del vagón restaurante, me he fijado que en los compartimentos de primera tienen enchufes de doscientos veinte voltios, así que espero que el hombre pueda ayudarme. Se muestra amable con el gesto, porque nos comunicamos con señas, y me abre una puerta que da acceso a un baño con enchufes. Dejo el ordenador y quedamos en que lo recogeré por la mañana. Ahora me voy directamente a mi catre porque el sueño está a punto de vencerme al fin. Ha sido un día relajado y creo que eso es justamente lo que necesitaba para que mi

cerebro bajara de revoluciones y permitiera a mi cuerpo tomarse el descanso que se merece después de tantos días. Me tumbo y, mientras las francesitas leen y el chino recibe mensajes en su iPhone, me rindo al sueño.

Jueves, 23 de julio de 2009

Cuando despierto, la oscuridad en la habitación es total. Me pregunto qué hora será y casi no puedo creerlo cuando el reloj me responde que son las ocho y media. Ya ni recuerdo la última vez que me desperté tan tarde. Me alegro de haber tenido la feliz idea de bajar la persiana de la ventana hasta el final, no permitiendo entrar ni un solo haz de luz. Mis compañeros de habitación aún duermen, o eso creo hasta que me fijo en el pequeño resplandor que sale de la pantalla de iPhone del joven chino.

Mi primera idea es vestirme y salir al pasillo, pero luego recuerdo que estoy de vacaciones, que no tengo nada que hacer: no hay ciudades que visitar, no hay transportes que planificar, no hay alojamientos que reservar. Solo está el traque-teo del tren y una ventana que me permite asomarme al desierto de Gobi, ese lugar tan familiar para alguien que se ha criado leyendo los tebeos de Mortadelo y Filemón. Subo la persiana unos centímetros de forma que me permita asomarme. Ni siquiera tengo que cambiar de posición para ver el paisaje de colinas que desfilan al ritmo que marcan las calderas del tren.

Después de remolonear durante una hora, me levantan las ganas de desayunar. Me visto y salgo al pasillo que está lleno de gente que charla amigablemente o, simplemente, permanece asomada a las ventanas. Me acerco al compartimento de Paul y Helen y les encuentro preparando el desayuno.

—Buenos días.

—Buenos días. ¿Has podido descansar? —se interesan.

—¡Sí! Me he despertado a las ocho y media; luego he seguido un rato más en la cama, hasta ahora mismo.

—Vaya, me alegro. Ayer parecías cansado. Creo que este viaje en tren va a venirme bien para recuperar fuerzas para el

resto de tu aventura.

—Estoy seguro.

—Estábamos a punto de empezar a desayunar. ¿Te unes a nosotros?

—Claro, estoy hambriento. Ayer compré un montón de cosas; ahora vuelvo.

Vuelvo a mi compartimento y cojo algunas cosas: un cartón de zumo de melocotón, una botella de yogur líquido, una bolsa de plátanos, un tarro de fresas en almíbar y los últimos Weetabix que me quedan.

—Hacedme sitio que voy.

El desayuno es animado. En el compartimento también desayuna una pareja de chinos que dan buena cuenta de sendos platos de pasta. Por más que les ofrezco, no consienten en comer nada. Helen me explica que los Weetabix que compré en Cairns son toda una institución en Australia. Todos los niños desayunan esos cereales, e incluso hay competiciones para ver quien es capaz de comer más de una vez.

—Yo nunca llegué a comer más de dos —confiesa Helen.

—Yo me llegué a comer seis seguidos, pero es que estaba hambriento y no tenía otra cosa —le respondo.

Me cuentan las diferentes formas que existen de comérselos: mezclándolos con agua, con leche, con yogur...

—Cada persona tiene su particular forma. Unos los empanan, otros solo los mojan superficialmente para que se conserven crujientes, unos añaden azúcar, miel, nata, algo de fruta. En definitiva, hay todo un mundo que gira sobre los Weetabix —me sigue contando Helen.

—Yo los probaré migados en yogur —sentencio.

El desayuno se alarga durante más de dos horas en las que seguimos comiendo y charlando. Paul no deja de sacar frutas exóticas de su aventura por el sur de Asia y yo no puedo negarme a probarlas todas porque mi hambre es insaciable. Creo que el hecho de relajarme también ha favorecido eso. Es como si mi cuerpo quisiera volver a la normalidad, recuperar

sueño y energías ahora que nadie lo obliga a prescindir de ello.

El tren sigue devorando kilómetros de vías y cada vez está más cerca de Ulán Bator, el siguiente destino. Salgo del compartimento y dejo que la encantadora pareja prepare sus enormes mochilas. Para entonces, las francesas ya se han despertado, han recogido las literas y se encuentran sentadas leyendo. Puedo volver a mi sitio a acomodarme y a mirar por la ventana mientras escucho música.

El tren se detiene en Ulán Bator con exactamente dos minutos de adelanto respecto al horario previsto. La estación no es más que un ancho andén donde cientos de personas esperan impacientes, escrutando las ventanas con ansiedad. Entre la muchedumbre se distingue una docena de tipos que ofrecen alojamiento mostrando unas hojas plastificadas con fotos del hotel que promocionan. En unos segundos, todo el mundo ha descendido del tren, la gran mayoría cargando con pesados equipajes. Yo bajo a ayudar a Paul y Helen y, de paso, despedirme de ellos. Las francesas me han estado contando que Ulán Bator es una ciudad muy peligrosa y que ellas solo pasarán una noche allí antes de irse a los pueblos del interior. También me despido de ellas y del simpático Mr. iPhone.

Cuando se han ido todos yo aún tengo una hora por delante antes de que el tren vuelva a ponerse en marcha. Me gustaría ir a la ciudad a dar un paseo, pero no puedo. Mi visado es de tránsito, lo que me impide alejarme del tren. No quiero tener problemas con la justicia mongol. Me doy el paseo por el andén y cuando me canso vuelvo al tren. Mi vagón ha quedado prácticamente desierto. Toda la actividad que había esta mañana ha sido sustituida por un silencio absoluto. Una mujer da de mamar a su bebé un par de compartimentos más allá del mío y eso es todo. Antes de arrancar, se incorpora una familia de mongoles —padre, madre y niño revoltoso— que dan un poco de vida al vagón.

Son las tres de la tarde y la siguiente parada está prevista

para las diez de la noche en Naushki, un pueblo cerca de la frontera con Rusia. Me preparo algo de comer y paso el resto de la tarde asomado a la ventana, viendo cómo va cambiando el paisaje. Las secas colinas están ahora teñidas de verde que contrastan con el azul del cielo. Es como estar viajando por el escritorio de Windows.

Seguimos adelante y, poco a poco, empiezan a aparecer granjas y pequeñas casas de madera dispersas en el horizonte. Continuamente pueden verse rebaños de ganado pastando en los valles, caballos semisalvajes galopando e incluso grupos de camellos que miran el tren con desinterés. El paisaje es cada vez más verde y se acompaña de grandes charcas de agua y riachuelos donde beben las bestias. La tarde es larga hasta tal punto que tengo tiempo de arreglar las lamparitas de cabecera que no funcionaban y la persiana que tanto costaba subir y bajar. Si hubiera tenido un destornillador, hubiera solucionado el problema con la bisagra de la litera que tengo sobre mi cabeza y que casi le cuesta a una de las francesas dormir en el suelo.



Tres tristes traficantes

Al fin llegamos a Naushki, donde vuelve a llenarse el tren de gente que lleva consigo pesados bártulos. Tengo tres nuevos compañeros de viaje. Son tres hombres que —salta a la vista— se dedican a trapichear con cosas compradas a bajo precio en Mongolia. Nada importante, solo algunos bolsos y algo de ropa. Entran en el compartimento como tres elefantes en una cacharrería. Me han pillado por sorpresa, así que tengo mis cosas desperdigadas por los asientos, aunque a ellos no parece importarles. Se sientan encima de mi ropa o directa-

mente la apartan de un manotazo. Nada más llegar, se dedican a sacar bolsos de mujer de una de las varias mochilas que traen. Empiezan a repartir esos bolsos entre los compartimentos vecinos o los meten en el fondo de otras mochilas. Mientras lo hacen, uno de ellos se dirige a mí en un inglés muy básico. Tiene aspecto de boxeador, me recuerda a George Foreman.

—¿De dónde eres?

—De España.

—¡Ah, España! Buen equipo de fútbol y buen vino.

—Sí señor.

Seguimos hablando tonterías por el estilo mientras veo, perplejo, como uno de ellos está ocultando varios bolsos pegándolos con cinta adhesiva a sus piernas. Es un tipo bajo y muy delgado, un tirilla. Tiene una risa fácil y cuando sonrío sus ojos se cierran completamente. Ha logrado ponerse un bolso alrededor de cada uno de sus gemelos y otros dos en los muslos. Ha completado la operación poniéndose unos pantalones anchos. Más tarde descubriría que los otros dos también ocultaban bolsos bajo sus pantalones de chándal. El tercer tipo es el que menos me gusta. Es grande y fuerte, recuerda a Bestiáñez, el agente de la T.I.A. que se encargaba de ir a buscar a Mortadelo y Filemón para llevarlos ante la presencia del Súper. Se ha sentado a mi lado y no para de tocarme mientras trata de comunicarse conmigo. Casi no habla inglés y a cada intento fallido de decirme algo responde con una palmada en mi hombro. Me molesta, pero no digo nada, solo sonrío y trato de apartarme o hacerme el despistado. No para de decir que las chicas españolas son muy guapas y que se las follaría a todas, al tiempo que me recomienda que yo haga lo propio con las rusas. Después de tratar de ser simpático conmigo, intenta liarme para que diga que una de sus mochilas es mía. Le he entendido a la primera, casi antes de que abriera la boca, pero me he hecho el sueco, fingiendo que no entendía nada, y ha desistido. No tengo intención de decir que una de

sus mochilas, probablemente llena de artículos de contrabando, es mía.

Los tres están visiblemente nerviosos. Foreman me dice que no me preocupe, que solo estarán un par de horas, que cuando crucen la frontera se irán. Me alegro porque resultaría imposible dormir con el follón de bolsos que han montado. Han dejado el compartimento sin espacio para moverse.

Poco a poco vamos resolviendo los trámites fronterizos, empezando con rellenar los formularios. La primera revisión es de los agentes de inmigración rusos. Un tipo que viste una enorme gorra de plato nos hace salir del compartimento para que un soldado lo revise, cosa que hace en unos instantes. La inspección se limita a mirar debajo de los asientos y en el falso techo. No revisa los equipajes, por lo que deduzco que solo busca inmigrantes ilegales.

La segunda revisión es la médica.

La tercera es la que temen mis tres compañeros: la revisión de aduana. El agente es un tipo rubio, de aspecto decididamente ruso. Es joven, pero tiene una considerable panza. Viste con una impecable camisa blanca y un pantalón negro. Zapatos brillantes. Empieza a hablar con el tirilla, a quien pide que abra su bolso. Este lo hace, pero con cuidado de no mostrar lo que hay en el fondo. No sé si es porque yo sé que ocultan cosas, pero el caso es que la forma de rebuscar entre la ropa se me antoja muy sospechosa. Creo que el agente sabe que trapichean pero les pasa la mano. Aun así, todos ellos tienen que abrir sus bolsos y repasar que lo que llevan se corresponde exactamente lo con lo que han declarado en los formularios. Cuando casi han terminado, el agente señala la mochila que Bestiáñez trató de encasquetarme. Hábilmente la ha puesto junto a mi mochila sin que yo me diera cuenta.

—Es mía —le digo en español mientras me doy un par de palmadas en el pecho.

El agente me cree y comienza a sellar los formularios de los tres pájaros. Unos minutos después, la policía ya se ha ba-

jado del tren y nos ponemos en marcha. Cuando arrancamos, los tres tipos celebran su éxito estrechándome la mano. Foreman saca la cartera y me regala un billete mongol. No me está pagando, es solo un recuerdo.

—*Souvenir* —dice.

Es un billete de cincuenta, que imagino no tendrá demasiado valor, pero le agradezco el gesto. Les pregunto si han cenado algo y me dicen que no, así que abro mi arcón y saco algo de fruta, zumos y yogur. Los tres comemos y bebemos (el tirilla se ha quedado dormido en una esquina) mientras no para de venir gente por el compartimento para devolver los bolsos que repartieron cuando estábamos al otro lado de la frontera. La siguiente parada no tarda en llegar, así que recogen sus bártulos y se largan. Han logrado colar unos cuantos bolsos de piel de Mongolia que podrán vender a precio mucho más alto en Rusia.

—Me gustaría ir a España algún día, es un sueño que tengo, pero no tengo dinero —me dice Bestiáñez justo antes de irse.

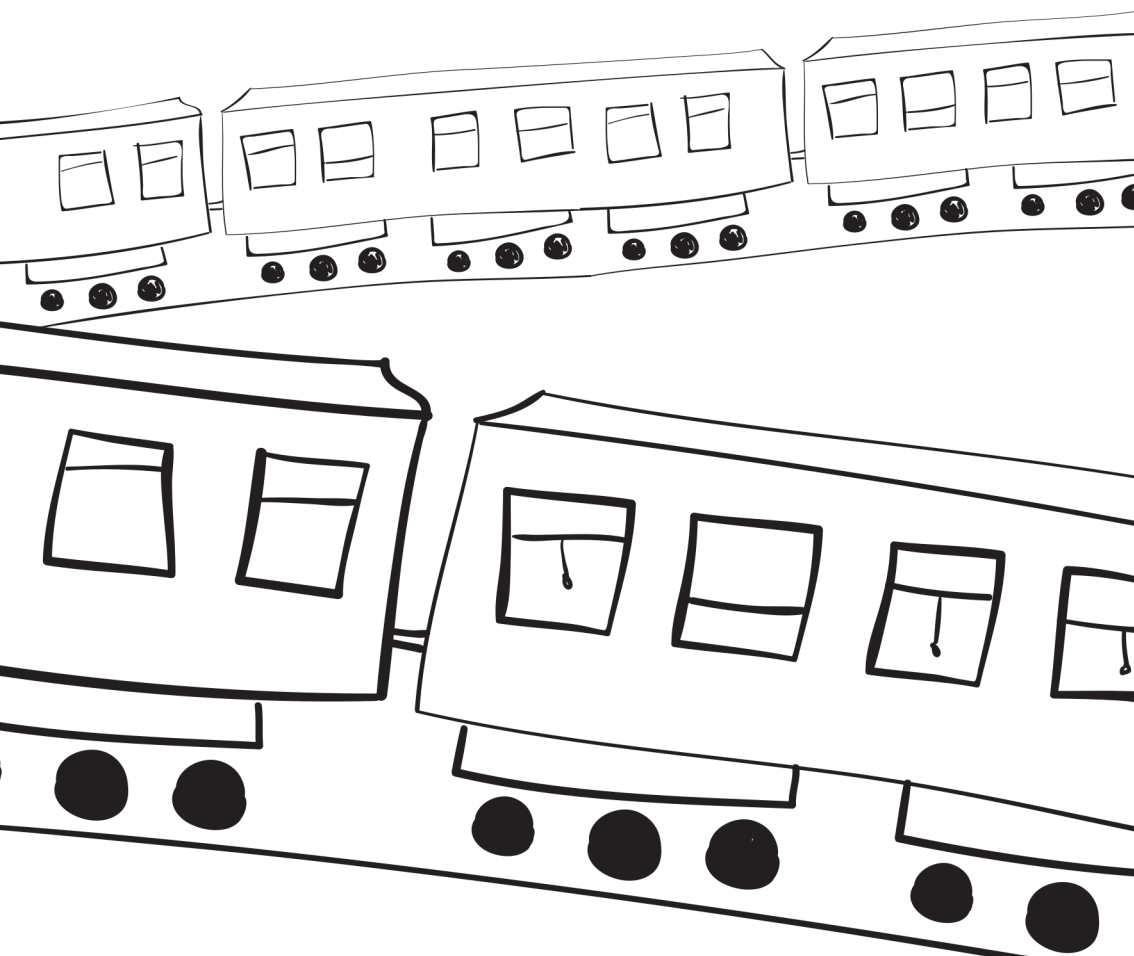
—Quieres follarte a una española ¿no? —le pregunto con una sonrisa.

—Me las quiero follar a todas —me responde dándome el último manotazo en el hombro.

Después de todo no parece mal tipo. Es un ingeniero químico ruso que perdió su empleo durante la perestroika y que ahora tiene que ganarse la vida vendiendo bolsos de contrabando para poder alimentar a su mujer y a su hija de cinco años.

Cuando les he perdido de vista, recojo las sobras de la fiesta, hago la cama, me desnudo y me dispongo a dormir. Son las dos de la mañana y tengo sueño, sin embargo no consigo dormirme hasta que el tren se pone en marcha. Creo que necesito el movimiento y el traqueteo de fondo, como el niño que no se duerme si no es en brazos de su madre que le acuna y le canta una nana.

europa del este



Viernes, 24 de julio de 2009

Me despierto al notar que el tren se detiene. Tras unos segundos de aturdimiento, me visto y salgo al pasillo. Está desierto. Es extraño porque por estas latitudes amanece a las cinco de la mañana, así que a las ocho ya está todo el mundo en marcha. Doy un paseo por otros vagones y no consigo encontrar a nadie, a excepción de los encargados, vestidos con sus camisas azules y sus gorras oscuras.

Al llegar al vagón de primera me encuentro con los dos americanos. Les conocí el primer día en el vagón restaurante, pero apenas hablamos, no fue más que una presentación más o menos formal.

—¿Qué pasa?

—¿Qué tal?

—¿Dónde se ha metido la gente? —les pregunto.

—Eso mismo estábamos diciendo nosotros. El vagón restaurante está cerrado y por aquí no se ve a nadie.

—Por los vagones de allí atrás no hay nadie, desde luego. Creo que estamos solos.

Charlamos un rato y vuelvo a mi compartimento para desayunar algo. Desde que decidí organizar mis horarios de comida y aumentar las tomas de hidratos de carbono, soy muy estricto. Ya no me quedan cereales, así que tendré que arreglármelas con un paquete de galletas que me dejaron Paul y Helen antes de irse. Acompaño con algo de fruta y yogur.

Cuando termino de comer salgo a buscar al encargado de mi vagón, Sacarino. Es un buen tipo y, aunque solo nos comunicamos por señas (ni siquiera sé si es chino, mongol o ruso; tiene una cara que podría ser cualquiera de las tres cosas), nos llevamos bien. Creo que le caigo simpático porque tengo en el compartimento una bolsa donde voy echando la basura. El resto de pasajeros de tren no se molesta en esas tonterías y

tira las cosas al suelo. Sacarino se encarga de mantener limpio el vagón número seis, así que todas las tardes pasa con su bolsa de basura recogiendo los desperdicios de los pasajeros. Cuando llega a mi compartimento, me sonríe dándome las gracias por tener el sitio limpio, vacía mi bolsa y vuelve a dejarla donde estaba. Después de terminar de recoger la basura, pasa una vieja aspiradora asmática con tan poca potencia que tiene problemas para recoger los insectos muertos de la alfombra del pasillo.

Le pregunto dónde está el resto de la gente y me dice que no hay nadie más, al menos en nuestro vagón. Solo estamos él y yo. Le pido que me diga por dónde vamos y me responde que estamos cerca de Irkutsk. Me asomo a la ventana y el paisaje confirma lo que me ha dicho Sacarino. Frente a mí se muestra el magnífico lago Baikal, a orillas del cual se encuentra Irkutsk. Hace un día claro y soleado, aunque no hace calor. Aun así, para la gente de este lugar es suficiente para animarse a acercarse a la playa del lago.

Me quedo un rato más admirando el paisaje, pero pronto me canso y vuelvo a mi sitio a escribir un rato. Tras eso, sin saber muy bien qué hacer (no puedo permitirme ponerme a ver películas en el ordenador como me gustaría, porque la electricidad es un bien escaso aquí), me tumbo a escuchar música. No tardo ni dos canciones en quedarme dormido, para despertar horas más tarde por mor del olor a comida que me llega de la pequeña cocina de Sacarino. Deben de ser las doce, hora a la que suelen almorzar aquí. Busco en mi arcón y decido comerme un *noodle* y unas naranjas. Luego me vuelvo a tumbar hasta dormirme de nuevo.

Pasaré el resto del día durmiendo, levantándome de vez en cuando solo para ir al baño y comerme alguna manzana. Al fin logro pasar un día sin hacer absolutamente nada. Llevaba semanas, incluso antes de empezar el viaje, buscando un día de estos pero, por unas cosas o por otras, no logré encontrar el momento. Ahora al fin lo he logrado. Duermo y duermo sin

sentirme culpable por ello, sin tener la sensación de estar desperdiciando el tiempo. Al contrario, me siento como si estuviera cargándome poco a poco, conectado a uno de los enchufes de cuarenta y ocho voltios que hay repartidos por los pasillos del tren, mientras escucho música y pienso en cosas que debiera enterrar.

Do I love you? Yes, I do.

Sábado, 25 de julio de 2009

Me despierto con la luz que entra por la ventana. Anoche olvidé bajar la persiana, así que las primeras luces del alba me dan directamente en la cara, en los ojos, y me despiertan inevitablemente. Consulto el reloj, que trata de engañarme diciendo que son las dos de la mañana. No puede ser.

Me incorporo, enciendo las luces y vuelvo a mirarlo. Insiste en que son las dos y pico. Debe de haberse parado, así que acudo al bolsillo de mi pantalón para consultar el reloj que tengo con la hora de España. Allí es medianoche, y en Rusia son dos horas más, así que tendré que creerme que son las dos de la mañana. El territorio ruso es tan grande que abarca varios husos horarios. En la última parada que hicimos sincronice mi reloj con la hora que marcaba el de la fachada de la estación. Imagino que será la hora en Moscú, pero aún estamos a miles de kilómetros al este de la capital. El caso es que aquí amanece a las dos. Es para volverse locos; mi cuerpo está totalmente descontrolado, ya no sabe si tiene que estar despierto o dormido, así que tengo que ser yo quien decida que a las dos de la mañana es de noche y hay que dormir. Bajo la persiana hasta el fondo y vuelvo a la cama. A partir de ahora me convertiré en Apolo: yo ordenaré cuándo es de día y cuándo de noche. Yo conduciré la carroza del sol.

Vuelvo a despertarme a las cuatro y a las seis. Ya es buena hora para levantarse, coger algo de agua caliente del termo y asearme. No tengo absolutamente nada que hacer, así que estoy tentado de volver a leer a Cortázar. Lo tengo ahí, al alcance de la mano, pero sé que zambullirme en el universo de *Rayuela* va a hacer que se me quiten las ganas de escribir.

—Dejarás de escribir —me dice Natalia en mi cabeza.

No quiero dejar de hacerlo, pero tengo que abrir ese libro y seguir leyéndolo. Lo hago. Paso dos horas devorando con

ansiedad las finas páginas del libro antes de parar para desayunar algo. Solo lo hago por mantener cierto orden en mi alimentación, pero no tengo hambre. ¡Cómo habría de tenerla si lo único que hago es dormir! Me como exactamente seis uvas. Seis, como el número de mi vagón, como el número de mi compartimento, como el número de días que dura el viaje. Seis uvas seis, ese es mi desayuno. Seis uvas y seis sorbos de agua china del botellín de los *all blacks* que me compré en Nueva Zelanda. Tengo sueño, creo que dormiré un rato.

Dormir, despertar, leer, escuchar música, dormir, despertar, asomarme a la ventana, dormir, despertar, escribir, dormir, despertar, asomarme a la ventana, leer, escribir, oír música, llorar, dormir, despertar, subir la persiana, bajar la persiana, dormir, despertar, matar insectos, hacer la cama, deshacer la cama, leer, beber agua china, andar por el pasillo, mirar el paisaje, sacar la cabeza por la ventana, sacar medio cuerpo por la ventana, gritar, leer, dormir, despertar, matar insectos, dar saltos sobre mi catre, oír música, leer, dormir, soñar. Llueve.

Estar a solas conmigo es muy duro.

Treinta y ocho y treinta y nueve. Una sola palmada me ha bastado para matar a estos dos. En el rato que llevamos parados he matado ya a treinta y nueve insectos. En los últimos dos días habrán sido cientos, pero no llevo la cuenta, claro. He probado a cerrar las persianas, la puerta, apagar las luces y a esconderme debajo de las sábanas, pero acaban entrando y dando conmigo.

Cuarenta.

Los hay de todo tipo: voladores y terrestres, grandes y pequeños. Los hay incluso con aspecto agradable; a algunos de ellos ni siquiera los había visto en mi vida. Todos corren la misma suerte: morir aplastados por mi mano implacable. Al principio me ayudaba de instrumentos como mis zapatillas o cualquier prenda que tuviera al alcance, pero hace ya tiempo que empleo mis manos desnudas. Son más efectivas, más certeras. Ya no me da asco el líquido negruzco que sale de sus tripas ni el polvo áspero que desprenden sus alas. No me afecta el crujido sutil de sus órganos al reventar.

Cuarenta y uno.

La lámpara está llena de ellos, que revolotean intentando acceder al foco de la luz, tropezando una y otra vez contra el plástico que recubre la bombilla. De vez en cuando se cansan y bajan a buscarme, sin saber que les estoy esperando con mis manos cargadas. No tengo otra cosa que hacer que matar insectos. Se ha convertido en el pasatiempo perfecto. «Se rompió la cadena que ataba el reloj a las horas» y no necesito saber la hora que es porque el tiempo ha dejado de regir mi comportamiento. Duermo veinte horas al día y las cuatro restantes las dedico a asomarme a la ventana, a matar insectos y a tratar de desenmascaramme de una vez, de saber qué cojones estoy tramando sin saberlo.

Aquí amanece a las dos de la mañana, pero eso no me dice

nada. Soy yo quien decide, subiendo y bajando las persianas, cuándo es de día y cuándo de noche. He dejado de comer; hace ya dos días que no lo hago. ¿Para qué? No necesito energía para dormir y menos para matar a estos pequeños hijos de puta que tratan de colarse por mis oídos para dejar huevos que se conviertan en larvas que puedan darse un buen festín a costa de mi masa cerebral. Van listos si creen que van a poder conmigo. Cuarenta y dos y cuarenta y tres.

El mecanismo de ejecución es sencillo. Los aplasto con mis dedos. Para algunos, los más grandes, debo emplear toda la palma de mi mano. Luego dejo que su cuerpo inerte caiga sobre la alfombra, cementerio improvisado, desde donde serán absorbidos por la aspiradora de Sacarino, que llega todos los días puntual a su cita. Los más grandes, sobre todo las enormes libélulas cuyas alas tienen el tamaño de un lápiz, las recojo del suelo asiéndolas por las patas y las dejo en la bolsa de la basura que cuelga a los pies de mi catre. Tengo ya una decena de ellas en la bolsa. Cuarenta y cuatro.

Ya es suficiente por hoy, quiero dormir un rato. No tengo sueño, pero no necesito tenerlo para dormirme. He encontrado un interruptor que hace que mi cuerpo pase a estado de reposo y que mi cerebro desconecte. No tengo más que pulsarlo para caer en un estado soporífero que enseguida deriva en un profundo sueño, en el que, no obstante, permanece un brazo de guardia que se encarga de matar mecánicamente a todos los insectos que se atreven a posarse sobre mi piel. Me desnudo y me meto debajo de las arrugadas sábanas. Hace frío, así que añado una manta que apenas me llega de los pies al pecho. Alguien decidió comprar mantas cuadradas, ideales para merendar en el parque, pero insuficientes para arropar a un hombre de ciento ochenta centímetros en las frescas noches del verano siberiano. Me coloco los auriculares aunque no pongo música (tengo que racionar las pilas que ya escasean). El único objetivo es impedir que alguno de estos malditos bastardos se atreva a entrar.

En cuestión de minutos estoy dormido. Casi podría decir el momento exacto en que caigo en el sueño; noto cómo viene y de pronto ya está. Es fantástico. Daría lo que fuera por mantener esa capacidad fuera del tren, pero sé que no será así. Sé que se trata de un súper poder que me ha sido concedido solo durante los seis días de trayecto, y lo acepto.

Algo altera mi sueño. En principio no sé qué es exactamente. Los días me han hecho inmune a todos los ruidos del tren y no hay nadie más en el vagón. Presto atención y puedo oír algo. Es un zumbido que proviene de mis pies, como un aleteo amplificado. Trato de no hacer caso y volver a dormir, pero no puedo. Mis sentidos se encuentran totalmente enfocados a detectar el origen de ese zumbido. Ahí está de nuevo. El corazón se me empieza a acelerar y la boca se me seca. No sé qué podrá ser. Tengo miedo a encender la luz, pero no me queda otro remedio. Saco el brazo de debajo de la manta, donde se encuentra seguro, y activo el interruptor. Nada fuera de lo común. El compartimento sigue exactamente igual que estaba antes de irme a dormir, exactamente igual que los dos últimos días.

Dejo la luz encendida y vuelvo a tumbarme, cuidando de mantener los ojos y los oídos bien abiertos. De nuevo el zumbido. Cada vez se hace más largo y continuo. Proviene de la bolsa de la basura que cuelga sobre mis pies. Me acerco con cautela y miro con atención. El plástico es semitransparente, de manera que pueden distinguirse las formas de toda la porquería que he ido acumulando. Hace dos días que Sacarino no la vacía, así que está a punto de rebosar. Ahí está, puedo ver el origen del zumbido. Son las alas de una polilla al rozar la bolsa. Es de las grandes, y por eso ha tenido el honor de acabar en la bolsa en vez de en la alfombra, como la mayoría. Está pegada al plástico, lo que hace que pueda verla con claridad. Tiene el cuerpo horriblemente deformado, con las tripas desparramadas. Aun así, de alguna manera consigue mover las alas en un vano intento de salir de ahí. Juraría que la maté

hace más de un día. La recuerdo porque lo hice mientras dormía. Noté cómo se paseaba por mi cuello y fue aniquilada por un certero y mortal manotazo, que al tiempo agarró su cuerpo aplastado y lo dejó dentro de la bolsa. Apenas dediqué unos segundos a mirar a la víctima y admirar su tamaño antes de volver a dormirme.

Y a pesar de todo ahí sigue aleteando.

Le doy el toque de gracia destrozando lo que queda de su cuerpo con mis dedos pulgar e índice. Aun a través de la bolsa puedo notar la viscosidad de sus tripas frías. De nada sirve, sus alas siguen agitándose y provocando el zumbido. Ya están despegadas del cuerpo, así que cualquier acción que hagan mis dedos sobre este es completamente inútil. Me dispongo a terminar con las alas de una vez cuando escucho otro zumbido, un poco más agudo que el que venía escuchando hasta ahora. Tras ese, otro y otro. Ya son varios. Son tantos que se confunden en uno solo y continuo. Todos salen de la bolsa y todos están provocados por el aleteo de las decenas de insectos muertos que hay ahí dentro. Tienen tal fuerza que consiguen que la bolsa empiece a temblar. El tren está parado, pero la bolsa se mueve visiblemente. Me alejo en un gesto de miedo instintivo. Debería coger la bolsa y tirarla por la ventana, pero creo que es demasiado tarde. El instante de duda ha hecho que los insectos hayan empezado a salir, con sus alas tirando de sus deformes cuerpos y sus antenas dirigidas hacia mí. Mientras admiro aterrado cómo la bolsa vomita engendros voladores que hacen zumbar sus alas, puedo notar cómo algo sube por mis pies desnudos. Necesito hacer acopio de todo mi valor para atreverme a mirar y comprobar que los pequeños cadáveres de insectos que yacían sobre la alfombra han empezado a levantarse. Los que aún conservan las alas comienzan a usarlas para volar a mi alrededor y los demás trepan por mis pies, mis tobillos, mis piernas. Estoy paralizado por el miedo y no hago nada.

En unos minutos, mi cuerpo está lleno de insectos defor-

mes. Me cubren por completo, de los pies a la cabeza. Sigo completamente paralizado y desconozco si se trata simplemente del miedo o es alguna sustancia que me haya sido inyectada por los agujones de algunos de estos pequeños cabrones con sed de venganza. Sea como sea, nada puedo hacer más que mirar cómo me invaden. Si aún me mantengo de pie es solo por la fuerza que ejercen sobre mí, pues no tengo más control sobre mis músculos que el que tengo sobre las ruedas del tren donde voy subido. El pequeño ejército de monstruos deformes se afana en destrozarme. Creo que tienen como objeto descuartizarme y dejar mis restos tirados por la alfombra.

En el suelo, unos pequeños escarabajos voladores unen sus fuerzas para ir arrancando, una a una, las uñas de mis pies. Es necesario una docena de ellos para despegar la uña de la piel, aunque una vez dado el primer paso, el resto es fácil y solo requiere de un par de ellos. La uña del pulgar es un caso especial y son necesarios casi cincuenta escarabajos para sacarla. Incluso reciben la ayuda de un ciempiés que se tumba a lo largo del borde interior de la uña desde donde coordina los esfuerzos de los negros peones. Una vez sacadas las diez uñas, se lanzan a devorar la carne viva que ha quedado a la luz. Lo hacen con pequeños mordisquitos y en cuestión de minutos ya han llegado al hueso, que lamen con impotencia durante unos instantes antes de darse por vencidos y tomar la decisión de seguir mordisqueando piel y carne pie arriba. Han terminado con mis dedos y avanzan por el pie. Desde mi posición puedo ver cómo no tardan en acabar con toda la piel que recubre el pie y continúan el festín con los tendones y la carne que recubre los huesos. Casi resulta divertido ver mi flaco y amarillento esqueleto, limpio como una patena.

El dolor es blanco y brilla.

Mientras los escarabajos dan buena cuenta de mis pies, unas pequeñas moscas que se mueven a tal velocidad que apenas puedo verlas, se emplean en mis manos siguiendo la

misma operación. Primero me quitan las uñas, que lamen entusiasmadas, y luego se encargan de devorar con ansia la piel y la carne. Creo que la carne pegajosa que queda justo debajo de la uña es la parte más sabrosa, porque se pelean entre ellas por alcanzar siquiera un bocado que las deje satisfechas.

Cada vez hay más bichos cubriéndome. Han encontrado un mecanismo para multiplicarse que consiste en dejar huevos en mi estómago, que cumple las condiciones ideales de oscuridad y humedad. Decenas de moscas entran por los agujeros de mi nariz y por mi boca para depositar centenares de huevos que no tardan en eclosionar. Luego, cada cierto tiempo, una mariposa que se ha situado sobre mi lengua, aletea, estimulando con ello mi campanilla, provocándome arcadas que dan como resultado un vómito vivo de insectos recién nacidos. La operación se repite una y otra vez, de forma que soy una fábrica que pare insectos sin descanso, los mismos insectos que inmediatamente se dedicarán a devorarme.

Mientras los escarabajos avanzan por las piernas hacia arriba y las pequeñas moscas hacen lo propio con los brazos, los mosquitos se dedican a perforarme los ojos. Lo hacen con sus pequeños agujones y de forma sistemática. Una decena en cada ojo pincha y pincha sin que pueda hacer nada (el párpado, para evitar estorbos innecesarios, fue debidamente retirado al comienzo de las operaciones por una cuadrilla de tijeretas). Mientras los machos hacen agujeros, las hembras los usan para dejar huevos dentro del globo ocular, que ha sido secado. Acumulan dentro de mi ojo tantos huevos como caben y, en cuestión de minutos, cuando las larvas empiezan a salir reclamando su espacio, provocan la explosión de las esferas blancas. Las dos lo hacen casi al mismo tiempo, emitiendo un sonido sordo y apagado. Los nervios que han quedado colgando son ávidamente succionados por las hembras, mayores en tamaño a los machos y por tanto más fuertes. Chupan y chupan hasta dejarlos secos, momento en el cual se retiran, permitiendo a los machos terminar de devorar los hilos

secos que crujen con cada mordisco. A partir de que mis ojos han reventado, las cuencas constituyen un buen punto de acceso al interior de mi cabeza. Se convierten en dos autopistas por donde circulan todo tipo de bichos, algunos deformes y otros recién nacidos de mi estómago.

En mi espalda, un grupo de arañas lleva tiempo bajando por mi columna vertebral, descosiendo la piel en cada vértebra y creando una especie de cremallera que va desde mi cuello al coxis. Creo que quieren usarla para desollarme de forma limpia, de la misma manera que me quitarían una camisa. Así lo hacen, pero requieren la ayuda de libélulas, cucarachas, langostas y otras especies voladoras. El espectáculo es formidable: cientos de bichos voladores asen mi piel y tiran, dejando mi espalda en carne viva. Tiran con tanta fuerza que acaban arrancando la piel de mis glúteos. A estas alturas, los escarabajos ya han devorado toda la piel de mis piernas y las moscas hace tiempo que terminaron con mis brazos, de forma que mi cuerpo está formado ahora por unas piernas y unos brazos de hueso, y un tronco que está siendo despellejado lenta y esforzadamente.

Mientras las especies voladoras repiten la operación con la piel de mi torso, unas minúsculas hormigas se han colado por las cuencas de los ojos, han llegado al cráneo y se han situado justo debajo del cuero cabelludo. Desde allí, succionan la raíz de mis pelos, devorándolos como si fueran fideos. Son tantas que apenas tienen un cabello para cada una de ellas. Cuando terminan con todos, y mi cabeza está lisa como una bola de billar, unos pequeños insectos verdes que se mueven a saltos atacan mi piel haciendo agujeros como los de un queso de gruyer. Los orificios se van sucediendo hasta que se unen unos con otros, dando como resultado la desaparición total de la piel.

Las hormigas, una vez terminaron con los cabellos, se pusieron inmediatamente con los pelos de la barba, cejas y orejas, dejando mi rostro impecablemente imberbe. Un ejército

de lombrices se encargan de terminar con la piel y músculos de mi cara, dejándome con esa ridícula sonrisa que lucen los esqueletos.

Mientras tanto, los bichos voladores ya han terminado de desvestirme completamente, dejando que mis órganos resbalen y caigan por su propio peso a mis pies. El corazón, los pulmones, riñones, hígado, estómago e intestinos se mezclan de forma viscosa y son pasto de millones de pequeños insectos con sed de venganza. El estómago sigue unido al cuello y a la boca mediante el esófago, por lo que yo sigo vomitando enemigos sin parar. Todos parecen saber que no deben tocar ninguno de los órganos relacionados con la fábrica de hermanos, así que cuando terminan con todo lo demás, se dirigen directamente a mis genitales, un pequeño postre que apenas dura unos segundos. Cada vez son más bocas que alimentar y empieza a escasear la comida. Todo mi cuerpo se reduce ya a un esqueleto con cerebro (nadie se ha atrevido a tocarlo) y estómago conectado a la boca.

De repente, alguien da la orden y la fábrica deja de funcionar, ya son suficientes. Es un alivio dejar de vomitar. En un suspiro, mi estómago ha desaparecido y se halla repartido entre los estómagos de miles de pequeños malnacidos.

Soy un esqueleto con cerebro, y eso hace que se retiren todos, dando paso a una turba de enormes escarabajos del tamaño de pelotas de tenis, armados con firmes mandíbulas como tenazas. Con ellas empiezan a hacer crujir mis huesos, empezando por las falanges de los dedos de los pies y continuando con el resto del pie, tobillo, tibias y subiendo sistemáticamente. Usan las tenazas para hacer crujir el hueso como si fuera un marisco, dejando a la vista el tuétano viscoso, que es deglutido por la procesión de gusanos que sigue a los escarabajos y que se introducen por las grietas de mis quebrados huesos, haciéndome cosquillas con su gracioso reptar.

En tan solo unos minutos he quedado reducido a un cráneo apoyado sobre la alfombra azul de mi compartimento.

Todos se han ido y pienso que todo se ha acabado cuando noto como una polilla se apoya en mí. Tiene el tamaño de una lechuza y ha introducido su larga y flexible trompa por mi nuca hasta alcanzar de lleno el cerebro.

—*Gora Euskadi, gora ETA* —parece decirme.

Empieza a sorber a intervalos regulares. Mientras lo hace, los escarabajos han vuelto con sus tenazas y han reducido mi cráneo a polvo, que es esnifado por un grupo de babosas que engordan visiblemente a medida que se van aspirando el blanco polvo. La polilla sigue sorbiendo y secando mi cerebro hasta dejarlo como una pasa del tamaño de una nuez.

Eso soy ahora, una nuez tirada en el suelo. Todos se han ido, me han dejado solo y a oscuras en el centro del compartimento. Paso así unos minutos inciertos hasta que la puerta se abre. Es Sacarino, que viene a pasar la aspiradora.

Domingo, 26 de julio de 2009

La división del tiempo en tramos de veinticuatro horas ha perdido sentido. Aquí solo hay tiempo y nada más; no hay divisiones, no hay rutinas que marquen los días de la semana. Hago lo que quiero en cada momento. Me he quitado el reloj de la muñeca porque no quiero que me coarte lo más mínimo. Vivo en una burbuja, aislado de todo. No tenía ni idea de que algo así pudiera ser tan reconfortante. Creo que era algo que necesitaba, no ya como parte del viaje, sino como parte de mi vida. Necesitaba estos días de aislamiento, de desintoxicación de mi vida, de mí mismo. Un cara a cara con mi yo real, desnudo.

Ha sido entonces cuando he conocido a Pier.

Las puertas del baño son viejas y están oxidadas. Eso ha provocado que, una de las veces que he ido a lavarme la cara para tratar de mantenerme despierto durante un par de horas al menos, se haya quedado atascada. Después de intentar abrirla durante un buen rato, he empezado a desesperarme y he gritado pidiendo ayuda, confiando en que Sacarino estuviera por allí. No ha tardado en sonar el clic del pestillo y la puerta se ha abierto. Al otro lado, un tipo alto y delgado a quien no había visto hasta entonces. Tiene la piel pálida y viste completamente de negro, incluyendo un gorro de lana que lleva calado por debajo de las cejas. Tiene una cara casi inexpresiva, pero creo que me sonrío.

—Gracias tío, me has salvado la vida —le digo agradecido—. Maldita puerta.

—No te preocupes, no es nada —me responde—. Estaba aquí tumbado cuando te he oído gritar.

—¿Vas a Moscú?

—Sí. Me subí en este tren en Pequín y ya voy teniendo ganas de llegar, se hace un poco largo.

—Es cierto, pero sospecho que cuando lleguemos lo voy a

echar de menos, no me preguntes por qué.

—Es posible, el tren engancha.

—¿En qué vagón estás? —le pregunto para evitar que la conversación decaiga.

—En este mismo.

—¿En el seis? Vaya, pensaba que estaba yo solo.

—Sí, en el seis. Llevo aquí desde el principio, aunque últimamente salgo poco.

—Yo tampoco salgo mucho. Bueno, pues muchas gracias por sacarme de ahí. Ya nos veremos por ahí.

—Claro.

Vuelvo a mi compartimento y me tumbo a leer. No tarda en volver a vencerme el sueño. No sé cuánto tiempo ha pasado cuando me despierto sobresaltado. Aun antes de abrir los ojos noto que hay alguien más en el compartimento. Cuando miro, puedo distinguir en la oscuridad una silueta, una sombra.

—Lo siento, no quería despertarte —dice la sombra.

—¿Quién eres? ¿Qué haces aquí? —pregunto algo aturrido.

—Soy Pier. He venido por si necesitabas compañía. Antes me dio la impresión de que te sentías un poco solo.

—¿Cómo coño has entrado? Siempre cierro la puerta cuando voy a dormir.

—Solo abrí, nada más. Tal vez lo olvidaste esta vez.

Me incorporo y abro las persianas para que entre algo de luz. Pier está sentado en el catre que hay frente a mí, mirándome fijamente con cara inexpresiva.

—Joder, deberías haber llamado. No puedes entrar así en los compartimentos de los demás. Son privados.

—Lo siento. No te habrás enfadado conmigo ¿verdad?

—No, da igual, qué más da. No preocupes.

—Eso es una de las cosas que te hace débil, nunca te enfadas con nadie.

—¿Cómo?

—Siempre haces igual. Da igual lo que te hagan, siempre buscas la manera de excusar a quien te hace algo. Nunca te enfadas. ¿Sabes?, me sacas de quicio cuando haces eso.

—¿De qué coño me estás hablando? Ni siquiera me conoces.

—Te conozco mejor de lo que piensas. ¿O acaso me equivoco con lo que te estoy diciendo?

—Trato de ser respetuoso con los demás y procuro ponerme en sus zapatos antes de enfadarme o emitir algún juicio.

—Eres una maricona incapaz de poner los cojones sobre la mesa y darle a cada uno lo que se merece.

—Te estás pasando. Por favor, vete.

—Te estás pasando. Por favor, vete —repite con tono de burla—. Entro en tu compartimento, te digo maricón a la cara y lo único que haces es pedirme por favor que me vaya. ¿Ves lo que te digo?

—¡Lárgate ahora mismo!

—¡Guau! Ha dicho «lárgate» y ni siquiera lo ha pedido por favor.

—¡¿Qué coño quieres?!

—Quiero ayudarte. Quiero hacer que cambies, que veas las cosas tal y como son en realidad.

—Yo ya las veo tal y como son en realidad, no necesito tu ayuda.

—Te equivocas, la necesitas. Tienes una opinión irreal de la gente que te rodea. Tiendes a ver a todo el mundo como buenas personas y no es así. Es todo lo contrario. Son todos unos falsos, hipócritas hijos de puta que están ahí solo para joderte a la mínima oportunidad.

—No digas eso, no es cierto.

—Vives en tu mundo de fantasía donde todo el mundo es maravilloso y hasta la mierda huele bien, pero eso es irreal. ¡Despierta coño!

—Ya estoy despierto.

—No lo estás ni de lejos. Te pondré un ejemplo. ¿Qué opinas de Sacarino?

—Es un buen tipo. Creo que le caigo simpático.

—¡Gilipollecés! ¿Sabes que se ríe de ti con sus colegas? Todas las tardes, cuando organizan su partida de cartas, empieza a decir cosas horribles sobre ti. Te ridiculiza delante de todos.

—Eso no es cierto.

—¿Y por qué no iba a serlo? Te lo estoy diciendo yo, que lo he visto y hablo su idioma. Ellos no lo saben, pero entiendo todo lo que dicen. Como creen que no me entero de nada, no se cortan cuando estoy presente. Se ríen de ti. ¿Sabes cómo te llaman? El náufrago. Se refieren a ti como el náufrago. Eres el hazmerreír del tren.

—Eso no está bien, yo siempre le he tratado con respeto.

—Pero él a ti no. ¿Es que no lo ves? La gente es así, te ofrece una cara falsa para que te confíes y no imagines la realidad, pero la realidad es que Sacarino es un maldito cabrón hijo de puta, como todos los demás. Nadie te respeta.

—Bueno, pues que le den. Que se ríen a gusto, yo paso.

—Maldito cobarde. Es eso lo que tienes que cambiar.

—¿Cambiar? ¿Y qué se supone que tengo que hacer?

—Empieza por darles una lección, que aprendan que no pueden ir riéndose de la gente.

—¿Una lección?

—Mátalos a todos.

—¿Qué? ¿Estás zumbado? ¿Pero qué coño dices?

—Mátalos a todos.

—¡Lárgate! ¡Déjame solo!

—Si es lo que quieres, me iré, pero piensa en ello. Merecen morir, todos lo merecen. Te ayudaré a hacerlo.

—Maldito chiflado, lárgate.

Pier se levanta muy despacio, sin dejar de mirarme. Su cara no cambia de expresión, sigue manteniendo esa especie de media sonrisa que me provoca escalofríos. Se marcha ce-

rrando la puerta tras de sí. Vuelvo a estar solo, sin saber muy bien qué hacer. Sus últimas palabras se repiten en mi cabeza una y otra vez, como un eco que nunca acaba: «mátalos a todos», «mátalos a todos», «te ayudaré a hacerlo».

Trato de retomar el libro, pero no puedo pensar en otra cosa que no sea lo que acaba de ocurrir. No me ha gustado que Sacarino se ría de mí con sus colegas. Por lo general, no soy de esas personas que tratan de caer bien a todo el mundo, y hacen lo que sea necesario para conseguirlo. No, no soy así, pero tampoco me gusta que alguien tenga un mala opinión de mí sin siquiera conocerme. No me lo esperaba, pensé que le caía bien. Pier tiene razón, la gente tiene dos caras: la que enseña y la real. ¡Qué cabrón! Si incluso me ha puesto un apodo. Parece que les estoy viendo, tomando esa horrible cerveza china mientras ríen a carcajadas las gracias de Sacarino. Seguro que me imita ante el aplauso de la panda de garrulos de sus colegas. Chinos de mierda, que se jodan.

«Dales una lección, que aprendan que no pueden ir riéndose de la gente».

Estoy realmente enfadado. Pier ha conseguido que le dé vueltas a un asunto que debería haber dejado correr. Total, faltan menos de veinticuatro horas para que lleguemos a Moscú, agarre mi mochila y continúe mi viaje. Creo que lo mejor es pasar. Pero, ¿por qué coño tengo que dejarlo pasar? Pier tiene razón, siempre hago igual, siempre trato de evitar el conflicto, convencido de que esa es la solución más razonable. Probablemente lo sea en la mayoría de los casos, pero no en todos. No quiero dejar pasar esto, quiero que Sacarino sepa que sé que se ríe de mí y que se disculpe. Maldito chino hijo de puta, vas a tener que pedirme perdón, por mis santos cojones que lo harás.

Estoy muy caliente, pero es tarde. Lo mejor es dormir y retomar el asunto mañana por la mañana. Espero no enfriarme, aunque si lo hago tampoco estará mal. Haré lo que me pida el cuerpo por la mañana, eso haré. Vuelvo a bajar las

persianas, estirar las sábanas y meterme en la cama. Me he asegurado de que la puerta esté cerrada, lo he comprobado tres veces. Me pongo a Mozart; me calma. Caigo en un pesado sueño.

—¡Arriba campeón! Estamos llegando a Moscú.

Es la voz de Pier sonando muy cerca de mi cara.

—¡Pero qué coño! ¡Qué haces aquí! ¡Cómo cojones has entrado!

—Anoche dejamos abierta la puerta, ¿no lo recuerdas?

—¡Y una mierda! ¡La dejé cerrada, lo comprobé tres veces!

—Sí, eso fue antes. Cuando volvimos de nuestra excursión quedamos en que lo mejor sería dejarla abierta. Tenías miedo y querías tenerme cerca. ¿Lo has olvidado o qué?

—¡De qué coño me hablas! ¿Excursión? ¡Qué coño de excursión! ¡¿Qué coño dices?!

—Vaya, no me digas que eres de esos que olvidan estas cosas... —dice Pier negando con la cabeza con cierta condescendencia.

—¡Déjame en paz! ¡Lárgate de una vez!

—Vaya, ahora no quieres saber nada de mí. Anoche me llamabas desesperadamente para que te ayudara cuando Sacarino empezó a mofarse de ti en tu cara.

—¿Anoche? ¡Pero de qué estás hablando? Anoche me fui a la cama cuando te largaste.

—Claro. ¿Y quién se supone que ha traído esto?

Mientras habla, Pier levanta mi catre para acceder al arcón donde guardo la comida. De ahí saca el bote de fresas en almíbar y lo pone sobre la mesa.

—Dime, ¿quién ha traído esto? ¿Yo? —empieza a gritarme—. ¿Y cómo lo he metido ahí? ¿Te he levantado en mitad de la noche sin que te despertaras? ¿Así lo he hecho? ¡Gilipolleses!

—¡Pero qué coño...!

Me acerco al bote con curiosidad. Está casi lleno, pero en-

tre las fresas, pueden distinguirse claramente. Son dos esferas de un blanco brillante de las que cuelgan unas tiras rojas, como cables. Son dos ojos humanos.

—¡Por todos los demonios! ¡¿Qué es eso?!

—Es tu trofeo, tu bautismo de fuego.

—¡¿Qué has hecho? ¡Maldito hijo de puta!

—¿Qué he hecho? ¿Qué has hecho tú?

—¡Yo no le he sacado los ojos a nadie, de eso puedes estar seguro!

—Vaya, vaya, vaya... Ven conmigo, quizás esto te refresque la memoria. Te veo algo confuso.

—¿Ir adónde?

—Aquí al lado, a solo cinco compartimentos. Al cuartucho de Sacarino.

—No puede ser, no puede ser...

Apenas puedo levantarme, pero lo hago y sigo a Pier. Los diez metros que me separan del cuarto de Sacarino se me hacen eternos. Por mi cabeza pasan un millón de cosas inconexas. Pienso en el viaje, en lo bien que iba y en lo poco que me falta para llegar a casa y echar unas cervezas con los colegas del baloncesto, o en esa maratón de comer Magnums que tengo pendiente con Sergio. Pienso en mi familia, pienso en el trabajo, en ella, pienso en Cristiano Ronaldo vestido de blanco. Sé lo que voy a encontrarme en el cuarto, lo sé perfectamente, pero eso no me ayuda a mantenerme de pie.

—Ahí lo tienes, tu *ópera prima*.

Sacarino está sentado en su catre. Las sábanas están empapadas de sangre. Se diría que está dormido, si no fuera porque tiene dos fresas en lugar de ojos.

—Yo no he hecho eso, es imposible —balbuceo entre arcadas.

—Digamos que tuve que echarle una mano, pero esencialmente es obra tuya. ¿No estás orgulloso? Yo lo estaría si fuera mi primera vez.

—¡Estás completamente loco! ¡Te digo que yo no tengo

nada que ver con esto!

—Anoche parecías bastante enfadado con el pobre Sacarino. Pobre chaval, con lo bien que le caías.

Tengo que pensar en algo rápido, ahora que Pier está en plena fase de jactarse de lo que ha hecho. Tengo que actuar con rapidez antes de que caiga en la cuenta de que voy a actuar con rapidez.

Piensa piensa piensa piensa.

Estoy dentro del cuartucho de Sacarino. Miro a un lado y a otro. Ya lo tengo, ya lo tengo. En un movimiento tan rápido que apenas tengo tiempo de calcular, agarro la llave maestra de la mesita, golpeo con ella la rodilla de Pier —lo que le hace perder pie—, salgo del compartimento y cierro la puerta corredera con fuerza. ¡Clac! La llave está echada, la puerta está bloqueada. De dentro solo salen los gritos de dolor de Pier.

—¡Hijo de puta! Abre la puerta ahora mismo —me ordena Pier.

Ni siquiera me molesto en contestarle. Hace unos instantes que el tren llegó a la ciudad y ya está entrando en la estación. De un salto, me planto en mi compartimento y recojo todo lo mejor que puedo. Me cuelgo la mochila a la espalda y echo un último vistazo para asegurarme de que no olvido nada. En mis sábanas, una mancha de sangre con la forma de una mano. Mi cerebro consigue ignorarla antes de que me dé tiempo a asimilarla. El tren casi está detenido y corro por el pasillo. Desde el compartimento de Sacarino sigue saliendo el torrente de voz de Pier.

—No me dejes aquí, llévame contigo. Haremos el viaje juntos, te ayudaré siempre que lo necesites. Seremos un equipo.

—Lo siento Pier, yo viajo solo.

—¡Hijo de puta! ¡No puedes dejarme aquí!

Paso al vagón siete, de ahí al ocho y de ahí al nueve, el de primera clase. Lo hago tratando de mantener la calma y dando un aire de normalidad a mi forma de andar. Tengo ganas

de correr, pero me contengo. Me cruzo con los encargados de los vagones, los colegas de Sacarino, a los que saludo con un silencioso ademán con la cabeza y una sonrisa. Llego al compartimento de los americanos.

—¿Qué tal? Ya llegamos al fin —les digo tratando de iniciar una conversación.

—Sí, al fin. Ya era hora.

El tren se ha detenido. Las puertas se han abierto (todas menos las del vagón seis). Bajo los escalones despacio, con más cuidado del que tendría en condiciones normales. Creo que estoy sobreactuando. Avanzo por el andén que se ha llenado de gente en un instante. Me mezclo entre ellos y tomo aire. Por el rabillo del ojo miro la ventana del cuarto del encargado del vagón número seis. Allí está Pier mirándome. No dice nada, simplemente me sigue con la mirada mientras en su cara se dibuja esa especie de sonrisa, ese gesto inexpresivo de ojos vacíos y aire ausente.

Lunes, 27 de julio de 2009

Después de exactamente ciento treinta y dos horas de viaje en tren (hemos llegado con dos minutos de adelanto según el reloj que hay en una de las farolas del andén), al fin estoy en la estación de ferrocarriles de Moscú. Atrás queda el transiberiano y por delante tengo un montón de trabajo. Casi seis días sin Internet han hecho que se acumulen algunos textos del *blog* que deben ser publicados. Además, tengo que trazar un plan para esta última fase del viaje, estas últimas tres semanas. La parte de Europa del este es fácil y ya está decidida, pero la parte árabe tiene aún muchas lagunas. África la dejo para el final, es demasiado pronto para planificarlo. Pero antes de todo eso, tengo que encontrar un sitio con Internet para enviar la solicitud de ingreso en la universidad. Justo antes de subirme al tren en Pequín, mi hermano me avisó de que el plazo de inscripción acababa el lunes a las dos de la tarde. Ahora mismo es lunes y son las tres de la tarde. Por fortuna, en Moscú llevamos dos horas de adelanto, así que tengo cincuenta y nueve minutos para buscar un sitio donde conectarme y rellenar la solicitud. Siempre igual, con la hora pegada al culo. Después de eso, buscaré el *hostel* que reservé hace una semana. Creo que dedicaré el resto del día a poner en orden el *blog*, leer los comentarios, responder a los correos, hacer alguna llamada telefónica y, en definitiva, volver a tomar contacto con la realidad. Seis días prácticamente incomunicado son demasiados.

Nada más llegar, sé que la cosa no va a ser fácil. Cuando en una estación de tren internacional no ves ni un solo letrero en inglés, sabes que la cosa se va a complicar. Pensaba que, después de haber pasado por Japón, Corea y China, estaba de vuelta de todo y que nada podría pararme (acaso el árabe, pero eso es el futuro lejano). No pensaba que Moscú fuese a suponer un problema, pero está claro que así es.

—Está bien, como dice la pequeña María, vayamos «*potito a potito*» —me digo a mí mismo (la costumbre de hablar solo la he adquirido en el tren)—. Lo primero es encontrar Internet.

Encuentro la sala de espera por pura intuición, porque los hoscos letreros no están de humor; ni siquiera me dan una pequeña tregua en forma de icono. Ahí está, es realmente enorme. Cruzo los dedos y enciendo el ordenador. Encuentro una red abierta, aunque no llega con demasiada potencia. Eso no es un problema, porque puedo moverme con el portátil en la mano buscando la fuente, lo he hecho otras veces. Moscú no es una excepción y la gente se me queda mirando.

—¿Has visto al flipado ese de las barbas? —parecen decir.

Bien, he conectado. Creo que tengo tiempo de enviar la solicitud. Juraría que tengo la dirección de la página de inscripción en el correo, veamos... ¡Zas!, en toda la boca, la red es de pago. Malditos rusos capitalistas, pronto han aprendido. A tomar por culo, si hay una red de pago, no merece la pena esforzarse en buscar una gratis. La página que me invita a introducir usuario y contraseña está en perfecto cirílico (lo de usuario y contraseña lo deduzco de las dos casillas que se muestran en el centro de la pantalla). Póngase usted ahora a meter los datos de la tarjeta de crédito en sabe Dios dónde. Vale, el año que viene no empezaré periodismo, otra vez será. Casi mejor, así tendré tiempo para otro par de proyectos que tengo en mente.

—¡Bah! —dijo la zorra—. De todas formas las uvas estaban verdes.

Fracasado mi primer objetivo, me centro en el segundo: sacar el billete de tren a Kiev, la capital de Ucrania. Creo que esto será más fácil. Mientras buscaba la sala de espera he pasado por delante de las ventanillas de venta de *tickets* y ahora me dirijo a ellas. En cada ventanilla hay un rusa de mediana edad. Todas son rubias, todas van uniformadas, todas tienen el mismo tono (y corte) de pelo y todas se han pasado esta mañana con el maquillaje. Solo las diferencio por el grosor de

sus mofletes. Busco directamente a la más gorda, me dan buen rollo las rusas gordas; no pregunten.

—*English?* —pregunto inocente.

Por supuesto que no. Bueno, da igual. Tengo mi atlas de bolsillo y le muestro el mapa de Ucrania. Le señalo Kiev mientras trato de imaginar cómo se pronuncia en ruso. Parece entenderlo sin problemas; empieza a hablarme. Supongo que me estará preguntando que para cuando lo quiero, que si quiero ventanilla o pasillo, etcétera, pero claro, no me entero de nada. Me encojo de hombros y me alegro de que ese gesto sea universal, o que al menos se use en Rusia. Sé que es así porque lo hacía el muñequito ruso del Tetris cuando terminaba de bailar (creo que después de la quinta fase), y un largo bastón trataba de llevárselo del escenario sin éxito. El Diego, así bautizamos los chicos del instituto al bailarín ruso.

Mrs. Makeup lo ha captado, así que toma un papel y me escribe dos cifras que parecen horas: 22:30 y 23:23. Me pasa el papel, al que añado una fecha: 28/07/2009 (afortunadamente no hay posibilidad de que confunda los días con los meses). Trazo un círculo a la fecha que yo mismo he escrito y a las 22:30. No sé bien por qué lo he hecho, porque antes de salir de Pequín ya estuve buscando trenes en Moscú y decidí que la mejor hora era las 23:23, con llegada a Kiev a las ocho de la mañana. Por la noche comprobaré que me pasé de listo, pues el tren de las 22:30, a pesar de salir casi una hora antes, llega a Kiev a las once y media de la mañana. En fin, no pienso torturarme por eso.

Antes de que imprima el billete, hago una comprobación de rigor, y le enseño la tarjeta de crédito. Niega con la cabeza. No me jodas, solo aceptan efectivo y no tengo ni un solo rublo, por supuesto. Parece increíble que en la estación de tren internacional de la capital de Rusia (podría haber sido la capital del mundo si no llegan a tragarse que los americanos pisaron la Luna) no acepten la Visa. Eso sí, Internet lo cobran. Vale, no nos calentemos, mantengamos la cabeza fría, que es-

tamos en Moscú (veinte grados, por cierto). Busquemos un cajero. Los bancos nunca fallan si pueden ganarse una comisión. Ahí están. Le digo a la rubia que vuelvo enseguida; de su gesto deduzco que, por lo que a ella respecta, puede picárme-la un pollo.

Introduzco la tarjeta y busco, con cierto desespero, lo confieso, un botón que ponga *English*, pero no aparece. Cirílico y más cirílico. Vaya, no es mi día, y no es cuestión de ponerse a teclear a lo loco con mi tarjeta de crédito dentro de la ranura. Quien sabe si acabo donando toda mi pasta al partido revolucionario bolchevique. Tengo que buscar ayuda, no me queda otra. Hago una rápida encuesta sobre el uso de un segundo idioma en la población moscovita. Mi universo es variado: mujeres, jóvenes, morenas, guapas. El resultado es desolador. De los primeros veinte intentos, ninguno de los presentes habla ni una palabra del idioma de Shakespeare. No puedo desesperarme porque no tengo otra opción. A veces viene bien no tener más que una opción, porque te centras en ella y no desperdicias tiempo ni energía pensando que quizás deberías probar otra. Sigo buscando hasta que obtengo mi recompensa. Una guapísima rusa, de pelo negro y ojos claros y gatunos, alta como el Empire State, habla «*a little English*». Le cuento mi problema en pocas, escogidas y pronunciadas muy lentamente palabras y me entiende.

—Si quieres sacar dinero de ahí, lo vas a tener difícil. Eso es una máquina expendedora de *tickets* del tren de cercanías —me dice riendo.

—Ya lo sabía, solo quería comprobar que sabías ruso —respondo con humor español mientras río con ella.

A unos metros de la máquina expendedora, un cajero de los de verdad, de los que sueltan pasta. Introduzco la tarjeta e invito a mi nueva amiga a que tome los mandos. Pulsa uno de los botones con su gracioso y larguísimo dedo, uñas moradas con purpurina. La siguiente pantalla me muestra un enorme botón de color verde gritón.

—Vaya, ¡ese lo conozco! —le digo más alegre que un niño—. ¿Por qué coño no ponen esta pantalla la primera, si puede saberse? —le pregunto en español (desde que estoy en el extranjero digo muchos tacos, tengo que corregirme).

Ella se encoge de hombros y se retira discretamente. Ahora tengo el poder. Clic, clic, clic, clic. ¿Qué cantidad quiero sacar? *D'oh!* ¿A cuánto se cotiza el rublo? Haz memoria Pedro, seguro que lo sabes. En Japón consultaste Corea, China, Rusia y Ucrania. Vamos, tú puedes. No te dejes liar por los veinte países por los que has pasado, tú puedes. Haciendo un esfuerzo sobrehumano, llego a la conclusión de que eran unos cincuenta rublos por euro, pero no estoy del todo seguro. Debí haber preguntado a Mrs. Makeup el precio del billete y sacar, por ejemplo, el doble. ¡Bah!, la suerte sonrío a los audaces. Sacaré cien euros, suficientes para el tren, el *hostel* y pasar un par de días. De sobra, espero. Cinco mil rublos. Conforme salen de la máquina recuerdo que tengo cuarenta euros en billetes mongoles (vaya usted a saber por qué los cambié). Tendré que cambiarlos a rublos, y ciento cuarenta euros es demasiado; debo andar con ojo y no gastarlo todo. Cuando te manejas con moneda extraña es fácil despilfarrar, pierde uno la noción del valor del dinero.

Vuelvo a las taquillas. Hay algunas libres, pero prefiero hacer cola para volver con mi querida y oronda rubia.

—Ya tengo la pasta. ¿Me harás más caso ahora? —le digo sin abrir la boca, tan solo dándole forma a mi sonrisa.

Mil seiscientos rublos, unos treinta euros, no está mal. Es un viaje de ocho horas. Me pregunto si estará todo correcto, y confío en que así sea. Tengo en mis manos un papel impreso con un montón de símbolos extraños, con erres del revés y algunos pis. Confío en mi chica. Bien, ya estoy en disposición de irme al *hostel*. Tengo todo el tiempo del mundo. He decidido que hoy no voy a hacer nada, que me voy directo al *hostel* y

que dedicaré la tarde a preparar un poco el viaje. Por suerte, desde el cajero pude ver, a través de la ventana, una enorme M roja que enseguida identifiqué como parada de metro. Me acerco y voilà.

Bajo las escaleras con paso firme y busco un mapa. ¡Olé!, está en cirílico pero subtítulo en alfabeto occidental. Es ruso, pero suficiente para poder buscar mi parada destino, que tengo debidamente anotada: arbatskaya. Ahí está. Ahora solo necesito saber dónde leches estoy. Paro a un par de personas, pero nadie sabe inglés. Da igual, será suficiente con gestos. Basta con señalar el suelo, luego señalar el mapa y concluir la actuación con un elegante encogimiento de hombros, como lo haría Diego, el bailarín. Vaya, no funciona. Dos intentos y nada. Joder, debería ser suficiente: señalo suelo, señalo mapa, me encojo de hombros: «¿dónde está esta estación en el mapa?».

Bueno, pasemos al plan B. Busco el nombre de la estación en la que estoy. En la pared que tengo frente a mí, encuentro un enorme cartel con un nombre en cirílico y decido que será ese el nombre de la estación. Ahora solo falta ponerme a comparar con todas las paradas del mapa; una a una, con la paciencia de una hormiguita. Un segundo, podemos optimizar el algoritmo buscando solo en las paradas de la línea roja (el cartel tiene fondo rojo). Veamos, termina en erre al revés y tiene una ene al revés. Creo que bastará. En unos minutos la tengo, aquí está, ¡justo al lado de una enorme flecha roja que la señala! Solo está a cinco paradas de mi estación, en línea recta. Bueno, en realidad la estación destino es una donde confluyen cuatro líneas, así que tendré que hacer un trasbordo, pero nada importante, me manejo bien en los metros, incluso en los rusos. Lo mío son los colores.

Entro en la estación y bajo unas escaleras que me llevan al infierno, directamente al lago helado de Dante. Esto me recuerda aquel par de días maravillosos en Praga con Gustavo y Jessi, aunque aquellas escaleras solo llegaban hasta el centro

de la Tierra. Cuando llego abajo no puedo hacer otra cosa que quedarme parado embobado admirando el techo. Había olvidado las maravillosas paradas de metro moscovitas. Un día de Dios sabe cuándo, alguien me mandó un enlace a un álbum de fotos de paradas de metro de Moscú. Era algo alucinante y ahora estoy en una de ellas. Me apunto mentalmente que mañana debo dedicar un par de horas a pasearme por las paradas de forma aleatoria. Creo que tengo un dado en la mochila.

Me despierta de mi éxtasis un moscovita con prisa que me atropella (¡quita coño!). Vale, el objetivo es el *hostel*, ya admiraremos las paradas mañana. Ahora me conformo con admirar la belleza de las rusas. Son aún más preciosas que las japonesas, no puedo creerlo. Podría cruzarme con Anna Kournikova y eso no garantizaría que la siguiera con la mirada. Estoy rodeado de annas kournikovas, de sharapovas y de irinas shaykhlislamovas. Parezco un chino mirándolas mientras babeo.

Las indicaciones de la web para llegar al *hostel* son ciertas. Está algo escondido, pero acierto a la primera. Es un enorme piso, un dúplex, cuyas ventanas dan a dos calles distintas. Tiene cinco o seis dormitorios, cocina, áreas comunes, Internet. Es acogedor, todo es nuevo, todo Ikea. Me reciben bien, me llaman por mi nombre, me ofrecen café y me invitan a bajar al bar, que justo iban a tomar una cerveza. Me hubiera gustado bajar, entre otras cosas porque el ofrecimiento viene de dos rusas de metro noventa, morenas como Dios. Declino la oferta, necesito la tarde para planificar, ¡no puedo liarme! Santo cielo, lo he hecho, he dicho que no. ¡No puedo creerlo!

Acepto el café, eso sí. Me lo tomo sin siquiera sentarme y me sirvo otro. Solo hace unas semanas que soy adicto al café y ya me comporto como Lloyd Bridges en *Aterrizo como puedas*. Me acomodo frente a una ventana que da a la calle principal, a Novy Arbat. Es muy movida y colorida, me gusta. Estoy en un quinto y la vista es agradable. Hago algunas llamadas, chateo un rato con los amigos y entonces caigo en la cuenta de

que apenas he comido en los últimos tres días. Hoy, concretamente, medio melocotón en almíbar. Son las siete de la tarde, así que creo que merezco un bocado. Bajo a un supermercado y compro algunas cosas (arroz tres delicias, unos muslos de pollo y una decena de huevos. Sí, una decena. Si usamos el sistema decimal, lo usamos con todas las consecuencias ¿no? ¿Nadie se ha preguntado por qué los huevos se miden en sistema duodecimal? En Rusia sí, y parece que la respuesta no les ha parecido convincente).

Subo y preparo el desayuno-almuerzo-cena, la devoro y me pongo a preparar el viaje. Termino, hastiado, a las tres de la mañana. Nada me cuadra. Después de cinco horas, nada me cuadra. Incluso hago un amago de tirarme por la ventana, pero me agarran a tiempo. Tengo que tomar decisiones que van a cambiar de forma sustancial la parte final de mi viaje. Es la única forma de tener una posibilidad de llegar a casa el dieciséis de agosto, aunque tampoco me la asegura. De hecho, creo que lo tengo bastante crudo. Oriente Próximo es una putada, ya lo sabía y lo ignoré. Metí el problema debajo de la alfombra y aquí está. No hablemos ya de África. En los foros comentan que un tipo que quiso cruzar el norte de África en moto pasó ocho semanas en Egipto esperando un visado de tránsito para Libia. No tengo ocho semanas. Aun cuando llegara a Egipto, no tendría ni ocho días. Acaso ocho horas.

Me voy a la cama abatido. No estoy cansado, no tengo sueño, pero debo descansar, mañana será un día duro. Tengo que planificar una nueva estrategia, pero ninguna me parece buena.

—Lo tienes crudo chaval. Que te follen, hijo de puta
—murmura Pier.

—Muérete.

Entro en mi dormitorio. Alguien ocupa mi cama, estupendo. Trepo a la litera superior, donde me espera un colchón pelado y un nórdico sin funda, todo Ikea. Ni rastro de sábanas. Ni siquiera me planteo la posibilidad de bajarme e ir a la

recepción a pedir las. Me tumbo y trato de dormir, pero es inútil, pasarán tres horas antes de que decida levantarme. No he pegado ojo. Hoy será otro día.

Martes, 28 de julio de 2009

El *hostel* incluye desayuno; es una de las razones por las que lo elegí. Mis criterios son sencillos: el más barato que incluya desayuno. Normalmente están bien situados, así que en ese aspecto no hay problema. Me conformo con que esté cerca de una parada de metro, con eso es suficiente. El acceso a Internet es una condición indispensable, pero hoy día lo tienen todos; es casi impensable un *hostel* sin *wifi*.

La comida no empezarán a servirla hasta las ocho, así que tengo un par de horas por delante para darle otra vuelta a la planificación del viaje. Anoche llegó un momento en el que me bloqueé y, a partir de ahí, no me cuadraba nada. Por la mañana las cosas suelen verse de forma diferente, pero en este caso hay poco que hacer. La combinación de trenes para bajar por los países del este es muy mala y eso es algo que no esperaba. Si bien de Moscú a Kiev hay un tren nocturno directo, de Kiev a Bucarest tarda más de un día, y de Bucarest a Sofía, que está al lado, tarda otro tanto. Eso por no decir que los horarios son realmente malos.

Lo mejor será dejar eso por ahora. Son las siete y el personal del *hostel* está desayunando en la cocina, así que me uno a ellos. Les cuento en broma que estoy realmente hambriento y que no puedo esperar a las ocho; no tardan en hacerme un hueco en la mesa. Son cinco en total, además del jefe, que siempre anda por allí. Me harto de tostadas con salami y queso, un par de cafés, un té y una tortilla de dos huevos. Anoche, antes de acostarme, hice cinco tortillas de dos huevos que iré racionando a lo largo del día. Tenía algo dejadas las proteínas, pero hoy no me van a faltar.

Cuando termino de desayunar, hablo con Robert, el dueño del *hostel*. Es un inglés afincado en Moscú que hace poco decidió abrir el negocio. Aún tiene partes que están en obras (casi

toda la segunda planta), pero me comenta que cuando esté terminado va a quedar «de puta madre» (habla algo de español porque pasó algún tiempo viviendo en Tijuana). Le pido que me recomiende dónde puedo ir, indicándole que solo estaré un día. No me cuenta nada que no supiera: el Kremlin, la plaza Roja y las paradas de metro. No me va a dar tiempo a ver mucho más en un día. Acaso el teatro Nacional.

—De todas formas, aún es temprano. Estas cosas empiezan a funcionar a partir de las diez y no son ni las ocho —me advierte.

—Aprovecharé para echar un vistazo a esa guía de Moscú que he visto por ahí —le respondo mientras tomo una guía en francés de la mesita.

—Déjame ver. Te indicaré los puntos exactos.

No necesito que me diga dónde está el Kremlin, porque ya he hecho unas fotos a un mapa de la zona. Además, está a tan solo un par de manzanas del *hostel*. Me quita el libro de las manos y empieza a mirarlo con tranquilidad. Señala algunos sitios, pero me aburro y me levanto. Él sigue mirando el libro, absorto en su lectura. Ni siquiera se da cuenta de que me he levantado. Por lo visto ha sufrido un ataque de repentino interés por el turismo de la ciudad donde vive. En fin, creo que voy a conectarme. Tengo que hablar con Cayetano para volver a pedirle que me ayude con la publicación de las crónicas, porque desde Moscú también tengo algunos problemas de conectividad. Paso un rato agradable charlando con él y otros colegas del trabajo hasta las diez, momento en que recojo, me cuelgo la mochila comando y salgo a la calle.

Por suerte hace fresco. El cielo está nublado —aunque no tiene pinta de que vaya a llover— y eso hace que la fresca se alargue hasta estas horas. Se está bien paseando sin los agobios de humedad de Pequín. Me voy directo al Kremlin. La plaza Roja está justo al lado, así que no tendré que moverme mucho. Está a tan solo unos minutos caminando, pero tener que cruzar una avenida con siete carriles de coches a toda ve-

locidad me lleva media mañana (más tarde descubriría un estupendo y civilizado paso subterráneo). Por el camino me encuentro con una biblioteca. En la puerta hay una estatua que diría que es de Dostoiévski, pero no entiendo un carajo. Intento entrar a echar un vistazo, pero no me dejan. Creo que sospechan que no pinto mucho en una biblioteca cuyos libros están escritos en cirílico. Hacen bien.

El Kremlin es un conjunto de edificios, monumentos y catedrales que se encuentran defendidos por unos muros que forman un recinto cerrado. Es una especie de ciudad medieval vigilada por una docena de torres. La entrada al recinto cuesta trescientos cincuenta rublos, además de otros cien que tengo que pagar en la consigna porque no permiten entrar con mochilas. Está lleno de turistas, muy lleno de turistas. Por todo el recinto se ven excursiones completas siguiendo al guía de turno. Españoles, italianos, japoneses, estadounidenses... las hay de todas las nacionalidades. También hay rusos, pero estos van por libre. El recorrido no tiene demasiado interés. Las catedrales están mal conservadas y no despiertan mi entusiasmo precisamente. Después de haber visto la catedral de Burgos, la de Viena o la de Toledo, estos modestos edificios pueden resultar un poco sosos a ojos de un neófito como yo. Los jardines sí me parecen extraordinarios y, de hecho, paso la mayor parte del tiempo paseando por ellos y haciendo algunas fotos. Cuando decido que ya he amortizado los diez pavos que me he gastado, me dirijo a la plaza Roja, que es realmente el lugar que quiero ver. En unos minutos estoy allí.

La primera impresión que me llevo al ver la plaza, o mejor dijera los alrededores de la misma, es una gran decepción. Nunca he sido un gran seguidor de la historia de la URSS, pero siempre he tenido un concepto romántico de la plaza Roja. Llegar allí y ver el famoso McDonald's, ver gente vendiendo globos de colores y tener que aguantar los empujones de un montón de tipos con camisetas estrambóticas y gorras de bonitos colores hace que se me caiga el mito a los pies. En

cualquier caso, trato de mantener el optimismo porque, al fin y al cabo, yo soy uno de ellos, aunque vestido de negro. Probablemente, detrás de mí vendrá algún tipo al que le resulte decepcionante ver la plaza Roja llena de gente con mochilas y chanclas. Trato de aislarme, de hacer como que no hay nadie más que yo por allí y me centro en disfrutar los magníficos edificios que rodean la plaza.

Después de guardar una inútil cola de casi una hora (la cola no era para entrar a la plaza como pensaba, sino para visitar el mausoleo de Lenin, donde no me dejaron entrar por llevar la cámara de fotos en el bolsillo, etcétera), al fin accedo al recinto. Al fondo, la catedral de San Basilio, probablemente la postal más típica de Moscú (el Tetris ha tenido mucho que ver en ello, al menos para cierta generación). Paseo un rato, aunque el cielo se ha despejado y el calor aprieta.

Tengo que volver a la consigna (tuve que dejar la mochila cuando estaba en la cola de la entrada al mausoleo) porque la cierran a las cuatro y lo que me hacía falta a mí es tener que quedarme un día más en Moscú para recoger la mochila. Con algunas horas por delante, un calor apreciable y los pies ya cansados, decido hacer un poco de turismo barato y subterráneo: me voy al metro. Mientras busco una parada, paseo por las calles de la ciudad. Me he salido de la zona turística y ahora estoy en una zona comercial. Anchas calles, muchas tiendas, buenos coches. Entro en un centro comercial con idea de refrescarme un rato. A falta de un idioma, una cultura o una forma de pensar (gracias al cielo), probablemente sean los centros comerciales los únicos elementos comunes a todos los países del mundo. Además de combatir el calor durante un rato, aprovecho para comprar unos pantalones que puedan darle un relevo a los que llevo desde que salí y que solo he podido lavar una vez desde entonces (al no tener recambio no puedo permitirme andar lavándolos cada semana porque tendría que salir a la calle en calzoncillos o vestido de mujer). Allí estoy yo, en la capital del mundo comunista, en un centro

comercial comprando unos Levi's. *Cosas veredes.*

El billete cuesta exactamente veintidós rublos (unos cincuenta céntimos de euro) y me permite moverme por todas las estaciones de la capital. Por supuesto, no puedo ir a todas, son demasiadas. No tengo ni idea de cuáles son las más bonitas, así que tendré que elegir al azar. Por comodidad, decido hacer una línea completa, de la primera a la última. La candidata ideal es la línea marrón, la circular. Tiene unas doce paradas, suficientes para una tarde. Me voy bajando en cada una de ellas. El mecanismo siempre es el mismo: voy en el último vagón. Cuando llega a la estación me bajo y me hago un poco el sueco para la que gente se vaya dispersando. Luego, localizo al guardia que se encarga de evitar que se hagan fotos y espero a que esté de espaldas o, en definitiva, me tenga fuera de su vigilancia. Entonces saco la cámara, hago algunas fotos o grabo un trocito de vídeo. Me lleva tres paradas depurar el sistema, pero me sirve. Algunas paradas, las más grandes, tienen más de un guardia, así que soy cazado en alguna ocasión y me quedo sin fotos. De las doce, solo un par de ellas son realmente espectaculares. El resto son bonitas, pero a base de verlas pierden el factor sorpresa y, con él, la mayor parte del encanto. No obstante, en resumen, me alegro de haber hecho el *tour*, aun con la sospecha de que no he dado con las paradas realmente impresionantes. Probablemente pude haberlo consultado por Internet, pero entonces ya sería otro tipo de viaje, no sería el mío.

Son casi las siete de la tarde y doy por concluido mi paseo. Mi tren sale a las diez y media, pero quiero descansar un poco, darme una ducha y cenar algo. En realidad debí dejar el *hostel* a las doce, pero mi mochila sigue allí. Por lo general, ningún *hostel* tiene inconveniente en que sigas por allí el día del *checkout*. Se conforman con que dejes libre la cama para que puedan asignársela a otro huésped. Tengo que aprovechar que tengo una base de operaciones, porque en los días que vienen dormiré en tren. Cuando no tienes un sitio donde

tomar un café, darte una ducha o dejar la mochila, los días se hacen muy largos. Mucha espera de tren, mucho cansancio acumulado.

Ceno temprano y a las nueve y media, casi una hora y media antes de que salga mi tren (finalmente lo hace a las once menos diez) salgo del *hostel* con mis mochilas como únicas compañeras de viaje. No tengo ni la menor sospecha de que estoy a punto de meter la gamba hasta el fondo.



Me picaron las abejas, pero me comí el panal

—Espera un segundo, por favor.

Estoy dentro del ascensor, a punto de bajar, cuando oigo esta frase en perfecto castellano. Es Juan, un catalán que carga con una enorme maleta. Se dirige al aeropuerto, así que hacemos juntos el trayecto hasta la parada de metro. Charlamos de viajes, de sitios que no podemos dejar de visitar y de lo bordes que son los rusos.

—No creas que es xenofobia, son bordes también entre ellos. De hecho, casi diría que son más bordes entre ellos que con los extranjeros.

Parece un buen tipo y es agradable charlar con él porque deja una pausa cuando terminas de hablar, como esperando por si quieres añadir algo antes de que él tome la palabra. Cuando llegamos a la parada, nos despedimos. Me pide la dirección del *blog* y la anota en su memoria.

Conozco bien la estación a la que tengo que ir, conozco bien el sentido que tengo que tomar y el número de paradas hasta el destino. Lo tengo todo controlado porque tengo tiempo de sobra. Por una vez voy relajado y me permito el lujo de silbar. Llego a la sala de espera de la estación con casi una

hora de adelanto.

Echo un vistazo al panel de salidas y mi tren no aparece. Bueno, todavía falta casi una hora, es posible que aún no esté. Decido esperar un poco pero, para asegurarme, enseño mi billete al guardia de seguridad de la sala de espera. Asiente con la cabeza. Tras unos minutos en los que no acabo de estar convencido, me fijo en que en el panel aparecen trenes que salen más tarde que el que yo tengo que tomar, pero del mío, del veintiuno, nunca se supo. Se me ponen las orejas tiesas y decido pasar del guardia. Voy a salir a mirar los paneles de fuera, quizá encuentre algo. Tengo la tentación de dejar las mochilas allí, junto al guardia, pero no lo hago: algo me dice que no voy a volver a esa sala de espera.

La calle está llena de yonquis. Ya ha anochecido y, aunque hay bastante movimiento de gentes con maletas y mochilas, la mayoría son yonquis y borrachos. Miro en los tres paneles exteriores, pero todos ellos son reproducciones del mismo, que no es otro que el de la sala de espera. Creo que tengo un problema y empiezo a ponerme nervioso. No hace calor, pero comienzo a sudar mientras me dirijo a la ventanilla donde me vendieron el billete (ni se me ocurre ir a la ventanilla de información, regentada por una vieja que mira al infinito). En todas las ventanillas hay cola. No es gran cosa, pero al ritmo al que trabajan los rusos, una cola de tres personas puede traducirse en una semana de espera. Tengo que cambiar de plan, pero no tengo nada claro. Sé que tengo un problema, pero no acabo de poder formularlo y hasta que no lo haga no puedo empezar a buscar una solución.

Paro a algunos rusos al azar, preguntándoles si hablan inglés, pero no tengo suerte. No quiero que los yonquis noten que estoy más perdido que mis buenos tiempos, así que me cambio de sitio continuamente. Las mochilas pesan y el tiempo pasa rápidamente. Cambio de táctica y, en vez de buscar rusos, busco lo contrario, gente con pinta de extranjero.

—Hola, ¿hablas inglés?

—Un poco.

—A ver si puedes ayudarme. Tengo que tomar este tren.

—Sí, mira, es fácil. ¿Ves este número de aquí? El veintinueve es tu número de tren. Tienes que buscarlo en el panel. Cuando aparezca, te dirá el andén donde tienes que tomarlo.

—Sí, pero el problema es que no aparece y falta media hora para que salga; ya debería haber aparecido.

—Vaya, es raro... ¿Estás seguro de que sale de esta estación?

—Hace una hora estaba segurísimo. Hasta dos personas diferentes me han dicho que sí, pero si no está en el panel, no creo que salga de aquí. Por cierto, ¿de dónde eres?

—Soy español.

—Joder, yo soy de Málaga. Mejor hablamos en español si te parece.

—Genial. Yo soy de Barcelona. Pues lo que te decía. En Moscú hay muchas estaciones de tren, así que me parece que esta no es la tuya. Espera, mira.

Abre la guía Lonely Planet del transiberiano. Hay un pequeño plano donde aparece la estación de tren en la que estamos. Junto a ella, cruzando la calle, hay dos más.

—Mira, ahí enfrente hay otras dos, quizá alguna de ellas sea la tuya.

—No me queda más remedio que intentarlo. Apenas me queda tiempo para hacer otra cosa. Gracias tío —le digo mientras echo a correr.

—De nada. Buena suerte —me responde.

—¿Cómo te llamas? —le grito desde lejos.

—Francesc.

—Yo soy Pedro. ¡Encantado y gracias!

Moscú es una ciudad en la que, si algo está cruzando la calle, está lejos. Las avenidas son muy anchas y no hay pasos de peatones. Tienes que buscarte un subterráneo o un semáforo, y Murphy dice que si necesitas alguna de esas cosas tendrás que ir a buscarla al otro extremo de la ciudad. Intento

cruzar a lo *frogger*, pero no voy muy lejos antes de que me piten y tenga que volverme a mi orilla. El tiempo sigue pasando. Ni siquiera sé dónde tengo que ir, ya veré después de cruzar.

—Este plan hace aguas que te cagas —pienso—. Voy a volver a preguntar a alguien.

Echo un vistazo y me decido por un padre con su hijo adolescente. Imagino que en el instituto estudiarán inglés.

—*Hi. Speak English?*⁵³

—*Yes, small.*⁵⁴

Le enseño el billete.

—*Which station?*⁵⁵

El muchacho mira el billete con atención. Creo que tiene que ser difícil de interpretar incluso para alguien que domine el ruso. Termina de leerlo y me mira con cara de espanto. Trata de hablarme, pero no encuentra las palabras. Es como si tuviera los labios cosidos con hilo invisible.

—*This station?*⁵⁶ —le digo tratando de ayudarle.

—*No, no, no* —niega, niega y niega.

—*Those stations?*⁵⁷ —le pregunto señalando al otro lado de la calle.

—*No stations*⁵⁸ —me responde con cara de miedo.

—*Yes, stations. My station is one of those.*⁵⁹

—*No.*

Mira al padre con impotencia. Este le pregunta y puede desahogarse hablando en ruso. Es como si guardara un secreto y no pudiera soportar más tiempo sin revelarlo o reventaría. Se muerde el labio. Yo insisto en las estaciones del otro lado de la calle, o lo que coño quiera que sean aquellos edificios con relojes. Quiero que me diga de una vez que tengo que

53 Hola. ¿Hablas inglés?

54 Sí, un pequeño.

55 ¿Qué estación?

56 ¿Esta estación?

57 ¿Esas estaciones?

58 Estaciones no.

59 Estaciones sí. Mi estación es una de esas.

ir allí. Joder, le he preguntado para que me dijera que solo tenía que cruzar la calle.

—*Are those buildings stations?*⁶⁰

—*Yes, but not your station.*⁶¹

Parece que se ha arrancado, y de que manera. Me acaba de joder vivo. Vuelve a hablar con su padre. No entiendo ni una palabra. Bueno sí, entiendo una: «taxi». Joder, me quedan veinticinco minutos exactos y la única palabra que entiendo es «taxi».

—*Taxi?* —repito para que sepan que sigo allí.

—*Yes, taxi to station. No time.*⁶²

Vale, creo que lo capto. No tengo tiempo que perder, así que les doy las *spasivas*⁶³ y me giro a la enorme avenida llena de carriles y de coches. Por supuesto, ni un taxi. Ni siquiera sé cómo son, lo que hace que en mi primer intento trate de parar a un coche de la policía. Menos mal que ha pasado de largo, aunque bien pensado tampoco sería una mala solución.

Pasan los minutos y creo que veo a uno. Levanto la mano, y al instante tres coches, tres, se paran y me gritan por la ventana. Solo uno de ellos es un taxi, o al menos tiene aspecto de serlo; los otros dos son piratas. Me voy directo al taxi, le pido que abra la ventanilla y le enseño el billete, le señalo la parte donde dice la hora en la que sale el tren y le señalo el reloj del salpicadero. Lo pilla al instante y se pone tieso en el asiento. Oigo como su cerebro trabaja a toda máquina mientras mueve el dedo índice de su mano como un director de orquesta: está calculando la ruta. Tras unos instantes de duda, en los que mira el reloj y el billete, se pronuncia:

—No da tiempo. A esta hora hay demasiado tráfico —me dice con señas—. Metro —concluye en perfecto ruso.

Un tipo honrado, no cabe duda. Le doy las gracias con

60 ¿Esos edificios son estaciones?

61 Sí, pero no la tuya.

62 Sí, taxi a la estación. No hay tiempo.

63 Gracias.

pena y salgo pitando. Mientras calculaba la ruta, yo utilizaba alfileres para sujetar un plan B (¿hubo un plan A?). Me dirijo a las taquillas para tratar de cambiar mi billete por uno que sale cuarenta minutos más tarde. No es mucho, pero menos da una piedra. Corro por calles oscuras, mojadas y con olor a meados. Los yonquis ya pasan de mí, tengo una pinta que debe de dar miedo. Sudo como un cerdo y tengo la frente y la barba empapadas. El sonido de las chanclas al correr hace que levanten la cabeza y me miren como diciendo: «gentuza».

Llego a las taquillas y las colas de tres personas siguen allí. Juraría que son las mismas. Me pongo en la primera que pillo y decido resignarme. El corazón me late a doscientos y parar de correr ha hecho que aún sude más. Las mochilas empiezan a pasarme factura. Correr con estos muertos encima es realmente agotador e incómodo. Las sienes van a estallarme de un momento a otro y lo van a llenar todo de sangre, sudor y hasta lágrimas. Me he situado detrás de una chica que se ha reído cuando me he quejado entre dientes. Por algún motivo, aunque no me entiendan, hablo en inglés. Es decir, para decirle a alguien que lo siento, pero que no tengo ni idea de ruso, lo hago en inglés en vez de español. Es algo que no había pensado hasta ese momento. El caso es que cuando me he quejado de mi suerte, he dicho «shit⁶⁴» en voz alta. Eso le ha hecho gracia a la rubia.

—English?

—Yes.

Ha dicho «yes». Nada de «a little», «small», «so so» o mierdas por el estilo. Ha dicho «yes». Le hago un resumen de mi situación, incluyendo la hora, el billete y todo lo demás. Vuelve a reír, pero lo hace de una manera que no me molesta, como correspondería. Está bien que ría, yo también lo hago para acompañarla.

—Tu única oportunidad es tomar el metro y rezar. Mira, esta es la parada de tu estación. Ahora estamos aquí.

64 Mierda.

Ha sacado un plano del metro de su bolsillo. La parada de mi estación está en la línea circular, aquella en la que me he estado paseando toda la tarde. Concretamente, está a seis paradas de donde estoy ahora. No tengo que hacer trasbordo. Ella ha dicho que tengo una oportunidad, y lo ha dicho con una graciosa risa. Debo de tenerla. Vuelvo a la carrera.

—*Spasiva! Spasiva! Spasiva very much!*

Más risas. Juraría que la parada del metro estaba por aquí... joder, estaba aquí hace unos instantes. ¡¿Dónde coño se ha metido?! Corro como un pollo sin cabeza. Un pollo cargado con veinte kilos y al borde del agotamiento físico. Al fin doy con las puertas del metro, pero desafortunadamente son las de salida.

—Al carajo. Para tecnicismos estoy yo ahora —me digo.

Salto unas tímidas vallas, abro las puertas y sigo corriendo. Al fondo veo los tornos de salida, que pienso capear sin ningún pudor. Un grupo de cinco policías me baja los humos. Me acerco a ellos a la carrera; ya de lejos uno me está diciéndome algo.

—¿Dónde coño vas, chaval? Date la vuelta anda, que por aquí no se puede entrar.

No le hago ni caso y sigo corriendo hacia ellos agitando el billete de tren. Cuando llego a la altura del grupo, me dirijo a uno de ellos, pasando de los gritos del borde. Le enseño el billete y el reloj y pongo cara de perro perdido (y sudoroso). Con un gesto magnánimo me abre el torno y me guiña. El otro capullo sigue ladrando.

—Que te den por culo, gilipollas. Aprende de tu colega. *Spasiva.*

Quedan quince minutos para que salga el tren. Mientras bajo la escalera mecánica (tengo que esperar porque en Moscú no se lleva lo de ponerse a la derecha para dejar pasar a los desesperados que pierden trenes) hago un sencillo cálculo. Seis paradas son cinco trayectos. A dos minutos el trayecto son diez minutos. Otros dos minutos por el tiempo que este-

mos detenidos. Eso me da tres minutos para salir de la parada, encontrar la estación, buscar el panel, encontrar mi tren, dirigirme al andén y subirme. Con dos cojones. Todo controlado.

Llego al andén del metro justo al mismo tiempo que el tren y me subo de un salto. ¡Arrancamos!

—Un momento... ¿he cogido el tren en el sentido adecuado? Es la línea circular, lo que quiere decir que los dos sentidos llegan a la estación. La diferencia es el tiempo. Si no he tomado el sentido adecuado, *bye bye* Lenin. La solución, en la próxima parada. Pasa un minuto de seis mil segundos mientras espero, algo resignado y veo como mi sudor encharca el suelo del tren. Aquí está la parada, y la respuesta es... ¡correcta! Seguimos en juego. Ahora, a esperar y tratar de calmarse.

Las paradas se van sucediendo, cumpliendo de forma increíble con los tiempos que calculé en la escalera (mi tarde de paseos por el metro me ha convertido en todo un experto). La siguiente es la mía, así que me levanto y me pongo en la puerta. Si a alguien se le ocurre ponerse por medio, va a salir rebotado. Parezco un miura esperando que abran la puerta de chiqueros, dispuesto a llevarse por delante al torero que ose provocarle. Se abren las puertas y echo a correr. Mi cuerpo es, en ese momento, autónomo de mi cerebro. Mientras uno se dedica a correr (usando las últimas gotas de gasolina que quedan en el depósito), el otro se dedica a mirar carteles y tratar de decidir por qué puerta hay que salir. A igualdad de condiciones (por pura ignorancia) elijo la primera opción que tengo. Una especie de recorrido en profundidad desesperado. Ya estoy en las escaleras de subida, y aquí no me puedo permitir esperar. Grito como un cerdo al que están abriendo en canal y la gente se va apartando mientras me clavan sus miradas rusas. Delante de mí puedo ver a dos tipos, mochileros, que también andan con algo de prisa al parecer. Creo que voy bien.

—¡Eh! ¿Vais a la estación de tren? —les pregunto sin de-

jar de correr.

—Sí, aunque vamos un poco tarde —me responden sin dejar de correr.

Gracias a Dios.

—¿Os parece si vamos juntos?

—Claro.

—¿Sabéis dónde está? —pregunto mientras sigo corriendo a punto de cogerles.

—Ni puta idea.

Ni siquiera tengo tiempo para cagarme en mi suerte. Sigo subiendo las escaleras, aunque ya no puedo más. Levantar el pie lo suficiente como para alcanzar el siguiente escalón es cada vez más difícil. La mochila pesa demasiado y subir escaleras mecánicas siempre me ha cansado más de normal, nunca entendí porqué.

—Creo que voy a abandonar, no puedo más. El corazón me va a estallar —me digo a mí mismo.

—¿Estás de coña? —me respondo.

—Está bien, un poco más.

Salgo de la estación de metro justo cuando queda un minuto para la salida del tren. Pregunto a la primera persona que veo, un calvo con un traje impecable. Incluso en medio de la situación pienso que no me importaría vestir con traje si me sentara igual de bien que a él. Le queda clavado al cabrón.

—*Train station?* —le espeto, interrumpiendo la conversación que mantenía con una chica.

—Hum... déjame pensar. Ah sí, verás...

—*No time* —vuelvo a interrumpirle enseñándole mi reloj mientras le doy golpecitos con el dedo índice de mi mano izquierda.

Lo pillá al vuelo. Un tipo que gasta un traje como ese tiene que pillarlas al vuelo, y así ha sido.

—Acompáñame —me dice echando a correr.

—¡No jodas tío, cómo vas a sudar esa camisa!

Parece Silvio Martinello lanzando al *sprint* a Mario

Cipollini, un Cipollini con dos mochilas que le están matando. La estación está a solo veinte metros (lo cual me tranquiliza porque de esa forma el calvo no tendrá que llevar el traje al tinte) y por suerte en la misma acera. Si hubiese tenido que cruzar la calle, una de dos: o me rindo o muero atropellado por algún ruso borde.

—*Spasiva!* Y por cierto, ¡bonito traje!

Miro el panel y veo mi número de tren. Está el primero, por supuesto. Sigue faltando un minuto para que salga; mi reloj adelanta un minuto. Andén cuatro. Sin dejar de correr, sin aliento, veo la flecha que me lleva a los andenes del uno al seis. Allá voy. Andén uno, dos, tres... ahí está. Más escaleras que me hacen tropezar y casi caer, pero no pienso caerme ahora, no señor. Ahí está el tren. Lo tengo, lo tengo, lo tengo. Subo de un salto, ya estoy dentro. Trato de recuperar algo del aire que necesito para no desmayarme mientras oigo a un tipo que me grita. Viene hacia aquí.

—No puedes subirme —parece decirme.

—Chaval, tengo mi billete. Ahí lo llevas.

—Gilipollas, este no es el tren. Este es el andén cinco. El cuatro está ahí enfrente. *Enterao*.

La sensación de ridículo y el vuelco del corazón sirven para que mi cuerpo vuelva a ponerse en marcha sin necesidad de oxígeno. Creo que me he convertido en un mutante o algo así. Diría que mi corazón y mis pulmones han dejado de funcionar, ya no los necesito. Bajo del tren y corro hacia el otro. Agito mi billete y trato de gritar, aunque de mi boca no sale ningún sonido. En la puerta del primer vagón que me encuentro, el de cola, una tipa me mira con mala cara. Son exactamente las once menos diez y, aunque no es mi vagón, subo. Ya cambiaré luego.

Unos segundos después de subir, noto el tirón. El tren se ha puesto en marcha. Calculo que me han sobrado diez segundos y pienso que quizás los podría haber empleado en hacerme una última foto con la chica de la risa graciosa. Mental-

mente, doy las gracias a Francesc, al niño que vomitaba *small English*, al taxista honrado, a la rubia de la cola de la taquilla, al policía del bigote y al calvo de Armani. También me cago en la puta madre que parió al guardia de seguridad de la sala de espera. La euforia es lo único que hace que no me desmaye.

Miércoles, 29 de julio de 2009

Requiero más de media hora para recuperar el aliento necesario para levantarme. Estoy tirado en el suelo del tren, junto a la puerta de entrada del último vagón. Las mochilas están desparramadas de cualquier forma y la chica que me revisó el billete ya no me mira con cara de reproche, sino más bien con cara de lástima. En esa media hora que he pasado en el suelo el tren ya ha salido de la estación, ha alcanzado velocidad de crucero y ahora apenas se mueve. Creo que voy a intentar llegar a mi sitio, ocho vagones por delante.



El tren del silencio

Me levanto penosamente y me cuelgo las mochilas. Tengo la camiseta empapada en sudor y está fría, pero no tengo ganas de andar buscando una seca que ponerme. Vayamos por partes, y la primera parte es llegar a mi sitio y sentarme. Abro el par de puertas que me dan acceso a la zona de pasajeros del último vagón (primero de mi particular trayecto). La impresión que me llevo no la olvidaré fácilmente. El ambiente es espeso como una papilla de maicena y el olor a humedad es tan intenso que no puedo evitar tener arcadas. Frente a mí, un pasillo muy estrecho (tanto que no estoy seguro de poder pasar con la mochila a la espalda) a cuyos lados se hacinan docenas de personas. Apenas hay luz, de manera que ni siquiera puedo diferenciar sus caras; solo veo sombras, aunque es suficiente para notar que todas me miran en silencio. Es precisamente el silencio, el absoluto silencio que hay en el vagón y

que se cuele por todas las rendijas, lo que me produce mayor impresión.

Hay seis personas por compartimento: cuatro a un lado del pasillo y dos al otro (o mejor dijera en el pasillo), repartidas en tres literas. Los catres superiores tienen colchonetas enrolladas de tal forma que parecen brazos de gitano gigantes. Nadie ha desplegado ninguno de ellos, y me pregunto por qué. A diferencia del tren en el que hice el viaje a Moscú, aquí no hay puertas, todos comparten el mismo espacio. Además de los rostros cenicienta que me miran en silencio, llama mi atención la gran cantidad de maletas, cajas y bultos que hay. Me pregunto cuánto tiempo han necesitado para colocar todo ese equipaje que me recuerda al *ferry* de Corea a China. Avanzo con lentitud, porque el pasillo es realmente estrecho y hay mucha gente. No quiero molestar a nadie con el enorme petate que cuelga de mi espalda y que apenas puedo mantener derecho.

Voy pasando de vagón en vagón y cada uno es exactamente igual al anterior. Los mismos rostros cenicienta, los mismos equipajes excesivos, las mismas colchonetas enrolladas y el mismo ambiente de papilla. Llevo el billete en la mano y de cuando en cuando se lo acerco a alguien para que me indique dónde está mi sitio. La falta de luz hace difícil poder leerlo, pero al final todos acaban señalando el pasillo que estoy siguiendo. He perdido la noción del tiempo y no sé cuánto ha transcurrido desde que empecé a caminar, aunque diría que llevo toda la vida.

Sea como sea, logro alcanzar mi vagón.

Me ha correspondido uno de los catres superiores, ocupado ahora por tres brazos de gitano. Sobre ellos, una estantería soporta el peso de algunas maletas. Trato de subir mi mochila pero a medio camino me quedo sin fuerzas y estoy a punto de caerme hacia atrás. Media hora sentado en el suelo de un tren dan para recuperar las energías justas para caminar un rato, no se puede uno permitir ciertos excesos. Por suerte, recibo

la ayuda de uno de mis compañeros de compartimento, un tipo canijo y bajo que me sonríe con amabilidad. Tras colocar mis cosas en un lugar en que no estorban, me siento al fin a descansar.

Los catres son tablas sin el menor acolchado. Ni siquiera están forradas; son tablas al natural, realmente incómodas para estar sentado. Trato de consolarme pensando en que las colchonetas y el agotamiento me ayudarán a reposar bien, aunque es casi media noche y nadie parece tener interés en dormir. Si tienen la intención de permanecer toda la noche sentados sobre una tabla de madera, que no cuenten conmigo. Llego incluso a pensar que las colchonetas no están ahí para nosotros o que, en el mejor de los casos, habrá que pagar para poder usarlas. Mis dudas quedan resueltas unos minutos después. El encargado de nuestro vagón llega y reparte un juego de sábanas a cada uno de nosotros. Vienen precintadas en una bolsa de lavandería y, además de las sábanas, el kit incluye una pequeña toalla. En un momento, y casi como si hubiera estado ensayado, todo el mundo se levanta y comienza a desplegar las colchonetas, vistiéndolas con las sábanas y dejándolas listas para ser usadas. Yo hago lo propio, aunque no subo a mi catre porque nadie lo ha hecho aún. Parece que antes de irse a dormir lo apropiado es hacer algo de vida social. Mientras mis compañeros charlan, yo les miro un tanto excluido. Además del canijo, viajo con una joven pareja de novios que parece que vienen de una boda. Ella tiene un vestido de color champán y un ramo de flores en la mano. Él lleva pantalones blancos y zapatos de pico. Frente a nosotros, un enorme cuerpo coronado con una cabeza calva de la que sale una voz profunda. A su lado, entre el mostrenco y el canijo, una mujer mayor que tiene la cabeza cubierta por un pañuelo horriblemente feo. Todos hablan menos ella, que tiene la mirada fija en la punta de sus pies.

Cuando casi es la una de la noche, empiezan los primeros bostezos y la gente comienza a meterse en las camas. Creo

que ya resulta apropiado que yo haga lo mismo, así que me subo de un salto, me quito la ropa (aún mojada) y me acomodo lo mejor que puedo. Tengo la sospecha de que me ha tocado la peor plaza del vagón. En primer lugar, es la única que tiene una tabla a los pies de la cama. Eso, unido a los escasos ciento cincuenta centímetros que mide, hace que sea imposible estirarme por completo (creo que mis rodillas van a empezar a quejarse pronto). En segundo lugar, está pegada al baño, una letrina infecta que he tenido el gusto de conocer unos minutos antes. Solo me separa una tabla (calculo que del grosor de una hoja de papel de cebolla) del nauseabundo lugar. El olor me llega con tanta nitidez que podría recitar su composición química.

Cuando ya estoy acomodado, siento la necesidad irrefrenable de salir de allí y tomar el aire, así que me voy al espacio de separación entre vagones, zona de fumadores y gente de mal vivir. Allí puedo abrir una ventana y recibir una bocanada de fresco aire ruso que me da vida. También allí conozco a la niña, mujer con cara de adolescente y mirada ácida de ojos claros. Tiene una edad tan indeterminada, que la muchacha que la acompaña bien podría ser su madre, su hermana o su hija. Lo de conocer es un decir, porque no intercambio con ella nada más que miradas y sonrisas, aunque suficientes para notar la electricidad. Por supuesto, nada va a ocurrir, pero las tremendas miradas que me dedica me recuerdan que sigo estando vivo.

Cuando regreso al vagón, vuelvo a recibir la bofetada de aire cargado, pero tengo decidido subir a mi catre a dormir. Los auriculares vuelven a salvarme la vida una vez más y las azucaradas nanas de Violadores del verso me transportan a un sueño tan dulce, que solo será interrumpido por los inevitables trámites fronterizos, con sus formularios, sus miradas escrutadoras, sus aparatos de luz ultravioleta, sus carpetas llenas de listados, sus tipos serios y sus sellos de alegres colores.

El primer control, el de salida de Rusia, es a las cuatro de la madrugada y el segundo, el de entrada a Ucrania, una hora más tarde. Entre unas cosas y otras no puedo dormir, han dado las cinco y media y la luz entra por el enorme ventanal desprovisto de cortinas. Es un buen momento para vestirse y ponerse a escribir. Casi todo el vagón sigue durmiendo (lo seguirá haciendo hasta más de las nueve, cuando comience a desperezarse el tren) y somos pocos los que miramos cara a cara al nuevo día. Durante la noche, en algún lugar del camino, el tipo gordo que dormía debajo de mí se ha bajado y ha dejado libre el sitio, que heredo por decreto. El encargado del vagón, un chaval joven y simpático, me lee la mente y me ofrece un café caliente con muy poco azúcar. No se puede pedir más.

En una de las pocas (pero largas) paradas que hace el tren, me despierta de mi sopor un ruido de gentes. Me asomo a la ventana y veo que el andén se ha convertido en un mercadillo ambulante, flanqueado por un tren a cada lado. Es una especie de mercadillo al revés, donde los clientes se encuentran quietos en sus vagones, asomados a las ventanas, y las puestos se mueven de arriba a abajo, ofreciendo sus mercancías. Bajo a estirar las piernas, a respirar un rato y a curiosear. En la puerta está el simpático encargado de mi vagón pelando la pava con la encargada del vagón vecino. Hacen buena pareja, ambos son de trato agradable. Charlamos entre gestos y palabras sueltas en inglés. Me cuentan que son muy típicas en toda Rusia las estaciones como esta, llenas de vendedores. En el ratito que llevo, me he fijado en que venden casi de todo: enormes pescados con aspecto de frescos, mariscos en bolsas de plástico, bocadillos, quesos, pasteles, frutas y verduras de todos los colores, etcétera; pero los que más me llaman la atención son los numerosos vendedores de peluches. Todo tipo de enormes animales de colores que corren de un lado a otro en manada al reclamo de alguien que se asoma a la ventana. Es realmente curioso ver las carreras que se dan

cuando alguien baja el cristal o hace ademán de estar interesado en algo. Yo compro una bolsa de melocotones.



En Kiev es mejor ser paciente

El viaje se reanuda y llegamos a Kiev a la hora prevista (por un momento pensé que íbamos retrasados, pero luego caí en la cuenta de que en Ucrania tienen una hora menos; parece mentira que ya casi comparta hora con España). La estación es grande y moderna, me gusta. No tiene nada que ver con aquella rusa en la que me dejó el transiberiano. Lo primero que hago al bajarme del tren es dejar la mochila en la consigna. Tengo un vago plan en la cabeza y quiero darle forma. Mi idea es pasar el día en Kiev y tomar un tren nocturno que me lleve a Bucarest, en Rumanía. Para concretar, necesito conectarme a Internet y buscar los horarios de salida (he tratado de preguntar en información, pero saben muy poco inglés y eso puede llevarme a confusiones fatales). Libre de la carga y con el portátil en la mano, busco una *wifi* en la estación, pero no hay suerte. Aún es pronto, así que salgo y me voy a dar una vuelta por la ciudad (donde espero acabar encontrando algún McDonald's). No tengo ni mapa ni idea de por dónde ir, pero las estaciones suelen estar en lugares céntricos y me dejo llevar por mi instinto. Ahora esta avenida, ahora esta otra y esa calle tiene buena pinta. En media hora estoy en pleno centro, en lo que parece ser la calle más comercial de la ciudad (la descomunal tienda Zara así lo atestigua).

Por lo visto hasta ahora, la ciudad no tiene demasiado interés. He preguntado a una chica y le he pedido que me recomendara lugares que visitar durante un día, y la mayoría de las cosas que me ha recomendado son iglesias y catedrales or-

todoxas, de aspecto muy similar a las rusas, y por tanto acojo las sugerencias con cierta desilusión. No obstante, el día es soleado y fresco, así que pasear por las calles y parques me parece un ejercicio excelente.

Al fin encuentro un enorme McDonald's y consigo conectarme a Internet. Según la página de la Bahn, la compañía alemana de ferrocarriles y biblia de cualquiera que viaje en tren por Europa, hay un tren que sale a las cinco y media y que llega a Bucarest unas veintiséis horas más tarde. Ya que la ciudad no parece ofrecerme nada del otro mundo y viendo la hora que es (acaban de dar las tres), me parece que volver a la estación es una buena idea. La vuelta la hago en metro, para comprobar que las paradas de Kiev son muy parecidas a las de Moscú.

Llego a la estación y busco la ventanilla de venta de billetes internacionales. Hay una pequeña cola de dos personas (lagarto, lagarto). Delante de mí, un inglés de piel morena y un tipo con un gran bigote que recuerda a Trotsky. Espero mientras atienden a una familia de blanquitos y pelirrojos, probablemente irlandeses. La cosa va despacio y en la sala hace calor. Pasa más de media hora y la cola no ha avanzado ni un solo puesto. Parece haber problemas con qué se yo de los papeles de los colorados, no es normal. La mujer de la ventanilla (un clon de las taquilleras de Moscú) no deja de hablar por teléfono y anotar cosas. Se maneja con maneras tranquilas, como si la cosa no fuera con ella. El resto de la cola no deja de resoplar. Empiezo a ponerme nervioso, porque el tiempo vuela y no quiero ni pensar en tener que ponerme a correr detrás de un tren otra vez. Dan las cinco y al fin se han largado los irlandeses y comienzan a atender a Trotsky.

—Como tarde lo mismo, me va a dar el sol —pienso.

Por suerte, la consulta de Trotsky es respondida con un gesto que indica que no está en la ventanilla correcta. El pobre hombre se ha pasado dos horas esperando para nada. *C'est la vie*. El inglés quiere tres billetes a Moscú. La tipa em-

plea más de cinco minutos en preparar cada uno de ellos, que rellena a bolígrafo con el esmero de un escriba de la Edad Media. Las impresoras soportan el peso de unas preciosas mace-tas de gitanillas. Cuando llega al fin mi turno, estoy de los nervios. Tratar de mantener la calma en una cola de tres per-sonas en la que llevas más de dos horas desgasta al más pa-ciente del mundo. Quedan quince minutos para que salga mi tren, pero ya estoy y nada puede pasar.

—*English?*

—*Little.*

—Quiero un billete a Bucarest.

—¿Para mañana?

—No, para ahora mismo.

—Imposible, es demasiado tarde.

La madre que me parió.

—No es demasiado tarde, aún quedan unos minutos. ¿Qué problema hay?

—Es demasiado tarde. Tendrá que salir mañana.

Le señalo mi reloj como un poseso, no puedo creer lo que está diciendo.

—El tren salió hace más de tres horas señor.

—Pero hay uno ahora a las cinco y media.

—No señor. A Bucarest solo hay un tren al día y sale las dos.

—Pero yo he visto en Internet que hay uno ahora mismo.

—No señor, solo uno al día.

No puedo creer lo que acaba de ocurrir. Más allá de que no pueda tomar el tren hoy (no deja de ser algo con lo que po-día llegar a contar), lo realmente grave de este asunto es el hecho de que la página alemana de los trenes haya fallado. El año pasado fue la piedra angular de mi viaje por Europa y ahora que vuelvo al viejo continente tenía puestas todas mis esperanzas en ella. No puede ser que esté equivocada. Antes de reconocer eso, prefiero pensar que la tipa de la ventanilla se está quedando conmigo (unos segundos de reflexión me sa-

can de esta absurda idea, claro).

—Entonces... ¿quiere el billete para mañana?

—¿Qué remedio! ¿Puedo pagar con tarjeta de crédito?

—No. Solo efectivo.

—Saco dinero del cajero y vuelvo.

—¿Va a comprar el billete o no?

—Sí, pero necesito dinero del cajero, ahora vuelvo.

—No puedo esperarle, cuando vuelva le preparo el billete.

Que te den, bruja. Me salgo de la cola y voy a sacar dinero, aunque antes decido buscar alojamiento, consecuencia directa del pequeño tropiezo que acabo de tener. He encontrado una cafetería dentro de la estación, lo que me ahorra tener que volver al McDonald's del centro. Hago una búsqueda rápida y veo que no hay muchas opciones, así que me quedo con el primero de la lista (ordenada por precio). No está lejos del centro, dan desayuno e incluso puedo usar su lavadora. Trato de hacer la reserva, pero algo falla con mi tarjeta de crédito. Según el mensaje, mi banco ha denegado la operación (el adelanto de la reserva es la ridícula cifra de un euro). Trato de pagar con Paypal, pero mi cuenta está a cero (la tengo asociada a otra tarjeta del mismo banco). No puedo hacer la reserva, lo cual no me preocupa demasiado porque puedo acercarme al lugar directamente. Lo que es realmente preocupante es el hecho de que no hayan aceptado la operación con las tarjetas. Intento llamar a mi banco (aún tengo cuatro euros de saldo en Skype), pero solo tengo auriculares y no micrófono, así que el robot de ING se aburre de esperar mis respuestas y me cuelga.

Salgo de la cafetería con los nervios de punta y pensando en lo frágil de mi situación en el extranjero. Basta un pequeño problema con el banco y me veo solo y sin pasta; la prueba de fuego la pasaré en el cajero (con un precioso menú en inglés). Tecleo mi número secreto, selecciono un par de opciones, marco la cifra y *voilà*, la máquina empieza a escupir pas-

ta. Un alivio.

Necesito otra hora de cola, pero ya tengo mi billete. También tengo las señas del *hostel*, así que me dirijo allí. Al contrario de lo que ocurría con el *hostel* de Moscú, las indicaciones para llegar a este son un infierno. O bien las he copiado mal, o bien están completamente equivocadas. Necesito dos horas para dar con el sitio, y aun cuando encuentro el edificio, tiene que pasar otra hora hasta que consigo entrar gracias a que un par de mochileros regresan del súper (¿qué fue de los porteros electrónicos y de los timbres?).

La primera impresión que me llevo del lugar es la sensación de haber llegado en un mal momento. El sitio, más que un *hostel*, es un piso compartido con huéspedes de quita y pon, y cuando entro nadie me hace caso. Todo tipo de gente anda por los pasillos y no puedo distinguir entre los que se alojan y los que se encargan de llevar el garito. Dos discuten a gritos, uno toca la guitarra, otro habla por el móvil, dos ven vídeos de YouTube en un portátil, alguien canta en la ducha. Parece que estoy dentro de *Esta casa es una ruina*. No sé bien lo que hacer, pero lo que tengo claro es que no voy a quedarme ahí de pie con la mochila colgada de los hombros, así que entro y busco un dormitorio con alguna cama libre. Encuentro uno al fondo del pasillo, dejo la mochila en el suelo y me tumbo sobre el colchón desnudo a esperar que se calme el ambiente. El sueño me puede y me quedo dormido.

Me despierta una preciosa y pálida cara de labios gruesos y sonrientes, ojos grises, casi blancos. Se disculpa por el descontrol mientras refunfuña. Es una de las chicas que discutía cuando llegué. Después de arreglar el tema de la pasta (ni siquiera me hacen ficha y mucho menos me piden el pasaporte; viva la Pepa) les pido permiso para usar la cocina. Quiero bajar al súper a comprar algo para comer, estoy hambriento.

—Nosotras estamos a punto de cenar algo. ¿Te apuntas?

—Claro.

La cocina es tan pequeña que apenas caben cuatro perso-

nas de pie; la mitad está ocupada por un banco en forma de L y una mesa. Me siento junto a la chica de los ojos grises, Iri, y a su hermana, una delgadísima chica de pelo negro y liso, Tanja. En unos momentos han hecho media docena de *sandwiches* de salchichas con queso y salsa de tomate. También han sacado un pastel, bebidas y algo de fruta. Estoy más hambriento que impresionado, así que empiezo a comer. Las dos hermanas apenas comen algunas migas, pero parece que disfrutan viéndome comer a mí. No permiten que mi plato esté vacío siquiera unos instantes, y apenas he acabado con un sándwich cuando me han puesto otro; o me han rellenado el vaso de cerveza o me han cortado una tajada de sandía. Quiero casarme con ambas.

Durante la comida se han incorporado a la cocina dos franceses, dos alemanes y un australiano (no me explico cómo conseguimos caber todos). Comiéndolo y bebiéndolo, hemos montado allí una fiesta en homenaje a los hermanos Marx, donde la cerveza ha sustituido definitivamente a las salchichas y al pan de molde. Pasamos allí toda la tarde y gran parte de la noche. Todos bebemos y tanteamos con las dos hermanas, que se dejan querer. Cuando la cosa empieza a decaer (los teléfonos de las *sisters* no dejan de sonar; ¡qué daño han hecho los móviles a las fiestas!) me voy a mi dormitorio. Por una vez, alguien se ha encargado de prepararme las sábanas y no voy a tener que dormir sobre el colchón (no tenía la menor intención de ponerme a vestirla ahora, por supuesto). Probablemente haya sido alguna de las serviciales hermanas, Iri y Tanja, Tanja e Iri.

Me tumbo y, mientras huelo el fresco aroma a limpio de la almohada, comienzo mi viaje con destino al sueño. Pero un momento... ¡diablos, tengo la ropa en la lavadora!

Jueves, 30 de julio de 2009

Un maldito mosquito hace que me despierte. Me ha estado jodiendo toda la noche, pero he tratado de ignorarlo ocultándome entre las sábanas. Son las seis de la mañana y el dormitorio está lleno de gente extraña, bultos inmóviles de respiraciones uniformes. No estaban ahí cuando yo me acosté, así que se han debido de incorporar durante la noche. Pensar que toda esa gente ha estado entrando en la habitación sin que yo me diera cuenta siempre me hace sentir inseguro, aunque últimamente se está convirtiendo en una costumbre.

Me levanto y me ducho. La casa está absolutamente desierta y en silencio. El desayuno no lo sirven hasta las nueve, así que tengo algunas horas por delante para hacer no se sabe bien qué. Empezaré por recoger la ropa que tendí anoche en la terraza. Está mojada y apesta a humo de tabaco. Alguien que tendió detrás de mí se tomó la libertad de usar la misma cuerda que yo y tuvo el detalle de comprimir toda mi ropa de forma que ocupara unos diez centímetros en total, así que ahora tengo mi pantalón y un montón de camisetas húmedas. Recoloco como puedo y me visto con la ropa mojada. Recojo el resto de la mochila, que anoche acabé desparramando por el suelo entre unas cosas y otras, etcétera, y me voy a la cocina.

Se está bien en la cocina. Es el único sitio de la casa donde puedes sentarte, porque el resto son dormitorios. Parece increíble que en un sitio tan pequeño quepan tantas cosas, incluso la lavadora, la tele, el DVD y una considerable colección de películas. Busco café, pero solo encuentro un bote vacío que vuelvo a dejar en su lugar. Me conformo con un té bien caliente y un par de manzanas de las que compré ayer. Me conecto a Internet y navego un rato (otro español ha vuelto a ganar el Tour de Francia; antes la gente salía a las calles cuan-

do eso ocurría).

Un ruido me sobresalta. Es el crujido de la puerta de la cocina al abrirse lentamente. Quien quiera que sea es considerado, porque no quiere molestar. Cuando termina de abrirse la puerta, puedo ver que se trata de una chica, una belleza de ojos claros (una más) y sonrisa hermosa. Se sorprende de verme allí, sentado con mi té y mi ordenador, pero pasa. Me saluda en ucraniano y le respondo en inglés.

—¿De dónde eres?

—De España.

Empezamos a charlar. Se llama Olga y es de Ucrania, de un pueblo vecino a Kiev. Ha pasado toda la noche trabajando y acaba de llegar al *hostel* con ganas de meterse en la cama.

—Mi dormitorio está lleno. ¿Dónde te quedas a dormir?

—Suelo venir a este sitio; hasta tengo mi propia llave. Nunca sé cuándo voy a necesitar quedarme, así que nunca reservo. Solo me paso por aquí y busco algún sitio. ¿Puedo acostarme en tu cama? —me pregunta en un bostezo.

—Claro —le respondo—. Normalmente suelo invitar a cenar antes, pero contigo haré una excepción.

La risa le corta el bostezo.

—Vaya, pensaba que los del este no teníais sentido del humor.

Olga necesita un café, como yo, pero ya le he dicho que no hay, que tendrá que conformarse con un té y que, bien pensado, le vendrá mejor si lo que quiere es irse a la cama. Aunque, acordamos, lo que mejor le vendría sería una ducha de agua caliente. Antes de eso, seguimos charlando de esto y de aquello durante un rato. Le pido que me señale en un plano los puntos a los que ella iría si fuera turista (no le digo que no tengo mucho interés en la ciudad, eso estaría fuera de lugar) y tuviera dos horas. Me señala tres puntos y traza la ruta que tengo que hacer, saliendo del *hostel* y terminando en la estación de tren. Decido que haré exactamente eso, le daré otra oportunidad a Kiev.

—Voy a ducharme, ahora vuelvo.

Estoy tentado de hacer una broma con el asunto de la ducha, mi cama y todo lo demás, pero me corto, no quiero abusar de la capacidad de alguien del este de entender mi sentido del humor, así que me limito a sonreír. Mientras se ducha aprovecho para llamar a mi banco y preguntar sobre el asunto de la tarjeta. A ellos no les consta ningún problema, ni ha denegado ninguna operación, así que el problema debe de estar en la web a través de la cual se gestiona el pago. Me quedo tranquilo.

Entretanto, Olga ha vuelto solo para despedirse. Está loca por meterse en la cama, así que me regala tres besos y me desea suerte en mi viaje. Espera que me guste Kiev, aunque no es nada del otro mundo. Mientras se va, pienso que cualquier fraile estaría dispuesto a romper el voto de castidad si tuviera la oportunidad de conocer a Olga.

La ropa que llevo puesta se ha secado, así que me quito la camiseta, la doblo con esmero y cojo otra del tendedero. Sigue estando tan húmeda como hace un rato, pero tras ponerla, en cuestión de minutos está seca. Repito la operación con otra camiseta. Acabo de descubrir que tengo superpoderes secando la ropa. Debe de ser que el calor de mi cuerpo ayuda a las moléculas de agua a evaporarse más rápidamente. Soy Dryerman (después de terminar el desayuno ya tendría toda mi ropa seca).

Casi son las nueve y en la casa no se oye ni una mosca. Antes, cuando Olga se ha ido a la cama, he pensado que sería buena idea salir a dar un paseo por el barrio, pero no he podido porque la puerta está cerrada con llave. Tengo hambre, así que empiezo a pasear por la casa haciendo ruidos como el que no quiere la cosa. El plan funciona y, en unos minutos, veo a Iri en el pasillo. Va prácticamente desnuda; solo viste un pequeño tanga y una camiseta semitransparente que me deja ver su ombligo. Tiene el pelo alborotado y los ojos cerrados. Bosteza y se despereza mientras me da los buenos días.

—¿Has desayunado ya? —me pregunta.

—No. Estoy esperando. Tengo un hambre que te cagas.

—Espera, me visto y te lo preparo enseguida.

—No hace falta, yo mismo me lo haré. Solo dime dónde están las cosas.

—No digas tonterías, solo tardo un minuto.

Se mete en el baño y yo me voy a la cocina obediente. En unos minutos, entra vestida, con la cara radiante y se pone inmediatamente a hacerme unos *crêpes* de jamón y queso.

—¿Quieres casarte conmigo? —le pregunto con la boca llena.

Al olor de los *crêpes* y las tostadas empieza a despertarse la gente. Seguiría comiendo *crêpes* durante toda la mañana, pero tengo que dejar sitio al resto, así que me cuelgo la mochila pequeña y me largo a seguir el itinerario que me ha marcado Olga.

Dos horas son suficientes, y el paseo no modifica demasiado la imagen que tenía de la ciudad. Ni siquiera me han dejado entrar en el estadio del Dínamo de Kiev a hacerme unas fotos en la cuna de uno de los jugadores que más goles me ha dado en la historia del *Pro evolution soccer*: Andriy Shevchenko.

Vuelvo al *hostel*, recojo mis cosas y me despido de Iri.

—Me gustan tus pulseras —me dice señalando mis pulseras.

—Gracias. Te regalo una, la que quieras. ¿Cuál te gusta?

—No, no podría aceptarlas. Además, me gustan así, tal cual están ahora, todas revueltas en tu muñeca.

—Ya nos veremos.

—Claro.

Llego a la estación con una hora de adelanto. Mi tren sale del andén dos, eso dice el panel. Llegará dentro de quince minutos, estará parado durante tres cuartos de hora y luego saldrá conmigo dentro. Aprovecho la espera para acercarme a un supermercado y comprar quinientos gramos de jamón

york, que me servirán para hacer exactamente cinco tomas de cien gramos cada una: almuerzo, merienda, cena, desayuno y almuerzo. Para la cena de mañana ya estaré en Bucarest. También compro un par de litros de zumo de uva y manzana y algo de fruta. Estoy listo para salir.

El tren llega desde Moscú y acabará en Sofía, así que cuando me subo ya está lleno de gente que lleva horas viajando. Me acomodo en mi litera (me ha vuelto a tocar una de las superiores) a escuchar música. Debajo, una señora mayor, un hombre y un chaval charlan en ruso. Yo me he limitado a sonreír en forma de saludo porque no puedo aspirar a incorporarme a la conversación, que en realidad es un monólogo. La mujer no para de hablar y hablar. Le cronometro hasta ochenta minutos de discurso ininterrumpido. Creo que los dos pobres chavales deben de estar durmiendo o muertos, no puede ser que soporten tanta charla sin perder la razón. Como es lógico, no me entero absolutamente de nada, pero por algún motivo tengo la idea de que está hablando de política.

—Con Stalin, estos piojosos como el que está aquí arriba no pisaban la madre patria —me parece entenderle.

Por suerte, no viene hasta Bucarest, se baja unas paradas más adelante. Es un alivio, porque su voz empezaba a ser molesta y no tengo ganas de seguir llevando puestos los auriculares. Me apetece leer a Cortázar, y eso haré el resto de la tarde y parte de la noche hasta caer dormido gozando del silencio que dejó la vieja.

No se puede querer lo que quiero, y en la forma en que lo quiero, y de yapa compartir la vida con otros. Había que saber estar solo y que tanto querer hiciera su obra, me salvara o me matara (...).

Viernes, 31 de julio de 2009

En tren a veces ocurre que te acuestas con unos compañeros de viaje y te despiertas con otros. Cosas de dormir en una cama que salta de ciudad en ciudad. Son las cinco y pico de la mañana y a mi lado (en la litera que hay junto a la mía, quiero decir) ronca un tipo cuya barriga está rozando con el techo. Debajo de mi catre, una viejita, arrugada y envuelta en un enorme pañuelo, está sentada mirando por la ventana. Mi primer pensamiento, antes incluso de la reflexión del cambiao en los compañeros de camastro, es tomar un café, así que bajo de un salto y busco a la encargada del vagón. Mientras el tren me zarandea en el pasillo, pienso que lo más lógico es que esté dormida (todo el tren menos la vieja y yo está durmiendo), así que me doy la vuelta sin siquiera intentarlo. Esperaré.

Dos horas tienen que pasar. El tren se empieza a detener, así que la encargada no tiene más remedio que estar despierta. Me lanzo a su compartimento y vuelvo con un humeante café. Le he dado todo el dinero que tenía, unos cuantos billetes cuya suma probablemente no llegue ni a medio euro. Suficiente en cualquier caso.

Cuando entro en el compartimento me recibe un olor pestilente. El tipo gordo se ha largado (necesitó media hora para desperezarse, media hora para bajar de la litera con movimientos torpes y otra media para sacar su media docena de maletas de los maleteros. No me explico cómo consiguió subirse, y aún más, no me explico como lo hizo de forma que ni siquiera me despertase), y el compartimento está ocupado ahora por la vieja, un niño y yo. El olor proviene de las zapatillas del niño, que está tumbado en uno de los catres inferiores. Está descalzo y no tiene camiseta. Su única prenda es un pantalón de los Utah Jazz con el número de Kirilenko. Sus apestosas zapatillas (unas Nike blancas con el logotipo en ver-

de; siempre hay gente con mal gusto) están plantadas en medio del compartimento. Me cae mal desde el principio, probablemente porque su presentación ha sido por vía olfativa. Además, me ha quitado el sitio que tenía pensado ocupar yo para tomarme el café y escribir durante toda la mañana.

Aparto las zapatillas dándoles empujoncitos con los pies, hasta dejarlas debajo de su litera, perfectamente alineadas. Le saludo y me responde con un gruñido con acento ruso. Ni siquiera levanta la vista de su iPod. Me cae realmente mal, sí señor. Miro a la vieja, que me devuelve una mirada de resignación.

El viaje transcurre sin que nada ocurra. Kirilenko sale a fumar de vez en cuando. Se pasea por el tren descalzo y sin camiseta, con aires de superioridad aria. Se permite encenderse los cigarrillos en el compartimento y dar un par de caladas antes de levantarse para ir al espacio entre vagones, lugar de reunión de los fumadores. En base a la observación llego a varias conclusiones. A saber:

1. Kirilenko no sabe estar sentado. Solo está tumbado o de pie.

2. Kirilenko duerme siempre que está tumbado y está despierto cuando está de pie.

3. Kirilenko siempre va descalzo, a excepción de las ocasiones en las que va al baño. Es el único momento en que se pone las zapatillas. Cuando vuelve, se tumba y se las quita agitando violentamente las piernas, de manera que las zapatillas salen despedidas a sabe Dios qué impensables lugares. Tengo que ser yo quien las coloque debajo de su litera. (Digo yo que cuando se las pone debe de pensar que tiene tan dominada la técnica de la agitación de las piernas que las zapatillas siempre acaban debajo de su catre, en perfecta formación.)

4. Kirilenko sale a fumar aproximadamente cada media hora y acude al servicio a intervalos irregulares.

5. Kirilenko va a Sofía.

6. Kirilenko no tiene ni el más mínimo respeto por los

demás.

Paso la mitad del tiempo fuera del compartimento porque no puedo soportar el olor. La pobre vieja no se ha movido del sitio, como si temiera que haciéndolo estuviera incumpliendo alguna ley o cometiendo algún pecado. En uno de los regresos de Kirilenko del servicio, se ha tumbado y se ha descalzado de tal suerte que una de las zapatillas ha ido a dar en la cubierta cabeza de la viejita. Esta casi no se ha movido, pero no ha podido evitar soltar un quejido apenas audible. Luego ha completado con una risita. Kirilenko ni se ha dignado a mirar, así que me levanto y le digo que tenga cuidado, que le ha dado a la pobre mujer. Pasa de mí, no sé si porque no sabe inglés o porque es gilipollas (o por las dos cosas), pero el caso es que consigue ponerme de muy mal humor. No me gusta la gente que quema la sangre, y estoy delante de un ejemplar etiqueta negra. Vuelvo a increparle, esta vez lo suficientemente cerca como para que pueda oler mi aliento. Sigue pasando de mí, pero esta vez se permite apartarme de un manotazo.

—Payaso —le grito en español mientras vuelvo a mi sitio.

Durante las horas que transcurren desde el incidente hasta que paramos en la frontera, no puedo pensar en otra cosa. Sin embargo, la presencia de la policía ucraniana requiere toda mi atención. El control esta vez va en serio. Además de los militares que se encargan de registrarlo todo en busca de inmigrantes ilegales, hoy traen a un grupo especial de anties-tupefacientes, incluyendo un enorme perro clavado a Rex. El militar que lo lleva chasquea los dedos, indicándole al perro que busque droga, pero parece que no hay de qué preocuparse. Con él viene la señorita Rotenmeyer, que nos reparte los formularios por si tenemos algo que declarar en la aduana. Cuando me da el mío, me guiña y dice:

—Narcotics?

Lo dice en plan: *sé-que-llevas-chocolate-pero-no-te-preocupes-porque-a-mí-puedes-contármelo-sin-problemas.*

—Narcotics? —repite al ver mi cara de incredulidad.

Estoy tan tentado de responder «*of course*», que casi me da miedo.

—No!

(Risas de la señorita Rotenmeyer, que se larga sin decir ni adiós y preguntándose cómo diablos le ha fallado la estrategia.)

Esta vez, la tipa que se encarga de la identificación necesita que le dé otro documento en que venga una foto mía. Le doy mi DNI, y ahí anda buscando las siete diferencias entre el pasaporte, el DNI y mi careto. Tengo que aguantar la risa, pero esas cosas se notan y me riñe. Me riñe por llevar las barbas (se frota su cara con el exterior de los dedos y dice algo que suena a borde). No respondo, ¿para qué? Al rato se larga llevándose nuestros pasaportes, que nos devolverá al cabo de un par de horas. El compartimento sigue apestando.

Seguimos devorando kilómetros y al fin llegamos a la estación de Bucarest. El tren reduce la marcha para poder manejarse por el entramado de vías que le llevarán al andén que corresponda. Aprovecho para bajar mis mochilas del maletero. Kirilenko duerme y la vieja sigue donde ha estado siempre. Recojo todo y bajo del tren, guiñando un ojo a la vieja que responde con una risa nerviosa y un ademán de dar palmas. Hemos llegado a las siete y media. El tren estará detenido hasta las ocho y pico, momento en el que saldrá en dirección a Sofía. Lo sé porque es el mismo tren que tendré que tomar yo mañana. Me siento en uno de los descoloridos bancos del andén y espero. Tengo todo el tiempo del mundo, así que puedo dedicar media hora a esperar para ver cómo se va el tren. Hace un calor asfixiante.

A las ocho y cuatro minutos en punto, un ruido anuncia que el tren va a ponerse en marcha. En ese momento, hago un gesto a la vieja, que está asomada a la ventana, indicándole que despierte a Kirilenko. La vieja se mueve por primera vez y zarandea el cuerpo semidesnudo del niño que, sin saber muy bien lo que está pasando, se asoma a la ventana. Allí es-

toy yo con sus zapatillas en mi mano. Voy andando, acompañando al tren que ya está en marcha, pero aún se mueve muy despacio, lo suficiente como para que pueda seguirlo sin siquiera echar a correr. La cara de Kirilenko cambia de *qué-coño-pasa-aquí* a *qué-coño-haces-con-mis-zapatillas*. El tren sigue acelerando y yo con él. Tiene un buen perder y se resigna rápidamente. Se limita a bajar el cristal.

—Hijo de puta —me dice en ruso. Ni siquiera lo grita.

No respondo, me limito a seguir andando (a paso ligero ya) y a dejar las zapatillas en una papelería. Sigo andando.

—Hijo de puta —repite.

Sigo sin responder, pero esta vez voy a darle un buen golpe. Voy a soltarle un gancho que va a dejarle sin aire. Del bolsillo trasero de mi pantalón saco su pasaporte y se lo muestro. Su cara pasa de *voy-a-matarte-hijo-de-puta* a *¡qué-coño!* Ya voy a la carrera y el andén está a punto de acabarse, así que me paro, sin dejar de mirar la ventana y sin bajar la mano que sostiene su pasaporte. Kirilenko no dice nada. Yo tampoco. Estoy tentado de enseñarle mi dedo corazón en toda su extensión, pero decido que queda más elegante seguir allí sin hacer nada.

El plan de venganza se me ocurrió cuando nos devolvieron los pasaportes y Kirilenko dejó el suyo sobre la mesita del compartimento.

—Como el pasaporte siga ahí cuando lleguemos a Bucarest, te vas a cagar, niñato —pensé.

Cuando se le pase el espanto, hará lo que cualquiera haría. Llamará a la estación y preguntará por objetos perdidos. Allí le dirán que sí, que tienen su pasaporte y que solo tiene que venir a buscarlo. Pasará la noche en alguna estación de la frontera y volverá a Bucarest en el primer tren de la mañana. Allí le darán su pasaporte y podrá seguir su viaje. En cuanto a sus zapatillas, no creo que sigan en la papelería, aunque todo puede ocurrir.

O puede que nada suceda así.

Después de dejar el pasaporte a una taquillera sin dar más explicaciones, me dirijo directo a las taquillas internacionales. El decorado ha cambiado radicalmente respecto a los últimos días. En Bucarest vuelve a haber caracteres latinos y subtítulos en inglés. El rumano me parece la lengua más fácil del mundo (incluso me recuerda al italiano) y manejarse por la estación es un juego de niños. Estoy en la taquilla y es el momento de tomar una decisión que marcará lo que resta de viaje. Decido renunciar al norte de África, por imposibilidad de obtener el visado de Libia. En los últimos días he cruzado un par de correos electrónicos con la embajada y me han dicho que ni hablar, que qué se me ha perdido a mí en Libia y que para tonterías y caprichos de niño occidental que se aburre en su país no está la cosa. La nueva ruta que he trazado respecta la anterior hasta llegar a Egipto (y de esa forma asegurarme los cinco continentes), pero a partir de ahí, volveré a Europa (tomando un avión o *ferry* a Grecia) y seguiré subiendo por la península de los Balcanes hasta el norte de Italia, donde viraré al oeste para recorrer todo el sur de Francia hasta Montpellier. Por allí entraré a España, para cruzarla de punta a punta hasta Málaga.

—Necesito comprar un billete de Interrail. ¿Es posible?

—Por supuesto. ¿Qué modalidad necesita?

Todo marcha sobre ruedas en este lugar. Ya tengo mi billete de Interrail (que puedo usar durante diez días, suficientes para cruzar Europa) y mi reserva para el tren de mañana a Sofía (espero que a Kirilenko no se le ocurra tomar el mismo). La siguiente prueba es encontrar el *hostel*, pero las indicaciones de la web son tan precisas que tardo diez minutos. El sitio está muy chulo (tienen cereales y leche gratis para los huéspedes, no puedo creerlo). Allí me inscribo sin ningún problema (el tipo es realmente amable y me regala un plano del centro de la ciudad), me conecto a Internet sin ninguna dificultad, me río un buen rato leyendo los comentarios del *blog* (¡qué bien me sientan!), voy al súper a comprar algo para ce-

nar (¡un Carrefour! ¡Con productos cuyas etiquetas entiendo!), ceno, me ducho, chateo hasta cerca de las tres de la mañana (tener contactos de todas partes del mundo supone un problema con los horarios) y me voy a la cama. Ni un solo amago de cagarla. Ni una sola fisura en el sólido plan semiimprovisado. Todo es perfecto y acaso aburrido.

Mañana veremos.

Sábado, 1 de agosto de 2009

Para no cambiar las costumbres, me despierto antes que nadie. No son ni las seis y los mosquitos me están acribillando, así que paso de seguir en la cama. Me levanto, me ducho y bajo a la cocina del sótano. Tengo mono de cereales. Después de mucho tiempo sin probarlos, el atracón que me di ayer ha vuelto a reactivar mi adicción. Suerte que el *hostel* tiene barra libre de cereales y leche. Cuando llego a la cocina son las siete (el desayuno no comienza hasta las ocho) y me encuentro a cuatro tipos tirados por el suelo o durmiendo en los sillones. Son los portugueses con quienes estuve charlando un rato ayer, menuda panda. Me hago un hueco y me pongo a buscar trenes. A pesar de todo, sigo confiando en la página de la Bahn. Lo del tren a Bucarest tiene que haber sido algún lamentable error. Ahora que he decidido volver a España atravesando los Balcanes, tengo que calcular cuánto tiempo va a llevarme y decidir en qué ciudades quiero parar. Un lío.

Mientras busco y rebusco, intentando que me cuadren los días (no me salen las cuentas ni de lejos), va pasando el tiempo y la cocina se va llenando de gente. Todos pasan por la mesa en la que estoy y con todos charlo un rato. Creo que lo de buscar *hostels* con desayuno incluido es una cuestión más de carácter social y que nada tiene que ver con tener algo que comer por la mañana. Por la mesa desfilan todo tipo de personajes, pero la protagonista absoluta es Camille. Es francesa y su cara es una mezcla entre la de Brigitte Bardot y la de Inma del Moral, incluyendo el aire ingenuo de esta última. Después de hablar con ella tengo ganas de cambiar todos los planes, y como que Dios no existe que lo voy a intentar.

Camille está en su último día de viaje (de hecho, después de estar charlando largamente, más allá de la hora en la que ha terminado el desayuno, se levanta de un salto al recordar

que tiene que tomar el avión de regreso a Francia). Ha estado dos meses por toda Rumanía, haciendo una especie de guía de lugares pintorescos. Cuando le he contado mis planes, me ha preguntado si pensaba estar muchos días en el sur de Francia.

—¿Cuántos días piensas estar en el sur de Francia?

—Depende del tiempo que me lleve llegar hasta allí, pero creo que no será demasiado. Llevo algunos días de retraso.

—Es una pena, podría recomendarte algunos sitios bonitos.

—Estaría bien. Empiezo a cansarme de grandes ciudades llenas (o vacías) de turistas.

—Podrías venir a mi pueblo. Soy de T..., es un pueblo muy pequeño, cerca de Carcassonne.

Consultamos juntos el mapa de Interrail, pero no viene. Es demasiado pequeño.

—Es un sitio encantador, aunque no es fácil llegar hasta allí. No hay tren y tampoco ninguna línea regular de autobuses. La última parte, desde Carcassonne, tendrás que hacerla en *auto-stop*. Parte del encanto está ahí, en que no hay forasteros. Pero es un lugar que merece la pena ser visitado.

—Me están entrando ganas de irme directamente hacia allí.

—Yo me vuelvo hoy —me dicen los labios de la Bardot.

Según las cuentas que estaba haciendo antes, llegaría a Francia el sábado por la noche, y el lunes tengo que incorporarme al trabajo (según esas cuentas, llegaría a Málaga el lunes a las ocho y media de la mañana, lo que significaría llegar tarde al trabajo, cosa que no me puedo permitir, por lo que el plan es inaceptable). Eso significa que sería imposible visitar a Camille en T.... Sin embargo, ha logrado despertar mi interés y despertarme el espíritu aventurero, que se estaba durmiendo un poco en el este. Me prometo a mí mismo volver a darle una vuelta a los planes para tratar de llegar antes a Francia. Aunque no tengo mucho margen de maniobra (seguir viajando al sur hasta llegar a Egipto es una parte que no

voy a cambiar; necesito pisar África), creo que podría sacar algún día si me salto un par de países. Sea como sea, hoy estoy en Bucarest y ya tengo el billete para Sofía, así que vayamos a patear la ciudad.

—Tengo tu dirección de correo electrónico. Si veo que tengo alguna posibilidad de llegar a tu pueblo, te envío un correo ¿te parece?

—Genial. ¿Te gusta el vino?

—¡Sí!

—Mi madre tiene bodegas. Hacemos nuestro propio vino. Si vienes, te invito a una copa.

—¡Genial!

—Si consigues llegar al pueblo, mi casa es fácil de encontrar. Es una casa grande que está justo al lado de la iglesia. Es la única que está al lado, tiene una gran puerta verde. No puedes confundirte.

—Dios, ¡qué ganas tengo de ir! —respondo riendo.

El plan para hoy es muy sencillo. Mi tren sale a las ocho, así que tengo toda la mañana para pasear por la ciudad. Quiero volver al *hostel* a eso de las seis para darme una ducha, merendar y llegar a la estación con al menos una hora de adelanto. Son las once, así que al lío.

Mi primera impresión de Bucarest es que se trata de una ciudad sucia. No tiene nada que ver con la mayoría de ciudades en las que he estado, todas preparadas para el visitante. Bucarest es una ciudad con jardines descuidados, coches que no se ven en España desde hace veinte años, perros por las calles (esto no ocurre en Corea), colillas en las aceras y paredes pintarrajeadas. Las zonas que visito me recuerdan a determinadas zonas de Madrid, una de mis ciudades preferidas. Todo esto, más allá de suponer una decepción, supone todo lo contrario. Me alegro de estar en una ciudad que no se lava la cara por las mañanas. Bucarest no es otra ciudad plana, no es una *ciudad-parque-de-atracciones* como Krakovia o Bratislava, y me gusta, tiene estilo.

Mientras paseo no puedo evitar fijarme en las pintadas de las paredes. No hay un solo trozo que no esté pintado, lo mismo da que sea en una valla de una obra o en la fachada de mármol del banco Central. Obviando las pintadas que se limitan a ser firmas de ellas mismas, Bucarest está lleno de reivindicaciones; no en vano se trata de una ciudad que ha vivido una revolución hace tan solo veinte años. Una revolución que terminó con un cambio de régimen y la ejecución de su máximo líder, nada menos. Hace menos de veinte años. Yo empezaba a tomar mis primeros tequilas en Sidecar y los universitarios de Rumanía se echaban a las calles para pedir un cambio. No es que encuentre pintadas en contra de Ceaușescu, pero creo que el espíritu revolucionario está presente, y los universitarios de hoy día sienten la necesidad de expresarse (nada de esto noté en otras ciudades del este u oriente, cuyos estudiantes aceptan que el gobierno decida qué páginas de Internet pueden visitar y cuáles no).

Me muevo por los alrededores de la zona universitaria. Está llena de calles interesantes, de puestos de libros de segunda mano y de parques donde la gente juega al ajedrez y al backgammon. El día es caluroso, pero se lleva bien parando a descansar de vez en cuando. Me he propuesto dejar de darme esas palizas de caminatas de seis horas y me obligo a sentarme a descansar aun antes de estar cansado. Cuestión de método (a la larga me alegraré). Por lo demás, más allá de las paredes y el ambiente en los alrededores de la universidad, Bucarest no tiene mucho que ofrecer en cuanto a monumentos, y menos a un tipo cansado ya de iglesias y catedrales.

Las calles del centro histórico están completamente levantadas por unas obras, lo cual las hace casi intransitables. Aun así, doy tantas vueltas que creo que no me queda ninguna calle, por escondida que esté, por visitar. Consigo dar con esos barrios por donde no debería ir un turista y, en definitiva, me pierdo durante horas.

Para terminar la visita, me doy un homenaje en un res-

taurante típico (llevo mucho tiempo comiendo en supermercados y puestos callejeros, o simplemente no comiendo), donde como sentado en una mesa con cuchillo y tenedor. Incluso me pido postre. Por supuesto, tomo la cerveza del país, la Timisoarana.

De regreso al *hostel* me encuentro con Iñaki y Ritxi, dos vascos, del mismo Bilbao, con quienes coincidí ayer en las taquillas de la estación. Charlamos un rato y me aconsejan sitios que visitar en la parte de la antigua Yugoslavia. Son dos adictos a los viajes que se dirigen al norte. Han cambiado su ruta para ir a Suiza a ver jugar al Athletic. Eso es afición, sí señor. Intercambiamos correos y quedamos para vernos algún día, por qué no. Al fin y al cabo, ni yo he estado nunca en Bilbao ni ellos han estado en Málaga.

Regreso al *hostel*, me quito el calor pegajoso de encima, preparo la mochila... todo va como la seda. Llego a la estación con una hora de adelanto, lo que me permite ir a un supermercado a comprar un par de cosas para el camino, dando tiempo a que llegue mi tren al andén donde se le esperaba. Me subo, accedo a mi asiento, dejo las mochilas en el portamaletas; no hay rastro de Kirilenko. Todo es perfecto. Todo en Bucarest ha salido a pedir de boca. Ni un solo sobresalto. Me preocupa.

—¿Este billete es de alguno de ustedes? —pregunta un tipo que ha subido al tren. Tiene un billete de Interrail en su mano.

No me lo puedo creer. Busco en mi bolsillo y no encuentro nada.

—Creo que es mío. ¿Está a nombre de Pedro Galán?

—No lo sé, míralo tú mismo. Estaba ahí en el andén.

—Sí, es mi billete. Gracias, me has salvado la vida. No quiero ni pensar lo que hubiera pasado si arranca el tren y me dejo el billete en el andén. Dios, ha estado cerca.

—Ten cuidado.

—Lo tendré, lo tendré. *Mult'umesc foarte mult*⁶⁵ —le respondo mirando la chuleta de mi antebrazo izquierdo.

Vuelvo a mi sitio y me pongo algo de música para que mi corazón vuelva a latir a su ritmo normal. «Música, melancólico alimento para los que vivimos de amor». Me pregunto por qué dejé de escuchar música mientras vivía con ella.

⁶⁵ Muchas gracias.

Domingo, 2 de agosto de 2009

Un ejército de girasoles cabizbajos me da los buenos días. Son cerca de las seis de la mañana y ya estamos en los alrededores de Sofía. He dormido mal. Me duele todo el cuerpo por las posturas que he ensayado a lo largo de la noche. Eso de dormir en *hostels* y vagones cama me ha ablandado por lo que se ve. Pero lo peor de todo, más que la falta de espacio o las interrupciones de la policía fronteriza, ha sido el olor. Creo que nunca olvidaré el olor que salía de las letrinas del tren. Si en los autobuses de Sudaméricaapestaba, el del tren a Sofía hiede.

En el trayecto he conocido a Petra y Ed, una pareja de rubios holandeses. Están dando algunas vueltas por la Europa del este y también se dirigen a Sofía (aunque solo estarán unas horas; parten rumbo a Belgrado). Hemos estado charlando buena parte de la noche, al punto de alcanzar las limitaciones de mi inglés. Si bien me sirve para defenderme en el mundo, hablar de viajes y tratar de engañar a alguna para meterme entre sus sábanas, no me sirve para hablar de literatura rusa. Están leyendo a Tolstói y traer a la conversación a Nabokov o Tolstói se traduce en balbuceos y tartamudeos. Cuando llegamos a la estación, les invito a un café (soy el único de los tres que tiene levis, la moneda búlgara) en un bar, un bar de los de antes, de los de antes de los noventa. Al fin hay bares. Nada de quioscos que venden productos envasados y café en polvo. Un bar como Dios manda, con su máquina de café, sus famélicas sillas, sus tipos duros tomando un sol y sombra por la mañana y su camarero de gesto serio.

Cuando se largan, comienzo con mi rutina: reservo billete para el tren de Estambul (que sale a las siete de ese mismo día), dejo la mochila nodriza en una taquilla, consigo un plano del centro de la ciudad (gracias a un amable taxista que, viendo que no tenía ni un duro me indica los sitios que no

debo perderme) y salgo a pasear. En Sofía han vuelto los caracteres cirílicos, aunque por fortuna hay algo más de inglés. No obstante, al principio me cuesta orientarme porque mi mapa está en inglés y los nombres de las calles están en búlgaro. Me basta preguntar a una señora (una checa que está repitiendo, al cabo de cuarenta años, el viaje por el este que hizo cuando era niña) para saber que estoy en una de las calles principales, que me servirá de raíl para el paseo.

Aún es temprano, tanto que los perros callejeros siguen dormidos. Me gusta pasear a estas horas porque el calor no ha empezado a apretar. Tiene pinta de que va a ser un día caluroso, un típico domingo de verano, con cielo despejado y nadie que pueda toserle al sol. Con el mapa delante calculo que un paseo por todos los puntos destacados no me llevará más de tres o cuatro horas, así que me lo tomo con calma. Para empezar, una buena siesta matutina en un parque, a la sombra de los árboles y con el ruido de la fuente de fondo. Un clásico.

El día transcurre despacio y pesado. Como preví, el calor es asfixiante. Me recuerda al calor seco de Badajoz, un calor que ataca directamente a mis arterias, dilatándolas y haciendo que mi tensión se vaya por debajo de los límites aconsejables. Apenas puedo tirar de mi cuerpo y me siento en todos los bancos que encuentro. Trato de hidratarme mucho, pero al mismo tiempo tengo cuidado porque he comido poco, y lo último que necesito es que me dé una pájara. Me aburren las iglesias. Aquí las tienen de todas las religiones, pero estoy cansado de ellas. Iglesias y parques, parques e iglesias. Es domingo y las calles están casi desiertas, hay poco tráfico y las tiendas están cerradas. Ni siquiera puedo encontrar una oficina de correos abierta, así que no puedo enviar la postal nuestra de cada día.

Una de las veces que me he quedado dormido en unos escalones, en la entrada a la Biblioteca Nacional (por desgracia también estaba cerrada, maldito domingo), me ha despertado

alguien zarandeándome. Me he puesto rápidamente en pie (aunque duermo, es casi como si estuviera despierto) y me veo rodeado por cuatro niños. Visten únicamente con pantalones y entre todos no deben de sumar ni cuarenta años. Están flacos como galgos, tienen la piel oscura, tostada por el sol, y los rostros sucios. Huelen mal y no dejan de hablar entre gritos. Por un momento pienso que estoy rodeado por una jauría de perros salvajes, una banda de *mowglies*. La zona está desierta y tengo miedo. Uno de ellos ha cogido la mochila y está intentando abrirla. El resto me mira con curiosidad. En este momento tengo que decidir si, como dice Menotti, quiero ser toro o torero, quiero dejarme llevar por la situación o tomar las riendas, así que disimulo mi miedo lo mejor que puedo y les grito que se larguen (acompañando con aspavientos) mientras recupero mi mochila de un violento tirón. Los chavales dan un respingo y se reúnen, se sitúan muy juntos unos de otros, en una especie de maniobra militar de defensa. En ese momento dejo de sentir miedo para sentir lástima.

Están solos, están necesariamente solos; solo se tienen los unos a los otros. Me imagino sus días de vagabundeo infinito por la ciudad, buscando algo que comer y conformándose con satisfacer, por instinto, sus necesidades más primarias. Son como los perros callejeros de Bucarest, que andan entre cubos de la basura buscando algo que comer, sin pensar en otra cosa que no sea sobrevivir un día más. Reacciono y trato de calmarles abriendo mucho los brazos y las manos y pidiéndoles que estén tranquilos. Tengo algunas chokolatinas que compré en Bucarest y se las ofrezco. Las toman con desconfianza al principio, pero cuando uno de ellos se decide a aceptarla, el resto va detrás. Cuando cada uno de ellos tiene la suya, empiezan a devorarlas entre risas. Sigo allí, pero soy completamente ignorado. Me siento como un periodista del National Geographic filmando, oculto entre el follaje, cómo una manada de leones se come a una cebra. Cuando terminan se largan corriendo a ningún sitio.

Yo reemprendo mi marcha, un tanto aburrido y replanteando mentalmente el viaje. No quiero más días como estos, de turismo en ciudades ya vistas aún sin haberlas visitado. Necesito un cambio, otro objetivo que no sea ver pasar las catedrales y los días, y vuelvo a pensar en el pueblo de Camille. He dejado el mapa en la otra mochila, así que no puedo dedicarme a trazar rutas, aunque en mi cabeza ya hay varias alternativas: cruzar el Adriático en *ferry* desde Grecia hasta el norte de Italia, subir por la bota en tren, volar de Egipto a Milán... El día se salva cuando me tropiezo con un mercadillo de antigüedades. Me fascinan este tipo de sitios, compuestos por puestos que venden pequeñas chatarras, fotos antiguas y metales oxidados. Tienen de todo, especialmente cosas relacionadas con la Segunda Guerra Mundial. A pesar del sol, no puedo dejar de dar vueltas por allí. Hay infinidad de puestos, algunos de los cuales son realmente interesantes. Decido pasar allí el resto de la tarde e incluso compro una insignia nazi para mi buen amigo Sergio. Me he puesto como hora límite las cinco para ir al McDonald's que hay junto a la estación, asearme un poco allí y pasar un rato subiendo textos al *blog*.

El tren sale con una hora de retraso. Creo que es la primera vez que me pasa algo así. El tren de Moscú viene tarde y debemos esperar porque hay muchos pasajeros que tienen los billetes combinados. El calor dentro de los vagones es insoportable, así que todo el mundo espera en el andén. El tren es una chatarra con ruedas de solo un par de vagones, todos ellos están ocupados (o lo estarán en breve) por gente joven, mochileros con destino Estambul. De forma espontánea formamos un corro donde cada uno, por turnos, va contando su historia, cómo ha llegado a esa estación precisamente ese día y cuales son sus planes para los próximos días. Una especie de terapia de grupo intercultural que resulta realmente interesante. Cada uno de nosotros aporta algún detalle que puede resultar interesante al resto; yo me quedo con el consejo de no pagar más de quince euros por el visado turco.

—Te van a pedir más, pero diles que no tienes. Al final acaban conformándose con quince, aunque pueden pedirte hasta cincuenta.

Hago migas con dos holandesas que tienen aspecto de lesbianas. Una de ellas es bajita y graciosísima. Se ofrece a ayudar a todo el mundo, bien sea para recordar a un tipo que debe escribir el trayecto en el billete de Interrail o para tranquilizar a una pareja que se queja de que le han cobrado seis euros por la reserva del tren, a pesar de tener el pase global de Interrail.

—Es así. En los trenes nocturnos tienes que reservar, y la reserva suele costar de tres a diez euros.

Se ve que es muy buena gente y que disfruta ayudando a los demás, así que me alegro cuando soy yo quien puede echarle una mano a ella.

—¿Te importaría ayudarnos con la ventana? No podemos abrirla y nos vamos a asfixiar.

—Claro. Solo tienes que quitar el seguro ¿ves? Ahora ya baja. Para mantenerla bajada hay que usar un truco. Lo aprendí en el transiberiano. Hay que desencajar la hoja levemente así —les digo mientras doy un golpe seco en uno de los extremos del cristal—. Ahora se ha quedado desencajada. Si queréis volver a subirla, avisadme, estoy en el compartimento seis.

—Cool.

Mi departamento tiene seis catres, pero afortunadamente solo somos tres (estoy con una pareja de jóvenes ingleses que pasan todo el viaje leyendo la Biblia). Me paso asomado a la ventana las horas que quedan de luz y luego me voy a mi sitio a dormir, aunque poco se puede hacer cuando cruzas fronteras. A las dos de la mañana nos despiertan los búlgaros para arreglar los papeles de la salida y a las tres es el turno de los turcos. En esta ocasión volvemos al sistema sudamericano, es decir, no son los funcionarios los que suben al tren, sino al contrario, somos los pasajeros los que tenemos que bajarnos y

buscarnos la vida. En mi caso, por ser español, tengo que comprar un visado (el más barato es de noventa días y, como me aconsejaron en la estación de Sofía, pago quince euros por él) y luego tengo que cambiar de ventanilla para que me sellen la entrada. Todo esto lo descubro a fuerza de andar despierto viendo lo que hacen el resto de pasajeros y aprendiendo de sus errores y aciertos. En la cola he conocido a una española, Beatriz, y a una alemana, Anika. Hemos estado más de una hora esperando, así que hemos tenido tiempo de contar-nos nuestras historias. Beatriz se muda a Estambul después de haber estado dos años trabajando en Serbia. Va cargada de maletas.

—Me falta la gallina —bromea.

Cuando terminamos los trámites, y antes de irnos a nuestros respectivos departamentos, me ofrezco a ayudarle con los bártulos cuando lleguemos a la ciudad.

—Total, no tengo ningún plan más que visitar la ciudad y hacer tiempo hasta las once de la noche, hora en la que supuestamente sale mi tren a Adana, en el sur. Voy camino de Damasco, en Siria.

—Vale. En principio voy a casa de un amigo que está por una zona bastante céntrica, así que ya estás por allí.

—Genial. Nos buscamos en la estación cuando llegue el tren.

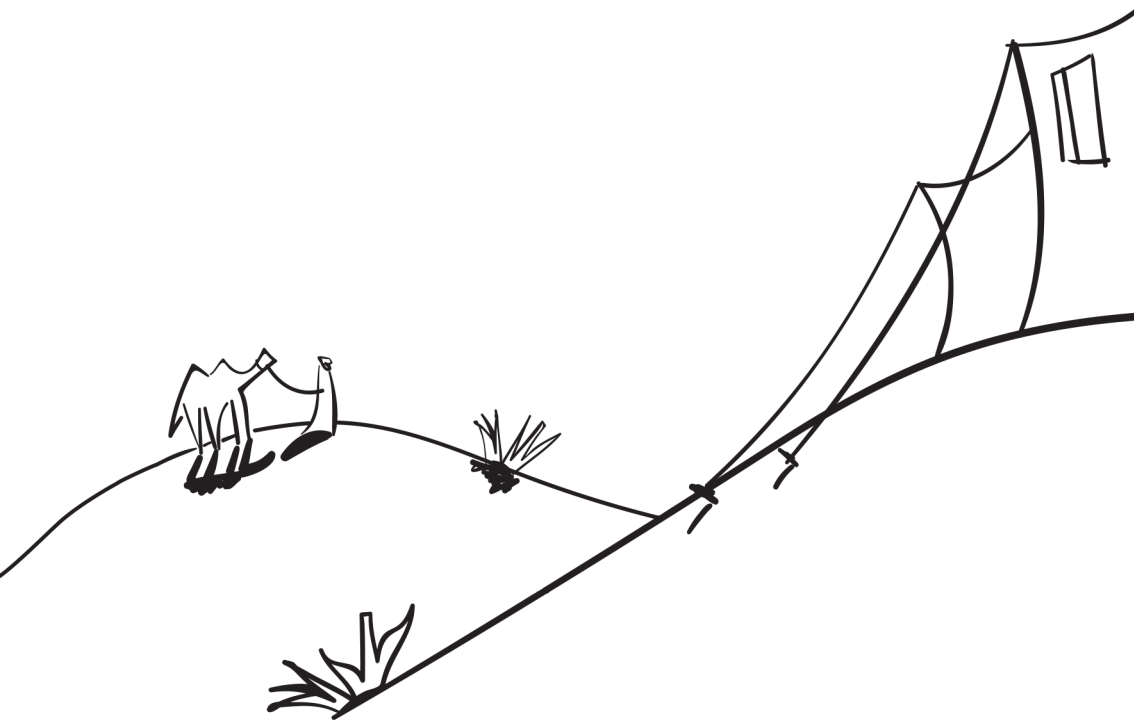
—De acuerdo. Buenas noches.

—Buenas noches.

De la tristeza

Jamás vi una cara más triste (ni siquiera a la niña de los ojos tristes). Rodeada del jaleo del parque, avanza envuelta en un silencio espeso. Empuja un carrito de bebé, uno de esos de dos asientos. En uno de ellos, un precioso niño de mofletes de magdalena, ojos claros y pelón, zarandeo una ballenita azul mientras ríe y mira a todos con curiosidad. En el otro asiento, nadie.

oriente próximo



Lunes, 3 de agosto de 2009

La llegada a Estambul la hacemos despacio. La entrada a la ciudad se adivina casi una hora antes de que nos detengamos finalmente. Es preciosa. El mar es precioso. Creo que si al paisaje de un vertedero le añades un mar de fondo, me parecería precioso. No digo que Estambul sea un vertedero, es una ciudad realmente hermosa, es solo un forma de hablar.

Bajo pronto del tren, así que tengo que esperar a Anika y Beatriz. Cuando ya estamos los tres, emprendemos la marcha. Hemos quedado en que lo primero que haremos será sacar mi billete a Adana, dejar mi mochila en la consigna y quedarme tranquilo para acompañar a Beatriz en la mudanza. Anika tiene sus propios planes, aunque en principio se viene con nosotros.

Para empezar, todo va mal. El tren a Adana está completo para hoy, mañana y pasado. No he seguido preguntando, porque cada «full»⁶⁶ que me decía el tipo de la ventanilla (decía «fun» para ser exactos) era una torta en la cara. Es la primera vez en mi vida que me dicen que un tren está completo. Siempre he pensado que si un tren se llena, añaden otro vagón y listos, que es imposible llenar un tren porque siempre hay vagones dispuestos a unirse a la causa. Pero está claro que no. El tren de Estambul a Adana, el Anadolu Mavi, está «full».

Necesito unos minutos para recuperarme de los «fun» y saber qué hacer. Por lo pronto, el tren queda descartado. Durante mis horas de búsquedas en Internet llegué a la conclusión de que ese es el único tren que baja al sur de Turquía, así que este camino no tiene salida. La segunda opción es pillar un autobús, pero antes trataré de agotar un último cartucho. Un par de alemanes también se dirigen a Damasco y tenían

⁶⁶ Completo.

pensado exactamente la misma ruta que yo. Ellos no se resignan a no poder subirse a ese tren. Opinan que el tipo puede estar equivocado o que puede que haya alguna cama por ahí, o quizá puedan subirse sin hacer reserva o qué se yo. El tren sale desde la estación de Haydarpasa, la mitad asiática de Estambul. La idea de estos dos alemanes es tomar un *ferry* que cruce al lado asiático, buscar la estación de tren y ver qué le dicen allí. Me animan a que vaya con ellos, pero debo declinar la oferta porque me he comprometido con Beatriz.

—Hagamos una cosa —les propongo—. Dejadme un número de teléfono y dentro de un par de horas, cuando yo haya terminado, os llamo y me contáis qué tal os ha ido. ¿Qué os parece?

—Claro. Apunta.

—Si logramos subirnos a ese tren, os invito a un par de cervezas en Damasco.

—Genial.

—Genial.

Con el teléfono en el bolsillo, termino mis trámites y me pongo en manos de Beatriz. Anika también espera para despedirse. Es una chica realmente agradable y valiente; me ha encantado haber coincidido con ella y haber tenido la oportunidad de conocerla. Espero que venga a Málaga algún día (tengo su dirección de correo electrónico y ella la dirección de mi *blog*).

—Buena suerte en Pakistán.

—Buena suerte en tu viaje.

Beatriz ha decidido que lo mejor es tomar un taxi que nos deje en el lugar donde empezará a trabajar. Allí la esperan con las llaves del piso donde va a quedarse a vivir al menos unas cuantas semanas, mientras encuentra algo definitivo. Insiste tanto en que ella paga el taxi, que me veo obligado a desistir, aunque quedamos en que al café invito yo.

Estambul es una ciudad muy turística y los precios ya están al nivel de España. Dos cafés me han costado cinco euros,

así que se terminó el chollo (veremos qué tal es Oriente Próximo). Desde luego, ha merecido la pena, porque el ratito que hemos estado en la cafetería esperando a que alguien recogiera a Beatriz ha sido realmente agradable. Cuando han venido a por ella he llegado a la conclusión de que yo no pintaba nada. Al fin y al cabo, mi idea era echarle una mano con las maletas y a buscar el piso para que se instalase mínimamente, pero ya está en mejores manos que en las mías. Me despido y me pongo a lo mío.

Lo primero que hago es llamar al alemán. Diseñaré el día en función de lo que me diga (con unas cosas y con otras ya son casi las dos de la tarde; el tiempo pasa aquí más rápido que en Sofía). En la cafetería hay conexión a Internet, así que uso el Skype.

—¿Diga? (o algo por el estilo, hablaba en alemán).

—Hola, soy Pedro, el tipo al que has conocido en la estación.

—Hola Pedro.

(La conexión ha finalizado.)

—Joder, vaya mierda de conexión.

Vuelvo a intentarlo.

—Hola.

—Hola, soy Pedro, el tipo al que has conocido en la estación.

—Hola Pedro, nosotros vamos camino de la estación de autobuses. ¿Tú estás allí?

(La conexión ha finalizado.)

Puto Skype, puta conexión. Paso de volver a llamar. Me quedo con la única frase que he oído: «vamos camino de la estación de autobuses». Ha dicho eso, lo he podido oír y he podido entender perfectamente el inglés contundente que manejan los alemanes. Creo que la operación Haydarpasa ha fracasado rotundamente.

Vale, así las cosas, mi objetivo ahora es llegar a la estación de autobuses, enterarme de los horarios, comprar el billete y dedicar el tiempo que pueda a la ciudad. Me jode no tener ya el billete cerrado, porque le tenía muchas ganas a Estambul. El fútbol es así.

En la estación de tren había una oficina de información turística donde me han dado un plano, así que no tengo problemas para plantarme en una de las plazas más céntricas (que está a tan solo unos minutos de la cafetería). Allí pregunto cómo llegar a la estación y llego a la conclusión de que lo mejor es coger el tranvía. Para llegar a la primera parada tengo dos opciones: tomar el metro o andar media hora. Elijo la segunda opción, porque las calles por las que tengo que andar son céntricas, y al final se trata de eso, de ver la ciudad. En el momento de tomar la decisión no tuve en cuenta dos factores que serán determinantes a lo largo del día: el tremendo calor y el peso de las mochilas. El paseo de media hora se convierte en un auténtico calvario. No he comido nada (y en Sofía tampoco me maté a comer precisamente) y no dejo de beber (al menos el agua embotellada es barata). El resultado es que mis fuerzas desaparecen, que me muevo a medio kilómetro por hora y que tengo que parar en cada esquina a tomar aire. Bueno, no está mal, es una visita tranquila.

Las calles están llenas de gente, a pesar de ser lunes. Hay muchos turistas, pero la mayoría son nativos, o eso creo por la forma que tienen de vestir, de moverse, de andar sin mirar a los lados. Es una ciudad muy viva, con mucha luz, con mucho color. Mola estar aquí, aunque molaría más tener la puta mochila metida en una taquilla y tener un billete de autobús en el bolsillo.

—Un poco de paciencia, leche. Sigue avanzando y deja de quejarte, coño.

Dejo la zona comercial y me voy adentrando en calles de teterías, puestos de frutas y kebabs. No puedo evitar desviarme del camino, dar algunos rodeos, porque las calles me invi-

tan a ello. Además, no sé si voy a tener la oportunidad de volver. El tiempo pasa y algo me dice que para cuando tenga el billete me va a faltar el tiempo o las fuerzas para volver. Antes de llegar a la estación del tranvía, hago una parada para comer. Son casi las cinco y no aguanto más sin meterme entre pecho y espalda uno de esos kebabs que llevo viendo (¡y oliendo!) desde que llegué. Acompaño con unos pimientos asados y una Efes. De postre, un cuarto de piña y un cafelito (querría fumar para pillarme un puro). A ver quien es el guapo que se levanta ahora de la terracita fresca en la que estoy, se echa al muerto en la espalda (no sé qué coño llevaré para que pese tanto, si solo la abro para cambiarme de camiseta y calzoncillos). Creo que paso, que le den a la vuelta al mundo, yo me quedo aquí echando otra Efes.

Llego a la estación, me subo en el atestado tranvía y en un periquete estoy en la parada que me indicó la chica de información al turista.

—Cerca de esta parada, concretamente en esta calle, tienes varias empresas de autobuses que tienen trayectos internacionales. Podrás tomar uno que te lleve directo a Damasco —me dijo de mala gana.

—Gracias. Que tenga un buen día, que se le ve enfadada.

—*Grrrr* —me responde enseñándome el colmillo.

Pregunto por la calle y cada uno me dice una cosa.

—Ve al norte.

—Ve al sur.

—Ve al este.

—Ve al oeste.

Creo que la gente no me entiende y responde lo que le sale de los cojones con tal de no reconocer que no me han entendido. Total, lo único que digo es «bus Damasco». Cuando me miran con esa cara de palo, hago algunas combinaciones con «bus», «bas», «autobus», «Damasco» y «Damascus». Creo que alguna de esas combinaciones tiene que ser la buena. Por fin llego a una zona donde hay autobuses y pregunto al guar-

dia. Sabe inglés y me explica que si quiero ir a Damasco me tengo que ir a la estación central de autobuses (¿dónde coño estoy entonces?). Tengo que volverme, tomar el metro y bajarme en la parada Otogar. El tipo confunde mi expresión de *me-cago-en-Alá* con *no-me-entero-abuelo*, así que me lo apunta todo en un papelito. Puedo distinguir los nombres de las paradas de metro (la más cercana y la de destino) y «Siria». Luego algunas palabras ininteligibles (más tarde me comentarían que la parte ininteligible decía algo así como «por favor, ayúdeme a llegar aquí. Gracias»). El abuelo es un puto *crack*.

Salgo a buscar la parada de metro con la impresión de haber caído en la calavera del juego de la oca. En la plaza Central, donde empecé el calvario, había una parada de metro, subterránea y fresquita. Si Miss Mal Día me hubiera indicado bien, me habría ahorrado algunas horas. Sin embargo, dadas las circunstancias, ya me conformo con llegar a comprar el billete, aunque tenga que hacerlo cinco minutos antes de que salga el autobús.

—Vamos camino de la estación de autobuses —dijo el alemán.

A estas alturas ya deben de estar llegando a Damasco.

Llego a la parada de la estación. Un tipo me dice que solo tengo que bajar unas escaleras y ya estoy allí. Lo dice mientras, con su mano, hace el gesto de subir escaleras. Creo que es disléxico o que tiene más problemas con el inglés que yo. Subo las escaleras (claro, vengo en metro) y me encuentro una estación. Es del estilo de las de Sudamérica, con un montón de oficinas con enormes carteles y comerciales captando viajeros. A mí me capta rápidamente un tipo con cara de turco. Me da la mano cortésmente y me pregunta dónde voy. Le doy el papel.

—Sígueme.

No me fío. Le arranco el papel de la mano y me tomo un minuto mirando carteles. El turco espera y me dice tímidamente que si quiero ir a Siria solo tengo que seguirle. ¡Qué

coño! Vamos allá. Total, no debe de medir más de uno sesenta. Me lleva a una de las oficinas, donde me reciben como si fuera el *majarahá* de Kapurthala. Son las siete de la tarde y el autobús sale a las nueve y media. Estaremos en Damasco a las nueve de la noche del día siguiente, veintitrés horas y media después. Mientras tanto, tengo dos horas para visitar la ciudad y estoy en el culo de Estambul (ni siquiera salimos en el mapa que me dio Miss Mal Día. Quizás por eso prefirió mandarme a otro sitio.

Me tomo un tiempo muerto y concluyo que paso de patear más, que la ciudad es preciosa y apenas he visto nada, pero eso no voy a poder cambiarlo en dos horas (solo podría cambiarlo volviendo, cosa que pienso hacer algún día), así que voy a buscar un barrio chungo, dentro del barrio encontraré una tetería y voy a tomarme un té moruno ardiendo. Ese es el plan.

La ejecución no puede ser más certera: consigo todo lo anterior y además añado una puesta de sol en el mar de Mármara. El calor ha empezado su tregua diaria y de buena gana me quedaría aquí. Ahora, cuando el sol se está poniendo y la tarde viene fresca, cuando mejor se está, tengo que largarme. *Porca miseria*. En otras ciudades haciendo tiempo y aquí deshaciéndolo. Resignación.

Llego al autobús con diez minutos de adelanto y me acomodo. Está prácticamente vacío —solo hay tres tipos más—, pero me ha correspondido un asiento al lado de uno de ellos. Y de pasillo. Le pido al revisor que me cambie, pero estamos ante el gilipollas de la semana y no hace otra cosa que señalar mi sitio. Hago memoria y veo que ha sido un día en el que solo me ha faltado montar a caballo: llegué en tren, tomé un taxi, caminé, tomé el tranvía, tomé el metro y me voy en autobús.

Arrancamos cuando ya casi es de noche. Nos sirven un café y descubro una costumbre del lugar. Cuando terminamos de tomar el café y el tipo ha recogido los vasos, viene por el pasillo con un gran bote de colonia. La gente le ofrece sus ma-

nos y él echa un generoso chorro. Todos se frotan las manos y alguno el cuello. Yo hago lo propio, quiero integrarme.

Pero ahora, lo que quiero es escribir. O mejor dormir. Sí, mejor dormir.

Martes, 4 de agosto de 2009

Cuando veo el color naranja que sale de detrás de las montañas del fondo y que anuncia la salida del sol, me parece mentira. No recuerdo una noche tan mala. No recuerdo tanta impotencia para quedarme dormido, tanto cansancio desperdiciado, tanta incomodidad en un autobús. No he pegado ojo, por supuesto, y me duelen las sienes. El picor quedó atrás hace ya muchas horas y ahora lo que siento es dolor, es una punzada aguda que me atraviesa los ojos y me llega hasta el mismo cerebro. Espero que la luz del día haga que me olvide de querer dormir y me distraiga. Es cierto que necesito dormir, pero eso no tiene por qué saberlo mi cuerpo.

Además de las incomodidades propias de un autobús viejo y poco preparado, una de las cosas que no me ha dejado dormir es una absurda sensación de haber sido engañado. Creo que la culpa la tiene el gilipollas de la semana, que ha conseguido que crea que ese autobús no va a Damasco, sino a Antioquía, en la frontera con Siria. Miro y remiro el *ticket*, un papelajo escrito a bolígrafo con letra ilegible, y no veo Damasco por ningún sitio. Además de eso, el único número que veo es un cincuenta y debo entender que es el precio del billete. El problema es que yo he pagado setenta. Imagino que falta un papel, que el viaje se compone en realidad de dos partes y que por eso debería tener dos billetes, pero solo tengo uno. Quizás haya perdido el otro o quizás me hayan engañado. Preguntar al gilipollas de la semana es una estupidez. Es tan gilipollas que se bloquea automáticamente cuando me dirijo a él. Ni siquiera necesito abrir la boca para hacerle sentir que no me entiende. Si se me ocurre decir «¿Damasco?», se pone a tartamudear y se larga a la que puede. No tranquiliza el hecho de que en el parabrisas del autobús haya un cartel con dos nombres: Estambul-Antioquía.

Durante la noche hemos hecho bastantes paradas. Hace ya algunas que me estoy meando, pero no puedo ir porque aquí cobran (es curioso que sea más barato beber que mear) y tengo el dinero en la mochila grande; y la mochila grande está en el maletero, cuya llave custodia el gilipollas de la semana, que cómo coño va a entenderme cuando le digo que quiero que me abra la puerta para coger mi mochila. Cuando ya no puedo más, intento entrar a las bravas, pero el tipo de la entrada de los baños no tiene piedad y me para los pies. En plena desesperación, le ofrezco un euro (el monedero de mi vida *real* está casualmente en la mochila pequeña). Lo acepta, claro. Un euro es más del doble de lo que está pidiendo por dejar entrar a la gente y darles un trozo de papel higiénico.

Entre paradas y cambios de paisaje (en Turquía basta una cabezada para que el paisaje pase de ser un desierto a ser una frondosa montaña o un verde valle), llegamos al fin.

Como todas las demás en las que hemos parado, la estación de autobuses es un revoltijo de gentes agitadas que no dejan de hacer aspavientos. Sé que hemos llegado porque todo el mundo ha empezado a bajarse. Yo hago lo propio, aunque con un poco de miedo. No sé con qué me voy a encontrar. Siempre me pasa al llegar a un destino: la incertidumbre me puede y me tiemblan las piernas al bajar (curiosamente solo me pasa cuando viajo en autobús). Al bajar, lo primero que veo es mi mochila tirada en cualquier sitio, lo que me confirma que hemos llegado a Antioquía. Mientras la recojo, recibo el habitual acoso de gentes ofreciéndome taxis, alojamiento y otras zarandajas. He aprendido a ignorarlos y los despacho con una sonrisa y un «*no thanks*» mientras busco con la mirada algo que pueda ayudarme. Paso de preguntarle al gilipollas de la semana, así que mis opciones se reducen mucho.

Entre el ruido, distingo a alguien que me pregunta si voy a Damasco. Sí, eso es, voy a Damasco. ¿Qué tengo que hacer? El tipo trata de tranquilizarme diciéndome que forma parte

de la empresa de autobuses que me ha llevado hasta allí.

—*Me staff*⁶⁷ —repite mientras señala el logotipo del autobús.

—*Fine!*

Me agarra la mochila y me pide que le siga. Por el camino me explica que tenemos que cambiar de autobús, que ese en el que venía solo llega hasta el pueblo de la frontera y se vuelve. A partir de ahí, viajaremos en otro autobús, que se encargará de la parte Siria. El hombre me inspira confianza, así que no tengo inconveniente en dejarle el pasaporte cuando me lo pide. Respiro aliviado. El cambio de autobús nos lleva una media hora, que he aprovechado para cambiar todas las liras turcas por libras sirias. Hago las cuentas y me salen, parece que hoy nadie quiere engañarme.

El nuevo autobús es aún peor. Es un verdadero horno, porque el afónico aire acondicionado nada puede hacer contra el calor infernal que hace. Al menos, este autobús también tiene un frigorífico con agua a disposición de los pasajeros. Me llama la atención que el agua esté envasada en recipientes más propios de yogur u otros postres. Cosas de paletos, que se quedan maravillados con este tipo de estupideces. También me llama la atención que el agua sea gratis precisamente en países con desiertos y problemas de sequía. Seguro que en Suiza cobrarían los yogures de agua a tres pavos por lo menos.

A partir de que arranca el autobús, se suceden los trámites fronterizos al estilo de los países de Sudamérica. Bajamos, enseñamos los pasaportes, nos lo sellan, volvemos a subir y así sucesivamente. Es divertido ver a los funcionarios trabajar poniendo sellos con sus bigotes y sus cigarros. No hace tanto tiempo que en España se prohibió fumar en oficinas públicas, pero ya se ve rarísimo que te atienda un tipo fumando.

La parte Siria del viaje pasa rápidamente. Son seis horas rodeados de paisajes de color desierto (en Siria no existen los

⁶⁷ Soy de la empresa.

colores, todo es gris y beige, colores del desierto. Ni siquiera los árboles tienen color) navegando a todo trapo por unas carreteras llenas de baches y en las que no se sabe bien si hay dos o tres carriles. Nuestro experimentado conductor hace que lleguemos a la estación con media hora de adelanto, lo cual me pilló desprevenido.

Si sumamos una serie de hechos, quizás se pueda comprender por qué me he sentido especialmente indefenso en la estación de Damasco. A saber:

1. El último par de horas del trayecto he venido leyendo y, aunque me asomaba a la ventana a intervalos regulares (es realmente admirable el paisaje), lo cierto es que permanecía ajeno a la realidad, zambullido de lleno en el libro de Cortázar.

2. El autobús ha llegado media hora antes, lo cual me hizo suponer que estábamos en una parada intermedia y que la cosa no iba conmigo.

3. Cuando el autobús se ha detenido, se ha visto inmediatamente rodeado por decenas de personas que reclamaban merecidos abrazos de sus familiares, que por tanto han bajado tan rápidamente que yo he tenido que salir con la mochila a medias.

4. Las veces que he usado la palabra «caos» para definir cualquier cosa, lo he hecho mal. El caos es la estación de autobuses de Damasco.



Llego a la ciudad más antigua del mundo

Todo lo anterior, sumado y agitado, da como resultado a un tipo con barbas, muy despistado, preocupado y asustado, que busca refugio en una sombra mientras ignora a todo

aquel que se le acerca. La estación no está metida en la ciudad, al menos no en el centro, y aquello es diferente a todo lo que ha visto anteriormente. Para empezar, no hay una estación de autobuses en sí, es decir, no hay ningún edificio al que acudir. Aquello es un llano enorme, donde un montón de autobuses van dejando pasajeros, que a su vez se suben en autobuses urbanos, furgonetas o *minibuses*, que se mezclan entre sí con admirable desorden. Necesito un tiempo muerto de cinco minutos, pero nadie me lo concede (debo de haberlos gastado a estas alturas de partido).

Cuando estoy a punto de ceder a la insistencia de un taxista que me quiere llevar a donde se compran los billetes a Jordania (de alguna manera sabe que quiero ir a Ammán, probablemente porque se lo haya dicho yo), me fijo en una chica que está sentada en una de las muchas paradas del urbano. Lleva una maleta y, por algún extraño motivo, deduzco que es una turista. Al acercarme compruebo que es árabe, pero sabe inglés, que es realmente lo que me interesa. Le cuento mi situación y su recomendación es que vaya a la Ciudad Vieja. Es probablemente la parte más famosa de Damasco, una ciudad dentro de otra ciudad.

—Allí tienes bares, tiendas, monumentos. Habrá mucha gente y podrás preguntar tranquilamente. Pero yo te recomiendo que salgas de este lío cuando antes.

—¿Cómo llego hasta allí? —le pregunto.

—Espera —me dice mientras se levanta y comienza a hablar con el conductor de uno de los autobuses urbanos—. Vale, lo tengo. Tienes que subirte a este autobús. He hablado con el conductor para que te avise cuando llegues a la parada de la Ciudad Vieja.

—Muchísimas gracias.

—De nada. Bienvenido a Damasco.

«Te cagas, estoy en Damasco» pienso para mí.

Tengo que subirme al autobús en marcha porque el tipo pasa de despedidas y mariconadas. El calor hace que no cierre

las puertas, así que me resulta fácil dar un salto y agarrarme a la barra. Una vez dentro, descubro que no tengo dinero suelto, así que le ofrezco euros. El conductor dice que me deje de rollos y que me siente, que esta vez no me va a cobrar, porque la jeta de miedo que tengo dice claramente que no soy un caradura. El autobús se llena de gente y circula por el río revuelto de vehículos que es la carretera. Nunca vi nada igual. Los carriles no tienen ningún sentido, los cruces son como dos telas entretejidas y por todos sitios gente a pie: por entre los coches, en medio de la carretera, corriendo, parados, con carros, con motos o sencillamente caminando. Todos pitan, pero nadie parece hacer nada. El espectáculo es realmente nuevo para mí. Creo que estoy ante la ciudad más diferente que he visto en mi vida. Tengo ganas de resolver el espinoso asunto de no tener donde pasar la noche (he decidido dejar el problema del billete para más adelante o incluso para mañana) para ponerme rápidamente a disfrutar de la ciudad.

El autobús me deja en la puerta de la Ciudad Vieja (en ese momento no lo sé, me enteraría al día siguiente). Bueno, algo es algo. Sigo estando perdido, pero ahora ya estoy en el centro de la ciudad. Si quiero encontrar alojamiento, este es mejor sitio que la estación de autobuses. Me pongo a caminar hacia cualquier sitio, sin saber muy bien qué busco, pero confiando en que pasará algo, que se me ocurrirá algo que hacer, o qué sé yo, que estoy tan cansado que no puedo razonar. Cinco minutos callejeando bastan para encontrar una cafetería con acceso a Internet. Siempre guardo una rayita de batería para emergencias y en esta ocasión voy a tener que usarla.

Entro y me pido una cerveza del país. Mientras espero, me fijo en la mesa de al lado. Una pareja —gente con pasta, salta a la vista— está dándose un banquete de película. En la enorme mesa hay al menos diez platos con todo tipo de manjares: pescados, carnes, frutas, verduras, todo emplinado de forma fastuosa y casi sin tocar. Creo que estoy en un sitio con estilo, y confirmo mi sospecha cuando la cerveza me la sirven

entre dos camareros vestidos de pingüino: el primero de ellos (un niño con bigote de pelusa) la trae en una bandeja, junto a un vaso y una copa de agua. El segundo, mayor y más alto, le sigue y se encarga de abrirla, llenar el vaso a la mitad y servirme la por el lado derecho.

No puedo conectarme a Internet porque no hay luz. Por lo visto, los cortes de electricidad son habituales en Damasco, pero no tardará en volver. Mientras tanto, si quiero, pueden enseñarme una habitación, ya que estoy buscando donde pasar la noche. Así que se trata de un hotel y bien situado. Está bien, veamos esa habitación, quizá me interese. Estoy dispuesto a estirarme hasta veinte euros si es necesario, al fin y al cabo se trata de una emergencia.

Me enseña la habitación un tipo entrado en edad, que lleva un traje con cierta elegancia y habla inglés remarcado. Por ser yo, me la deja en cien dólares. Vaya, definitivamente estoy en un sitio con estilo (me pregunto cuánto va a costarme la cerveza). Declino la oferta y espero a que vuelva la luz. Una búsqueda rápida en *hostelworld.com* y solo me sale un resultado, un sitio que ofrece camas. No está claro dónde queda, así que decido llamar por teléfono. Me responde un tipo con el que me cito en el centro. Me dice que tome un taxi al hotel Al Majed.

Cuando el taxi me deja allí (regateo mejor que Onésimo), descubro que no hay nadie excepto el propio personal del hotel, a quienes cuento que estoy esperando a una persona.

—¿Es usted el señor Kaplan? —me pregunta el recepcionista.

—No le digo que lo soy, porque no lo soy —le respondo.

—Ha llamado usted hace una hora, ¿verdad? Es usted el español. Le tenemos anotado.

—Yo no he llamado al hotel, he llamado a un tipo que ofrece camas por Internet.

—Espere un segundo, por favor. Póngase cómodo.

Me pongo cómodo y nervioso. Al cabo de cinco minutos,

el recepcionista me avisa y me dice que tengo una llamada. Cojo el teléfono.

—¿Sí?

—Le dejo la habitación del hotel en treinta dólares.

—¿Cómo dice?

—Le dejo la habitación del hotel en treinta dólares.

—Un momento, ¿antes he hablado con usted?

—Sí.

—Pero la web dice que las camas son a catorce euros.

—Sí, pero esas camas están ocupadas. Solo tenemos habitaciones. Treinta dólares.

—No puedo pagar treinta dólares. Solo tengo catorce dólares —le respondo pasándome al dólar discretamente.

—Treinta dólares.

—La web dice catorce.

—Está bien, veintidós dólares.

—¿Veintidós dólares? Está bien.

Ni para ti, ni para mí. Ya tengo habitación y, aunque es un poco más cara de lo esperado, no está mal después de todo. No he podido conseguir nada peor. En cualquier caso, estoy un poco desesperado, esa es la verdad. El hotel no es de lujo, pero lo parece. Un botones me acompaña a la habitación e incluso carga con mis mochilas. Se llama Amir y está a mi servicio para lo que quiera. Recuerde, Amir. Puedo llamarle a cualquier hora.

—Lo siento Amir, no tengo dinero.

—No es problema.

Visita al súper, vuelta a los *noodles*, pan integral, atún y fruta. En el hotel no tienen Internet, pero puedo ir al hotel de al lado, no hay problema, puedo decirles que voy de su parte. Pero ahora no, ahora solo quiero ducharme y meterme en la cama, mañana será otro día. Ducha lenta, limpieza a fondo (hace tres días que no me ducho) y a la cama. Tengo un ventilador en el techo y hasta enchufo la tele. En el canal cuatro ponen el programa de Oprah.

—Te cagas, estoy en Damasco viendo el programa de Oprah. Te cagas.

Casi por inercia enciendo el ordenador y me sorprende el globito que me anuncia que ha detectado una red inalámbrica. Aunque la señal llega débil, consigo conectarme.

—De puta madre. Es justo lo que necesitaba.

Estoy recién duchado, sentado en la cama, entre sábanas limpias, fresquito por el ventilador del techo y porque la habitación es prácticamente subterránea (afuera están a más de treinta grados a las once de la noche) y ahora estoy conectado a Internet. Me pongo a buscar alojamiento para el día siguiente, en Ammán (Jordania). En poco tiempo ya tengo hecha la reserva y me quedo más tranquilo. Estaré haciéndome viejo, pero duermo más tranquilo cuando tengo reservado el sitio para el día siguiente. En cuanto a la forma de llegar a Ammán, he estado preguntando y me han contado algunas opciones. Me duermo pensando en el plan para mañana:

ASUNTO: Despertarme temprano.

OBSERVACIONES: No habrá problema, llevo haciéndolo desde el principio.

ASUNTO: Comprar billete de autobús a Ammán.

OBSERVACIONES: Iré a Ammán en taxi. Tengo dos opciones. Primera opción: tomar el taxi aquí mismo, en el hotel. Me lleva en dos horas a Ammán. Precio, noventa pavos. Muy *snob*. Segunda opción: taxi compartido. Estos taxis se cogen en la estación de Somarie, a las afueras. Tendré que tomar un taxi para ir hasta allí (no deben cobrarme más de doscientas libras sirias), y pelear por conseguir meterme en algún taxi que cruce la frontera. Estos colectivos no tienen horario, salen cuando se llenan. Cuesta unos diez pavos; más apropiado. Me quedo con la segunda opción. creo que Valérie hubiera estado de acuerdo conmigo. La echo de menos.

ASUNTO: Visitar la ciudad.

OBSERVACIONES: Me centraré en la Ciudad Vieja, pasaré todo el tiempo allí. Estaré hasta las dos o las tres. A partir de ahí, empezaré a buscar taxi para ir a Somarie, etcétera. Quiero llegar a Ammán de día.

ASUNTO: Descansar.

OBSERVACIONES: N/A.

Miércoles, 5 de agosto de 2009

La habitación reunía todas las características requeridas para un buen descanso, que son las mismas que exige cualquier vampiro de bien: oscuridad absoluta (es subterránea y no tiene ventanas), silencio absoluto (es subterránea y no tiene ventanas), ambiente fresco (es subterránea y tiene ventilador) y un puntito de humedad (es subterránea). Todo ello hace que me despierte a las ocho de la mañana, aunque tengo que mirar el reloj varias veces antes de creérmelo. Mi primer impulso es levantarme de un salto y salir pitando, pero luego me lo pienso mejor.

—*Take it easy, dude.*

—*Yeah, brother. I will.*

Se acabaron las prisas si no son estrictamente necesarias, y para ir a pasear no lo son, no señor. Con toda tranquilidad me visto, recojo mis cosas y salgo con idea de coger un taxi que me lleve a la Ciudad Vieja. Sin embargo, pregunto en recepción y me dicen que no hace falta, que basta con caminar unos minutos siguiendo unas sencillas indicaciones.

Por más sencillas que fueron («sal por esta calle, gira a la derecha y sigue recto diez minutos»), me pierdo. En Damasco no hay calles rectas, así que nada de seguir recto. Tengo que improvisar y me acabo perdiendo. Menos mal que a estas alturas ya me las sé todas y he ido haciendo fotos cada vez que doblaba una esquina. Migas de pan del siglo XXI que me sirven para volver al punto de salida: el hotel.

El edificio tiene dos puertas. Mi primer intento ha sido por la puerta trasera, pero tras el umbral me esperaba un laberinto de callejuelas retorcidas y enojadas. Por ahí no.

Mi segundo intento es por la puerta delantera. Esta da a una gran avenida llena de coches, gente y calor. Hace un día horrible: soleado y caluroso de cojones. Voy a pasarlo mal. Echo un vistazo desde una esquina de sombra y descubro a lo

lejos una oficina de turismo. Me dan un plano y me vienen a dar las mismas indicaciones que el tipo del hotel, pero aplicadas a la puerta delantera, claro. Sin embargo, antes de ir a la Ciudad Vieja, me intereso por el mercado de artesanía. Hay que desviarse un poco, pero con el mapa en la mano estoy a salvo. Además, el edificio de correos pilla de paso. Incluso con el plano en la mano y las anchas calles por delante, las paso canutas para encontrar el sitio. No sé qué me pasa, ando algo espeso últimamente.

El calor me obliga a hidratarme continuamente, así que paro a comprar una botella de agua grande (me duran dos sorbos). Me atiende un niño que, con mucho trabajo, me dice que la botella cuesta veinticinco libras (lo escribe en un papel con todo el esfuerzo del mundo. Debe de pensar que menudos signos tan raros emplean estos blancos). Tengo algunas monedas en el bolsillo pero están en árabe, por lo que incluso los números son diferentes; no tengo ni idea de cuántas darle. Las cojo todas (solo son tres e iguales) y se las muestro con la mano abierta con la idea de que se sirva él mismo. El niño reacciona inmediatamente cogiendo las tres. Las hace desaparecer en una fracción de segundo, tan rápidamente que solo tengo tiempo de ver su cara de ansia.

—OK —me dice.

—¿OK? —le respondo.

Me cuesta creer que tres monedas iguales sumen veinticinco, así que he de suponer que he pagado más por la botella. Nunca llegaré a saber lo que pagué, pero lo que sí sé es que me gustó el gesto del pájaro, dándome el palo *in my face* sin dudarle un instante. Demasiada moral tenemos ya y hay que ganarse la vida como sea.

Salgo de la tienda con una sonrisa en la cara y llego al mercado de artesanía. No ofrece gran cosa y, de hecho, no ofrece nada que no haya visto ya en otros mercados de artesanía. La globalización nos está haciendo inmunes a casi todas las emociones que tienen que ver con el descubrimiento de

lugares desconocidos. En fin. Lo que sí me sorprende es que haya muchos puestos que estén empezando a abrir y ya es medio día. Probablemente sea por mor del calor, que hace que se aprovechen las horas de tarde y noche y se descansen por la mañana. Me doy unas vueltas pero no compro nada, no puedo.

Me dirijo a la Ciudad Vieja, cuidándome mucho de cruzar las calles, porque aquí le tienen tanto respeto a un paso de peatones como en España a un semáforo en ámbar. Después de unos minutos llego ante sus puertas. Toda la ciudad, se dice que la más vieja del mundo, está rodeada por muros y el acceso se hace por alguna de sus entradas. El momento de cruzar esas cancelas por primera vez (en realidad es por segunda vez, pero eso aún no lo sabía) es una de las fotos que tengo grabadas en la cabeza y que probablemente nunca olvidaré. Vuelvo a acordarme de Sergio, de su cámara y de sus exposiciones de minutos. No entiendo mucho de fotografía (no tengo ni idea), pero creo que sé apreciar cuando un sitio tiene una iluminación diferente a lo habitual y la entrada a la Ciudad Vieja la tiene. Se trata de una galería abovedada, con agujeros en el techo que dejan pasar tubos de luz que tratan de llegar al suelo, pero que son interceptados por las cientos de personas que suben y bajan las calles.

Más allá de la luz, la foto que quedará grabada en mi cabeza es una foto de olores. Siempre he detestado el olor a especias. Siempre evité la esquina del mercado del Carmen donde el tipo sin piernas vendía especias; nunca abría el cajón de la cocina donde las guardaba mi madre. Sin embargo, en la Ciudad Vieja es diferente —o probablemente el diferente sea yo y mi predisposición a disfrutar de lo que estoy viendo, oliendo y sintiendo—. Eso es así. Guardo el mapa en un bolsillo bajo siete llaves, me quito los auriculares y me preparo a pasar las siguientes horas de aquí para allá, vagabundeando, curioseando, olisqueando. Estoy tentado de hacer una lista mental de las cosas que veo, pero son tantas que temo por mi

cordura (esa que pende de un hilo) y la pereza de escribir puede conmigo.

—Paso.

A ratos paro a descansar. En una de estas, cuando estoy en un escalón decidiendo que es hora de comer, se acerca un limpiabotas. Es un niño que no tendrá diez años.



Faluya, el limpiabotas

—¿Limpia señor? —me dice en árabe.

—¿Qué vas a limpiarme? —le respondo enseñándole mis chanclas.

—Soy iraquí, de Faluya. No tengo familia, ni padre, ni madre ni hermanos. Estoy solo —esto lo dice en perfecto y ensayado inglés—. ¿De dónde eres tú?

Me cuesta responder porque se me ha hecho un nudo en la garganta. No entiendo por qué, porque a estas alturas uno ya está de vuelta de todo y no debería verse afectado por la historia de un niño huérfano y limpiabotas de Iraq que quiere limpiarle las chanclas.

—De España —escupo al fin.

—Buen equipo de fútbol. Fernando Torres.

—Sí, equipazo. Oye, estaba a punto de comer ¿Te apuntas? —le pregunto con el gesto universal de llevarse un manojito de dedos a la boca.

—Vale —responde agitando su cabeza de pelo sucísimo.

—¿Te gusta la fruta?

Se encoje de hombros, así que me levanto y le digo que me siga. Justo enfrente hay una frutería que regenta un viejo y que tiene de todo. Yo elijo algunas manzanas (que el viejo completa hasta llegar al kilo, puesto que tiene una báscula

que funciona con pesas de hierro y la más pequeña que tiene es de un kilo), un enorme racimo de uvas (un kilo exactamente) y dos plátanos (que tiene a bien venderme sueltos). Faluya elige melocotones (que comerá con piel) e higos.

—¿En serio te gustan los higos, tío? Qué fuerte.

Ríe. El viejo nos lava la fruta en un roñoso grifo y me cobra. Le pido que se quede las monedas sueltas que quiere devolverme (no las quiero para nada, no sé ni lo que valen) pero no consiente, no acepta. Le insisto pero nada. Trato de explicarle que no las quiero y que se las doy por habernos lavado la fruta, pero no.

—Vale, ya lo tengo.

Cojo algunas de sus uvas y me las meto en la boca apresuradamente. Mastico y le acerco las monedas. El viejo ríe, pero las monedas te las quedas, chaval.

—La madre que te trajo al mundo.

Volvemos a cruzar la calle para acomodarnos en el campamento base y empezamos a comer tranquilamente y en silencio. No tenemos muchas cosas de las que hablar, entre otras cosas porque el único inglés que sabe es recitar su tragedia en un acto y tres frases:

1. Soy de Faluya.
2. No tengo familia, ni padre, ni madre ni hermanos.
3. Estoy solo.

Estoy solo.

—Fernando Torres *good* —dice para romper el silencio.

—Butragueño mejor —le respondo.

—Casillas.

—Paco Buyo.

Risas.

Creo que hemos descubierto una forma de comunicarnos, un juego. Es divertido.

—David Villa.

—Basty.
—Raúl.
—Juanito.
—Xavi.
—Stielike.

Más risas.

El pequeño Faluya se sabe la alineación completa de la selección española, incluyendo a Albiol y otros a quienes casi no conozco ni yo. Pasamos un buen rato, pero yo me tengo que ir y él tiene que seguir currando.

—Encantado Faluya. Nos vemos, buena suerte.

—Limpia.

—¡Cómo vas a limpiarme las chanclas!

—Limpia.

—¡Que noooo!

—Limpia.

Se tira al suelo y me quita una de las chanclas. La frota con un trapo con energía y me la devuelve. Le doy la otra y hace lo propio.

—Ahora limpio.

—Gracias Faluya. *Shukran*⁶⁸.

Faluya no quiere limosnas, quiere ganarse el pan con su trabajo. No tiene familia y está solo, pero el orgullo lo tiene intacto el pequeño cabrón. Imagino que llegará a viejo y seguirá teniéndolo, como el frutero.



Una curiosa ciudad

Tomamos caminos diferentes y yo voy perdiendo interés. La ciudad es grande y es fácil distinguir entre las zonas más

⁶⁸ Gracias.

turísticas, llenas de cazadores de fotografías, y las menos, con rincones de basura y miradas. Trato de refugiarme en las últimas porque no me gusta oír que alguien habla español cerca de mí.

—Amigo —grita un nota.

—Hola —respondo.

Es un tipo flaco y con bigote que ha salido de una pequeña tiendecilla de artesanía.

—*Tea?*

—*No money.*

—*No money, no money. Tea?*

—*Sorry, no money.*

—*No money! Tea!*

—OK.

Acepto el té, ya que parece que no quiere sacarme nada a cambio (maldita desconfianza que se pega a mí como la camiseta empapada, como la sal del sudor). Paso a su minúscula tienda y me sirve un té.

—*Sugar?*

—No. *Shukran.*

Charlamos unos minutos. Sabe algo de inglés y me dice que España es bonita y que le gustaría ir a Barcelona, a Madrid y a Valencia. Yo le suelto algunas chorradas por el estilo y echamos el rato, aunque no tardo en querer quitarme de en medio. Se llama Brahim y cuando me levanto para irme me da la mano y me planta tres besos. Le pregunto si quiere hacerse una foto conmigo y acepta.

—Bueno Brahim, me largo que tengo que llegar a Jordania antes de que anochezca —le digo antes de plantarle tres besos en su cara flaca y áspera.

—Buena suerte, amigo.

Esta gente es curiosa, es realmente curiosa.

De vuelta al hotel, donde tengo que recoger la mochila, hago una última parada para tomarme otro té tranquilamente y pensar en todo lo que me queda por delante. Hoy el día

tendrá veintiocho horas. Es una cafetería grande, una especie de patio cubierto, donde la gente fuma en cachimbas y conversa tranquilamente. Estando allí echo de menos tener un compañero de viaje. Me gusta viajar solo porque no tengo que compartir las decisiones, ni tengo que meter a nadie en berenjenales que yo mismo me busco. Sobre todo es esto último: si viajara con alguien, no entraría en la mitad de los sitios en los que suelo entrar, no hablaría con la mitad de la gente con la que hablo y no haría la mitad de las cosas que hago. Pero en determinados momentos, en los muy buenos y en los muy malos principalmente, echo de menos tener al lado a alguien con quien compartirlos. Alguien que me diga: este té lo pago yo. No se puede tener todo.

—Basta de *mariconismos* y levanta el culo que tenemos que irnos a Jordania.

Según el plan, tengo que ir al hotel, recoger la mochila, pillar un taxi que me lleve a la estación de Somarie, buscarme allí la vida para meterme en un taxi colectivo que me lleve a Ammán, buscar el *hostel* y darme una ducha. Sí, darme una ducha, por el amor de Alá. *Potito a potito*.

En el hotel me dicen que un taxi a la estación debe cobrarme unas doscientas libras. Siempre pregunto estas cosas para tener una referencia de regateo. El recepcionista me pregunta si quiere que me consiga uno, pero me advierte de que me costará más caro.

—Pijadas.

Salgo a la calle y empiezo a preguntar a los taxistas que hay en los alrededores del hotel. Me piden de cuatrocientas a quinientas, así que me lanzo a las calles. No para ni Cristo. De cada diez coches, siete son taxis, pero no para ni Cristo, da igual que vayan llenos o vacíos. Ni Cristo. Delante de mí hay un tipo que también busca taxi, así que me acerco y le pregunto. Nunca se sabe, quizás vaya a la estación.

—Yo voy a la estación de Somarie, ¿y usted?

—Yo a *nosedónde*.

—¡Hum!

—Estos malditos cabrones no paran ni a la de tres, y los que paran se permiten decirte que no. Son como autobuses, son peores que autobuses. Maldita ciudad.

Mientras se queja, ha parado un viejo a soltar a un pasajero que llega al hotel. El tipo habla con el viejo, pero este pasa de llevarlo. Dice que no con la cabeza. El tipo insiste, aunque ahora distingo claramente la palabra «Somarie». El viejo asiente.

—Todo tuyo el taxi, te llevará a Somarie.

—¡Muchas gracias! *Shukran*.

Meto las mochilas en el maletero y le pregunto al viejo cuánto va a cobrarme.

—Ciento cincuenta libras.

—De puta madre.

Paso de regatear, ya está por debajo de mi referencia.

La estación de autobuses está lejos y tardamos un buen rato en llegar. Voy acumulando cierto retraso, pero en general voy bien, tengo tiempo.

—¿Vas a Jordania?

—Sí, a Ammán.

—Ajá. En autobús o en taxi.

—En taxi compartido.

—Sí, es la mejor opción. La más barata. El autobús tarda demasiado.

—¿Cuánto puede costarme un taxi colectivo?

—No lo sé, hace tiempo que no sé cuánto llevan, pero quizás quinientas libras. No estoy seguro.

Me apunto la cifra mentalmente y la uso para conseguir una plaza por seiscientas. No he andado muy fino, pero al menos he bajado de las ochocientas que me pedían al principio. El sistema es exactamente igual que el sudamericano. En la estación hay un montón de taxistas que pelean por conseguir juntar a cuatro personas. Cuando las tienen, hacen el trayecto. Mientras antes se consigan, más trayectos hacen, pero la

competencia es dura. Yo elijo (o acaso sea él quien me elija a mí, qué carajo importará) a un tipo bajo, calvo, bigote y gafas apoyadas en la frente. Soy el segundo. Me pide el pasaporte pero paso de dárselo. Insiste. Lo quiere para asegurarse de que no me cambie de taxi y le joda su colecta. Me parece justo y se lo doy. Quiero empezar a fiarme un poco más de la gente.

—Este tipo es un currante, coño. Se harta de hacer kilómetros. También tendrá su orgullo y estará hasta los cojones de que los forasteros le prejuzguen y le consideren un ladrón o qué se yo. Dale el pasaporte y relájate, joder. Tómate un cafelito turco. Date una vuelta entre toda esta gente que espera o busca clientes. ¡Que estás en Damasco! Teagas.

En veinte minutos ya estamos todos. Ando algo torpe, muy torpe y, a pesar de ser el segundo recluta, me quedo con el peor sitio, el único sin ventanilla.

—Novato.

Bueno, tampoco es para tanto. Solo son un par de horas de viaje, qué más da. Además, el coche tiene aire acondicionado. Mis compañeros son dos jordanos, uno que no abre la boca y otro que no la cierra, y un sirio de aspecto borde, de maneras bordes. Emprendemos el viaje y a los diez minutos hacemos una parada en un restaurante. El resto de pasajeros aprovecha para pagar al taxista y yo hago lo propio. El tipo que no cierra la boca me invita a un botellín de agua; es simpático. El borde ni me mira, creo que no le caigo bien.

El cruce de la frontera de Siria no tiene mayor historia que pagar trescientas libras (no quiero ni echar las cuentas de lo que me ha costado entrar y salir del país, entre pitos y flautas; el visado me resultó carísimo). En la entrada a Jordania tengo problemas porque carezco de visado y tengo que pagarlo. La pega está en que solo me dejan pagar en dinares jordanos y no tengo ni uno solo. Por suerte, el tipo borde puede echarme una mano. Él sí tiene, así que me saca del apuro cambiándome algunas libras sirias. Le doy las gracias, pero ni siquiera se inmuta. Un tipo duro. Cuando volvemos al coche,

habla con el conductor, que le da una moneda que a su vez me da a mí. Está ajustando la cuenta del cambio que hemos hecho antes y me está dando medio dinar (medio euro). No lo acepto, claro, y le digo que se lo quede, pero no hay tutía. Por cojones tengo que aceptar la moneda. No la quiere. Igual que el frutero, igual que Faluya. A cada uno lo suyo.

Mientras yo me peleaba con el visado, el conductor ha estado trapicheando en la tienda libre de impuestos. Ha comprado un montón de cartones de tabaco y anda camuflándolos como puede entre los equipajes de los compañeros (con su consentimiento, claro). Aun así le sobran algunos. Uno de ellos lo abre y va colocando paquetes sueltos por todo el coche: en la guantera un par de ellos, debajo de las viseras, en la caja de los CD, en las puertas, en la bandeja de atrás. No es suficiente: todavía le sobran dos cartones y discute con los demás. Parece que se ha colado comprando. Como esta ya me la conozco, me ofrezco para que metan un cartón en mi mochila. No sé bien cómo son las leyes de Jordania y Siria respecto a estas cosas, pero como mínimo deben de permitir un cartón. Si fuese de otra forma, no tendría sentido que los vendieran en la frontera (en definitiva, ni siquiera revisaron mi mochila). El trapicheo nos roba una hora. Anochece y en Jordania todo es color desierto, no hay nada que altere el beige.

Cuando cruzamos la frontera (creo que preparar los visados con antelación es más complicado que hacerlo en la propia frontera) ya solo nos faltan cincuenta kilómetros, pero aún hacemos otra parada. Es el primer barrio que nos encontramos al salir, uno de esos barrios de calles sin aceras, de tierra, polvo y meadas. Paramos en un taller de coches donde el conductor descarga toda la mercancía, incluyendo el cartón de mi mochila que yo mismo me encargo de sacar y echar al saco. Allí estoy yo, entre trapicheos de moros y tabaco en Jordania. Te cagas.

El tipo borde se queda en el barrio. Poco a poco van bajándose todos hasta que me quedo solo con el conductor. Le

pregunto que si me puede dejar en el centro, que mi *hostel* está en la parte antigua.

—¿Te importa dejarme en el centro? Ya me busco yo la vida.

—Vale —me dice mientras para el vehículo en medio de la autovía.

No sé qué ha entendido, pero me dice que me baje. Es de noche, hemos tardado más tiempo del previsto y el tipo quiere volverse a Siria cuanto antes. Saca mi mochila del maletero y la deja en el arcén. Discutimos, pero me arrasa. Pilla su trasero y se larga a toda leche. Yo me quedo con cara de gilipollas, con mis mochilas y sin saber muy bien qué hacer. Al fondo se ven edificios, así que al menos estoy cerca de la ciudad. Será cuestión de empezar a andar a ver adónde llegamos. Mientas avanzo, trato de parar un taxi, pero ni los locos de los árabes pararían en mitad de la autovía a recoger a un mochilero. Dadas las circunstancias, debería estar preocupado, pero no lo estoy. Cuestión de hormonas o qué se yo, pero el caso es que estoy de un excelente humor. Con la noche se ha ido el calor, corre una fresca brisa y ni siquiera me pesan las mochilas. Pongo Extremoduro en mi *mp3* y por mí que Ammán esté a cincuenta kilómetros, que me los como en un tris.



La ciudad de las siete colinas

Por suerte, solo necesito una hora para llegar al carril de salida de la autovía que lleva al centro y en poco más estoy en una calle con semáforos. Ya ha pasado lo peor (cruce de carriles de autovía incluido), y estoy cerca, lo presiento. Tanto que paso de seguir buscando taxis, ahora que son más asequibles. Voy a llegar al *hostel* andando. Trato de preguntar a un par

jordanos, pero no hablan inglés. En el tercer intento tengo suerte: doy con un buen tipo, que habla *small English*, pero que pone interés, suficiente en cualquier caso (y viceversa). Se llama Nadir y, además de indicarme el camino (y de escribirme en árabe las señas del *hostel* en un papelito que no tengo más que enseñar), me lleva a su negocio (una tienda de ordenadores) y me invita a sentarme y a tomar un té. Me habla de su mujer, inglesa con la que lleva casado tan solo unos días. Incluso me invita a cenar al día siguiente, si aún estoy en Ammán (no puede presentarse en su casa con un invitado esa misma noche sin avisar, claro). Me da su correo, su teléfono y me pide que le visite. Me da la bienvenida y me desea una bonita estancia en la ciudad. Ciertamente un buen tipo, sí señor.

Ya casi estoy, pero aun tengo que dar algunas vueltas para encontrar el *hostel*. Bajo un nombre un tanto pretencioso, Abbasi Palace Hotel, se esconde un *hostel* que no está mal, pero que no deja de ser un *hostel*, cuya entrada es una pequeña puerta de un callejón, difícil de encontrar. Tengo que preguntar a mucha gente hasta dar con él. Mi instinto me hace descartar las indicaciones falsas, porque cuando preguntas a tanta gente, se juntan consejos contradictorios. Si tienes un reloj, sabes la hora que es. Si tienes dos, ya no estás seguro. Sea como sea, llego al *hostel* y me registro sin problemas.

—Nombre, por favor.

—Pedro.

Al oírme, un tipo alto, pelo largo, piel morena que se encuentra en la recepción charlando con un chino, se dirige a mí.

—¿Eres español?

—Sí.

—Yo también.

Es Paco, un profesor que aprovecha las largas vacaciones de funcionario para conocer el mundo. Viaja con su chica, Laura, madrileños ambos, aventureros. Yo estoy cansadísimo (mi cuerpo se relajó al encontrar el *hostel*) y en lo único que

pienso es en sacarme de encima la mochila, la ropa y la piel, darme una ducha helada y ponerme a escribir. Sin embargo, la charla con Paco, a la que se incorpora Laura, se hace tan interesante que me olvido de todo.

—Lástima que no tengan unas cervezas.

—Yo trato de probar una cerveza en cada país que visito.

—¡Yo también! La china es horrible.

Paco y Laura han visitado medio mundo, aunque de todas las cosas que me cuentan de lugares interesantes, me quedo, sin duda, con África. Saber que han estado en el centro del continente africano, que han dormido en tiendas de campaña junto a un río lleno de hipopótamos o que se han cepillado los dientes delante de un espejo donde un chimpancé jugaba con su reflejo me produce tal envidia que casi reviento. Mientras me siguen contando cosas de África, me van despertando las ganas de dedicar un viaje exclusivamente al continente negro.

Hablamos de los planes de cada uno y cuando les comento que me gustaría ir a Jerusalén me advierten de que cruzar la frontera con Israel es jodido, sobre todo viniendo de países árabes.

—Te tienen horas interrogándote y tratando de encontrar contradicciones entre lo que dices. Te revisan la mochila de arriba a abajo, te la deshacen completamente. Pasas por un detector de metales tan sensible que te localiza hasta la última cosa que lleves. Te hacen vaciar todos los bolsillos. Es una putada, es pesadísimo y te hacen perder mucho tiempo.

—En algún lugar había leído algo sobre los interrogatorios del Mosad, pero nadie me lo había confirmado en persona.

—Y con esas barbas, tío, seguro que te investigan a fondo. Yo me afeité.

—Joder. Lo cierto es que tengo pinta de árabe.

Me alegra mucho haberme encontrado a Paco y Laura en la recepción. Además de la agradable charla que se alargó ho-

ras, los consejos que me dieron y el chute de buen rollo y ganas de dejarlo todo y largarme a vivir a Malasia, el encuentro me sirve para darme cuenta a tiempo de una enorme cagada que iba a cometer. La cosa fue así: charlábamos de mi viaje, de lo pesado de la mochila de la cantidad de cosas prescindibles que llevaba encima, que al final lo único que necesitaba eran una camiseta cada par de días y poco más.

—Después de pasar por tantos sitios, no tengo ni un solo *souvenir* —le digo a Laura.

—A mí me gusta coger trocitos de piedra de algunos sitios a los que voy. Tengo una piedra de Petra.

—¡Sí! Yo también llevo un trozo de la muralla que rodea a la Ciudad Prohibida de Pequín, pero no es para mí, es para un colega. Lo llevo en bolsillo, mira, echa un vistazo.

Saco de mi bolsillo el papel donde llevo envuelto el trocito de pared y lo abro. En ese mismo paquete llevo la insignia nazi que compré en el mercadillo de antigüedades de Sofía.

—¿Qué es eso? —me pregunta Paco.

—Es una insignia que llevaban los soldados nazis en la Segunda Guerra Mundial —le respondo.

Se trata de un águila posada sobre el signo de la esvástica.

—Tío, tú estás loco. ¿Con eso piensas entrar en Israel? Estás loco.

—¡Coño! ¡No había caído!

—Tío, como te pillen eso te van a crujir. Vas a flipar.

—¡Hostias! ¡Hostias! ¡Hostias! ¡Hostias! ¡Qué cagada tío!

—Con esas barbas y viniendo de Jordania y Siria. Tío, tú estás loco. Esconde bien eso, que como te lo pillen vas a tener problemas.

—¡Dios! ¡Dios! Menos mal que lo has comentado, porque no había caído. Iba a meter la gamba hasta el fondo. Joder.

—No te preocupes, al final uno cae en estas cosas. Seguro que hubieras caído, aunque hubiera sido en la cola del detector de metales. Seguro que tu cabeza te hubiera avisado y hubieras tirado el paquete en alguna papelera.

No quiero ni ponerme a pensar en lo que hubiera pasado si, al cruzar el detector, me hacen vaciar los bolsillos, abren el paquete y ven la esvástica. No es que hubiera terminado en el fondo del río con unos zapatos de hormigón, pero un par de hostias y una noche en el calabozo me llevo fijo. Sabe Dios.

—Gracias tío. No quiero ni pensar en la que hubiera formado en la frontera con la puta esvástica.

—Bueno... ¿y tu colega es que es facha o qué? —me dice sonriendo para que me relaje un poco.

—¡No, coño! No es eso. Le gusta mucho la arqueología, la historia y tal. Es coleccionista. Tendrías que ver su casa, es como un museo. Le prometí un trozo de la muralla China, pero como no pudo ser, le estoy llevando otras cosas.

A las tantas nos despedimos. Al día siguiente tienen que madrugar para seguir con su viaje y están cansados. Quedamos para vernos en el desayuno, aunque finalmente no coincidiremos.

Mientras estábamos charlando, la dueña del *hostel* vino y nos comentó que estaban en la azotea comiendo y fumando, que estábamos invitados, así que cuando Paco y Laura se van a la cama decido subir. Mi mochila sigue tirada en el suelo de la recepción, donde la dejé al entrar. La azotea está en obras y, de hecho, está cerrada a los huéspedes. En una pequeña mesita se acumulan platos de comida árabe y la caja de una pizza. Junto a la mesa, una cachimba y, rodeándola, varios sillones. Tomo asiento y me presento al resto: la dueña, su novio y un tipo clavado a Philip Seymour Hoffman. Charlamos durante un rato, el suficiente para darme cuenta de que Philip está representando su papel de Truman Capote: tiene exactamente el mismo humor cínico que el escritor americano. Es increíble. Me pregunto si lo hará aposta, como los colgados que imitan a Michael Jackson, o le saldrá natural. Me pregunto si sabrá hasta qué punto se parece.

—Estoy hambriento —digo al resto.

—Debiste haber subido antes, teníamos mucha comida

—me responde la dueña sonriendo.

—Ya, pero estaba tan excitado que no tenía hambre. La tengo ahora que estoy más relajado.

—Si quieres puedo enseñarte un par de sitios donde comprar comida —se ofrece Philip Seymour Hoffman.

—¿A estás horas? —pregunto comprobando en mi reloj que son casi las dos de la mañana.

—Sí. A estas horas hay muchos sitios abiertos. Durante el día hace demasiado calor, así que abren por las noches. Además, están de ramadán, así que la gente come tarde. Vamos, te acompaño, me apetece estirar las piernas.

Damos un largo paseo por las calles casi desiertas de Ammán. El tipo me enseña varios sitios donde comer, un baño turco, algunos lugares de interés turístico, un par de supermercados, la comisaría de policía, la oficina de correos y todo lo que puedo necesitar para estar por allí.

—Los DVD de las tiendas son todos falsos. No pagues más de un dinar —me aconseja.

Acabamos en un restaurante que está lleno de gente. Huele muy bien a comida y cada vez tengo más hambre.

—¿Prefieres comer aquí o te pido para llevar?

—¿Tú cenas conmigo?

—No, yo ya he cenado.

—Vale, entonces para llevar mejor. Eso sí, no tengo ni idea. Pide tú por mí.

—No sé, ¿qué te gusta?

—Da igual, tú pide cosas típicas.

—¿Realmente tienes mucha hambre?

—Sí señor.

Philip Seymour Hoffman pide comida para cuatro (de hecho, estaré los siguientes días comiendo de lo que compré ahí, y aún tuve que tirar algunas cosas). Dos enormes tortas de pan del tamaño de una sombrilla de playa, tres tipos de cremas diferentes (solo conozco el hummus) y faláfel, unas bolas de carne de vacuno, rebozadas, fritas y recubiertas con semi-

llas de sésamo. La pinta es excelente y estoy deseando llegar al *hostel* para ponerme a cenar.

De regreso, damos otro rodeo en el que me muestra más sitios de interés; finalmente llegamos a la azotea. La dueña y el novio siguen allí, tirados sobre los sillones, colocados. Yo paso de todo y me pongo a devorar la comida. Está todo realmente exquisito, así que me pongo ciego de comer.

—Hidratos de carbono de madrugada, ¡a mí!

Cuando ya no puedo más, aún tengo los tres botes de crema casi intactos y estoy solo en la azotea. El cielo está lleno de estrellas, hay luna llena y de fondo se oye un cántico de ramadán, una especie de saeta árabe que puede escucharse cada tanto. Estoy en Ammán.

La cachimba sigue teniendo brasas.

Jueves, 6 de agosto de 2009

Amanece y sigo en la azotea, solo. Se está bien. He cogido la posturita mirando al cielo y he podido ver cómo iban desapareciendo las estrellas a medida que aclaraba el día. Creo que bajaré a dormir un rato, exactamente dos horas. Cuando despierto tengo tantas cosas en la cabeza que creo que se me va a cortocircuitar. Tengo muchas cosas que hacer y no sé por dónde empezar.

—Darse una ducha sería un buen comienzo.

Mientras hablo conmigo mismo, suena la puerta. Son Paco y Laura, con sus mochilas colgadas. Han madrugado y se largan.

—Ostras tío, ¿ya os vais? Me hubiera gustado desayunar con vosotros para charlar un rato. Tengo la sensación de que tenemos la conversación a medias.

—Bueno, ya subirás por Madrid un día de estos.

Apretón de manos, besos y ducha que no me aclara las ideas.

—Prueba a desayunar, a ver si hay suerte.

—Eso es.

Huevo duro, pan de pita, queso, mantequilla, mermelada, café con leche y sigo dándole vueltas a la cabeza. Empecemos a priorizar, a ver si así sale algún plan. En primer lugar, tengo que ir a la embajada de Egipto a por el visado. Paco me ha comentado que normalmente no es necesario, pero en determinadas circunstancias sí lo es. Esas circunstancias son, precisamente, entrar al país por tierra y procedente de Israel. Bingo. Además del visado, tengo que ir a correos a enviar la insignia nazi a España. No quiero dejarla olvidada en el bolsillo. Hasta ahí las cosas que tengo que hacer, ahora las cosas que quiero hacer: ir a Petra. Para ello tengo que pillar un autobús que tarda unas cuatro horas. Ayer estuve intentando reservar *hostel* y no encontré nada libre, aunque Paco me dice que hay

muchos hoteles. No sería la primera vez que llegara a una ciudad sin tener reservado. Ni mucho menos. Ni muchísimo menos. El último autobús sale de Ammán a las tres de la tarde.

—Ahora escribe todo esto y ya tendrás un plan para hoy.

Termino de desayunar y me conecto para buscar la dirección de la embajada de Egipto en Ammán. Es fácil de encontrar e incluso tengo un par de números de teléfono, aunque llamar no sirve de nada. Responde una tipa que habla en un idioma desconocido y qué se yo lo que me cuenta, pero imagino que me dirá algo así como que el teléfono no existe o está fuera de cobertura o vaya usted a saber. Anoto la dirección en un papel y le pido a Issa, el recepcionista, que me lo escriba en árabe. Bajo a la calle dispuesto a encontrar el sitio a base de enseñar el papelito y me encuentro con que las calles del centro están cortadas al tráfico y llenas de gente. Ha habido un incendio en un piso cercano y una docena de coches de bomberos se afanan en apagarlo. Salgo como puedo y pregunto a un policía por la dirección. Me recomienda tomar un taxi porque está fuera del casco viejo.

—¿Cuánto puede costarme?

—No más de tres dinares.

Necesito diez minutos para encontrar un taxi libre y acuerdo los tres dinares (me pedía seis), aunque cuando llegamos a la embajada el taxímetro marca dos con veinte. Joder, los taxis tienen taxímetro. Qué cosas. En la embajada trato de explicar que quiero un visado; no hablan inglés, por lo que no resulta fácil. Tengo que ponerme el traje de mimo, aunque finalmente consigo hacerme entender. El tipo me responde que no puede dármele el mismo día (el jueves) y que, por lo tanto, tengo que esperarme al domingo (en los países árabes, el fin de semana es viernes y sábado).

—No puedo esperar al domingo. Por favor, lo necesito hoy. Salgo de la ciudad dentro de unas horas.

—Imposible. Hasta el domingo no hay nada que hacer.

—Por favor, tiene que haber alguna forma.

Mientras le lloro al tipo del mostrador, hay otro que se interesa por el tema y llama por teléfono. Habla con alguien en Egipto y me pasa el auricular.

—¿Hola?

—Hola, buenos días. Bienvenido a Egipto. ¿De dónde eres?

—De España.

—No necesitas sacar el visado, puedes obtenerlo en el aeropuerto.

—No viajo en avión, voy en autobús.

—Tampoco hay problema, puedes obtener el visado en Áqaba.

—Es que no voy a entrar al país por el sur, voy a entrar por...

Segundos de duda.

—...Israel —completo casi en un susurro.

—No se preocupe, tampoco es necesario.

—¿No? Tenía entendido que sí lo era.

—No es necesario, no se preocupe. Puede obtenerlo en la frontera.

—Perdone, pero mi inglés es muy básico y temo no haberlo entendido. Deje que se lo repita y me lo confirma. Para entrar a Egipto desde Ammán, en Jordania, no es necesario haber obtenido el visado previamente, es posible obtenerlo directamente en la frontera. ¿Es así?

—Así es señor.

—Muchas gracias.

—De nada.

Una cosa menos. Hubiera preferido, ya que estaba allí, haber obtenido el visado, pero ya que no he podido, al menos sé que no es necesario. O eso creo, porque la duda la tendré hasta que cruce.

La siguiente tarea es ir a correos. La oficina está cerca del *hostel*, así que tengo que tomar un taxi de vuelta al centro histórico. Esta vez pasa más de una hora hasta que uno se decide

a parar. No es que no hayan pasado; de hecho, después de media hora de espera he empezado a contarlos y han pasado doscientos treinta y siete taxis antes de que el doscientos treinta y ocho haya parado. Muchos de ellos pasaban vacíos, pero me hacían un gesto con la mano para decirme que pasaban de parar.

Para volver, no acuerdo precio y confío en el taxímetro. El tiro casi me sale por la culata, porque las calles de acceso al centro están cerradas. La policía no deja entrar a nadie por la movida del incendio, así que el taxista tiene que dar una vuelta por las carreteras de circunvalación, atascadas.

—Cuando el taxímetro marque tres dinares, pare. No tengo más.

—No hay problema.

Ironías del destino, cuando el taxímetro llega a tres dinares estamos exactamente en el mismo sitio donde me dejó el taxista sirio el día anterior.

—Déjeme aquí mismo, ya sé llegar a mi hotel.

—No hay problema, le cobraré tres dinares igual, no se preocupe.

El taxista se enrolla y me acerca un trozo más, pero tiene que desistir cuando se vuelve a encontrar el acceso cortado. Me ha ahorrado media hora de caminata bajo el sol. El resto del camino no tiene más de veinticinco minutos, aunque me cruzo con el teatro romano y aprovecho para hacer algo de turismo *express*. Al fin llego al *hostel* dispuesto a comer algo, coger la mochila y largarme a la estación. Son las dos y media y el autobús sale a las tres.

Después de comer algo de lo que sobró anoche, voy a mear y mientras lo hago decido cambiar los planes.

—Hasta los huevos de ir corriendo a todos sitios. Con el follón que hay en el centro, seguro que no llego a tiempo a la estación, o llego a costa de mi salud. A tomar por culo, me tomo el resto del día libre.

Sólo he dormido dos horas y estoy cansado. La sala de te-

levisión del *hostel* es fresca y está vacía. Solo se oye el ruidito de la fuente de la entrada. Me siento en uno de los sillones y me pongo a leer. Voy a descansar un buen rato y esta tarde haré un plan que me cubra algo más que unas pocas horas.

Después de estrujarme la cabeza y la página de la Bahn, llamar a tres países diferentes y hacer algunas reservas, ya tengo un plan maestro desde esa misma tarde hasta el lunes dieciocho de agosto, día en que volveré al trabajo. Por lo pronto, me quedo en el *hostel* dos noches más. Aun así, he logrado cuadrarlo todo de forma que puedo ir a Petra, Jerusalén, El Cairo, Atenas, Roma e incluso tener medio día para buscar el pueblo de la francesita. No ha sido fácil y está tan apretado que cualquier detalle puede hacer que todo estalle. Los puntos críticos del plan son el cruce de las fronteras de Israel y Egipto. A partir de ahí, volaré a ese jardín de infancia llamado Europa (ya tengo el billete comprado, carrera estresante a la vista). Pero para empezar, mañana madrugón para ir a Petra.

La pausa me ha venido bien. Finalmente no he descansado más que unas pocas horas, pero me han servido para aclararme un poco y poder escribir el plan, lo que a largo plazo se traducirá en descanso. Me estoy aburguesando, haciendo reservitas de *hostel* con dos días de antelación. Todo un señorito.

El resto de la noche la paso escribiendo y viendo de fondo *El club de la lucha* en la tele por cable.

La primera regla del club de la lucha es: nadie habla sobre el club de la lucha.

La segunda regla del club de la lucha es: ningún miembro habla sobre el club de la lucha.

La tercera regla del club de la lucha es: la pelea termina cuando uno de los contendientes grita «basta», desfallece o hace una señal.

La cuarta regla del club de la lucha es: solo dos hombres por pelea.

La quinta regla del club de la lucha es: solo una pelea cada vez.

La sexta regla del club de la lucha es: se peleará sin camisa y sin zapatos.

La séptima regla del club de la lucha es: cada pelea durará el tiempo que sea necesario.

La octava regla del club de la lucha es: si esta es tu primera noche en el club de la lucha... tendrás que pelear.

Viernes, 7 de agosto de 2009

Despertar espontáneo. Cuando eso me ocurre es que algo va mal. Miro el reloj y son las seis y diez. Según mi recién estrenado plan, debí haberme despertado a las cinco, haberme duchado, desayunado tranquilamente y haber tomado un taxi a la estación de autobuses para, finalmente, tomar el autobús a Petra. Sale a las seis y media, dentro de veinte minutos. Me visto en quince segundos y salgo pitando a la recepción. Anoche pedí al recepcionista que me despertara a las cinco.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué no me has despertado?

—He golpeado la puerta a las cinco.

—¿En serio? Pues no te he oído. Pero ¿te he respondido?

—No.

Vale, no tengo ni un segundo que perder en un diálogo para besugos. Vuelvo a la habitación, me lavo la cara, me cepillo los dientes, agarro la mochila y me largo por patas. Las calles están desiertas, aunque no es por la hora, es por el día festivo. Un taxi aparece enseguida... ¡y para! Le acerco el papelito y asiente.

—*Quickly, please.*⁶⁹

Risas y acelerador a fondo. He dado con el taxista más loco de la ciudad y casi me arrepiento de haberle dicho que corriera. Sin casi. Diez minutos y un dinar jordano después, estoy en la estación. Es pequeña y mi autobús, de la empresa Jetservice, está justo en la puerta. Hay una pequeña cola de chinos que me tranquiliza. El viaje a Petra son unas cuatro horas, por lo que llegaremos a casi las once (nos ponemos en marcha a las siete finalmente). Pasaré allí todo el día y regresaré a Ammán. Anoche decidí que pernoctar en Petra no tiene sentido, porque mi destino en Israel es Jerusalén, que está

⁶⁹ Rápido, por favor.

muy cerca de Ammán. Ya que estoy instalado en Ammán, me parece mejor idea ir y volver a Petra en el mismo día, y así el sábado amaneceré en Ammán, desde donde puedo tomar el autobús a la frontera (no se puede decir que voy de Ammán a Jerusalén, sino que voy de Ammán a la frontera; la gente es muy susceptible con este tema).

El viaje transcurre sin incidentes, a excepción del mosqueo que se agarra el conductor cuando le ponen una multa por exceso de velocidad. Llegamos a Petra a la hora prevista y me encuentro con algo que no me esperaba: un pueblo tan turístico como Torremolinos. Si bien era consciente de que me iba a encontrar a muchos turistas (voy rodeado de chinos en el autobús, sin ir más lejos), no me esperaba tantos hoteles, restaurantes, cafeterías... ¡y mucho menos un Pizza Hut!

El autobús nos deja en el aparcamiento del acceso a la ciudad de piedra y nos cita seis horas después, tiempo algo justo pero suficiente para patearse todo lo interesante. Los más de veinte pavos que cuesta la entrada me han descuadrado las cuentas totalmente. Ayer saqué algo de dinero del cajero y calculé que con sesenta euros tendría suficiente para el tiempo que me quedaba por estar en Jordania, pero no contaba con una entrada de veintiún dinares (aunque después de sacarla creo recordar que Paco me lo comentó). No voy a pensar en eso ahora, desde luego. Estoy a las puertas de uno de los puntos más atractivos de mi viaje (y casi de cualquier viaje). Me encuentro delante de una auténtica maravilla del mundo, antiguo y moderno. Ya, como concepto, una ciudad tallada en piedra es algo insólito.

Las maravillas que vi en este sitio tan extraordinario no las voy a poder contar: me declaro incompetente para hacer algo así. Con cada paso que daba y con cada vistazo que echaba encontraba cosas más asombrosas que las anteriores. Todo el mundo debería visitar este sitio que, aunque infestado de turistas, es realmente inolvidable. La garganta de entrada a la ciudad, el Al-khazneh, la calle de las fachadas, las tumbas, la

calle de las columnas, el monasterio... todos lugares dignos de ser visitados. ¡Una ciudad tallada en piedra!

Después de estar todo el día caminando, con la cara llena de polvo y los pies de arena, más necesitado de una ducha que después de un concierto de Soziedad Alkoholika, cansado, muerto de sed y hambre pero más ancho que alto, me subo al autobús de vuelta. Regresar desde el punto más alejado de la ciudad (un mirador donde ondea la bandera de Jordania), hasta el aparcamiento de la puerta del recinto, donde espera el autobús, me lleva exactamente cien minutos de camino sin descanso. Pueden anotar eso.

El viaje de vuelta se hace mucho más pesado que el de ida, ya se sabe cómo son estas cosas. Cuando por fin llego a casa (desde la estación he vuelto a tomar un taxi que me ha dejado en la puerta de la concurrida mezquita que hay junto al *hostel*), me encuentro una recepción ambientadísima. Es viernes y hay mucha gente que ha llegado a la ciudad. Me gusta entrar y ver el sitio lleno de gente, me alegro por la dueña, es buena chica. Después de dos días, me saludan por mi nombre.

—Hola Pedro, ¿qué tal por Petra?

—Genial.

Una ducha tan larga que cuenta como dos, algo para cenar (he comprado un par de *shawarmas* por cincuenta céntimos en el kiosco de Hadi) y estoy dispuesto para irme a la cama. Sin embargo, antes de eso, bajo a comprar una botella de agua y oigo música que sale de la sala de televisión. Están celebrando la fiesta del té. Según me cuenta la dueña, lo hacen todos los viernes. Todo el mundo está sentado alrededor del músico, que toca el Oud (una especie de laúd típico de Jordania), tomando té y tarta. Me uno a la fiesta, donde incluso un par de espontáneas salen a bailar.

Mientras tomo mi té y pienso en irme a la cama a descansar con idea de madrugar al día siguiente para irme a Israel, se sienta a mi lado un tipo. Se llama Patrick y es de Londres.

—Hola.

—Hola.

—¿Tú vas mañana a Israel? —me pregunta.

—Sí, quiero llegar a Jerusalén —le respondo.

—Yo tengo pensado irme por la mañana temprano. He hablado con un taxi que vendrá a recogerme a las siete. Si quieres podemos compartirlo.

—Genial. Lo cierto es que tenía pensado irme temprano, pero no tenía ningún plan. Ni siquiera sabía qué autobús había que tomar.

—El taxi me cuesta veinte dinares. Si compartimos serían diez cada uno, un poco más caro que el autobús, pero creo que merece la pena.

—Estoy de acuerdo. Por mí, estupendo.

—Quizás sea un poco temprano, pero mañana es sábado y cierran la frontera a las dos, así que habrá mucha gente por la mañana.

—A las siete está bien. Dicen que los trámites de la frontera pueden llevarnos horas, así que mientras antes lleguemos, mejor.

—Perfecto entonces. Nos vemos a las siete en la recepción, ¿te parece?

—Allí estaré.

—Ahora me voy a la cama a descansar. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Ya tengo plan para mañana y suena bien. Si consigo llegar a Jerusalén antes de la hora de comer, podré estar allí toda la tarde y parte de la mañana del domingo. Tengo mi reserva de *hostel*, así que en teoría debería ser un día tranquilo. A estas alturas de viaje, necesito días tranquilos. Y ahora, lo que necesito es irme a la cama.

—Hola señor —me dice, en inglés, una voz de confitura.

La oigo de milagro, porque llevo los auriculares puestos. Ha coincidido en el silencio de un cambio de canción. Me vuelvo y veo delante de mí a una niña que no tendrá más de ocho años. Lleva una camiseta naranja sin mangas sobre otra verde de manga larga. Está llena de polvo y sobre su cabeza, una raída gorra azul. Le cuesta andar sobre el pavimento de la calle de las columnas, enormes piedras entre cuyas grietas cabe perfectamente el pie de una criatura como la que tengo delante.

—Hola —le respondo quitándome los auriculares.

Sale de detrás de su puestecillo de venta ambulante (una tabla tirada en el suelo con algunas postales, piedras y collares polvorientos) y se acerca a mí con una moneda en la mano. Cuando llega a mi altura se detiene, toma aire y vuelve a hablar.

—¿Cuántos dinares? —pregunta mientras me muestra un euro.

—Un dinar.

Parece decepcionada con mi respuesta, pero no se deja abatir y reclama una confirmación.

—¿Un dinar?

—Sí.

—El hombre que me la dio me dijo dos dinares —casi susurra mientras agacha la cabeza. Se ha dejado abatir.

—¿Quién te ha dicho eso? —respondo sin dar crédito.

—Un hombre. Se llevó uno —señala un collar— por dos dinares y me dio esta moneda.

Mientras hablamos, y desde el momento en que oí su voz, se activó en mi cabeza —queriendo o sin querer, que más da— el modo seguridad. Veo a una niña de media docena de años como un posible enemigo y la olisqueo para tratar de

descubrir si viene en son de paz. Oyéndola hablar y, sobre todo, viendo su cara, el mecanismo se apaga automáticamente por falsa alarma. Creo lo que dice, por más que me resulte increíble que un tipo haya timado a una criatura como la que me mira con ojos tímidos.

—¿Cuándo ha sido? ¿Está el hombre por aquí? ¿Puedes verle?

—No, ya se ha ido.

Lo siento, pero sigue sin entrarme en la cabeza que haya alguien tan miserable y europeo que pueda llegar al extremo de robar a una niña de seis años que se ve obligada a partirse la espalda currando para ganar algo con lo que ayudar a sacar adelante a la familia. No es posible que pueda existir alguien así. La otra opción es que la niña esté mintiendo, pero viéndola me parece una posibilidad exactamente igual de inverosímil.

—¿Qué vendes?

—Postales y más cosas. ¿Quiere comprar algo?

—A ver, déjame echar un vistazo.

La acompaño a su negocio y me pongo en cuclillas para estar a su altura mientras simulo interés por las chatarrillas que tiene colocadas de forma ordenada sobre la tabla.

—Compre un collar —me dice.

—Pero si son de chica. No me sirven. ¿No tienes pulseras como estas?

—No. Compre un collar para su novia.

—No tengo novia.

—Pues para su mujer.

—No tengo mujer.

—Pues para su madre.

Ahí me ha pillado.

—Ahí me has pillado. ¿Cuánto cuestan?

—Elija uno y le digo cuánto cuesta. ¿Le gusta este?

—Algo recargado ¿no crees?

—¿Y este? Ayer vendí uno igual, pero blanco.

—¿Cuánto cuesta?

—Cinco dinares.

—Es demasiado, no tengo tanto dinero.

Estoy regateando con una niña de seis años que probablemente me lleve al huerto.

—Cuatro dinares. Ayer vendí uno por cinco dinares.

—No puedo, lo siento. Tengo que irme.

—Dos dinares.

—¿Dos dinares? Me parece justo. Me lo quedo.

Cojo el collar y lo sujeto entre mis manos unos segundos mientras espero estúpidamente que saque una bolsa de debajo de su mostrador de tabla y polvo.

—Ten —le digo mientras le acerco los dos billetes.

Con un gesto casi mecánico, la niña levanta una piedra y saca de debajo un cajita de plástico con forma esférica. Es una de esas cajitas de chicles que venden en los supermercados. Recuerdo que en el trabajo, Teresa las usa para guardar el dinero de la lotería. La niña también la usa para guardar los dos billetes que le he dado. De paso, guarda el euro después de echarle un último vistazo, como buscando algún sitio donde diga que vale dos dinares.

—¿Quieres que te cambie la moneda? Me la das y te doy un dinar.

—Vale.

—Aquí tienes.

—Gracias —me dice mientras cierra su cajita y la vuelve a colocar debajo de la piedra—. El collar es muy bonito, su madre se va a poner muy contenta.

—¿Te gusta? Te lo regalo.

—¿Cómo?

—Sí te gusta, te lo regalo. Para ti.

Se lo acerco, pero se muestra reacia a cogerlo. Esconde sus manos detrás de la espalda.

—Pero es un regalo para su madre.

—Sí, pero mi madre ya tiene muchos collares. No necesita

ninguno más.

Sigue dudando. Creo que la he pillado con el paso cambiado. Finalmente, cede y agarra el collar.

—Es muy bonito.

—Es un regalo para ti.

—Gracias.

—Pero no vuelvas a venderlo. Es tuyo, te lo he regalado yo. ¿Vas a volver a venderlo?

—Sí.

Risas.

—No lo hagas, por favor. Los regalos no se venden —le pido con suavidad y de corazón. Creo que ha leído mi rostro.

—No lo voy a volver a vender, puede estar seguro.

—Gracias. ¿No te lo pones?

—Es que...

Empieza a dudar, pone cara de asustada y mira hacia los lados. Basta un instante para deducir que sus padres no le dejan aceptar regalos de extranjeros. Probablemente ni siquiera le permitan hablar con ellos más de lo estrictamente necesario para venderles alguna cosa. Aun así, sigue adelante.

—Está bien —me responde mientras trata de ajustarse el broche detrás de la cabeza.

—¿Necesitas ayuda?

—No, ya está.

—Estás muy guapa.

Sonrisa tímida. Miradas desconfiadas a uno y a otro lado.

—¿Cómo te llamas? —le pregunto.

—Rania.

—Adiós Rania, tengo que irme —le digo mientras me incorporo y noto calambres en todos los músculos de las piernas.

—¿De dónde eres?

—De España.

—Bienvenido —añade en español de forma mecánica.

Horas más tarde, de vuelta ya al autobús, vuelvo a cruzar

la calle de las columnas. Allí sigue el puestecito de Rania.

—Adiós Rania.

Al oír mi voz, se levanta y me hace un gesto con la mano.
En su cara, una sonrisita. En su cuello, un bonito collar.

Sábado, 8 de agosto de 2009

Paso de Issa, el recepcionista, y me levanto antes de que me llame. Anoche dejé todo preparado, así que no tengo más que hacer que ducharme y bajar a la recepción. Allí me reúno con Patrick; desayunamos, me despidió de Philip Seymour Hoffman y nos largamos. El taxista que nos va a llevar ha llegado con tiempo de sobra de tomarse un café mientras espera a que terminemos de desayunar. El trayecto hacia la frontera es rápido y tranquilo. Patrick se ha quedado dormido y el taxista es de esos que no sienten la necesidad de hablar con el cliente, así que pongo Molotov en mi *mp3* y me relajo pensando en que ya solo me queda un sábado más sin baloncesto. Tengo ganas de regresar y devolverle a Óscar aquel gorro que me puso.

La salida de Jordania la hacemos con normalidad. Patrick me recomienda que pida al tipo de inmigración que no me ponga el sello de salida en el pasaporte, de esa manera no constará que he pasado por Israel. Si has estado en Israel, tienes el acceso vetado a muchos estados árabes.

—Yo tenía pensado decir en Israel que no me pusieran el sello de entrada, pero no había caído en el de Jordania —le digo.

—Si tienes el sello de salida de Jordania por la frontera con Israel, es exactamente lo mismo a todos los efectos.

—Tienes razón.

Le pido al tipo que no me ponga el sello en el pasaporte.

—¿Le importaría ponerme el sello en otro papel? —le pido sin tener claro si le estoy ofendiendo.

—¿De qué país eres?

—De España.

—¿Real Madrid o Barcelona?

—Real Madrid.

—Entonces te pongo el sello en el pasaporte.

- ¡Venga ya!
- ¿Real Madrid o Barcelona?
- Áhora.
- Está bien.

Desde el puesto fronterizo jordano debemos tomar un autobús hasta el puesto fronterizo israelí. Según se dice, es el más difícil de cruzar. Todo el mundo habla de horas y horas de espera, de interrogatorios, de preguntas trampa, de negativas de solicitudes de entrada... Nada más bajar del autobús, la policía se lleva nuestras mochilas para revisarlas. Nos las devolverán al final del proceso. A partir de ahí, pasamos por hasta cuatro ventanillas, sin mayor novedad, hasta llegar a la que definitivamente debe ponernos el sello de entrada. Tras el mostrador, una policía de mirada honda, de negrísimo ojos, tan atractiva que no puedo dejar de mirarla.

Patrick pasa primero. Desde mi posición puedo escuchar algunas de las preguntas que le hace, nada fuera de lo normal: para qué quiere entrar en el país, cuánto tiempo va a estar, si tiene algún familiar, si tiene hotel reservado, dónde está el papel de la reserva, si tiene pensado ir a los territorios palestinos (si respondes que sí a esta pregunta, *caput*), etcétera.

—¿Puedes ponerme el sello en otro papel? —pregunta Patrick.

—¿Por qué? —dice Ojazos.

No puedo oír la respuesta de Patrick, pero puedo ver cómo la chica le da una hoja de papel. Tiene que rellenarla y esperar a que le llamen. La famosa espera de las cuatro horas. Es mi turno.

—¿Para qué quieres entrar al país?

—Voy de paso.

—¿Dónde piensas ir?

—A Jerusalén. Pasaré una noche allí y me iré por la mañana —le respondo ahorrándole una pregunta.

Hace como que no me cree y me mira directamente a los ojos buscando la sombra de una duda. Me gusta que me mire

así, me excita; no tengo problemas en sostenerle la mirada, podría hacerlo durante horas si quisiera.

—Bienvenido a Israel.

—¿Te importa ponerme el sello en otro papel?

—Ya lo tienes en otro papel. Puedes pasar.

Recojo mis papeles y me dirijo a la sala de espera, donde quiero despedirme de Patrick. Pero antes, me doy la vuelta para hacer una cosa que no puedo dejar de hacer.

—*Your tattoo rocks*⁷⁰ —le digo a Ojazos.

Ojazos y sonrisa.

Me despido de Patrick hasta otra ocasión. El contacto que hemos tenido ha sido mínimo, así que no me afecta demasiado, aunque parece buen tipo. Cruzo, algo decepcionado por no haber podido vivir un interrogatorio del Mosad, pero con mucho tiempo por delante. Detrás de la ventanilla de Ojazos todavía quedan algunos obstáculos más (debo emplear a fondo mis codos para evitar que la gente se cuele) para, finalmente, subirme a un microbús que me dejará en la estación de autobuses de Jerusalén y donde conozco a Lea y Mattese, una pareja de jóvenes y rubios alemanes.

Por el camino me cuentan que los sábados son los días de descanso de los judíos, lo que llaman sabbat. Durante el sabbat, que dura desde que se pone el sol el viernes hasta que se pone el sol el sábado, ningún judío puede trabajar (en realidad, como descubriré más adelante, no puede hacer casi nada). Eso significa, entre otras cosas, que la estación de autobuses está cerrada.

—Vaya, pues yo tengo que sacar el billete de autobús a Egipto —les comento.

—Tendrás que esperar a que termine el sabbat.

Tendré que esperar a que termine el sabbat. Esa frase la oiré más veces a lo largo de todo el día. Al menos, el autobús nos deja frente a la muralla que rodea a la ciudad vieja, muy cerca de mi *hostel*. Lea y Mattese conocen Jerusalén, así que

⁷⁰ Tu tatuaje mola.

me acercan a la puerta junto a la cual se supone que está mi alojamiento. Ellos se van, han quedado con un amigo. Nada más cruzar el umbral me encuentro con una oficina de turismo, justo lo que necesito. Está cerrada, es sabbat. Tendré que esperarme a que termine.

Encontrar el *hostel* es sencillo. Solo tengo que bajar por una de las estrechas calles hasta ver el cartel. Apenas puedo avanzar entre tanta gente, todos turistas que miran las tiendas que flanquean los callejones. Las calles de la ciudad vieja de Jerusalén no son más que galerías llenas de puestos de *souvenirs*. Un zoco del siglo XXI dirigido al turista. Estoy cansado de mercadillos, y más si son de los que venden camisetas con leyendas como «alguien que me quiere mucho estuvo en Jerusalén y me trajo esta camiseta».

El *hostel* es un tugurio infecto. El tipo de la recepción parece una caricatura: cara sudorosa, barba de varios días, barriga al aire, apoltronado en su minúscula recepción, de mal humor, tragando flemas. Me enseña mi cama y me recita una lista de cosas que no puedo hacer tan larga que tengo la impresión de que estoy alojándome en Alcatraz. No cumple nada de lo que decía en la web que reservé: no tienen *wifi*, solo una vieja chatarra de ordenador por el que hay que pagar para conectarse. No incluye desayuno, no tienen mapas. El sitio y el tipo son muy desagradables, así que dejo la mochila y me largo. Son las doce. En contra de lo que pensaba al principio (contaba con la espera de la frontera de Israel), tengo tiempo de sobra de patear la ciudad a fondo.

En un par de horas estoy harto de Jerusalén. La ciudad vieja no ofrece gran cosa, y menos en sabbat. El muro de las lamentaciones es realmente decepcionante. Ni siquiera me dejan hacer fotos, es sabbat. Tendré que esperar a que termine el sabbat, o eso deduzco del empujón que me da un gorila disfrazado de policía cuando trato de grabar algo. Pienso en responderle que yo no soy judío, pero creo que su única neurona está ocupada vigilándome y no merece la pena intentar

razonar. Me largo de allí. Trato de entrar a alguna sinagoga, pero no puedo. Es sabbat, solo para judíos. La oficina de correos está cerrada, es sabbat.

Durante el trayecto del microbús, Mattese me comentó que a él no le gustaba la ciudad vieja, que prefería el centro.

—Pero hoy sabbat, no es un buen día para ir al centro, estará casi todo cerrado.

Viendo el panorama de la ciudad vieja, llena de turistas (la mayoría españoles e italianos) comprando camisetas, decido intentarlo en el centro, aunque sin mapa lo tengo complicado. La ciudad es grande. También tengo que pensar en lo que voy a hacer mañana, porque el plan que diseñé en Ammán es de brocha gorda y faltan por concretar los detalles. Me pongo a buscar una *wifi* abierta (a falta de McDonald's busco hoteles con cierto caché) y doy con una. Después de unos minutos sentado en el suelo con las piernas cruzadas, decido que ya no estoy para esos trotes y entro a tomarme una cerveza en la terraza del restaurante. Se trata de un pequeño oasis oculto en un barrio de los que tienen charcos en las calles. Viendo la fachada del hotel, nadie diría que dentro se encuentra una terraza llena de plantas y fuentes, un microclima que hace que no parezca que en la ciudad estén a más de cuarenta grados; un sitio ideal donde tomar una cerveza helada.

El lugar está casi lleno. Hay gente fumando en cachimbas, gente comiendo, gente tomando helados o copas. Yo acabo con la mitad de mi pinta del primer sorbo, al tiempo que mi ordenador termina de conectarse a Internet. Tengo toda la tarde por delante para buscar el billete a El Cairo y para reservar *hostel* en la ciudad egipcia. También tengo que subir algunos textos y responder a varios correos que tengo retrasados. De fondo suena música de la tierra, dándole el toque ambiental perfecto. Se está bien; aquí no es sabbat. Paso de la ciudad vieja.

Después de solo un par de búsquedas, adivino que las co-

sas no van a ser tan fáciles como parecían en principio. No existen trayectos directos entre Jerusalén y El Cairo (no sé cómo no lo había pensado antes). Para llegar a la capital de Egipto tendré que montármelo por mi cuenta. Nada del otro mundo (autobús de Jerusalén a la frontera, cruce de frontera y autobús desde el otro lado hasta El Cairo), pero se requiere cierta coordinación de horarios. Un error puede hacer que me quede en tierra de nadie y ya no puedo permitirme ni el más mínimo retraso.

Tras algunas búsquedas más, encuentro un par de foros donde explican con exactitud los pasos a dar. El problema es que tienen puntos contradictorios respecto a los horarios de autobuses y respecto a la necesidad de obtener el visado de Egipto antes de llegar al país. Este último asunto debería tenerlo resuelto con la conversación que tuve con el tipo de la embajada de Egipto en Ammán, pero sigo teniendo la mosca detrás de la oreja. Por lo que respecta a los horarios de autobuses, bastaría con una llamada a la estación para salir de dudas, pero el sabbat es así.

Ante la imposibilidad de llamar, pruebo a buscar en la página web de la empresa encargada de esa ruta. Doy con una web moderna, elegante y con opciones de reserva *on line*. Perfecto. Sigo los pasos del asistente de creación de ruta, indicando la ciudad origen: Jerusalén, la ciudad destino: Eilat (la ciudad fronteriza en la parte de Israel), la fecha y algún detalle más. El resultado es que solo hay un trayecto al día, y sale a medianoche. Con eso no contaba. El trayecto se hace en cinco horas, así que llegaré a Eilat a las cinco de la mañana, con lo que deberé esperar cinco horas hasta que salga el siguiente autobús, el que cruza la frontera. Pero lo peor no es eso, lo peor es decidir si me voy ese mismo día o espero al siguiente. Si me voy ese mismo día, pierdo la pasta del *hostel*, que ya está pagado. Si espero al día siguiente, sacrifico el día de Egipto por repetir en la frustrante Jerusalén. Todo ello contando con que realmente solo exista un trayecto al día y a esa hora tan

extraña.

No tengo ni idea de lo que tengo que hacer. Está claro que tengo que resolver todas las dudas yendo a la estación de autobuses, pero no abrirán hasta las ocho (ni siquiera hay autobuses urbanos para llegar hasta allí). Ahora bien, ¿debería llevarme las mochilas por si el autobús sale realmente a media-noche? ¿Debería dejarlas en el *hostel* y volver a por ellas en caso necesario? ¿Tendré tiempo? ¿Tendré que andar corriendo una vez más?

—Otra cerveza, por favor.

Después de dos cervezas, decido que lo mejor es esperar a que termine el sabbat e ir a la estación, sea como sea. No me pienso acostar hasta que no sepa con exactitud lo que voy a hacer por la mañana, porque de ello va a depender la hora a la que me levante. En el *hostel* no puedo conectarme a Internet, así que prefiero pasear. Mientras bajo por la calle camino de la ciudad vieja, me cruzo con gran cantidad de judíos, de largos tirabuzones, kipá, vestimenta blanca y negra impecable. Destacan los jasídicos, que portan con orgullo sus extravagantes sombreros *shtraimel* y sus negros *bekishes*. Los hay de todas las edades y se dirigen a una zona de jardines que hay justo frente a la puerta de Jaffa.



Sabbat

Algo ocurre porque todos miran el mismo sitio, a la carretera que pasa unos metros más abajo. Me acerco a curiosear. La carretera está cortada por la policía, que tiene acordonada una zona. No tengo claro lo que es, pero parece la entrada a un aparcamiento subterráneo. Detrás de las vallas del acordonado se acumulan decenas de judíos. No entiendo lo que ocu-

re hasta que un coche se dirige a entrar en el aparcamiento. En ese momento, todos los judíos empiezan a gritar como locos. Todos dicen lo mismo, desde los más niños a los viejos, mujeres y hombres. Todos forman una voz única y estremece-dora, un lamento compartido, una queja, una exigencia, un recordatorio, una amenaza.

—¡Sabbat! —reclaman.

Mientras el coche pasa por el cordón policial y entra al aparcamiento (que da acceso a un centro comercial), los judíos que están más cerca se enfrentan a la policía. Algunos se mueven compulsivamente mientras gritan; otros se agachan e incorporan en un movimiento que recuerda al *drinking bird* de Homer Simpson. La policía reparte, pero no se calman. Solo cuando el coche ha entrado en el garaje, los judíos bajan un poco el volumen y la policía baja las porras.

—¿Qué está ocurriendo? —pregunto a una muchacha judía. Lleva un vestido negro, con un pañuelo negro en la cabeza, una rebeca negra, medias negras y zapatos negros. Viste de negro.

—Hoy es sabbat.

—¿Y qué significa?

—Que la Tora dice que no se puede trabajar.

—¿Y por qué gritan y están ahí debajo cobrando de la policía?

—Es una queja porque el centro comercial está abierto. Nadie debería trabajar.

En una larga conversación de dos horas, la chica (de nombre indescifrable para mí) trata de explicarme lo sagrado que es el sabbat para un judío. Dios, a través de la Tora, dejó dicho que había que descansar un día a la semana. Ese día es el sábado, concretamente entre la puesta de sol del viernes y la del propio sábado. Durante ese tiempo, el judío está obligado a no trabajar y a divertirse. La lista de cosas que no se pueden hacer, originalmente formada por una serie de puntos, ha ido multiplicándose de forma que no pueden hacer cosas como

usar el móvil, conducir o encender una luz.

—Pero mucha gente trabaja hoy. Las calles están llenas de tiendas, restaurantes, policía. Mucha gente trabaja hoy.

—Son ignorantes. No conocen la Tora, así que no saben que todas esas cosas no las pueden hacer.

El diálogo que mantenemos roza el de dos besugos en varias ocasiones. Trato de ser muy respetuoso, pero no puedo evitar meterle un poco de caña (poca) para pillarla en un renuncio. Cuando la acorralo, se sale por la tangente diciendo que ella no sabe nada, que quienes saben de eso son los rabinos. Luego alude a que es la palabra de Dios y punto. Es muy curioso ver la forma de pensar de un judío ortodoxo. Tienen tan asumido que la Tora es la palabra de Dios y que tienen que seguirla a rajatabla, que a ratos da miedo. Todo aquél que no sigue la Tora es un ignorante.

—Ni siquiera me dejan hacer fotos. Yo no soy judío —me quejo.

—No te prohíben hacer fotos, te prohíben que les hagas fotos a ellos.

—De eso nada. Hacía fotos a un muro.

Mientras hablamos, la cosa ha degenerado. Los judíos han saltado las vallas y corren de un lado a otro.

—¡Sabbat!

Están por todos sitios. La policía, en número muy inferior, no sabe qué hacer. Un par de judíos se tumban en el suelo para impedir que un coche acceda al aparcamiento. Otros tiran botellas a la policía y todos, del primero al último, gritan.

—¡Sabbat!

Hace un rato que es casi de noche, el sol casi se ha puesto. El sabbat está terminando, pero los judíos están lanzados y no parece que vayan a parar cuando se ponga el sol. La policía recibe refuerzos de agentes montados a caballo, desde donde reparten con más facilidad. Aquello es una puta batalla campal. Trato de hacer algunas fotos y grabar algunas tomas, pero cada vez que intento sacar la cámara, hay algún colgado

que no me deja usarla. Son cientos, así que paso de fotos y me limito a ser observador del asunto. A poco que lo pienso, resulta realmente extraño: estoy en Jerusalén viendo como centenares de judíos vestidos con trajes de gala, con largos tirabuzones y sombreros algo ridículos, se comen vivos a un par de docenas de policías que se ven desbordados y que reparten porrazos a diestro y siniestro.

La turba blanca y negra se aleja de la ciudad vieja y se va metiendo por las calles adyacentes.

—Muy bonito el espectáculo típico del lugar, pero ya basta. Tengo un plan que seguir y comienza por ir a la estación de autobuses.

Antes me he informado y sé exactamente la parada y el autobús que tengo que tomar para ir a la estación. Me dirijo allí, aunque tendré que esperar una hora antes de que pase el primero. En ese tiempo he conocido a Baha, un israelí no judío, que trabaja en Tel Aviv. También va a la estación de autobuses para volver a trabajar después de pasar el fin de semana en casa. Comentamos lo que acabo de ver.

—Odio este país. Odio a toda la gente.

Trabaja en un restaurante, aunque aspira a largarse algún día, quizás a Estados Unidos. Charlamos de todo un poco. Cuando llega el autobús, me paga el pasaje.

—Gracias.

—No es nada.

Cuando llegamos a la estación, después de pasar el estricto control de la policía que incluye detector de metales y aparato de rayos X, todo parece ser más sencillo. El autobús a Eilat, el pueblo cercano a la frontera, sale cada hora. El primero es a las siete de la mañana, así que compro mi billete. Baha tiene media hora antes de tomar su autobús, así que nos tomamos una cervecita y nos despedimos hasta la próxima.

Mientras iba en el autobús me he fijado en el camino, así que regreso andado para tener tiempo de volver a revisar el plan para llegar a El Cairo. La noche es agradable.

1. Por la mañana, a las siete, sale el autobús a Eilat, un pueblo muy cerca de la frontera con Egipto. Tendré que levantarme a las cinco.

2. En Eilat tengo que tomar otro autobús a Taba, pueblo donde se encuentra el paso fronterizo de ambos países.

3. Desde donde me deja el autobús tengo que cruzar la frontera a pie.

4. Cuando esté en el otro lado, si no tengo problemas con los visados, tengo que caminar un kilómetro hasta la estación de autobuses más próxima.

5. En esa estación tomaré un autobús que va directo a El Cairo.

6. Desde la estación de autobuses de El Cairo, tomar un taxi al centro y ahí buscar *hostel*. No he podido reservar por problemas con el pago con Paypal y con la tarjeta. Me preocupa, porque lo de Ucrania no fue un fallo aislado. Falla solo a veces. En fin.

Exactamente cuarenta y cinco minutos de paseo después, llego al *hostel*. Allí me tomo un café y me voy a la cama a tratar de dormir algunas horas, aunque será difícil con este calor.

Domingo, 9 de agosto de 2009

A las cinco estoy en pie, tomando una ducha. Tengo el petate listo y la máquina de café preparándose un chute de cafeína. Me lo tomo con la calma del que tiene todo el tiempo del mundo. Mientras lo hago, llegan al *hostel* dos españoles con enormes mochilas. No tengo ganas de hablar, así que me hago el sueco y me limito a observar como el dueño del infecto garito les enseña su cama y les da las sábanas que yo acabo de dejar en el cesto de la ropa sucia.

—Menudo cabrón sin escrúpulos.

El café está rico y me anima a empezar mi paseo a la estación. Cuarenta y cinco minutos, los cronometré ayer, así que llego con media hora de adelanto. Control policial doble y al bus. Es pequeño e incómodo. Está lleno de chavales de instituto y chicas de grandes gafas de sol, caras alargadas y caderas bajísimas. Es una excursión, una especie de viaje de estudios a Eilat. El asiento que me ha tocado es el peor del autobús: el que está justo en medio de la última fila. Como he subido pronto, me pillo la ventanilla y me hago el dormido, ya se sabe. Lo que en principio era un truco para quedarme con una ventanilla se convierte en una larga cabezada.

Al despertar, el mar aparece a mi izquierda. Es azul y enorme, sigue estando precioso pero... ¿qué hace ahí? Si estamos viajando hacia el oeste, el mediterráneo debería estar a la derecha. Pregunto a uno de los chavales.

—¿Qué es eso?

—El mar Muerto.

—¡El mar Muerto!

Estamos viajando al sur, bordeando la frontera con Jordania (!). Ni siquiera sé dónde está Eilat y no puedo consultarlo porque alguien me ha robado mi atlas de bolsillo. Fijo que ha sido el capullo del dueño del *hostel*. Sea como sea, me pongo a darle vueltas al asunto y ahora las cinco horas previstas para

el viaje me parecen demasiadas. Bien pensado, no hay tantos kilómetros desde Jerusalén hasta la frontera con Egipto, a no ser que vayamos al paso fronterizo del mar Rojo, muy al sur. Necesito poner en orden mis ideas, porque me invade la sensación de haberla cagado otra vez. Estoy siguiendo los pasos que un tipo puso en un foro de Internet y ni siquiera me he preocupado en comprobar si tienen sentido. Tendré que revisarlo ahora, aunque después de casi dos horas de viaje, ya es un poco tarde.

Solo necesito desperezarme un poco para que se me encienda la bombilla. Recuerdo que alguien me contó que el paso fronterizo entre Israel y Egipto por el norte pasa por la franja de Gaza. Eso quiere decir que, efectivamente, estamos viajando al sur, al mar Rojo, junto al paso fronterizo entre Jordania y Egipto. Estoy haciendo la ruta que, hace unos meses, estuve mirando con Teresa en los mapas de Google. Aquel día sentía vértigo solo de pensar que podría hacer ese trayecto a través del desierto. La confirmación de que estoy en lo cierto me viene cuando veo que, después de dejar el mar muerto, todo es desierto.

El viaje transcurre sin incidentes y llegamos a Eilat unos minutos antes de medio día, a la hora prevista. Se trata de una ciudad muy turística, una Benidorm montada de forma artificial en mitad del desierto (como definió con acierto Paco a Áqaba, la ciudad hermana de la parte de Jordania). Estamos justo en el punta del golfo de Áqaba. El mar Rojo siempre me ha parecido una mano haciendo la uve de victoria; nosotros estamos en la yema del dedo de la derecha. En ese punto confluyen las fronteras de Jordania, Israel y Egipto. El golfo es precioso e incluso puede verse Arabia Saudí en los días claros (como me contará un taxista posteriormente).

La estación de autobuses está llena de chavales. Van a pasarlo bien en esta ciudad llena de *resorts*, discotecas, playas y centros comerciales. Yo, por mi parte, tengo que tomar el bus de las doce al puesto fronterizo de Taba. Hace ya unos minu-

tos que espero en el andén correspondiente (la chica de información habla inglés) y estoy asfixiado de calor.

—Te cagas, estoy en el mar Rojo.

El autobús llega y, mientras la gente sube, pregunto a una mochilera.

—¿Vas a Egipto?

—Sí.

—¿Tienes visado?

—No, para ir a la península del Sinaí no se necesita.

—Yo voy a El Cairo. ¿Sabes si lo necesito?

El tipo de la embajada egipcia en Jordania me dijo que no, pero no me fío. Paco y Laura dicen que no. Philip Seymour Hoffman me dijo que no.

—Sí, para El Cairo sí lo necesitas.

—No sé qué hacer.

Un tipo que espera en la cola se une a la conversación.

—No lo necesitas, puedes sacarlo en la frontera.

Vale, son todos ustedes de mucha ayuda, pero está claro que algunos hablan sin tener ni puta idea. Trato de recordar si, cuando pregunté en la embajada, puntualicé que me dirigía a El Cairo, pero no logro sacar nada claro. Lo que sí parece evidente es que para el territorio del sur, el Sinaí, no hace falta. Eso es lo que ha podido llevar a confusión a la mitad de la gente a la que he preguntado.

Entre dudas, llega mi turno de subir al autobús. Pongo el primer pie en la escalera (el izquierdo, siempre pongo el izquierdo. ¿Significa algo, doctor?) y me paro. Me tomo una fracción de segundo de reflexión y decido.

—Paso de subirme a este autobús.

Me doy la vuelta y busco un sitio tranquilo para tomarme dos minutos. Autobuses a Taba hay cada dos horas hasta las cuatro y son solo las doce. Me quedo a investigar un poco. En Eilat hay embajada de Egipto, lo sé porque Tyler lo sabe, así que lo mejor será que llame para asegurarme. Lo intento con Skype, pero me falla. Busco un teléfono público, pero son to-

dos de tarjeta. Busco un sitio donde comprar tarjetas y encuentro una cafetería.

—¿Puedo hacer una llamada?

—Claro.

Tengo el número anotado en mi libreta (las notas del día antes) así que consigo hablar con ellos.

—Sí, necesitas el visado para ir a El Cairo.

Lo sabía.

—¿Puedo sacarlo hoy mismo?

—Si te das prisa, sí. Trae una foto y pasta.

—Estaré allí en un minuto.

Salgo pitando (y echando fuego, la tipa me ha cobrado diez *shekels*, unos dos euros, por cinco minutos de llamada local) a buscar un taxi. No tengo claro si tengo que regatear, porque esto parece una ciudad con cierto nivel, así que decido preguntar un par de veces. El primer tipo me pide cuarenta y cinco *shekels*.

—La embajada está muy lejos.

El segundo me pide veinte *shekels*. El tercero, con quien definitivamente regateo, me lo deja en quince *shekels*.

—La embajada está ahí al lado, llegamos en un segundo.

Un segundo después estoy en la embajada. Es una zona residencial donde no se oye ni un ruido. Cinco egipcios, sentados detrás de una reja, esperan que algo pase. Fuman. Cuando llego, se miran entre ellos para decidir a quién le toca levantarse, tarea del todo indeseable. Le toca a un tipo gordo y negro como el tizón.

—Me gustaría obtener un visado para ir a El Cairo. He llamado antes y me han dicho que se podría hacer hoy mismo.

—Son cien *shekels*.

—No problema.

Los cuatro tipos que fuman siguen mirando mientras el tipo gordo me da un formulario que tengo que rellenar. Se mueve muy despacio. Incluso el humo de los cuatro cigarros de los tipos de detrás de la reja se mueve de forma demasiado

lenta. Descubro que estoy en una realidad paralela, donde el tiempo avanza despacio y me relajo. De fondo, suena la música de alguna fiesta de algún hotel: King Africa y las Ketchup.

Tres horas después, según la medida de la realidad de la embajada (diez minutos en la Tierra), tengo mi visado. Ya puedo entrar en Egipto. Salgo volando con la intención de llegar a la estación de autobuses antes de la una, pero por esa zona no pasa un alma, así que necesito un buen rato para encontrar un taxi. Acuerdo quince pavos.

—Por favor, dese prisa. Necesito tomar un autobús.

—No hay problema. ¿Dónde vas?

—A Taba, tengo que cruzar la frontera.

—¿A Taba? Está ahí al lado. Te llevo yo por treinta, así te ahorras ir a la estación y el lío del autobús.

—Buena idea. Tírale —le digo después de hacer unas sencillas cuentas.

El taxista me cae bien. No ha intentado engañarme con el precio y me hace de anfitrión en la ciudad. La carretera a Taba va pegada al mar y me explica que lo que hay enfrente es Jordania.

—¿Ves la bandera? A ese lado está Egipto y al fondo Arabia Saudí.

El sitio es genial. Mataría por darme un baño en ese mar tan azul.

—Mataría por darme un baño.

—¿Y por qué no se lo da?

Gran pregunta para la que no tengo respuesta, así que calló. Entretanto, hemos llegado al puesto fronterizo, situado en pleno paseo marítimo. A diez metros, una bonita playa.

—Tiene usted razón. Me voy a dar un baño.

—Claro que sí, esta zona es muy bonita. Dese un baño.

—Del tirón.

No tengo ni idea de la hora a la que sale el autobús de la frontera a El Cairo, pero es la una y pico, hace un calor del demonio y tengo una playa preciosa a diez metros. Lo dicho, del

tirón. Bajo una escalera de piedra con las mochilas a cuesta y me acerco al agua. El sitio está casi desierto, así que puedo cambiarme tranquilamente (en estos lares paso de bañarme en bolas) y saltar al agua tibia y transparente. Los peces de colores nadan entre mis piernas, erizándome los pelos al rozarme y el agua está tan buena que me quedaría el día entero. Una vez más, maldigo el modo de viajar que me oprime con la escasez de tiempo y el mínimo margen de maniobra (si hubiese revisado mis notas, sabría que el autobús a El Cairo salía a las cuatro y media, con lo que podría haberme quedado un par de horas más nadando y chapoteando como un niño).



Give me five, *Valérie*

Los trámites del cruce de la frontera son lentos, calurosos, aburridos y caros, pero con tiempo y una cartera, lo consigo. ¡Acabo de pisar mi quinto continente! ¡*Give me five*, Valérie!

El recibimiento ante tan importante evento no es precisamente el que tuvo la selección española cuando ganó la Eurocopa. A mí me espera media docena de moros de dientes amarillos tratando de llevarme al huerto para ir a El Cairo en una furgoneta por cien libras, cuando el autobús cuesta sesenta y cinco. Por algún extraño motivo (quizás el destino o mi buena estrella), después de lo currado que estoy en estas cosas, me dejo convencer por el colega. Le pagaré sesenta y cinco libras (el regateo fue fácil, aunque a cambio de la rebaja me dice que no le diga a nadie que le he cobrado eso, que si no, no podrá engañar a nadie) y me llevará directamente a El Cairo en su furgoneta, pero antes debo esperar a que haya más gente. Le digo que esperaré media hora y que si para en-

tonces no estamos en marcha, me iré. Acepta a regañadientes (no le queda otra) y me busco una sombra donde esperar. Hace un calor exagerado y la gente entra en el país con cuenta gotas. La mayoría pasa de los moros, que es lo que debería haber hecho yo. En ese momento no tenía presente que el viaje a El Cairo es de casi seis horas a través del desierto del Sinaí. Y yo esperando para meterme en la furgoneta de Mohamed...

Me harto cuando veo a un hombre, de unos cincuenta, que carga con una maleta. Tiene buen aspecto, así que me acerco.

—¿Va usted a El Cairo?

—Sí.

—Yo también. Cuidado con lo que le cobran estos tipos.

—Gracias, pero no te preocupes, yo me voy en autobús.

No me fío.

—¿Va a la estación?

—Sí, está a solo unos quince minutos caminando.

—Creo que me voy usted. ¿Le importa?

—Claro que no, encantado.

Me despido de mis ex-compañeros de viaje con la mano y paso de escucharles más. Lo cierto es que aún hoy sigo sin saber qué me pasó exactamente. Para cuando llegamos a la estación, ya nos hemos contado las líneas principales de nuestro viaje. El tipo se llama Philip y es suizo. Me recuerda a Fernando Vega, terrible profesor de álgebra de la facultad de informática, famoso por su altísimo índice de suspensos (se dice que, en cierta ocasión, su foto salió en una revista, en el tercer lugar del podio de profesores con mayor índice de suspensos). Vive en El Cairo desde hace ocho años y vuelve después de unos días fuera. Nos quedan dos pringosas horas de espera, aplastados en los sillones, bajo un calor sofocante, que tratamos de pasar bebiendo mucho y haciendo un *picnic* con la media docena de tarteras que trae Philip en su maleta. De fondo, saetas egipcias nos recuerdan que ya estamos en Áfri-

ca.

Mientras comemos, llega Cristian, un amigo de Philip. Comparten casa en El Cairo y llega ahora porque tuvo problemas con el visado que le han retrasado un par de horas. Los tres pasamos charlando el resto del tiempo hasta que sale el autobús, con casi una hora de retraso. Philip ya ha hecho el viaje en otras ocasiones y me explica que el primer tramo de desierto es el peor. Por suerte vamos a hacerlo de día, porque de noche es muy peligroso y se producen multitud de accidentes al cabo del año. El autobús entra directo al *top five* de sitios inmundos en los que he estado, con su (familiar) hedor a meados. Al menos tiene aire acondicionado.

El viaje transcurre entre baches, carreteras de tierra y continuos vaivenes que casi acaban con mi cuello (días después aún me dolería). En determinados tramos, la oscuridad es total. Estamos en mitad del desierto y no hay ni una sola luz en cien kilómetros a la redonda, a excepción del candil que tiene el autobús como iluminación. Da miedo. Para terminar de dar el toque de surrealismo, nos ponen películas árabes a un volumen exagerado. Es imposible dormir entre los baches, el olor y el ruido, así que me resigno.

Mientras navegamos viento en popa, veo al fondo unas luces verdes. Es un control del ejército egipcio en mitad del desierto y en mitad de la madrugada. Nos hacen bajar a todos, sacar el equipaje del maletero y colocarlo en el suelo en fila india. Luego nos obligan a alejarnos. Nadie sabe lo que pasa.

Cuando ya están todos los petates debidamente colocados formando una fila multicolor, un soldado abre la puerta de atrás de su todo terreno para dejar salir a un perro. El pastor alemán enseguida se pone a trabajar, olisqueando una a una todas las mochilas. El soldado le hace dar hasta dos vueltas; cada vez que ha pasado por delante de mi mochila me ha dado un vuelco el corazón.

—Como al perro se le ocurra pararse, me muero de un infarto —pienso.

No llevo nada que deba ocultar, pero hace ya semanas que dejé de preocuparme por si alguien me metía algo en la mochila (desde que descubrí que poner algunos candados de hojalata no servía para nada).

Un par de paradas más y, después de pasar bajo el canal de Suez, llegamos a El Cairo. Lo que se suponía que debía ser una estación de autobuses no es más que una marquesina en una carretera de las afueras. Allí nos bajamos casi todos. Son más de las once de la noche y yo me estremezco al pensar en lo que tengo por delante: buscar la manera de llegar al centro y ponerme a buscar alojamiento, llamando puerta a puerta. Cuando hice el plan, no podía imaginarme que el viaje de Jerusalén a El Cairo pudiera llevarme todo el día (están separados por tan solo cuatrocientos y pico kilómetros), pero el hecho es que es casi medianoche y estoy bloqueado, nada que ver con mi llegada a Jordania. Al verme tan perdido, Philip y Cristian son tan amables de invitarme a pasar la noche en su casa.

—¡Eso sería genial!

—No es problema, estamos encantados. Deja que haga una llamada.

Media hora después, vienen a recogernos. Es un muchacho egipcio, bajito y simpático, que nos ayuda con las maletas y nos lleva directamente a la casa. Es un viejo chalé de esquina en una exclusiva zona residencial (sin ir más lejos, como vecino tenemos a Hosni Mubarak, el presidente del país). El jardín es muy bonito y cuando entramos me encuentro con una casa decorada con estilo rústico, muy acogedora. En uno de los despachos ya han preparado una cama para mí. Tienen la habitación con las puertas cerradas y el aire acondicionado en marcha para que se mantenga a una temperatura fresca. No doy crédito a lo que me está pasando, no se puede tener tanta suerte.

Además de Philip, Cristian y el egipcio que nos recogió, en la casa vive una cuarta persona. Es Joseph, un libanés de cier-

ta edad que se ha encargado de preparar la cena para los cinco: pasta, tortilla de calabacines, zumos, frutas, ensaladas, queso y todo tipo de cosas esperan sobre una enorme mesa.

—Cenemos. Debes de estar hambriento —me dice Philip.

—Estoy que me caigo —respondo.

Estamos más de dos horas cenando y charlando. Me doy una ducha y me voy a la cama.

—No tendréis Internet por casualidad ¿verdad? Me gustaría llamar a casa.

—Sí, tenemos una *wifi*. Apunta la contraseña.

Me tiro en el colchón tan cansado que apenas me entiendo mi familia cuando hablo con ellos por Skype. Cuando cuelgo, me quedo un rato mirando al techo y pensando en lo afortunado que estoy siendo durante todo el viaje y en lo complicado que puede llegar a resultar esta aventura si no das con la gente adecuada. Creo que ha sido el único momento en que he sido realmente consciente de las implicaciones que tiene dar la vuelta al mundo sin apenas haber preparado el viaje. Por suerte, estoy tan agotado que me rindo al sueño y desconecto el cerebro. No es bueno pensar ese tipo de cosas a estas alturas. No quiero ni una duda.

En los dos últimos días puede resumirse la esencia de mi viaje: buscarme la vida de una forma casi extrema, conocer a la gente adecuada, vivir experiencias que de otra manera jamás viviría y gozar de la satisfacción de encontrar un sitio donde pasar la noche después de una larga jornada de viaje. Estos dos días también sirven como ejemplo de la suerte de estoy teniendo.

—Dios, ¿cómo se puede tener tanta potra?

Lunes, 10 de agosto de 2009

A pesar de que duermo en un cómodo colchón, a plena oscuridad del día y con aire acondicionado, no puedo evitar despertarme pronto. La casa está dormida aún, así que no me muevo de la cama. La calle es tranquila y no se oye ni un ruido; me quedo mirando el techo y pensando en lo diferentes que son los sitios que he visitado, sus gentes, sus costumbres, su cultura. Ocurre algo curioso, y es que al haber viajado por tierra, despacio, apenas te vas dando cuenta de los cambios que se van produciendo a medida que te mueves al oeste, pero cuando un día te sientas a pensarlo ves que la gente del sitio donde estás ahora no tiene nada que ver con la gente de donde estuviste hace tan solo unos días. Es como el pasatiempo en el que, a partir de una palabra, tienes que llegar a otra en cinco pasos, cambiando solo una letra en cada paso.

- I. Chinos.
2. Los chinos son parecidos a los mongoles.
3. Los mongoles son parecidos a los rusos.
4. Los rusos son parecidos a los ucranianos.
5. Los ucranianos son parecidos a los rumanos.
6. Los rumanos son parecidos a los búlgaros.
7. Los búlgaros son parecidos a los turcos.
8. Los turcos son parecidos a los sirios.
9. Los sirios son parecidos a los jordanos.
10. Los jordanos son parecidos a los egipcios.
- II. Los egipcios no tienen nada que ver con los chinos.

Después de dos horas, oigo a la casa desperezarse, se escuchan sonidos de vasos y platos en la cocina. Es Joseph, que prepara *za'atar*, una especie de salsa compuesta por varias especias.

—Es una mezcla libanesa. Se pone sobre un trozo de pan y es deliciosa —me explica.

Mientras termina de prepararla, me doy una ducha y cuando me visto todo el mundo está listo para desayunar. Al igual que la cena de anoche, el desayuno ocupa toda la mesa. Cereales, mermeladas, zumos, leche, café brasileño, pan libanés, frutas israelitas y filipinas, chocolates suizos... Mientras charlamos de cómo voy a enfocar el día, desayuno por tres.

Mis planes son muy sencillos: visitar las pirámides de Giza, luego el museo egipcio y, finalmente, ver atardecer navegando en barca por el Nilo. Suena realmente bien. Philip me anota toda la información necesaria en una hoja de papel: paradas de metro, direcciones, precios de taxis, números de teléfono y otros consejos. Desde luego, se está tomando muchas molestias conmigo y no sé cómo voy a agradecerse. Incluso quiere prestarme un móvil por si necesito llamarle. No lo acepto, ya es demasiado.

Con todo atado, agarro mi mochila y me dispongo a salir de la casa, pero Philip insiste en llevarme a la estación de metro. Está a solo quince minutos caminando, pero aun así me lleva. Incluso hace el recorrido dos veces para que memorice el camino.

—Ten cuidado, que volverás de noche y las calles pueden parecer diferentes. Presta atención —me aconseja.

—Grabaré el recorrido en vídeo por si las moscas.

En pocos minutos ya estoy en el metro de El Cairo, probablemente el más viejo y demencial que haya visitado nunca. Todos los defectos de los metros en los que he estado están presentes aquí multiplicados por diez. Los vagones son auténticas reliquias del siglo pasado, con persianas de madera llenas de mugre, asientos desgastados y ventiladores en el techo que se afanan por refrescar el pesado ambiente. Los vagones están colmados de gente, la inmensa mayoría hombres (existe un vagón especial que es exclusivo para mujeres, aunque estas pueden subir donde quieran) que se apretujan para permitir que se cierren las puertas. Yo pensaba que ya estaba acostumbrado a la saturación de los metros y a la falta de es-

pacio y oxígeno, pero el metro de El Cairo llega un paso más lejos.

Después de un trasbordo llego a la parada de Giza, que es la que me ha señalado Philip en el mapa. A partir de ahí debo continuar en taxi. Las calles de los alrededores de la estación, sin asfaltar, están llenas de gente que se mueve en todas direcciones y tiendas de todo tipo de artículos inútiles. Puestos de comida cuya falta de higiene hacen que, en comparación, Centroamérica sea un restaurante de cinco tenedores.

Conseguir parar un taxi me cuesta la vida. La carretera que pasa junto a la estación es la que lleva a las afueras de la ciudad y está totalmente colapsada de vehículos que se disponen de forma completamente anárquica. La circulación en El Cairo merecería una tesis completa, y aun así sería muy complicado poder explicar cómo funciona esta gente. No respetan la mayoría de las normas básicas (los semáforos ¡y los guardias de tráfico! son sistemáticamente ignorados), no dejan de tocar el claxon ¡todo el tiempo y por cualquier motivo! (al principio es impactante pero al cabo de unas horas ya ni siquiera los oyes), no tienen pasos de peatones (cruzar una calle es jugarte la vida, aunque es divertidísimo) y, sin embargo, salen adelante sin apenas incidentes serios.

Desesperado con mi búsqueda de taxis, lo intento incluso con los que están ocupados (costumbre árabe), pero ni aun así. Pasa más de media hora hasta que logro encontrar uno y me dispongo a pelear por el precio (he preguntado en el metro y me han dicho que no pague más de veinticinco libras egipcias).

—¿Cuánto a las pirámides de Giza? —pregunto a voces.

El tipo no tiene ni idea de inglés. Es un egipcio joven, horriblemente feo, de dientes deformados y sonrisa desagradable, aunque es simpático. Le enseño mi mapa y le señalo las pirámides.

—¿Giza? —pregunta.

—Sí. ¿Cuánto? —le enseño un billete de cinco a modo de

ejemplo.

Gesticula diciendo que es poco, que quiere más, así que añado un par de libras más, hasta que queda satisfecho. Vaya, solo va a costarme siete libras y además me ha regalado su Mirinda. El trayecto es largo y con tanto tráfico nos lleva casi media hora. Cuando ya estamos cerca (nos hemos salido de la carretera principal y andamos por calles con apenas tráfico rodado), un tipo para el taxi poniéndose en mitad de la carretera y agitando los brazos. Se me ponen los huevos de corbata porque el barrio donde estamos no es precisamente el barrio de Salamanca. El taxi se detiene (no tiene otra opción) e inmediatamente se suben dos tipos en la parte de atrás (yo voy delante). Son dos gorilas de piel negra.

Uno de ellos me pide disculpas en inglés (me conformo con que no me mates o me robes el disco duro, no necesito las disculpas) e iniciamos una conversación. Trato de aparentar normalidad, aunque estoy realmente asustado. El otro tipo no habla, solo me mira, y el taxista continúa su marcha. Me hace las típicas preguntas que se hacen al turista y poco a poco la conversación va derivando hacia las excursiones en caballo y camello por la arena del desierto. Enseguida lo calo: no es un ladrón (por suerte), es un listo, un comercial que quiere que le contrate un camello para moverme por las pirámides.

Aliviado, le respondo que no, que no tengo un duro y que no soy un turista, sino un periodista que está trabajando y bla, bla, bla. El tipo coge un buen rebote, porque mientras pensaba que iba a robarme, le seguí el juego y llegó a pensar que me tenía convencido. Le dice al taxista algo en árabe y este detiene el vehículo.

—Bájate —me dice el gorila. Está realmente enfadado.

—No me voy a bajar hasta que lleguemos a las pirámides.

—Están ahí al lado. Bájate y págale.

—Ya le he pagado.

Se encarga de comprobarlo preguntando al taxista.

—Siete libras es demasiado poco. Págale más.

—Le he pagado lo que me ha pedido.

Mis respuestas no hacen más que enfadarle más. Protesta a gritos y finalmente le dice algo al taxista, que reemprende la marcha. Dos minutos más tarde estoy en la puerta del recinto de las pirámides de Giza, una de las siete maravillas del mundo antiguo.

En el recinto paso un par de horas dando vueltas. La esfinge, las tres grandes pirámides, las pequeñas, la arena del desierto, el calor, ya se sabe. Cuando decido que ya tengo suficiente, vuelvo a la entrada. Quiero ir al museo nacional egipcio y tengo entendido que cierra a las seis de la tarde. Son más de las dos y no sé cuánto me llevará llegar, así que emprendo la vuelta. En la puerta del recinto hay taxis de sobra, pero algo ha cambiado: todos piden veinticinco libras para volver a la parada de metro. Trato de regatear utilizando el viaje de ida, de solo siete libras, pero es inútil, nadie baja de veinte, se apoyan unos a otros. En realidad, son menos de tres euros, pero el juego de regatear engancha y estoy dispuesto a andar unas calles hasta encontrar un sitio donde pasen más taxis. Al fin logro parar uno y regateo hasta quince. Aunque sea más del doble de lo que pagué en la ida, es imposible bajar de ahí. Cuando ya estamos en marcha, le confieso al tipo que eso que le comenté sobre que pagué siete libras en el viaje de ida es verdad, no una estrategia de regateo. El tipo me abre los ojos.

—¿Se subió alguien al taxi cuando estabas llegando a las pirámides?

—Sí, un par de tipos.

—Ahí lo tienes. Es un negocio. Te cobra menos, pero sube a los dos tipos que te hablan de alquilar un camello o un caballo. Facilitamos que el turista llegue a las pirámides, pero el regreso es diferente.

Ahora lo entiendo todo. Les interesa que vayamos a las pirámides, pero les da igual donde vayamos después. Tiene sentido. El resto del trayecto, el taxista no deja de rajar de

Mubarak: que si les mata a impuestos, que si Egipto debería ser una potencia mundial, que si esto que si aquello. Para cuando llegamos a la parada del metro, tengo la cabeza como un bombo. Decido pagarle veinte pavos.

—Muchas gracias.

Cinco minutos de claustrofóbico metro y estoy en la parada correspondiente al museo. El problema es que he perdido el *ticket*. No entiendo cómo ha sido, porque guardo con celo todos los *tickets* y papeles (aún tengo algunos de países que abandoné), pero el caso es que ha ocurrido. Para salir del metro, necesitas el *ticket*. Hablo con el tipo.

—Hola. He perdido el *ticket*.

—Sin el *ticket* no puede salir, señor.

—Lo sé, lo siento, no sé cómo ha ocurrido. No me importa comprar otro.

—Eso no es posible, señor. Tendrá que darme cien libras o bien llamar a la policía.

—¿Cómo dice?

—Tiene dos opciones: pagarme cien libras o llamaré a la policía.

No tengo claro si lo que está haciendo es chantaje o extorsión, pero tengo claro que no me gusta. El Cairo es una ciudad extremadamente segura para el turista. Hay policías en todas las esquinas, así que los pequeños chorizos se lo piensan antes de hacerle algo al extranjero. En cierta manera, se podría decir que están del lado del turista, protegiendo un importante aspecto de su economía. Trato de aprovecharme de esto.

—Podemos hacer las dos cosas. Primero te pago y luego vamos a la policía.

Mi respuesta no la esperaba. Se queda callado buscando qué decir. Al cabo de unos segundos, hace una señal con su cabeza y un compañero viene con un *ticket* maestro que utiliza para abrir el tornio.

—*Shukran*.

Cruzo un par de calles y me encuentro en las puertas del

museo de arte egipcio. Vaya usted a saber por qué, pero por primera vez en el viaje decido usar el carné de estudiante para sacar la entrada, aunque no tengo mucha fe. Cuela y solo tengo que pagar la mitad. No es que haya entrado en muchos sitios que tuvieran descuentos para estudiantes, pero algunas perras podría haberme ahorrado, que para eso me llevé el carné. El museo es magnífico, aunque un tanto desordenado y pequeño para tantísimo material como tienen allí. La momia de Ramsés II, la máscara de Tutankamon y hasta gatos disecados. Realmente interesante, pero estoy muy cansado. Me quedo hasta que me echan, así que deben de ser las seis y media.

Lo último que falta para cumplir el plan es dar un paseo por el Nilo en barca. Me gustaría pasear por la ciudad, pero es imposible. Es demasiado caótica para hacerlo. Cruzar una calle es una odisea. Además, es demasiado ruidosa, mejor me voy al Nilo. Hay dos tipos de paseos en barca por el río: los tranquilos y los ambientados. Yo hubiera preferido uno tranquilo, pero fue después de volver del paseo cuando descubrí que existían. Los primeros, los tranquilos, se hacen en veleros tomando té y escuchando música *chill-out* egipcia. Los segundos son barcos a motor llenos de luces de colores con música pastillera egipcia y fulanas bailando. En uno de estos me meto, sin saber muy bien lo que hago.

Me sientan junto a una pandilla de adolescentes egipcias, muy vestidas pero realmente atractivas.

—Ten cuidado con las menores, Pedro. No la cagues de verdad —me digo.

Se dirigen a mí en árabe, intentando hablar. No sé bien cómo (ellas no saben inglés y yo no tengo ni idea de árabe), logramos comunicarnos, al menos para las cuatro chorradas que se dicen en estos casos. El tipo del barco está esperando a llenarlo para salir y, mientras tanto, ahí estoy yo de palique. Poco a poco va entrando gente aunque, para mi sorpresa, no son turistas, sino chavales egipcios, impecablemente vestidos y sonrientes. Al cabo de unos minutos, coincidiendo con la

puesta de sol, salimos.

A mi lado se ha sentado un tipo con pinta de turista egipcio. No es un chaval, debe de tener mi edad. Su iPod y su cámara de fotos me dicen que es turista, y su cara me dice que es árabe.

—¿De dónde eres? —me pregunta.

—De España.

—Yo soy de origen iraquí —me dice—, aunque con pasaporte inglés. Vivo en Londres —se apresura a añadir.

—Encantado.

—Ten cuidado con las niñas. No están ahí por casualidad, están trabajando.

—No jodas. ¿Putas egipcias?

—No son putas, al menos no en el sentido occidental. Son una especie de relaciones públicas que tratan de engatusarte para que las invites o las saques a bailar. Si lo haces, el dueño querrá cobrarte.

—Putas, vamos.

—Algo así. El problema es que tú no puedes saber cuándo has cruzado la línea tras la cual tienes que pagar. Basta con que hables con ellas para que el tipo del barco te diga que tienes que darle dinero.

—Joder.

Derun es kurdo y en el rato que dura el trayecto me cuenta de qué va esto del barco. Mientras lo hace, las fulanas han salido a bailar. Lo hacen por turnos, al ritmo de música disco-tequera egipcia. Viéndolas moverse, según la manera tradicional pero con el punto de pimienta que solo una joven de diecinueve años puede darle, uno piensa que el baile es la válvula de escape de la mujer árabe para soportar la tremenda represión a la que se encuentran sometidas. Bailando liberan todo lo que tienen dentro, sensualidad comprimida que estalla a golpe de cadera y miradas.

—¿Ves a estos muchachos? Están aquí porque es una de las pocas oportunidades que tienen de ver a una chica atracti-

va bailando. Nosotros no podemos entender esta forma de pensar. Para nosotros es normal ver chicas desnudas o semidesnudas en anuncios, revistas, televisión o Internet. Para ellos es mucho más difícil. Tienen que venir aquí a ver a las chicas bailando. Lo peor es que no pueden hacer nada más, porque tienen prohibido hablar con ellas. Si el dueño los ve hablando, puede echarlos. Las chicas bailan para todos, pero solo hablarán con nosotros, los turistas.

Escuchar a Derun hace que cambie mi manera de ver a los chavales y al propio barco, me hace reflexionar sobre las enormes diferencias entre Egipto y cualquier país europeo. Es curioso que esté a menos de dos horas de Grecia y, sin embargo, esté en otro mundo.

Cuando termina el paseo, decido que es hora de volver. Ya hace un rato que es de noche y todavía me queda un buen trayecto para llegar a casa de Philip. Tomo el metro, tan lleno que llego a temer por mi vida.

—De esta no salgo. Moriré asfixiado sin haber logrado dar la vuelta al mundo.

Por suerte, me equivoco y llego sano y salvo al destino. A partir de ahí, veinticinco minutos de paseo nocturno, *shawarma* en mano (no he comido nada desde el desayuno) a ritmo de claxon.

Cuando estoy llegando a la zona residencial donde está la casa, alguien me toca el hombro. Me doy la vuelta y, por la forma en la que se dirige a mí, deduzco que me ha llamado un par de veces pero no le he respondido: Limp Bizkit suena alto en mi *mp3*.

—Lo siento, no le he oído —le explico con señas.

El tipo debe de ser policía, porque lleva una pistola en la cintura. Viste con traje, aunque no lleva la chaqueta puesta, hace demasiado calor. Sólo sabe hablar árabe, así que trata de comunicarse con gestos.

—¿Adónde se dirige? —me pregunta encogiendo sus hombros.

—Voy a casa de unos amigos —le respondo en inglés mientras busco el papel que me dio Philip con su dirección.

La conversación dura unos minutos y al final se convence de que no soy peligroso. Lo cierto es que parezco árabe, cada vez más. Al llegar a casa le contaré la anécdota a Philip y me dirá que eran agentes de seguridad del presidente.

—No saber hablar árabe te ha salvado. De esa forma han sabido que eras un turista.

Cuando llego, tienen la cena preparada. Vuelve a ser una cena copiosa. Desconozco si estos tipos siempre cenan igual o lo hacen así porque tienen un invitado pero, en cualquier caso, agradezco muchísimo el trato. Alargamos la sobremesa más de dos horas (mi vuelo a Atenas sale a las cuatro de la mañana, así que tengo tiempo y ellos, a excepción de Cristian, no trabajan al día siguiente).

—Os agradezco mucho vuestro trato, en serio. Todo lo que diga es poco. La única forma que se me ocurre de agradeceróslo es haciendo lo mismo por vosotros, así que estáis invitados a mi casa cuando queráis.

—Para nosotros, conocerte también ha sido una experiencia muy interesante. No te preocupes.

—Bueno, creo que voy a ir pidiendo un taxi.

—No hace falta, yo te llevo. El aeropuerto está aquí al lado. Son diez minutos.

—No sé qué decir.

En un abrir y cerrar de ojos estoy dando cabezadas en el moderno avión que me llevará de vuelta a la vieja Europa.

europa mediterrănea



Martes, 11 de agosto de 2009

El vuelo es incoloro, inodoro, insípido y prácticamente transparente. Del aeropuerto tomo un autobús que me deja en el centro, junto a una estación de metro. Es entrando al metro cuando noto la gran diferencia entre Europa y África. El metro de Atenas es tan pulcro que me parece mentira estar allí. Un metro a la española, donde la gente cede el paso, pide perdón y da las gracias. Hace unas horas estaba dando codazos para intentar sobrevivir en la locura de El Cairo y ahora estoy aquí, escuchando a Mozart en el hilo musical.

He encontrado muchas más diferencias entre Atenas y El Cairo, como que los coches circulan sin tener la necesidad de pitar todo el tiempo o que la gente usa los pasos de peatones. Pero hay algo distinto, muy distinto, que no sé lo que es, pero que está ahí. Es como cuando notas a alguien cambiado y no sabes si ha sido porque se ha cortado el pelo, porque lleva lentillas en vez de gafas o porque se ha maquillado. Tendrá que pasar medio día hasta que por fin descubra esa diferencia desconocida que me estaba dando vueltas en la cabeza: en Atenas puedes ver escotes.

Llego al *hostel* (que encuentro sin problema) a las nueve de la mañana, pero no me dejan inscribirme porque tengo que esperar a las once, momento en el que dejan libre mi cama. Mientras tanto, me siento en la cocina a buscar información sobre los siguientes pasos. Después de Grecia, toca Italia. Para llegar a Roma tengo que tomar un *ferry* que va desde Patras a Bari. Necesito saber cómo llegar de Atenas a Patras (de Bari a Roma ya lo tengo). Mi primera idea, por supuesto, es buscar en la página de la Bahn. Allí me dicen que no hay trenes entre estas dos ciudades. Empezamos mal.

Paso la mañana buscando la forma de llegar a la puta Patras, pero no hay forma. Empiezo a preguntarme si voy a te-

ner que buscarme la vida para llegar allí en autobús o vete tú a saber.

—Algo estoy haciendo mal. Patras es la tercera ciudad más importante de Grecia, así que tiene que estar comunicada con Atenas de todas todas.

Le pregunto al recepcionista del *hostel*, quien amablemente me remite a una página web en griego. De ahí descargo un listado que trato de descifrar sin éxito. Paso un buen rato, pero me quiero largar ya a ver la Acrópolis.

—Oye, ¿la estación de tren está muy lejos?

—Está ahí al lado. Solo tienes que seguir por esta calle cincuenta metros. Son dos minutos.

Ya podía haberlo dicho antes. Me acerco allí y le pregunto a la chica de la ventanilla. Es un gran ejemplo de belleza griega, de grandes ojos de color marrón claro y nariz deliciosamente grande. Lleva el pelo negro y liso y su camisa tiene desabrochado un botón más que el resto de chicas.

—Hola. Necesito ir a Patras. Tengo un billete de Interrail, ¿tengo que hacer reserva?

—¿A qué hora quieres ir?

—Necesito estar allí a eso de las cuatro.

—Hay que tomar dos trenes: el Proastiakos hasta Kiato y desde allí tomar un Intercity a Patras. Tengo uno que sale a las once de aquí y llega a Patras a las dos y media más o menos. ¿Te vale?

—Sí, genial.

—Te hago la reserva.

—Por favor.

—Aquí tienes.

Cinco minutos han bastado para encontrar la información y para hacer la reserva. Mucho mejor que la locura de Internet. Además, lo ha hecho una griega con los ojos más marrones que haya visto jamás. Ojalá hubiera tardado más tiempo. Una hora. O dos.

Ya lo tengo todo controlado, así que puedo largarme a pa-

tear la Acrópolis y alrededores. Cometo el error de no comer nada y beber mucho, por lo que al cabo de unas horas de subir cuestras empinadas y admirar las viejas ruinas griegas, mi cuerpo dice basta. Sufro esa pájara que estaba temiendo desde hacía tiempo. Sabía que iba a terminar ocurriendo, pero aun así me ha pillado por sorpresa. Sol, humedad, falta de comida sólida y exceso de líquidos han sido la combinación perfecta para terminar con mis huesos en el suelo, cara blanca, sudor helado. No es la primera vez que me ocurre algo así, por lo tanto sé que no hay que ponerse nervioso. Lo mejor es esperar, sencillamente esperar. Dentro de unos minutos podré moverme lo suficiente como para ser capaz de ponerme en pie y caminar. Tengo que lograr bajar a la plaza a comprar fruta en los puestos del mercadillo; el azúcar me ayudará.

Necesito casi dos horas para llegar abajo y comprar un kilo de uvas y otro kilo de melocotones. Tomo las uvas de tres en tres, como el lazarillo de Tormes, sin siquiera enjuagarlas (no estoy para remilgos). Me siento un rato más para terminar de recuperarme y voy mejorando. A pesar de todo, tomo nota. Vuelvo a las ruinas y termino de verlas. He enseñado mi carné de estudiante para buscar un descuento y me he encontrado con la sorpresa de que la entrada es gratis para estudiantes de la Unión Europea. El caso es que puedo volver al recinto si quiero, y eso es lo que voy a hacer.

Termino lo que tenía pensado, pero nada más. No voy al mercado ni a ningún otro sitio. Es cierto que ya no estoy tirado en el suelo, pero apenas tengo energía y el trayecto al *hostel* es largo. Cuando llego a la recepción, pregunto al tipo por un supermercado y me acerco a comprar algo de pasta, atún, tomate, copos de maíz y leche. Preparo la pasta que como con poca gana y un tazón de cereales con leche. Estoy mejor, pero el cuerpo me pide una buena siesta. Son casi las ocho de la noche cuando subo a la habitación a descansar un ratito. Mi idea es darme un paseo por la ciudad más tarde.

En la habitación está Joel, un colombiano a quien conocí

esta mañana, así que, después de ducharme, nos ponemos a charlar. A medida que avanza la tarde van llegando el resto de mochileros que duermen en nuestro mismo dormitorio: Rico, un ruso de San Petersburgo y una pareja de finlandeses (de cuyos nombres no puedo acordarme). La tertulia se alarga hasta tarde. Ninguno sale, así que poco a poco se van quedando dormidos. Cuando todos se han apagado, decido dar el paseo después de todo. Es más de media noche y doy uno de esos paseos que solía dar en Centroamérica, sin nada en los bolsillos, sin cámara de fotos, sin dinero. Solos la noche ateniense y yo.

Miércoles, 12 de agosto de 2009

Desperto y estoy tan cansado como la noche anterior. No me ha servido de nada dormir estas cuatro horas que han pasado desde que me fui a la cama. La habitación está aún a oscuras, señal de que es muy temprano, pero decido bajar a desayunar, tengo ganas de terminar la caja de cereales que me compré ayer. Acompaño con un café y algo de fruta. Espero tener las energías suficientes para no volver a desfallecer de esa manera.

La cocina del *hostel* es tan pequeña que apenas caben tres personas. Eso y que el desayuno no esté incluido en el precio hacen que siempre esté vacía, así que desayuno tranquilo mientras reviso correos y escribo algo. No tengo ganas de nada, estoy completamente apático, el calor puede conmigo, aunque no son más de las siete de la mañana. Pruebo a darme una ducha, pero no arregla gran cosa. Preparo la mochila y vuelvo a bajar a la cocina (el *hostel* no tiene ningún lugar de reunión).

—Joel, te invito a un café —le digo al muchacho colombiano.

—Venga.

Tomamos el café, al que se incorpora Rico, el chico ruso. Charlamos un rato sobre el problema que ha tenido Joel, a quien robaron el bolso con todo su dinero y documentación.

—En Atenas no hay embajada de Colombia, así que me están ayudando desde la embajada española.

Lleva más de diez años en España, pero no se ha preocupado en sacarse la doble nacionalidad. Eso le hubiera facilitado mucho las cosas. Probablemente lo haga cuando vuelva.

Entre unas cosas y otras, llega la hora de irme. Mi tren sale a las once y me dejará en Patras a las dos, así que me cargo la mochila a la espalda, me despido de todos y hago a pie los doscientos metros que me separan de la estación. No son

más de cinco minutos, pero suficientes para hacer que llegue arrastrando la lengua. Busco una sombra desesperadamente en el andén.

—¡Eh! ¿Tú eres el español no? —me dice en inglés un tipo con gafas y barba de una semana.

Le escruto con la mirada unos segundos hasta que consigo reconocerlo.

—¡Tú eres el alemán de Estambul! —le respondo mientras veo a su colega por encima de su hombro.

—¿Pudiste llegar a Damasco? —me pregunta interesado.

—¡Sí! A pesar de que las llamadas se cortaban, pude oírte decir que ibas camino de la estación de autobuses, así que deduje que era imposible coger el tren.

—¡Menos mal!

Les explico el recorrido que he hecho hasta el momento para llegar a Atenas y ellos me explican que cuando llegaron a Damasco, volvieron por sus pasos y continuaron de Estambul a Atenas.

—Cuando volvimos a Estambul, te estuvimos buscando —me dice entre risas.

—Ya te digo.

Haremos juntos el viaje hasta Patras. Dos viejos trenes que se mueven por paisajes que hacen que cualquiera diría que estamos en España. Cuando llegamos a Patras, sacamos los billetes del *ferry* y matamos las horas que quedan para la salida a base de cervezas.

—Os recuerdo que os dije que si llegaba a Damasco como lo tenía previsto, os pagaba una cerveza.

—Es cierto.

El único sitio que encontramos es una cafetería un tanto *snob*, con una terraza que se asoma al puerto y a los enormes barcos que allí esperan. Está ambientada con decoración de los sesenta y tiene camareros vestidos de riguroso blanco. No tienen cerveza del país, así que tenemos que recurrir a Bud y Coronas. A pesar de ser la tercera ciudad de Grecia, Patras no

parece gran cosa.

Mientras tomamos las cervezas, me proponen hacerme una pequeña entrevista, nada serio, solo preguntarme mi nombre, de dónde soy y qué países he visitado hasta el momento. Están haciendo un documental de su viaje y parte del mismo es el cuestionario que hacen a viajeros con los que se cruzan. Acepto encantado.

—Cuando esté listo, te mandaremos el DVD a casa, si es que quieres. Hay gente que no quiere.

—Claro, será genial.

Falta una hora para que el *ferry* arranque, así que nos despedimos (ellos descansarán un día en Patras y tomarán el *ferry* del día siguiente). Está a solo unos metros de la cafetería, así que en diez minutos ya estoy dentro. El barco es más grande y lujoso que cualquiera de los que he tomado hasta el momento, aunque con el billete de Interrail solo tengo derecho a la plaza más barata, a la de cubierta. Eso significa que no tengo camarote (ni siquiera cama). Sólo puedo moverme por la cubierta exterior o por las zonas comunes interiores, comedores y salas de reunión lujosamente decoradas.

La cubierta está llena de mochileros, así que subo allí y me siento en una de las mesas de la cafetería. Sigo cansadísimo y además me duele la cabeza por las tres cervezas que nos hemos tomado. Decido tomarme un par de pastillas casi al azar (ni siquiera tengo el prospecto) y me pongo a escribir un rato.

Junto a mi mesa se han sentado una chica con aspecto de ser del norte de Europa, un italiano (se le nota el acento a la legua) y un joven argentino. Hablan en inglés de esto y de aquello y, a pesar de que no tengo muchas ganas de alternar, decido incorporarme (la noche puede ser muy larga y quizás me venga bien charlar un rato). Al poco tiempo viene un segundo argentino. Tienen algunos problemas con el inglés, así que acabamos hablando los tres en español, dando un poco de lado a la chica, que resultó ser finlandesa.

Son dos jóvenes de Buenos Aires que están dando una vuelta de algunas semanas por Europa. Federico es extrovertido, impulsivo y divertido. Apenas tiene idea de inglés, pero eso no le impide tratar de hablar con todo el que pasa por su lado. Se ayuda de gestos, de sonidos y de algunas palabras en inglés y en español para caer bien a todo el mundo. En su oreja izquierda cuelga un pendiente con un número: el diez.

—¿Es el diez de Maradona? —le pregunto.

—¡Diego Armando! —responde sonriendo.

Kevin es más serio, aunque igualmente me cae bien. Él lleva algunas semanas más de viaje, en las que visitó Israel. Ambos son judíos.

Van pasando las horas y la gente empieza a ir tomando posiciones para dormir. Muchos traen sacos y colchonetas, aunque la gran mayoría estamos allí de primeras, así que no tenemos otra cosa que nuestras mochilas. Empieza a refrescar, o eso me parece a mí, así que decido bajar a las zonas comunes a buscar un acople. La gente tiene ocupados todos los sillones, así que no resulta fácil encontrar un hueco. Quizás pequé de inocente yéndome arriba sin haber buscado antes un sitio para dormir. No importa, dormiré en el suelo. La sala donde proyectan películas, una especie de cine pero con pantallas individuales, tiene una moqueta muy mullida que, junto con la bolsa de mi ropa sucia (Dios, no tengo nada limpio, tengo que lavar con urgencia) haciendo de almohada, lo convierten en un lugar ideal para pasar la noche.

Sin embargo, apenas duermo. Tengo mucho frío y arrojarme con la sudadera no sirve de mucho. Estoy sudando y me duelen los músculos. Sin duda tengo fiebre. La pájara de ayer no resultó ser un simple instante de falta de energía, creo que tengo algo más grave, probablemente del estómago. Me ha estado molestando, sin llegar a doler, y creo que es solo el principio de una gastroenteritis. Finalmente, después de dos meses y tras un amago en Ciudad de México, creo que mi estómago se ha rendido a los continuos ataques a los que ha

sido sometido.

Me tomo otras dos pastillas y dejo que las horas vayan pasando, tumbado en el suelo de un cine de un barco que me lleva de Grecia a Bari, un poco por encima del tacón de la bota italiana.

Jueves, 13 de agosto de 2009

Si bien no he dormido, sí que he dado algunas cabezadas. Lo sé porque cada vez que despertaba el panorama en torno a mí era diferente. Me tumbé solo en un pasillo, entre las butacas, y con cada despertar me encuentro a más gente a mi alrededor. Desde luego, no he descansado. Me levanto y, tras ir esquivando de puntillas los cuerpos de docenas de personas que duermen en el suelo, llego al baño y me aseo. De ahí subo a la cubierta. Está amaneciendo y el espectáculo es precioso. En el horizonte, el sol saliendo. Al otro lado, Italia tumbada. Viajamos lo suficientemente cerca de la costa como para distinguir perfectamente el perfil de tierra.

Ya no tengo el dolor de cabeza ni el frío (a estas horas ya hace calor), pero los músculos me siguen doliendo. La tripa me ha dado algún problema durante la noche, aunque nada serio. Veremos como avanza la cosa. Entretanto, me siento a contemplar el espectáculo mientras oigo música y la gente empieza a desperezarse.

Un par de horas más y estamos en tierra. Durante la mañana, hemos ampliado el grupo y ahora somos dos argentinos, un italiano, una finlandesa, una sueca, una danesa y yo. Siete personas con historias muy diferentes que han coincidido en el *ferry* y que toman el autobús del puerto a la estación de tren. Nuestra intención (la de todos excepto la del italiano que se dirige a Milán), es tomar el tren de las dos a Roma. Sin embargo nos encontramos con la sorpresa de que está completo (ya es la segunda vez que me pasa, ocurrió en Estambul). Debemos conformarnos con el siguiente, que sale a las seis. Eso, además de hacer que tengamos que pasar muchas más horas de las deseadas en Bari, hace que lleguemos a Roma mucho más tarde, a las once. Por suerte, tengo *hostel* reservado y no parece difícil de encontrar. Según explican en

su web, solo hay que ir a una parada de metro y ahí me recogerá un *shuttle* que me llevará directo al *hostel*.

Tras unos momentos de confusión, el italiano se va (él no ha tenido problemas con su tren) y el grupo de seis se separa: las chicas se van por un lado y los argentinos y yo por otro.

—Nos vemos en el tren.

—Claro.

Nosotros decidimos buscar un supermercado, desayunar unos *sandwiches* de jamón y queso y poner el cuartel general en el McDonald's. Allí nos podemos refrescar, revisar nuestros correos. Además de eso, Kevin puede llamar a sus padres en Argentina, enviar unos mensajes a sus amigos y buscar *hostel* en Roma (no tienen nada reservado).

—Gracias por dejarme usar tu ordenador, siento que estoy abusando —me dice con timidez.

—No te preocupes. La conexión la paga el señor McDonald's —le respondo.

Aunque no le digo nada, me gusta poder ayudar a estos chicos. No es que les esté salvando la vida, ni nada parecido. Seguro que se las arreglarían muy bien solos y no me necesitan para nada, pero el hecho es que han podido hablar con sus familiares y les he ayudado a buscar alojamiento (su nivel de inglés les hace complicado hablar por teléfono con los *hostels*, así que he llamado yo en su nombre). Es poco, pero hace que sienta que estoy devolviendo algo de la ayuda que recibí yo en Egipto. No recuerdo en qué película era en la que decían algo así como: «no me devuelvas un favor; pásalo».

Entre llamadas, visitas al supermercado y risas, pasan las horas y subimos al tren. Allí nos encontramos con las chicas y ocupamos un compartimento de seis. El viaje es largo (el tren para cada diez minutos) pero se hace agradable con la conversación y las bromas. Federico es el alma de la fiesta y nos hace reír a todos.

Cuando faltan un par de horas para llegar a Roma, Anna, Elena y Kristel alcanzan su destino, un lugar cerca de

Nápoles, así que el resto del viaje lo hacemos los tres solos. Eso nos permite hablar español y profundizar un poco más en las conversaciones, compartiendo reflexiones y, como me suele pasar en estos casos, sentirme cómodo contando cosas a desconocidos.

A Kevin le robaron la videocámara cuando la dejó cargando en un lugar donde cualquiera podría haberla cogido.

—No me molesta haber perdido la videocámara, pero sí los vídeos que grabé para mis viejos. Ya que ellos no han tenido la posibilidad de viajar, me hubiera gustado que hubieran visto los sitios en los que yo he estado a través de mi propia visión —cuenta Kevin.

—Eres muy confiado —le reprocha con cariño Federico.

—Prefiero seguir confiando en la gente y que me sigan robando a empezar a desconfiar.

Es una manera de pensar que me gusta y que yo mismo me aplico a veces, aunque esa filosofía es realmente complicada de mantener con el paso de los años. Los chicos tienen poco más de veinte y probablemente el tiempo les hará inevitablemente recelosos. Ojalá me equivoque.



Larga noche en la ciudad eterna

Cuando llegamos a Roma no tenemos ni idea de lo que allí nos espera. Bajamos del tren con unos quince minutos de adelanto a lo que habíamos previsto y caminamos buscando el metro. En mi mano tengo una libreta con las instrucciones para llegar al *hostel*.

—A ver, repasemos una vez más —les digo a los chicos con tono de profesor—. Debemos tomar la línea A hasta Flaminio (regla mnemotécnica número uno: Flaminio suena

como Flamingo, el equipo de Ronaldo). Para ello hay que ir en dirección Battistini (regla mnemotécnica número dos: Battistini suena a Batistuta, el delantero argentino). Una vez allí, hay que hacer trasbordo al cercanías y bajarse en la parada Prima Porta (sin necesidad de regla mnemotécnica). Desde Prima Porta debemos coger un *shuttle* fletado por el propio *hostel*, que nos llevará a nuestro destino.

Ocurre que el *shuttle* pasa cada media hora hasta las once y son las once y cuarto. Sin embargo, en previsión de lo que iba a ocurrir, llamamos desde el McDonald's al *hostel* y nos dijeron que no había problema, que solo teníamos que llamar cuando estuviésemos en la parada y alguien vendría a recogerlos.

Todo va bien hasta que llegamos a Flaminio y queremos hacer el trasbordo. Preguntamos a un policía y nos dice que para llegar a Battistini es necesario coger un cercanías y la línea ha cerrado a las diez. Nos quedamos helados. Ante eso nada podemos hacer.

—Tengo otra pregunta para usted. ¿Dónde puedo encontrar un baño? —pregunto al policía.

—En el metro no hay baños.

—Vaya.

Mi segunda pregunta viene a cuento de que mi estómago ha empezado a hincharse de tal forma que pienso que estoy a punto de estallar. Mis tripas se retuercen de forma ruidosa y un dolor agudo me penetra hasta atravesarme. Convivo con él desde que bajamos del tren, pero lo he ido capeando con cierta soltura, aunque en todo momento he ido notando que la punzada era cada vez más sádica y dolorosa. A estas alturas, tengo que desabrocharme las correas de la mochila porque me aprietan el globo que tengo por barriga multiplicando el dolor que ya viene de dentro.

—Chicos, tengo lo que en España llamamos un apretón. Un apretón de cojones.

—¿Qué significa eso?

—Básicamente, significa que necesito encontrar un baño de aquí a cinco minutos u ocurrirá algo que no vais a olvidar en vuestra vida.

—¿Te estás cagando?

—Busquemos un baño y luego nos centraremos en el problema del *hostel*, ¿os parece?

—Por supuesto.

En el metro no hay baños, así que tenemos que deshacer nuestros pasos y volver a la estación de tren. Recuerdo haber visto carteles de baños públicos. Son solo cuatro paradas, pero un grupo de turistas, una excursión de tipos con camisas de colores, hace que el camino desde que bajamos del tren hasta que alcanzamos la estación de Termini dure cien años.

—Es el único metro del mundo en el que la gente no va deprimida. Maldita sea mi estampa.

Cuando llegamos a la estación, entre paradas obligadas para doblarme sobre mí mismo como una bisagra, brazos en jarra, tratando de capear las contracciones (cada vez más seguidas), volamos siguiendo las flechas de los servicios.

—Ahí están —me digo a mí mismo mientras trato de abrir una puerta cerrada con llave—. Maldición, está cerrado. Debemos buscar otro.

Más carreras por los pasillos de la estación —tres mochileros en busca de la tierra prometida—, y damos con otros servicios. Estos están abiertos, pero son de esos en los que hay que pagar, como en Sudamérica y en Europa del este.

—¡Ochenta céntimos de euro! Valiente panda de ladrones —exclamo.

Creo que no puedo más. Es como cuando te estás meando y tu cuerpo, de alguna forma desconocida, detecta que ya estás llegando a casa y se impacienta. Otra crisis y creo que ya no lo cuento. Estoy sudando como un pollo, mitad por las carreras, mitad por la fiebre. Aun con todo, acierto a meter un euro en la ranura de la máquina.

—Ábrete sésamo —digo triunfalmente.

Nada ocurre. La moneda ha sido devuelta. Vuelvo a intentarlo y lo mismo ocurre. Cambio de máquina con el mismo resultado. Me retuerzo sobre mí mismo en espasmos violentos (definitivamente no lo voy a lograr) pero consigo mantener la frialdad suficiente como para leer que solo se aceptan monedas de cincuenta, veinte y diez céntimos.

—Chicos, ¿tenéis cambio? —pregunto con voz temblorosa que trato de disimular.

—Sí, dame un minuto.

No tengo un minuto, pero no quiero meterle prisa a Federico. Por suerte, solo era una forma de hablar y en unos segundos tengo el cambio.

—Ábrete de una puta vez, sésamo de los cojones.

Las puertas del cielo se abren ante mí.

Una vez solucionada la crisis (como temía en ese momento, se repetirán en el futuro), tenemos que centrarnos en el asunto realmente importante: buscar *hostel*. Estamos en la estación de tren y hemos planteado dos posibles opciones. Por un lado, llamar al *hostel* y pedirles que nos recojan aquí o en cualquier otra parada de metro. Por otra parte, buscar a un tipo que ofrecía *hostel* en la estación. Le hemos visto cuando hemos llegado, pero no le hemos hecho caso, como corresponde.

La primera opción se desvanece en pocos minutos. Llamamos al *hostel*, pero la persona que responde no es la misma que la que nos dijo que nos recogerían. Ni siquiera sabe inglés, aunque nos hacemos entender.

—No es posible que os vayamos a recoger. La única opción es tomar un taxi.

—¿Cuánto cuesta un taxi hasta allí?

—Unos treinta euros.

—Vale, pues anule mi reserva.

Solo nos queda una opción, y es encontrar al tipo que ofrece *hostel*. Volvemos a los andenes, donde estaba cuando llegamos, y allí está.

—¿Queréis un *hostel* bueno?

—Tenemos reserva en otro, pero si nos ofrece algo barato podemos cambiar —le respondo preparándome para el regateo.

—Tengo dormitorios con todas las comodidades y bla, bla, bla.

—Ya. ¿Cuánto?

—Treinta y cinco euros cada uno.

Regateamos todo lo que podemos, pero sudamos tinta para bajarlo a dieciocho. Aun reconociendo que dieciocho no está mal, no podemos aceptar. Nuestro límite está en once o doce. Es más de media noche y no pienso pagar dieciocho pavos para dormir unas horas. Los argentinos están de acuerdo. El tipo del *hostel* se rebota bastante, porque a pesar de haber-nos dejado el alojamiento en la mitad, no hemos aceptado. Mientras discutíamos con el tipo, yo me he acercado a unas mochileras y les he preguntado por alojamiento barato. Me han dado un par de direcciones que no bajan de veinte euros, así que les he tenido que decir que no.

—Nosotras vamos a quedarnos a dormir aquí. ¿Por qué no hacéis lo mismo?

—¿Sabes si cierra la estación?

—Creo que sí, pero si tienes billete te dejan quedarte.

Me parece buena idea y así se lo comento a los argentinos. Aunque reciben la proposición con ciertas reservas, no tardan en animarse. Entretanto, el tipo del *hostel* trata de asustarnos.

—Dentro de un rato, a la una, vendrá la policía y os echará a todos a la calle.

Miente. Preguntando a otros mochileros nos enteramos de que nos podemos quedar, siempre que nos vayamos todos al andén uno. A la policía no le gusta que la gente se quede a dormir en la estación, pero pasa un poco la mano y lo permite siempre que sea de forma ordenada. Todos al mismo sitio. Me parece genial.

Agarramos las mochilas y nos acomodamos. En total seremos unas diez o doce personas. Las dos chicas de Lituania, Karolina y Eva, un grupo de turcos y nosotros tres. Cada uno aporta lo que puede para hacer un improvisado campamento; en pocos minutos estamos jugando a las cartas en bonita hermandad. Cuando llega la hora de comer, decido no hacerlo. De oídas sé que las gastroenteritis se curan dejando que el cuerpo se limpie y para ello nada de comidas sólidas. Mucha agua y mucho Aquarius, pero nada sólido. Una pena, porque habíamos comprado un montón de buena fruta que acabamos regalando.

Después de un par de manos, un poco de charla e intercambio de correos, direcciones e invitaciones, nos vamos a dormir. He tenido suerte y me ha tocado dormir sobre una esterilla junto a Eva, una auténtica lolita del este. Digo mal, no es suerte: es pura amabilidad lituana.

Viernes, 14 de agosto de 2009

Alguien me da una patada en la boca del estómago y me despierto sobresaltado. Por suerte no ha sido más que un sueño, pero el dolor sigue ahí. Mis tripas están dando guerra de nuevo. Ni siquiera sé qué hora es, pero tengo que levantarme de un salto y salir corriendo en busca del baño. No está lejos, pero está cerrado. Abren a las cinco de la mañana. Me pregunto qué hora será.

Tengo que dar algunas vueltas para hacer tiempo a que abran los baños. No puedo quedarme parado o algo malo va a pasar. Corro de aquí para allá por la estación dormida hasta que por fin es la hora y consigo superar esta segunda crisis. Aprovecho para asearme y darme por despierto definitivamente. En total he dormido dos horas.

Cuando salgo del baño, la estación ya parece otra. Ha abierto las puertas de la calle y empieza a haber movimiento. Las cafeterías ya tienen colas de adictos a la cafeína y huele a café, pan y pasteles. Aprovecho para acercarme a la oficina de *tickets* a reservar mi siguiente tren, el que debe llevarme a Narbona, en el sur de Francia y cerca de la frontera con España. Después de esperar una larga cola, me encuentro con que todos los trenes que llegan hasta Narbona están llenos. Hoy no se puede llegar allí. Ya es la tercera vez y hoy hace mucho daño. No puedo quedarme en Roma, tengo que salir como sea.

—¿Qué me dice de un tren a Ventimiglia? —le pregunto a la amable *ragazza*.

—A Ventimiglia hay un tren a las cuatro menos cuarto. Según dice el ordenador, está lleno, pero quizá puedas subirte. No dice por ningún sitio que sea obligatorio reservar, así que en teoría puedes subirte con tu billete de Interrail. Eso sí, tendrás que buscarte un asiento por tu cuenta.

—No importa, me sentaré en el pasillo si es necesario. ¡Grazie!

Ventimiglia es un pueblo italiano justo al lado de la frontera con Francia. Lo recuerdo porque el verano pasado, cuando hice el viaje por Europa, tuve que visitarlo para cambiar de tren en el trayecto de Marsella a Florencia. Es una especie de estación clave, que sirve de puente entre los dos países. Mi idea es llegar allí, tomar un cercanías para llegar a Francia y, una vez en Francia, moverme con trenes de corta distancia, en los cuales no es necesario hacer reserva. Renuncio a los cómodos coches cama que te llevan directos al destino, no me queda otra opción. Tendré que construirme el viaje yo mismo a trozos. Será divertido.

Con la información bien anotada, vuelvo al campamento base. Allí todos están despiertos y preparando sus mochilas. Las lituanas se van a desayunar, los argentinos van a intentar llegar al *hostel* ahora que las líneas deben de estar abiertas y los turcos se van con los argentinos. Me despido de todos y me largo. Solo tengo unas horas en Roma y tengo muchas cuentas pendientes con esta ciudad. Me voy directo a la oficina de turismo a por un plano, dejo la mochila en la consigna de la estación y de ahí me zambullo en el calor romano de las ocho de la mañana.

El día me cunde más de lo que esperaba. Salir tan temprano ayuda a no encontrarme con las hordas de turistas que tomarán las calles a lo largo del día. El Coliseo (mi primer destino, sin duda), el Palatino, foro romano (desafortunadamente en obras), la fontana di Trevi, la plaza de San Pedro, la plaza de España... Nada ha cambiado desde la última vez que estuve, hace más de quince años.

Roma me recuerda a Julia.

Vuelvo a la estación con tiempo suficiente de tomar el tren con tranquilidad. Busco un asiento, pero no tardan en reclamarlo, así que me siento directamente en uno de los asientos plegables que hay en el pasillo. Es jodidamente incómodo, pero no tengo otra opción. Trato de escribir un rato, pero tengo que dejarlo porque la gente no para de pasar por

allí. El tren tiene *overbooking* y los pasillos están llenos de gente con maletas que busca desesperadamente un sitio. Después de todo, tengo suerte por haber encontrado al menos un asiento plegable.

El tren es uno de esos que efectúa muchas paradas, así que tardaremos bastante en llegar a Ventimiglia (con el retraso acumulado terminaremos llegando a las once y media). En cada parada sube más y más gente, hasta llegar a un punto en que el pasillo queda totalmente colapsado. El tipo que se gana la vida vendiendo cafés y chokolatinas se queja de que no puede pasar con su carrito. Grita y gesticula con esa gracia tan propia de los italianos. Después de un par de horas se queda un asiento libre, uno de los de verdad, y puedo hacerme con él. Eso me permite, en primer lugar, escribir un rato y, en segundo lugar, terminar de leer *Rayuela* con toda la pena de mi corazón. El resto del tiempo lo paso dormitando. Las dos últimas noches las he pasado durmiendo en el suelo unas pocas horas, así que no he descansado desde que dormí en Grecia.

Las tripas me están respetando, pero estoy realmente débil. Por supuesto, estoy hambriento y trato de engañar a mi cuerpo dándole de vez en cuando un par de sorbos de Gatorade de naranja. El final del viaje está siendo agónico, y aún me queda la parte de Francia y España. Espero poder empezar a comer algo consistente esta noche, pero por ahora prefiero esperar; quiero estar al menos veinticuatro horas sin tomar alimentos sólidos.

Finalmente llegamos a Ventimiglia con media hora de retraso, así que creo que lo mejor será quedarse a hacer noche allí. Mi intención inicial era cruzar la frontera y hacer noche en Niza, pero a esas horas ya no hay trenes, o eso creo.

—¿Oye, vas a dormir aquí? —oigo en inglés a mi espalda.

—No lo tengo claro, pero creo que sí —respondo al tipo, un muchacho rubio de barba de una semana y una pequeña mochila.

—Mi idea era llegar a Niza, pero el retraso me ha jodido.

—Yo estoy igual. ¿Dónde te diriges?

—A Barcelona. ¿Y tú?

—Pues si te digo la verdad, no lo tengo claro (no tengo nada claro). Tenía pensado ir a Narbona para luego buscar un pueblo de una amiga (una larga historia), pero no creo estar en condiciones, así que quizás sería buena idea irme contigo a Barcelona. ¿Te parece si hacemos juntos el viaje?

—Claro, genial.

Mientras hablamos, un tipo con la camiseta de la Sampdoria nos dice en italiano que el tren a Niza no ha salido aún, que está esperando en el andén a que suba todo el que quiera hacer trasbordo. Se lo explico a Matt, que así se llama mi nuevo compañero de viaje.

—Genial, pues no perdamos tiempo.

Nos subimos al tren a la carrera y en una hora más estamos en Niza. Haremos noche allí. Es curioso, pero el año pasado empecé mi viaje haciendo noche en la puerta de la estación de tren de Niza. Este año vuelvo a hacer noche en el mismo sitio, aunque en esta ocasión cuando ya estoy de vuelta. Está exactamente igual que el verano pasado: las mismas putas, los mismos yonquis, los *travelos*, los negros, los moros, los mochileros. Es una copia de aquella noche en que lo pasé tan mal. Ahora es diferente, tengo mucha más experiencia (aquella fue la primera noche y no sabía ni donde tenía la cara) y lo veo todo desde una perspectiva diferente. Además, ahora somos dos, lo que hace que pueda dormir mucho más tranquilo.

Antes de eso, hemos ido al McDonald's para consultar el trayecto que tenemos que hacer hasta llegar a Barcelona. En total tenemos que tomar cuatro trenes más: de Niza a Marsella, de Marsella a Narbona, de Narbona a Port Bou y de Port Bou a Barcelona. Si todo va bien, no hay retrasos y no perdemos ninguno, llegaremos a la capital catalana mañana por la tarde, a eso de las seis. No es mal plan, pasar un sábado por la noche en Barcelona.

Mientras buscábamos el McDonald's, hemos encontrado un supermercado y he comprado un par de manzanas que he lavado como si la vida me fuera en ello. Las he comido en dos bocados y he acompañado con una botella de litro y medio de agua. Espero que no me caiga mal. Después de la crisis de esta mañana no he vuelto a tener problemas. La fiebre ha desaparecido y en las tripas no he tenido más que leves molestias sin importancia. Veremos cómo se pasa la noche.

Nos acoplamos en la misma sucia acera en la que estuve el año pasado, en las puertas de la estación. Está igual de caliente y corre la misma brisa fresca. Se oyen las mismas peleas de negros, los mismos gritos, la misma música alta de los mismos coches, los mismos camiones de la basura, los mismos tipos regando con las mismas mangueras.

Mientras recuerdo aquella noche, me duermo apoyado en la bolsa de la ropa sucia.

Sábado, 15 de agosto de 2009

A las cinco en punto de la mañana se abre la estación de autobuses de Niza y a las cinco en punto de la mañana un par de policías empiezan a despertar a todo el mundo. Desde que Matt y yo nos acoplamos ha venido mucha gente, y ahora todos andan desperezándose y recogiendo bártulos. Yo ya estaba despierto cuando la policía ha venido; una puta máquina de limpiar no ha dejado de hacer ruido en toda la noche, así que he dormido, como de costumbre, a ratos de unos minutos. Me alegro de que sean las cinco porque así nos podemos poner en marcha. Las noches sin dormir se me hacen cada vez más largas.

Nuestro tren a Marsella ya se encuentra en el andén, así que entramos cuando aún no hay nadie. Todavía falta una hora para que salga, pero allí podemos echar una cabezada mucho más tranquilos y cómodos. Mientras dormimos, un ruido me despierta. Me asomo a la ventana y veo a mucha gente, mochileros en su mayoría, bajando del tren con mucha prisa. Salgo del departamento y pregunto al primero que pasa.

—¿Qué ocurre?

—El tren se ha averiado y no va a salir. La gente se está subiendo al de París, que para en Toulon. Allí se puede coger otro para Marsella.

Joder, para un rato que me duermo, pasa esto. Despierto a Matt y nos ponemos en marcha. El tren a París es uno de larga distancia, por lo que hay que reservar con anterioridad. Por supuesto, ni uno solo de los integrantes de la turba de mochileros que se dirige al tren tiene reserva ni la intención de hacerla. Solo estamos tratando de llegar a nuestro destino (el destino de todos ellos, que yo no tardaré en convertir en el mío propio, es Barcelona).

En unos minutos, hemos subido todos al tren. Yo he teni-

do suerte y puedo ocupar una butaca, pero la gran mayoría están tirados por los pasillos, ocupando las zonas para equipajes o de pie en las escaleras. Se nota que la gente que viaja en el tren no se encuentra a gusto con la invasión, pero nadie va a sacarnos de allí. El tren arranca y, a medida que va haciendo paradas e incorporando a gente con reservas, va habiendo más y más mochileros en los pasillos. Cuando nos acercamos a Avignon alguien empieza un debate. Propone seguir hasta Avignon y ahí tomar un tren a Montpellier en vez de parar en Toulon y hacer el trasbordo a Marsella. De pronto, se oyen voces por todo el vagón opinando sobre la mejor ruta. Cada uno aporta sus propias notas, itinerarios obtenidos de las maneras más diversas. Matt y yo colaboramos con el itinerario que sacamos anoche de la página de la Bahn. Es una especie de P2P de mochileros, un GPS colectivo y espontáneo, gente que no se conoce trabajando en una lluvia de ideas que dé con nuestros huesos en Barcelona.

Al final, el senado mochilero decide no bajarse en Toulon, así que seguimos adelante con destino Avignon. El revisor, al darse cuenta de que no bajamos, se enfada y empieza a gritar, pero nadie le hace caso. Por lo que deduzco, han permitido que todos subamos al tren de París porque no les importaba que hiciéramos algunos kilómetros, pero al ver que no hemos bajado, se ha puesto de los nervios. Alguien le informa de que vamos a seguir una hora más y parece tranquilizarse, o al menos resignarse.

—¡Me encanta viajar! —me dice Matt cuando decidimos improvisar el itinerario.

—*Totally* —respondo.

Cuando bajamos en Avignon, alguien advierte de que tenemos que cambiar de estación de tren. De pronto, y sin saber bien cómo, sé que para cambiar de estación hay que tomar un *shuttle* que se encuentra esperando en la puerta, que tarda veinte minutos y que cuesta uno con veinte. La información se transmite de forma mágica entre todos, un conjunto de

desconocidos con un objetivo común y con ganas de conocer gente. Nos dirigimos al autobús de forma ordenada, sin dudas, sin errores. Es como si lo hubiésemos hecho toda la vida.

Somos tantos los viajeros que nos dirigimos a Barcelona (yo hace tiempo que he decidido dejar la aventura de buscar T...), que llenamos el autobús, que en veinte minutos exactos nos deja en la estación central. De ahí, vamos directos al andén y tomamos el segundo tren del día.

Llegar a Barcelona atravesando el sur de Francia no es nada fácil. No existe ningún tren directo y la única forma de hacerlo es tomando varios trenes de cercanías e ir enganchando. Durante esos cambios de tren, el grupo de mochileros se va dispersando y al final queda un grupo compuesto por dos inglesas jamonas, un tipo de Estados Unidos, dos universitarios canadienses, un croata, un grupo de tres irlandeses, Matt y yo. El recorrido que hacemos es el siguiente: Niza - Avignon - Montpellier - Narbona - Port Bau - Barcelona. Llegamos a la ciudad condal a las cinco y media de la tarde. No hemos esperado más de quince minutos en ninguna de las estaciones que hemos pisado. Los trayectos, todos cortos (de menos de dos horas), se nos han hecho fugaces entre juegos de cartas, merendolas, anécdotas de viajeros y preparación de próximos trayectos.

Me alegra estar tan cerca de casa, porque me atrae la idea de volver a ver a los míos, descansar, darme un paseo por las playas de Benalmádena y tomar un Aquarius en el tapería de la tía María, pero se me hace realmente duro admitir que este viaje mío está a punto de terminar. Es una mezcla de sensaciones demasiado extraña para tratar de comprenderla, así que me limito a resignarme y a dejarme llevar. Sólo tengo que decidir si me quedo una noche en Barcelona o tomo el primer tren que sale para Málaga, con lo que estaría en casa con tiempo de desayunar el domingo.

Estamos llegando a Barcelona cuando decido que me voy a casa, que quiero tomarme un pitufo integral de atún con to-

mate, un café con leche y un zumo de manzana natural en la cafetería de mi hermano. Llegaré allí sin avisar y desayunaré después de haber estado dos días casi en ayunas. Me parece un plan cojonudo.

Cuando el tren está llegando a la ciudad, hay una nueva reunión del senado mochilero. Tratan de decidir si es mejor apearse en la parada de paseo de Gracia o en Sants, la estación central. Según comenta uno de los croatas, el *hostel* al que van ellos (parece ser el mismo para todos) está a diez minutos caminando desde la parada de paseo de Gracia. Algunos prefieren llegar a Sants porque allí tienen enlace con el metro, que les dejará aún más cerca.

—Paso de caminar diez minutos con veinte kilos a la espalda. Prefiero Sants —dice una de las inglesas.

Es curioso, pero desde que tomé la decisión de que me iría a casa, de que no haría noche (sí tarde) en Barcelona, me he desconectado completamente del grupo. Ya no me siento uno de ellos, no me siento un senador. Me limito a oírles y sorprenderme de lo bien que han preparado su llegada a Barcelona. Conocen paradas de tren, de metro, horarios de autobuses y direcciones. Yo nunca tuve tiempo de preparar tan bien las cosas, siempre llegaba a las ciudades despistado y atropellado.

Finalmente, el grupo se rompe: la gran mayoría se baja en paseo de Gracia, pero las inglesas, Matt y yo seguimos hasta Sants. Las inglesas toman el metro, así que solo quedamos el londinense y yo, que vamos directos a la ventanilla de *tickets* de larga distancia. Yo no tengo ningún problema en conseguir mi billete para esa noche (saldré a las diez y llegaré a Málaga a las ocho y media), pero Matt sí se ha topado con algunos obstáculos. Me quedo con él, tratando de hacerle de intérprete (aunque las palabras que salen de la boca de Matt están pegadas con chicle unas a otras, por lo que me resulta muy difícil entenderle) y apoyándole con mi presencia. Lo que ocurre es que el tren que quería tomar de Barcelona a Pa-

rís está lleno y no puede tomar el del día siguiente porque ya le habrá caducado su Interrail. Debemos ir a información, donde después de un buen rato probando diferentes combinaciones, damos con una que le sirve. Tendrá que hacer varios trasbordos, pero logrará llegar a París a tiempo de tomar su avión de regreso a Londres.

—*Beer?*⁷¹ —me pregunta sonriente mientras guarda el papel con el itinerario en su bolsillo.

—*I never say no to beer*⁷² —le respondo.

Salimos a la calle para buscar un típico bar español (los de dentro de la estación son franquicias sin personalidad) y no tardamos en dar con uno en una esquina.

—Dos botellas de Estrella, por favor —pido al camarero, que resulta ser de Nepal—, y una ración de tortilla de patatas. Con cebolla.

Mientras tomamos la cerveza, Matt me cuenta sus planes. Ha quedado con un amigo, a quien irá a buscar cuando salgamos del bar, y estará en Barcelona un par de noches. Luego irá a París y tomará un avión de regreso a Londres, su ciudad. Allí seguirá con su vida normal. Está eufórico por haber conseguido una combinación para llegar a la capital francesa y se toma la cerveza en dos sorbos.

—Esta cerveza está genial. Y la tortilla española está buenisima.

Apenas hemos comido nada en todo el día, así que la tortilla (que realmente está muy buena) no nos dura ni medio asalto. Ambos tenemos algo de prisa: él quiere encontrarse con su amigo, instalarse y tomar una ducha y yo quiero irme a dar un paseo por Barcelona a hacer unas fotos. Le acompaño al metro y allí nos despedimos.

—Espero que nos volvamos a ver algún día.

—Yo también.

Vuelvo a quedarme solo, pero no tengo tiempo de poner-

⁷¹ ¿Una cerveza?

⁷² Nunca digo que no a una cerveza.

me melancólico. Por delante tengo solo tres horas para hacer turismo *express* en Barcelona. La plaza de Cataluña, la Rambla, la Sagrada Familia y de vuelta a la estación, con media hora de adelanto. Subo a mi tren en cuanto me dejan y compruebo que eso que llaman tren hotel es un tren muy bien preparado. No tiene nada que ver con lo que he visto por esos países de Dios: asientos anchos, pasillos con moqueta, botellín de agua, auriculares, *set* de higiene básica, música ambiental. Todo un lujo para volver a casa.

Me pongo el pantalón corto, los calcetines y estreno un par de las zapatillas que me regalaron en el autobús de Tokio a Kioto. Por fortuna para todos, no tengo compañero de butaca, porque después de cuatro días sin ducharme, durmiendo tres noches seguidas en el suelo, debo de oler a rayos. El tren arranca a la hora exacta y, después de escuchar mi canción, pongo a Molotov durante el par de horas que quedan de sábado. Tengo toda la noche por delante y, a pesar del cansancio y el sueño, no puedo dormir de pura excitación, así que me paso el viaje mirando la oscuridad a través de la ventana.

Domingo, 16 de agosto de 2009

A las ocho y veinticuatro minutos de la mañana, el tren llega a la estación María Zambrano de Málaga. El corazón me late a mil por hora por los nervios de volver a pisar suelo malagueño, aunque me tranquilizo en el momento en que salgo de tren. Estoy tan eufórico que no puedo evitar dar algunos saltos mientras me dirijo al autobús urbano. Finalmente, no he avisado de mi llegada, así que llevaré a cabo el plan previsto.

Bajo del autobús y rodeo la manzana de la cafetería para llegar de improviso. Cuando estoy entrando, mi primo Alejandro es el primero en verme.

—¡Hombre primo! ¿Cómo estás?

—Hecho misto Ale, hecho misto.

—No veas los chinos del barco. ¡Te iban a poner bien! *Big!* Racimo de abrazos.

I made it, ma'⁷³

*I walked a mile for you, baby
so won't you smile for me, baby?*⁷⁴

⁷³ ¡Lo conseguí, mamá!

⁷⁴ He caminado una milla por ti, pequeña. ¿Es que no vas a sonreír para mí?

Índice de capítulos

Agradecimientos.....	I3
Extractos.....	I5
Prólogo.....	23
Porque está ahí.....	29
Mis motivos.....	3I
Viernes, 12 de junio de 2009.....	4I
Sábado, 13 de junio de 2009.....	55
Domingo, 14 de junio de 2009.....	69
<i>The smokers</i>	77
Lunes, 15 de junio de 2009.....	79
Vagón restaurante.....	85
Martes, 16 de junio de 2009.....	89
Miércoles, 17 de junio de 2009.....	10I
Jueves, 18 de junio de 2009.....	113
Viernes, 19 de junio de 2009.....	12I
Sábado, 20 de junio de 2009.....	129
Domingo, 21 de junio de 2009.....	14I
Lunes, 22 de junio de 2009.....	149
Martes, 23 de junio de 2009.....	157
Miércoles, 24 de junio de 2009.....	17I
Jueves, 25 de junio de 2009.....	179
Viernes, 26 de junio de 2009.....	189
Sábado, 27 de junio de 2009.....	209
Domingo, 28 de junio de 2009.....	213
Lunes, 29 de junio de 2009.....	229

Martes, 30 de junio de 2009.....	239
Miércoles, 1 de julio de 2009.....	249
Jueves, 2 de julio de 2009.....	257
Viernes, 3 de julio de 2009.....	265
Sábado, 4 de julio de 2009.....	277
Lo mejor de la fiesta.....	293
Domingo, 5 de julio de 2009.....	295
Lunes, 6 de julio de 2009.....	301
Martes, 7 de julio de 2009.....	307
Miércoles, 8 de julio de 2009.....	311
Jueves, 9 de julio de 2009.....	325
Viernes, 10 de julio de 2009.....	329
Sábado, 11 de julio de 2009.....	337
Domingo, 12 de julio de 2009.....	347
Lunes, 13 de julio de 2009.....	361
Martes, 14 de julio de 2009.....	373
Miércoles, 15 de julio de 2009.....	381
Jueves, 16 de julio de 2009.....	387
Viernes, 17 de julio de 2009.....	395
Sábado, 18 de julio de 2009.....	405
Domingo, 19 de julio de 2009.....	415
Lunes, 20 de julio de 2009.....	425
Martes, 21 de julio de 2009.....	441
Miércoles, 22 de julio de 2009.....	449
Jueves, 23 de julio de 2009.....	459
Viernes, 24 de julio de 2009.....	469
Sábado, 25 de julio de 2009.....	473
Insectos.....	475
Domingo, 26 de julio de 2009.....	485
Lunes, 27 de julio de 2009.....	495
Martes, 28 de julio de 2009.....	505
Miércoles, 29 de julio de 2009.....	521
Jueves, 30 de julio de 2009.....	533
Viernes, 31 de julio de 2009.....	539
Sábado, 1 de agosto de 2009.....	547

Domingo, 2 de agosto de 2009.....	553
De la tristeza.....	559
Lunes, 3 de agosto de 2009.....	563
Martes, 4 de agosto de 2009.....	571
Miércoles, 5 de agosto de 2009.....	581
Jueves, 6 de agosto de 2009.....	599
Viernes, 7 de agosto de 2009.....	605
Rania.....	609
Sábado, 8 de agosto de 2009.....	615
Domingo, 9 de agosto de 2009.....	627
Lunes, 10 de agosto de 2009.....	637
Martes, 11 de agosto de 2009.....	649
Miércoles, 12 de agosto de 2009.....	653
Jueves, 13 de agosto de 2009.....	659
Viernes, 14 de agosto de 2009.....	667
Sábado, 15 de agosto de 2009.....	673
Domingo, 16 de agosto de 2009.....	679
<i>I made it, ma'</i>	681

Visite el *blog* original en
www.porqueestaahi.com

Póngase en contacto con el autor en
info@porqueestaahi.com